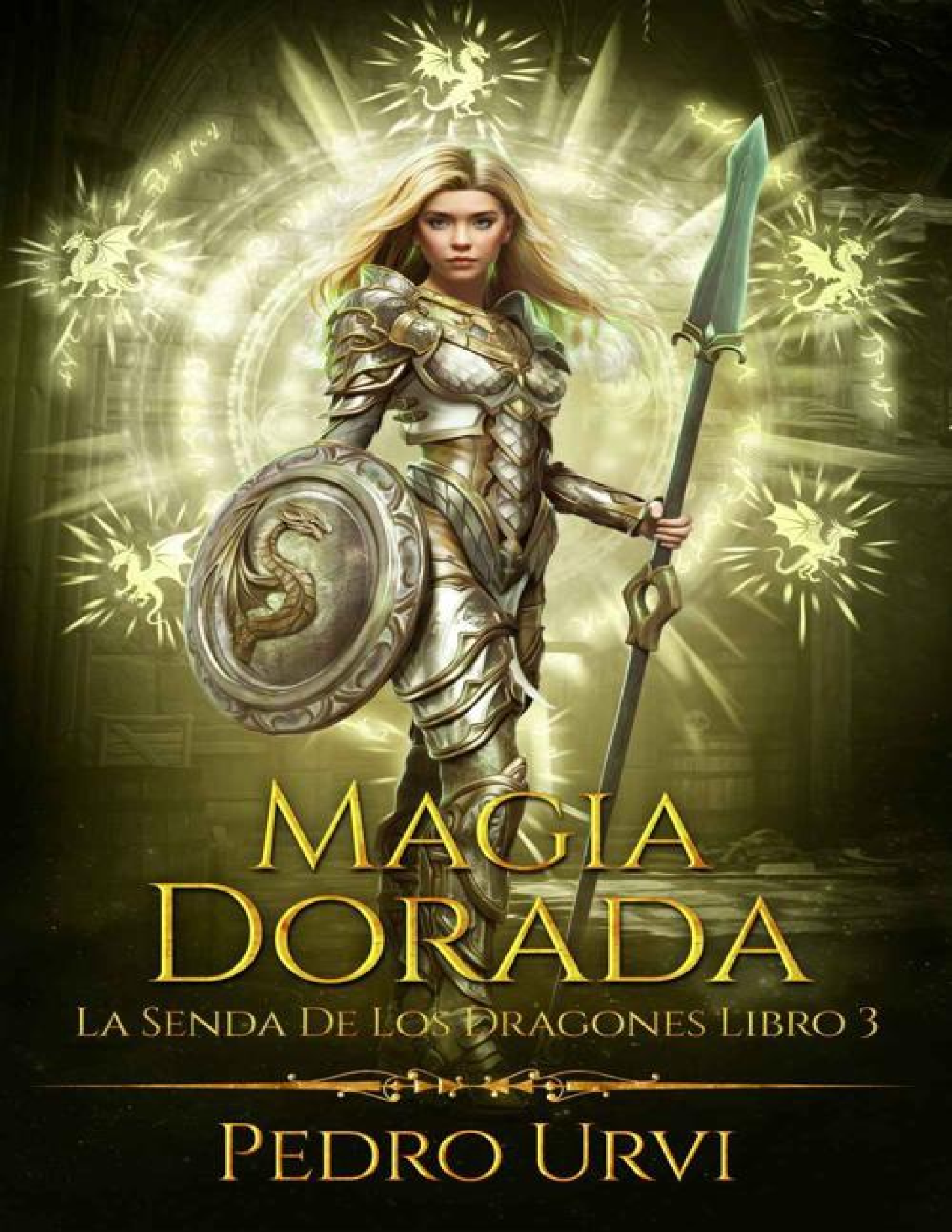


MAGIA DORADA

La Senda De Los Dragones Libro 3

Pedro Urvi

Magia Dorada

La senda de los dragones, Libro 3

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon
Web: https://pedrourvi.com/
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi
Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9
Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/
Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/
Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2024 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Dedicatoria:

Esta saga está dedicada con todo mi cariño a mis lectores incondicionales. Un millón de gracias por todo el apoyo.

Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Jinete de Dragón (La senda de los dragones, Libro 4)
Opinión:
Agradecimientos
Jinete de Dragón (La senda de los dragones, Libro 4)

Capítulo 1

—No puedo creer que estemos de nuevo en esta situación —Nahia sacudió la cabeza con fuerza y dio una patada a una piedra que rodó por el suelo. No disimulaba que estaba más que descontenta, era apreciable a más de una legua de distancia.

—Yo ya me lo esperaba… así nos la juegan nuestros queridos déspotas —comentó Dafne recolocándose el escudo que llevaba a la espalda.

—Empezamos el tercer año en la academia y, por supuesto, no podía ser de otra forma, enfrentándonos a una prueba mortal —Lily levantó las manos al aire y resopló con expresión de frustración.

—Yo creo que nuestros señores dragones quieren medir los avances que hemos logrado en los dos años de formación —opinó Aiden observando los alrededores con una mano en la empuñadura de su espada y la otra en la de su daga. Caminaba con la barbilla alta, como si nada pudiera derrotarle.

—¡Ya lo hemos probado durante los últimos dos años! —protestó Dafne y cerró los puños con fuerza.

—Y está más que demostrado. Sobre todo después de la guerra en Drameia. Estamos vivos de chiripa —añadió Lily y puso cara de no poder creerlo.

—Volver a encontrarme en esta situación es algo que me desagrada sobremanera. No es justo ni necesario —dijo Ivo. Suspiró hondo y luego negó con la cabeza. Su paso era casi el doble de largo que el de Dafne, aunque lo recortaba para que pudieran avanzar todos a una.

—Los dragones son tan brutales como metódicos, sobre todo en cuanto a la formación y el entender de su Senda. Tendremos que enfrentarnos a esta prueba y superarla, pues es requerido como comienzo del tercer año —explicó Taika con voz suave y sedosa mientras marcaba el ritmo con el que caminaban en formación.

—Que son unos cabezas cuadradas despiadados lo tenemos todos muy claro —afirmó Dafne.

—Mejor si bajas el tono de voz, nos están observando —advirtió Aiden—. No tolerarán el más mínimo desacato en su presencia.

Todos miraron con disimulo hacía las alturas. Los seis dragones líderes de escuadrón sobrevolaban el área en círculos, separados, cada uno sobre el lugar por el que avanzaba su escuadrón.

Nahia vio que Irakas-Gorri-Gaizt estaba justo encima de ellos, a unos doscientos pasos de altura. Lo suficientemente cerca para abrasarles a todos o lanzarse con sus garras por delante y descuartizarlos en cualquier momento. Estimó que estaba lo bastante lejos como para no oírles pero, aun así, no estaba del todo tranquila.

Miró hacia delante siguiendo el camino y pensó que la mañana había comenzado de manera muy extraña y se estaba complicando por momentos. Les habían hecho formar en la plaza de armas de la academia al amanecer. Era la primera formación del año después de la ceremonia de

graduación de segundo curso, por lo que todos supusieron que daba comienzo el tercero.

Recordó el evento, que lo único bueno que tuvo fue que pudo ver que Ana y Logan habían regresado con vida de la misión de guerra en Tremia, pero no había sido el caso de todos. Varias escuadras habían tenido bajas, y no solo heridos, también mortales. el coronel Lehen-Gorri-Gogor había soltado su habitual sermón sobre lo afortunados que eran de graduarse de segundo año en la insigne academia marcial de Drakoros y el gran honor que representaba. Nahia había tenido que tragarse la rabia ácida que le subía del estómago a la boca al oír todas aquellas patrañas. Los dragones podían coger su Senda gloriosa, lanzarse con ella al fondo del océano y ahogarse para no ser vistos jamás. Mundos enteros se lo agradecerían y mucho. Por desgracia, aquello no iba a suceder, habría que empujarles atados de garras y fauces con un peso enorme atado al cuello.

La entrega de insignias de graduación que el coronel presidió volvió a dejar a Nahia atónita. No la ceremonia, sino los seis jinetes que descendieron de los cielos a lomos de sus enormes dragones para hacerles entrega de la insignia de plata de segundo año. Era similar a la del primero, pero con un dragón diferente y el número dos grabado en ella. Nahia seguía sin poder creer que hubiera esclavos de las diferentes razas que iban montados en poderosos dragones. No podía entenderlo. Verlo la dejaba sin habla y sin poder razonar el motivo. Un detalle del que se dio cuenta fue que aquellos jinetes no eran los mismos que les habían entregado las insignias el año anterior. Eso significaba que había al menos una docena, probablemente más. La razón de su existencia escapaba a su entendimiento, pero buscaría la explicación. Necesitaba entender cómo podía ser que existieran. Quizá hubiese algo en ello que pudiera serles de ayuda en su búsqueda de la libertad.

Al formar aquella mañana en la plaza de armas ante Irakas-Gorri-Gaizt, Nahia había tenido una sensación extraña, como de que algo no iba bien. Pensó que serían solo sus miedos manifestándose al empezar el tercer año, pero se equivocaba. A una orden de sus líderes, los escuadrones formaron. Y aquí comenzó a torcerse el día. Para enorme sorpresa de todos, los líderes los guiaron fuera de la academia. La habían abandonado por la puerta norte.

Al pisar el exterior, Irakas-Gorri-Gaizt ascendió a los cielos. Desde las alturas les había informado con una orden directa acompañada de un sentimiento de severidad que la prueba de inicio del tercer año daba comienzo. Los temores de Nahia, y también los de sus compañeros, se veían confirmados.

Todos estaban de mal humor y preocupados en aquel momento. Bueno, a excepción de Aiden, claro. Al Drakónido todo lo que los Dragones ordenaran le parecía bien, o al menos eso decía, aunque no siempre se comportaba como si así fuera.

—Mejor seguimos un rato en silencio y sin protestar, no sea que algo les llegue —aconsejó Taika mirando con disimulo hacia los dragones que volaban en las alturas.

—Sí, mejor ser prudentes. Las cosas se van a poner feas —previó Ivo y suspiró apenado.

—Será lo mejor, sí. Aunque me da mucha rabia no poder protestar —dijo Dafne.

—Poder puedes, pero por lo bajito —sonrió Lily.

Nahia no pudo sino sonreír.

Las tres escuadras del Escuadrón Rojo avanzaban a una con la Escuadra Ígnea a la izquierda, la Ardiente en medio y la Candente a la derecha. Nahia siempre se había preguntado qué habría tras aquella puerta, al norte. Ahora lo sabía, lo estaban viendo y era increíble. Acababan de subir

una pequeña colina cubierta de hierba que daba a un inmenso lago de aguas azuladas. La superficie reflejaba el cielo y las pocas nubes que había en él. Era tan grande que desde un extremo no se veía la orilla del otro.

«Este es el Lago del Cielo. No os despistéis y mantened la formación y el ritmo en todo momento» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt desde las alturas junto a un sentimiento de que no perdonaría errores.

Nahia estaba impresionada por la belleza del lago. Entendía el porqué de su nombre ya que reflejaba el firmamento con gran claridad. Avanzaron bordeando la gran masa de agua azulada y resultó ser una experiencia muy agradable. Aquel lugar transmitía paz, serenidad y calma, cosas que en Drakoros no existían. Avanzaron manteniendo el ritmo, ya que los líderes volaban sobre ellos, pero tenían un pequeño margen de libertad de la que todos iban disfrutando. Nahia vio a Ivo sonreír, sus ojos se perdían en el azul del lago con cada zancada que daba.

—Quiero acercarme a la orilla y ver mi reflejo en el agua —dijo Lily haciendo ademán de romper la formación.

—Ni se te ocurra —advirtió Aiden y señaló con el dedo índice hacia arriba.

—Solo quiero verme reflejada. Seguro que en este entorno estoy bellísima e irradio un magnetismo irresistible.

—Lo estás y lo irradias, pero Aiden tiene razón, no rompas la formación o Irakas-Gorri-Gaizt te lo hará pagar —advirtió Taika.

Lily hizo un gesto de frustración y mantuvo su lugar sin perder el paso.

—Disfrutemos de este paraje maravilloso que la naturaleza nos ofrece —dijo Ivo.

—Y de este cálido aire de verano cargado de fragancias —añadió Taika llenando sus pulmones.

—Si esos estuvieran más lejos sería un paseo para recordar —comentó Dafne lanzando una mirada hacia arriba.

—Están lo suficientemente distantes como para que disfrutemos un poco —dijo Lily, sonrió y sacudió su melena azabache al aire.

Nahia también agitó su melena rubia y llenó sus pulmones de las fragancias del verano mientras sus ojos azules se perdían en las aguas del lago. Les llevó varias horas bordear la gran masa de agua, pero todos disfrutaron mucho del entorno y de la travesía. Fue un momento que recordarían durante tiempo.

Tras dejar atrás el gran lago habían marchado varias horas más hasta llegar a un enorme bosque de robles.

«Cruzad el bosque en formación de línea y sin perder ritmo de marcha. Si bajáis el paso os aseguro que lo lamentaréis» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

La Escuadra Candente se retrasó y la Ardiente se situó en cabeza, dejando a la Ígnea en medio. Entraron en el bosque y vieron que el terreno era llano y boscoso. Avanzar no era del todo fácil, lo que aprovecharon para disfrutar un poco del entorno. Estar en medio de un robledal para un campesino era algo normal, pero para ellos, que no podían abandonar la academia, era todo un regalo. Nahia estaba disfrutando mucho de la travesía. Estar de nuevo en medio de la naturaleza en un hermoso bosque con robles centenarios, respirando los olores que la rodeaban, escuchando a los pájaros y viendo ardillas, daban a su alma algo de alegría.

—Este lugar es maravilloso —se pronunció Ivo, que abrió los brazos como si quisiera abrazar el gran bosque.

—Es solo un bosque, ¿qué tiene de maravilloso? —preguntó Aiden con expresión de extrañeza en su rostro Drakónido.

—Los bosques son lugares magníficos, llenos de flora y fauna, llenos de vida —corrigió Taika.

—No digo que no sean buenos sitios para cazar y encontrar setas y raíces, pero de ahí a maravillosos o fantásticos… —Aiden negó con la cabeza.

—Eres un cabeza de granito y no ves la belleza de este lugar. Para los míos los bosques son sagrados —dijo Dafne.

—Para los míos un hábitat donde cazar y vivir —dijo Taika.

—Para los míos solo son bosques —dijo Aiden y se encogió de hombros.

Nahia y Lily se miraron. Para ellas los bosques no eran tan importantes como para Dafne y Taika, pero apreciaban su belleza y todo lo que aportaban.

—Hoy nos proporcionan un poco de libertad —dijo Nahia mirando hacia arriba, donde no se veía a los dragones, ya que las copas de los árboles los cubrían.

—Muy cierto. Hoy aquí, durante el rato que nos lleve cruzar este bosque, seremos libres —afirmó Lily.

—Un momento que debemos disfrutar y valorar —comentó Ivo.

—No bajéis el ritmo, recordad las órdenes —advirtió Aiden, que se encargaba de mantenerlo por todos.

Las horas que tardaron en cruzar el robledal les proporcionaron una ilusoria sensación de libertad. Se sentían solos en medio de un paraje de tonalidades verdes y marrones llenas de vida. La naturaleza se colaba por cada poro de su piel. Si bien todos sabían que la sensación de libertad no era real, la disfrutaban igual. Por desgracia, toda ilusión, por agradable y placentera que fuera, siempre llegaba a su fin, pues en sí era efímera. Y así fue.

Llegaron al final del bosque y de su recorrido de liberación. Al salir a un claro cubierto de alta hierba volvieron a ver a los dragones volando en el cielo a no mucha altura. El baño helado de realidad con el que la visión les castigó les recordó que no eran sino esclavos condenados a luchar y morir por sus señores dragones.

«Avanzamos hacia el norte. Seguid a ritmo de marcha» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt, que pasó raseando sobre sus cabezas y despeinándolos a todos. Parecía querer recordar quién mandaba allí.

Comenzó a caer la noche mientras avanzaban en silencio por las llanuras cubiertas de una verde alfombra mullida. A Nahia la sensación de pisar tierra y hierba le agradaba. Era tan diferente a pisar los suelos de piedra de la academia… Le recordaba a cuando solía ir con su abuela en busca de plantas con propiedades medicinales. ¡Qué lejano le parecía todo aquello ahora! Solo habían pasado dos años desde la última vez que había tenido el placer de ir con su abuela al campo, pero ahora le parecía que habían transcurrido al menos dos décadas.

Al caer la noche llegó un nuevo anuncio de Irakas-Gorri-Gaizt en forma de orden inapelable.

«Continuaréis avanzando hacia el norte en formación. No habrá descanso para nadie. Mantened el ritmo en todo momento. Adecuad los ojos a la oscuridad y no perdáis paso. Si

necesitáis agua bebed de los pellejos que lleváis, pero sin deteneros».

Nahia miró a sus compañeros con ojos de horror. Les iban a hacer marchar toda la noche después de haber marchado todo el día. Lily resopló con fuerza y toda su belleza sensual la abandonó para ser remplazada por desasosiego. Dafne gruñó y masculló improperios en la lengua de los Fatum que borraron la belleza natural de su rostro. Ivo simplemente suspiró pero su rostro bestial de Tauruk no perdió su expresión tranquila. Taika no reaccionó de ninguna forma al anuncio. Miraba a los lados con ojos entrecerrados, escudriñando la noche. Aiden se puso tieso, como si le hubieran atado un palo de escoba a la espalda, y miró al frente con ojos que irradiaban el convencimiento que sentía de que él iba a lograrlo.

La marcha nocturna resultó no solo dura, sino complicada. El terreno era llano y gracias a que había una luna de verano en tercer creciente podían discernir dónde pisaban. Sin embargo, tuvieron que cruzar dos bosques, uno de hayas y otro de tilos, y tres ríos bastantes profundos, lo que les resultó bastante arduo, sobre todo porque no podían perder el ritmo. Al cruzar los ríos Irakas-Gorri-Gaizt apareció sobre ellos para asegurarse de que lo hacían con rapidez, pese a que la corriente de dos de ellos era bien fuerte.

«¡Cruzad a ritmo de marcha! ¡Nada de detenerse, no es más que un río!».

Nahia perdió pie y la corriente se la llevó. Por fortuna, Aiden formaba detrás. El Drakónido se dio cuenta y la cogió del brazo con fuerza evitando que se la llevara del todo.

—Gracias… Aiden —dijo ella tragando agua.

—De nada. Haz pie y continúa antes de que nos retrases demasiado.

Nahia consiguió hacer pie y mantener el equilibrio. Continuó avanzando, aliviada.

No fue la única que tuvo problemas. A Dafne el agua le llegaba hasta la nariz y también perdió pie. Ivo la cogió y se la puso a un costado agarrándola con su fuerte brazo derecho. La llevó sobre su cintura como si fuera una niña pequeña.

—Eres… una bestia… estupenda… —reconoció Dafne, que también tragó bastante agua.

—Soy Ivo —dijo él y sonrió tan tranquilo.

Antes del amanecer el cansancio empezó a hacer mella en las escuadras. Nahia se sentía agotada y vio que también Lily y Dafne lo parecían. Hasta el imponente Ivo caminaba ahora más despacio. Las escuadras Ardiente y Candente también estaban teniendo dificultades para mantener el ritmo debido al cansancio. Nahia se preguntó si los líderes dragones habrían estado volando toda la noche. Lo dudaba. Lo más seguro era que se hubieran detenido a descansar. Por muy poderosos y fuertes que fueran, a ellos también les suponía un esfuerzo surcar los cielos. Como Ivo diría, todas las criaturas de la naturaleza deben regirse por sus normas. No había ninguna que no se cansara al realizar esfuerzos.

Miró hacia los cielos y no los vio, lo que reforzó su deducción.

Con el amanecer los líderes aparecieron en el cielo despejado con sus enormes alas realizando giros sobre sus escuadrones. Irakas-Gorri-Gaizt descendió a gran velocidad y planeó sobre ellos.

«Deteneos en la colina» ordenó.

Todos habían estado mirando hacia el cielo al ver a los líderes aparecer y no se habían fijado en qué había tras la colina. Llegaron a su cima y observaron. Al norte se alzaba una enorme montaña con un único y alto pico nevado.

Habían llegado al lugar de la prueba.

Capítulo 2

Nahia observaba la gran montaña. No tenía duda de que aquella majestuosa e impertérrita formación de roca era el lugar en el que tendría lugar la prueba de tercer año. La altísima montaña parecía entrar en el mismo cielo con su pico níveo.

—Esa montaña va a traernos problemas —auguró Dafne, que arrugaba la nariz mientras la observaba.

—Y además estamos cansados —dijo Lily y se colocó bien el macuto con provisiones que llevaba colgado a la espalda a un lado del escudo.

Nahia asintió. Sentía lo mismo.

—Lo peor es que dudo que nos dejen descansar.

—Los dragones no nos darán tregua, no —convino Taika.

—Es lo mejor para fortalecer nuestro cuerpo y espíritu —explicó Aiden.

—A ti te voy a fortalecer yo esa cabeza de roca que tienes, ¡con un pico! —gritó Dafne.

—Yo te ayudo con cincel y martillo —se unió Lily.

«Avanzad hasta la base de la montaña» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Obedecieron de inmediato. Cuanto más se acercaban a ella más impresionante resultaba. Pudieron distinguir niveles de rocas y cuevas en la falda y la parte superior. Había caras con mucha pendiente, algunas casi perpendiculares, que parecían talladas a mano. Al llegar a la base tuvieron que rodear grandes rocas que se habían desprendido de la montaña hasta llegar a sus pies.

Se detuvieron, inquietos, y aguardaron órdenes.

«Escuadra Ígnea, mantened la posición sin romper formación. Escuadra Ardiente, situaos a mil pasos al oeste. Escuadra Candente, mil pasos al este encarando la montaña» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento de urgencia.

Las dos escuadras se movieron con rapidez para cumplir las órdenes recibidas y desparecieron entre las grandes rocas.

Por un largo momento no recibieron más órdenes y pudieron descansar, aunque no demasiado porque debían mantener la posición y permanecer de pie. Al menos ya no marchaban y eso lo agradecieron todos. Nahia intuyó que si a su Escuadrón le habían ordenado esparcirse también se lo habrían ordenado a los otros. ¿Qué tramarían los dragones?

—¿Veis a las otras escuadras? —preguntó Lily, que miraba alrededor cubriéndose los ojos con la mano. El sol de verano era intenso aquel día y a aquella altura entre las nubes siempre afectaba más.

—Yo no puedo verlas, pero mi olfato las capta —dijo Taika y señaló su nariz con una de las uñas de su garra derecha.

—No los veo con estas grandes rocas que tenemos alrededor —respondió Dafne estirando el

cuello para intentar ver mejor.

—Lo que no puedo creer es que los obliguen a participar en esta prueba. Ambas escuadras tienen dos miembros en la enfermería —opinó Nahia contrariada.

—Cierto. Llegaron malheridos de la guerra y no han conseguido recuperarse todavía —dijo Lily negando con la cabeza—. Por fortuna no han muerto, al menos de momento…

—Que una escuadra tenga miembros heridos o bajas no es excusa para participar en la formación reglamentaria —explicó Aiden como si fuera una falta siquiera pensarlo.

—Si tienen personas en la enfermería no deberían participar en otra prueba que tiene riesgo mortal —se posicionó Ivo—. Y las pruebas de inicio de año, como ya sabemos por experiencias anteriores, lo son.

—Tienen menos posibilidades de sobrevivir —opinó Taika.

—Que tengan menos posibilidades les obligará a esforzarse más y tener un mejor rendimiento. Es una desventaja, sí, pero les fortalecerá —opinó Aiden y puso cara de que él no lo veía como una excusa.

—Obligarles a participar en esas condiciones es de sádicos desalmados, cabeza de roca —corrigió Dafne.

—Que es lo que son nuestros señores —finalizó Lily.

Aiden hizo un gesto de que no le importaba lo que ellas dijeran.

—Yo tengo razón, así que vuestros comentarios contra mí o contra nuestros señores dragones prefiero no oírlos —replicó e hizo gesto de que se tapaba sus oídos.

—Tú cada día estás más insoportable —recriminó Dafne señalándole con su dedo índice.

—Ya he dicho lo que opino, que es lo que nuestros señores opinan. Seguir discutiendo no conduce a nada.

—Como no podía ser de otra manera —Dafne puso los ojos en blanco.

—A ti te vamos a conducir a un abismo —amenazó Lily.

Aiden les dio la espalda y observó los cielos donde volaban los líderes dragones.

Nahia intentaba entrever a sus compañeros de escuadrón entre las grandes rocas, pero sin suerte. Se preguntó cómo se habrían desprendido aquellos grandes pedruscos.

—Al menos nuestro escuadrón no ha tenido bajas mortales, otros no han sido tan afortunados —comentó Taika.

—Es una desgracia lo que ha pasado en la prueba de fin de segundo año. Varias escuadras han sufrido muertos en la guerra en Drameia, es de lo más devastador. Morir así en una prueba… sin necesidad… es de una crueldad mayúscula —Ivo suspiró y negó con la cabeza.

—Y que obliguen a esas escuadras a participar en esta prueba es algo imperdonable, de bestias sin escrúpulos —comentó Nahia que no podía creer que los obligaran de todas formas.

Bueno, creer lo creía, porque de la brutalidad y falta de piedad y empatía de los dragones se esperaba cualquier cosa.

Todos miraron a Aiden esperando su comentario a favor de ellos, pero el Drakónido miró hacia la cima blanca de la montaña y no dijo nada.

Aguardaron inmóviles un buen rato sin saber qué era lo que les aguardaba. El paso del tiempo

solo hizo que se pusieran más nerviosos. Finalmente, descubrieron el motivo de su espera.

Desde el sur llegaron volando dos enormes dragones que pasaron sobre sus cabezas y se dirigieron al pico de la montaña. Eran inconfundibles, incluso volando a gran altura, pero para que no quedara duda pasaron sobre todos los escuadrones en un vuelo rasante para volver a ascender sobre el pico de la montaña. Se trataba del coronel Lehen-Gorri-Gogor y el comandante Bigaen-Zuri-Indar.

—Ya han llegado los jueces de la prueba… —comentó Lily con desaliento.

—Ahora comenzará el sufrimiento… —añadió Dafne arrugando la frente.

—Eso me temo yo también —Nahia observaba el vuelo circular de los dos enormes dragones sobre el pico blanco.

—Mantengámonos unidos y lo lograremos —intentó animar Taika.

—Tiene razón. Solo así podremos sobrellevar las adversidades que se nos presenten —añadió Ivo mirando la montaña con ojos entrecerrados.

—No sé por qué tanta preocupación. Venceremos en cualquier prueba con la que nuestros señores nos reten. Esa es nuestra obligación y la cumpliremos con creces —aseguró Aiden.

Dafne y Lily se miraron y negaron con la cabeza.

—No tienes remedio —dijo Dafne.

—No deseo tenerlo, estoy perfectamente bien como estoy —afirmó Aiden seguro de sí mismo.

«Preparaos para comenzar la prueba de inicio del tercer curso» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt. Levantaron la mirada y descubrieron a su líder volando en círculos sobre la posición de su escuadrón. También distinguieron a otros líderes realizando el mismo vuelo, por lo que intuyeron dónde se encontraban los otros escuadrones.

—Tengamos cuidado y mantengámonos alerta —aconsejó Taika.

—Más nos vale —añadió Dafne.

«La prueba es sencilla. Disponéis hasta media noche para alcanzar el pico de la Montaña del Pasado. Aquellos que no lo consigan serán expulsados. Así de sencillo».

El mensaje llegó con un sentimiento de que no esperaba menos de ellos. Sin embargo, Nahia captó también algo más, algo que le hizo pensar que allí había gato encerrado.

—Una prueba de escalada y resistencia. Lo conseguiremos —afirmó Aiden, que ya sacaba pecho.

—A mí la escalada y la resistencia no se me dan muy bien —dijo Dafne.

—No sé por qué siempre nos ponen pruebas físicas, con lo buena que soy yo en las emocionales —bromeó Lily con una sonrisa.

—A los dragones no les interesan tus emociones —dijo Dafne—. Ni las del resto…

—Me parece que no nos está diciendo toda la verdad… —auguró Nahia—. No me creo lo de que la prueba sea sencilla.

—No me extrañaría lo más mínimo. La honestidad no es algo que caracterice a los dragones —comentó Ivo y se encogió de hombros.

—Es una prueba, habrá dificultades escondidas. Eso debemos esperarlo. Por eso iremos todos

muy alerta —advirtió Taika.

—Como debe ser. Una prueba tiene que ser difícil y muy exigente —añadió Aiden.

—Te juro que voy a coger una de estas rocas gigantes y voy a aplastar tu cabeza de mármol con ella —amenazó Dafne.

«Empezad la prueba. Debéis llegar los primeros, antes que el resto de las escuadras. La victoria debe ser del Escuadrón Rojo. Esforzaos al máximo y venced. Que nada os detenga hasta alcanzar la cima. ¡Nada en absoluto! Traedme la gloria de la victoria. Que el resto de los escuadrones sepan que el Escuadrón Rojo es el mejor. ¡Id! ¡Ya!» dio la orden de comienzo a las tres escuadras rojas.

Nahia miró al dragón rojo sobre su cabeza y luego hacia la gran montaña frente a ella, que parecía alzarse como un obstáculo insalvable. No tuvo tiempo de pensar nada más porque Aiden salió disparado.

—¡Vamos, tenemos que ser los primeros en llegar a la cima! —gritó.

—Yo creo que lo mejor es que lo despeñemos cuando lleguemos arriba —dijo Lily a Dafne.

—Totalmente de acuerdo —asintió esta.

—Vamos, sigámosle —hizo un gesto con el brazo Taika—. Nos guste o no, tenemos que escalar esa montaña e intentar llegar los primeros.

Los demás asintieron y siguieron a Taika, que corrió tras de Aiden. El Drakónido ya ascendía por una de las faldas de la descomunal montaña de roca.

Comenzaron a subir y pronto descubrieron que la montaña era tan imponente como parecía. Aiden impuso un ritmo muy fuerte que tuvo que rebajar por la inclinación de las laderas y la dificultad de la subida. Se pusieron en fila de a uno con Aiden a la cabeza y Taika siguiéndole. Luego ascendían Lily, Nahia y Dafne. Cerraba el grupo Ivo, al que las escaladas no se le daban nada bien debido a sus pezuñas.

Nahia subía echada hacia delante. La escalada iba a ser larga, dura y complicada. No solo estaban cansados de un día y una noche de marcha continua, sino que todo el equipo que llevaban pesaba más a cada paso. Si de ella dependiese habría lanzado montaña abajo su macuto, escudo, espada y daga. Solo se habría quedado con su Esfera de Aprendizaje, que era liviana. Por desgracia, hacer eso estaba totalmente prohibido. Si perdían cualquier elemento de su equipo su líder los asaría vivos.

El ascenso se volvió más y más difícil según ganaban atura. Aquella majestuosa montaña parecía estar diciéndoles que no era una buena idea intentar escalarla. Nahia estaba de acuerdo, pero, por desgracia, los dragones que sobrevolaban no opinaban lo mismo. Cada líder volaba sobre su escuadrón. Nahia podía ver ahora a las escuadras Ardiente y Candente, que subían a izquierda y derecha de su posición, manteniendo los mil pasos de separación. La montaña era tan inmensa y amplia que todas las escuadras cabían en su cara sur.

El cansancio se hizo patente cuando comenzaron a escalar una pared casi vertical a la que habían llegado. A partir de aquel momento tenían ya no solo que ascender, sino también escalar. La ladera de roca por la que habían subido se volvía prácticamente perpendicular de allí en adelante. La montaña parecía no querer que siguieran ascendiendo.

«¡Seguid subiendo! ¡Hasta la cima de la montaña! ¡Coronadla!» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt que los observaba volando sobre ellos con un sentimiento de gran urgencia.

Miraron la pared de roca con cierta angustia. No iba a ser nada fácil subir por allí.

—Voy delante. ¡Seguidme! —dijo Aiden con su habitual confianza. Comenzó a escalar la pared, no sin dificultades.

Taika lo siguió. El Felidae subía bien, mucho mejor que el Drakónido, pero no lo adelantó y dejó que ascendiera en cabeza. Lily siguió a Taika y Dafne a la Escarlatum. Las dos tuvieron problemas y fueron muy despacio.

—Por favor, tú delante —cedió el puesto Ivo a Nahia.

—Muy bien —respondió ella.

De pronto, se produjo un ruido extraño, como un chasquido de roca rompiéndose. A este le siguió otro, como de roca arrastrándose.

Detuvieron el ascenso y miraron hacia arriba, que era de donde procedía el sonido.

—¿Qué demontres…? —se preguntó Dafne.

En ese momento se produjo un desprendimiento.

—¡Cuidado, rocas! —avisó Aiden.

—¡Cuerpo contra la montaña! —gritó Taika.

Todos pegaron sus cuerpos cuanto pudieron contra la roca de la ladera. Unas enormes piedras cayeron y les pasaron rozando cabeza y espalda. Nahia miró hacia arriba y vio el desprendimiento. Supo que si les alcanzaba sería su fin, bien por el golpe inicial de las rocas o por la caída desde aquella altura de la montaña y el posterior choque contra el suelo. De pronto le entró tierra y trocitos de roca en los ojos y tuvo que cerrarlos.

—¡Que no os den! —gritó Lily, aunque no había gran cosa que pudieran hacer para evitar ser alcanzados.

—¡Piedras! ¡Cuidado con los ojos! —advirtió Nahia.

—¡Cubríos la cabeza! —gritó Dafne.

Ivo tuvo mala fortuna y un trozo de roca de bastante tamaño le golpeó en la cabeza.

—Ouch —gruñó.

Lily miró hacia abajo y se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡Sujétate fuerte! —le gritó a Ivo.

El Tauruk ladeó la cabeza mientras sangraba. Quedó medio mareado del impacto.

—Voy a ayudarle —dijo Taika y con su habilidad felina descendió por la ladera a una velocidad vertiginosa. Se situó junto a Ivo y lo empujó con una garra contra la pared de roca.

—Gracias… ya estoy… mejor… —balbuceó Ivo que intentaba recuperarse y no caer de la pared.

—Esperemos un poco —dijo Dafne, que miraba hacia Ivo con expresión de que el Tauruk no estaba bien todavía.

—Respira hondo, te ayudará a despejarte —aconsejó Taika, que seguía sujetándolo por si acaso.

Aguardaron hasta que Ivo consiguió recuperarse. La cabeza le continuaba sangrando, pero ya no parecía mareado.

—Podemos seguir, ya estoy bien. Tengo mucha sangre, de sobra, no os preocupéis —dijo limpiándose la que le entraba en los ojos con el antebrazo.

—Tengo que curarte esa brecha en la cabeza —dijo Dafne.

—Podremos hacerlo cuando lleguemos a una de las cuevas que hay más arriba —dijo Aiden, que ya había identificado dos que señalaba con su dedo índice.

—Sí, este no es lugar para curaciones —Dafne tuvo que darle la razón.

—Vamos, sigamos hasta la primera, no queda mucho —animó Lily.

Ascendieron con cuidado. Taika iba vigilando que Ivo no sufriera un desvanecimiento o se agarrara mal por el golpe. Dafne y Nahia también iban atentas, aunque poco podían hacer, bastante tenían con no caer de la pared de roca. Por fortuna encontraron un par de estrechas repisas naturales en las que pudieron descansar un momento. Guiaron a Ivo hasta ellas. Desde allí a la primera cueva consiguieron ascender sin más contratiempos. Aiden le ofreció una mano y ayudó a subir al Tauruk, al que siguió Taika. Todos alcanzaron el saliente bastante amplio en el que estaba situada la cueva y se sentaron un momento a descansar entre resoplidos de alivio por dejar la pared vertical, aunque solo fuese un instante.

—Vaya golpetazo —dijo Ivo y se llevó al mano a la cabeza.

Nahia arrugó la nariz y miró hacia las alturas. La ladera casi vertical de la montaña seguía subiendo hacia el pico helado, que parecía inalcanzable. No vio que cayeran más rocas, ni el motivo del desprendimiento.

—Nos hemos librado por muy poco. Menos mal…

Dafne se puso en pie para curar a Ivo.

—Tranquilo, tienes la cabeza más dura que la roca que te ha dado. Sobrevivirás.

—Tengo la cabeza dura para proteger mi mente inquieta —sonrió Ivo, al que no parecía preocuparle la herida.

—Eso será —devolvió la sonrisa Dafne y puso las dos manos a los lados de la brecha. Llamó a su dragón interior, cogió energía de luz y la transformó en sanadora. La envió a través de sus manos y la aplicó sobre la herida. La curación era un proceso complejo y de difícil dominio del que Dafne se quejaba continuamente, pero luego, cuando tenía la oportunidad de usarlo y conseguía ayudar a sus compañeros, se le cambiaba la cara. Su habitual rostro hosco se convertía en uno de alegría.

—Te va a dejar más guapo que antes, verás —dijo Lily con una sonrisa traviesa.

—Guapo va a ser más difícil. Soy un Tauruk, con cara bestial, no hay guapura en mí.

—No pierdas la esperanza, con el tiempo seguro que Dafne es capaz de obrar una maravilla con su magia.

—Ni con todo el tiempo del mundo —afirmó esta y continuó sanando la herida. Ya no sangraba y estaba cerrando la brecha.

Taika se agachó y palpó el suelo de roca. Puso cara extraña.

—¿Ocurre algo? —preguntó Nahia.

—¿No lo oís? —preguntó y puso su oreja de tigre contra el suelo.

Aiden miró en todas direcciones.

—No oigo nada y tampoco capto peligro.

En ese momento del interior de la cueva apareció una criatura bestial. Soltó un rugido tremendo, uno similar al de un dragón, y mostró las temibles fauces con las que iba a devorarlos.

Capítulo 3

Nahia estuvo a punto de irse de espaldas y despeñarse del tremendo susto que se llevó. Movió los brazos para mantener el equilibrio y consiguió recobrarse, por muy poco. Lily no tuvo tanta fortuna y, después de dar un brinco hacia atrás, comenzó a inclinarse de espaldas sobre el saliente. Se iba a precipitar montaña abajo. Soltó un pequeño chillido de angustia que ni le llegó a salir del todo de la boca. Ivo la agarró del antebrazo derecho desde el suelo y evitó que cayera. Dafne soltó un grito de la sorpresa al ver a Lily prácticamente precipitándose al vacío.

Se volvieron hacia la criatura. Nahia no sabía qué era, pero una cosa era indiscutible: parecía un dragón sin alas. Tenía cuerpo de dragón, cabeza incluida, pero era bastante más pequeño, de unas siete varas de largo por cuatro de alto y unos tres de ancho. Todo su cuerpo estaba cubierto de escamas amarronadas y los ojos y dientes que mostraba amenazantes eran de dragón. Se fijó en que tenía vetas formadas por escamas rojas que le bajaban por la espalda.

—¡Cuidado, es un Drake! —avisó Aiden y con rapidez desenvainó su espada con una mano y cogió el escudo con la otra para protegerse.

Nahia no sabía qué era un Drake, pero por el grito de advertencia de Aiden y lo rápido que se había preparado para defenderse imaginó que no sería nada bueno. Además, cualquier criatura que se pareciera a un dragón era más que probable que fuera muy peligrosa.

No se equivocó. La bestia avanzó sobre sus cuatro patas para atacar a Aiden. Le soltó un mordisco terrorífico con una boca llena de dientes temibles. Aiden se protegió con el escudo. El siguiente ataque del monstruo fue una embestida. El Drake lo derribó con un fuerte golpe de cabeza contra el escudo y Aiden salió despedido de espaldas. De haber emprendido la acometida un poco más fuerte se hubiera ido montaña abajo.

—¡Hay que acabar con él! —exclamó Taika saliendo en ayuda de Aiden. De un salto felino tremendo se plantó en el costado de la bestia y le soltó un tajo con su espada al que siguió con una estocada.

Nahia pensó que lo tenía, pues el ataque de Taika había sido fugaz y certero. Sin duda mataría o heriría de gravedad al monstruo. Se equivocó por completo. El Drake rugió y se volvió hacia Taika. No estaba herido, la espada del tigre no había podido atravesar las escamas que recubrían su cuerpo.

—¡Tiene escamas de dragón, el acero no las atraviesa! —se percató Taika y avisó al resto.

El Drake soltó un zarpazo con su pata delantera izquierda del que Taika se defendió cubriéndose tras el escudo. Mientras, Aiden ya se recuperaba y se ponía de pie en una posición defensiva.

Lily y Dafne ya estaban preparadas para luchar cuando dos Drake más aparecieron en la cueva emitiendo atemorizantes rugidos.

—¡Dos más, esto se pone feo! —avisó Nahia, que avanzó hacia ellos junto con Lily y Dafne. Formaron una línea defensiva detrás de sus escudos.

—Envainemos espadas, usaremos nuestra magia —dijo Nahia a sus compañeras.

—De acuerdo. Veamos qué tal se arreglan contra la magia —respondió Dafne.

—Espero que muy mal… porque son terroríficos —deseó Lily con expresión de espanto.

Los dos Drake avanzaron hacia ellas con pesados pasos. Su cuerpo y la musculatura de torso y patas eran impresionantes y la cola también tenía aspecto de ser muy poderosa. A Nahia le inquietaron sobre todo las garras y los dientes de aquellas bestias que tenían que estar de alguna forma relacionadas con los dragones. Daban la impresión de ser sus parientes menores terrestres.

Ivo llegó hasta ellas.

—Yo me encargo del último dragoncito —dijo.

—¿Estás seguro de que puedes luchar en tu estado? —preguntó Lily con tono de preocupación.

—Sí, tranquila. Dafne ha cerrado la herida y no me siento aturdido. No os preocupéis por mí —dijo y avanzó decidido hacia el monstruo con espada y escudo en mano.

—Es duro, y muy fuerte. No os preocupéis por él —confirmó Dafne.

—Es complicado no preocuparse en esta situación. Estos Drake tienen muy mala pinta —dijo Nahia.

—Pues acabemos con ellos y arreglado —respondió Dafne, que arrugaba la nariz y miraba con ojos fieros a la bestia que venía a atacar.

—Estos deben ser primos tuyos, Aiden —dijo Lily mientras esquivaba un mordisco a la cabeza y lanzaba su Garra Elemental de Hielo a la pata derecha de la bestia.

—Pregúntales si siendo familia no podemos llevarnos bien —dijo Dafne a Aiden y usó su Aliento Elemental de luz para cegar momentáneamente al Drake, que la atacaba buscando arrancarle una pierna de un mordisco.

Aiden había sido derribado por un golpe de la cola del Drake contra el que peleaba y estaba sin respiración, intentando recuperar el aliento.

—Muy… graciosas… —masculló entre dientes.

Taika protegía a Aiden intentando alcanzar al Drake en los ojos con su espada. Soltaba golpes fulgurantes y de inmediato se desplazaba para evitar que una garra o la boca del monstruo le alcanzaran. Los Drake eran enormes y fuertísimos, pero no muy rápidos y nada ágiles. Taika ya se había dado cuenta y lo explotaba. De pronto el Drake al que estaba atacando abrió la boca y en lugar de intentar morderle con ella apuntó hacia Taika durante un momento. Los ojos del Drake brillaron emitiendo un destello rojo. Taika tuvo un muy mal presentimiento que le hizo lanzarse hacia un lado al instante. Un momento después de la boca del monstruo salía una llamarada.

—¡Cuidado, aliento de fuego! —avisó Aiden, que ya estaba de nuevo en pie.

Taika rodó sobre su cabeza para alejarse de la llamarada. El Drake intentó quemarle prolongando el aliento y siguiendo a Taika en sus tumbos, dirigiendo el chorro ígneo hacia su cuerpo. El Felidae se volvió a lanzar a un lado y rodó sobre su cabeza huyendo del fuego que buscaba incinerarle.

Nahia lo vio por el rabillo del ojo y avisó a sus compañeras.

—¡Poseen la habilidad de aliento de fuego! ¡Cuidado!

Lily, Dafne e Ivo volvieron la mirada hacia Nahia y luego hacia Taika y se percataron de lo que pasaba. Dieron un paso atrás y se replantearon los ataques que iban a realizar.

—Solo nos faltaba esto. Los dragoncillos sin alas resulta que realmente son pequeños dragones no alados —se quejó Dafne.

—Dientes y garras fuertes y afiladas, cuerpo y cola poderosa, aliento de fuego… sí, yo diría que son verdaderos dragoncillos sin alas —estuvo de acuerdo Lily, que preparó su aliento elemental de hielo para atacar al Drake que la miraba con ojos de querer acabar con ella.

—¡Tened mucho cuidado! —advirtió Nahia viendo que su enemigo abría la boca.

—¡Va a lanzar fuego! —se dio cuenta Dafne.

—Yo me encargo —dijo Lily y se colocó frente a la boca abierta del Drake.

En el mismo momento en que el fuego salía de la boca del monstruo, Lily invocó su habilidad aliento elemental de hielo y un chorro gélido salió propulsado hacia la boca del Drake. Los dos alientos se encontraron a medio camino y se produjo un combate de fuerzas elementales: fuego contra agua.

Los ojos del Drake brillaron con un resplandor rojo y mantuvo el pulso con Lily, que enviaba su chorro helado apagando el de fuego de su oponente.

—¡Muy bien, Lily! —animó Dafne, que se apresuró a ayudarla.

—¡Entre las dos podremos con él! —dijo a Dafne y continuó enviando un caudal poderoso de agua tan helada que era casi hielo. Al encontrase con el chorro de fuego intenso se producía un vapor que se alzaba hacia los cielos.

—No te preocupes, estoy a tu lado. Atenta a los ojos, que voy a atacar —dijo Dafne a Lily y atacó al Drake con su aliento elemental de luz. Al chocar con el de fuego se produjo una explosión de intensa luz que aturdió al Drake.

Nahia vio que sus compañeras se las arreglaban con aquel Drake, pero no así Ivo, que estaba teniendo dificultades. El monstruo al que se enfrentaba le había golpeado con la cola y las garras delanteras y le había obligado a retroceder. Ahora iba a lanzar su aliento de fuego. Nahia no estaba segura de que Ivo pudiese usar su magia en aquella situación y estado, además de que no era su fuerte y fue en su ayuda. Mientras lo hacía iba invocando su aliento elemental de fuego.

—¡Aparta, Ivo! —avisó según llegaba corriendo a su espalda.

Ivo giró la cabeza y la vio llegar. Dio un paso a un lado, grande y poco coordinado, como era él, pero suficiente para permitir que Nahia entrara de pleno al ataque. De su boca salió su aliento elemental. Ambos alientos se encontraron y se produjo un choque entre fuegos. La explosión de llamas que se produjo al colisionar ambos alientos hizo que Nahia casi se fuera de espaldas, pero consiguió aguantar situándose en una posición defensiva.

El Drake sacudió la cabeza. No le había gustado el ataque de Nahia, pero no se amedrentó y avanzó hacia ella. No parecía importarle que Nahia también tuviera aliento de fuego.

Avanzó despacio y lanzó un caudal de llamas que intentaban llegar hasta su cuerpo. Nahia tampoco se achicó y utilizó de nuevo su aliento de fuego. Las llamas que salían de la boca de ella aguantaban las del Drake, que tuvo que detener su avance. Nahia se percató de que su habilidad iba a finalizar, pero no podía permitirlo. Cogió más energía de su interior y la canalizó hacia el aliento de fuego para mantenerlo vivo. Se dio cuenta de que el Drake parecía inseguro y esto le dio ánimos. Envió más energía todavía a su aliento y la llama se incrementó hasta casi doblar su intensidad. El Drake vio que su llama era consumida por la de ella y comenzó a retroceder despacio, con pasos inseguros. Nahia constató que su fuego era más poderoso que el del Drake y

avanzó hacia él.

De pronto, Ivo usó una estrategia de combate que solo un Tauruk-Kapro podía haber ideado y lanzó el escudo de acero con todas sus fuerzas a las fauces abiertas del Drake. El escudo voló paralelo al suelo a gran velocidad. Lo lanzó con semejante fuerza que se escuchó un sonido horrible de dientes rompiéndose debido al fuerte impacto. El Drake rugió de dolor y cerró la boca mientras fragmentos de su dentadura caían al suelo. Nahia no esperaba semejante maniobra y por un instante se quedó tan sorprendida como el propio Drake.

—Ahí no tiene escamas que le protejan —dijo Ivo tan tranquilo.

Nahia se recuperó de la sorpresa y continuó el ataque. Avanzó dos pasos y alcanzó con su aliento de fuego la cabeza y parte del torso del Drake. No sabía si aquella criatura tendría defensas mágicas, pero siendo similar a un dragón, se imaginó que sí. Las escamas del Drake destellaron con un fuerte brillo plateado que Nahia interpretó como una defensa. Envió más energía a su aliento para intentar destruir la magia defensiva. El Drake seguía retrasándose y rugía de rabia. Nahia continuaba avanzando, enviando un caudal ígneo terrible a su enemigo.

De pronto, de debajo de las patas del dragón, surgiendo del suelo, aparecieron cuatro enredaderas que subieron y se enrollaron por ellas. El Drake miró hacia abajo sin comprender qué pasaba. Un momento más tarde lo tenían aprisionado. El monstruo tiraba con todas sus fuerzas para liberar sus patas, pero cada vez había más enredaderas y más tupidas subiendo del suelo por las patas y enroscándose, como si tuvieran vida propia.

Nahia supo que solo podían proceder de un sitio. Miró de reojo a Ivo y lo vio con los brazos abiertos invocando. Eran sus enredaderas de magia de Druida. Tenía que aprovechar la ventaja que su compañero le había conseguido. Avanzó un poco más y dirigió su aliento directo a la cabeza del monstruo para evitar alcanzar y quemar las enredaderas que lo aprisionaban. La llamarada golpeó la cabeza del Drake, que rugió desesperado mientras se producía el destello plateado de sus defensas, pero se apagó tras un momento. Nahia intensificó el ataque y la cabeza del Drake prendió fuego. Envió más energía y una tremenda llamarada la envolvió.

La bestia cayó muerta a un lado con las patas aún presas. Nahia sintió que era una forma de morir horrible, pero al menos había sido rápida. El Drake la hubiera matado a ella o a Ivo de haber podido y sin ningún miramiento.

—Eso ha estado muy bien, Ivo. Eres formidable —reconoció Nahia a su compañero.

—Yo soy Ivo —respondió él y se encogió de hombros. Luego avanzó hasta la bestia caída y recuperó su escudo.

Lily y Dafne combinaron sus alientos elementales y consiguieron un efecto que el Drake no pudo soportar. Lo aturdían y lo congelaban. Se defendió con su aliento de fuego hasta que finalmente no pudo más. Las dos Brujas de Dragón eran más poderosas que el Drake. Intentó huir a la desesperada, pero Dafne se percató y lo volvió a cegar. Lily no le dio opción a recuperarse y le congeló la cabeza y medio torso. La bestia quedó de pie, ciega y medio congelada.

—¿Está muerta? —preguntó Dafne a Lily.

—No lo sé, pero yo diría que sí. Hace ya un rato que su defensa mágica ha caído. O al menos ya no brilla con destellos plateados.

—Ya, sin defensas mágicas habrá muerto —asintió Dafne.

A su vez, Taika y Aiden intentaban acabar con el Drake con el que luchaban. Ellos lo estaban

haciendo de una forma algo diferente. Taika se había subido a la espalda del monstruo y tras trepar por ella hasta la cabeza, le había clavado el cuchillo en ambos ojos, cegándolo. La bestia intentaba derribarlo dando sacudidas con su cuerpo y cola, pero Taika no caía y se agarraba al monstruo usando su magia de oscuridad. Los tentáculos oscuros que había creado rodeaban el cuello de la bestia y Taika se agarraba con todo su ser.

Aiden le había soltado varias estocadas al interior de la boca cuando intentaba defenderse con su aliento. Al estar ciego no había podido ver por dónde le atacaba el Drakónido. Como no conseguía acabar con el monstruo, Aiden había creado una bola de tormenta que ahora iba a lanzar a su boca, solo que la había cerrado para evitar más estocadas.

—¡Haz que abra la boca! —pidió a Taika.

—¡Lo intento! —dijo el tigre desde la espalda del Drake y tiró con todas sus fuerzas hacia atrás de los tentáculos que rodeaban el cuello de la bestia.

Siguió tirando con gran fuerza. El Drake parecía ahogarse y no tuvo más remedio que abrir la boca. Aiden estaba esperando ese momento y le lanzó la bola de tormenta hasta la garganta. Se produjo una explosión seguida de rayos que hirieron de gravedad al monstruo. Rugió de dolor y Aiden aprovechó para rematarlo clavándole la espada en el interior de las fauces, llegando hasta la garganta.

Un momento más tarde los tres Drakes yacían muertos frente a la Escuadra Ígnea. Se produjo un silencio y la tensión se fue disipando mientras observaban los cadáveres y el interior de la cueva.

—¿Hay más? —preguntó Nahia y señaló hacia la boca de la caverna por la que habían salido las tres criaturas.

—Espero que no —deseó Lily con ojos entrecerrados.

Taika saltó de la espalda del Drake muerto y se acercó a la entrada de la cueva con su caminar felino. Estuvo un momento mirando hacia el interior. Los demás observaban sin moverse, como si un ruido o un movimiento inadecuado pudiera provocar que salieran otros tres monstruos al ataque.

Aguardaron un momento, pero no sucedió nada.

—No capto más criaturas en el interior —informó Taika.

De pronto les llegó un grito desde el este y volvieron la vista hacia esa dirección. Era un grito humano, de combate.

Taika se apresuró hasta un saliente desde el que poder ver lo que sucedía.

—Es la Escuadra Candente. Tienen problemas.

Nahia corrió a su lado.

—Luchan contra tres Drake, pero ellos son solo cuatro. Tienen que estar pasando grandes dificultades —dedujo Taika.

—¡Hay que ir a ayudarles! —exclamó Nahia e hizo una seña para que la siguieran por el risco hacia el este.

—¡No! Hay que seguir subiendo. La orden es alcanzar el pico, ser los primeros. No tenemos que ayudar a otras escuadras —corrigió Aiden con tono seco y decidido y señaló la cima.

—¡Serás cabeza de mármol! ¡Por supuesto que vamos a ayudarles! —gritó Dafne e hizo una

seña a Nahia para que avanzara.

—Solo un Drakónido cabeza de roca diría algo así en un momento de necesidad de otros compañeros —negó con la cabeza Lily y siguió a Nahia y Dafne.

—Tenemos órdenes y no podemos desobedecerlas. Debemos seguir ascendiendo —Aiden puso cara de que no podía creer que no siguieran escalando hacia la cima.

Ivo llegó hasta él y le puso la mano en el hombro.

—Cumpliremos con la orden, no te preocupes, pero primero vamos a socorrer a nuestros compañeros. Es lo correcto. En el fondo tú también lo sabes —dijo con tono profundo y avanzó hacia el risco.

Aiden miró a Taika, pero le hizo un gesto de que lo sentía y fue tras las chicas con paso rápido y equilibrado, como si anduviera por una gran calzada en lugar de por un estrecho y peligroso risco.

Capítulo 4

Nahia, Dafne y Lily avanzaban con dificultades hacia el este por un corte en la cara de la montaña. La cornisa por la que iban era muy estrecha. Si se despistaban y cometían un error, se despeñarían y sería su muerte. La parte final tuvieron que hacerla desplazándose lateralmente con el cuerpo pegado contra la roca. Por fortuna, la entrada a la cueva donde la Escuadra Candente luchaba era amplia. Nahia dio un salto librando un corte de un paso al vacío y, a continuación, se dejó caer al saliente de la cueva. Dafne y Lily la siguieron.

Al erguirse y cubrirse tras su escudo, Nahia estudió lo que sucedía. No quería precipitarse de cabeza a una situación de peligro, no era una buena estrategia. Cordelius luchaba con un Drake en la boca de la caverna. Este intentaba calcinarlo con su aliento de fuego y el enorme Kapro se defendía como podía mientras buscaba la forma de matar a la criatura. Brendan, el humano rubio, luchaba contra otro, era una lucha de poder mágico: el aliento de fuego de Brendan contra el del Drake. Lara, la pantera negra, estaba usando una estrategia parecida a la de Taika y se había subido a la espalda del Drake al que se enfrentaba, que intentaba tirarla al suelo entre rugidos y sacudidas. Draider, el Drakónido chico de la escuadra, estaba en el suelo y tenía parte del cuerpo en llamas.

—¡Voy a ayudarle! —gritó Dafne y salió corriendo hacia Draider.

—Lily, tú conmigo. Vamos a ayudar a Cordelius —indicó Nahia, que intuyó que Brendan de momento aguantaba.

—Te sigo —Lily entrecerró los ojos decidida.

Taika cayó en ese momento a su lado tras dar un salto desde la cornisa.

—Id, yo ayudaré a Lara —dijo el tigre.

Un instante después todos corrían a socorrer a sus compañeros de escuadrón. Ivo no había llegado todavía, aunque se acercaba con cuidado por el risco. Este tipo de escaladas eran muy complicadas para el Kapro. Aiden no se había movido de donde estaba y cruzaba los brazos sobre el pecho mientras negaba con la cabeza.

Nahia y Lily llegaron hasta Cordelius, que esquivaba el aliento de fuego del Drake al que se enfrentaba con movimientos bastante poco ágiles. Su capa estaba en el suelo, achicharrada.

—Hay que usar magia contra ellos —aconsejó Lily.

—Lo he imaginado, pero no es mi fuerte —respondió Cordelius que le mostró la espada y el escudo. Corría alrededor del Drake que lo intentaba alcanzar con su aliento.

—Tranquilo, te ayudaremos —aseguró Nahia.

—¡Gracias! —Cordelius continuó corriendo en círculo alrededor de la bestia sabiendo que, si paraba, le alcanzaría el aliento de fuego con el que le perseguía el Drake. Por fortuna el monstruo era todavía menos ágil que el Kapro.

Nahia pensó que de no ser porque corrían peligro de muerte, la escena era bastante cómica con el gran Kapro corriendo en círculos alrededor del mini-dragón sin alas que intentaba

abrasarle.

—Voy a usar mi aliento helado sobre el suyo de fuego —avisó Lily a Nahia.

—De acuerdo, entretenlo y yo ataco con mi magia.

—Eso está hecho —asintió Lily, que abrió la boca y dejó salir su aliento helado tras un momento.

Golpeó el cuerpo del Drake que, de inmediato, se volvió hacia ella dejando de perseguir a Cordelius. Los dos alientos, el de fuego y el de hielo, se encontraron y comenzó la lucha de poder entre las magias elementales. Lily se plantó firme con las rodillas flexionadas y la cabeza algo hacia delante. Aguantó bien el primer impacto.

Nahia aprovechó que Lily tenía toda la atención del Drake para usar su magia contra la criatura e invocó su habilidad Garra Elemental. Una garra de dragón de fuego rodeó su mano derecha y, cubriéndose con el escudo, se acercó hasta el monstruo que seguía luchando contra Lily. Antes de que el Drake pudiera atacarla, saltó hacia delante y le soltó un zarpazo a la pata izquierda. No sabía si podría atravesar sus defensas mágicas pero tenía que intentarlo. Se produjo un destello plateado cuando la garra alcanzó la pata. El Drake no pareció sentir el ataque porque no se inmutó y continuó intentando acabar con Lily, que aguantaba como una poderosa hechicera surgida de un iceberg.

En el centro, Taika llegó hasta el Drake sobre el que estaba Lara y con un salto rápido y potente él también se subió a la espalda de la criatura que rugió enfurecida.

—Gracias por la ayuda —dijo Lara, que se sujetaba agarrándose a la cresta que al Drake le bajaba por la espalda y la cola.

—Tenemos que ayudarnos —respondió Taika y se concentró para utilizar su magia de oscuridad.

El Drake se sacudía con fuerza, pero no podía quitárselos de encima. Tampoco era capaz de atacar con su aliento de fuego ya que su cuello no era muy largo y no podía girarlo para apuntar sobre ellos. Los ataques de fuego pasaban a izquierda y derecha de Lara y Taika, que se mantenían en el centro de la espalda a medio recorrido. Para alcanzarles tendría que romperse el cuello de tanto forzar el giro, lo que lo mataría.

—No consigo atravesar sus escamas… Por suerte no saben cómo revolcarse sobre sí mismos y aquí arriba no puede alcanzarme… con fauces o garras —explicó Lara, que hablaba de forma entrecortada por el esfuerzo del combate contra la criatura.

Taika creó tentáculos oscuros y dejó que se enroscaran en el cuello de la criatura antes de responder.

—Menos mal, sino nos aplastaría. No parece ágil.

—No, eso no es… Ahora fuerte y peligroso… mucho. Además, debe de pesar como una casa.

—Tienes que usar tu magia para matarlo. —indicó Taika.

—De acuerdo, lo intento —asintió Lara.

Usando toda su fuerza, Taika tiraba de sus tentáculos intentando estrangular al monstruo. Cuanto más lo hacía, más se resistía la criatura que movía la cabeza de lado a lado y rugía furiosa. De pronto, Lara consiguió conjurar Fauces Elementales de aire y le soltó al Drake un mordisco terrible en la nuca cargado de rayos de tormenta. Al morder los rayos descargaron sobre la nuca del Drake. Su magia defensiva se activó y un resplandor plateado lo defendió del

ataque mágico.

—No ha penetrado —se lamentó Lara.

—Sigue intentándolo, lo lograrás —aseguró Taika, que tiraba de sus apéndices negros con todas sus fuerzas.

Ivo llegó hasta Brendan, que mantenía un pulso de fuego con su Drake. No iba perdiendo, pero tampoco ganaba. Los dos estaban enviando sus alientos a plena potencia mágica, lo que iba consumiendo la energía interior de ambos.

—¡Llega ayuda! —dijo Ivo a Brendan, que sudaba copiosamente y no del calor del fuego, sino del tremendo esfuerzo que estaba realizando.

No le respondió, no podía. Miró con el rabillo del ojo. Ivo dio por bueno que le había visto y sabía que le iba a ayudar. Se situó justo detrás de Brendan y se agazapó para que su cabeza no quedase al descubierto sobre la de él, ya que era bastante más alto que el humano. Con tranquilidad comenzó a invocar su magia de Druida y la combinó con su magia elemental de tierra. Tras un largo momento, debajo de la pata derecha del Drake la tierra se removió, como si algo naciera de ella. Antes de que el Drake supiera qué pasaba, media docena de afiladas y fuertes estacas de piedra surgieron del suelo y se le clavaron en la garra. Levantó la pata de inmediato, la sacudió y pareció retirarse.

—Como pensaba, no tiene escamas en las palmas de las garras —musitó Ivo muy satisfecho.

Brendan intensificó el ataque al ver que la bestia se retiraba y le hizo una seña a Ivo para que fuera con él.

Aiden llegó al combate de un salto desde el risco y corrió junto a Dafne, que atendía a Draider de sus quemaduras.

—¿Cómo está?

—¡Vaya, has decidido venir! ¡Qué honor! —respondió Dafne enfadada.

—No voy a dejar a uno de los míos morir.

—Tiene medio cuerpo quemado. Las escamas que vestimos le han protegido bastante, pero aun así tiene quemaduras profundas, algunas en la cara. No podré sanarlas del todo, dejarán cicatrices. Lo siento.

—A un Drakónido eso no le importa. La belleza física no tiene valor para nosotros —dijo Aiden restándole importancia.

—Por supuesto que la tiene —dijo Dafne, en su cultura la belleza era importante.

—Al contrario… mostrará mi arrojo en batalla… —expresó Draider, orgulloso.

—Sois unos cabeza de granito —Dafne negó con la cabeza y continuó enviando energía sanadora a las quemaduras de Draider.

—Deberíamos retrasarlo. Ese Drake está demasiado cerca —aconsejó Aiden a la Fatum.

Dafne levantó la cabeza y vio al Drake, con Lara y Taika sobre su espalda, que daba bandazos desesperado y furioso por quitárselos de encima.

—Si, retrasémonos antes de que nos aplaste —le dio la razón Dafne.

Aiden cogió a Draider de los hombros y lo arrastró unos pasos alejándolo del peligro.

—Termina de curarlo, yo os protejo —Aiden se situó frente a ellos con el escudo y la espada

en las manos y en pose defensiva.

Dafne suspiró. Ahora podría sanarlo mejor y con algo de tranquilidad. La magia sanadora y la batalla no se llevaban nada bien, al menos en su caso. No sabía si era el de otras sanadoras, pero imaginó que les sucedería algo parecido. Estar en medio de un combate no era el lugar apropiado para curar a nadie. Sin embargo, tuvo la sensación de que era precisamente dónde más tendría que usar su magia. Ella era una Bruja de Dragón y sus habilidades se usarían en batalla, no en el confort de una enfermería. Aquel descubrimiento la dejó algo fría. Tendría que hablar con Nahia y Lily para ver cómo podía mejorar en sanar en ambientes hostiles.

Mientras tanto, en el lado este, Nahia soltó otro zarpazo con su garra de fuego decidida a ver hasta qué punto aguantaban las defensa de la bestia. Otro destello plateado le indicó que las defensas mágicas innatas de la criatura aguantaban, eso no era bueno. Envió más energía a su garra para que fuera más poderosa y el golpe más potente. Aguardó al momento preciso y soltó un tercer ataque a la misma pata. El Drake se giró hacia Nahia mientras de su pata caía sangre de un rojo negruzco. Lily no desperdició la ocasión y avanzó con su aliento helado alcanzando a la bestia en el lado derecho. Nahia se protegió del aliento del Drake tras su escudo y se retiró con rapidez caminando hacia atrás sin perder el frontal del monstruo y sin dejar de protegerse.

Cordelius consiguió por fin invocar una garra elemental y atacó al Drake en la pata trasera derecha con poderosos golpes. La criatura rugió de dolor, lo que hizo que su aliento de fuego se detuviera.

Nahia dejó de retroceder. Era el momento de atacar. Estaba herido.

—¡Todos a una! —gritó a Lily y a Cordelius.

Los tres atacaron a la vez. Nahia y Cordelius se centraron en las patas con sus garras elementales y Lily en la cabeza con su aliento helado. El Drake pareció dudar un momento al ver que los tres avanzaban sobre él. Decidió que el enemigo más peligroso era Lily con su aliento helado y la atacó con el suyo de fuego. Esta aguantó el ataque y les hizo un gesto con la mano derecha para que atacaran ahora que la atacaba a ella. Nahia y Cordelius se lanzaron soltando zarpazos a las patas, ella a las delanteras y él a las traseras. El Drake volvió a rugir de dolor y al hacerlo perdió su aliento de fuego. El aliento helado de Lily llegó hasta su cabeza y la congeló por completo. Un momento después caía al suelo, muerto.

Lara consiguió atravesar las defensas mágicas del Drake tras media docena de ataques consecutivos. Sus fauces de aire penetraron y las descargas entraron en la parte posterior del cuello del monstruo, que rugió de dolor.

—¡Lo conseguí! —exclamó victoriosa.

—¡Remátalo! Yo no estoy logrando estrangularlo —pidió Taika, que pese a que tiraba con todas sus fuerzas de los tentáculos enroscados alrededor del cuello no conseguía ahogar a la bestia. Estaba de pie sobre la espalda escamada tirando con todo su cuerpo y aunque la cabeza del Drake se iba hacia atrás no lograba su propósito.

—Me encargo —aseguró Lara y lanzó otra media docena de mordiscos de tormenta con sus fauces, que penetraron en el reverso del cuello. La magia de la pantera negra no solo lograba herir al Drake como si fuera una garra afilada la que se clavaba, sino que las descargas de la magia elemental aumentaban el poder del ataque.

El monstruo murió con el cuello reventado. Se desplomó al suelo mientras Lara y Taika saltaron con agilidad antes de que tocara tierra.

Ya solo quedaba un Drake en pie, aunque estaba herido y se defendía en la entrada de la cueva. Brendan no cejaba en su ataque usando su aliento de fuego. El Drake tenía muchos problemas para defenderse, ya que Ivo le había herido en las palmas de sus patas con estacas afiladas de roca.

—Quizá si lo dejamos ir se marchará —sugirió Ivo a Brendan. El enorme Tauruk estaba agachado detrás del humano preparando otro ataque que no terminaba de salirle.

El chico humano se encogió de hombros sin dejar de atacar. No podía hablar o mover la cabeza o su ataque perdería efecto. Ivo interpretó su gesto como una duda.

—No perdemos nada por intentarlo. Retirémonos haca atrás, tú sigue con tu aliento y veamos qué hace.

Brendan hizo un gesto afirmativo con su mano derecha.

Ivo dio dos pasos hacia atrás y Brendan uno. El Drake no se movió. Ivo volvió a dar dos pasos hacia atrás y Brendan otro. Tampoco se movió esta vez. Brendan dejó de usar su aliento de fuego al estar el Drake fuera de alcance y la bestia hizo lo mismo. Por un momento tenso se observaron, parecía que Ivo tenía razón. Puede que no fuera necesario continuar luchando. El Drake miró entonces a los cielos y rugió justo antes de lanzarse al ataque cojeando de dos patas.

Brendan volvió a invocar su aliento de fuego. El Drake fue a hacer lo mismo, pero del suelo surgieron pinchos y estacas de piedra afilada y se le clavaron en las patas traseras. Perdió el equilibrio y cayó de bruces. Ivo había estado conjurando. Brendan aprovechó la ventaja y avanzó rápidamente hacia el Drake alcanzándole en la cabeza con su llamarada de fuego. La defesa mágica de este aguantó, pero no pudo levantarse por tener las cuatro patas heridas. Lo intentó y volvió a caer al suelo. Brendan continuó con el ataque y las defensas del monstruo por fin se agotaron. Abrió la boca para usar su aliento, pero ya era tarde. Su cabeza ardió por completo y murió en medio de un rugido de dolor.

Brendan dejó de enviar su aliento elemental. Suspiró y se volvió hacia Ivo.

—Lo siento.

—Lo hemos intentado —se resignó Ivo, que miró hacia los cielos y vio a su líder observándoles. El Drake no había querido desobedecer a sus señores alados. Había preferido morir a hacerlo.

Las dos escuadras se juntaron alrededor de Draider que, si bien tenía parte del cuerpo y la cara quemados, no parecía sufrir dolor.

—¿Cómo estás? —preguntó Brendan.

—Me han achicharrado, pero sobreviviré —contestó el Drakónido.

—¿Podrás seguir? —preguntó Lara con preocupación en su tono.

—Creo que sí —Draider se puso en pie con la ayuda de Dafne.

—Ha tenido suerte. Las quemaduras le dejarán feas cicatrices, pero no había ninguna grave —explicó Dafne.

—Es fuerte, sobrevivirá —dijo Cordelius y le puso una manaza sobre el hombro.

—¡Ouch! —Draider se apartó al contacto con un gesto de dolor—. Mejor pones la mano en el otro, este está quemado.

—Oh, perdona —Cordelius abrió mucho los ojos y cambió la mano de hombro.

—Le dolerá mucho hasta que termine de curarse. Necesita tiempo y una sanadora más experta —dijo Dafne abriendo los brazos en un gesto de que era cuanto podía hacer.

—Has hecho una gran labor, te lo agradecemos —dijo Brendan.

—Menos mal que habéis venido a socorrernos —agradeció Lara.

—Es lo menos que podemos hacer —respondió Nahia—. Tenemos que ayudarnos entre nosotros.

—Tienes razón. La academia fomenta la competitividad entre todos, es algo que no debería ser así —opinó Brendan.

—Hay cosas que no deberían ser como son en la academia y en nuestro mundo —le dio la razón Ivo.

—Como por ejemplo enviaros a esta prueba con solo cuatro miembros en la escuadra —añadió Lily, que negaba con la cabeza.

—Somos duros y fuertes, lo conseguiremos —afirmó Cornelius animando a los suyos más que creyéndolo.

—Tendréis que conseguirlo, sí, pero no está bien —dijo Nahia—. Hay muchas cosas que no están bien y todos lo sabéis. No podemos seguir permitiendo que nos hagan esto, a nosotros y a todo Kraido. Tenemos que hacer algo, es nuestro deber.

Se hizo el silencio por un momento. Todos entendían a lo que se refería.

—No tenemos tiempo para esto ahora —dijo Aiden, al que aquella conversación le incomodaba sobremanera—. Hay que seguir ascendiendo.

—No os preocupéis, llegaré hasta la cima —aseguró Draider, que tampoco quería hablar de aquel tema.

—Gracias de nuevo por la ayuda —dijo Lara y los miró uno por uno a los ojos.

—No hay de qué —respondió Dafne.

—Si se da el caso opuesto, ayudadnos —pidió Lily.

—Puedes contar con ello. Tienes mi palabra de Kapro —prometió Cordelius asintiendo con fuerza.

—Os ayudaremos —aseguró Lara.

—En cuanto a lo que has dicho, Nahia, tienes razón. Ya hablaremos en la academia —dijo Brendan y la miró con ojos intensos.

—Cuando quieras —aceptó Nahia.

Les llegó una orden desde las alturas.

«Escuadra Ígnea, volved a vuestra posición y escalad desde allí. No se os ha ordenado ayudar a otra escuadra. Escuadra Candente, seguid subiendo de inmediato».

La orden llegó con un sentimiento de frustración y rabia. A Irakas-Gorri-Gaizt no le complacía lo más mínimo lo que había pasado allí.

Capítulo 5

Se ayudaron para subir por un lateral de la pared de roca en el lado este y regresaron hasta la cueva donde habían derrotado a los Drake por un risco superior. El trayecto no fue fácil y se la jugaron en un par de puntos, pero no podían desobedecer a su líder.

—Hay que subir desde aquí —indicó Aiden señalando el lugar.

—Vete abriendo camino —dijo Taika—. Te seguimos.

—De acuerdo —Aiden buscó el mejor lugar por el que ascender.

—Sigamos, Irakas-Gorri-Gaizt nos vigila —advirtió Taika mirando a los cielos con disimulo.

—Sí, vamos. Antes de que tenga un ataque de ira —dijo Lily y comenzaron a escalar.

Ivo se situó cerrando el grupo.

—Esto de escalar no es algo que los Tauruk-Kapro amemos. No nacimos para este propósito. Mejor voy el último y no estorbo al resto del grupo.

—Ánimo, Ivo, lo conseguiremos todos —aseguró Nahia.

Ivo suspiró y se dispuso a subir la pared con dificultades.

El ascenso desde las cuevas inferiores fue lento y peligroso. Estaban cansados, la ladera era cada vez más difícil de escalar y sabían que si se despistaban lo más mínimo les esperaba una caída a la que no sobrevivirían. Un factor adicional cuyo impacto olvidaban volvió a hacerse muy presente: la tremenda altura a la que estaban. Se habían acostumbrado a vivir a mucha distancia del suelo en aquel reino, pero como ya estaban aclimatados se les olvidaba que se encontraban entre las nubes. Escalar la montaña significaba ascender todavía más. La presión del aire tan fino a aquella altura les castigaba los pulmones y tenían dificultades para simplemente respirar. Hacer un esfuerzo como era escalar la montaña lo acrecentaba.

Nahia intentaba llenar los pulmones, pero no era nada sencillo. Era como si solo entrase un poquito de aire, o así lo sentía ella. Con cada paso tenía que parar a respirar varias veces, era todo un tormento. Observó el ascenso de sus compañeros y vio que todos sufrían la misma tortura que ella. La altitud les afectaba a todos por igual. De hecho, se fijó en que a ellas tres les costaba menos que a los chicos, así que supuso que era porque ellos tenían cuerpos más grandes, sobre todo Ivo.

Con mucho esfuerzo y sufrimiento alcanzaron las cuevas superiores y descubrieron una cornisa bastante amplia. Taika y Aiden echaron una ojeada a las cuevas. Tenían forma de estrella y toda la pared relucía como si un centenar de luces se hubieran incrustado a gran velocidad penetrando en la roca. El tamaño de cada abertura no era mayor que Dafne.

—Aquí no cabe un Drake —dijo Aiden, que miraba el interior de las que estaban más bajas.

Taika había subido hasta la tercera línea de cavernas. Miró hacia el interior de varias desplazándose con su habitual agilidad.

—No detecto peligro, pero está demasiado oscuro para poder ver el fondo —se pronunció y bajó de un salto.

—Son pequeñas… si sale algún enemigo… no será demasiado problema —dijo Ivo que acababa de llegar y estaba de rodillas en el borde de la cornisa.

Lily y Nahia fueron a ayudarle para que no se cayera de espaldas y se despeñara.

—Vamos, gigantón, arrastra esa mole de cuerpo que tienes hacia el interior —dijo Lily tirando con fuerza de su brazo.

—Es como intentar mover un buey —se quejó Nahia.

—En lugar de entrenar en el gimnasio podríamos levantar a Ivo por las noches —bromeó Dafne y se dejó caer al suelo muy cansada.

—Gran idea, seguro que terminamos aplastadas —sonrió Nahia.

—¿Estás bien? —preguntó Taika a Dafne—. Estás muy pálida.

—Sí… Es solo que la sanación… me agota.

—¿Te cansa? —preguntó Ivo desde el suelo, donde estaba tirado boca abajo. Por la forma de preguntarlo se notaba que estaba interesado.

—Sí. Es como si hiciera… un esfuerzo físico. No lo es, porque es mágico, pero me deja exhausta.

—Eso es interesante… Me pregunto si a mí también me sucederá con algunas habilidades de druida.

—Será mejor que lo descubráis pronto porque, de ser así, usar esas habilidades os pone en peligro en el campo de batalla —dijo Aiden.

—Por una vez… tiene razón el cabeza de granito —estuvo de acuerdo Dafne.

—Yo siempre tengo razón, otra cosa es que no me la queráis dar —afirmó Aiden seguro de sí mismo y cruzó los brazos sobre el pecho. Miró hacia las alturas.

—Y luego se pregunta por qué le llamamos cabeza de roca —comentó Lily de forma casual sentada en el suelo y negó con la cabeza.

—Ya no queda mucho —afirmó Taika—. Un último esfuerzo en lo que queda de subida, que no es mucho, y terminaremos la prueba.

—Yo tengo algo de frío —se frotó los brazos Dafne.

—Es por la altura y la cercanía a la cumbre —explicó Taika y la señaló.

Estaban ya muy cerca del comienzo del pico blanco. Podían ver la nieve y el hielo que lo recubrían, que parecían estar al alcance de la mano.

—Sí, ya casi estamos —se animó Ivo tumbado en el suelo.

Nahia observó la cima y la sensación de que estuviera tan cerca la animó. Era consciente de que en realidad no sería tan fácil alcanzarla como parecía, pero no pudo evitar alargar la mano como para tocarla y sonreír. Ya casi estaban y sobrevivirían a la prueba de inicio de tercer año. Resopló aliviada.

Un sonido como el de un murmullo apagado comenzó a llegar.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Dafne enarcando una ceja.

Taika y Aiden escucharon con atención.

—Parece brisa sobre hojas, pero no la hay… —comentó Lily con expresión de extrañeza.

—Más que viento parece… un pequeño aleteo —se pronunció Ivo.

—Muchos pequeños aleteos —comentó Taika, que se volvió hacia la pared de roca a sus espaldas.

De súbito del interior de las cuevas estrelladas comenzaron a salir criaturas voladoras, decenas de ellas.

—¿Murciélagos? —preguntó Nahia al verlos.

—¿No son muy grandes para ser murciélagos? —preguntó Lily.

Nahia se dio cuenta de que eran al menos tres veces más grandes que un murciélago normal. Un par pasaron junto a su cabeza y los pudo ver mejor. No eran murciélagos, tenían cuerpo de reptil y alas, eran una mezcla entre un caimán y un murciélago. Su cuerpo estaba recubierto de escamas verdes. A diferencia de un caimán, tenían extremidades en forma de garras. No eran muy grandes, pero tenían muy mala pinta.

—Son mini dragoncillos —dijo Ivo y se puso en pie para apreciarlos mejor.

De la cueva salieron un centenar y se pusieron a volar alrededor de ellos, subiendo, bajando y haciendo círculos por todos lados mientras emitían sonidos agudos.

—¿Por qué vuelan a nuestro alrededor? —preguntó Dafne y también se puso en pie.

—Pensarán que somos intrusos —razonó Aiden, espantando con la mano a un par que volaban cerca de su cabeza.

—¿Son crías de algo? —preguntó Nahia.

Taika también apartó a varios.

—No, no son crías, yo diría que son adultos.

—Bueno, no parecen peligrosos. Deben de ser una especie que desconocemos —dijo Ivo con gran interés.

—Aiden, ¿tú los conoces? —preguntó Nahia.

El Drakónido negó con la cabeza.

—Me temo que no tengo noción de lo que son estás criaturas voladoras.

Según las observaban, los rugidos agudos de los reptiles voladores comenzaron a hacerse más intensos, así como sus pasadas sobre las cabezas del grupo.

—Quizá sea mejor que nos movamos, no me gusta la actitud que están tomando —sugirió Dafne.

—Sí, parece que no les agrada nuestra presencia aquí —añadió Lily.

Dieron un par de pasos hacia atrás y de pronto una de las criaturas atacó a Ivo en la cara.

—¿Qué haces, criaturita? —preguntó el Tauruk perplejo por el ataque.

Una segunda atacó a Aiden, también en la cara.

—¡Fuera, bicho! —gritó enfadado.

Nahia se fijó en que ambos sangraban.

—Cuidado, os han hecho sangrar —según terminó la frase dos de aquellas cosas la atacaron a

ella.

Nahia bajó la cabeza para cubrirse la cara y sintió que garras y dientes se le clavaban en ella.

—¡Auch!

El centenar de criaturas que revoloteaba a su alrededor comenzó a atacar en grupo como un enjambre de avispas gigantes, solo que los picotazos eran mucho más dolorosos. Aquellas cosas tenían garras y dientes muy afilados.

—¡Defendámonos! —gritó Dafne mientras se cubría con el escudo.

Aiden y Taika se protegían detrás del suyo mientras soltaban tajos ascendentes y descendentes. Consiguieron abatir a varias de las criaturas, el problema era que atacaban desde todas las direcciones.

—¡Cuidado con los mandobles o nos daremos entre nosotros! —advirtió a Nahia, que apenas veía nada entre las criaturas que pasaban con vuelos impredecibles que terminaban en ataques. Los rugidos agudos eran ahora muy intensos y dolía oírlos. Además, confundían la mente.

—¡Malditos bichos! ¡Me han arañado la cara! ¡Mi cara! —Lily gritaba furiosa y daba espadazos a diestro y siniestro. Sangraba de varias heridas en la cabeza y una en el pómulo derecho.

—¡Cuidado con los ojos! ¡Me están atacando los ojos! —exclamó Ivo, que soltaba reveses con su escudo golpeando a las criaturas.

La situación se volvió caótica. Las criaturas atacaban de todas las direcciones. Eran rápidas y sus ataques lacerantes. Había muchas revoloteando de forma agresiva por todos los lados y el grupo empezó a verse sobrepasado.

De pronto, de las cavernas surgieron más criaturas voladoras. Estas eran parecidas a las que les atacaban, pero no idénticas. Nahia pudo distinguir que tenían la espalda roja. No le gusto aquello y tuvo un mal presentimiento que se cumplió casi al momento. Una de las nuevas criaturas abrió la boca y en lugar de morder dejó escapar una pequeña llamarada de fuego.

—¡Cuidado! ¡Tienen aliento de fuego! —advirtió Nahia a sus compañeros.

—¡Maldita sea! —exclamó Dafne y se cubrió tras su escudo.

—¡Cuidado con cara y cabeza! —advirtió Taika, que seguía abatiendo criaturas con su espada.

A su lado Aiden soltaba golpes con su mandoble a derecha e izquierda derribando criaturas. La situación, que ya era caótica, se volvió insostenible. Se producían llamaradas por todos lados que no eran muy grandes, pero si intensas. Los espaldas rojas voladores atacaban a la cara con sus alientos de fuego y un descuido podría costarles una quemadura terrible o perder un ojo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Lily al ver que una llamarada le quemaba parte de la melena y también de su oreja derecha.

Nahia tenía la capa ardiendo y se la tuvo que quitar y lanzar al suelo mientras se defendía de otros ataques tras su escudo.

—¡Retrocedamos hacia el lado oeste del risco! —dijo Taika.

—¡Vamos todos! ¡De forma ordenada! —gritó Nahia y comenzó a retrasarse.

Todos fueron hacia atrás con los escudos al frente y cubriéndose tras ellos. El enjambre de criaturas no cejaba de atacar con garras, dientes y fuego. Por cada uno que mataban aparecían

dos saliendo de las cuevas, unos verdes y otros de espalda roja.

—¿Cómo vamos a subir? —preguntó Dafne al ver que los ataques no cejaban.

—¡Necesitamos alientos elementales para entretenerlos! —dijo Taika.

Nahia entendió la estratagema.

—Lily, Dafne y yo los entretendremos, los demás huid hacia la cima.

—¿Estás segura? —preguntó Ivo con tono de preocupación en su voz.

—No creo que vuestros alientos funcionen en esta situación —dijo Nahia.

Ivo miró al centenar de criaturas y asintió.

—De acuerdo.

—¡Vamos, Alientos Elementales! —pidió Nahia y se concentró para conseguir el suyo.

Se protegió detrás de su escudo mientras fuego y garras golpeaban contra él. A su lado, Lily y Dafne hacían lo propio. Ivo, Taika y Aiden las protegían de las criaturas que atacaban desde arriba. Por fortuna, su área de alcance con el fuego no era de más de un palmo.

Nahia fue la primera en lograr su aliento y lo maximizó usando las enseñanzas de su talento. Cogió gran cantidad de energía de su dragón interior y la convirtió en fuego. Apartó ligeramente su escudo y abrió la boca dejando salir una llamarada tremenda tanto en potencia como en alcance. Su aliento fue el triple de grande y potente que un aliento elemental normal. Más de una treintena de criaturas cayeron calcinadas al suelo. Nahia mantuvo el aliento para alcanzar a cualquier otra que entrara en su área de alcance, ya que éstas realizaban vuelos completamente erráticos.

Lily soltó su aliento de hielo y una docena de ellas cayeron al suelo congeladas muertas a medio vuelo. Su aliento no se podía comparar en poder y alcance al de Nahia, pero para no ser una Hechicera, era poderoso.

—¡Ojos! —advirtió Lily un instante antes de lanzar su aliento de luz tan intensa, que cegó a otra quincena de criaturas. Aquellos seres volaron en todas direcciones golpeando la pared de roca, precipitándose montaña abajo y estrellándose contra el suelo.

Las tres mantuvieron sus alientos y buscaron alcanzar al resto de criaturas que habían sobrevivido al ataque inicial.

—¡Ivo, comienza a subir! —pidió Taika.

El gran Tauruk se giró para encarar la pared de roca. Dudó, no quería abandonar a sus compañeros.

—¡Sube, Ivo! —urgió Aiden.

El bestial gigantón no se movió.

Ivo miró a sus compañeras y las vio luchando. También apreció que más de las criaturas aladas salían de las cavernas.

—¡Arriba, Ivo, rápido! —dijo Taika, que se percató de las dudas de su compañero.

—De acuerdo… —se resignó y comenzó a subir poco convencido.

Aiden y Taika cubrieron las espaldas a Nahia, Lily y Dafne un momento más y cuando vieron que tenían la situación algo controlada comenzaron a ascender. Debían escapar de allí rápido porque seguían saliendo criaturas de las cavernas y no parecía que aquello fuera a remitir.

Capítulo 6

Nahia seguía enviando su aliento de fuego contra las criaturas que aparecían y atacaban. Le tocó en el hombro a Dafne y le indicó con el dedo pulgar que se retrasara y se marchara.

Dafne observó la situación un instante y tras arrugar por la nariz poco convencida dejó de cegar a las criaturas con su aliento elemental de luz.

—De acuerdo, me retiro. Tened cuidado —advirtió y siguió a Taika y los demás en la ascensión.

Ahora solo quedaban Nahia y Lily encargándose de la situación. Estaban consiguiendo su propósito. Las criaturas no seguían al resto de la escuadra que ascendía, sino que las atacaban a ellas. El problema era que seguían saliendo a decenas, como si en el interior de aquellas cavernas hubiera miles.

Nahia le tocó el hombro a Lily esta vez y le indicó con el pulgar que se retirara. Acababa de abatir a otra treintena de criaturas y era el momento idóneo. Lily la miró de reojo con duda en sus ojos. Nahia insistió y volvió a repetir la seña para que marchara. La Escarlatum dudó un momento. Arrugaba la frente y eso era señal de que estaba muy preocupada. Si algo odiaba Lily era arrugar la frente, ya que esas marcas podían quedar para siempre y arruinar su rostro de gran belleza carmesí. Poco había que Lily valorara más que su belleza y magnetismo personal.

Por fin se decidió y comenzó a retrasarse sin dejar de proyectar su aliento de hielo y teniendo gran cuidado de no alcanzar a Nahia, que seguía atacando. Llegó hasta el punto por el que habían ascendido sus compañeros y cesó su ataque. Lanzó una última mirada a Nahia y arrugó el entrecejo, cosa que también odiaba por la misma razón. Nahia, que la sentía detrás, le hizo la señal de nuevo para que se fuera. Lily masculló una protesta, sacudió la cabeza y comenzó a subir tan rápido como pudo.

Ahora ya solo quedaba Nahia ante las criaturas. Seguía enviando su aliento, pero comenzaba a sentir una extraña sensación, como un aviso de que no podría mantener aquello mucho más tiempo. Estaba enviando mucha energía interior a sostener el aliento ígneo. El problema era que si dejaba de enviarlo las criaturas voladoras se le iban a echar encima a la vez y la iban a matar. Tenía que pensar cómo salir con vida de aquel atolladero. Miró un instante de reojo y vio que Lily ya subía a bastante altura por la pared. Pensó que necesitaba ganar tiempo de alguna forma para poder hacer lo mismo. El problema era que no se le ocurría nada, estaba demasiado centrada en las criaturas y movía la cabeza de lado a lado, y de arriba abajo, dirigiendo el aliento. El cuello y la boca le dolían de lo forzados que estaban.

De pronto algo cayó de las alturas. No pudo verlo bien por lo concentrada que estaba, pero le dio la impresión de que podía ser una bola elemental. Golpeó el suelo frente a Nahia y estalló.

Todo se volvió negro frente a ella. Lo entendió al instante. Era Taika, había dejado caer una bola de oscuridad para ayudarla a escapar, esa era la idea que necesitaba. Dio gracias a los cielos por la suerte que tenía de tener compañeros tan inteligentes además de hábiles y generosos, de los que no dejaban a sus compañeros atrás, que era todavía más meritorio y valioso.

Ya sabía cómo salir de allí. Mantuvo el aliento de fuego, aunque no veía nada frente a ella, y comenzó a invocar una bola de fuego. Nunca había intentado algo así: mantener una habilidad e invocar otra a la vez. Le parecía que iba contra natura, pero si quería salir de allí necesitaba las dos, así que se concentró en conseguirlo.

Una segunda bola cayó y al explotar la negrura se hizo todavía mayor. Era como si una niebla negra como la noche se hubiera levantado frente a ella. Podía ver a los costados y detrás, pero delante solo había un muro de completa oscuridad. Las criaturas entraban y salían de la cerrazón completamente confundidas y desorientadas. Continuó invocando su habilidad bola de fuego mientras que al mismo tiempo lanzaba su aliento ígneo. No sentía que pudiera lograrlo, pero tenía que intentarlo ahora que tenía un segundo gracias a la confusión que las bolas habían producido.

Se concentró cuanto pudo dadas las circunstancias. De pronto, en su mano derecha apareció la esfera de fuego que estaba invocando. No podía creerlo, ¡lo había logrado! Su aliento de fuego seguía proyectándose hacia delante y tenía la bola de fuego en la mano.

Entonces su aliento comenzó a apagarse. Por un instante se quedó confundida. No sabía qué pasaba. Se intentó tranquilizar y pensar. Entonces se dio cuenta de que era porque estaba enviando su energía interior a la bola y no al aliento. Se le presentó un nuevo problema al que no se había enfrentado antes: cómo dividir su flujo de energía interna. Siempre era uno, sin embargo, ahora necesitaba dos para mantener las dos habilidades que había invocado. Se concentró en el flujo, pero dos criaturas chocaron contra ella, ciegas como iban, una en el torso y la otra en la pierna. Esto la desconcentró. Dentro de la oscuridad las criaturas volaban en todas las direcciones de forma errática y se chocaban entre ellas.

Dio un paso atrás e intentó volver a concentrarse en su caudal de energía interior. Se estaba apagando el aliento de fuego y eso sería desastroso, tenía que enviarle más energía. Se focalizó en bifurcar el caudal con todas sus fuerzas y luego visualizó en su mente el aliento y la bola de fuego. Tenía que dividir el flujo y que llegara a ambas. Imaginó que era un río que llegaba hasta una gran roca en su centro, una que no podía arrastrar y que dividía el caudal en dos. Le pareció una buena representación mental de lo que quería lograr.

De súbito, se produjo un destello plateado y su aliento revivió. Pasó de estar casi apagado a proyectar fuego de nuevo con gran fuerza. Varias criaturas que se le venían encima murieron calcinadas entre chillidos. El flujo de energía interna era ahora dual, una parte alimentaba a una habilidad y la otra a la otra. Nahia no podía creer que lo hubiera conseguido. Estaba contentísima.

La alegría por el logro desapareció al instante cuando tres criaturas la atacaron saliendo de la negrura. Dio dos pasos hacia atrás y las calcinó con su aliento de fuego. Calculó cuánta energía había enviado ya a la bola de fuego y le pareció suficiente para lo que quería hacer. Ya no tenía más tiempo, pronto saldrían de la oscuridad otro centenar más y sería su final. Dio un último paso hacia atrás y lanzó su bola de fuego. Se produjo una explosión tremenda que alcanzó a cuantas criaturas estaban en el interior, que murieron calcinadas en un instante de la terrible explosión y la llamarada que se expandió alrededor del punto de impacto sobre el suelo. Una gran llama ascendió hacia el cielo y la propia Nahia se cayó de espaldas por la fuerza del estallido.

—Vaya… explosión… —balbuceó en el suelo.

Había sido mucho mayor de lo que había calculado. Sin duda, las clases de Hechicera del año

anterior estaban dando sus frutos. Observó la negrura, que ahora era un cúmulo de altas llamas.

—¡Nahia, sube! —llegó la voz de Dafne con apremio.

No necesitó que se lo repitieran. Su mente le urgía a salir de allí a toda velocidad, le aseguraba que ahora tenía una oportunidad para huir y debía tomarla. Y eso hizo.

Se levantó del suelo tan rápido como un gato y comenzó a escalar por la pared consciente de que más criaturas voladoras saldrían de las cavernas y buscarían matarla. A su espalda escuchaba los chillidos de las que se encontraban con el fuego en medio de la oscuridad, que aún persistían. Le pareció curioso que su fuego no consumiera la oscuridad de Taika, pero luego se dio cuenta de que para destruir la oscuridad de Taika hacía falta la luz de Dafne.

Nahia escaló más rápido de lo que lo había hecho nunca. Tenía que despistar a las criaturas voladoras y aquella era su oportunidad. El único problema era que se quedaba sin respiración debido a la altura. Su mente quería subir rapidísimo, sus manos y piernas más despacio, y sus pulmones se negaban a subir más que a pasitos. Le costaba horrores respirar en aquella pared. Había subido algo, pero no era suficiente para escapar. Si no subía más y rápido la iban a alcanzar. Llenó los pulmones varias veces e intentó escapar escalando, aunque no tan rápido como deseaba.

De pronto dos bolas más cayeron al suelo, una de hielo y otra de tormenta. Explotaron una a cada lado de la negrura y descargaron hielo y rayos demoledores. Nahia vio las explosiones y a varias criaturas caer muertas. ¡Cuánto agradecía la ayuda! Sonrió y volvió a llenar los pulmones con dificultad, pero los llenó. Sus compañeros cubrían la retirada. Eso la animó a seguir subiendo pese a la dificultad de respirar. Se puso a escalar ahora con algo más de confianza.

—Por fin llegas —dijo Dafne con un resoplido de alivio.

Las manos de Nahia alcanzaron la repisa en la que estaban sus compañeros. Ivo le ofreció la suya, enorme, y Nahia la cogió gustosa. El fornido Tauruk la alzó como si fuera de trapo para dejarla a salvo en el suelo nevado y recubierto de escarcha.

—Eso de abajo… ha sido… interesante… —balbuceó Nahia, que intentaba recuperar el aliento perdido.

—Ya lo creo, pero interesante malo —opinó Dafne, que arrugó la nariz como siempre hacía cuando algo no le gustaba.

—Me han arañado la cara y quemado el pelo y las manos. ¡Estoy enfadadísima! ¡Es una catástrofe! —se quejó Lily.

—Todos tenemos cortes y quemaduras, no son graves —le restó importancia Aiden—. Son la marca de un guerrero. Deberías estar orgullosa.

—No son importantes para ti, que eres más feo que una pesadilla, ¡para mí es muy grave! —estalló Lily.

—Tranquila, yo me encargo de curar esos cortes en la cara. No te quedará cicatriz, creo… —dijo Dafne.

—¿Creo? ¿Cómo que creo? ¡No puede quedarme ninguna cicatriz en ningún lugar de mi cuerpo! —Lily levantó las manos al aire y gesticuló fuera de sí.

—Para los Escarlatum una cicatriz es algo horripilante, lo peor que les puede pasar —explicó Ivo—. Viven por y para su belleza y atractivo.

—Ya me estoy dando cuenta —comentó Nahia tumbada en el suelo sobre la nieve. Tenía

frío, hacía una temperatura muy baja allí arriba. No se había dado cuenta mientras subía tan rápido como podía, seguramente por el esfuerzo, pero ahora que descansaba, lo notaba.

—Es de lo más triste —opinó Aiden—. Qué valores tan superficiales…

—¡Calla, que eres más feo que un abismo! —dijo Dafne poniéndole las manos a Lily en el rostro.

Mientras Dafne se esforzaba por curar las heridas de Lily de forma que no le quedaran cicatrices, los demás descansaron.

—No podemos quedarnos mucho más aquí —dijo Aiden—. Tenemos que seguir hasta la cima.

Nahia estuvo de acuerdo, se estaba congelando. Había sudado en la escalada y ahora ese sudor se le congelaba sobre la piel a tan bajas temperaturas.

—Ya está. No puedo hacer nada por el pelo, tendrá que crecer por sí solo —dijo Dafne.

—No estoy tranquila, no estoy nada tranquila. Necesito un espejo —Lily estaba nerviosísima.

—No te preocupes, te aseguro que estás preciosa —dijo Ivo.

—Ya, tú dirías cualquier cosa para serenarme.

—Soy Ivo —se encogió de hombros el gran Tauruk.

—Tenemos que seguir. Ya estamos casi y la temperatura es demasiado baja. Podemos enfermar —dijo Taika.

—¡Está bien! —protestó Lily, furiosa.

Nahia no había visto nunca a Lily en semejante estado. Era cierto que la belleza personal y el aspecto físico eran muy importantes para los Escarlatum.

Aiden se puso en cabeza y emprendió la última etapa del ascenso. Los demás rechazaron los cuidados de Dafne hasta que terminaran la prueba. Todos tenían cortes y quemaduras en diferentes partes del cuerpo, pero no eran graves y podían seguir.

El ascenso final fue muy duro y gélido. La nieve recubría la cima de la gran montaña y pronto descubrieron que no era solo nieve sino también hielo y escarcha.

—Tened mucho cuidado, está muy resbaladizo —advirtió Aiden en cabeza.

Subieron despacio. Tenían que asegurar cada paso, pues pisaban hielo sobre roca y la pendiente los enviaría a su muerte de igual manera. Lo peor de todo era que subían sin guantes. No se los habían proporcionado, seguro que a propósito para hacer la última parte del ascenso todavía más dura. A Nahia las manos se le congelaron en las primeras rampas heladas. Intentó seguir adelante, pero llegó un momento en el que no las sentía y casi no le respondían. Tenían que subir agazapados y agarrándose, ya que la pendiente final hasta el pico era pronunciada.

—¡No siento las manos! —avisó a sus compañeros.

—Yo tampoco —respondió Lily.

—Ni yo —Dafne intentaba calentarse la mano derecha con el aliento de su boca, pero apenas salía una pizca de calor de ella.

—Usad las capas. Cortadlas con las dagas y envolved las manos con ellas —dijo Taika.

—Es una buena idea —Ivo asintió.

—Tened cuidado al hacerlo, no perdáis el equilibrio —advirtió Taika.

Cortar las capas resultó más difícil de lo que parecía. Tuvieron que usar las dagas con precisión y cortar por donde no había escamas. Les llevó un largo momento, pero lo consiguieron. Se envolvieron las manos con los trozos de capa cortados e intentaron alcanzar la cima. A Nahia le daban ganas de usar su aliento de fuego sobre sus manos, pero eso sería una locura pues se abrasaría. Una de las principales cosas con las que debían tener cuidado al usar su magia era precisamente no hacerse daño a sí mismos ni a sus compañeros. Aquel frío helado le hacía tener pensamientos alocados.

Ya quedaba poco, podían ver la cima con claridad. Envolverse las manos ayudaba con el frío, pero no con el agarre. Tuvieron que concentrarse más para poder sujetarse y seguir subiendo.

De pronto a Nahia le llegó un chillido. Miró a su derecha y vio que alguien se despeñaba pendiente abajo. Contuvo la respiración. Fuera quien fuera consiguió asirse en el último momento y quedó tendido. Por la distancia a la que estaba no era de su escuadra. Debía de ser de la Escuadra Candente. No podía verle la cara, la tenía enterrada en la nieve. Aguardó un momento y vio que una persona bajaba a ayudar, era Logar, el Felidae León de la Escuadra Candente.

—¡Problemas! —avisó Nahia a los suyos y señaló a los dos miembros de la otra escuadra.

Sus compañeros, que formaban una larga hilera ascendente, miraron hacia donde ella apuntaba.

—Son de la Escuadra Candente —reconoció Dafne.

—Uno de ellos parece que tiene problemas —dijo Ivo.

—Tenemos que alcanzar la cima. Ya casi estamos —se pronunció Aiden.

—¿Y si se despeñan? —preguntó Lily.

—Tienen que llegar a la cima por sí mismos, como nosotros —insistió él y señaló hacia arriba.

Nahia suspiró. Estaba agotada y las manos no le respondían, pero no podía dejarlos allí sin prestarles ayuda. Respiró el helado aire y se decidió.

—¡Voy a ayudarles! —dijo a sus compañeros.

—¡Voy contigo! —se unió Dafne.

—¡No! ¡Tenemos que completar la prueba! —gritó Aiden enfadado.

Nahia lo ignoró y comenzó a desplazarse hacia la derecha en lugar de seguir ascendiendo. Con cada desplazamiento lateral sentía que las manos la mataban. Algo más arriba, Dafne también se movía hacia la derecha. No iban a dejar a los compañeros de su escuadrón a su suerte.

Capítulo 7

Estaban en la cara norte de una gran roca recostados contra ella para no seguir cayendo.

—¿Cómo estás, Beck? —preguntó Nahia, que reconoció al Fatum chico. Se había pegado un buen golpe contra la roca sobre la que se apoyaban.

—Congelado… hasta… los huesos… —respondió castañeteando con los dientes.

—Ha patinado. Estábamos ya casi arriba del todo —se lamentó Logar. Tenía la melena de león con escarcha en varios sitios.

—Al menos no se ha matado —Nahia miró hacia abajo e hizo un gesto de que podría haber sido mucho peor.

—No sé… yo… mi espalda… me duele… —intentó decir Beck, pero no podía hablar entre el golpe y el frío.

—Has tenido mucha suerte de darte contra esta roca. Ha parado tu caída ladera abajo —dijo Logar—. Creía que te perdíamos.

Beck asintió cerrando los ojos.

Dafne llegó en ese momento.

—¿Heridas? —preguntó.

—Tiene varios cortes en las manos, de las criaturas voladoras —explicó Logar—. Por eso ha perdido agarre.

—Y un fuerte golpe en la espalda, creo —aventuró Nahia.

—Yo puedo curar esas heridas —dijo Dafne y se colocó junto a Beck—. De cortes y golpes, si no son muy graves, me puedo encargar, así que tranquilos —intentó calmarles Dafne.

—Eso sería fantástico. Ya casi estamos… —Logar negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Gracias… muchas… gracias… —consiguió decir Beck a Dafne sin que pudiera parar de temblar.

—No me des las gracias a mí. Ha sido Nahia la que decidió que había que ayudaros. Yo solo la he seguido por si se metía en un lío.

—Gracias, Nahia. De verdad —dijo Logar.

—No es nada. Yo no dejo a los compañeros atrás.

—Eres… estupenda… —Beck castañeteaba y tenía expresión de dolor.

—Intenta no temblar tanto —dijo Dafne, que le sujetaba las manos con las suyas mientras intentaba curarle las heridas.

—Lo… intento…

—Inténtalo más —dijo Nahia.

Logar sujetó a Beck por los brazos y detuvo los temblores.

—Gracias, eso ayuda mucho —dijo Dafne y se apresuró en sanar los cortes.

Nahia observaba a su amiga trabajar. Le pareció una maravilla lo que podía hacer ya con su talento de Sanadora. Le dio mucha envidia. Ella hubiera deseado ser Sanadora, no Hechicera, pero nada terminaba de ir como ella esperaba en la academia. Las heridas comenzaron a cerrarse, pero el aspecto de Beck empeoraba por el frío.

—Beck se está congelando. Aunque Dafne le cure las heridas no va a poder subir —le dijo a Logar.

—Tiene que poder —afirmó el león.

—¿Y el resto de la escuadra? —preguntó Nahia.

—En la cima. Ya casi coronábamos, pero no pueden bajar. No conseguirían volver a subir. Están como Beck de helados y cansados. Yo tengo algo de fuerzas todavía.

—Eres un valiente. Bajar a por él tiene mucho mérito —dijo Dafne.

—No podía dejarlo aquí abajo, así… —Logar negó con la cabeza.

—Ya —Nahia le miró a los ojos. Los dos sabían que de dejarlo allí moriría. Los dragones no le ayudarían, lo dejarían congelarse y morir.

Dafne estuvo un buen rato curando las heridas del cuerpo de Beck y cuando terminó se volvió hacia Nahia.

—Ya no puedo hacer más. Los cortes están cerrados y los golpes tratados, pero no va a poder subir así. Tiene las extremidades casi congeladas.

—Tenemos que salvarle. Quizá yo pueda cargar con él —sugirió Logar.

—Eres un león valiente, pero eso es una locura. Os despeñaríais los dos —dijo Nahia.

—Bastante complicado es subir uno mismo, cargar con alguien es una condena de muerte —se unió Dafne para asegurarse de que al león se le quitaba esa idea de la cabeza.

—Hay que hacer que entre en calor. Yo puedo producir fuego… —Nahia estaba intentando encontrar alguna forma de ayudarle.

—Bien. Podemos empezar por ahí —animó Dafne.

—De acuerdo —Nahia invocó su aliento de fuego, pero de forma contraria a lo que haría habitualmente.

Invocó una llama pequeña y sin demasiada potencia. Nunca había intentado algo así y le salió una leve brisa de fuego más que un aliento, que proyectó frente a sus compañeros. Los tres se arrimaron a la llama y estiraron las manos para calentarlas.

—Esto… está… muy bien —dijo Beck.

—Tendrás que mantenerlo un rato para que termine de entrar en calor —dijo Logar.

Nahia hizo un gesto afirmativo con la mano derecha y, al hacerlo, se dio cuenta de que si ponía las manos bajo el fuego, también se calentaba ella. Solo tenía que asegurarse de no tocar la llama.

Por un largo rato se sentaron cerca de la lumbre que Nahia producía. Finalmente consiguieron entrar todos en calor. Beck estaba todavía algo helado, pero sus extremidades volvían a responder y tenía algo de color en la cara.

—Creo que podremos terminar —dijo Logar mirando hacia la cima.

Nahia dejó de enviar el aliento de fuego.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí, me siento mil veces mejor —confirmó Beck.

—Estupendo —se alegró ella.

—Terminemos esta dichosa prueba —dijo Dafne.

—Sí, antes de que esos malditos nos maten —respondió Nahia mirando a los cielos, donde Irakas-Gorri-Gaizt observaba volando en círculos como un descomunal buitre rojo.

—Gracias, de verdad. Me habéis salvado la vida —agradeció de nuevo Beck con una sonrisa sincera.

—Sí, muchas gracias a las dos —se unió Logar.

—Demostremos a esos monstruos que no pueden con nosotros. Terminemos con esta prueba —dijo Nahia con rabia.

Esperaba que los dos miembros de la Escuadra Candente no se le unieran en maldecir a los dragones. Nadie se atrevía, era lo normal. Pero se equivocó.

—Demostremos a esos monstruos sin alma que no pueden con nosotros —dijo Logar.

—No me matarán hoy… malditos —se le unió Beck.

Nahia se sorprendió. Vio rabia y odio en los ojos de ambos y eso le dio esperanza. Cuantos más se sintieran así en la academia, más posibilidades tenían de conseguir la libertad un día.

—Nos vemos en la cima —dijo Nahia.

Logar y Beck comenzaron a subir por donde habían descendido y Nahia y Dafne fueron hacia el noroeste. El resto de su escuadra las esperaba algo más arriba. Subieron con cuidado, pero ahora que manos y pies les respondían, fue mucho más sencillo recorrer la distancia que les separaba. Llegaron hasta Lily.

—¿Todo bien? —preguntó la Escarlatum.

—Sí, todo bien. Sigamos —respondió Nahia.

—Ahí está el cabeza de granito, en la cumbre —dijo Lily.

—No esperaba menos —aseguró Dafne.

Subieron las últimas rampas y llegaron al pico. A cinco pasos de la cima aguardaba Aiden.

—Ya os ha costado. Llevo un buen rato esperando —dijo de mal humor.

—Ha costado lo que ha costado —respondió Dafne arrugando la nariz.

—Haber esperado —dijo Lily a Aiden con ojos de enfado.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

—Solo esperas porque no te dejan finalizar sin toda la escuadra —acusó Lily.

—Como debe ser. Somos un equipo y debemos llegar a la meta como escuadra —reconoció Aiden.

—Terminemos. No discutamos ahora —dijo Taika.

Todos asintieron y llegaron hasta la cima, donde encontraron clavados en la nieve los estandartes de todos los escuadrones. Ellos cogieron el suyo y lo levantaron, victoriosos. Al otro lado del pico descansaban los que ya habían llegado. Entre ellos, la escuadra de Logan. Nahia lo

vio y se llevó una alegría enorme. Resopló aliviada. Lo habían conseguido sin bajas, aunque Logan parecía algo exhausto. Su habitual expresión reservada se veía gris, como sin luz, sin duda por el esfuerzo realizado. Todos los que estaban allí tenían cara de estar agotados.

«Escuadra Ígnea. Habéis completado la prueba, aunque de forma vergonzosa. Clavad el estandarte de nuevo en su sitio y descansad detrás del pico con el resto. Estoy muy decepcionado y furioso por el comportamiento que habéis demostrado. Ya ajustaremos cuentas».

Nahia observaba la llegada de las escuadras mientras pensaba en el mensaje de su líder. Sin duda estaba furioso porque habían ayudado a las otras escuadras. Un rato más tarde llegaba la Escuadra Candente. Logar y Beck lo habían conseguido. Nahia pensó que le importaba muy poco el castigo que Irakas-Gorri-Gaizt les impusiera por haber ayudado a otras escuadras. Había merecido la pena. Siempre merecería la pena.

Tuvieron que aguardar un buen rato hasta que llegó la última de las escuadras. El viento frío y cortante de la cima de la montaña, la gélida temperatura reinante y la tremenda altura a la que estaban que oprimía los pulmones e impedía que pudieran respirar con normalidad, era un castigo adicional que no necesitaban. Sin embargo, Nahia sabía que eso era precisamente lo que los dragones deseaban, que sufrieran hasta el último momento.

«En pie, Escuadrón Rojo» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia y sus compañeros se pusieron en pie de inmediato con el resto miembros de los otros escuadrones.

Los seis dragones líderes de escuadrón descendieron de los cielos, donde habían estado siguiendo la prueba, y se posaron alrededor de la cara sur de la cima. Al plantarse se irguieron y rugieron casi al unísono. Un momento más tarde descendían los dos grandes dragones que habían estado volando en círculos alrededor de la cumbre y se colocaron sobre la punta de la cima de la gran montaña, como gigantescas águilas reales que controlaban sus dominios.

«Este año la prueba de comienzo de tercer curso ha cumplido las expectativas que tenía. La mayoría de los escuadrones lo han hecho lo suficientemente bien. Hay un par que me han decepcionado mucho. Sus líderes se encargarán de enmendar el comportamiento de esas escuadras de inmediato, ya que es inaceptable. Lo harán con castigos apropiados, por supuesto, como debe ser» llegó el mensaje poderoso del coronel Lehen-Gorri-Gogor, responsable de la academia Drakoros.

Nahia intercambió miradas con Lily y Dafne. Las tres sabían que su escuadra sería una de las castigadas, Aiden también lo sabía porque resopló con fuerza indignado y el soplido fue a la nuca de Nahia. Ella estaba pensando cuál sería la otra escuadra castigada.

«La prueba se da por concluida. Descenderéis por la cara norte y luego volveréis a la academia por la misma ruta que habéis seguido para llegar hasta aquí. Cada escuadrón se encargará de sus heridos y muertos» llegó la orden del comandante Bigaen-Zuri-Indar.

Nahia se dio cuenta entonces de que había habido muertos en la prueba. Había estado tan inmersa en todo lo que sucedía y el cansancio era tal que no le había dado tiempo a pensarlo. Se preguntó cuántos y de qué escuadras. Sintió la llama de la rabia encenderse en su estómago e intentó controlarla. El coronel y el comandante estaban allí mismo, a unos pasos de ella. Si decía o hacía algo que los contrariara Irakas-Gorri-Gaizt la mataría allí mismo por el deshonor causado.

«Marchad ahora y regresad a la academia. El tercer año os espera y es uno que recordaréis el

resto de vuestras cortas vidas. Será un año complicado, tenéis mucho que aprender y mejorar antes de graduaros. Es vuestro último año aquí, esforzaos al máximo, hacedlo bien y conseguiréis graduaros como Brujos de Dragón, un honor que pocos consiguen. Fallad, y ya sabéis lo que os espera» envió el coronel junto con un sentimiento de que esperaba que todos se esforzaran al máximo.

Nahia inspiró. Solo les quedaba aquel año y saldrían de aquella academia de horror. El problema iba a ser conseguir aguantar todo el curso y ya se imaginaba que sería más difícil que los anteriores.

«Un último apunte antes de que iniciéis el camino de regreso. Este año tenemos el aliciente añadido de la guerra en Drameia que sin duda influirá en el transcurso del año académico. También debéis saber que entre aquellos que consigan graduarse, los mejores pueden ser elegidos para servir como Jinetes de Dragón, un honor muy especial que unos privilegiados podrán disfrutar. Espero que eso os anime a esforzaros más allá de vuestras capacidades. Eso es lo que se requiere para ser el mejor. Conseguidlo y quizá podáis disfrutar de ese honor». Esta vez el mensaje llegó acompañado de un sentimiento de que dudaba que ninguno lo consiguiera.

Nahia sintió rabia por el menosprecio y pensó que ella lo conseguiría, solo para demostrar a aquel dragón desalmado y engreído que se equivocaba. Luego pensó que tendría que montar un dragón y las ganas se le pasaron en el acto. No quería ser Jinete de Dragón. ¡Nada más alejado de sus deseos! En aquel momento solo quería salir de allí. Además, no entendía para qué querían los dragones jinetes, le parecía un contrasentido. Los dragones no necesitaban llevar Brujos de Dragón montados en su espalda.

«Escuadrones, marchad de regreso a la academia y encargaos de vuestros heridos y muertos. Líderes de escuadrón, proceded» ordenó el comandante.

Los líderes inclinaron la cabeza y un momento después el coronel y el comandante echaron a volar. Al verlos alejarse tan enormes y poderosos, Nahia tuvo que reconocer, muy a su pesar, que eran criaturas imponentes y también odiosas y muy peligrosas. Se cuestionó si un día podrían acabar con ellas. Lasgol le había mostrado de forma inapelable que no eran indestructibles. Quizá a dragones tan poderosos como aquellos costara mucho más matarlos, pero seguro que era posible hacerlo. Lo conseguirían.

Nahia miró a sus compañeros y les hizo un gesto de ánimo.

Emprendieron el regreso a la academia.

Capítulo 8

Por primera vez Nahia se alegró de entrar en Drakoros, de cruzar las altas murallas custodiadas por dragones jóvenes y llegar hasta los barracones. Ella y todos sus compañeros llegaron desechos de la prueba de inicio de tercer año y se fueron directos a los catres. No tenían fuerzas ni para hablar. Si llegar hasta la cima de la montaña en la prueba había sido un infierno, regresar hasta allí no lo había sido menos. Se las habían deseado muy felices cuando comenzaron a descender la montaña para regresar, pero no habían calculado que estaban exhaustos y que la academia estaba lejos.

Al llegar a la falda de la montaña y rodearla se dieron cuenta de que les esperaba un largo recorrido y ya no tenían fuerzas en sus castigados cuerpos. Cada escuadra comenzó a sufrir desvanecimientos entre sus miembros. La cosa se puso tan mal que los líderes les habían permitido parar a dormir tres horas junto a un bosque de hayas. Ese descanso frugal los había salvado de quedar allí donde estaban, pero no había repuesto sus agotadas fuerzas. Necesitaban dormir al menos todo un día y una noche para recuperarse, cosa que por supuesto los dragones no les permitieron. Tuvieron que continuar y así llegaron a la academia al amanecer, después de haber marchado de nuevo toda la jornada.

Nahia esperaba que les permitieran descansar lo que necesitaban después de tan tremenda prueba. Cerró los ojos en su camastro y deseó dormir por una estación completa. Por desgracia, en Drakoros nunca se cumplían las buenas esperanzas. Con la primera luz del día siguiente, los rugidos de los líderes de escuadrón los despertaron a todos.

—¡No, no, no! —gritó Dafne boca abajo en su camastro, que se negaba a despertar ante la llamada a formar.

—Estoy muerta, no tengo fuerzas para levantarme —se quejó Lily sin moverse del catre en el que dormía bocarriba sin haber abierto todavía los ojos.

—Están llamando a todos los de tercero —informó Taika mirando desde la ventana. Los seis líderes están en la plaza de armas.

—Nuestro líder ya nos espera, ¡hay que apresurarse! —Aiden se vestía a toda velocidad—. ¡Nos hemos dormido! —gritó preocupado.

Ivo bostezó abriendo la boca. Comenzó a frotarse los ojos sin levantarse del catre.

—La mente necesita de su reposo, al igual que el cuerpo. Privarnos de descanso solo merma nuestras facultades físicas y mentales. No le veo el sentido… —opino el Tauruk con su habitual tranquilidad.

—¡Tiene sentido para ellos, que solo piensan en torturarnos! —explotó Lily—. ¡Necesito mi descanso de belleza! ¡Estoy envejeciendo por momentos! —gritó frustrada.

—No nos van a dar ningún descanso y lo sabes —dijo Dafne sentándose en el catre con movimientos lentos, sin fuerzas. Tenía un ojo abierto y el otro cerrado y ya arrugaba la nariz.

Nahia estaba tan agotada que solo había conseguido ponerse de medio lado en la cama. Sabía que tenía que levantarse, pero su cuerpo se negaba. Era como si le hubieran succionado toda la

fuerza de sus venas. La sangre corría por ellas, pero no llevaba ninguna pujanza.

—Será mejor que bajemos a formar o tendremos problemas —dijo Taika, que se estiraba para soltar los músculos atrofiados por el castigo de la prueba.

—Me duelen horrores las manos y los pies —dijo Nahia cuando consiguió ponerse en pie con serias dificultades.

—A mí me duelen además de manos y pies, los brazos y las piernas —dijo Lily, que ya se levantaba entre gruñidos de dolor.

—A mí me duele hasta la cabeza, y los pulmones ni os cuento —comentó Dafne, que a regañadientes intentaba despejarse.

—Lo de los pulmones es normal, por el esfuerzo y la altura. Yo creo que nos molestan a todos —comentó Ivo respirando profundamente y con molestias—. Lo de la cabeza es un tanto irregular.

—Sí, yo también noto los pulmones muy resentidos —asintió Nahia y se los apretó un poco para ver si le dolía. Gruñó.

—El dolor de cabeza puede ser por la combinación del esfuerzo y el uso de la magia —se aventuró Taika.

Dafne, ya con los dos ojos abiertos y preparándose, asintió.

—Sí, hubo mucho de los dos.

—Vamos, apresuraos, hay que ir a formar —insistió Aiden junto a la puerta haciendo gestos para que se dieran prisa.

—Ya vamos, pesado —replicó Lily masajeándose la cara.

Cansados, doloridos y con sueño se prepararon tan rápido como sus maltratados cuerpos y mentes les permitieron y bajaron a la plaza de armas a formar. Allí esperaba Irakas-Gorri-Gaizt con su estandarte de fuego. Había cambiado de lugar, ahora estaba en la zona norte de la plaza, con la entrada al castillo a la espalda. Al verlo allí esperándoles Nahia se imaginó que, al estar en tercero, avanzarían en posicionamiento hacia el castillo. Quizá no fuera así, pero solo de ver a su líder se le puso la carne de gallina.

Llegaron hasta él y formaron con rapidez con la cabeza gacha. Nahia pudo ver a las escuadras Ardiente y la Candente formando a izquierda y derecha. Varios miembros enviaron miradas disimuladas de saludo y reconocimiento.

«¡De rodillas, escuadrón!» llegó el mensaje mental de Irakas-Gorri-Gaizt. A todos les dolió la cabeza como si les hubieran hundido un clavo ardiendo en mitad de la frente por la fuerza y furia con la que lo envió.

A Dafne se le escapó un quejido entre dientes. Nahia cerró los ojos con fuerza para aguantar el dolor.

Su líder estaba de muy mal humor.

«¡Una vez más me deshonráis! El comandante y el coronel me han llamado la atención. ¡Me habéis dejado en evidencia ante los otros líderes y mis superiores! ¡Eso es inaceptable! ¡Vuestro comportamiento es inadmisible!» los mensajes mentales llegaban con tal fuerza y tanta furia que todos se vieron forzados a echar la cabeza atrás. Varios se llevaron las manos a la cabeza intentando soportarlo. El dolor se iba incrementando, como si con cada exclamación se lanzase otro clavo directo a la frente, uno que llegaba hasta el centro de sus mentes.

Nahia ya sabía que la primera reunión con su líder iba a discurrir por aquellos derroteros. A su líder le daba igual que hubieran llegado de la prueba totalmente rotos y exhaustos y que el descanso que les habían dado no fuese suficiente. Ahora les tocaba enfrentarse a la furia del gran dragón rojo.

Dafne y Lily tenían cara de resignación. Al igual que Nahia, ya sabían que la ira de Irakas-Gorri-Gaizt les caería encima y que iba a ser del tamaño de la montaña que habían ascendido. Taika les hizo un gesto de tranquilidad con las manos. Lo mejor era no mostrar ningún sentimiento y soportar el huracán como estatuas de piedra.

Según bajaban a formar, Aiden ya les había echado en cara su comportamiento en la prueba, seguro como estaba de que iban a ser castigados. Les echaba la culpa de lo que pudiera suceder y, pese a las protestas de Dafne y Lily, se lo hizo saber. Ivo se lo había tomado con su habitual calma, lo que tuviera que ser, sería. Y allí estaban, aguantando al igual que las escuadras Ardiente y Candente, que al parecer tampoco se habían comportado como debían en la prueba. A Nahia le daba igual lo que su líder o los dragones pensaran, lo importante era que todos en el Escuadrón Rojo habían sobrevivido, lo demás no tenía importancia. Por desgracia, Irakas-Gorri-Gaizt no era de la misma opinión. Pero claro, al dragón no le importaba tanto que sobrevivieran como quedar bien ante los líderes de la academia.

«¡La decepción que he sufrido en esta prueba de inicio de tercer año ha sido monumental! ¿En qué momento he ordenado yo que la Escuadra Ígnea ayude a la Escuadra Ardiente? ¿En qué momento he enviado yo la orden para que la Escuadra Ígnea ayudase a la Escuadra Candente? ¡En ninguno!» ahora el mensaje estalló en la mente de todos con fuerza, como si estuviera atacando con sus pensamientos. Todos se llevaron las manos a la cabeza.

Nahia se dobló hacia delante intentando soportar el dolor. Era como si algo hubiera estallado en su mente. Vio que sus compañeros estaban sufriendo la misma agonía. Irakas-Gorri-Gaizt estaba realmente furioso y Nahia no entendía el por qué. ¿Qué más daba que ellos hubieran ayudado a sus compañeros? Era lo correcto. Y aunque no lo aceptara, tenía a todo el escuadrón intacto y eso era un todo un triunfo. ¿Por qué no lo veía así? La razón apareció en su mente tras un momento: porque era un dragón, por eso. Solo un dragón entendía como un ultraje que una escuadra ayudara a otra dentro de su propio escuadrón. Y aunque hubiera sido prestar ayuda a otro escuadrón, ¿qué mal había en ello si se conseguía finalizar la prueba y todos se mantenían con vida? Solo de pensar que ayudaban a otro escuadrón se le puso la carne de gallina. Irakas-Gorri-Gaizt los estaría asando a todos ahora mismo. Si no aceptaba que ayudaran a las escuadras de su propio escuadrón, a las de uno rival muchísimo menos.

«¡La orden era completar la prueba lo más rápido posible! Cada escuadra debía intentar llegar la primera a la cumbre. ¡Lo ordené de forma explícita! ¡En una competición de velocidad no se para por nada! ¡Por nada!» los mensajes llenos de furia provocaban dolor a todo el escuadrón.

Nahia sabía que para Irakas-Gorri-Gaizt ellos eran nada. No aprobaba lo que habían hecho porque no llegaban a ser alguien. Para aquel dragón y todos los otros dragones solo eran esclavos de razas inferiores que no tenían ningún valor y cuya muerte era algo totalmente aceptable y normal. Si tuviera el arco de Lasgol en sus manos intentaría matar a aquel ser sin alma. Lo más probable era que no lo consiguiera, pero moriría intentándolo y lo haría contenta. Lo pensó un poco más y se dio cuenta de que morir así no lograría nada. Sacrificarse sin motivo no servía para alcanzar ningún objetivo. No, esa no era la forma de lograr la libertad. Se reservaría para luchar y conseguir la derrota de los dragones, ahora que sabían que había un camino, una forma de lograrlo.

«Me habéis avergonzado y deshonrado ante el coronel y el comandante y por ello seréis castigados. Todos, sin excepción. Iréis a las mazmorras a trabajos por toda una estación. Pero seré justo, no todos tendrán el mismo castigo. Las dos reincidentes que ya han estado en las mazmorras anteriormente tendrán un castigo más severo, pues lo merecen. Así aprenderéis la lección. Si alguno no sobrevive, estoy seguro de que al resto os servirá de aliciente para el futuro. Las órdenes no se interpretan, se cumplen».

El anuncio dejó a todos muy preocupados. No esperaban semejante castigo, ni que Irakas-Gorri-Gaizt fuera a pagarla con todo el escuadrón. Era algo muy inquietante y demostraba lo realmente furioso que estaba. Si el castigo en sí era malo, que todo el escuadrón apenas durmiera por una estación iba a resultar de lo más desastroso, sobre todo en las formaciones de escuadrón. Nada peor que el cansancio para eso. Cuando solo había una o dos personas castigadas se podía disimular, pero con todo el escuadrón castigado, iba a ser un horror.

Nahia pensó que empezaban tercero de la peor forma posible. Aquel iba a ser un año calamitoso, ya lo estaba viendo venir. Y no solo ella, Dafne y Lily también tenían cara de que intuían lo que iban a tener que sobrellevar aquel último año. Nahia se dio cuenta de que Taika, Aiden, Ivo y Lily irían al segundo subnivel, y eso no era nada bueno. Aunque era peor que Dafne fuera al tercer subnivel con ella. Tendría que prepararla bien para sobrevivir en aquel submundo.

Irakas-Gorri-Gaizt emitió un largo rugido sostenido, como dejando que toda su rabia y enfado salieran de su cuerpo antes de continuar.

Nahia aprovechó para echar una ojeada disimulada y buscar a Ana y Logan. Los vio en sus escuadrones y esto la animó, verlos siempre le levantaba la moral. Le hacía sentirse menos sola e indefensa, más acompañada. Aunque en realidad en la academia todos estaban solos ante el horror que representaban los dragones, pero a Nahia se le alegraba el corazón al tenerlos delante. Eran sus amigos, habían comenzado aquella aventura espantosa juntos y, de momento, continuaban con vida. Pensó en la pobre Maika, que había muerto al final del primer año, y se le encogió el corazón. Un día conseguiría justicia para ella y para los miles y miles como ella que habían muerto de forma injusta e indebida bajo las opresoras garras de los dragones. Según lo pensaba, se percató de que a los escuadrones de sus amigos les faltaba una escuadra completa. Qué horror… Doce muertes injustas más en la interminable lista de víctimas de los dragones.

«Comienza el tercer año. Este es el último curso en la academia», continuó Irakas-Gorri-Gaizt algo más calmado y sin golpearles la mente. Las expresiones de dolor fueron desapareciendo de las caras de todos, aunque la de preocupación se mantuvo. Esa no se iría tan fácil.

«Las escuadras y escuadrones se van a reorganizar en función de las bajas que hayan tenido los dos primeros años de formación. Por ello veréis que algunas escuadras han desaparecido. Como tenían pocos miembros, estos han sido enviados a otras escuadras en los que también faltaban miembros para completarlas. Lo que se mantiene es que todo escuadrón debe tener al menos una escuadra para que no desaparezca. Esto también ha hecho que se muevan miembros de una escuadra a otra, de forma que los seis escuadrones persistan. Por fortuna, no es el caso del Escuadrón Rojo. Faltan cuatro miembros, dos de la Escuadra Candente y dos de la Ardiente, pero espero que se recuperen. Si no lo hacen, no habrá sustituciones este año. No hay nadie disponible después de la reorganización».

Nahia asimilaba aquel mensaje intentando calmar la llama que se había despertado en su estómago y que buscaba reventar en una llamarada y calcinar a aquel dragón y a todos los demás.

Hablaban de los muertos que habían causado como si fueran solo números. Peor que eso, eran vacantes, huecos en escuadras y escuadrones.

«Ahora romped filas e id a buscar dormitorio en el barracón de los de tercer año. Hay sitio de sobra. Después acercaos hasta intendencia y que os den la ropa de tercero. Cuando la tengáis podréis ir a comer. Marchad y recordad que esta noche comenzaréis los castigos después de cenar» finalizó más tranquilo, sin afectar sus mentes y causarles dolor, algo que todos agradecieron.

Marcharon de inmediato, no solo porque debían seguir la orden sin demora ni vacilación, sino para no recibir otro mensaje. No hablaron, solo se alejaron con rapidez hacia el barracón de tercero. En efecto, había sitio de sobra ya que era tan grande como los de primero y segundo, pero el número de alumnos se había reducido significativamente. Consiguieron una habitación arriba con vistas a la plaza. Aiden no estaba contento, pues él quería la más cercana a la puerta, pero esa no tenía vistas al estar abajo y las chicas no la querían. Al final se habían impuesto ellas al Drakónido que, por no discutir, y sabiendo que al final iba a perder la discusión, había cedido. Se dispusieron en la habitación como los años anteriores. Todos ocuparon las mismas camas y armarios. No había mucha diferencia entre aquel barracón y los de primero y segundo, a excepción de que daba la impresión de estar muy vacío, de que faltaba mucha gente. Nahia observó el largo pasillo fuera de la habitación y las escaleras y sintió que le transmitían soledad.

Ese sentimiento volvió a repetirse en el comedor. Estaban todos sentados a su nueva mesa, muy cercana a la entrada, mirando alrededor. Intentaban acostumbrarse a la nueva disposición.

—Vaya, es de lo más extraño estar sentado aquí —comentó Ivo, que miraba hacia la puerta por donde llegaban las escuadras de primer año.

—¿Extraño? ¿Por qué lo dices? —Aiden tenía el rostro relajado y una medio sonrisa en la boca. Parecía estar de lo más a gusto.

—Porque no pensé que llegaríamos a estarlo —reconoció Ivo palpando la mesa y el banco corrido con sus grandes manos.

Lily lo miró con grandes ojos.

—Esa es una afirmación un tanto sorprendente viniendo de ti, el filósofo reflexivo.

—Sí, eso estaba pensando yo también —se unió Dafne.

—No quería intranquilizaros, pero si estudias la situación llegas a la conclusión de que casi ninguna escuadra consigue llegar a tercero con todos sus miembros. Somo una excepción.

—En eso tienes toda la razón —dijo Taika observando a las otras escuadras de tercero sentadas en sus nuevas mesas.

—Ya… muchos no lo han conseguido —comentó Lily con expresión de tristeza.

—Demasiados —opinó Dafne negando con la cabeza.

—Yo estaba seguro de que llegaría hasta esta mesa —afirmó Aiden como si lo contrario no fuera siquiera una posibilidad.

—Tú siempre estás seguro de ti mismo, no así de los demás —acusó Dafne.

—Porque yo sé que lo conseguiré, y vosotros… bueno…

—¡Lo conseguiremos igual que tú! —terminó su frase Lily por él con tono de enfado.

—Eso espero —Aiden hizo un gesto con las manos indicando que estaba por ver.

—¿Hay alguna otra conclusión adversa a la que hayas llegado y que te guardes para no intranquilizarnos? —preguntó Lily a Ivo enarcando una ceja.

—Sí, alguna que otra —confirmó Ivo.

—¿Y no nos las vas a contar? —preguntó Dafne con tono de que debería hacerlo.

—Prefiero no crear intranquilidad y nerviosismo, si no es necesario.

—Pero puede ser algo importante y quizá deberíamos saberlo —dijo Nahia mirándole con ojos inquisitivos.

—No os preocupéis. Si es algo importante os lo haré saber a su debido tiempo.

—Cómo eres… —protestó Dafne.

—Soy Ivo —se encogió de hombros el gran Tauruk.

Continuaron comiendo mientras observaban lo que sucedía a su alrededor.

—Sigo pensando que deberían darnos ropajes diferentes cada curso —comentó Lily mirando sus mangas negras con escamas de color rojo.

—Son diferentes, llevas un dragón diferente y el número tres en la capa —corrigió Aiden.

—Me refiero al color. Este negro es de lo más soso —replicó Lily y puso cara de disgusto.

—Es el idóneo para el combate, sobre todo si sucede de noche —explicó Taika.

—No lo discuto, pero un naranja fuerte o un rojo brillante son mucho más lúcidos —Lily posó con sus colores imaginarios.

—Y más propensos a recibir un ataque —replicó Taika.

—Mejor ser precavidos… —dijo Nahia.

—Le quitáis la alegría a todo —protestó Lily e hizo un gesto con la mano.

—Qué pocos quedamos… —comentó Nahia, que comparaba las mesas de primero que estaban llenas, con las de segundo, que habían perdido ya una buena cantidad de miembros, y sobre todo con las de tercero, en las que faltaba mucha gente.

—Es horrible —comentó Lily, a la que se le había pasado el buen humor que le caracterizaba.

—A mí me dan una pena tremenda los novatos de primero —dijo Dafne—. Miradlos, con esas caras de miedo. ¿Cuántos llegarán hasta estas mesas?

—Algo menos de la mitad —comentó Taika, que ya había hecho el cálculo.

—Qué matanza tan innecesaria… qué abominación —Nahia sacudía la cabeza muy descontenta y desesperanzada.

—Nosotros seguimos con vida, es lo importante. Podemos estar contentos —dijo Aiden intentando animar al grupo, pero eso no era lo suyo.

—No seas cabeza de granito. Piensa en todos los que han muerto en lugar de en ti mismo por una vez —dijo Dafne.

Aiden lo pensó un momento. Asintió y no dijo nada más al respecto.

—Lo triste es que todavía sufriremos algunas bajas más en este tercer año —dijo Ivo.

—Tenemos que andarnos con mucho cuidado —advirtió Taika.

El tigre tenía los ojos apagados por la preocupación.

—Empezando por esta noche en las mazmorras —añadió Dafne.

—Sí, eso va a ser peligroso para todos… —opinó Lily.

—No os preocupéis, yo os ayudo —dijo Nahia, que se dio cuenta de que Taika tenía toda la razón—. Os explico ahora cómo funciona todo allí y lo que hay que hacer para sobrevivir. Es un mundo diferente, con sus propias reglas, y es peligroso. Hay que andarse con mucho cuidado.

—Solo de oír hablar de mazmorras y subsuelos se me pone la carne de gallina. Qué asco de lugar… —comentó Lily.

—Espera a saber quién lo habita y quién lo guarda. Te van a encantar, son de los más agradable —dijo Dafne con mucha sorna.

Lily miró a Nahia.

—Hay criaturas bastante asquerositas, sí —confirmó esta.

—¡Lo que me faltaba! —se lamentó Lily—. Encima habrá mucha humedad y aire rancio allí abajo, se me va a echar a perder el pelo.

—No creo que tu cabello sea lo que tiene que preocuparte de las mazmorras —dijo Ivo.

—Escuchadme con atención y os lo contaré todo. Recordarlo, lo necesitaréis —dijo Nahia.

Relató todo lo que sabía y había experimentado en aquel submundo. Mientras lo hacía, pensaba que sus compañeros debían sobrevivir fuera como fuese. Un sentimiento de miedo por sus vidas la invadió al darse cuenta de que no podría estar ayudándoles a todos en cada momento. Esto la dejó con una mala sensación en el cuerpo, una de la que no se iba a poder librar.

Capítulo 9

Se dirigieron a la primera clase del tercer año después de haberse detenido en la Plaza de la Senda, detrás del castillo, a preguntar a los Exarbor junto a la fuente. Encontraron al Exarbor con el peto rojo a un lado de ella. Como siempre cambiaban de posición y el primer día la fuente era un hormiguero con todas las escuadras buscando sus clases, les llevó un rato llegar hasta él y obtener la información. A Nahia le seguía pareciendo que aquellos Exarbor jugaban con ellos a un extraño juego de desorientación que debía hacerles gracia por algún motivo. Cuando finalmente pudieron hablar con él les informó de que tenían Magia de Dragón de tercer año en el edificio de las Artes Arcanas y en el aula de Olpiom. Esta última parte les dejó un poco descolocados.

Llegaron al gran edificio circular con un jardín de árboles con hojas de oro y plata, grandes fuentes en su centro y su enorme esfera blanca sobre la azotea. Nahia siempre que veía el jardín y la gran bola blanca pensaba que había magia en ellos. Buscaron el aula en el tercer piso circular y se encontraron con varias escuadras que, como ellos, llegaban a buscar su clase. Se saludaron y se pusieron a ello con rapidez. No podían llegar tarde y menos el primer día.

—¿Cómo era ese nombre que ha dicho el Exarbor? —preguntó Lily, que miraba sobre una de las puertas de las aulas.

—Ha dicho O-l-p-i-o-m —respondió Dafne deletreando.

—Extraño nombre —comentó Aiden y se rascó la cabeza escamada con una uña curva.

—Por lo poco que ha explicado el Exarbor, es el nombre de uno de los mundos —explicó Taika.

—Ya, pero es curioso… Ha dicho que los nombres de las aulas son nombres de mundos, pero no ha especificado nada sobre ellos —comentó Ivo reflexionando sobre el tema.

—Mundos conquistados por los dragones, seguro —intuyó Nahia.

—Lo más probable es que así sea —asintió Aiden—. Nuestros señores muestran su poder y su gloria.

—Y tú muestras tu cabeza de roca al decir tonterías como esa —replicó Dafne, que arrugaba la nariz.

—¿Por qué es una tontería? —Aiden la miró sin comprender.

—Porque si son mundos conquistados habrán matado a miles en esas conquistas, cabeza de granito —aclaró Lily.

—Toda conquista tiene su coste… —comenzó a decir Aiden, pero al ver las miradas de odio que le lanzaban Dafne, Lily y Nahia, cerró la boca y miró hacia otro lado.

—Esta aula se llama Saurion, no es la nuestra —dijo Ivo y señaló el nombre.

—Cierto, sigamos buscando.

Taika avanzó con su rapidez y agilidad felina hasta la siguiente puerta a su izquierda.

—Esta es Drameia… —comentó.

—Drameia es Tremia. No la han podido conquistar ya, ¿no? —preguntó Nahia con un sentimiento de gran intranquilidad en su corazón.

—Por lo que vimos estaban lejos de conquistar Norghana. No sé cómo les irá con los otros reinos, pero si hay dos o tres más así de resistentes, no creo que lo hayan logrado —razonó Dafne.

—Es demasiado pronto para que la hayan conquistado por completo —dijo Lily con convencimiento.

Nahia miró a Taika en busca de su opinión.

—Es pronto para una victoria total. Puede que hayan conquistado algunos reinos, pero no todo el mundo —razonó el tigre blanco.

Nahia resopló aliviada.

—Lo más seguro es que los dragones lo den por conquistado cuando todavía no lo está —elaboró Ivo.

—Porque son unos engreídos abusones —comentó Lily algo más alto de lo que debía.

—Shhh… —sancionó Aiden e hizo un gesto hacia las clases.

Lily levantó las palmas de las manos.

—Lo siento, se me ha escapado.

Junto a ellos pasó otra escuadra que buscaba su aula y todos guardaron silencio por un momento.

Nahia bajó mucho el tono de voz antes de dirigirse al resto.

—Lily tiene toda la razón. Busquemos esa clase, ya nos enteraremos del significado de los nombres.

—De acuerdo —Taika asintió y se dirigió a la siguiente puerta.

Tuvieron que recorrer dos más antes de llegar a la suya.

—Aquí es: Olpiom —dijo Taika.

—A ver qué nos depara este año la clase de magia —comentó Dafne antes de entrar.

—Será estupenda, ya verás —dijo Lily con tono de ironía.

—Sí, estupendísima —respondió Dafne y suspiró.

Entraron en el aula, que era todavía mayor que la de segundo año. Nahia pronto dedujo la razón: quedaban menos escuadras, por lo que necesitaban menos aulas. Sacudió la cabeza muy disgustada. Al fondo vieron al dragón que impartiría la clase de magia. Era un dragón cristalino y su tamaño era enorme. Sin duda era hembra y cercana a los novecientos años de antigüedad por su tamaño y aspecto. Era fuerte y musculada, pero menos que un macho. Su rostro, ojos y boca, por otro lado, eran más delicados y finos.

Nahia la observó con disimulo manteniendo la cabeza gacha. La volvió a mirar y dudó de la edad, ya que sus escamas brillaban como si estuvieran recubiertas de cristal y era muy difícil establecer nada basándose en su aspecto físico. Los destellos que emitía al mover su cuerpo la confundían. Movió las alas para recogerlas a los costados y luego estiró la cabeza.

Nahia sentía que la gran dragona cristalina los estaba estudiando. Miró a su derecha de forma

disimulada y se percató de que había otra escuadra en la clase, la Escuadra Huracán del Escuadrón Blanco. Reconoció a Markus, el humano fuerte y ágil que solía entrenar con Logan. Él se dio cuenta de que Nahia lo miraba y, con mucho disimulo, la saludó con los ojos. Nahia le devolvió el saludo, que consistía en bajar y subir la dirección de los ojos al suelo y de vuelta. Markus tenía el pelo largo, de color castaño claro, hasta los hombros. Sus ojos eran pardos, también claros.

Observó al resto de su escuadra. Con él estaban una Fatum muy bella y delicada, un Kapro casi tan grande como Ivo y de aspecto más bruto, un Escarlatum que sonreía mucho, una Felidae mitad jaguar muy pintoresca y una Drakónida con mirada de pocos amigos. Nahia no los conocía más que de vista y se avergonzó al no recordar sus nombres. Por poco contacto que tuvieran con las otras escuadras, deberían saber los nombres de todos al menos. Sobre todo, de los que habían muerto en aquel odioso lugar. Deberían recordarlos, es lo mínimo que podían hacer por los compañeros caídos. Cerró los puños y se propuso hacer un esfuerzo por conocer a todos los que quedaban en las escuadras, así si alguno más caía lo recordaría. Se juró a sí misma cumplir ese propósito y también tratar de convencer a los de su escuadra al menos para que hicieran el mismo esfuerzo. Era terrible lo insensibles que les estaba volviendo aquel lugar de dolor y sangre.

El gran dragón cristalino rugió y todos supieron que era momento de comenzar la clase.

«Me presentaré. Soy Buru-Beira-Gogoa y seré vuestra maestra de magia avanzada este año. Hoy se da inicio a un nuevo curso para vosotros en el que se espera mucho de vuestras capacidades y esfuerzo. Es el último año de aprendizaje y por lo tanto también el más exigente. Por otro lado, también es en el que más frutos obtendréis. Empezaréis hoy mismo con el aprendizaje de una de las disciplinas más singulares de la magia de los dragones, una que es tan poderosa como temible, una muy difícil de dominar, pero que proporciona un poder sin igual sobre el enemigo. Es la envidia de todos aquellos con el talento de la magia».

Nahia se preguntó qué podría ser, ya que sus magias elementales eran ya realmente poderosas, o a ella así se lo parecían. Lily le lanzó una mirada mezcla de duda e interés. Dafne ya fruncia el entrecejo, no le gustaba cómo sonaba aquello. Nahia trató de transmitirles tranquilidad con un leve gesto, pero no lo consiguió. Ella tampoco estaba nada segura y sus compañeras lo notaban.

«Esta nueva disciplina no tiene nada que ver con la magia elemental que habéis estado estudiando y desarrollando hasta ahora, es más poderosa y al mismo tiempo mucho más difícil de dominar. Es por ello por lo que no todos lo lograreis. No está al alcance de cualquiera, solo los mejores conseguirán su total dominio».

Ahora estaban todos muy preocupados. ¿Significaba eso que los que no lo hicieran iban a morir? Nahia se negaba a creer que los fueran a matar por no lograrlo. Habían llegado hasta allí después de más de dos años terribles de duros esfuerzos y peligros mortales. No podían matarlos nada más comenzar el tercer año. Pensó en la prueba de inicio de curso y se dio cuenta de que lo harían sin ninguna duda.

«La magia de los dragones tiene tres disciplinas principales. Una la lleváis ya tiempo estudiando y la domináis, la magia elemental de dragón. La segunda, que empezáis a estudiar ahora, es la magia mental de dragón. La tercera, la magia espacial de dragón, la tenéis prohibida».

Aunque no lo entendía, de alguna forma, para Nahia aquello tenía sentido. La magia

elemental era la que ya utilizaban. La mental debía de ser la que usaban los dragones para enviarles mensajes a sus mentes. Se preguntó si los sentimientos que a veces les mandaban junto a los mensajes también eran parte de aquella disciplina. Lo más seguro era que sí. Sobre todo, porque los enviaban cuando estaban furiosos y parecían ser parte del propio mensaje, o así lo sentía ella.

Dafne se señaló la cabeza de forma disimulada con el dedo índice. Frunció la frente y cerró los ojos con fuerza un instante. Sí, ella también estaba pensando lo mismo.

Nahia no tenía dudas sobre la magia espacial. Estaba segura de que era la que les permitía crear los portales sobre las Perlas para viajar por ellos largas distancias. También entendía por qué ellos tenían prohibida esa disciplina mágica. Si los esclavos aprendieran a abrir portales tendrían una forma de escapar, sería una vía de huida y eso los dragones no lo permitirían nunca.

Un suspiro largo y silencioso abandonó la boca de Nahia. En ese momento quería ser capaz de poder usar la magia espacial de dragón y abrir portales. Eso les daría una oportunidad no solo para escapar, sino para ir a ver a otros pueblos y razas enemigos de los dragones y tener así la opción de unirse contra ellos. Sí, deseaba sobremanera ese conocimiento. Recordó que en su último encuentro Lasgol y Camu le habían contado que la criatura podía abrir portales y viajar por ellos a cualquiera de las Perlas de Tremia. Los dragones no le iban a enseñar a hacerlo, pero Camu tal vez pudiera. La cuestión era si ella podría aprender. No estaba segura de poder hacerlo. Ella no era más que una humana. Pero si los dragones les prohibían aquella magia, por algo debía ser.

«La magia mental todos debéis al menos reconocerla y aprender a identificarla para defenderos. Los que además puedan dominarla y usarla tendrán un nuevo poder, uno como ningún otro. El poder de la mente es mucho más poderoso de lo que ahora imagináis, pero pronto lo descubriréis. Quienes lo obtengan serán no solo más poderosos, sino que gozarán del reconocimiento de sus compañeros y de la aprobación de sus líderes».

Lily puso cara de sorpresa y Dafne de no creerse una palabra. Taika tenía expresión pensativa y observaba con los ojos entrecerrados. Ivo parecía relajado, como si todo aquello no tuviera relación con él. Parecía que ya había decidido que este tipo de magia no se le iba a dar bien. A Aiden Nahia no pudo verle la cara, pero estaba segura de que sería una de total satisfacción. El Drakónido estaría convencido de que él iba a triunfar en el dominio de aquella magia nueva y poderosa.

«Veo en vuestros ojos dudas e incertidumbre. Creo que una demostración os aclarará las cosas. Siempre es mejor experimentar y sentir que una explicación, por muy elaborada que sea» envió Buru-Beira-Gogoa. Nahia juraría que su boca se torció en una sonrisa de índole malvada.

Antes de que pudieran asimilar lo que la dragona quería decirles todos sintieron que les llegaba un nuevo mensaje mental, solo que este no era como los otros. En lugar de enviar un mensaje, les sobrevino una carga de algo muy diferente: dolor. Nahia se dio cuenta de que aquel dolor no era como otros que habían acompañado a los mensajes mentales. Cuando los dragones estaban enfadados sus mensajes llegaban con un sentimiento que les causaba daño y cuando estaban furiosos el sufrimiento era todavía mayor. Pero aquello era diferente, no había mensaje mental. El dragón les había enviado dolor de forma directa y era más localizado y agudo que lo que habían sentido hasta entonces.

«Eso que sentís ahora es tan solo una pequeña muestra de lo que se puede llegar a hacer con este poder. La magia mental puede causar dolor a otras mentes, sobre todo a las inferiores. Os

demostraré cuánto más se puede hacer una vez dominéis esta magia tan poderosa. Esto que viene no es más que otra pequeña demostración».

De pronto todos sintieron que la intensidad del dolor se triplicaba y se llevaron las manos a la cabeza intentando en vano paliar el tremendo sufrimiento. Varios se fueron de rodillas al suelo.

«Como podéis apreciar os tengo a todos bajo mi dominio. Ahora mismo ya no sois potenciales Brujos de Dragón, sois simples peleles que no pueden defenderse, ni siquiera pensar. Sin embargo, esto no es nada comparado con lo que se puede lograr con este poder que estoy utilizando contra vosotros. Se trata de un poder que todo dragón tiene y que los más poderosos son capaces de llevar a extremos impensables, sobre todo contra vosotros, las razas inferiores. Vuestra imaginación no alcanza a soñar algo así».

Nahia luchaba contra el dolor. Quería librarse de él, erradicarlo de su mente, pero no podía. El dragón estaba ejerciendo algún tipo de habilidad sobre ellos y no podían hacer nada para evitarlo.

«Ahora, para terminar, haré que caigáis todos inservibles al suelo».

Nahia quiso gritar y negarse, pero no tuvo tiempo. Un dolor insufrible explotó en su mente como si una bola de fuego hubiera estallado en ella. Cayó de rodillas incapaz de soportar la agonía. Sus compañeros fueron cayendo todos al igual que ella. El sufrimiento era inaguantable.

«Finalizaré la demostración con todos vosotros postrados ante el poder de los dragones, como debe ser».

El dolor volvió a intensificarse en la mente de todos. La angustia era tal que Nahia se fue al suelo y con ella todos los demás. No quedó nadie en pie. No había escapatoria. Cuando uno sufría una herida el dolor subía de la herida a la mente. En este caso, no había recorrido. Se producía directo en la propia mente y era mucho peor, más potente. No podían hacer nada. Quedaron todos tirados en el suelo con las manos en la cabeza, incapaces de pensar o de actuar, dominados.

«No es una experiencia agradable, lo sé, pero así entenderéis a la perfección lo que intento transmitiros. Muchas veces el dolor es el mejor de los maestros, en la magia y en otros muchos ámbitos de la vida. Nos enseña lecciones de gran valor que no se olvidan pese al paso del tiempo. Esta lección de hoy os aseguro que la recordaréis por siempre».

Cuando Nahia creía que le iba a reventar la mente, el dolor despareció por completo en un instante de igual forma que como había llegado, sin previo aviso y en un abrir y cerrar de ojos. Por un largo momento todos se quedaron tumbados en el suelo. No podían levantarse, no podían hacer nada, ni siquiera pensar. Era como si su mente no funcionara tras el terrible castigo que había sufrido. Y como la mente no funcionaba, tampoco lo hacia el cuerpo. Si su corazón latía y respiraba era de forma inconsciente, no por orden de su mente. Si una manada de bestias feroces hubiera entrado a devorarlos, nada podrían haber hecho para defenderse.

«Creo que la demostración ha sido más que satisfactoria. Para mí, sin duda. Para vosotros no tanto, pero ya entendéis de qué poder estoy hablando. Os daré un momento más para que os recuperéis antes de seguir con la clase».

Nahia quiso salir del aula a arrastras, pero sus manos y piernas no respondieron. Miró a sus compañeros a través de sus doloridos ojos. Sus expresiones eran también de tremendo dolor. Estaban todos tan mal como ella. Tuvieron un momento más para recuperarse.

«Arriba, todos. No me obliguéis a usar mi poder de verdad».

Al oír la amenaza todos comenzaron a levantarse como pudieron, algunos mejor que otros, pero todos mal. Estaban muy tocados. Las expresiones de dolor no abandonaban sus caras. La idea de que un dragón pudiera usar magia mental para matarlos de un inaguantable dolor en la mente la dejó tan descompuesta que apenas se mantuvo en pie. Si antes los dragones le parecían poderosísimos, ahora estaban descubriendo que lo eran aún más. Comenzó a perder la esperanza de poder luchar contra ellos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no venirse abajo. Tenía que haber alguna forma.

«Ahora cerrad los ojos».

Todos hicieron como se les había ordenado y no consiguieron tranquilizarse, más bien lo contrario. Al cerrar los ojos ante el gran dragón los miedos se dispararon. ¿Qué iba a hacerles? Todos auguraron que dolor y sufrimiento los castigaría de nuevo. Nahia se preparó, pero no sucedió nada, al menos doloroso. Nahia se extrañó mucho, al igual que sus compañeros.

«Haré visible el aura mental de cada uno de vosotros y os la enviaré a vuestras mentes para que las podáis percibir. Concentraos en captarlo».

Nahia solo veía oscuridad y, tras ella, temor. De pronto sintió magia poderosa. Se le erizó el vello de la nuca y supo que el gran dragón la estaba usando. Entreabrió un ojo y vislumbró que el dragón brillaba con un destello plateado intenso. Volvió a cerrarlo, no quería meterse en más líos y mucho menos después de haber recibido una muestra del dolor que aquella dragona podía infligirles.

De pronto sintió que varios puntos brillantes aparecían junto a ella. Los percibía en su mente, como si fueran la luz que emitía la llama de una vela. Intentó verlos mejor, pero eran luces débiles parpadeantes que parecían mecerse al viento. Los sentía cerca. Por la posición dedujo que eran sus compañeros. Era una sensación de los más singular.

«Concentraos en los puntos de luz que notáis en vuestras mentes. Ahora solo captáis un débil resplandor, pero eso debe cambiar. Debéis llegar a percibir el aura mental completa de quienes os rodean. Eso es en lo primero que trabajaremos. Mi Exarbor ayudante de magia avanzada, Membor, se encargará de emparejaros para que comencéis con los ejercicios».

El Exarbor salió de detrás de la gran dragona y se acercó. Primero se dirigió a la Escuadra Ígnea.

—Humana con Felidae…, Fatum con Tauruk…, Escarlatum con Drakónido… —los emparejó señalando a cada uno con su dedo índice de rama—. Colocaos… uno delante del otro…

Los dejó así y se fue a emparejar a la otra escuadra. Aguardaron a que todos estuvieran en posición.

«Cuando os lo indique debéis cerrar los ojos y concentraros en el punto de luz que tenéis delante. Os ayudaré a identificarlo. Una vez lo veáis en vuestra mente, debéis usar vuestra energía interna y estudiar con ella ese punto de luz. Si cambia y comienza a convertirse en un aura circular estaréis haciendo progresos. Si solo conseguís ver el punto de luz y no cambia, estaréis fracasando».

Nahia miraba a Taika, que le hizo un gesto que ella interpretó como que no estaba convencido de que él lo fuera a lograr. Nahia le correspondió con uno de ánimo y fuerza apretando los dos puños y con un ligero movimiento ascendente.

«Comenzad con el ejercicio. Quien lo consiga será recompensado, quien no, será castigado.

Así de sencillo. La recompensa de quien lo consiga será no sufrir castigo: un ataque mental similar al que ya habéis sufrido. Creo que esto os motivará a esforzaros al máximo».

Taika tragó saliva e Ivo puso cara de resignación. Sabían que no lo iban a conseguir. Aiden intentó mantener la expresión de confianza que siempre esbozaba, pero no lo logró del todo. Tenía dudas y se notó. Nahia, Lily y Dafne estaban preocupadas, pero a ellas la magia se les daba mejor, quizá lo lograran.

—Concentración… total —pidió Membor.

Nahia se concentró cerrando los ojos y al momento discernió varios puntos de luz. Se concentró en el que tenía delante. Tenía que lograr ver el aura mental de Taika. No solo para evitar el castigo, que sería tremendamente doloroso, sino para poder ayudar a sus compañeros a que también lo lograran.

«El aura de una mente es algo que todo Brujo de Dragón debe ser capaz de discernir. Vuestra magia de dragón os permitirá hacerlo. Es un privilegio de la sangre de dragón que corre por vuestras venas».

El punto de luz que representaba la mente de Taika parpadeó varias veces y Nahia se centró en analizarlo. Pidió energía a su dragón interior y una vez la obtuvo la envió al punto de luz. Al interactuar entre ambos, la luz comenzó a expandirse. Esto era una buena señal. Nahia se animó y envió más de su energía a que interactuara con la luz. Poco a poco la luz se fue abriendo y comenzó a formar un círculo. Y no solo eso, su color también comenzó a cambiar. Ya no era una luz blanquecina, casi plateada, comenzó a tener diferentes colores y tonalidades.

«Unos pocos de vosotros lo estáis haciendo bien. Puedo verlo. El resto, la mayoría, vais a sufrir. Los que lo estáis logrando debéis conseguir que el aura mental brille con fuerza».

Nahia se percató de que el aura mental de Taika apenas brillaba. Podía ver los colores y la forma circular, pero parecían apagados, no brillaban. Eso la preocupó. Iba bien, pero no tan bien como creía.

Se esforzaron todo el día hasta que al final de la clase Buru-Beira-Gogoa ordenó detener el ejercicio.

«Ha llegado el momento de pasar veredicto a lo que habéis logrado hoy. Los que lo han hecho lo suficientemente bien, aunque no hayan conseguido ver el aura mental brillando y con total claridad, no sufrirán».

No dio tiempo a prepararse. De súbito la mayoría de la clase se fue al suelo entre muestras de tremendo dolor. Nahia no fue uno de ellos y se mantuvo de pie, ya que ella no sentía dolor. Esperaba que al menos Dafne y Lily se salvaran del castigo, pero no fue así.

Se sintió fatal viendo a sus compañeros en el suelo y sin poder hacer nada por ayudarles. Pensó que debía sufrir con su escuadra, que no era justo. Pero tras un momento se dio cuenta de que su sufrimiento sería gratuito y no serviría de nada. Nadie debía sufrir, ni ella ni ninguno en aquella clase. Levantó la mirada y vio que solo Markus aguantaba de pie en la otra escuadra.

«La clase ha terminado. ¡Marchad! Os recomiendo que os dirijáis a la biblioteca y estudiéis magia mental. Claramente lo necesitáis».

Nahia intentó ayudar a levantarse a sus compañeros, pero estaban tan doloridos que tuvo que esperar un rato para poder hacerlo. El tercer año iba a estar lleno de sufrimiento. Lo presentía y aquello solo acababa de empezar.

Capítulo 10

Nahia llegó acompañada de sus compañeros de escuadra a la puerta del edificio de las mazmorras. No habían hablado en el recorrido desde el comedor hasta allí. Teniendo en cuenta que habían cruzado casi toda la academia, eso indicaba que estaban nerviosos. Se detuvieron ante la puerta, custodiada por dos dragones negros apostados uno a cada lado de las grandes entradas del edificio de roca oscura. Los dos dragones les miraron un instante. Nahia ya estaba acostumbrada, pero vio que Lily se sacudía un escalofrío del cuerpo.

—Esta fortaleza rodeada de esas altas murallas y con esas cuatro torres circulares con espirales a su alrededor me ponen los pelos de punta —reconoció Lily.

—A mí me parece más extraño el edificio principal, que también es circular y con una espiral que lo recorre desde la base hasta su alta punta —comentó Taika, que observaba con detalle la gran fortaleza negra.

—Hay cuatro dragones vigilando, uno en cada esquina —indicó Aiden.

—A parte de estos dos negros imponentes de la puerta, quieres decir —especificó Ivo.

Aiden asintió.

—Hay siempre dos dragones negros en la puerta y luego uno rojo, azul, blanco y marrón en las esquinas —explicó Nahia.

—Me parece curioso que no haya un dragón cristalino —razonó Taika.

—Lo hay —corrigió Dafne.

—¿Dónde? No lo veo —preguntó Taika. Entrecerró los ojos para ver mejor.

—Está en el edifico principal, en el interior. Si hay un intento de fuga sube a la punta y crea un gran resplandor que ilumina toda la zona —explicó Nahia.

—¿Y se mantiene oculto? —preguntó Ivo.

—Eso es —dijo Dafne.

—¿Y cómo lo sabéis vosotras? —preguntó Aiden con mirada de extrañeza.

—Si vienes las suficientes veces, vas descubriendo pequeños secretos de este lugar —respondió Nahia y se encogió de hombros.

—Yo prefiero no venir nunca —Lily se sacudió otro escalofrío de encima.

—Sí, estoy contigo en eso. Este lugar es oscuro… No me gusta, rompe la paz interior —comentó Ivo.

Escucharon pasos acercándose y se volvieron. Llegaban las escuadras Ardiente y Candente. Parecían intranquilos.

—Saludos, Escuadra Ígnea —saludó Brendan, el humano rubio de la Escuadra Ardiente. Sonó preocupado.

—Saludos, Escuadra Ardiente —devolvió el saludo Nahia.

—Saludos —respondió Logar. El Felidae león sonó intranquilo, lo que era muy raro en él.

El resto de los miembros intercambiaron saludos breves.

—Veo que te has recuperado —dijo Dafne a Beck, que llevaba la cabeza vendada.

El Fatum medio sonrió.

—Estoy más o menos recuperado. Terminé en la enfermería. El Exarbor cirujano que me atendió me dijo que me habían curado muy bien. Así que gracias de nuevo.

Dafne asintió.

—No fue nada.

Con Beck y Logar estaban la Tauruk Valka y la Drakónida Lita, que le hicieron un gesto de agradecimiento y respeto a Dafne con la cabeza.

—¿Qué tal tus quemaduras? —preguntó Dafne a Draider, el Drakónido de la Escuadra Ardiente.

—Bien. Me han dado algunos ungüentos que tengo que aplicarme en las zonas más quemadas, pero no es nada —le restó importancia con un gesto de su mano.

—Ahora pareces mucho más duro y temible. Las cicatrices dan carácter y muestran valía —dijo Aiden y por su tono lo decía en serio, convencido, no para dar ánimos.

Draider respiró hondo y levantó la barbilla.

—Las que reciba en batalla serán todavía más honorables.

—Como debe ser —asintió Aiden—. Nuestras cicatrices serán muestra de arrojo y honor.

Dafne y Lily intercambiaron una mirada de no poder creer lo que los dos Drakónidos estaban diciendo. Nahia las entendía. La verdad era que los Drakónidos eran un tanto excesivos con todo lo que tuviera que ver con la lucha.

—¿Qué se sabe de vuestros compañeros? —preguntó Nahia a Logar.

—Siguen en la enfermería. Se recuperarán, pero necesitan un poco más de tiempo —explicó el Felidae, su cara mostraba preocupación.

—Bueno, hay que mirarle el lado positivo al asunto. Se ahorran esto —dijo Lily sonriente y señaló con el pulgar hacia la oscura fortaleza.

—Eso es cierto, dentro de lo malo…—se encogió de hombros Beck y sonrió, resignado.

—Nuestros dos compañeros también parece que vivirán —anunció Brendan y soltó un resoplido de alivio—. En dos semanas estarán de nuevo con nosotros.

—O eso han pronosticado en enfermería —añadió Lara, aunque sus ojos de pantera parecían indicar que no lo creía del todo.

—Eso son buenas noticias, esperemos que se cumplan —deseó Nahia intentando mantenerse optimista.

—Yo también confío en ello —asintió Brendan—. Tenemos que terminar este tercer año.

—Esperemos, sí —se unió Lara, escéptica.

—Lo lograremos —aseguró Cordelius, el enorme Kapro cerró su gigantesca manaza en un puño.

—Por supuesto que lo conseguiremos —se unió Aiden e hizo el mismo gesto.

—De momento, tenemos que sobrevivir a este castigo… —comentó Brendan.

—Se dicen malas cosas de este lugar —Logar parecía inquieto por lo que tendrían que afrontar en el interior.

—¿Ninguno de vosotros ha estado ahí adentro? —preguntó Nahia señalando la puerta del edificio.

—No, ninguno —comentó Brendan—. Nos ha tocado castigo de limpieza de cocina y letrinas, pero no esto.

—Nosotros hemos tenido castigo de reconstrucción de muros y torres, pero tampoco esto —dijo Logar.

—Parece que a nuestro líder le gusta mandarnos a nosotras aquí —dijo Dafne a Nahia.

—Sí, en especial a mí —sonrió esta última con resignación.

—¿Es tan peligroso… y raro como dicen? —preguntó Lara.

—No conozco todos los rumores pero sí, son bastante acertados —dijo Dafne.

Aquella respuesta los intranquilizó. Se les veía preocupados, nerviosos. Nahia se dio cuenta de que tenía que ayudarles.

—Escuchadme un momento antes de entrar —pidió.

—Por supuesto —dijo Brendan.

—Te escuchamos —dio pie a hablar Logar.

El resto de los miembros de ambas escuadras atendieron en silencio.

—Acercaos a mí. Hablaré rápido, ya que no tenemos mucho tiempo —dijo y comenzó a relatarles todo lo que debían saber sobre el lugar y el primer subnivel, que era a donde les habían castigado a ellos.

Lo hizo tan rápido y con tanto detalle cómo pudo. También intentó calmarles, sobre todo cuando les relató las partes peligrosas, como los Serpetuss. De nada servía entrar en las mazmorras con miedo devorando el corazón. Se necesitaba lo contrario, mostrar valor.

—Dejadme hablar y me encargaré de que no tengáis problemas.

—Gracias, Nahia —dijo Brendan y se llevó el puño al corazón.

—Tu ayuda significa mucho —dijo Logar y le mostró respeto inclinando la cabeza.

—No es nada. Es mi deber ayudaros, ya que yo conozco ese lugar muy bien. Lo más importante es que no mostréis debilidad. Mantened la cabeza alta y el valor alimentando vuestros corazones en todo momento. Es un lugar oscuro y peligroso, pero sois fuertes y valientes, llenos de luz. Sobreviviréis al castigo.

—Grandes palabras —reconoció Lara.

—Palabras de experiencia, nada más —respondió Nahia, que sentía que tenía que ayudarles. Lo último que deseaba era que les pasara algo—. Si tenéis dudas después de esta noche, mañana antes de entrar las resolveremos aquí.

—Muy bien —asintió Cordelius.

—Será duro, sobre todo el cansancio y la falta de sueño, pero sobreviviremos todos —aseguró Nahia.

—Se puede aguantar si uno se centra siempre en el día que ha de afrontar y sobrevivir —explicó Dafne.

—Hablan por experiencia —sonrió Lily.

Los miembros de las tres escuadras asintieron y se miraron entre ellos.

—Todo irá bien —aseguró Nahia.

—Adelante —dijo Brendan.

Nahia se volvió y se acercó hasta la puerta. Los demás la siguieron. Aguardaron un largo momento bajo la mirada de los dos dragones negros. Aquello ponía nervioso a cualquiera, pero nadie se movió. Soportaron el escrutinio y la situación.

Por fin la puerta se abrió y una figura conocida apareció en ella.

Tarcel, Tergnomus Principal de las Mazmorras, se llevó la mano a la frente y luego negó de lado a lado.

—Mis ojos me engañan. ¡No puede ser! No solo has vuelto, sino que además vienes con tu escuadra, ¡y con todo tu escuadrón!

— Ya sabes que no puedo estar mucho tiempo sin tu maravillosa y alegre compañía —bromeó Nahia.

—¿Todos castigados? —preguntó Tarcel con ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Me temo que todos —asintió Nahia.

—Esto es una barbaridad. Lo tuyo es algo increíble —Tarcel sacudía las manos, exaltado.

—Te aseguro que, aunque me encanta verte a ti y a los tuyos, no es por decisión mía.

—¡Claro que no es por decisión tuya, te han vuelto a castigar! ¡Mil veces te he dicho que no te castiguen aquí de nuevo! —replicó malhumorado.

—Esta vez traigo a mis compañeros.

—Hola, Tarcel —saludó Dafne.

El Tergnomus no podía creerlo. Comenzó a mirar al firmamento nocturno y despotricar en su lengua.

—Te dije que procuraras no volver, y menos con más miembros de tu escuadra.

—Procurar, lo he procurado, pero no lo he conseguido —se encogió de hombros Nahia.

—No sé por qué me altero. Estaba seguro de que volvería a verte —dijo con tono de resignación, luego los ojos le brillaron—. Eres problemática y ya sabes qué les ocurre en esta academia a los que son como tú.

—Lo sé, sí —asintió Nahia.

—No se podrá decir que no te avisé. Llevo diciéndote desde la primera vez que así no llegarás al final de la Senda.

—Es una senda complicada… —Nahia puso cara de que no era que no lo intentara, pero las cosas se torcían.

A Tarcel la cara de excusa de Nahia no le impresionó.

—Este aviso lo hago extensible a todos —señaló primero a Dafne, y luego al resto—. Aprended la lección y aseguraos de no volver por aquí.

—Te agradecemos tu preocupación por nosotros —replicó Dafne.

—No, no lo hacéis, pero da igual. Yo dormiré bien por las noches cuando estéis muertos —replicó Tarcel de mal humor y se giró —. Seguidme al interior.

Entraron y lo siguieron hasta el Exarbor de registro. Lo encontraron con expresión seria e impertérrita en su escritorio anotando algo en un tomo grande.

—Traigo un grupo numeroso —avisó Tarcel.

El Exarbor no se inmutó. Levantó la mirada del tomo a los recién llegados.

—Caras conocidas… Nahia y Dafne… de la Escuadra Ígnea… Escuadrón Rojo… —las reconoció según se situaron frente a él.

—Hola de nuevo —saludó Nahia y se dio cuenta de que no sabía su nombre. Decidió preguntarlo—. No recuerdo tu nombre…

—Eso se debe a que… no me lo habéis preguntado antes…

—¿Cuál es? —preguntó directa Dafne.

—Soy Jaibor… Exarbor Principal… del Registro de las Mazmorras —respondió con tono solemne, como si el cargo fuera uno de tan gran importancia que requiriera que todos lo reconocieran.

—Diría que encantada, pero dada la situación… —Nahia hizo un gesto de que no era una ocasión agradable.

—Es… comprensible —respondió el Exarbor.

—Estás igual —dijo Dafne y por la forma en que lo dijo no era un piropo.

Jaibor, sin embargo, se lo tomó como un cumplido y movió ligeramente la cabeza, en la que tenía varias hojas marchitas. Comenzó a consultar algunos de los tomos que tenía abiertos a un lado sin apenas girarse.

—Veamos… Tenéis castigo de una estación completa… todo el escuadrón… asignado por vuestro líder —dijo y levantando la mirada del tomo los observó a todos con detenimiento—. Diferentes castigos… Comenzaré por las reincidentes…

—Eso, las que no aprenden —añadió Tarcel.

El Exarbor tampoco hizo caso al comentario del Tergnomus.

—Nahia… Subnivel tres, tareas de comida y limpieza.

—¿Porque soy reincidente o porque así lo ha decidió nuestro líder?

—El castigo… lo ha asignado el líder de escuadrón… habrá tenido en cuenta tu… reincidencia.

Nahia suspiró. Aunque conocía el lugar y tenía un aliado en aquel submundo, no se quedó tranquila. Era como si presagiara que algo malo iba a sucederle allí abajo.

—Dafne… Subnivel dos… tareas de comida y limpieza.

—¿Subnivel dos? ¿No debería ser subnivel uno?

—Yo no cometo… errores con los castigos… Es… el segundo subnivel.

—¿Por reincidente? Dafne levantó ambas cejas.

—Por decisión… de tu líder.

Dafne miró a Nahia, que le hizo un gesto de que lo más probable era que se debiera a ser reincidente.

Jaibor miró a los demás, que estaban a la espera.

—Resto de la Escuadra Ígnea… Lily… Ivo… Taika… Aiden… Subnivel uno… tareas de limpieza.

Ya lo esperaban. Gracias a todas las explicaciones de Nahia y Dafne no se pusieron nerviosos.

—Espero que limpiéis bien. Aplicaos si no queréis que haya castigos adicionales —dijo Tarcel malhumorado.

—No los habrá. Nos aplicaremos al máximo como siempre hacemos con toda tarea que se nos encomienda —aseguró Aiden muy tieso.

—Continuamos… —dijo Jaibor con parsimonia.

—Sí, adelante —Tarcel pareció calmarse un poco, o al menos tanto como un Tergnomus podía, que no era mucho.

—Miembros de la… Escuadra Ardiente… Brendan… Cordelius… Lara… Draider… Subnivel uno… tareas de limpieza.

Los cuatro miraron a Nahia y Dafne con cierta inquietud en sus ojos. Las dos veteranas de las mazmorras les hicieron un gesto de tranquilidad.

—Miembros de la… Escuadra Candente… Logar… Beck… Valka… Lita… Subnivel uno… tareas de limpieza.

—Las mazmorras van a estar relucientes con tanta ayuda —dijo Tarcel y por un brevísimo instante una sonrisa apareció en su rostro.

—Todos debéis… presentaros aquí… cada noche… durante toda la estación… Tomaré registro. Si alguno no puede… por algún accidente… dentro o fuera de las mazmorras… informaré a vuestro líder… —explicó Jaibor con tono tranquilo pero severo.

—Más os vale no fallar ni una noche —avisó Tarcel—. La ira de un líder es mucho peor que este castigo.

De eso Nahia no tenía ninguna duda. Lo que le preocupaba era que a alguno de ellos les sucediera algo en las mazmorras. Esperaba que no fuera así, pero en aquel submundo y con los peligrosos y extraños prisioneros, no había ninguna certeza de que todo fuera a ir bien.

Capítulo 11

—Ya conocéis el castigo que os toca. Formad por escuadra de dos en dos detrás de mí, así tendremos menos problemas —dijo Tarcel. Suspiró de forma sonora y masculló algo en lengua de los Tergnomus que nadie entendió.

Hicieron como les indicó y lo siguieron. Los llevó cruzando varias salas hasta una estancia con una puerta de metal de aspecto reforzado y bien asegurada.

—Aguardad un momento. Os traeré las pulseras —dijo Tarcel y despareció un momento. Se quedaron a solas en la gran estancia frente a la puerta.

—¿Por ahí se va a los niveles inferiores? —preguntó Taika.

—Sí, da a una amplia escalera de roca negra que desciende a las profundidades —explicó Nahia.

—¿Profundidades? Solo hay tres subniveles, ¿no? —preguntó Brendan a la espalda de Nahia.

—Correcto, pero entre cada subnivel hay una profundidad enorme —Nahia se volvió y les explicó con gestos de las manos—. Es como si hubieran excavado cien pisos de profundidad y solo tres están en uso. El primero es de una altura normal, el segundo lo desconocemos, no hemos estado.

—Hoy lo descubriremos —dijo Dafne encogiéndose de hombros con cara de resignación.

—Y el tercero tiene una altura de más de veinte pisos —explicó Nahia—. Bajar lleva un buen rato y subir… no os quiero ni contar.

—Entendido. Tres subniveles de diferente altura y a diferentes profundidades —resumió Logar.

—Eso es —respondió Nahia.

Tarcel regresó con las pulseras.

—Esta es para ti, subnivel tres —le dijo a Nahia, que cogió su pulsera y se la puso de inmediato. Ya sabía lo que le podía pasar si no la llevaba.

—Esta para ti, subnivel dos —dijo a Dafne.

—El resto aquí tenéis. Cogedlas y ponéoslas. No bajéis nunca sin las pulseras. Los guardianes llevan tiempo intranquilos y es peligroso. Por eso os las doy antes de bajar. Y ni se os ocurra perderlas, a los dragones no les gusta tener que encantar nuevas.

Todos se pusieron las pulseras. Tarcel se aseguró de ello y cuando estuvo preparado sacó unas llaves grandes y con una de ellas abrió la puerta.

—Seguidme. Si os encontráis con un Serpetuss, uno de los guardianes, quedaos quietos como estatuas. Mientras tengáis la pulsera no os harán nada. Y no corráis, eso lo entienden como una agresión e irán a por vosotros. En el tiempo que llevo aquí he visto todo tipo de imprudencias con los guardianes, correr, echarse a temblar o atacarles. Todas terminan de la misma forma: con un alumno menos. Así que advertidos estáis.

Nadie dijo nada, pero todos lo entendieron. Nahia ya les había prevenido sobre aquello, pero se alegró de que Tarcel lo recalcara.

Descendieron por las escaleras poco iluminadas hasta el primer subnivel. Allí Tarcel abrió la puerta con sus llaves y les hizo un gesto para que todos le siguieran.

—Os llevaré con Framus, que es quien está a cargo. Él se encargará de asignaros la rotación de limpieza —explicó.

Pasaron por varias estancias de piedra hasta llegar a una donde había varios Tergnomus.

Nahia reconoció a Framus y lo saludó con la cabeza.

—¿Me traes a todo un escuadrón? —preguntó a Tarcel con extrañeza.

—Casi. Las dos repetidoras van a los niveles inferiores, el resto se quedan aquí contigo.

—¡Vaya, hoy es mi día de suerte! —dijo y miró a los dos Tergnomus que estaban arreglando herramientas.

Asintieron, pero sus rostros no mostraron alegría. A Nahia no le extrañó. Los Tergnomus no sonreían nunca, eran una raza malhumorada y con poca paciencia. Ahora sí, no había mejores trabajadores que ellos.

—Eso está por ver. Ya me dirás que tal limpian —dijo Tarcel.

—Limpiarán con brío y más les vale hacerlo bien —dijo Framus—. Espero que no tenga que explicarme dos veces.

Nadie dijo nada. Todos dieron por buena la advertencia del Tergnomus.

—Os dividiré por secciones. Hay mucho que hacer.

—Me gustaría ser asignada a la sección de Ufrem —dijo de pronto Lily.

Framus la miró extrañado.

—¿Por qué razón?

—Es la sección en la que han estado mis compañeras Nahia y Dafne. Me han explicado cómo limpiar mejor esa sección —respondió Lily—. Quiero hacerlo tan bien como ellas o mejor —sonrió Lily al malhumorado responsable de limpieza.

Framus miró a Nahia y Dafne, que asintieron.

—Primera vez que me hacen una petición similar —Framus rascó su alargada nariz.

—Somos muy competitivas —dijo Dafne.

—Quiero ganar a esas dos —aseguró Lily.

Framus se encogió de hombros.

—Como quieras, pero más vale que lo dejes todo impecable.

—Lo haré, gracias —Lily volvió a sonreír con su encantadora sonrisa.

—¿Alguno más tiene una petición especial? —preguntó Framus con un tono que era mezcla de sarcasmo y mal humor.

Nadie dijo nada.

—Muy bien. Os repartiré en equipos de dos y os asignaré a diferentes secciones. Este subnivel es grande y hay mucho que limpiar.

—Te dejo trabajar —dijo Tarcel a Framus y les hizo una seña a Nahia y Dafne para que

fueran con él.

Según se marchaban Nahia miró a Lily y le guiñó un ojo con disimulo. Luego miró a Taika, Ivo y Aiden y les hizo un gesto de ánimo con el puño. Según pasaba junto a las escuadras Ardiente y Candente les hizo también un gesto. Dafne, que iba detrás, también les dio ánimos con otro parecido.

Salieron de nuevo a las escaleras y comenzaron a descender por ellas siguiendo a Tarcel. Estaban muy poco iluminadas y al ser de roca negra tenían que bajar mirando por dónde pisaban. Nahia ya conocía aquel mundo, pero Dafne, que comenzaba a adentrarse en él, iba con la nariz fruncida. Nahia siempre sentía que descendían a las negras profundidades de un abismo por aquellas escaleras solo alumbradas por unas pocas antorchas.

Tarcel abrió otra puerta en un descansillo en medio de las escaleras, esta de barras de metal.

—Esto es cada vez más lúgubre… —comentó Dafne.

Nahia la miró y asintió.

—Son las mazmorras, ¿qué esperabas?

Dafne hizo un gesto de que el Tergnomus tenía razón.

Continuaron bajando en fila de a uno. Descendieron más de cinco pisos de altura y llegaron a la puerta del subnivel dos. Era grande, de acero reforzado y estaba escoltada por dos antorchas, una a cada lado.

Nahia señaló con el dedo sobre la puerta. Dafne se percató y miró. No se veía nada raro y Dafne entrecerró los ojos. De súbito, las sombras que emitían las antorchas sobre la parte superior de la puerta se movieron. Dafne dio un brinco hacia atrás. No podía ver qué había allí, pero algo se había movido y la había asustado.

—Tranquila, son los Drobeltz, los vigilantes de las escaleras.

—No los veo —dijo Dafne.

—Por supuesto que no. Vigilan sin ser vistos —dijo Tarcel. Sacó una diminuta lámpara de aceite que prendió con una de las antorchas y emitió una luz plateada. Dafne pudo ver con horror dos criaturas.

—Son como lagartijas negras gigantes —dijo Dafne, que sufrió un escalofrío al ver las lenguas bífidas de aquellos seres.

—No pierdas la pulsera y no corras o no saldrás de estas escaleras. Tienen unos dientes afiladísimos y les encanta la carne. Son unos depredadores fantásticos.

Dafne se estremeció otra vez.

—Apaga la luz, prefiero no verlas.

Tarcel asintió. Apagó la luz y abrió la puerta que daba acceso al subnivel dos. Entraron y se encontraron en una estancia amplia de roca grisácea. Dos lámparas de aceite alumbraban el lugar. Un Tergnomus de aspecto fornido estaba sentado en un banco de trabajo reparando unas cadenas con argolla. A Nahia le sorprendió lo fuertes que eran sus antebrazos y el torso, mucho más ancho que el de Tarcel.

Al verlos dejó las cadenas a un lado y los miró.

—Tarcel, ¡qué sorpresa! ¿Me traes trabajadores? —preguntó.

—Una trabajadora, Portesus, para limpieza —respondió Tarcel y señaló a Dafne.

—Muy bien. Andamos escasos de ayuda en este nivel. Espero que limpies bien —le dijo a Dafne.

—Lo haré bien —aseguró ella.

—Portesus es el responsable del segundo subnivel. Se encargará de asignarte el trabajo.

Ella asintió.

—¿Qué prisioneros hay en este nivel? —preguntó.

—Prisioneros importantes —respondió Portesus.

—¿Importantes? ¿En qué sentido? —preguntó Nahia interesada.

—¡En qué sentido va a ser! Importantes para los señores dragones —dijo Tarcel con tono de cascarrabias.

Esto todavía interesó más a Nahia.

—¿Dragones? —preguntó a ver qué le respondían.

—No hay espacio para tener dragones en el segundo subsuelo. Los dragones están en el tercero, como bien sabes —dijo Tarcel.

—¿Entonces? ¿Qué hay aquí?

—Otro tipo de seres —dijo Portesus.

—¿Seres como criaturas o seres como nosotros? —insistió Nahia, que quería saber qué tipo de prisioneros tenían allí.

—Preguntas demasiado, alumna. Eso es muy malo para la salud —dijo Portesus.

—Tiene muy malas costumbres —confirmó Tarcel mirando a Nahia—. Lo que haya o no haya aquí prisionero, no es de tu incumbencia.

Nahia supo por las miradas de enemistad de ambos Tergnomus que no podía seguir preguntando.

—¿Peligrosos? —quiso saber Dafne y romper el momento de tensión.

Portesus la miró de arriba abajo.

—Sí, peligrosos. Tendrás que andarte con cuidado, las celdas aquí no son como las del primer subnivel. Ya lo irás viendo. Lo importante es no acercarse a los prisioneros, eso debe ser lo que debes recordar. Si no te acercas, todo irá bien.

—En cualquier caso, son menos peligrosos que los del subsuelo tres, si eso te sirve de consuelo —dijo Tarcel a Dafne.

—No me consuela mucho, la verdad.

—Entonces quizá aprendas la lección esta vez y no te volvamos a ver —respondió Tarcel con cierta irritación en el tono.

—No venimos por gusto —aseguró Dafne y arrugó la nariz.

—Ya, pero venís que, para el caso, es lo mismo —dijo Tarcel y también arrugó la nariz mirando a Dafne a los ojos.

—Esperemos que esta sea la última vez que nos veas —Nahia lo dijo de verdad, pero no le salió con mucho convencimiento.

—Algo me dice que no será así —respondió Tarcel—. Sigamos. El tercer subsuelo está muy

profundo y pasa el tiempo.

Nahia miró a Dafne al pasar junto a ella.

—Ten cuidado. Nos vemos en el barracón.

—Tú también. No te fíes de los dragones allí abajo.

—Tranquila, no lo haré.

Tarcel salió a las escaleras y, una vez Nahia estuvo con él, cerró la puerta con sus pesadas llaves.

—Sigamos.

Nahia siguió a Tarcel, que ya no comentó nada más en lo que quedaba de descenso. Todos los Tergnomus tenían una carácter arisco e irascible, pero Tarcel la primera vez no se había mostrado demasiado enfadado. Sin embargo, había comenzado a exhibir su lado más arisco. Le molestaba que estuviera allí de nuevo, como si no tuviera suficientes problemas con los dragones.

Para ser tan cortos de piernas, los Tergnomus bajaban y subían escaleras con gran facilidad. Cuanto más descendían, menos antorchas encendidas había. Le pareció extraño que, a pesar de que ya había hecho aquel recorrido durante un mes el año anterior, todo parecía nuevo. Su mente parecía haber querido olvidar todas las visitas a aquel mundo oscuro y deprimente. Estaba tranquila, aunque sabía que se hallaba en las profundidades y se dirigía a encontrarse con dragones y otras criaturas de lo más peligrosas y letales, por no mencionar que estaban rodeados de Drobeltz que los seguían camuflados en las sombras.

Llegaron por fin al subnivel tres. Nahia suspiró. Se le había hecho eterno. Pensó en el regreso y tuvo que quitarse la idea de la cabeza. El ascenso era agotador y se tardaba muchísimo, de eso su mente sí que se acordaba. Decidió que sería mejor no pensar en ello.

—Te trae buenos recuerdos, ¿eh? —Tarcel señaló hacia la puerta.

—De los mejores —respondió Nahia con una mueca de disgusto.

—No ha cambiado mucho desde la última vez que estuviste.

—Lo imagino… —Nahia no creía que aquel lugar pudiera cambiar, no con aquellos dragones presos allí abajo.

Tarcel abrió la puerta reforzada y entraron. Nahia vio a cuatro Tergnomus trabajando y los reconoció al instante. Le volvió a extrañar que fuesen mucho más fuertes que Tarcel y los otros Tergnomus de la superficie y algo más fuertes que Portesus, del segundo subnivel. Razonó que la explicación más probable era que cuanto más se bajaba en las mazmorras, más fuerza se requería para realizar el trabajo.

—¡Vaya, mirad lo que nos han bajado desde la superficie! —la recibió el líder del grupo y negó con la cabeza.

—Hola de nuevo, Utrek —saludó ella.

—No aprendes la lección, ¿eh? —dijo con ironía.

—Es que me gusta vuestra compañía, os echaba de menos —respondió Nahia.

Los cuatro emitieron lo que podía considerarse una carcajada, aunque proviniendo de Tergnomus era como un gruñido de risa.

—Me caes bien, espero que no termines como comida.

—Ese es también mi deseo.

—Yo no me alegro de verte. No deberías estar aquí de nuevo —dijo Burgor.

—¿No me echabas de menos?

—Por supuesto que no. Además, eres problemática.

—Y yo que pensaba que me tenías cariño.

—Yo tengo cariño a mi pellejo y por tu culpa casi lo pierdo. Así que no, ni te tengo cariño ni te he echado de menos.

—Hoy está de mal humor, no le hagas caso —dijo Misrak, el Tergnomus pelirrojo con el aspecto más estrambótico.

—Bueno, supongo que tendré que darle trabajo —dijo Tarcel.

—Yo me la quedo, ha demostrado que puede sobrevivir aquí abajo —se ofreció Sardesk, el más fuerte de los cuatro y el más peludo.

—¿Qué castigo tiene? —preguntó Utrek a Tarcel.

—Indefinido. Puedes utilizarla como mejor veas.

—Estupendo. Ayudarás a Burgor de momento —dijo a Nahia.

—¿A mí? Yo ya me encargué de ella la última vez. ¡Que se la quede Sardesk!

—Sí, yo me la quedo —insistió Sardesk.

—Tú eres quien menos la necesita —replicó Utrek negando con el dedo índice.

—Burgor está cojo y necesita ayuda. Te vas con él —dijo a Nahia.

—Solo es una torcedura, se me pasará en nada.

—Una torcedura bastante fea. Se va contigo y que no se diga más —cerró la discusión Utrek.

—Pero… —intentó una última queja Burgor.

—Te la quedas, Burgor, y a callar.

Nahia no dijo nada porque no le parecía mal repetir con Burgor. Ya sabía cómo era y prefería no arriesgarse con Sardesk, Misrak u otro. ¡A saber cómo se comportaban con ella! Aquel lugar era peligrosísimo, lo último que necesitaba era más incertidumbre. A los Tergnomus solo les preocupaba realizar bien su trabajo y seguir con vida. Lo que le ocurriera a una humana castigada, no mucho.

—Bien. Regreso a la superficie, tengo mucho que hacer —dijo Tarcel.

—Como todos, como debe ser —respondió Utrek.

Tarcel asintió. Abrió la puerta y antes de salir le lanzó una mirada a Nahia.

—Te deseo suerte esta vez también.

—Gracias, Tarcel —respondió ella, que vio en los ojos del malhumorado jefe de los Tergnomus de las mazmorras algo de compasión.

No le extrañó. Tarcel era algo arisco, pero no tenía mal corazón. O al menos esa impresión le daba.

—Muy bien. En breve empieza tu turno, así que vete con Burgor y prepárate —dijo Utrek a Nahia.

—De acuerdo —Nahia se volvió hacia Burgor, que resopló por la nariz. Luego se volvió y pasó a la siguiente habitación.

Comenzaba el castigo. Nahia inhaló con fuerza tres veces. Esperaba poder sobrevivir.

Capítulo 12

En el primer subnivel, Lily e Ivo limpiaban un largo y umbroso pasillo delimitado por dos verjas de metal en ambos extremos. Ivo limpiaba delante y Lily iba unos pasos por detrás. El gran Tauruk se detuvo y se volvió hacia su compañera.

—¿Vas bien? —preguntó y la miró con una expresión mezcla de alegría y preocupación en su cara bestial.

—Sí, tranquilo, ya se me ha pasado —respondió la Escarlatum mientras fregaba el suelo de piedra oscura con brío.

—Sigues un poco pálida, tu piel es casi naranja en lugar del rojo intenso habitual —dijo Ivo, que la observaba a la luz de una antorcha.

—¿Te extraña? Menudo susto me ha dado y menudo asco he pasado.

Ivo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Esa cosa ha aparecido de repente a nuestras espaldas sin hacer ruido. Ni me he dado cuenta. Es muy sigilosa.

—Y traicionera.

—¿Cómo se llaman esos bichos? Siempre se me olvida.

—Serpetuss. Son de lo más asqueroso que he visto en mi vida. Menuda repugnancia me ha provocado.

—Parecía que quería darte un beso —sonrió Ivo.

—Sí, tú encima ríete —Lily le apuntó con el mango de la fregona.

Ivo se encogió de hombros.

—Ha sido gracioso, tienes que reconocerlo. Has puesto una cara de susto tremenda.

—Ya, de lo más gracioso —Lily puso los ojos en blanco.

—Casi le vomitas encima, menos mal que no lo has hecho. No creo que le hubiera gustado —sonrió Ivo.

—¡De la repulsión que me ha provocado!

—Es solo una especie de serpiente gigante.

—¡Repugnante y asquerosa!

—Recuerda que Nahia y Dafne ya nos dijeron que patrullaban los pasillos del primer subnivel. Según ellas son aterradoras, pero a mí no me lo han parecido.

—Eso es porque eres un cabeza de buey y para tu tamaño y fuerza nada es aterrador.

Ivo se quedó pensativo.

—Puede ser, sí.

—Y no solo son aterradoras, también repugnantes. Se me ha metido el asco en el cuerpo —un

escalofrío le bajó por la espalda y Lily se sacudió entera—. Ahora voy a tener que estar mirando a mis espaldas a cada momento para ver si se me acerca otra de esas serpientes gigantescas y nauseabundas —volvió a sufrir escalofríos y a sacudirse de forma exagerada.

—Me pregunto si Taika y Aiden también se habrán encontrado con uno de esos Serpetuss. A ellos los han enviado a limpiar la sección norte. ¿Habrá allí también?

—Esas cosas andan por todos lados. Seguro que se topan con alguna.

—No creo que a Taika le afecte. Él tiene mucha compostura. Además, ya sabes lo que se dice de los felinos y las serpientes.

—No tengo ni idea —Lily miró a Ivo con cara de no saber a qué se refería.

—¿No tenéis gatos los Escarlatum?

Lily negó con la cabeza.

—Los felinos y los Escarlatum no nos llevamos muy bien —reconoció.

—Vaya, ¡qué curioso!

—¿Te parece curioso?

—Son unos animalitos encantadores, sobre todo de pequeños. Y de lo más divertidos, hacen cosas alocadillas.

—No para nosotros. ¿Acaso no veis que son intratables y ariscos?

Ivo hizo un gesto con la mano de que no era tan grave.

—Son un poco ariscos… pero tampoco es para tanto. Les gusta su espacio e independencia.

—Les gusta arañar y morder sin ningún motivo. Los Escarlatum no podemos aceptar semejante comportamiento. Una marca sobre nuestra piel es un sacrilegio.

—Oh, ya veo el problema… Vuestra apariencia física.

—Para ser encantadora una debe cuidar todos los aspectos de su belleza. Llevar el cuerpo marcado con arañazos o mordiscos es inadmisible.

—Entiendo. A lo que me refería es a que los gatos y todos los felinos en general tienen un tiempo de reacción muy superior al de las serpientes y similares, así que es muy difícil que una serpiente llegue a morder a un felino.

—Así que Taika no temerá al Serpetuss.

—Eso creo.

—Pero está con Aiden y ese cabeza de granito es capaz de ponerse a luchar con la bestia para demostrar que los Drakónidos son más fuertes que los Serpetuss.

—Sí, eso también podría ser —tuvo que darle la razón Ivo.

—Seguro que termina con uno de sus ataques soltando tajos con su espada y rayos con su esfera al Serpetuss.

—Eso sería digno de presenciar —sonrió Ivo.

—Será culpa del cabeza de roca —Lily puso expresión de frustración.

—Taika no dejará que nada suceda, tranquila.

—Sí, eso lo sé. Es el que más sentido común tiene de todos nosotros.

—Estoy de acuerdo con esa apreciación.

—Bueno, ahora que está despejado este corredor mejor nos concentramos en la misión que tenemos que realizar —sugirió Ivo y miró a ambos lados del pasillo.

—Tienes razón. Así se me irá de la cabeza esa cosa nauseabunda.

—Por lo que nos han explicado Nahia y Dafne, la celda debe ser una de las de este corredor, aunque podríamos estar en el pasillo que no es.

—Déjame pensar… —Lily miro a ambos lados—. Sí, creo que es este, aunque este lugar es un laberinto de corredores y celdas sin final.

—Esa impresión me da a mí también. Nos va a llevar un tiempo acostumbrarnos a este sitio. Me resulta muy deprimente.

—Es una mazmorra bajo tierra construida de roca negra y poco iluminada. Alegre no puede ser —replicó Lily e hizo un gesto cómico.

—Menos mal que te tengo a ti para que me alegres con tu optimismo y encanto —dijo Ivo con una sonrisa.

—Por supuesto. No voy a dejar que este lugar de pesadilla me afecte. Yo soy alegría y encanto. Estar aquí no me va a robar mis dotes innatas.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Tú eres muy perspicaz para lo grandote y brutote que eres.

—Yo soy Ivo —se encogió de hombros el gran Tauruk.

—Busquemos la celda. Yo en el lado izquierdo, tú en el derecho —indicó Lily señalando con la fregona.

Los dos compañeros comenzaron a descorrer los miradores de las celdas. Se encontraron con prisioneros de diferentes razas. Lily encontró un Felidae, un humano anciano y un Tergnomus, cosa que le sorprendió mucho ya que eran una raza sirviente.

—Aquí hay un Drakónido… y acabo de ver un Exarbor —dijo Ivo con ojos de sorpresa.

—Eso es de los más extraño. ¿No son ambos fieles servidores de sus amos?

—Me pregunto qué habrán hecho para terminar aquí —Ivo puso cara de extrañeza.

—No tenemos tiempo de conocer la historia de todos los que están aquí encerrados. Tenemos una misión que cumplir —recordó Lily.

—Cierto, pero creo que deberíamos saber por qué los han encerrado en estas celdas. No es normal… —Ivo hizo un gesto de que aquello le daba qué pensar.

—Ya, un Tergnomus, un Exarbor, un Drakónido… Me parece de lo más raro. Pero sigamos con lo nuestro.

Ivo asintió.

Lily miró en el interior de la siguiente celda descorriendo la mirilla. Aunque estaba muy oscuro discernió la figura de lo que sin duda era un humano. Por las descripciones de sus compañeras, aquel podía ser él.

—Egil, ¿eres tú?

La figura se acercó hasta la puerta.

—¿Quién preguntar?

—Soy Lily, compañera de Nahia y Dafne.

—Lily, sí. Yo saber. Ellas contarme. Escuadra Ígnea, Escuadrón Rojo.

—¡Exacto! Esa soy yo.

—Es un placer conocer —dijo Egil, que se acercó todavía más y Lily pudo ver que llevaba la máscara de dragón en la cabeza.

—¿Todavía te tienen con esa odiosa máscara? No me lo puedo creer —expresó enfadada.

—Yo acostumbrar. No sentir.

—¡Ivo, está aquí, ven! —Lily le hizo señas al Tauruk, que se acercó hasta donde estaba.

—Este es Ivo, también de nuestra escuadra —presentó Lily, que se apartó para que Egil pudiera ver a Ivo por la mirilla.

—Encantado conocer. ¿Tú ser Tauruk?

—Así es, soy Ivo, Tauruk. Es un placer conocerte, Egil. He oído hablar mucho de ti.

—Yo saber de ti —dijo Egil.

—Lamento mucho que te tengan así… encerrado aquí y con esa máscara… durante tanto tiempo… Es algo horrible. Nadie debería sufrirlo. Lo siento de verdad.

—Gracias, Ivo. Yo aguantar. La vida ser dura a veces. Tiempos buenos y tiempos malos. Ahora malos. Mañana buenos.

—A eso le llamo yo estar lleno de optimismo. No sé cómo lo haces. Yo no podría si me tuvieran como a ti —comentó Lily, que escuchaba a un lado de Ivo.

—Y tener un gran espíritu —añadió Ivo—. Uno enorme para aguantar todo este castigo durante tanto tiempo y no perder la esperanza —reconoció.

—Ser la vida. Yo luchar hoy por mañana. Mañana bueno. Nunca perder esperanza. Esperanza ser todo lo que tener.

—Tienes toda la razón, el mañana será bueno, conseguiremos que lo sea —se animó Lily—. Nosotros tampoco perdemos la esperanza de cambiar las cosas, de liberarnos de los dragones.

—Debemos esforzarnos, luchar por ese mañana mejor, para que cosas como esta no vuelvan a suceder. Ni a ti, ni a nosotros, ni a nadie —dijo Ivo con tono convencido.

—Todos juntos luchar —dijo Egil con tono de firmeza.

—Nos espera un futuro de lo más entretenido —comentó Lily e hizo una mueca de que lo que les venía encima sería muy duro.

—No es el futuro de tranquilidad, equilibrio y contemplación que yo soñaba, pero tampoco lo es este que ahora vivo y no lo será al que me conduce la Senda de los Dragones —expresó Ivo.

—Eso seguro —Lily le puso la mano en su enorme hombro.

—¿Qué noticias? —preguntó Egil con tono que mostraba su enorme interés por conocer que información tenían.

—Puffff… Tenemos una montaña de cosas que contarte. Vamos a necesitar varios días —dijo Lily mirando a ambos lados del pasillo por si venía Ufrem.

—¿Tener días?

—Sí, tenemos castigo por un una estación —dijo Ivo—. Nos dará tiempo a hablar de todo y

conocernos mejor. Me interesa todo cuanto tengas por contarnos de tu mundo, de Tremia.

—Sí, tu mundo es de lo más interesante —estuvo de acuerdo Lily—. Peligroso, pero interesante. A los dragones se les va a atragantar, estoy convencida.

Egil asintió.

—¿Todos bien?

—Sí, tranquilo. Nahia y Dafne han sido castigadas a los niveles inferiores de las mazmorras —dijo Ivo.

—Te envían saludos y un fuerte abrazo —añadió Lily.

—Yo contento ellas bien. Nahia y Dafne amigas. Buenas amigas. Aliadas.

—Puedes contarnos a nosotros también entre tus amigos y aliados —dijo Ivo.

—Los amigos de Nahia y Dafne son nuestros amigos —dijo Lily—. También aliados, por supuesto. Ellas confían en ti y por esa razón nosotros también.

—Eso ser bueno. Yo agradecer.

—Por eso nos han mandado a hablar contigo —dijo Lily con una risita.

—Tener que vigilar pasillo. Pasar Serpetuss y Tergnomus —advirtió Egil.

—De acuerdo, yo vigilaré —se ofreció Ivo—. Lily, cuéntaselo todo. A ti se te da mejor hablar que a mí.

—¿Quieres decir que con mi encanto la conversación es no solo vívida sino excelente?

Ivo sonrió.

—Eso mismo. No encontraba las palabras —le dio la razón y se puso a fregar frente a la celda mientras observaba a ambos extremos del pasillo de reojo.

—Será mejor que te cuente todo lo sucedido. Así podrás sacar tus propias conclusiones. Si no entiendes algo de lo que diga, pregúntame o dime que lo repita.

—Entendido —Egil miró fijamente a Lily, prestando toda su atención.

Lily tomó aire y comenzó a relatarle lo sucedido en la prueba de fin de año que les había llevado a combatir en Tremia.

En el segundo subnivel, Dafne seguía a Portesus por una amplia y larga estancia. Avanzaban por el centro, cruzándola de oeste a este. Suelo, paredes y techo eran de piedras rectangulares negruzcas con vetas plateadas. Le pareció curioso, por lo general todo lo que fuera de color plata tenía que ver con los dragones, así que no se fio. Varios Tergnomus se preparaban para trabajar a ambos lados. Llevaban una especie de tridentes de acero, como largas lanzas, pero de tres puntas. ¿Para que necesitarían aquello? ¿Para defenderse? De ser así tendría problemas. Los Tergnomus la miraron según pasaba, pero no dijeron nada, parecían muy concentrados en sus preparativos.

—Este nivel es algo más complicado que el primero. Te recomiendo que prestes atención a lo que te explique. Te salvará la vida.

—De acuerdo. Gracias.

—No me des las gracias. Si mueres es más trabajo para nosotros y ya tenemos muchísimo por hacer. Los señores dragones insisten en enviarnos “ayuda” castigando a alumnos como tú a servir aquí, pero no es ninguna ayuda para nosotros.

—¿No lo es? Limpiamos, alimentamos…

—Tareas sencillas que cualquier Tergnomus puede hacer mil veces mejor que cualquiera de las otras razas. No nos ayudáis, nos estorbáis.

—Intentaré se útil y no estorbar mucho —replicó Dafne con algo de resquemor.

Portesus le lanzó una mirada de pocos amigos.

—Guarda tu carácter para la superficie, aquí abajo no te servirá de nada y puede precipitar tu final.

El consejo con cariz de amenaza del Tergnomus lo captó de inmediato.

—Así lo haré —respondió Dafne con tono neutro. No era buena idea enemistar a quien tenía su vida en sus manos.

Llegaron a una puerta reforzada de metal al final de la estancia.

—¿Preparada para salir a las celdas? —preguntó Portesus señalando la puerta.

Dafne respiró y asintió.

—Preparada.

Portesus abrió la puerta con unas llaves de aspecto pesado que se colgó al cinturón. Salieron de la estancia y Dafne descubrió que frente a ella se abría un pasillo muy amplio. En medio del pasillo y a lo largo del mismo vio braseros con fuego que lo iluminaban. A ambos lados había barrotes, largas hileras de barrotes que subían desde el suelo de piedra negra con betas de plata que ya había visto, hasta el techo, compuesto por las mismas piedras. Le dio la impresión de que estaba en las cárceles bajo algún gran castillo. No había zonas de roca natural o tierra, todo estaba revestido de aquellas extrañas piedras rectangulares.

—Sígueme —dijo Portesus y le hizo una seña para que fuese tras él.

Avanzaron por el centro del pasillo y el Tergnomus se detuvo tras unos cincuenta pasos. Señaló los barrotes a su izquierda. Dafne los observó y vio que llegaban hasta una pared de roca y seguían pasillo abajo.

—¿Todo eso es una única celda? —preguntó Dafne.

—Así es. Esta es la celda número uno.

Dafne no podía ver el fondo, ya que la única luz que había eran los braseros en el pasillo. Iluminaban bastante pero no llegaban a penetrar en toda su profundidad.

—Es también muy profunda.

—Unos cien pasos, sí.

—Vaya, entonces esas celdas son enormes.

—Las hay más grandes en otras secciones de este subnivel.

—¿Por qué tan grandes?

—Tenemos prisioneros de bastante tamaño, pero la verdad es que se construyeron así para encerrar a varios prisioneros a la vez.

—Oh, entiendo. Grupos de prisioneros.

—Así es. Sígueme y no toques los barrotes, están encantados.

Dafne se quedó extrañada. Siguió a Portesus hasta los barrotes de la primera celda.

De pronto, de entre las sombras del interior apareció una criatura con alas que llegó planeando. Antes de que pudiera reaccionar, atacó con sus garras, similares a las de una gran águila e intentó darles. Del tremendo susto Dafne dio un brinco hacia atrás. Los barrotes destellaron en plata y las garras de la criatura chocaron con una barrera de energía. Se dio un fuerte golpe y salió rebotada hacia atrás entre plumas que perdió por el impacto. Dafne no sabía qué criatura era aquella. La observó mientras se ponía en pie. Era de su tamaño, quizá un poco más grande, y de aspecto humanoide. Tenía alas que sacudió con fuerza en lugar de brazos y patas y garras fuertes, también de ave. Sin embargo, su tronco y cabeza parecían los de un humano o un Fatum. Se quedó de piedra. La criatura emitió un chillido agudo.

—Tranquila. Mientras no toques los barrotes no hay peligro.

—¿Seguro?

—Sí, bastante seguro. Llevo trabajando aquí veinte años —dijo con un tono mezcla de sarcasmo e irritación.

—No era mi intención dudar de tu palabra. Es solo que me ha sorprendido…

—Si un Tergnomus te dice cómo funciona algo, así es como funciona. No dudes nunca de lo que se te ha dicho. No nos gusta repetir las cosas, es una pérdida de tiempo. Nosotros odiamos perder el tiempo y a los que nos lo hacen perder, todavía más.

—Entendido. No te haré perder el tiempo.

—Mejor, ya tengo mucho que hacer y el tiempo pasa volando.

De pronto, otra criatura llegó volando hasta los barrotes y abrió la boca. Dafne no tuvo duda de lo que pretendía. Iba a utilizar algún tipo de ataque mágico, como sus alientos elementales. No entendía cómo lo sabía, pero no tenía ninguna duda.

—¡Va a soltar un ataque mágico! —advirtió a Portesus.

—Tranquila —respondió el Tergnomus muy calmado.

Dafne esperaba que la criatura soltara fuego por la boca, pero no fue el caso. De sus fauces salió una sustancia verde. Dafne dio otro brinco hacia atrás, uno bien grande.

Los barrotes volvieron a destellar y la sustancia verde chocó contra la barrera de energía.

—Tranquila. No pueden alcanzarnos a este lado de los barrotes.

—Vaya… Buena defensa.

—Todas las celdas tienen los barrotes encantados con barreras de energía que actúan ante ataques físicos y contra ataque mágicos.

—Impresionante.

—Lo es, sobre todo porque los ataques mágicos pueden ser de diversa índole. Este, por ejemplo, era una mezcla de veneno con magia.

—¿Veneno con magia?

—Así es. Estas criaturas pueden lanzar veneno que mezclan con magia para potenciar su efecto y alcance.

—Qué bien… ¿Qué son?

—Se les conoce como Harpiyias. Son una especie mitad humanoide, mitad ave. Tienen unas garras muy poderosas y algo de magia de veneno y ácido. Son muy peligrosas ya que son rapaces

y ven al resto como posibles presas, por muy grandes que sean.

—Vaya… nunca había oído hablar de ellos.

—Eso es porque no son de este mundo.

—¿No? ¿Entonces…? —Dafne lo pensó un momento, ya que el Tergnomus no le respondió —. Oh, son de otro mundo.

—Así es, uno lejano.

—Fascinante. Yo solo conozco las razas de Kraido. Bueno, y ahora comienzo a conocer las de Drameia… por la guerra.

—Deberías saberlo ya, pero si no lo sabes te lo confirmo de antemano para evitarme mil preguntas innecesarias: hay muchos mundos-continentes con razas y criaturas de todo tipo. Y sí, aquí en este nivel tenemos bastantes prisioneros de esos mundos.

Dafne abrió la boca para preguntar, aquello le había generado innumerables interrogantes.

—Y son… —cerró la boca porque imaginó que la respuesta del Tergnomus no iba a ser agradable.

—Son muy peligrosos, así que nunca te acerques a los barrotes y todo irá bien —reiteró señalándolos.

Nahia observó a los dos Harpiyias tras los barrotes, que la observaban con ojos entrecerrados. La energía que había entre los barrotes se había vuelto transparente y ya no se apreciaba.

—Entonces este lugar es muy seguro.

—Bastante seguro.

—¿Bastante? ¿Por qué solo bastante?

—Porque a veces, como todo en la vida, suceden incidentes inesperados.

—Alguien mete la mano por los barrotes —aventuró Dafne.

—Eso y otra situación bastante más grave.

—¿Más grave?

Portesus asintió.

—Alguna vez sucede que la magia se consume y entonces no funcionan las defensas de alguna celda.

Dafne abrió mucho los ojos.

—Eso no es nada bueno.

—No, no lo es.

—¿Me encargo de asegurar que la magia funciona bien?

El Tergnomus rio con carcajadas profundas.

—No, por supuesto que no. Eso es demasiado importante. Hay vidas de Tergnomus en riesgo. No podemos dejarlo en manos de una alumna castigada.

—Ya… lo entiendo.

—Tú te encargarás de recorrer todas las secciones, que son bastantes y largas, y mantener todos los braseros encendidos. Se suelen apagar cada cierto tiempo, ya que se consume el carbón que usamos.

—Oh, de acuerdo.

—Es un trabajo sencillo, pero pesado. Tendrás que transportar el carbón en una carreta por todo el subnivel.

—Espero que un animal tire de la carreta.

—Oh, sí, lo hace, por supuesto.

—Menos mal.

—Un animal Fatum.

Dafne abrió mucho los ojos, se refería a ella.

—No tiene gracia.

—No pretendía ser gracioso. Te mostraré dónde está la carreta. Sígueme.

Dafne sacudió la cabeza con incredulidad, Portesus no bromeaba. Miró el largo pasillo cuyo final no se veía y suspiró. Aquello iba a ser un sufrimiento.

Capítulo 13

Nahia se sintió nerviosa. El subnivel tercero era un mundo muy peligroso y estaba a punto de volver a pisarlo. Se tranquilizó pensando que Garran-Zilar-Denbo estaría allí y la protegería. Lo había hecho la vez anterior y esperaba que esta vez también lo hiciera.

—Coge el equipamiento de seguridad y sígueme —dijo Burgor.

—¿El Repulsor?

—Y el gorro. No me digas que ya te has olvidado —Burgor la miró con ojos enormes de incredulidad.

—No… claro que no me he olvidado —disimuló Nahia. Fue a buscar el cinturón y el gorro y se los puso. Se le había olvidado, pero no iba a reconocérselo a Burgor.

Salieron y Nahia reconoció de inmediato la enorme entrada iluminada por antorchas y la multitud de enormes cuevas que se abrían hacia el interior de aquel mundo subterráneo compuesto de enormes cavernas.

Se estremeció. Burgor cerró la puerta y se dirigió a los carros de comida.

—Sígueme y recuerda pisar en el camino plateado. Como se te haya olvidado eso también es para matarte.

—No se me ha olvidado —respondió Nahia. Según andaban el camino plateado se iba haciendo visible ante ellos.

Burgor le lanzó una mirada de enemistad y entró en la gran caverna frente a ellos donde estaban los convoyes de seis carros tirados por Yakretils. Siempre le habían parecido unas criaturas de lo más singulares, una mezcla entre un buey y gran lagarto. Eran muy apacibles. Los acarició según pasaba junto a ellos.

—Tenemos el convoy preparado —informó Burgor y se subió al primer carro de uno.

—Cargado y preparado, como debe ser —dijo Nahia, que era una expresión que el propio Burgor solía usar, y se subió a su lado en el carro de cabeza.

—Una labor bien hecha se reconoce —dijo Burgor y la miró con expresión de estar pensando que Nahia se estaba burlando de él.

—Eso hacía —respondió ella.

—Ya… Hoy tenemos la ruta tres. Comencemos, hay mucho que hacer y poco tiempo.

—¿Ruta tres? Nuestra ruta es la uno.

Burgor la miró frunciendo la frente.

—No hay ruta “nuestra”. Se trabaja en la ruta que a uno le asignan.

—La otra vez hicimos siempre la ruta uno —Nahia necesitaba hacer la ruta uno. Garran-Zilar-Denbo estaba en ella. Si iban por otro lado a saber qué criaturas y peligros se podía encontrar.

—Esa era la que teníamos asignada antes. Ahora tenemos la ruta tres.

—Pero yo quiero hace la ruta uno —Nahia insistió. Necesitaba hablar con Zilar y para ello tenía que hacer esa ruta.

—¡Tú no tienes nada que decir sobre la organización de rutas! —gritó Burgor enfadado.

—Pero esa es la que conozco bien. Seré mucho más eficiente haciendo esa. Habrá menos problemas —Nahia buscaba razones con las que convencer a Burgor para que cambiaran de ruta.

—Tenemos que hacer la ruta tres y es la que haremos. Ya me estás retrasando con tus peticiones extrañas.

—No es extraña, es lo mejor para la tarea —insistió Nahia.

—¡Se lo pides mañana a Utrek y deja ya de molestarme! —estalló Burgor muy malhumorado.

Nahia aguantó los gritos y no dijo nada más. Sabía que había llegado al límite del Tergnomus y que no era buena idea forzarlo más.

Burgor arreó a las bestias y el convoy de carros se puso en movimiento. Nada más salir en lugar de ir recto, se desvió hacia la izquierda. Nahia suspiró, cualquier cosa podía pasar allí abajo.

Entraron en una sección de cuevas diferente mientras el sendero de plata se hacía visible frente a ellos. La gran cueva albergaba otro sin fin de cavernas más pequeñas, era muy parecida a la de la ruta uno. Sin embargo, Nahia se daba cuenta de que era diferente. Había memorizado las cuevas del otro recorrido y qué criaturas, y sobre todo dragones, había en cada una. Allí no sabía qué se iba a encontrar, pero sin duda serían criaturas peligrosas.

Llegaron a la primera caverna donde tenían que descargar y Burgor detuvo los carros. Se bajó sin salirse del camino plateado.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

Nahia miró al interior de la cueva, estaba demasiado oscuro y no podía distinguir qué criatura había dentro. Se centró en el trabajo, aunque miraba de reojo. Comenzaron a bajar el cargamento. Nahia ayudó al Tergnomus con las poleas y levantaron el remolque para dejar caer la carne. Tres piezas fueron al suelo.

—Aquí dos piezas de carne —dijo Burgor.

Nahia lo miró y sin protestar se apresuró a recoger la pieza extra. En ese momento apareció la criatura prisionera. Era algo que parecía sacado de una pesadilla, mitad oso, mitad ave y de un tamaño descomunal. Comenzó a correr sobre sus cuatro patas peludas con garras como un oso. Nahia tiró de la pieza de comida y la arrastró hacia el carro con toda la fuerza que tenía, propulsada por el susto y el miedo de ver a aquella enorme cosa correr hacia ella.

—Va a por ti, date prisa —advirtió Burgor, pero sin demasiada urgencia.

De pronto la criatura abrió las grandes alas y se impulsó con sus patas. Cogió altura y descendió hacia Nahia como una enorme ave de presa muy fornida y peluda. La cara del monstruo era de ave y, sin embargo, seguía pareciendo también de oso. Se acercaba a gran velocidad a cazar a Nahia, que se retiraba como podía.

Ya caía sobre la humana cuando sus cinturones repulsores destellaron en plata y el monstruo salió repelido hacia atrás con gran fuerza. Dio la impresión de que una fuerza enorme lo golpeaba y salió rebotado y desequilibrado en su vuelo para estrellarse contra el suelo.

Nahia se había ido de espaldas al suelo y vio que estaba a salvo en el camino de plata. La pieza de carne también.

—Puffff… menudo trabajito —resopló.

—Trabajo es trabajo. Carga la pieza en el carro, que tenemos que seguir.

Nahia se puso en pie y miró a la criatura, que parecía aturdida. Era algo único. No sabía qué era más, oso o ave.

—¿Qué es esa criatura? —preguntó a Burgor mientras cargaba la pieza.

—Es un grypho-guepardo. Una criatura mitad oso y mitad búho. Como has visto es enorme y le gusta cazar presas pequeñas.

—Me podrías haber avisado —se quejó Nahia.

—Un buen trabajador está siempre alerta en la tarea.

—Estaba bien alerta, de lo contrario me estaría comiendo.

—Como debe ser. Sigamos la ruta, la noche es corta.

Nahia subió al carro con Burgor. Estaba molesta con el Tergnomus, que debía haberla avisado. Lo pensó un poco mientras los carros seguían su trayecto y se calmó. No servía de nada enfadarse con Burgor. Ya lo conocía y sabía que no la iba ayudar en nada.

Continuaron con el reparto. En las siguientes cuevas no apareció ninguna criatura, cosa que Nahia agradeció. Prefería no morir de un susto si podía evitarlo y allí era una posibilidad. El corazón todavía le latía acelerado.

—¿Hay dragones en esta ruta? —preguntó a Burgor por precaución.

—No, no los hay.

—Oh, mejor —Nahia se alegró. Al no tener la protección de Garran-Zilar-Denbo lo último que quería era encontrarse con un dragón.

—A esta ruta se le llama la ruta de las aves.

—Entonces… ¿son todo aves las criaturas que hay aquí prisioneras?

—Casi todas. Algún tipo de ave, eso es.

Nahia asintió.

—Sí, como el oso-búho.

—Eso es.

—Bueno, no serán tan peligrosos como los dragones, eso me tranquiliza un poco.

Burgor se giró y la miró divertido.

—En esta ruta está uno de los peores enemigos de los dragones, y son tan peligrosos como ellos.

Nahia abrió los ojos como platos.

—¿Enemigos de los dragones? ¿Muy peligroso? ¿Quién? ¿Qué? —aquello era nuevo para ella.

¿Qué enemigos tenían los dragones tan peligrosos? Podían ser muy buenas noticias para la causa de la libertad, podría haber un aliado poderoso allí abajo.

—¿Por qué preguntas siempre tanto? Me das dolor de cabeza, estamos aquí para trabajar, no

para la cháchara.

—Lo sé, sí, pero ¿qué criatura es esa de la que hablas?

—No es una criatura, es una especie, hay varios tipos de criaturas en ella. Y no me preguntes más. Ya estamos entrando en sus cuevas. Los conocerás enseguida.

Aquello la puso muy nerviosa. Miró las cavernas a derecha e izquierda del camino plateado y no las vio diferentes a las que habían dejado atrás.

Se detuvieron frente a una de ellas.

—A descargar. Un cuarto de carro aquí —dijo Burgor.

Nahia bajó del carro siguiendo a Burgor con cuidado. La palabra peligro se le había quedado grabada en la mente. Miraba hacia la cueva con mucha atención. Además, un cuarto de carro era mucha comida. Allí había una criatura muy grande o muy voraz, probablemente ambas cosas.

—Dale a las palancas —dijo Burgor al ver que estaba mirando la cueva.

Nahia asintió y se puso a trabajar. Aunque intentó ajustarlo, cayó algo más de un cuarto de carro.

Burgor sonrió.

—Ya sabes lo que te toca.

—Podrías hacerlo tu esta vez, a turnos —sugirió Nahia, aunque ya sabía cuál iba a ser la respuesta del Tergnomus.

—Yo estoy cojo. Para eso te han puesto conmigo —Burgor miró las piezas de comida—. Trae dos de vuelta.

Nahia resopló frustrada.

—Está bien…

Con rapidez llegó hasta ellas. Estaban allí mismo, a un par de pasos del camino de plata. Comenzó a tirar de ellas hacia el camino. Miró a la cueva y no vio ningún movimiento sospechoso. Siguió tirando y oyó un sonido, un chillido agudo. De súbito de la cueva salió volando una criatura a una velocidad tremenda directa hacia ella. De alguna forma supo que, aunque solo le quedaba un paso por dar hacia atrás, mejor soltar la pieza para darlo. Así lo hizo. Cayó sobre sus posaderas en el camino de plata y la criatura pasó raseando frente a ella a una velocidad tremenda y se llevó la pieza que estaba intentando recuperar.

Nahia se miró el cinturón. No había repelido a la criatura.

—El cinturón… —dijo a Burgor.

—A veces pasa —se encogió de hombros el Tergnomus.

—No sé yo… —Nahia observó a la criatura, que volvió a pasar volando frente a ellos y soltó otro chillido muy agudo.

Era del tamaño de un dragón joven solo que volaba y maniobraba a una velocidad al menos cinco veces mayor que la de un dragón. Era una mezcla entre un halcón y un guepardo. La cabeza y las alas eran las de un halcón, mientras que el cuerpo y las patas parecían las de un guepardo, cola incluida. Eso explicaba la increíble velocidad con la que volaba para el enorme tamaño que tenía.

—Es… increíble… —balbuceó Nahia.

—Es la criatura con poder más rápida de los cielos —explicó Burgor.

—¿Tiene magia? —Nahia se sorprendió.

—La tiene —aseguró el Tergnomus y se señaló el gorro—. Magia mental y elemental. No te quites el gorro o antes de que pestañees estarás muerta.

La impresionante criatura hizo otra rapidísima pasada frente a ellos.

—¿Y no te parece que podrías haberme avisado?

—Eso no es parte de mi trabajo. Sigamos. Le gusta hacer pasadas y mostrar su esplendor. No volverá a la cueva hasta que nos marchemos.

—Yo creo que quiere comerme.

—Eso también podría ser.

—Es enorme, no sé ni cómo puede volar, y mucho menos a esa velocidad —Nahia se subió al carro atónita.

—Pues espera a ver las siguientes paradas.

—¿Hay más como este?

—Los hay más grandes —dijo Burgor y, aunque no sonrió, Nahia sabía que estaba disfrutando de hacerla sufrir.

Continuaron con el reparto de comida. Nahia iba ahora muy atenta, pues no quería más sorpresas desagradables. En las siguientes dos cuevas en las que se pararon no sucedió nada. Las criaturas no aparecieron y les dejaron trabajar tranquilos.

Siguieron por el camino de plata hasta llegar a una nueva cueva descomunal llena de cavernas que ejercían de prisión.

—Esta es la zona interesante —dijo Burgor.

Nahia lo interpretó como un aviso. Lo agradeció, aunque no le dijo nada. Los dos intercambiaron una mirada y eso fue suficiente.

—Aquí ocho piezas —dijo Burgor al detener el carro.

De un salto Nahia siguió al Tergnomus, que ahora cojeaba más ostensiblemente que antes. Debía de ser que el esfuerzo realizado le estaba empezando a afectar a la pierna herida. Descargaron con rapidez, Nahia sabía que significaba que había peligro de verdad. Por suerte el volquete fue de ocho piezas exacto. Nahia resopló. No tendría que ir a recoger ninguna.

De repente se escuchó una especie de rugido mezclado con un chillido de ave rapaz. Del interior de la cueva salió una criatura enorme, tan grande como un dragón adulto y más singular, si cabía. Tenía un poderoso cuerpo de tigre, mientras que su cabeza y alas eran las de un águila blanca. Era magnífico e irradiaba poder animal. Tenía la cabeza y el cuello recubiertos de plumas blancas. El pico del águila era de color dorado, esto a Nahia le llamó la atención. Pensó en la criatura que habían visto y recordó que también tenía el pico dorado. Le pareció curioso.

La criatura dio un brinco hacia delante abriendo sus grandes alas. Se acercó despacio y Nahia se percató de que la estaba observando. Sus ojos de águila la miraban de una forma que la puso nerviosa. Pensó que iba a saltarle encima y se retrasó un paso, llevada por el temor. La gran bestia alada de cabeza de ave se posó a unos pasos del camino. El cinturón no lo repelió. Nahia no sabía si era porque estaba a la distancia justa o porque no funcionaba.

Burgor ya estaba subiendo al carro para salir de allí. Nahia quería subir, pero aquella criatura

descomunal la miraba con todo el interés del mundo. Burgor azuzó a las bestias de tiro y el convoy comenzó a moverse.

—No me dejes… —comenzó a decir Nahia, que estaba atrapada por el miedo que le producía la atención de la criatura. Sabía que Burgor la dejaría allí a su suerte, sin ningún remordimiento.

«Se te van los carros, humana» llegó el mensaje mental de aquella criatura mitad águila, mitad tigre. Nahia se quedó de piedra. No solo era una bestia pensante, sino que podía enviar mensajes mentales, como los dragones.

—Tú… me hablas… —Nahia no pudo moverse de la impresión.

«Así es, humana. Mi poder me permite enviarte mensajes mentales».

Nahia recibió el mensaje y se dio cuenta de que, si bien se parecía mucho al que los dragones enviaban, este era diferente, lo sentía distinto. Iba acompañado de un sentimiento de tranquilidad.

—¿Me entiendes?

«Te entiendo. Conozco la lengua de Kraido. Siempre es útil hablar el idioma de tus enemigos».

—¿Enemigos? ¿Eres enemigo nuestro? —Nahia no sabía de la existencia de aquellas criaturas y mucho menos de algún conflicto con ellas.

«Soy enemigo de tus señores dragones, y por lo tanto también tuyo».

—Oh… no lo sabía.

«Será mejor que subas a los carros o los perderás. Tu compañero no parece que vaya a esperarte».

—Sí… —Nahia hizo el gesto de ir hacia el carro, pero dudó.

¿Era una treta? ¿La atacaría? La criatura sonaba sincera e inteligente, pero eso no aseguraba que no fuera a atacar. No se decidía y el carro se alejaba aún más. Miró a la bestia y al ver lo grande y poderosa que era, todavía dudó más.

«Tranquila. Puedes ir, no tengo intención de hacerte daño».

—¿Aunque seamos enemigos?

«Como lo desconocías, te doy el beneficio de este primer encuentro. Vete, nada te haré».

Nahia asintió y corrió por el camino de plata. No miró atrás, ya que no quería ver cómo le caía encima y la mataba con su gran pico dorado. Aceleró todavía más el paso, con cuidado de no salirse del camino, y alcanzó el carro tras un momento. Por fortuna iban siempre bastante lentos.

—Gracias por no esperar —le dijo a Burgor según se sentaba junto a él en el primer carro.

—El trabajo no espera a nadie y menos a las charlatanas.

—Yo no soy charlatana.

—¿No? ¿Acaso no estabas hablando con el grypho tigre?

—Bueno, un momento solo. Me ha hablado él a mí.

—No hables con los prisioneros. Te lo dije la otra vez y te lo repito ahora. Son muy peligrosos y te matarán. No es que me importe, pero lo harán y será más trabajo para mí —dijo de mal humor.

—Se agradece el cariño que sientes por mí.

—No siento ningún cariño. Estás aquí para trabajar. Hazlo bien.

Nahia sacudió la cabeza. El Tergnomus no entendía el sarcasmo. Tampoco le extrañó. A ellos solo les importaba hacer bien su trabajo.

Se quedó pensando en el extraño encuentro, lo increíble de aquella criatura y la anterior, y en que eran enemigos de los dragones. De Kraido no eran, así que debían ser de otro mundo. Se preguntó de cuál podrían ser.

—¿De qué mundo son esos gryphos?

Burgor la miró.

—No lo sé, de alguno lejano. Son listos, así que ten cuidado. Te engañarán y te comerán.

—Vaya, gracias por la advertencia.

—Para que luego te quejes de mí.

Nahia resopló. Con Burgor no se podía hablar, era demasiado cabezota o, como dirían sus dos compañeras de escuadra, cabeza de piedra.

Detuvo el convoy de carros al final de la gran cueva, antes de una curva que parecía dar a otra gran caverna.

—Ahora con mucho cuidado y muy rápido —dijo Burgor con un tono que era de miedo.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay en esa cueva?

Burgor resopló. Estaba nervioso.

—Un grypho león. Un rey.

Nahia echó la cabeza hacia atrás.

—¿Un rey… entre los gryphos quieres decir?

—Sí, muy peligroso.

Nahia miró la cueva, pero no vio nada.

—Entendido. Cuando digas, estoy preparada.

—Volcamos todo un carro y salimos como un rayo de aquí —dijo Burgor.

—De acuerdo.

—¡Vamos! —dio la orden Burgor y bajó del carro como una exhalación.

La cojera desapareció consumida por el miedo que sentía. Nahia lo siguió a toda velocidad. Maniobraron el carro que querían volcar concentrados en las palancas y las poleas.

Nahia no quitaba un ojo de la caverna mientras trabajaba. Consiguieron colocar el carro en posición y lo volcaron. Toda la carga cayó hacia la cueva. De inmediato accionaron las palancas y poleas para levantar el volquete y luego movieron a las bestias para volver a colocar el carro en su posición en el convoy.

En ese momento salió el grypho león. Nahia se quedó helada. Era la criatura más majestuosa que había visto nunca, tan grande como un dragón milenario. Tenía cabeza de águila real blanca, un pico letal dorado y enormes alas a los costados de un cuerpo de león, cola incluida. Emanaba fuerza y poder. Los ojos de águila se clavaron en ella. Abrió las alas y mostró todo su poderío.

Luego emitió un chillido.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Burgor.

Nahia reaccionó y corrió al carro tras el Tergnomus. Se subieron y Burgor azuzó a las bestias. Abandonaron el lugar tan rápido como pudieron. Nahia echó una última mirada atrás y vio que el gran grypho tenía una cadena de plata atada a una de sus patas. Debía ser muy peligroso si los dragones le habían puesto medidas añadidas de seguridad. Eso la intrigó.

Un chillido del grypho león llenó la cueva y Nahia agradeció haber salido de allí con vida.

Capítulo 14

A la mañana siguiente comenzó el tormento que iba a durar toda la estación. Solo Taika y Aiden consiguieron levantarse para ir a desayunar, el resto continuaron durmiendo incapaces de abrir los ojos después de la primera noche de castigo. Habían llegado poco antes del amanecer y ahora no podían levantarse.

—¡Arriba todos! —intentó despertar Aiden.

—No sé si van a poder… —comentó Taika, que observaba a Ivo dormir muy profundamente.

Nahia abrió un ojo y vio que Dafne y Lily no se levantaban. Intentó abrir el otro, pero no pudo. Cerró el que tenía abierto y sin poder evitarlo, continuó durmiendo.

—¡Tenemos que ir al comedor y a formación! —gritó Aiden, que no se rendía en su intento de levantarlos a todos.

—No grites… no estamos sordos, cabeza de granito… ha sido una noche larga… —reprochó Dafne sin abrir los ojos.

—¡Nos va a caer otro castigo o algo peor si no os levantáis!

—Vete tú… tráenos comida… —masculló Ivo y le indicó la puerta con su dedo índice.

—Si Ivo no se levanta para ir al comedor es que están cansados de verdad —dijo Taika a Aiden.

—Pues yo no pienso traerles comida. Es su obligación levantarse e ir al comedor.

—Vamos a dejarles dormir un poco más. Dormir es fundamental para recuperarse del cansancio, además de ser necesario para que la mente funcione bien.

—Debemos estar a la altura de la situación, por complicada que esta sea.

—Y lo estaremos. Tú y yo iremos al comedor y les traeremos comida. Somos un equipo, no dejaremos que la escuadra fracase.

Aiden se quedó mirando a Taika. Las palabras del tigre banco parecían haberle hecho efecto.

—Está bien, por la escuadra. No podemos dejar que la escuadra fracase.

—Eso es. Solventaremos esta complicación todos juntos, ayudándonos.

Aiden asintió.

—De acuerdo. No quiero que la escuadra sufra ningún deshonor —Aiden se volvió y salió por la puerta.

Ivo se movió en su camastro.

—Eres un lince —dijo a Taika con media sonrisa en el rostro y sin abrir los ojos.

—Tigre, pero acepto el cumplido gustoso —sonrió este y se fue tras el Drakónido.

Un rato más tarde todos comían en la habitación.

—Esto no está bien. Quiero mostrar mi protesta ante vuestra actitud —dijo Aiden cruzando los brazos sobre el pecho.

—Protesta anotada, cabeza de piedra —dijo Lily chupándose los dedos.

—Y no hay norma que diga que no podemos comer en la habitación —rebatió Dafne, que acababa de terminar su plato de guiso de pollo.

—Sí que la hay, la de un lugar para cada cosa. Se come en el comedor y se duerme en la habitación —Aiden no iba a perder aquella discusión.

—Yo podría comer y dormir en el comedor sin problema, de hecho —comentó Ivo tan tranquilo.

—Eso sí que no está permitido —Aiden negó con la cabeza.

—Lo curioso es que los Tergnomus del comedor nos dejen sacar comida —comentó Taika—. Nos han visto y han mirado para otro lado.

—Pues con el mal humor que gastan esos pequeños y feos monstruitos es de extrañar, sí —comentó Lily.

—No son tan malos —defendió Nahia mientras terminaba su ración tan rápido como podía.

—Un tanto monstruitos son, eso no se puede negar —rebatió Dafne.

—Mientras no os hayan dado el alto los dos dragones, no hay problema —dijo Ivo.

—Esos están ahí para imponer miedo, no creo que les interese lo más mínimo si sacamos o no comida del comedor —comentó Dafne.

—Están para imponer respeto y obediencia —aclaró Aiden.

—A ti te voy a dar yo respeto y obediencia —dijo Lily.

—Con un martillo en la cabeza —añadió Dafne.

Aiden hizo una mueca de desdén y les dio la espalda.

—El problema que tenemos es que esto va a durar toda la estación y es mucho tiempo —comentó Nahia—. Es más que posible que no nos dejen sacar la comida del comedor durante tanto tiempo.

—¿Si nos saltamos el desayuno podremos aguantar? —preguntó Lily.

—Yo seguro que no —afirmó Ivo, al que habían traído dos raciones, como era habitual en él.

—Sí que podrás, todos podemos, incluido tú, grandullón —dijo Taika.

—¿Sí? ¿Cómo podremos? —quiso saber Dafne.

Taika se explicó.

—Podemos saltarnos el desayuno. Ahora estamos teniendo dos comidas al día. Una para tomar fuerzas por la mañana y otra para reponer lo gastado por las noches. Si quitamos la comida de la mañana tendremos menos energía, sí, pero nuestro cuerpo seguirá funcionando y tirará de las reservas que tengamos hasta que llegue la noche y repongamos alimentos.

—No parece muy prometedor, pero si crees que podremos lograrlo… —dijo Nahia.

—Pero pasaremos hambre y eso desequilibra la mente. No me gusta, prefiero estar en paz con mi cuerpo y que, junto con mi mente, ambos estén en equilibrio —se quejó Ivo y frotó su gran abdomen.

—Nuestros cuerpos pueden aguantar incluso varios días sin comer siempre y cuando bebamos suficiente agua —explicó Taika—. Si no tiene comida, el cuerpo se alimenta de todo lo

que tiene acumulado en su interior. Entre mi pueblo es una práctica ancestral pasar varios días sin comer. Limpia el organismo por dentro. Elimina todas las reservas viejas e impurezas que tengamos.

—¿Varios días? —Nahia se interesó.

—¿Más de dos? —Dafne enarcó una ceja.

—Entre los míos el ritual de limpieza interna requiere de diez días de ayuno seguidos. Solo tomando agua —explicó Taika.

—Eso es una locura. Yo me muero seguro. Mi cuerpo no puede pasar tanto tiempo sin alimento —dijo Ivo moviendo la cabeza de lado a lado.

—Yo también creo que me moriría —comentó Lily—. Me parece exagerado.

—Más de tres días no parece posible —dijo Dafne.

—Os aseguro que todos podéis hacerlo. Eso sí, fácil no es. Y tampoco es este el lugar adecuado para ello. Esto lo hacemos usando estados de reposo, sin apenas consumir energías.

—Ya, aquí sería imposible con todo lo que nos exigen —comentó Nahia.

—Así y todo, yo no lo veo posible, ni sano. Cuerpo y mente deben estar siempre bien alimentados —dijo Ivo.

—Taika tiene razón. Se puede hacer —afirmó Aiden, que se había dado la vuelta.

Todos lo miraron interesados en lo que tenía que decir.

—Explica, cabecita de mármol —dijo Lily.

—Los Drakónidos también usamos el ayuno, pero como técnica de preparación para los momentos difíciles en la guerra. Los jóvenes pasamos doce días sin comer, solo bebiendo agua. Esto nos permite entrenar a nuestro cuerpo a sobrevivir cuando no hay comida con la que alimentarse. Nos hace más fuertes.

—Vaya con los dragoncitos… —dijo Lily y sacudió una mano.

—Pero no será de golpe, ¿no? —preguntó Nahia, a la que doce días le parecían una barbaridad.

—No. La primera vez comenzamos con un día, luego tres, más tarde cinco y después siete. La penúltima tanda son diez y finalmente doce días. Lo hacemos en varias sesiones dejando tiempo entre ellas. Una vez se consigue llegar a doce, se repite cada tres estaciones.

—¿Lo hacéis cada tres estaciones de forma voluntaria? Estáis locos —dijo Dafne.

—Tú nos llamas locos, pero yo puedo estar doce días sin comer y tú ni dos.

Dafne se quedó con cara de no poder rebatir eso.

—Algo de razón tiene —dijo Lily.

Taika miró por la ventana.

—Tenemos que ir a la formación.

—De acuerdo. Veamos qué nos depara el día —dijo Nahia no muy animada.

Todos salieron del barracón de tercero con sueño, pero al menos con el estómago lleno.

Nahia llegó a la formación de Hechicería con el corazón dividido. Por un lado, quería aprender nuevas habilidades y maximizar el uso y la potencia que ya había aprendido. Por otro,

no le gustaba tener que ir a aquella clase porque tenía que asistir sin sus compañeros de escuadra. Se sentía más vulnerable cuando ellos no estaban a su alrededor. Estaba tan acostumbrada a su presencia, y más en clase, que cuando no estaban era como si le faltara su familia.

Suspiró según entraba en el aula. Pensar en su familia le había hecho recordar que hacía dos años que no veía a su abuela Aoma. Se preguntó cómo estaría, si le iría todo bien. Esperaba que estuviera mejor de salud. La aldea cuidaría de ella, era un miembro muy importante de la comunidad. Y si ella estaba bien de salud cuidaría del resto de sus vecinos y aldeanos. Se animó al pensar que seguro que estaban bien.

Entró en la clase y se encontró con un dragón hembra de un color azul que se asemejaba mucho al color del cielo. Parecía haber salido del propio firmamento de verano, o ser parte de él y haber tomado forma de dragón. Sus escamas brillaban con el pequeño fulgor con que lo hacían las escamas de dragón. Las vetas que recorrían su espalda y lomo eran de color blanco, como si hubiera pasado entre las nubes a gran velocidad y le hubieran quedado escamas blancas. Por alguna razón, que aquel dragón fuera tan bonito no le terminó de convencer, seguro que resultaba ser despiadado.

Se situó frente a la dragona y se arrodilló con la frente tocando el suelo. Observó de reojo a sus compañeros de clase y comprobó que eran los mismos que el año anterior. La clase de Hechicería no había perdido a ningún miembro, cosa que la animó un poco. No se hacía ilusiones porque en cualquier momento en aquella horrible academia marcial y mágica uno podía morir.

«El talento de la Hechicería es escaso. Solo cinco elegidos a los que formar en el último curso en la academia, una lástima. Esperaba tener más alumnos este año» envió la dragona con un sentimiento de lamento.

A Nahia le extrañó, pero uno nunca debía fiarse de un dragón, esa era una regla fundamental. Y si en verdad deseaba tener más alumnos, podía pedir que mataran a menos en la Senda de los Dragones. Seguro que varios de los que no habían conseguido llegar hasta aquel momento podían haber tenido el talento, pero eso era algo que ya nunca se sabría. La rabia comenzó a encenderse en su estómago y respiró profundamente para calmarla. Estaba muy cansada del castigo en las mazmorras y la falta de sueño que lo acompañaba y no quería tener más problemas.

«Poneos en pie. Lo que debo enseñaros este año requiere de toda vuestra atención. Este es Sorginbor, mi Exarbor ayudante de Hechicería. Acércate».

Los cinco se pusieron en pie y mantuvieron la cabeza gacha. Miraron primero al Exarbor, que parecía algo más joven y rápido de movimientos que los otros, si es que eso era posible. Luego se miraron los unos a los otros de reojo con rápidas ojeadas.

«Comenzaremos con un anuncio. A partir de este momento en esta clase no utilizaréis esferas de ningún tipo que os ayuden con la magia. Un Hechicero debe ser capaz de invocar y conjurar sin ninguna ayuda mágica externa. Vuestro poder interno tiene que ser suficiente para usar vuestra magia en todo momento y situación. Esto os salvará la vida, aunque ahora no lo veáis».

A Nahia el anuncio no le terminó de convencer y eso de que les salvaría la vida tampoco. Prefería tener la ayuda del objeto mágico, era cierto que podían encontrarse en situaciones en las que no lo tuvieran a mano y cuando utilizaban un escudo muchas veces era incompatible usarlo. Aun así, a ella le gustaba la seguridad que proporcionaba, muchas veces una pequeña ayuda era valiosísima pues permitía que la habilidad que se quería invocar lo hiciera.

«Lo primero que vais a aprender este curso os proporcionará una ventaja en combate que

muy pocos tienen, desde luego el resto de los talentos no la tendrán, así que os pone por delante. Se trata de Habilidades Instantáneas. Podréis utilizar ataques cuya velocidad de invocación es tan rápida que se considera que son casi instantáneos. Pensaréis el ataque y se dará un instante después, mucho más rápido que cualquier habilidad que hayáis aprendido hasta ahora. Esos otros ataques requieren de un proceso cuyo tiempo de invocación puede reducirse bastante, como habéis estado practicando, pero por mucho que mejoréis no podrá nunca ser instantáneo».

Nahia se interesó mucho por aquella disciplina. Cuando tenía que usar cualquiera de sus habilidades elementales de fuego como Aliento, Bola, Garras o Fauces siempre requería de un tiempo para invocarlos. En combate, le parecía que tardaba una eternidad en crear y lanzar el ataque. Sabía que no era muy lenta, sobre todo después de la cantidad de tiempo que había pasado entrenado, pero a ella se lo parecía. Poder usar un ataque de forma casi instantánea le pareció impresionante.

«Comenzaremos de inmediato. Tenéis mucho que aprender y el año es corto. Veo que tenemos una Nacida de la Llama con nosotros. Eso me complace. Me servirá para mostraros lo que debéis aprender de forma más rápida y eficiente. Da un paso al frente, humana».

Nahia obedeció, aunque no le hacía ninguna gracia que los maestros supieran lo que era y la obligaran a ser su mascota de aprendizaje. Inhaló hasta llenar los pulmones y exhaló todo el aire hacia el suelo intentando calmarse y que la frustración no se apoderara de ella.

«Comenzaremos con una habilidad muy sencilla. No es poderosa, pero sí muy útil. Nos servirá como base sobre la que construir el resto de las habilidades. Quiero que me muestres la palma de tu mano hábil extendida hacia delante, sobre la que sueles crear tu Bola Elemental».

Nahia mostró la palma de su mano derecha, como le pedía la dragona. De forma inconsciente miró hacia su mano izquierda, donde debería estar su esfera de ayuda.

«Quiero que mires tu palma por un momento. Memorízala en tu mente. Luego cierra los ojos, concéntrate y visualízala en tu mente».

Aquello no tenía dificultad y Nahia lo hizo al momento.

«Ahora crea una llama en el centro de tu palma, ya que tu elemento es el fuego. Debe salir de tu propia palma, no la crees sobre ella».

Aquello se complicaba. ¿Cómo que saliera de su mano? ¿Cómo iba a salir una llama de su mano? Se iba a quemar.

«Que la llama salga directa de tu mano hacia el exterior. Concéntrate y hazlo».

Aquella orden no parecía clara, pero no podía hacer otra cosa que obedecer, así que lo intentó. Visualizó en su mente una pequeña llama saliendo directa de la palma de su mano, hacia arriba, como la de una vela. No consiguió crearla, aunque ya intuía que iba a pasar. Continuó intentándolo.

«Aleja el miedo de quemarte de tu mente. No te vas a quemar. Expulsa la llama hacia arriba. Es tu propia magia elemental y no te dañará, puedes hacerlo».

Eso era fácil de decir. ¿Le estaba engañando o de verdad no se iba a quemar? No lo sabría hasta lograrlo, así que se focalizó en la llama saliendo de su palma. Se produjo un destello alrededor de su mano y la llama se formó.

«Abre los ojos y observa tu creación».

Al abrirlos Nahia se quedó de piedra. En medio de la palma de su mano había una llama que

ardía erguida. Salía de su mano, pero ella no sentía dolor, no la quemaba. Era como si consumiera el aire y quemara solo hacia arriba. Le pareció algo increíble.

«Ahora envía algo más de energía a la llama».

Nahia así lo hizo y la llama creció en altura y anchura. Emitía un calor intenso y también bastante luz. Con aquella habilidad podía, no solo crear fuego, sino calentarse e iluminar lugares oscuros. Le pareció de lo más útil.

«Ahora apágala con tu mente. No podrás hacerlo de otra forma. Solo la mente o magia elemental de agua podrá, pues no es una llama de fuego natural, sino de fuego de magia elemental».

La explicación tenía todo el sentido del mundo. Seguro que Lily podía apagarla con su magia de agua, pero ella no tenía aquel poder elemental, solo de fuego. Añadir más fuego no era forma de apagarla. Se concentró y la apagó imaginando que la llama se extinguía. Abrió los ojos y ya no estaba sobre su mano. Le pareció un pequeño logro.

«Muy bien. Ahora todos repetiréis el ejercicio. Cada uno creará una llama de su elemento afín. Quiero ver una fuente de agua, un relámpago de aire, un cúmulo de tierra y una llama de luz. ¡Adelante!».

Todos extendieron la palma de su mano y cerraron los ojos. Les llevó un momento, pero lo fueron consiguiendo. Nahia se quedó muy sorprendida por la forma que tomaban. La de agua era en realidad una pequeña fuente. El agua subía y bajaba en la palma de la mano y caía al suelo. ¿Sería bebible? De serlo sería estupendo. La de relámpago era algo impresionante. Subía y bajaba zigzagueando y crackeando. Daba respeto, pues parecía estar preparándose para saltar al primero que se acercara. También emitía una luz azul blanquecina. La de luz era muy parecida a la suya de fuego, solo que mucho más brillante. Emitía una luz blanca potente que podía iluminar toda una habitación grande. Cuando le envió más energía brilló con mucha intensidad y los deslumbró a todos.

«Lo que debéis lograr ahora es que esa llama se cree de forma instantánea, solo con pensarlo. Ese es el objetivo. Debe aparecer al instante en vuestra mano, como una reacción inmediata al pensamiento que habéis tenido. Esto os llevara un tiempo conseguirlo, pero estoy segura de que lo lograréis. Sorginbor os ayudará con cualquier consulta que tengáis. Comenzad».

El Exarbor sacó un gran tomo que llevaba a la espalda y lo abrió. Se lo mostró.

—Si necesitáis… consultar la teoría… acercaos —dijo.

Nahia decidió intentarlo sin la ayuda del tomo de hechicería. Ya había conseguido crear la llama, ahora solo necesitaba hacerlo de forma mucho más rápida. Se centró en conseguirlo. Una cosa que no pensaba que sucedería comenzó a darse según la clase iba avanzando y ella llevaba más intentos a las espaldas: la llama se creaba cada vez más rápido. Esto la sorprendió porque era precisamente lo que buscaba y rara vez pasaba lo que ella deseaba en las clases.

Continuó intentándolo y para cuando finalizó la clase casi lo tenía. Había llegado a un punto en que estaba muy cerca de ser instantáneo, pero aún no lo era. Observó a sus compañeros y, aunque no lo hacían mal, ninguno lo hacía tan rápido como ella, al menos de momento. Se marchó de la clase contenta, por una vez. Su aptitud mágica era muy buena. ¿Estaba mejorando su magia sin ella darse cuenta? Aquel pequeño ejercicio apuntaba a que así podía ser. Tendría que prestar mucha atención a su poder en las clases de magia y hechicería para ver si estaba creciendo.

Capítulo 15

Unos días más tarde Nahia entró en la biblioteca y se dirigió al tercer piso, donde les tocaba estudiar aquel año. Según subía por las escaleras iba mirando a todos lados. Últimamente tenía la sensación de que los Exarbor bibliotecarios la observaban, y era de lo más incómodo. Seguramente era solo su imaginación, pero así lo sentía. Cuando miraba a los Exarbor todos parecían ocupados: unos sacando libros de las estanterías, otros entregándolos a los alumnos y otros amonestando a quien hiciera el más mínimo ruido, siempre con su habitual parsimonia.

Llegó a la tercera planta y comenzó a cruzarla con la cabeza baja y la mirada hacia el frente. Cuando estaba a medio recorrido vio lo que esperaba encontrar allí y su corazón dio un brinco enorme de alegría. Sentados en la última mesa al fondo estaban Ana y Logan. La ilusión que sentía por verlos propulsó su cuerpo. Se dirigió hacia ellos con demasiado ímpetu y velocidad. Estuvo a punto de chocar con un Exarbor.

—Cuidado… alumna… No se puede correr...

—No corría, andaba rápido —Nahia se detuvo y se volvió hacia el bibliotecario de tercero con la esperanza de no ser amonestada.

—Correr está… prohibido. Andar rápido… está prohibido también —dijo y la señaló con su dedo en forma de rama con hojas.

Nahia ya lo esperaba, eran de lo más exasperantes aquellos Exarbor.

—Lo siento. Andaré más despacio.

—Sí, eso harás… o castigo tendrás…

Nahia se sorprendió. ¿Había rimado aquel Exarbor? De ser así debía ser un bibliotecario poeta. No, eso era descabellado.

—Hay tanto que estudiar y tan poco tiempo… —respondió Nahia disimulando.

—El tiempo de estudio siempre es escaso… por ello uno debe esforzarse o llega el fracaso.

Definitivamente aquel Exarbor hablaba en rima. Nahia no supo qué pensar.

—Gracias, lo recordaré.

—Bien harás en recordar… si quieres perdurar.

Nahia pestañeó dos veces con fuerza. Aquel ser era de lo más pintoresco.

—Sí, claro. Bueno. Voy a estudiar —se despidió y fue a la mesa de Ana y Logan al fondo de la planta.

—¿Problemas? —preguntó Logan cuando llegó y se sentó con ellos.

—No es nada. He venido un poco rápido y, ya sabéis…

—Sí, no les gusta que los talones de las botas se despeguen del suelo —le dijo Ana y miró al Exarbor, que caminaba muy despacio hacia una librería.

—¡Qué alegría veros! —dijo Nahia sin poder contenerse.

Estuvo a punto de darles un abrazo a ambos, pero ya tenía la mirada del Exarbor poeta encima. Se había detenido y girado y la observaba. Rápidos no eran, pero tenían excelente oído. Sonrió al Exarbor, que llevó su dedo a sus labios de corteza. Nahia asintió y miró de vuelta a sus amigos.

—La alegría es nuestra —dijo Ana sonriendo y puso la mano sobre la suya con cariño.

—Una gran alegría —añadió Logan. Sonrió y la agarró del brazo un segundo, cosa poca habitual en él, que siempre se mantenía serio y distante.

Aquel pequeño gesto le llegó a Nahia al corazón. Logan nunca mostraba sus sentimientos. Le hizo sentirse muy bien y una alegría inexplicable le subió del estómago hasta el rostro.

—Juntos de nuevo —dijo Nahia y sonrió llena de felicidad por verlos sanos y salvos y estar con ellos. Aquellos momentos que pasaban juntos la llenaban de alegría y esperanza.

—Y que no cambie nunca —dijo Ana sonriendo de forma tímida.

Nahia los miró a los dos y los encontró cambiados. Parecían más maduros, como si desde la última vez que los había visto de cerca hubiera pasado muchísimo tiempo. No era del todo incorrecto. Tiempo había pasado, sí, era la primera vez que se veían desde antes de la prueba final de segundo año, pero no era tanto. Se preguntó si eso mismo estaban pensando ellos. Ana ya parecía una mujer y no la niña asustada que había conocido cuando llegaron. Logan estaba más guapo y varonil, irresistible. No podía dejar de mirarlo, era superior a ella.

—Os veo bien… —fue cuanto dijo un poco confundida por todos aquellos pensamientos y sentimientos que circulaban por su mente y por su cuerpo.

—Tú también tienes buen aspecto —respondió Logan con su mirada intensa.

—Mientes muy mal —sonrió Nahia—. Tengo unas ojeras terribles de no dormir y mi rostro es de puro cansancio.

—Estás bien, dadas las circunstancias —dijo Ana con tono dulce—. Ya nos hemos enterado de los castigos a todo tu escuadrón.

—Si haces lo correcto te castigan —Nahia se encogió de hombros.

—Ten cuidado de que alguno de esos castigos no te conduzca a la muerte —advirtió Logan muy serio.

Nahia suspiró.

—Lo intento, de verdad.

—Debes tener más cuidado, eres demasiado impulsiva. No queremos perderte. Sería… terrible… —los ojos de Ana se humedecieron mientras aguantaba las lágrimas.

—Ana tiene razón. Si no controlas ese fuego tuyo terminarán matándote —advirtió Logan y sus ojos claros se tiñeron de preocupación y algo que Nahia no supo interpretar.

—¿Te refieres a mi fuego por ser una Nacida de la Llama? —bromeó ella para restarle tensión al momento.

—A ese también, pero me refiero a tu carácter —Logan le señaló el corazón con el dedo índice.

Nahia tuvo que darles la razón. La tenían, no iba a negarlo.

—Tendré más cuidado, os lo prometo.

Ana le volvió a acariciar la mano y Logan la miró con una chispa de alegría en sus ojos, si bien la preocupación persistía en el fondo. Estaba realmente preocupado por ella. Nahia no pudo evitar sentir que aquellos ojos claros, su preocupación por ella y la chispa de alegría eran irresistibles. Lo miraba y no podía evitar que su mirada cargada de sentimientos profundos, su rostro apuesto, aquel carácter reservado y honesto, le robaran el corazón sin ella poder hacer nada para evitarlo. Tuvo que mirar hacia otro lado porque sentía que el estómago le levitaba. Aparte de que al mirarle los labios sentía la necesidad de acercar los suyos a los de él y besarle.

—Cuéntanos, ¿cómo os fue en Norghana? —preguntó Ana.

Nahia salió de su ensoñación y volvió a la realidad.

—Oh, sí, Norghana. No vais a creeros lo que vivimos allí. ¡Y lo que hemos descubierto! —dijo muy animada.

—¿Tan bueno? —preguntó Logan y enarcó una ceja.

—Mejor que bueno —aseguró Nahia.

—Cuéntanoslo todo entonces —pidió Ana con grandes ojos llenos de interés.

Nahia miró alrededor antes de comenzar. Había varios estudiantes de tercero con tomos de magia mental en las mesas cercanas, pero estaban inmersos en el estudio y no les prestaban atención. El Exarbor poeta ya estaba lo suficientemente lejos y no los oiría. Aun así, Nahia bajó el tono de voz para que solo Ana y Logan pudieran oírla. Los dos acercaron la cabeza a la de Nahia para poder escuchar lo que decía. Con tranquilidad, les narró todo lo que les había sucedido en su aventura en Tremia. Intentó no dejarse ningún detalle importante. Les habló de Lasgol, de Camu, de los Guardabosques, de su relación con Egil, que seguía preso en las mazmorras, y de todo cuanto pasó por su cabeza que pudiera ser importante.

Hizo una pausa para respirar, ya que estaba hablando muy rápido. Tenía muchas cosas que contar y poco tiempo. Volvió a mirar alrededor antes de contarles el tema más importante. No vio peligro y comenzó. Les habló del arco dorado de Lasgol y de la promesa que le había hecho. Y les reveló su gran descubrimiento: el enorme dragón que Lasgol había matado como prueba de sus afirmaciones y la promesa hecha. Cuando terminó de contarlo se reclinó en la silla y esperó a las reacciones de sus amigos.

—Es… increíble… —Logan tenía las dos cejas enarcadas y los ojos muy abiertos.

—No puede ser… —Ana no terminaba de creerlo.

Nahia asintió varias veces.

—Sí puede y lo es. Yo soy testigo.

—Entonces… esto confirma lo que Egil te contó sobre las armas doradas que sus compañeros tenían. Era todo verdad —Logan estaba recordando todo lo que habían hablado antes de separarse la última vez.

—Sí, todo lo que Egil me contó es cierto.

—Por lo tanto es de confianza, digno de su palabra. No estaba segura de que fuera a ser así… —confesó Ana.

—Totalmente digno y honorable hasta la médula. Y no solo eso, es un aliado. Sus amigos están luchando contra los dragones. Son muy buenos luchadores, los queremos a nuestro lado.

—Sí que son buenos si el tal Lasgol y sus compañeros mataron a un dragón. Entonces, ¿tiene un arco con magia capaz de abatir dragones? —Logan lo preguntó como queriendo asegurarse de

que lo había entendido bien y también con algo de incredulidad.

—Sé que, para nosotros, en este mundo, parece algo imposible, pero así es. Ese arco tiene magia dorada. Y ahora os puedo confirmar lo que Egil me contó. La magia dorada puede matar a los dragones —explicó Nahia.

—Pero con un arco… un arma que aquí se deprecia… —Ana no terminaba de poder creérselo.

—Te puedo asegurar que si hubieras visto combatir a los Guardabosques con sus arcos contra los dragones no los ibas a despreciar lo más mínimo.

—Quizá los dragones no desprecien los arcos, sino que no les gusten… —aventuró Logan.

—Eso te puedo asegurar que es así después de lo que los tiradores Norghanos les hicieron.

—Entonces, ¿estás del todo convencida de que se puede matar a un dragón? ¿Estás segura de que no es solo un sueño? —preguntó Ana.

—Convencida. Tenemos la prueba y no solo lo he visto yo, lo ha visto todo mi escuadrón. La prueba es irrefutable. Nuestro líder de escuadrón nos ha prohibido hablar de ello bajo pena de muerte —Nahia volvió a mirar en todas las direcciones. Si la oían los Exarbor estaba muerta.

—Si Irakas-Gorri-Gaizt no quiere que se sepa, entonces es real —asintió Logan—. Si el dragón hubiera muerto por otras causas no lo ocultaría.

—Estaba cosido a flechas en ojos y boca. Lo mataron Lasgol y los suyos y utilizaron arcos, entre ellos el de magia dorada.

—Entonces hay esperanza —dijo Logan y cerró un puño con fuerza.

—Hay una oportunidad —Ana puso sus dos manos sobre la mesa.

—Ahora tenemos pruebas de que las armas doradas existen y pueden matar dragones. Tenemos que divulgar el mensaje de esperanza a todos. Tenemos que hacerles ver que pueden luchar por la causa de la libertad —dijo Nahia llena de pasión.

—Sí, pero debemos tener cuidado. No podemos dejarnos llevar por las buenas noticias y cometer un error. Tenemos que hacerlo con mucha cautela, sin que los dragones y los que no comparten la causa se den cuenta —advirtió Ana, que miraba alrededor para asegurarse de que nadie los oía.

—Ana tiene razón. Las noticias son fabulosas, pero no podemos precipitarnos. Hay que ser muy cuidadosos —Logan se puso muy serio y miró a Nahia a los ojos con preocupación latente.

—Yo puedo convencer a los de mi escuadrón. Ellos vieron el dragón muerto. Puedo explicarles quién lo mató y cómo. Creo que me escucharán, exceptuando al Drakónido —ofreció Nahia.

—No, no puedes arriesgarte a hablar de forma abierta sobre la causa —dijo Logan y su voz se quebró. Nahia se preguntó si era por la preocupación o por algo más.

—Logan tiene razón. Debemos pasar el mensaje nosotros, tú no debes exponerte.

—Pero si no lo transmito yo, que sé la verdad y he sido testigo, no tendrá la misma fuerza. No me entendáis mal, vosotros habéis estado haciendo un trabajo excepcional hablando con otros alumnos, pero esto debo contarlo yo. Deben saberlo por mí. Así no habrá duda, porque yo soy la prueba que necesitan para creer.

Logan y Ana se miraron y lo pensaron un momento.

—Podemos hacerlo aquí —sugirió Logan.

—¿Propones que me reúna aquí con otros como ahora con vosotros? —preguntó Nahia.

Logan asintió.

—No es del todo seguro —miró a uno de los Exarbor que colocaba un tomo en una estantería —, pero lo es lo suficiente. Ana y yo hemos estado hablando aquí con los que mostraban interés por la causa y nos parecían de confianza. Les hemos estado pasando el mensaje y nos ha ido bien hasta el momento.

—Podemos invitar a los que son de confianza aquí y tú puedes pasarles el mensaje en persona —elaboró la idea Ana.

—Me gusta —asintió Nahia.

—Entonces eso es lo que haremos —dijo Logan con firmeza.

Nahia suspiró.

—Sabéis que desde que estoy en la academia, y más tras la muerte de Maika, he querido que nos unamos todos para luchar contra los dragones y alcanzar la libertad. Y no solo nosotros, sino todas las razas, incluyendo las de los otros mundos. Mi sueño era que todos nos uniéramos para derrotar a los tiranos. Solo así evitaríamos que sigan matando aquí y en otros mundos como Tremia. Habéis estado transmitiendo ese mensaje en la academia, uno de esperanza para todos. Ahora tenemos pruebas. Ya no es solo un mensaje de esperanza basado en deseos, ni un sueño inalcanzable. Ahora está fundado en hechos reales, es posible. Lo es porque los dragones pueden ser derrotados aquí, abajo en tierra, y en todos los mundos subyugados. Todos deben saberlo.

—Ese será el nuevo mensaje que trasmitiremos —dijo Logan con firmeza.

—El sueño es alcanzable. El sueño se hará realidad —afirmó Ana.

—Conseguiremos la libertad, para nosotros y para todos —añadió Nahia cerrando los puños.

—El mensaje será transmitido —dijo Logan.

—Cuenta con nosotros, no te fallaremos —confirmó Ana.

—Sin vosotros no podría hacerlo, sois el alma de la causa.

—No, tú eres el alma de la causa —dijo Logan y la miró con una mirada tierna que dejó a Nahia sin defensas. Se le humedecieron los ojos.

—Te apoyaremos hasta el final —aseguró Ana.

—Los dragones caerán —dijo Nahia.

—Los dragones caerán —repitió Logan.

—Los dragones caerán —asintió Ana.

Capítulo 16

—La primera instrucción de formación de armas del año, ¡qué bien! —exclamó Lily con un tono lleno de ironía y gesto cómicos.

—¿Qué creéis que nos tocará esta vez? —preguntó Dafne arrugando la nariz.

—Sea lo que sea, nos hará más fuertes y letales. El dominio de las armas es fundamental para graduarse como Brujo de Dragón —afirmó Aiden irguiéndose según caminaba en cabeza del grupo. Era como le gustaba ir para meterles prisa y marcar el paso.

—Será duro, eso seguro —opinó Taika mirando a sus compañeras con ojos que no ocultaban su preocupación.

—Por desgracia eso me temo yo también —confesó Nahia, que ya había interpretado la mirada del tigre blanco.

—Lo mejor será que nos apresuremos en llegar a clase, ya lo descubriremos. Posponerlo solo hace que pensemos en cosas cada vez peores —opinó Dafne y resopló.

—Cierto, la mente tiende a pensar lo peor cuando en realidad no suele ser para tanto —comentó Ivo con tono y mirada transcendental.

—Para ti seguro que no, que eres una bestia y te sobra fuerza por todos lados. Pero para nosotras será peor de lo que imaginamos, eso seguro —replicó Lily.

Ivo hizo un gesto de que probablemente tenía razón.

—En cualquier caso, lo mejor será mantener la calma y buscar la serenidad y el equilibrio.

—Eso a mí se me da genial —refunfuñó Dafne negando con la cabeza.

—No te preocupes, mi querida, bella y refunfuñona compañera, ya te animo yo. Ya verás como se te serena la mente —dijo Lily y le echó la mano al hombro con una gran sonrisa en la cara.

—Animar sí que anima nuestra Lily —reconoció Nahia a Dafne.

—Por supuesto, ¡soy encantadora! —rio la aludida y le dio un abrazo a Dafne. Luego corrió a darle otro a Nahia.

—Esta Escarlatum está un poco mal de ahí arriba —dijo Aiden señalándose la cabeza.

Nahia sonrió, al igual que Taika e Ivo. Eran aquellos momentos que rompían la tensión de estar en la academia los que la unían a sus compañeros.

Llegaron al edificio de formación de armas. A Nahia le parecía que entraban en una gran fortaleza sin murallas. Tenía forma de cuadrado perfecto con una plaza descubierta en el centro. En la pared frontal del edificio principal lucían el cuchillo, la espada, la lanza y el escudo representados en plata: eran las armas que tenían que aprender a dominar. La daga y la espada ya las habían estudiado, por lo que les quedaba la lanza. Ella prefería aprender a usar el arco, sobre todo después de ver de lo que eran capaces los Guardabosques con él. Y, por supuesto, por la existencia del arco dorado de Lasgol que podía matar dragones.

Entraron y se dirigieron a las aulas de tercero.

—¿Qué aula ha dicho el Exarbor de la plaza? —preguntó Dafne.

—Piélago Verde —dijo Taika.

—Sí, ahora vamos de mares —asintió Lily y señaló el nombre del aula que tenía delante: Océano Negro.

—Tienen unas formas de nombrar las clases muy extrañas. ¿No os parece? —comentó Nahia.

—Lo que a nosotros nos parece extraño para nuestros señores tiene sentido. Simplemente no somos capaces de verlo —dijo Aiden.

—Lo que sí somos capaces de ver con mucha claridad es tu cabeza de granito —dijo Dafne.

—Que no puedas entender la lógica de nuestros señores no es problema mío —respondió Aiden.

—Que tú no veas que "nuestros señores" son unos tiranos abominables es problema de todos —dijo Dafne.

—Se te ha olvidado añadir "cabeza de granito" —dijo Lily con una mueca.

Aiden resopló y sacudió la cabeza.

—Vosotros pensad lo que queráis, que yo pensaré lo que yo desee.

—Por desgracia… —comentó Dafne.

Les llevó un momento encontrar el aula.

Nahia iba con el presentimiento de que lo iban a pasar muy mal. Según entraron vieron a otras dos escuadras y al instructor. Era un dragón macho rojo descomunal, de un tamaño tan grande que debía haber sobrepasado los novecientos años de antigüedad y tremendamente fuerte. Tenía una musculatura que parecía querer salir de debajo de sus escamas. Su torso y patas eran fortísimos, como los de Irakas-Gorri-Gaizt. El aspecto de su cabeza con varios cuernos curvos hacia atrás y una espalda por la que bajaba una cresta era de lo más intimidante. Más aun lo eran los ojos rojos como ascuas que brillaban con lo que parecía su propia fiereza interna. Sin duda, con aquel tamaño tan impresionante no debía de andar muy lejos del milenio.

«Este año, vuestro último curso en la academia, yo seré vuestro maestro de armas. Soy Beldur-Gorri-Handi. Enseño con disciplina y espero el máximo respeto de mis alumnos. Habéis tenido ocasión de luchar con daga, espada y daga y escudo. Domináis ya esas especialidades, o eso espero. El tercer año comienza con el estudio del arte de la lucha de espada con escudo, la combinación preferida por muchos Brujos de Dragón. La espada proporciona la habilidad de matar y es un arma letal con buen alcance. El escudo es la protección que todos deseáis en combate. Juntos forman una combinación muy difícil de superar y en batalla os proporcionarán una ventaja contra casi todas las combinaciones de armas. Poco hay más temible que un buen luchador con espada y escudo».

Nahia sabía que el dragón tenía razón, pero ella prefería la magia a la espada y el escudo, se le daba mejor y no la extenuaba. Al dragón se le había olvidado mencionar, a propósito, sin duda, la fuerza y energía necesarias para luchar con armas. Ambos pesaban, y no poco, y para usarlos hacía falta estar muy fuerte. Ella tenía ya algo de músculo, pero no demasiado. Con lo que le costaba manejar a la vez daga y escudo no quería ni pensar lo que le iba a suponer cambiar la daga por la espada.

Se percató de qué Dafne y Lily estaban mirándola y sus expresiones eran de intranquilidad.

Estaban pensando lo mismo que ella, seguro. El peso combinado de espada y escudo las iba a hundir, no podrían aguantar mucho luchando con ambos. Iba a ser demasiado incluso después de todo lo que se habían esforzado en mejorar su fortaleza física. En ese aspecto, la verdad era que Nahia apenas se reconocía. Comparada con lo débil y enclenque que había llegado a la academia, ahora parecía una persona totalmente diferente. Después de dos años de sufrimiento su cuerpo había mejorado mucho. Sus brazos y piernas eran casi el doble de grandes y no había grasa en ellos, era todo músculo trabajado que había desarrollado en el gimnasio y en las clases. Por desgracia, no sería suficiente, iba a necesitar más ejercicio para poder manejar aquella combinación. Como bien sabía, desarrollar músculo y aguante requería de mucho trabajo duro y sacrificio. No era algo agradable, pero no se dejó amedrentar.

«Para que el aprendizaje sea más rápido y eficaz volveremos a utilizar instructores de vuestras razas. Prestad atención absoluta a lo que los maestros os enseñen. Os recuerdo que estamos en guerra en Drameia y lo que aprendáis aquí os será de gran utilidad en la batalla. Os salvará la vida y, al mismo tiempo, ayudará a que los dragones conquistemos ese mundo».

A Nahia aquella idea le pareció una aberración. Ella no quería ayudar a los dragones a conquistar Tremia, todo lo contrario. Si había algo que no quería hacer era luchar por los dragones y mucho menos ayudarles a conquistar territorios. Sin embargo, no podría impedirlo si estaba muerta. No tenía más opción que aprender aquella disciplina de combate y evitar morir allí por no pasar la clase.

De un costado del aula aparecieron los instructores. Eran un Felidae, un Drakónido y un Tauruk. Traían escudos y espadas para la clase. Los tres se inclinaron ante el gran dragón con mucho respeto y luego miraron a las tres escuadras. El Tauruk se situó frente a ellos.

«Esta clase de instrucción de armas será algo más dura de lo que lo fueron las anteriores. Es imperativo que todos os esforcéis al máximo en la instrucción porque de lo contrario tendré que dejaros atrás. Y ya sabéis cuál es la consecuencia de no pasar la clase, así que mejor hacéis como os digo».

La amenaza y saber que la clase iba a ser todavía más dura hizo que Nahia se estremeciera. Ya no estaba tan segura de poder superarla. Los dragones no advertían en vano. Miró a sus compañeras con expresión de preocupación, la misma con la que ellas le devolvieron la mirada. Las tres sabían que iban a sufrir mucho y, además, no podían fallar.

«Para incentivaros todavía un poco más este año cambiaremos el lugar de la formación. No será en esta aula ni en este edificio, os formaréis en la arena».

El anuncio los dejó no solo perplejos sino todavía más intranquilos de lo que ya estaban, sobre todo a Nahia, Lily y Dafne, a las que los problemas se les acumulaban. Aquello no lo esperaban, para nada. La arena era un lugar de competición que les traía muy malos recuerdos. La clase se empezaba a complicar demasiado.

«Por supuesto al entrenar en la arena lo haréis en formato de combates de eliminación o duelos, como los llamamos nosotros. Será toda una experiencia que os ayudará a progresar muy rápido. Para ser un maestro con las armas se requiere de sangre, sudor y esfuerzo. Sé que todos estáis dispuestos a ese sacrificio, no se espera menos de vosotros. Seguid a vuestros maestros de armas para comenzar con la instrucción».

El Tauruk se dirigió a ellos con voz profunda y potente.

—Soy Urus. Recoged vuestro equipo, Escuadra Ígnea.

Nahia lo miró de arriba a abajo. El poderoso Tauruk tenía una musculatura más labrada que la de Ivo y llevaba un escudo a la espalda y una espada a la cintura. Era la viva imagen de un guerrero bestial. Con aquellos poderosos brazos y los anchos y musculados hombros podría partir a una persona en dos con facilidad.

Hicieron como les ordenaba. Uno por uno, fueron cogiendo su equipo y cuando estaban todos aguardaron al maestro.

—Seguidme a la arena en silencio —dijo y sin más palabras marcharon.

Durante el trayecto fueron cruzando miradas de intranquilidad hasta llegar al gran edificio circular que tan malos recuerdos les traía. Al entrar Nahia sintió una sensación de malestar que le revolvió el estómago y que se acrecentó cuando salieron del pasadizo. Salir al lugar del espectáculo y pisar la arena le sentó fatal y los malos recuerdos de su experiencia allí la asaltaron. No quería que se repitieran, pero estando allí era más que posible que algún tipo de horror o sufrimiento les aconteciera.

Urus se situó en la zona norte de la plaza circular. La escuadra le siguió.

—Formad y aguardad.

Ellos obedecieron. El enorme Tauruk los observó en silencio. Nahia se dio cuenta de que estaba esperando a que llegaran las otras escuadras. Cuando lo hicieron, se situaron al sur y al este de la plaza, Urus se dirigió a ellos.

—Esta instrucción está en vosotros superarla. Fuerza de voluntad y coraje son necesarios, encontradlos en vuestro interior.

Nahia cada vez tenía peores sensaciones sobre lo que iba a pasar allí.

—Ya sabéis utilizar la espada y el escudo por separado. Por lo tanto, la combinación de ambos os resultará natural. Rodeadme formando un círculo —indicó señalando con su dedo índice a su alrededor.

Así lo hicieron con rapidez.

—Ahora os mostraré los movimientos básicos de ataque y defensa. Los repetiréis en series de cuarenta. Debéis aprender a realizarlos como si hubierais nacido con una espada en una mano y el escudo bajo el brazo.

A Nahia aquel comentario le pareció un tanto gracioso. La diversión le duró un parpadeo pues al oír lo de las series de cuarenta se horrorizó. Tenía el escudo en la mano izquierda y la espada en la derecha y ya sentía el peso en ambos brazos. Aquello no empezaba bien.

—Observad mis movimientos de ataque y defensa. Luego repetidlos tal y como yo los he realizado. Debéis ser como mi sombra.

Nahia observó cómo lo hacía el enorme Tauruk. Para él mover espada y escudo era sencillo, pues tenía una fuerza enorme. Seguro que podría estar haciendo series de cuarenta repeticiones por varios días sin descansar. Les tocó a ellos y ya con la primera Nahia supo que aquello iba a ser una agonía. Nada más terminar comenzó a notar el esfuerzo en ambos brazos. No mucho, pero suficiente para poder calcular que iba a ser muy duro. Arrugó la nariz. A veces le daba mucha rabia tener razón.

Urus continuó con los movimientos y todos le siguieron. Por fortuna les enseñó una decena de ataques y defensas diferentes. Cuando cambiaba de uno a otro nuevo, podían descansar mientras el maestro de armas explicaba el siguiente movimiento. Las explicaciones eran largas y

detalladas. El Tauruk hablaba como si cada palabra que salía de su boca fuera una gran verdad del arte de la lucha, o al menos eso le parecía a Nahia, que escuchaba muy atenta. Debía ser por la profundidad de su voz y la bestial presencia que emanaba. Esa combinación era capaz de convencer a cualquiera de que lo que decía era una verdad absoluta.

Nahia consiguió terminar el primer día de instrucción. Cansada, pero había terminado, por lo que estaba muy contenta. Lily también lo logró. Dafne estuvo a punto de no conseguirlo, pero al final fue capaz gracias a su fuerza interior. Los chicos no tuvieron problemas, cosa que ya esperaba, pues los tres eran fuertes y resistentes. Acabaron el primer día con la sensación de que la cosa se pondría peor en las clases siguientes.

Por desgracia, no se equivocaron. Las siguientes sesiones de instrucción fueron cada vez más duras. Urus les explicaba lo que hacían mal y les enseñaba cómo debían hacerlo, lo que les daba un respiro que necesitaban.

Llegó el día en que la técnica era lo suficientemente buena y no hubo correcciones o descansos. Y ese día, lleno de repeticiones, fue el primero en el que Nahia, Dafne y Lily no pudieron terminar. Al acabar la clase, Urus se dirigió a ellas con expresión de descontento que no intentó disimular.

—Os aconsejo que vayáis al gimnasio y trabajéis esos músculos. De lo contrario no vais a poder superar esta clase.

Las tres eran bien conscientes de aquel hecho y sabían que tendrían que pedir ayuda a Logan una vez más. Por fortuna Nahia sabía que él las ayudaría de buena gana y ella estaría encantada de pasar tiempo con él. Sí, eso le iba a gustar mucho, aunque tocara sufrir.

Capítulo 17

Unos días más tarde, al anochecer, la Escuadra Ígnea se alimentaba en el comedor como una manada de lobos hambrientos. Tenían que ganar fuerzas antes de dirigirse a cumplir con el castigo nocturno.

—¿Cómo estáis? —preguntó Taika con su voz suave y rasposa en la que se apreciaba preocupación. Los miró a todos uno por uno.

—Ahora muchísimo mejor —dijo Ivo, que se había comido ya dos raciones completas—. Pero creo que me falta un poco más para llegar al equilibrio.

—¿Equilibrio? ¿Qué equilibrio es ese? —preguntó Lily, divertida.

—De mente y cuerpo. Mi mente está angustiada porque mi cuerpo no tiene toda la energía que necesita para funcionar con plenitud. Por ello, voy a por una ración más. Creo que con eso mi mente y mi cuerpo se equilibrarán y estaré en paz y armonía.

—Solo tú puedes elaborar semejante teoría —dijo Lily y puso cara de que no le encajaba para nada.

—Te sorprendería, hay tomos de grandes pensadores que la elaboran en profundidad. Deberías leerlos, te vendrían bien —aconsejó Ivo.

—Comer demasiado no le va nada bien a mi agraciada figura curvilínea, eso seguro —Lily negó con el dedo índice.

—El ayuno que estamos haciendo por las mañanas seguro que te está ayudando a mantenerte esplendorosa —dijo Dafne.

—Eso sí, pero me desagrada pasar hambre. Aunque prefiero ayunar a engordar, de eso no tengáis la más mínima duda.

—En ese caso para cuando acabemos el castigo estarás espectacular —dijo Nahia con una sonrisa.

—No creas, si me quedo muy delgada pierdo parte de mi atractivo irresistible. Unas curvas siempre añaden un encanto especial a una figura femenina —explicó Lily coqueta.

—¡Qué más dan las curvas y no curvas! ¡Lo que hace falta es músculo! Y cuanto más, mejor —opinó Aiden con tono de estar molesto por la conversación y flexionó su brazo derecho.

—Ya está el cabeza de granito con su ideología de Drakoniano retrogrado —se quejó Lily.

—Esta vez, razón no le falta —defendió Taika.

—¿Cómo es eso? —preguntó Dafne enarcando una ceja.

—Porque si queremos sobrevivir y vivir muchos años los músculos son lo más importante. Las curvas son atractivas, no digo que no, pero el músculo es fundamental. Sin músculo el cuerpo no sobrevive a la larga, o eso cree mi gente —explicó Taika.

—Y cree bien. Mi pueblo también cree que el cuerpo debe tener cuanto más músculo mejor —añadió Aiden.

—Nosotros no tenemos problema con eso. Nacemos con una montaña de músculo en el cuerpo, por eso tenemos que comer tanto —dijo Ivo.

—Tú comes tanto porque te encanta, no metas a tu cuerpo y a tus músculos en esto —acusó Lily.

Ivo sonrió.

—Un poco de razón no te falta.

—¿Aguantáis bien el ayuno? —preguntó Taika, que parecía querer asegurarse de que todos estaban bien.

—Sin problema —dijo Aiden.

—Yo como Lily, no me gusta pasar hambre, pero aguanto bien hasta la noche —respondió Dafne.

—Yo bien. Imaginaba que nos iban a decir que no podíamos sacar tanta comida del comedor cada día, así que como tampoco tenemos otra opción no hay otro remedio —expresó Nahia.

—Sí, era de esperar. Al tercer día nos dieron el alto los Tergnomus de cocina —explicó Taika.

—Los señores dragones no lo permiten —añadió Aiden.

—Porque son unos creti… —comenzó a decir Dafne, pero se calló al ver que Taika le hacía un gesto para que no siguiera. El tigre miró hacia la derecha y Dafne siguió su mirada. Uno de los dos dragones guardianes del comedor los miraba.

Por un largo momento todos callaron hasta que la mirada del dragón se desvió a otra mesa.

—¿Qué tal lleváis el castigo? —preguntó Nahia.

—Bastante bien si no fuera por los asquerosos Serpetuss —se quejó Lily—. No puedo con ellos, qué asco me dan…

—Quitando eso, bien —intervino Ivo—. Ya hemos puesto al día a Egil. Está muy contento con lo que está sucediendo en Tremia. Bueno, de cómo se están defendiendo los suyos de los dragones. Se enorgullece de la fiera resistencia que los Guardabosques, los Magos de Hielo y todo Norghana está presentando a la invasión.

—Es para estar muy orgulloso, sí —asintió Nahia—. Nosotros tendríamos que luchar como ellos, con más fiereza todavía —dijo y comenzó a encenderse.

La llama prendió en su estómago y sintió su calor subirle hasta la cara.

—Tranquila… que veo que se te encienden los ojos —dijo Taika y volvió a mirar de reojo al guardia.

—¿Se me nota en los ojos?

—Sí, se te ponen de color ámbar cuando empiezas a alterarte —explicó Lily.

—Y cuando te da uno de tus ataques más todavía, brillan como si ardieran hacia fuera —añadió Dafne.

—Vaya, no lo sabía…

—Normal, no puedes verte a ti misma —dijo Lily con una risita.

—¿Es solo los ojos o algo más? ¿Me pongo colorada?

—Al contrario, te pones pálida como la nieve. No se te nota por ese lado —dijo Dafne.

—Qué curioso… —Nahia no sabía qué pensar de aquello.

—Lo es, pero nos viene bien para saber lo que te pasa —dijo Taika—. Te podemos ayudar.

—Sí, eso es cierto…

—En cambio al cabeza de roca no se le nota cuando le va a dar uno de los suyos. Lo cual no me extraña porque todo lo tiene que hacer lo más difícil posible para los demás —afirmó Dafne.

—Así es él… —añadió Lily.

—No seáis así de malas. Dejad a Aiden tranquilo —dijo Ivo.

—No necesito que nadie me defienda, puedo hacerlo yo solo —replicó este molesto.

Ivo se encogió de hombros.

—Como quieras.

Nahia decidió cambiar de tema para cortar la discusión.

—Preguntad a Egil si tiene idea de dónde pudo esconder su amiga Ingrid las armas doradas. Lasgol y los suyos no las han encontrado y es muy importante hacerlo. Quizá haya suerte y a Egil se le ocurra dónde pueden estar —pidió a Lily e Ivo.

—De acuerdo, le preguntamos —asintió Lily.

—Dafne, intenta obtener toda la información que puedas de los prisioneros en tu área.

—Lo intentaré, aunque los hay con tendencias asesinas —asintió ella.

—Me imagino. Haz lo que puedas, pero no arriesgues demasiado. Si consigues algo de información quizá nos pueda ser útil. Si hay algún otro prisionero como Egil podría venirnos muy bien —dijo Nahia pensando en posibles oportunidades de las que aprovecharse.

—El enemigo de mi enemigo es sin duda mi amigo —comentó Taika.

—Eso es lo que estoy pensando. Puede que podamos forjar amistades que nos ayuden en la lucha por la libertad —la última parte la dijo en voz muy baja.

Taika asintió.

—Es buena idea.

—Si no os importa, no habléis de la causa o de ir contra nuestros señores en mi presencia. Prefiero no saber nada de esto, no quiero estar involucrado. Mantenedme al margen por completo —dijo Aiden.

—Por desgracia a nosotros no nos queda más remedio que aguantar tu presencia en todo momento, así que te fastidias y aguantas la nuestra muy calladito —dijo Dafne.

—Y ya sabes lo que te pasará si hablas —dijo Lily y se pasó el pulgar por el cuello.

—No os tengo ningún miedo, ni a vosotros dos ni a ninguno —dijo Aiden levantado la barbilla.

—Quizá sea así, pero seguro que no quieres enfrentarte a los cinco —amenazó Dafne.

Aiden hizo un gesto de no querer continuar con la conversación.

—Aiden no nos va a traicionar —dijo Nahia mirando al Drakónido, más con la esperanza de que así fuera que con certeza.

—Terminemos de cenar, nos esperan las mazmorras —cambió él de tema, ya que no quería

oír nada más de aquello.

Nahia se quedó pensativa. Por desgracia, no habían podido mantener al margen a Aiden. Estaba siempre con ellos, día y noche. Lo habían intentado, pero poco a poco se había ido enterando. Habían tratado de mantener el secreto y hablar únicamente de los temas comprometidos cuando el Drakónido no estaba, pero no habían podido, se les escapaban comentarios o Aiden regresaba de pronto en medio de una conversación y oía cosas. Otras veces se les escapaban exabruptos de pura frustración y odio hacia los dragones. El Drakónido sabía ahora no solo cómo pensaban, sino de sus esfuerzos y de su objetivo de conseguir la libertad y representaba un riesgo con el que tenían que vivir. Nahia esperaba que no los traicionara, pero ni ella ni ninguno del grupo iba a poner la mano en el fuego por Aiden, solo podían esperar y ver qué sucedía.

Un rato más tarde, Lily e Ivo limpiaban el suelo de roca oscura al inicio del pasillo donde estaba la celda de Egil. Aguardaban a que un par de Tergnomus que hacían reparto de comida finalizaran su tarea allí y continuaran a otra sección. De momento no habían tenido demasiados problemas con los Tergnomus. Mientras hicieran una buena labor de limpieza todo parecía ir bien. Se esforzaban mucho por lograrlo, precisamente para no tener conflictos. El plan era que ellos dos se encargaran de la sección donde tenían a Egil y hablar con él mientras Taika y Aiden limpiaban otras secciones y estaban atentos por si en algún momento necesitaban apoyo.

Los dos Tergnomus terminaron de dar la comida al último prisionero del pasillo y se marcharon. Lily e Ivo intercambiaron una mirada y se dispusieron a acercarse a la celda de Egil. Todo parecía en orden, no deberían tener problemas. En ese momento, un Serpetuss apareció a sus espaldas. Lily lo vio de chiripa y se armó con su fregona dispuesta a atizar a la criatura si se le acercaba demasiado.

—Quieta… No le des con la fregona… O tendremos un problema gordo… —susurró Ivo con tono tranquilizador mientras se quedaba muy quieto.

Lily estaba sacudiéndose un escalofrío de encima y sujetaba la escoba con ambas manos, cuyos nudillos estaban blancos. Sabía que no tenía que moverse en presencia de uno de aquellos vigilantes, pero le resultaba muy difícil mantener la compostura.

—Como se me acerque le doy.

Ivo abrió mucho los ojos. El problema era que los Serpetuss se acercaban a oler a todos en el pasillo. Aquel no era diferente. Fue hasta Ivo y elevándose hasta la altura de la cara del Tauruk lo olió con su lengua bífida. Ivo no se movió, dejó que la criatura lo examinara y se mantuvo tranquilo. Ambos tenían la pulsera así que, si no hacían nada raro, la criatura los dejaría tranquilos. El Serpetuss pareció conformarse y se giró hacia Lily.

—No vengas… —masculló ella entre dientes haciendo un esfuerzo enorme por no retrasarse y mantenerse quieta en el sitio.

La criatura serpenteó hasta situarse frente a la Escarlatum, que tenía el palo de la escoba al frente, paralelo a su cuerpo, como si estuviera escondiéndose detrás de él. La criatura se irguió sobre su cuerpo hasta que su cabeza estuvo al mismo nivel que la de Lily. La olisqueó con su lengua.

—Quieta… tranquila… —dijo Ivo, que veía que su compañera estaba a punto de perder la calma y hacer algo que iban a lamentar.

Lily estaba apretando la fregona con tal fuerza que parecía que iba a hacerla astillas. Tenía

los músculos de la cara tan estrujados que daba la sensación de que los pequeños cuernos que tenía en la cabeza iban a salir despedidos. Ivo pensó que la Escarlatum no iba a conseguir controlarse y se preparó para combatir.

El Serpetuss la olisqueó una última vez y girando medio cuerpo miró a Ivo antes de marcharse serpenteando por el centro del pasillo.

Lily comenzó a sacudir todo su cuerpo de forma descontrolada como si le hubiera dado uno de los ataques de Aiden.

—¡Odio a esos bichos!

El Serpetuss se detuvo y se volvió. Miró a Lily con sus ojos de serpiente.

Lily cerró la boca y se quedó muy quieta. Ivo se temió lo peor.

La criatura emitió un siseo chirriante. Ambos entendieron al instante que era una advertencia, una mortal. No movieron ni un músculo. El Serpetuss los miró a ambos, sacó su lengua en ambas direcciones y luego se volvió para seguir por el pasillo.

Ivo resopló por lo bajo muy aliviado y Lily se mantuvo callada un momento más, temerosa de que aquel ser se volviera otra vez. Cuando desapareció al final del pasillo, Lily maldijo entre dientes.

—¡Bicho nauseabundo! ¡A los abismos contigo!

—Tienes que aprender a estar más tranquila y equilibrada ante estas criaturas —intentó calmar Ivo con su tono pacífico y relajado.

—¡Lo voy a congelar en el sitio la próxima vez que lo vea!

—No creo que esa sea una buena idea. Estoy convencido de que esa criatura tiene defensas mágicas, de lo contrario no estaría en las mazmorras.

—Pues lo voy a abrir de lado a lado con la espada.

—Ummm… tampoco creo que puedas, tiene escamas parecidas a las de los dragones. Además, los Tergnomus no te van a dejar bajar con una espada —movió la enorme cabeza con cuernos de lado a lado.

—¡Pues la traemos a escondidas!

—Creo que te vendrá bien hacer unos ejercicios de respiración. Estás más roja de lo normal …

—¡Claro que estoy roja! ¡Ese bicharraco asqueroso casi me chupa la cara y luego casi me ataca!

—Respira, que se te van a salir los cuernecillos volando —dijo Ivo. Abrió los brazos y los cerró realizando ejercicios de respiración para que Lily los imitara.

—¡Deja de hacer eso!

—Hazme caso, inhala por la nariz hasta llenar los pulmones —dijo y lo hizo—. Y exhala largo y tendido —lo hizo mirando a Lily.

La Escarlatum estaba furiosa y asqueada. Por lo general Lily era un encanto, pero cuando se enfadaba, se ponía totalmente roja. Le llevó un momento largo calmarse. Ivo continuó mostrándole los ejercicios de respiración y relajación, pero Lily lo ignoró y respiró a su aire. Cuando estuvo algo más calmada se pronunció.

—Tienes razón, tengo que aprender a controlarme con esas cosas. El castigo es largo y nos vamos a cruzar con ellas casi cada noche.

—Esa es la actitud —sonrió Ivo.

—Pero es que no puedo con ellas, es superior a mí.

—Lo conseguirás, tranquila. Cada noche irá un poco mejor. Te acostumbrarás a medida que las vayas encontrando.

—¿De verdad lo crees o es una de tus teorías filosóficas sobre cómo sobreponerse a las cosas que nos disgustan?

Ivo rio.

—Ambas.

—Eres de lo que no hay, filósofo pensador cabeza de buey.

Ivo sonrió y se encogió de hombros.

—Soy Ivo.

—Ya… ya… vayamos con Egil a ver si se me quita el mal cuerpo que tengo encima.

—De acuerdo. Abre la mirilla, yo vigilo.

Lily fue hasta la celda y la descubrió.

—Egil, ya estamos aquí —dijo Lily.

—Hola a los dos. Yo contento de veros —saludó Egil—. ¿Serpetuss?

—Sí, esa cosa asquerosa se nos ha venido encima.

—Eso me ha parecido. Cuidado. Ser peligrosos.

—Ya, eso lo tenemos más que claro.

—¿Cómo es que no te quedas ciego ahí adentro siempre a oscuras? —preguntó Lily.

—Tergnomus abrir mirilla tres veces al día. Entra luz de antorcha. Luego volver a cerrar. Cuatro si contar comida, como hace un momento.

—Pues qué majos los pequeños malhumorados servidores de los dragones… —comentó Lily con sarcasmo.

—Es poco, pero suficiente.

—Dame un momento y te hago una bola de hielo. No alumbra como las de luz de Dafne, pero algo de luz da al ser tan blanca. En esa oscuridad total que tienes ahí dentro te permitirá ver algo.

—Muchas gracias, Lily.

—Es un placer poder aliviarte un poco el sufrimiento del cautiverio —respondió ella y se concentró para crear una bola de hielo muy condensada para que durara sin derretirse el mayor tiempo posible. Luego la pasó al interior por la mirilla.

Egil la cogió y la llevó al fondo de la celda, que estaba sumergida en la oscuridad.

—Sí, alumbrar un poco. Es fantástico.

Lily sonrió.

—Eres un campeón. Tienes un espíritu increíble.

—No ser para tanto. Tú buena persona.

Lily sonrió y lo miró de arriba abajo.

—Lo que me pregunto es cómo es que no estás atrofiado al estar tanto tiempo sin poder salir. Deberías estar sin poder mover un músculo, agarrotado, pero no lo pareces —dijo Ivo con tono de sorpresa y fascinación.

—Yo hacer ejercicios.

—¿Ejercicios? ¿Ahí adentro? Si esa celda no tiene más de cuatro pasos de largo y cuatro de ancho…

—No necesitar más. Yo correr sin moverme del sitio —dijo Egil y se puso a correr donde estaba—. También saltar en el sitio —dijo y se puso a saltar levantando mucho las rodillas para luego hacer saltos moviendo brazos y piernas—. También hacer sentadillas y flexiones. Muchas al día. No tener nada más que hacer aquí dentro, así que ejercitarme mucho. Usando el peso de mi cuerpo puedo hacer ejercicios. Ser importante para no debilitarme y enfermar, como Ivo dice.

—Que hagas todo eso ahí dentro es de lo más interesante —Ivo se rascaba su amplia barbilla —. Es como si tuvieras tu propio gimnasio.

—¿Y te alimentan lo suficiente? —se preocupó Lily.

—Sí, la comida no ser problema. Mucha carne y queso. Ir bien para el cuerpo.

—Menos mal que al menos os dan de comer en este lugar de pesadilla —resopló Ivo algo aliviado.

—Me parece a mí que si a ti te dejan en medio del mar seguro que encuentras una forma de sobrevivir. Te beberías el agua salada o algo parecido —dijo Lily.

—Agua de mar se puede desalar y beber. Yo sé cómo —respondió Egil.

Lily se llevó la palma de la mano a la frente.

—Lo que yo decía, eres capaz de ingeniártelas para sobrevivir en cualquier lugar.

—Adaptarse o morir —respondió.

—Ya, esa es una filosofía extremista, no es de mis favoritas, yo prefiero las que buscan el equilibrio, pero es muy cierto —convino Ivo.

—Tu dominio de nuestra lengua está mejorando mucho —congratuló Lily—. ¿Necesitas que te traigamos algún libro? Podemos colarlo, no nos registran.

—Sí, por favor, libros de lengua si puede ser. Tengo diccionario, pero conjugar verbos no bien.

Lily rio.

—Eso no tiene importancia, te entendemos perfectamente. Pero intentaremos traerte algún libro que explique cómo conjugar.

—Yo quiero aprender —insistió Egil.

Lily asintió.

—Dalo por hecho.

—Te lo agradezco.

Lily miró a ambos lados para asegurarse de que el corredor estaba desierto.

—Tengo una pregunta para ti de parte de Nahia. Es sobre las armas doradas.

—Adelante, preguntar.

—Ingrid está prisionera, como te comenté, y Lasgol y los demás no saben dónde escondió las armas doradas. ¿Tú no sabrías por casualidad dónde las pudo haber escondido?

Egil se quedó pensativo.

—Ingrid ser una gran Guardabosques, llegar a Guardabosques Primera. Ser la primera mujer en conseguirlo.

—Mira, ya me cae muy bien tu amiga —dijo Lily, sonriente.

—Muy buena amiga, gran líder.

—¿Se te ocurre dónde las pudo esconder? —preguntó Ivo que estaba algo más retrasado haciendo guardia.

—Umm… Se me ocurre el abismo, pero Camu y Lasgol ya habrán mirado allí.

—Por lo que nos ha contado Nahia, tus amigos han buscado por todas partes sin suerte.

—Dada la situación, con la invasión de los dragones, no habrán dejado una piedra sin levantar por encontrar esas armas —opinó Ivo.

—Sí. Ellos buscar por todas partes. ¿Líder Guardabosques no tenerlas? ¿Sigrid o Dolbarar?

Lily negó con la cabeza.

—Ningún Guardabosques las tiene, incluyendo los líderes. Eso dijo Lasgol.

Egil lo pensó un momento más. Finalmente negó con la cabeza.

—No sé dónde esconder Ingrid. Lo siento, no sé me ocurre. Quizá solo ella saber —se lamentó Egil.

—Eso nos pone en un aprieto porque está presa en una ciudad-estado en la costa este de Tremia.

—Sí, eso ser problema importante.

—Bien, le diré a Nahia que no tenemos buenas noticias.

—Viene alguien —avisó Ivo de súbito.

Lily cerró la mirilla y en un abrir y cerrar de ojos se puso a fregar frente a la celda. Era un Tergnomus. Disimularon y dejaron que pasara.

El Tergnomus se volvió hacia ellos.

—Este pasaje está más que limpio, seguid al siguiente.

Lily e Ivo se miraron.

Hicieron lo que les ordenaron y siguieron adelante. Por aquella noche no podrían seguir hablando con Egil.

Capítulo 18

Un nivel más abajo, Dafne tiraba de su carro con carbón vegetal por el interminable pasillo. Estaba cansada, llevaba ya varias horas recorriendo el laberinto que era el segundo subnivel. Se cruzó con dos Tergnomus que llevaban sus tridentes al hombro. Seguía sin saber para qué los usaban, ya que los muy malhumorados casi no le hablaban. Pasaron a su lado y como Dafne sabía que no la saludarían si ella no lo hacía primero, se lanzó.

—Buenas noches —dijo con tono seco.

—Que así sean —respondió el de cabello más moreno de los dos con una expresión de molestia.

Dafne sonrió para sus adentros. No entendía por qué los Tergnomus estaban siempre enfadados o de mal humor. Le parecían una raza de lo más extraña. Aprovechaba cada ocasión que tenía y les hablaba para obligarles a responder. Lo hacía porque sabía que les molestaba y eso a ella le hacía gracia. Era la única diversión que tenía en las horas nocturnas de trabajo, que le resultaban interminables.

Vio un brasero apagado y se dirigió a encenderlo. Siempre se aseguraba de ir con su carro por el centro, muy cerca de los braseros y sin arrimarse a las celdas, ya que no se fiaba de que la barrera mágica de protección funcionase. Imaginaba que sí lo hacía, porque no había criaturas sueltas merodeando por los pasillos, pero prefería no acercarse a comprobarlo. Las pocas veces que había echado una ojeada a una distancia prudencial se había llevado un buen susto. Siempre salía alguna criatura que intentaba matarla. Por esa razón, ahora iba siempre por el centro sin desviarse demasiado.

Llegó hasta el brasero y dejó de tirar del carro, que no era otra cosa que una carretilla grande que cargaban de carbón. Ella tenía que hacer la ronda por la sección asegurándose de que todos los fuegos ardían y echando más carbón a los que estaban bajos. Al encontrarse bajo tierra y no haber antorchas o lámparas de aceite colgadas, aquellos braseros eran la única fuente de luz.

Vio una figura moverse en la celda que estaba a su derecha. No se dejó ver y ella no hizo por intentar verla. Pese a que fueran peligrosos, le parecía muy cruel que los prisioneros solo tuvieran aquellos fuegos como luz. Los mantenían encendidos día y noche, pero no podían compararse a la luz del sol. Por lo que sabía de curación y de magia elemental de luz, no había nada comparable al sol, sus propiedades eran muy beneficiosas para la salud. Tener a los prisioneros allí los iba debilitar y terminarían con enfermedades, a menos que se tratase de criaturas de la noche. Una idea le vino a la cabeza: eso era lo que los dragones pretendían con aquellas mazmorras subterráneas. No era solo tener a los prisioneros en un lugar seguro, sino también hacerlos enfermar.

Se puso a trabajar y cargó de carbón el brasero con una pequeña pala que llevaba en el carro. Luego lo encendió, ella no podía hacer como Nahia y usar su poder para crear fuego, así que llevaba una lámpara de aceite en el carro y un pequeño recipiente cerámico con combustible. Vertió este, que no era otra cosa que un aceite especial que prendía rápido y ardía más tiempo que el aceite normal. No sabía cómo lo elaboraban los Tergnomus, pero era una de sus

creaciones y estaban muy orgullosos de ella, como ya le habían dejado claro en múltiples ocasiones. Los pequeños cascarrabias estaban tan orgullos de su trabajo y todo lo relacionado con este como malhumorados eran, quizá más lo primero. Impregnó bien el carbón y luego con la lámpara de aceite le dio fuego.

—Gracias —dijo una voz a su espalda.

Dafne dio un brinco llevándose la mano al pecho y estuvo a punto de tirar la lámpara de aceite al suelo. Se rehízo y dándose la vuelta miró hacia la procedencia de la voz. Estaba sola en aquel tramo del corredor, así que tenía que proceder de una de las celdas.

—¿Me has dado las gracias? —preguntó sin acercarse. No podía ver más que la mitad del interior y no muy bien. El fondo parecía en total penumbra.

—Sí, te las he dado —dijo una voz, y una figura salió de la oscuridad y se acercó a los barrotes.

Dafne se tensó. Recordó que mientras ella no se acercara a los barrotes no tenía nada que temer si la magia de la celda funcionaba. Por si acaso se situó en pose defensiva y llamó a su dragón interior. Cogió energía elemental de luz y se preparó para usarla.

—No necesitas de tu magia. No voy a hacerte daño.

Dafne entrecerró los ojos para distinguir mejor la figura que hablaba y se quedó helada con lo que vio. Era una criatura de tipo humanoide, algo más alta que ella y delgada. Sus rasgos parecían femeninos, los de una mujer joven. Sin embargo, había algo extrañísimo en ella. Estaba recubierta de hojas de planta, era como si las plantas fueran parte de ella. Le salían de los pies, los tobillos, los codos y las muñecas, incluso de la cabeza, donde no tenía cabello sino largas hojas verdes que le caían hasta los hombros. Su piel no era tal, sino que parecía que tenía las piernas, los brazos, el torso y la cara envueltos en hojas de plantas de diferentes verdes muy intensos. Le dio la impresión de que eran plantas selváticas.

—¿Quién eres…? ¿Qué eres? —Dafne miraba a la criatura con ojos muy abiertos.

—Soy Oihane, de los Selvaris —dijo ella y realizó una pequeña reverencia.

—Eres… mitad humana, mitad planta… —balbuceó Dafne, que no podía creer lo que estaba viendo.

La joven sonrió.

—Para ti soy una mezcla entre un humano y plantas, sí. Sin embargo, soy mucho más que eso, de formas mucho más complicadas de entender. De momento dejémoslo así, tu mente no comprendería la complejidad de mi fisonomía y menos la de todo mi ser.

Dafne consiguió salir de su asombro tras un momento.

—Soy bastante lista —replicó.

—Entonces entenderás cuando te diga que para mí tú eres una mezcla entre un humano y un colibrí.

—Soy mucho más que… Oh, ya capto lo que quieres decirme.

Oihane sonrió.

—Tú y yo somos seres complejos. Déjame decirte que lamento mucho que no puedas volar, esas alas tuyas son preciosas.

—Gracias… Tú eres realmente impresionante, como salida de una selva.

—Eso es porque provengo de una. Los de mi especie, quiero decir —señaló a su espalda y una docena de seres como ella se dejaron ver. Había hombres y mujeres de diferentes edades, pero todos parecían adultos.

—¡Vaya! No sabía que hubiera tantos dentro de la celda…

Oihane asintió.

—Nunca te has acercado a mirar. Siempre pasas por el centro, pero te vemos.

—Yo a vosotros no. Si no me acerco es por precaución.

—Algo entendible. Es mejor ser precavido que terminar muerto por no serlo.

—Eso mismo.

—No tienes nada que temer de nosotros —aseguró Oihane y señaló a los suyos con un movimiento de su brazo y mano. Dafne se percató de que las hojas de su muñeca y codo se movieron como si tuvieran vida propia.

—Espero que sea verdad —respondió Dafne, que no se fiaba del todo. Si algo le había enseñado la vida era que había mucha maldad en el mundo y aunque en su mayoría procedía de los dragones y sus sirvientes, no se fiaba.

—Lo es y lo comprobarás. Entonces me creerás.

Dafne la observó y tuvo que reconocer que no parecía peligrosa, ni ella ni los suyos. Parecían… plantas con vida, no asustaban, al menos por su apariencia.

—¿Por qué hablas el idioma de Kraido?

Oihane sonrió.

—Lo aprendí en mi mundo antes de ser capturada. Algunos de nosotros estudiamos a los dragones, nuestros enemigos. Si quieres derrotar a tu enemigo es mejor saber mucho sobre él. El desconocimiento mata.

—¿De qué mundo sois?

—Uno lejano. Un mundo verde donde las plantas cubren toda su superficie. Un mundo de selvas y florestas tropicales. Se llama Biziohian, pero los dragones lo llaman Jumeglia. Lo han conquistado arrasando un cuarto del gran continente, las zonas más pobladas.

—Qué horror… Cuánto siento lo que os han hecho esos monstruos… —dijo Dafne de corazón.

Oihane la miró, extrañada.

—Tú no eres como los otros siervos de los dragones.

Dafne arrugó la nariz.

—Yo soy una esclava de los dragones, como lo eres tú.

—Pero no estás prisionera.

—Lo estoy, pero de otra forma. A mí me tienen en la academia aprendiendo a luchar para ellos o morir. Y la muerte la tengo presente a cada paso que doy.

Oihane asintió.

—¿Y no lo ves como un honor? Los hay entre los que trabajan aquí y que sirven a los dragones y los que están en la academia, que así lo hacen.

Dafne negó con la cabeza.

—No es mi caso. Yo lo veo como un castigo terrible, uno que no deseo para mí ni para nadie más. Somos esclavos, seres inferiores y sin valor para los dragones. Nos esclavizan, nos obligan a luchar por ellos y nos matan.

La Selvaris se quedó pensativa observando a Dafne con un brillo de curiosidad en sus ojos verde claro.

—Quizá tú y yo tengamos más en común de lo que pensaba.

—Es muy probable que así sea.

—Si pones un poco de carga extra de carbón en ese brasero te lo agradecería. Tenemos un par de enfermos y lo necesitan —Oihane hizo una seña y dos del grupo asintieron.

Eran dos ancianos y avanzaron hacia los barrotes buscando la luz de los braseros. Tenían mal aspecto. Las plantas de sus cuerpos estaban marchitas y las que no lo estaban tenían un color grisáceo sin brillo, sin vida. Estaba claro que estaban enfermos. Al darse cuenta de aquello, se fijó mejor en Oihane y en los otros. Avanzó un par de pasos hacia los barrotes para verlos mejor. Entrecerró los ojos y distinguió que el resto también tenían partes del cuerpo donde sus colores estaban volviéndose grisáceos y las plantas marchitas, incluso Oihane. La joven tenía las puntas de sus cabellos como hojas secas, así como un par de plantas de sus codos. Estaban todos enfermos.

—Por supuesto —Dafne se giró y puso una carga doble de carbón no solo en aquel brasero sino en todos los que alumbraban la celda. Luego volvió junto a Oihane. El resto la observaban con interés. Los dos ancianos, ayudados por un par de jóvenes, se bañaban en la luz del fuego.

—Te lo agradecemos en el alma. Nuestro pueblo depende mucho de la luz. Sin luz no podemos existir.

A Dafne no le extrañó. Aquella raza era mitad planta. Se dio cuenta de que los desalmados dragones los iban a dejar morir allí. Se irían marchitando y secando hasta morir. Era un horror.

—¿Por qué os tienen aquí si ya han conquistado vuestro mundo? —a Dafne le pareció extraño.

Oihane suspiró y miró a los suyos.

—Han conquistado nuestro mundo, pero los nuestros no se rinden, la lucha continúa. Nosotros somos rehenes. Pertenecemos a las grandes casas de nuestra nación. Nos tienen aquí para forzar a nuestras familias a que no luchen contra ellos.

—Es despreciable. Son abominables —Dafne negó con la cabeza disgustada.

—Lo son, pero los nuestros no se rendirán nunca. Lucharán por la libertad hasta la última gota de savia.

—Entonces son valientes.

—Eso son. Todo mi pueblo lo es.

Dafne se preguntó cómo harían frente a los dragones. No parecían fuertes, aunque quizá tuvieran magia. Decidió preguntar.

—¿Tenéis magia poderosa con la que luchar contra los dragones?

—Tenemos magia, pero no es tan poderosa como para vencer a los dragones. Sus defensas impiden que podamos usar nuestra magia sobre ellos.

Dafne asintió. Entendía a qué se refería.

—¿Qué tipo de magia tenéis? —a Dafne aquella cuestión le intrigaba.

—Magia de naturaleza, basada en plantas primordialmente. Tenemos grandes sanadores.

—Eso me he imaginado. Pero si no podéis con las defensas mágicas de los dragones, y me imagino que tampoco podréis traspasar sus escamas, ¿cómo lucháis contra ellos? —aquello la tenía perpleja.

—No podemos traspasar sus escamas —Oihane negó con la cabeza—. Pero no lo necesitamos.

—¿No? Entonces no lo entiendo. ¿Cómo lucháis contra ellos?

Oihane asintió y luego sonrió.

—Tenemos un gran conocimiento del mundo de la naturaleza y eso nos da una ventaja que hemos sabido explotar: los venenos.

Dafne se sorprendió. Aquello no lo esperaba.

—¿Tenéis venenos que afectan a los dragones?

La Selvaris asintió.

—Tenemos varios. No son lo suficientemente fuertes todavía, pero seguimos experimentando y llegará el día en que lo lograremos. De momento hemos conseguido hacerlos enfermar con una mezcla muy potente de diferentes venenos de plantas de nuestro mundo.

—¿Enfermar hasta el punto de que no puedan luchar? —quiso saber Dafne.

Aquello era muy interesante. Pensó en Nahia, le iba a interesar muchísimo. Quizá pudieran usarlo o desarrollarlo en su causa.

—Enfermar hasta el punto de que no pueden volar y apenas andar —explicó Oihane.

—¡Eso es magnífico! —Dafne estuvo a punto de aplaudir.

Oihane bajó la mirada y su rostro mostró tristeza.

—El problema es que consiguen recuperarse. Regresan y continúan cometiendo atrocidades. No podemos envenenarlos por mucho tiempo, pues las defensas de sus organismos son casi tan fuertes como sus propios cuerpos.

—Aun así, lo que me cuentas es un gran avance que nosotros no hemos conseguido en este mundo. No dejéis de investigar. Si desarrolláis un veneno que consiga dejarlos fuera de combate sería algo inmenso. Podríamos utilizarlo nosotros, podría utilizarse en Drameia y en otros mundos.

—Mi pueblo sigue resistiendo y sigue buscando ese veneno. Un día lo encontraremos, estoy convencida —asintió Oihane con ojos de esperanza.

—Me has dado una alegría enorme. Nosotros, los pueblos esclavizados de Kraido, no sabíamos que esto era siquiera posible.

Oihane asintió.

—Es posible. Los dragones no son inmunes a los venenos. Les afecta, en mayor o menor medida.

—Correré la voz entre los míos. Esto debe saberse.

—Sí, pero se requiere de la elaboración de un veneno muy especial, con plantas que no sé si crecen en este mundo —Oihane señaló hacia arriba con su dedo índice. Dafne se dio cuenta de que sus uñas eran también de un color verde, pero cristalino.

—Entiendo. Quizá no las tengamos aquí.

—Otra cosa importante es cómo usarlo, que tampoco es nada fácil. Los dragones son tan listos como malos. Hay que utilizar todo tipo de estratagemas para lograrlo.

—Eso imagino.

Dafne se quedó pensando. Las armas como dagas, espadas y lanzas no se podían usar para producir heridas y envenenar la sangre pues no penetraban sus escamas. Le vino la boca a la cabeza, esa era la única forma que se le ocurría. Y por lo general solo la abrían para usar su aliento elemental o arrancar la cabeza a alguien de un mordisco, así que no sería nada fácil envenenarlos.

—Gracias de nuevo por cuidar de nuestros braseros —agradeció Oihane.

—No hace falta que me lo agradezcas. No soporto ver lo que os están haciendo, me pone furiosa. Intentaré ayudaros. Mi pueblo odia a los dragones por privarnos de nuestra libertad, por lo que nos hacen —Dafne movió sus alas y resopló llena de frustración—. Es despreciable, odioso… y teneros a vosotros aquí sin luz, enfermando, también.

—Es la desgracia que nos ha tocado por no poder vencer a los dragones. Desde siempre las razas fuertes someten a las débiles.

Dafne arrugó nariz y frente, muy enfadada. Malditos dragones… Quiso ir contra ellos, hacer algo en su contra. Tuvo una idea, una que no era una gran hazaña, pero podría ayudar a los Selvaris.

—Vuestra magia no puede traspasar los barrotes, pero ¿sabéis si la nuestra puede? —preguntó a Oihane.

—Sí, la vuestra puede. Siempre y cuando sea magia de dragón.

—La mía es de dragón.

—Entonces podrás traspasar la barrera.

—Estupendo. Tengo algo para vosotros —Dafne miró a derecha e izquierda para ver si venía alguien y no vio a nadie.

El pasillo estaba desierto. Cerró los ojos y cogió energía elemental de su dragón interior. Extendió la palma de la mano derecha y se concentró en crear una bola de energía elemental de luz. La generó sin ningún problema. La bola iluminó toda la celda y parte del pasillo.

—¡Luz, qué maravilla! —exclamó Oihane.

Dafne extendió la mano izquierda, cogió energía elemental de luz y la transformó en energía sanadora como había aprendido a hacer. Con la energía sanadora creo otra bola y la cargó cuanto pudo. Abrió los ojos y observó ambas esferas: una creaba luz y la otra emitía energía sanadora.

—Intentaré pasároslas —dijo a Oihane.

—Adelante —la Selvaris le hizo un gesto.

Dafne no quería tocar la barrera con las manos, no solo porque podría causarle daño, sino porque quizá avisara a los Tergnomus de que algo pasaba. Decidió usar su mente. Se concentró en la bola de luz y la envió como si la lanzara contra un enemigo, solo que muy despacio y

asegurándose de que pasaba entre dos barrotes. Le costó un poco, pero la bola de luz pasó. La barrera la dejó entrar al reconocer la magia de dragón y Dafne resopló aliviada.

—Cógela —dijo a Oihane.

La Selvaris cogió la bola de luz entre sus manos. Cerró los ojos y dejó que la bañara por completo. De inmediato su color mejoró un poquito. Abrió los ojos y sonrió.

—No sabes el bien que nos hace —dijo a Dafne y entregó la bola de luz a los dos ancianos, que la cogieron entre sonrisas.

Dafne asintió e hizo lo mismo con la bola de sanación. Oihane la cogió entre sus manos y puso cara de gran felicidad.

—Es magia de curación, la irradia. Puedo sentir cómo penetra en mi cuerpo.

—La sanación es mi Talento. No puedo curaros, no está dentro de lo que me han enseñado. Sin embargo, puedo crear energía de sanación no específica. Algún bien os hará, aunque sea pequeño.

—Estoy convencida de que nos ayudará.

—Eso espero. La bola de luz os durará un par de días, la de sanación no lo sé.

—Te informaremos sobre su duración y efectos beneficiosos —aseguró Oihane y pasó la bola a los suyos.

—Será mejor que siga con mi trabajo, no quiero que se den cuenta de esto —dijo Dafne mirando de nuevo en ambas direcciones—. Mejor escondéis esas esferas.

—No te preocupes, las esconderemos en el fondo. Con cubrirlas con las mantas y nuestros cuerpos será suficiente para ocultar su luz.

—Perfecto. Me alegro de haberos conocido.

—Más nos alegramos nosotros —dijo Oihane con una sonrisa sincera—. No queda mucha gente buena en el mundo.

—Yo soy más refunfuñona que buena, pero acepto el cumplido. Y sí que queda gente buena, lo que ocurre es que están asustados. No quieren morir y en el mundo de los dragones morir es demasiado fácil.

Oihane asintió.

—Tienes mucha razón.

—Volveré mañana. Os crearé dos bolas más si os han ido bien. Si necesitáis más decídmelo, aunque es un poco arriesgado, se ven mucho desde el pasillo.

—Creo que con dos es suficiente, mañana lo sabremos. Mil gracias por lo que has hecho.

—No hay de qué. Hoy os ayudo yo, mañana me ayudáis vosotros —sonrió Dafne.

Oihane asintió.

—Puedes contar con ello.

Capítulo 19

En el tercer subnivel Nahia realizaba el reparto de comida con Burgor subida al primer carro del convoy, era la misma ruta de todas las noches. Iban en silencio. Estaba decepcionada, pasaban las semanas y no había conseguido que Utrek cambiara la ruta pese a lo mucho que insistía y a que le daba razones para hacerlo. Ya había gastado todas las ideas que se le habían ocurrido para argumentar que ella debería hacer la ruta uno.

—No te ha gustado la enésima negativa de Utrek, ¿eh? —dijo Burgor con una sonrisa de Tergnomus, que siempre parecían ser malvadas en sus peculiares rostros. En el caso de Burgor, Nahia ya se había dado cuenta de que, en efecto, llevaban siempre un poco de resentimiento.

—Eres cada día más perspicaz.

—No creo, siempre soy igual.

Nahia negó con la cabeza. La ironía y el sarcasmo tampoco eran puntos fuertes de los Tergnomus. Eran una raza extraña, hasta los Exarbor captaban las indirectas, pero ellos tenían serias dificultades. Bien pensado, los Exarbor eran lentos de movimiento, pero rápidos de mente. Los Tergnomus eran pequeños, feúchos con esas narices y orejas largas, y no muy rápidos de sesera.

—¿Qué tal tu pierna? ¿Está ya curada?

—Está casi bien —Burgor se la masajeó un poco.

—Estupendo, entonces nos turnaremos para recoger las piezas que caigan de más del carro durante el reparto.

—He dicho casi, no del todo. Seguirás recogiéndolas tú.

—Pero…

Burgor azuzó las bestias y miró al frente ignorándola. Muy típico de él cuando no quería hablar de algún tema.

La mayor parte del recorrido no tenía demasiado peligro ahora que Nahia sabía qué criaturas había en las cuevas. Bueno, no las conocía a todas, porque algunas no salían cuando descargaban la comida, cosa que a ella no le importaba. Lo prefería así. Pero había una zona que ponía a los dos muy nerviosos: la de los gryphos. Y ya estaban llegando.

—Atenta ahora.

—Lo estaré. Los gryphos… ¿han matado a alguien alguna vez, que tú sepas? —la idea cruzó su cabeza y la dejó salir.

—Todos los prisioneros han matado alguna vez, estos también. Son criaturas, seres poderosos. Matarán no por la comida o el placer de matar, sino para mostrar su poder y dominio.

—Oh, ya entiendo. Marcan su territorio.

—Sí y lo hacen con sangre. Por eso trabajar aquí abajo es tan peligroso. Por eso os castigan a algunos a este subnivel.

—Ya, para que no volvamos a la superficie.

—Exacto. Tú sigue tentando tu suerte y verás. Tarde o temprano te abandonará y yo tendré que encargarme de subir los restos que queden de ti.

—Gracias, eres un amor.

—Lo soy, por supuesto —Burgor la miró con rostro de mal humor.

Nahia sonrió. No había forma de que captara el sarcasmo.

Llegaron a la cueva del grypho mitad guepardo. La criatura los vio y salió como el rayo de la cueva para pasar volando cerca de ellos.

Nahia lo observó volar a gran velocidad y dar giros rapidísimos en el aire.

—¿No puede escapar? Quiero decir, de su cueva.

Burgor negó con la cabeza.

—Tiene un collar de plata al cuello. Si se aleja recibirá una descarga y caerá. Magia avanzada de dragones.

—Vaya, muy interesante.

—¿No te enseñan magia mental en la academia?

—Pues sí, estamos empezando con ella.

—Pues es de ese tipo. Magia muy poderosa, ataca la mente y derriba a los gryphos.

—Entendido. ¿No tienen defensas mágicas como los dragones?

—Las tienen y por eso llevan el collar, las neutraliza.

—Ah, ya veo.

«Vamos, humana, juguemos. Será divertido» llegó el mensaje del grypho, que pasó volando frente a ellos.

Nahia resopló. De divertido nada. A la criatura le había dado por jugar con ella. Si una pieza de más caía al suelo y tenía que ir a recogerla, la criatura jugaría a ver quién era más rápida, si ella o Nahia. Por supuesto lo era la criatura, por lo que Nahia tenía que buscar formas de engañarla o perdería. Y eso significaba que se la comería a ella en lugar de a la pieza.

—Quiere jugar… —dijo a Burgor, al que los mensajes mentales de la criatura no le llegaban.

El Tergnomus negó con la cabeza.

—Estas cosas solo te pasan a ti.

Nahia suspiró, algo de razón no le faltaba.

—Descarguemos con cuidado.

Burgor asintió.

Se pusieron a trabajar. Nahia tenía un ojo en las pasadas rasantes a gran velocidad de la criatura. Descargaron con tiento, pero una pieza de más cayó al suelo. Nahia miró a Burgor.

—Podemos dejarla…

Burgor negó con la cabeza con seriedad.

—Cada criatura tiene su comida establecida y se le da lo que le corresponde. El trabajo se hace bien, siempre. No hay atajos ni excusas que valgan.

Nahia ya imaginaba que el Tergnomus iba a decir algo parecido. No permitiría un trabajo mal hecho y tampoco iría él a por la pieza con la excusa de su cojera.

«Vamos, humana. Una pieza de más, tienes que recogerla. ¡Juguemos!».

Nahia inspiró profundamente. La pieza más cercana no estaba lejos, podía hacerlo. El problema era que aquel halcón descomunal volaba rapidísimo. Observó su vuelo.

«¿Preparada? Yo lo estoy».

Nahia vio que ahora hacia círculos sobre las piezas caídas a unos quince pasos de altura. Solo podía hacer una cosa, engañarle. Lo pensó y se decidió.

Hizo como que iba a por la pieza y dio un paso fuera del camino de plata. El grypho bajó a por ella a toda velocidad, pero Nahia ya lo esperaba así y se lanzó de espaldas de vuelta al camino. La criatura llegó casi hasta ella y al ver que Nahia se retiraba giró hacia la derecha a gran velocidad. No podía ir recto a por Nahia porque el repulsor lo rechazaría.

Nahia se rehízo y salió corriendo hacia delante sin perder un instante. Se agachó y cogió la pieza. La criatura giró rápidamente y se dispuso a hacer otra pasada rasante. Nahia comenzó a retirarse arrastrando la pieza y la criatura fue a por ella a toda velocidad. Estaba casi encima, no le daría tiempo a ponerse a salvo, aunque solo le quedaban dos pasos. El grypho volaba demasiado rápido, la iba a alcanzar. Casi como un acto reflejo hizo lo contrario de lo que estaba pensando y en lugar de seguir retrocediendo con la pieza, la soltó y se tiró hacia delante rodando sobre su cabeza. El grypho pasó como una exhalación a su espalda. No esperaba ese movimiento repentino de la chica y falló.

De un brinco Nahia se puso en pie y esprintó directa a por la pieza. La cogió y tiró de ella hacia el camino de plata. La criatura giró veloz y volvió al ataque. Nahia calculó la distancia, esta vez quizá sí le daba tiempo. Tiró con fuerza de la pieza mientras la enorme criatura voladora se dirigía de nuevo hacia ella y entró en el camino. El grypho pasó por delante sin llegar al camino.

«Bien jugado, humana. Eres lista, me gustas».

Nahia, que respiraba con dificultad por el esfuerzo, levantó la mirada hacia la criatura.

—Gra…cias —dijo de forma entrecortada.

—Sigamos, no hay tiempo para juegos —Burgor ya estaba sentado en el primer carro.

—Serás… —Nahia tuvo que morderse la lengua y corrió a subirse al carro.

Llegaron a la cueva del grypho mitad águila y mitad tigre y Nahia se bajó a descargar. Aquella descarga era más segura. Por alguna razón el águila no la amenazaba ni le daba la sensación de que quisiera hacerle daño. No como el medio búho, medio oso o el medio halcón, medio guepardo, que tenían muy malas ideas.

«¿Cómo estás hoy, humana?» envió como saludo y salió de su cueva a recibirles.

Nahia lo observó. Era imponente, enorme, fuerte y felino, además de una poderosa águila, una combinación letal.

—Podría estar mejor. Tus compañeros quieren comerme.

«¿El búho y el halcón?».

—Sí, esos. ¿Podrías decirles que tengo muy poca carne y que de sabor también estoy muy mal?

«Puedo decírselo, sí. Pero dudo que me hagan caso, no tengo relación con ellos. Son de especies diferentes».

Nahia se quedó mirando. Estaba a media distancia entre la cueva y los carros.

—¿No sois todos de la misma especie? ¿No sois gryphos?

«Lo somos, sí, pero cada subespecie tiene su propia jerarquía. Al no ser de la mía, no tienen por qué obedecerme».

—Oh, entiendo —Nahia se puso a descargar. Burgor le lanzaba miradas de enfado. Quería salir de allí cuanto antes.

«Pero siempre puedes apelar al rey».

—¿Al grypho mitad águila, mitad león?

«Sí. Él es un grypho máximo, y solo por eso todas las subespecies deben obedecerle. Además, no es un grypho cualquiera, es un rey. Todos aquí le debemos obediencia».

—Eso es de lo más interesante. Sí, puede que lo intente. Lo que ocurre es que no parece que quiera contacto alguno. Siempre que pasamos nos chilla y amenaza.

«Está marcando su dominio. No quiere que os acerquéis».

—Ya, algo así pensaba. No creo que quiera hablar conmigo.

«Inténtalo. Quizá te lleves una sorpresa».

—Igual lo hago porque si no uno de esos va a terminar comiéndome.

«Eso es bastante probable, sí».

—Gracias, de todos modos.

«De nada. Me agrada hablar contigo. Aquí hay muy poca distracción, como bien sabes».

—Ya, por no decir ninguna.

«Los Tergnomus no aportan mucho en cuanto a conversación o simpatía, la verdad».

—Te entiendo perfectamente —Nahia miró a Burgor, que echaba humo por las orejas de lo enfadado que estaba—. Voy a seguir con el trabajo.

«Muy bien, humana. Suerte y hasta mañana».

—Sí… la voy a necesitar.

De un salto Nahia se subió al carro obviando la mirada de odio de Burgor, que le tenía prohibido hablar con las criaturas. Ella ignoraba esa prohibición porque aparte de fascinante era amable.

Llegaron a la caverna del grypho rey. Burgor le lanzó una mirada que Nahia ya entendía sin necesidad de palabras: rápido que hay mucho peligro. Se bajaron del carro y comenzaron con la maniobra de descarga. Según volcaban todo el contenido del interior de la cueva salió la gigantesca criatura. Nahia se quedó maravillada al ver la imponente y majestuosa presencia y el poder que irradiaba. Giró la cabeza de águila real blanca del modo en que lo hacían las aves rapaces. Abrió su letal pico dorado y sacudió sus enormes alas a los costados de su poderoso cuerpo de león. Emitió un grito mezcla de chillido agudo de ave y rugido profundo de león. Era un sonido que helaba la sangre.

Nahia estaba segura de que estaba diciendo “Este es mi domino, marchad”. Sin embargo, después de la conversación con el grypho tigre, decidió probar suerte. Le esperaban todavía

bastantes jornadas allí abajo y no le gustaban sus probabilidades de salir con vida. Eran demasiado bajas.

—Buenas noches, Majestad —le saludó Nahia e hizo una reverencia pronunciada.

Burgor puso cara de espanto absoluto.

Nahia se quedó en posición doblada al final de la reverencia a modo de respeto. Esperaba que aquello gustara a la magnificente criatura, aunque no tenía ni idea de si iba a funcionar. Quizá era mejor ponerse de rodillas con la frente contra el suelo como exigían los dragones.

«¿Quién eres, humana? ¿Por qué me saludas con respeto?» llegó el mensaje del rey. Volvió a parecerle que, si bien el mensaje mental era parecido al de los dragones, era al mismo tiempo muy diferente. No tenía duda de que con los ojos cerrados podría identificar cuál era cuál.

—Soy Nahia, Majestad —respondió ella y continuó doblada con la cabeza baja y sin mirarle.

«¿Por qué te diriges a mí?».

—Necesito ayuda del rey de los gryphos, Majestad.

«Imagino que se debe a que tu vida corre peligro en esta zona de las mazmorras».

—Así, es. La ruta de reparto es peligrosa por esta zona…

«Mis gryphos te dificultan la tarea».

—Así es. Quieren comerme…

«¿Y por qué habría de molestarme yo en ayudar a una humana que me trae la comida en prisión y además es mi enemiga?».

—Perdonad mi osadía, Majestad —se disculpó Nahia, que mientras hablaba vio de reojo cómo Burgor terminaba de enderezar el carro que habían descargado y con disimulo iba hacia el primero del convoy.

Ya imaginaba lo que el Tergnomus iba a hacer en breve. Quiso decir algo más al poderoso rey, pero la respuesta había sido tan cortante que no supo qué argumentar.

—Siento haberos molestado… —fue cuanto pudo decir.

«Capto que tienes poder, más de lo que es normal en un humano. Mucho más, de hecho, eso me resulta interesante. Las razas esclavas de Kraido tienen poder heredado de los dragones, pero no suele ser mucho. Tú eres una excepción» sus ojos de águila estaban clavados en Nahia, que seguía doblada sin levantar la cabeza.

Ella vio una oportunidad y decidió tomarla.

—Soy una Nacida de la Llama.

«Desconozco el concepto, pero quiero saber más sobre ti. Puede ser interesante, los días son largos en esta prisión y las noches todavía más, aunque con el tiempo cueste diferenciarlas. Puedes levantarte».

Nahia se enderezó, aunque no miró directamente a los ojos a la gran criatura. No quería arriesgarse y que se molestara. Imaginó que era probable que tuviera los mismos aires de grandeza que los dragones y sus malas costumbres.

—Soy una humana esclava, que tiene… creo… un poder mayor de lo normal. Los dragones denominan a los que nacemos como yo Nacidos de la Llama.

El gran grypho movió la cabeza de águila en un movimiento que Nahia interpretó como que

asentía.

«Deduzco que la llama se refiere a que tienes el poder elemental del fuego».

—Sí, así es. Aunque los dragones dicen que se da pocas veces, no soy la única en la academia. Un compañero, también humano, es un Nacido de la Tormenta.

«Del elemento aire. Interesante… Si se da poco, y entiendo que así sea porque nosotros tampoco hemos visto a alguien como vosotros, estamos ante una situación especial».

Nahia no sabía si era así o no, pero el grypho tenía razón en que muy normal no era y menos que fueran Logan y ella, dos humanos y amigos.

—Pudiera ser… no lo sé.

«Las coincidencias muy extrañas pocas veces son tales. Que dos humanos de gran poder existan al mismo tiempo, cuando rara vez ocurre que se dé uno, es significativo. Algo hay detrás».

—¿Qué podría ser?

Nahia lo preguntó con tono de preocupación. Aquello podía ser malo para Logan y para ella.

El gran rey sacudió las alas con fuerza. Burgor, que no podía aguantar más, azuzó a las bestias de tiro y comenzó a marchar. Nahia pensó en correr a los carros, pero lo desechó de su mente, estaba conversando con un rey y quizá eso la ayudase a mantenerse con vida allí. Eso era lo importante.

«Algo como un destino de transcendencia».

—No sé si entiendo…

«El Tergnomus marcha. ¿No vas a ir con él?».

Nahia miró el convoy, que ya avanzaba. Pronto llegaría a una curva y desaparecería tras ella. Después el recorrido era una gran vuelta que llevaba de nuevo al comienzo de la ruta donde estaban los carros.

—Sí, bueno, enseguida voy.

«Aquellos que son como ese Tergnomus viven una vida normal, nada significativa. Luego hay otros seres, singulares, como tú y como yo, que viven vidas transcendentes. Nuestras acciones tienen influencia y no solo en nuestras vidas, sino en la de los que nos rodean. Puede que incluso una enorme».

—Oh…

«Tú y tu compañero habéis nacido siendo singulares y es probable que tengáis un propósito de importancia en vuestras vidas. También puede ser que las desperdiciéis y nunca alcancéis ese propósito».

—Me gustaría que fuera así… el propósito, quiero decir. Y alcanzarlo.

«Espero que, si es honorable y bueno, lo consigáis».

—¿Puedo preguntar… el motivo de estar prisionero?

Nahia veía la gruesa cadena de plata atada a la pata derecha anterior de la criatura y el collar de plata a su cuello.

«Los dragones me derrotaron en batalla y me capturaron. Me trajeron aquí y me mantienen prisionero junto a varios de mis fieles, que fueron capturados conmigo».

—¿En qué mundo sucedió esto? —preguntó Nahia, ya que de Kraido no eran.

«Mi mundo se llama Gryphoros, está muy lejos de aquí. Nuestros mayores y más odiados enemigos son los dragones».

—¿Han conquistado los dragones Gryphoros?

La criatura se irguió y mostró su pico dorado.

«Lo han intentado muchas veces, pero no lo han conseguido. Atacan cada cierto tiempo intentando invadirnos, pero los rechazamos. Llevamos varios milenios de lucha contra los dragones, somos enemigos irreconciliables y nos odiamos a muerte. Así ha sido siempre y así será».

—Varios milenios… eso significa una larga guerra. Entonces, ¿lucháis contra los dragones y sois capaces de vencerlos?

«¡Por supuesto! Nada teme más un dragón que a un grypho que se acerca volando a gran velocidad».

A Nahia aquello le parecía un poco exagerado, pero no dijo nada. Quizá los gryphos eran más poderosos de lo que ella pensaba.

—¿Podéis… matar dragones?

«Podemos y lo hacemos, de lo contrario ya seriamos un pueblo conquistado».

—Ojalá nosotros también pudiéramos hacerlo —dijo Nahia y miró de reojo para ver si el carro estaba ya fuera de su vista.

Burgor estaría ya en la parte final del trayecto y no oiría lo que ella fuera a decir.

«¿Deseas luchar contra los dragones? ¿Matarlos?».

—Con toda mi alma —dijo Nahia sin pensarlo, según lo sentía.

El rey grypho movió la cabeza y sus ojos de águila se agrandaron.

«Eres toda una sorpresa. Una esclava de los dragones que se atreve a pronunciarse en su contra».

—Quiero la libertad para mi pueblo, para todos los pueblos de Kraido. Más que eso, quiero la libertad para todos los pueblos de los mundos conquistados por los dragones —dijo llena de pasión.

«Eso es mucho querer, pero te honra. Eres diferente a los otros, no solo por tu poder, sino por tu espíritu. Eso me agrada».

—Digo lo que pienso. Los dragones son también nuestros enemigos. Les servimos porque no tenemos forma de luchar contra ellos, pero la estamos buscando y cuando la encontremos nos alzaremos.

«Un fin muy honorable, pero uno trágico, me temo. Las razas de Kraido no tienen poder suficiente».

—Tenemos espíritu, valor y arrojo. Encontraremos la forma.

El rey grypho emitió unos sonidos que a Nahia le parecieron carcajadas.

«Definitivamente me gustas, Nacida de la Llama. ¿Cómo te llamas?».

—Mi nombre es Nahia.

«El mío es Arran-Lehoizuri».

—Es un honor, Majestad.

«Te concedo acceso libre a esta zona. Los gryphos no te volverán a molestar».

—Muchas gracias, es un gran alivio.

«Ahora ve con los Tergnomus antes de que crean que te he matado y comido».

—Sí, por supuesto.

Nahia se dio la vuelta y comenzó a andar siguiendo el camino de plata. Una frase de la conversación le volvía a la cabeza una y otra vez según se alejaba de Arran-Lehoizuri: “Nada teme más un dragón que a un grypho que se acerca volando a gran velocidad”.

Capítulo 20

La clase de magia se había convertido en la más odiada por todos. Los castigos por no estar a la altura de Buru-Beira-Gogoa eran terribles. Los dolores de cabeza no solo los sufrían al final de la clase, sino que duraban varios días. Esto Dafne lo achacaba a un efecto acumulativo de semanas de castigo, pero no sabía cómo aliviarlo. Curar la mente estaba fuera de sus posibilidades.

—Como no lo consiga hoy me va a estallar la cabeza y puede ser horroroso, con lo grande que la tengo. Tened cuidado con mi cornamenta no vaya a ser que se os clave —dijo Ivo de camino a la clase de magia. El tono era de broma, pero había un toque de desesperanza en él.

—¡Ánimo! Si Aiden y yo lo hemos conseguido tú también puedes —animó Taika.

—Ha sido una deshonra que solo lo hayamos conseguido en la última clase. Tenemos bien merecidos todos los castigos —opinó Aiden.

—Hay que ser cabeza de granito para decir algo así —regañó Dafne.

—Nadie merece ser castigado —corrigió Nahia—. Es cruel e innecesario.

—Nuestros señores saben lo que es mejor para que aprendamos. Yo he tardado semanas, pese a los castigos. Imaginad el tiempo que habría tardado sin ellos —Aiden defendió aquel modo de enseñanza brutal con convencimiento.

—Pues semanas —dijo Lily.

Aiden negó con la cabeza.

—Habría tardado meses. Nuestros señores saben cómo hacer que mejoremos rápido.

—Yo he tardado dos semanas y habría tardado lo mismo sin los castigos y el sufrimiento. Es innecesario —rebatió Dafne.

—Eso dices tú, pero habría que verlo —Aiden no se dejó convencer.

—A mí me ha llevado tres semanas y no me han hecho ninguna gracia las migrañas que he tenido. De tanto fruncir la frente de dolor casi me salen arrugas. ¡Y eso sería una tragedia! —Lily se tocaba la frente con las puntas de sus dedos muy preocupada.

—Unas arrugas o unas cicatrices son lo mínimo que se espera de un buen entrenamiento —se pronunció Aiden.

—Será cabeza de mármol… —Dafne levantó los brazos al cielo.

—Sea como fuere, hoy Ivo lo conseguirá. Estoy convencido —dijo Taika y le dio una palmada en la espalda.

—No será por no intentarlo y estudiar… —se encogió de hombros este.

—Lo conseguirás. Hoy serás capaz de ver el aura con total claridad —aseguró Nahia.

Solo quedaba él por hacerlo. El resto de la escuadra lo había logrado ya con mucho esfuerzo y sufrimiento. Todos podían discernir el aura del resto, algunos con mayor facilidad y de forma más clara que otros, pero todos podían. Para Nahia ahora era algo fácil. Si miraba a cualquiera de

sus compañeros e invocaba su habilidad, lo hacía de inmediato y ni siquiera tenía que consumir mucha energía interna. Y no solo eso, ahora era capaz de discernir el aura mental de todos en la clase de una sola invocación. Dafne y Lily también podían, pero a ellas les llevaba dos o tres invocaciones. Aiden y Taika solo podían ver una, por el momento. Ivo, el pobre, ninguna. Había recibido castigo en todas y cada una de las clases. Decía que su cabeza era ahora el doble de grande de lo hinchada que la tenía de tanto sufrimiento.

Entraron en el aula y se dispusieron a recibir otra lección de magia mental con el temor que aquella clase siempre les producía. Los castigos mentales eran tan devastadores que no solo les dejaban con la mente muy dolorida y aturdida, sino que todo el cuerpo parecía no responderles. Cada movimiento que intentaban hacer agudizaba el dolor que les asaltaba la mente y solo podían quedarse tirados en el suelo y sufrir el martirio hasta que pasase, lo que solía llevarles bastante tiempo. Lo curioso era que nadie era más fuerte o resistía mejor el castigo. Todos lo padecían por igual y tardaban lo mismo en recuperarse. Raza y fortaleza física nada tenían que ver con la mente.

«Hoy comenzaremos con los ataques mentales. Es algo que estoy seguro de que todos queréis dominar y en lo que queréis sobresalir. Los que todavía no han conseguido ver el aura mental entrenarán aparte, no podemos permitir que retrasen al resto» envió Buru-Beira-Gogoa junto a un sentimiento de urgencia.

—Los retrasados… conmigo… —indicó Membor.

Ivo soltó un gran suspiro y con la cabeza gacha fue con el Exarbor. Con él fue el Kapro de la Escuadra Huracán, que tampoco había conseguido todavía captar el aura mental de sus compañeros. Nahia se sentía fatal por Ivo. Ella, Dafne y Lily habían hecho todo lo posible por ayudarle, pero era como si su mente y su magia no fueran capaces de lograrlo. Por lo que Buru-Beira-Gogoa había dicho, todos eran capaces así que Ivo tenía que conseguirlo.

«Muy bien. Ahora es cuando vemos quién de entre vosotros tiene poder mágico de dragón superior y quién solo ha sido bendecido con un poder básico. Aquellos que consigan atacar la mente de otro tienen poder superior. Los que solo pueden verla y no afectarla, poder básico. No hay un término medio, o se tiene poder superior o se tiene poder básico».

Aquella revelación dejó a Nahia algo descolocada. ¿Qué les sucedería a los que tenían poder básico? ¿Los iba a castigar? Esperaba que no fuera así por el bien de todos. Además, de básico nada, si habían llegado hasta aquella clase de tercero todos tenían un poder considerable. Observó al dragón. Sus ojos brillaban con excitación y esa no era buena señal.

«Para atacar la mente de otro debéis primero captar su aura. Una vez captada, os debéis focalizar en ella. El siguiente paso es atacar. Para ello usaréis la energía elemental que cada uno de vosotros posee. Lo haréis como si enviarais una bola elemental bien cargada, solo que el impacto y el estallido se producirán en la mente rival, no sobre su cuerpo físico».

Nahia se quedó helada. Iba a tener que enviar una bola de fuego a la mente de otra persona. Una bola de fuego calcinaba a una persona, a varias si se ampliaba el radio y la potencia. ¿Cómo iba a mandarla a la mente de alguien? ¡Sin duda la mataría!

«Por las expresiones de preocupación tan características que veo entiendo que estáis pensando todos que mataréis a alguien haciendo esto. Estad tranquilos, no es tan sencillo».

Buru-Beira-Gogoa miró a Nahia tras un breve silencio.

«Una bola de fuego, por ejemplo, estalla en una llamarada y consume con fuego todo lo que

le rodea. Pero cuando se trata de un ataque mental, la bola en sí no existe, no es algo físico que se crea y lanza. Su poder es mucho menor. Una bola de fuego normal solo puede causar dolor algo por encima de una migraña. Una bola de fuego muy poderosa sería cercana al dolor y sufrimiento que infligen mis castigos. No tengáis miedo de matar a nadie. No lo conseguiréis, de momento. Se puede, pero no las razas inferiores. Eso es privilegio de los dragones, de los más poderosos».

Nahia resopló, aliviada. Ella no quería matar a nadie y menos en un accidente en instrucción de magia. El final del mensaje la dejó intranquila. Ellos no podían, pero un dragón poderoso sí. Imagino a un dragón como su líder matándola con su mente y eso la preocupó. Que los dragones poderosos pudieran matar utilizando la mente era algo con lo que no contaban y totalmente aterrador. Maldijo entre dientes su mala suerte. No era suficiente que los dragones fueran fuertísimos, poderosos y con garras y fauces devastadoras, y que sus ataques de aliento elemental arrasaran cuanto se les ponía delante, también podían matar con su mente. Imaginó al coronel de la academia y tuvo un escalofrío. Lo peor de todo era que estaba segura de que Irakas-Gorri-Gaizt podría hacerlo, era uno de los dragones más poderoso de la academia.

«Que se adelante el primero de cada escuadra en haber conseguido identificar el aura mental».

Lily y Dafne miraron a Nahia con expresiones de ánimo. Ella no estaba nada animada, más bien inquieta, pero solo podía obedecer. Dio un paso adelante intentando mantener la calma y respiró hondo. Aquella magia era muy poderosa. Si lograba dominarla tendría un nuevo poder que utilizar en la lucha contra los dragones y la ayudaría en el largo y doloroso camino hacia la libertad. Sí, eso era lo que tenía que pensar. Los dragones no se daban cuenta de que la estaban armando para luchar, pero no por ellos como esperaban, sino en su contra. Pagarían muy caro aquel error.

El dragón la miró y Nahia desechó al instante los pensamientos de revuelta que tenía en la mente. Si antes tenía miedo de que se la pudieran leer, ahora que sabía que los dragones podían acceder a ella, mucho más. Buru-Beira-Gogoa les estaba enseñando a usar su mente para atacar a la de otros. Ya sabían que podía usarse para matar y había insinuado que, para otras cosas, una de ella podía ser leer la mente de otros. Lo pensó y casi estuvo segura de que así era. Quizá no todos, pero seguro que algunos muy poderosos lo podían hacer. No le extrañaría lo más mínimo si así fuera. Esperaba y deseaba estar equivocada, pero tenía un mal presentimiento acerca de aquello.

Nahia miró de reojo y vio a Lorena, la Fatum de la escuadra Huracán, que estaba a su derecha y también se había adelantado. No la conocía mucho, solo de vista, pero tenía entendido que era muy buena en magia. Probablemente fuese mejor que ella, los Fatum eran una raza más alineada con la magia que los humanos. La Fatum la miró también de reojo. No parecía estar muy tranquila. Nahia hubiera preferido a Markus, el humano de la escuadra Huracán, para que las cosas estuvieran más igualadas, pero no había habido suerte.

«El ejercicio consistirá en un duelo mental. Cada uno debéis atacar la mente de vuestro rival y lo debéis hacer como os he explicado. La que lo consiga primero vencerá en el duelo y el ejercicio. La que pierda sufrirá las consecuencias del ataque, como no puede ser de otra forma. ¡Adelante!».

No había tiempo de pensarlo mucho. Nahia miró a su rival y cerró los ojos. Se concentró e invocó su habilidad. Captó de inmediato la mente de Lorena. Nahia podía discernirla sin

problemas. Era un aura circular con una mezcla de infinidad de tonalidades entre azules y blancas y brillaba con fuerza. Nahia sabía ahora que aquello se debía a que su mente era poderosa. Buru-Beira-Gogoa había explicado que, cuanto más brillara el aura de una mente, más fuerte era y más difícil les resultaría atacarla. A Nahia le pareció que aquella mente brillaba mucho, lo que no era bueno para aquel duelo mental.

«Focalizaos en la mente del rival y atacad como si atacarais el cuerpo con una bola elemental, solo que con vuestra mente. La carga de poder de la bola debe ser la que habitualmente utilizáis».

Una bola de fuego era algo que Nahia podía crear ya casi sin pensar en ello después de dos años en la academia, el problema era que nunca lo había hecho en su mente. Se miró la mano derecha de forma involuntaria, que era donde las solía crear. No, ahí no debía hacerlo. Se centró en el aura de la mente de su rival y cogió energía de su dragón interior. Cogió una carga normal, aunque no entendía por qué no podían realizar el ejercicio con una carga menor. Si el ataque era exitoso, una carga normal haría bastante daño, así que sería mejor utilizar una más pequeña. Pero ese no era el método de enseñanza de los dragones, para ellos si no había dolor el aprendizaje no era eficiente.

No tenía tiempo para aquellos pensamientos, debía atacar o le iba a estallar un dolor intenso en la cabeza. Lorena ya tendría la bola creada en su mente y lista para lanzar. Creó la suya. La podía ver, esférica, ardiendo, cargada de energía, solo que en lugar de sobre su mano, en su cabeza. Era una sensación rarísima y se quedó algo extrañada.

De súbito sintió algo extraño, como si una fuerza quisiera entrar en su mente. Frunció el ceño e intentó entender qué sucedía. Fue demasiado lenta. Recibió el ataque mental de Lorena de lleno. Una bola de tormenta estalló en la mente de Nahia y sintió un dolor agudo tremendo. Su bola de fuego se desvaneció. Se llevó las manos a la cabeza de forma inconsciente por el sufrimiento, no podía pensar, solo veía dolor que lo envolvía todo. Estaba indefensa. De alguna forma supo que debía reaccionar, que si aquello fuera un combate real estaría a merced de su enemigo, pero no pudo despejar la mente, ni mover un músculo. Solo sentía un dolor fuerte en medio de su frente que no la dejaba ver, pensar ni actuar.

«Vencedora del combate: la Fatum. Como veis el ataque mental no ha matado a la humana y tampoco la ha dejado en el suelo incapacitada. Sin embargo, se ha quedado indefensa por el dolor que afecta a la mente. No hace falta que os explique que en ese estado hasta un Exarbor puede venceros y daros muerte. Haréis bien en no quedar así».

Nahia oía lo que el dragón decía y quería recuperarse para demostrar que estaba bien, pero le era imposible. El dolor era tan agudo que su mente estaba anulada y con ella todo su cuerpo. No podía hacer nada, ni siquiera para salir de aquel estado. Aguantó el dolor apretando la mandíbula y, tras un momento, la intensidad del sufrimiento comenzó a disminuir. Aguardó y el dolor disminuyó todavía más, al menos ya podía pensar. Abrió los ojos y bajó las manos. Respiró varias veces. Poco a poco el dolor fue desvaneciéndose. Nahia se irguió y resopló, aliviada.

«Aunque parezca que de un ataque mental no se puede defender uno, no es así. Hay una forma de hacerlo que vuestra propia mente os proporciona. Un momento antes la humana ha sentido que su mente estaba siendo atacada. Es un breve instante en el que la mente siente la invasión de una fuerza mágica exterior. En ese momento tenéis una oportunidad. Os enseñaré a hacerlo, pero primero debéis aprender a atacar, que es más importante. Si atacáis primero y conseguís penetrar en la mente del enemigo, no hará falta que os defendáis».

Aquella lógica tan aplastante de los dragones no convencía a Nahia ni una pizca. Atacar

primero y matar, así no habría lugar a la réplica. Mentalidad de destrucción y muerte.

«Intentadlo otra vez. Veamos si la humana ha aprendido la lección y reacciona, o si vuelve a caer derrotada».

Nahia aguantó un quejido, no quería volver a enfrentarse a Lorena. Aquel ejercicio era terrible.

«Atacad. ¡Ahora!».

La orden llegó inapelable. Nahia no tenía elección, o reaccionaba o sufriría otra vez. Tan rápido como pudo localizó el aura mental de su rival, se centró en ella y creó la bola de fuego. No lo pensó dos veces y con su mente la lanzó sobre el aura de la Fatum. La bola fue de mente a mente como una exhalación y pareció desaparecer de la de Nahia para aparecer en la de Lorena. Un instante antes de estallar, Nahia sintió una resistencia, como si la bola se topara con una barrera invisible que no le permitía penetrar. Imaginó que sería la mente de su rival rechazando el ataque. No podía permitirse que eso sucediera. No sabía qué hacer, pero la bola de fuego tenía que penetrar. Decidió empujar con su mente. Envió más energía para que la bola traspasara la barrera, pero no lo consiguió.

Envió aún más, sin rendirse. Su rival era dura, pero ella también. Al tercer intento lo logró. La bola de fuego estalló en medio de la brillante aura azul blanquecina de Lorena. Un instante después el aura perdió su brillantez y sus colores se apagaron.

Con un quejido apagado Lorena gritó de dolor. Se llevó las manos a la cabeza y quedó doblada con expresión de angustia. Nahia no lo vio porque seguía con los ojos cerrados, pero sintió que su ataque había tenido éxito. Abrió los ojos y la miró. Se apenó mucho al momento. Lorena no merecía aquel sufrimiento. Nahia se preguntó si realmente la habría vencido o si la Fatum se había dejado ganar para que ella no tuviera que soportar el castigo dos veces. En el mundo despiadado y brutal de los dragones en el que vivían esto le parecía muy poco probable. Lorena era una buena persona, compasiva, y Nahia estaba segura de que se había dejado vencer. Se lo preguntaría en cuanto pudiera.

«Veo que la humana ha reaccionado… Muy interesante. Ha sido un ataque muy rápido y potente. Bien hecho, humana. En cuanto a la Fatum, en los duelos hay que luchar siempre a ganar y no confiarse nunca, de lo contrario llega el dolor y la muerte».

Todos observaban a Lorena medio doblada, sin poder reaccionar o recuperarse. Nahia sabía que no había nada que la Fatum pudiera hacer más que esperar a que el dolor se redujese. Estaba completamente vencida, indefensa. Nahia se dio cuenta entonces de lo realmente poderosa que era aquella habilidad de atacar la mente de un rival, era un arma extraordinaria que servía para incapacitar a los enemigos y matarlos de ser necesario, cosa que Nahia preferiría no hacer. En ese estado se les daba un golpe en nuca y cabeza y solucionado, no era necesario matar.

«Ahora os pondréis todos por parejas y comenzaréis con los duelos. ¡Parejas de diferente escuadra! Os aconsejo que luchéis con todo lo que tenéis, ya sabéis qué le pasará al perdedor».

La clase fue larga y muy dura. Los duelos fueron bastante bien para unos y bastante mal para otros. Nahia no volvió a perder, pero se dejó ganar dos veces por empatía. Dafne solo perdió en dos ocasiones, una contra Lorena y la otra contra Markus, y Lily tres. Aidan y Taika no fueron capaces de atacar la mente de sus oponentes, así que perdieron todos los combates. Cuando por fin los duelos terminaron estaban todos muy doloridos, todos menos el gran Tauruk, que no había participado.

Lo único bueno de aquel día fue que por fin Ivo logró captar auras mentales y, por primera vez, no sufrió castigo en aquella clase. Estaba contentísimo. No tanto del logro como de no haber sufrido.

Todos salieron cabizbajos, menos Ivo que iba sonriendo. Nahia no podía dejar de pensar que aquella habilidad, Ataque Mental, era realmente poderosa y también muy peligrosa.

Capítulo 21

Nahia entró en la biblioteca y subió al tercer nivel con paso tranquilo, hombros caídos y expresión de estar abrumada. No quería llamar la atención lo más mínimo. Era una estudiante más de tercero que lo estaba pasando fatal en las clases, o al menos eso quería que pensaran los Tergnomus bibliotecarios. No necesitaba ojos espías sobre ella.

Cruzó el tercer piso con la cabeza gacha y resoplando de tanto en tanto. Ella era muy mala disimulando, pero seguía las indicaciones que Lily le había dado. Según su compañera, una chica como ella, encantadora e inteligente, podría engañar sin problema a los Tergnomus y Exarbor de la academia. Nahia no era de la misma opinión, pero decidió que era mejor no discutir con ella, más que nada porque no la iba a convencer de lo contrario. Ya tenía claro que la autoestima de Lily estaba siempre por las nubes, por lo que había oído comentar a Taika, ese era el caso de todos los Escarlatum.

Alzó la mirada según llegaba a las últimas mesas, al final de la planta, y sus ojos identificaron a Logan al instante. Sintió que algo en su estómago se movía y comenzó a sentir como si su llama interior se encendiera. Se dio cuenta de que no era así, lo que la extrañó. Por lo general, cuando se enfadaba se le encendía la llama y era capaz de identificarla sin problema. Cuando veía o estaba con Logan algo similar a su llama se prendía, pero era diferente, le proporcionaba una sensación muy gustosa y un nerviosismo especial que no solía sentir de otra forma. Surgía la necesidad imperiosa no solo de verle, sino de estar con él. Quería que estuvieran juntos, que, de alguna forma, pasaran a Logan a su escuadra y pudieran compartir todo el día y la noche en compañía el uno del otro. Estos sentimientos, que habían empezado en primero muy sutil y levemente, se habían ido incrementando con el paso del tiempo. Estaban ya en tercero y ahora pujaban con muchísima fuerza y a Nahia le costaba controlarlos. Sospechaba lo que era, pero no quería ni pensarlo. Bastante complicada era ya su existencia como para encima involucrarse en una relación sentimental. No, mejor descartar la idea. Además, lo más probable era que Logan no tuviera sentimientos por ella más allá de la amistad.

Vio que junto a Logan estaba Ana. Ella la miró y luego desvió la mirada a hacia Logan. Nahia se dio cuenta en aquel momento de que eran miradas muy diferentes. También pensó que Ana siempre aparecía con Logan y casi nunca sola. Era como si lo buscara antes de que los tres se reunieran. ¿Acaso quería Ana quedárselo para ella? Aquellos pensamientos despertaron un nuevo sentimiento en Nahia, uno con el que no estaba familiarizada. Sintió un malestar que le llevó a pensar mal de Ana. Se dio cuenta de que aquello no era bueno, era algo de lo que ya había hablado con Lily, la experta en todos estos temas, y que reconoció como celos. Nahia sacudió la cabeza. Se sintió fatal por pensar mal de Ana, que no había hecho nada y era muy buena amiga.

Llegó hasta ellos y saludó con disimulo mientras localizaba la posición de los Exarbor. Uno de ellos la miraba, eso no le gustó. Seguía teniendo la sensación de que la vigilaban y eso solo podían ser órdenes de los dragones. Estuvo a punto de girarse y marchar por donde había entrado y no reunirse con sus amigos, pero se tranquilizó y se sentó con ellos en la mesa, que tenía espacio para cuatro personas.

Logan se volvió hacia ella.

—Tenemos a quienes querías ver. Vendrán en un rato —susurró.

Nahia asintió.

—Gracias. Buen trabajo —dijo también en voz baja.

—No ha sido difícil convencerles, estaban deseando hablar contigo —aseguró Ana.

—Estupendo. Antes de que lleguen, contadme cómo os fue en vuestras misiones en Tremia. No hemos tenido tiempo de hablarlo y me interesa mucho saber cuál es la situación en los otros reinos.

—Tenemos tiempo hasta que lleguen. Ana, ¿por qué no empiezas tú? —cedió la vez Logan.

Ana asintió y su mirada se ensombreció.

—Fue una experiencia horrorosa, terrible, pero os la contaré —Ana suspiró, parecía muy afectada—. El dragón Itx-Urd-Arr, rey azul, tiene como objetivo conquistar el oeste de Tremia. Por lo que nos dijeron incluye el reino de Rogdon y las tribus Masig de las estepas, así como las tribus salvajes de los Usik de los grandes bosques. Yo no sé mucho de Tremia, pero creo que engloba desde toda la zona oeste superior del continente.

—Sí, eso está un poco más abajo y al oeste de Norghana, donde yo estuve —dijo Nahia, que había memorizado los mapas que Egil le había hecho.

—Llegamos allí desde una Perla que está al oste —Ana miró a Nahia por si sabía cuál era.

—Sé dónde está. Al oeste y justo a la mitad del continente. Al sur comienzan los desiertos —explicó.

Ana pareció estar localizando el lugar en su mente.

—Nosotros fuimos hacia el norte y entramos en Rogdon cruzando lo que fue una preciosa ciudad amurallada. Ahora está arrasada, se llama Silanda.

—Imagino que si es una ciudad fronteriza los ejércitos de Itx-Urd-Arr la habrán sitiado y tomado —supuso Nahia.

—Eso es. La ciudad cayó y, a juzgar por el daño que aprecié cuando pasamos por ella, la defendieron a muerte —explicó Ana y bajó la cabeza—. También vi grandes piras funerarias.

—Queman a los muertos —afirmó Logan.

—Sí, es horrible. Había varias cuando llegamos. El olor… era horroroso —un par de lágrimas cayeron de los ojos de Ana.

—Lo hacen para evitar enfermedades —dijo Logan.

—Eso imaginé. Aun así, es un olor y una experiencia desagradable. Tengo pesadillas…

—La guerra es cruel y horrible —asintió Nahia, que compadecía a su amiga.

—De Silanda continuamos hacia el norte en dirección a la capital, Rilentor. Está siendo sitiada, pero resisten. Los Rogdanos son buenos luchadores. Los llaman los lanceros de azul y plata por sus colores y por sus estupendos jinetes con lanza.

—¿Pudiste verlos? —preguntó Nahia.

Ana negó con la cabeza.

—Están todos en el interior de la ciudad, defendiéndola.

—¿Tienen magos? —quiso saber Logan.

—Sí, y poderosos. Les llaman magos de los cuatro elementos. Están resistiendo los ataques de los dragones.

—¿Cuatro elementos? Nosotros tenemos seis —comentó Nahia pensativa.

Ana se encogió de hombros.

—Es lo que me contaron nuestros soldados allí. Mencionaron magia de fuego, agua, tierra y aire.

—Les faltan los elementos luz y oscuridad —asintió Nahia.

—¿Y resisten? —preguntó Logan.

—Parece que sus magos pueden usar cualquiera de los cuatro elementos en cualquier momento por lo que, si les ataca un dragón de un elemento determinado, por ejemplo, un dragón rojo de fuego, se defienden con magia de agua.

—Vaya, eso es muy interesante —comentó Nahia.

—¿Lo es? —a Ana no se lo parecía tanto.

—Magos de los cuatro elementos… muy curioso. Nosotros solo dominamos un elemento cada uno. Entre los tres nos quedamos cortos para enfrentarnos a ellos.

—Ya veo lo que quieres decir… —Logan lo entendió.

—Poder cambiar de elemento según la necesidad les da una ventaja fantástica, sobre todo si son magos poderosos.

—Parece que lo son porque los dragones del rey azul no consiguen matarlos.

—Me pregunto qué harán si les atacan con magia de luz o de oscuridad.

—Contra la luz se puede usar cualquiera de los otros elementos excepto la oscuridad, que ellos no parecen tener —razonó Logan.

—Cierto. ¿Y contra la oscuridad? —quiso saber Nahia.

—Ummm… yo usaría el aire para disiparla, con vientos fuertes y relámpagos —dijo Logan.

—Bien pensado. Puede funcionar, sí. Tienes buena cabeza —sonrió Nahia y le miró a los ojos.

Logan sonrió levemente.

—Gracias, tú también —respondió y le devolvió la mirada.

Los ojos de ambos quedaron de súbito entrelazados. Por un instante, se miraron sin poder apartar la vista el uno del otro. Nahia se dio cuenta de que todos aquellos sentimientos volvían a surgir.

—El asedio fue una experiencia espantosa —continuó Ana rompiendo el momento que Nahia y Logan estaban compartiendo.

—Eh… ¿Participaste? —preguntó volviendo a la conversación.

—Sí, tuvimos que atacar una de las puertas de la ciudad. Fue horrible, murió muchísima gente, tanto de nuestro ejército como del suyo, aunque más del nuestro por lo que pude apreciar…

—Tu misión fue entonces como la mía —dijo Nahia.

—La mía también fue participar en el asedio y tomar una de las puertas —comentó Logan.

—Parece que todos tuvimos las mismas misiones. Tiene sentido, los dragones son bastante cabezas cuadradas para estas cosas. Nos dieron a todos los escuadrones la misma misión, solo que en lugares diferentes de Tremia.

—Sí, cada escuadrón apoyando a uno de los reyes dragones —razonó Logan.

—Yo solo sé que fue una experiencia terrible. Tuvimos que luchar por nuestras vidas y matar a los rogdanos. Me siento fatal por lo que me vi obligada a hacer. No quería matarlos, pero era su vida o la mía —Ana se llevó las manos a los ojos y sollozó.

—Tranquila, hiciste lo que debías. Es una guerra, hay que matar o morir. No hay elección —aseguró Logan y le puso la mano en la espalda intentando consolarla.

—No es tu culpa, Ana. Es culpa de los dragones que te enviaron allí a luchar y matar por ellos. No te culpes, culpa a los dragones —dijo Nahia.

Ana intentó calmarse.

—Gracias, lo sé. Eso me digo, pero me cuesta aceptarlo.

—¿Qué sabes de los Masig y los Usik? —preguntó Nahia.

Ana se secó las lágrimas y continuó explicando.

—Lo que me contaron los soldados allí es que los Masig son una raza de humanos de piel rojiza que cabalgan por las grandes estepas. Una parte del ejército del rey azul con un grupo de dragones ha sido enviado a derrotarlos.

—¿Lo han conseguido? —se interesó Logan.

Ana negó con la cabeza.

—Por lo que parece las estepas son inmensas y los Masig están distribuidos en numerosas tribus nómadas. No tienen una capital, se mueven constantemente. Ni siquiera tienen un ejército como tal, sino fieros guerreros. Los soldados los consideran tribus salvajes que montan a caballo y luchan con lanzas y arcos. No han conseguido derrotarles porque cuando ven un dragón se dispersan y no van a la batalla. Como no hay una ciudad que sitiar, no hay nada que conquistar.

—Vaya, parecen listos estos Masig. Y que sean tribus nómadas les favorece ante una invasión —comentó Nahia, admirada.

—Es una buena táctica. Si no tienes que defender una ciudad y no pudiendo derrotar a los dragones, yo haría lo mismo: rehuir el enfrentamiento directo —comentó Logan.

—También me dijeron que cuando los dragones no están con el ejército, los Masig se lanzan con ataques rápidos y luego se dispersan de nuevo por las grandes estepas.

—Muy buena táctica —asintió Logan.

—Entonces no los han derrotado todavía —quiso asegurarse Nahia.

—No, porque no los consiguen atrapar.

—¿Y los Usik? —preguntó Nahia.

—Esos peor todavía —Ana puso cara de espanto.

—¿Qué quieres decir? —Nahia no lo entendió.

—Si los Masig son salvajes y duros, los Usik todavía más. Viven en el interior de un bosque que no tiene final, debe ser gigantesco. Por lo que me contaron, se dice que viven en las copas de

los árboles. Los regimientos que se han adentrado en los bosques insondables de los Usik no han regresado.

—¿No han regresado? ¿Ninguno? —Nahia abrió mucho los ojos.

—Eso me dijeron. Los dragones no pueden proteger a los soldados en el interior del bosque porque es tremendamente tupido y no ven qué sucede en su interior. Los Usik son salvajes de piel verde, primitivos y feroces, y no permiten que nadie entre en sus bosques.

—¿Y los dragones no han encontrado forma de vencerles? —preguntó Logan.

—Se esconden en los árboles o entre la maleza. No pueden verlos con sus pieles verdes, se camuflan muy bien. Han arrasado partes del bosque, pero se cree que sin poder alcanzar a muchos nativos. Los bosques son tan inmensos y el clima tan húmedo que quemarlos tampoco parece funcionar. Los fuegos se apagan.

—O los apagan los Usiks —indicó Logan.

—Sí, puede ser. La campaña contra los Usik va muy mal. Han muerto muchos soldados del ejército del rey azul y no han conseguido avances.

—Esas son buenas noticias. No las muertes de nuestros soldados, eso es horrible, sino que los dragones no puedan aplastar a los salvajes.

—Es el hábitat en el que viven, allí están protegidos —razonó Logan.

Ana asintió.

—Sí, y eso es cuanto sé.

—Estupendo, Ana. Cuanta más información tengamos de lo que sucede en Tremia, mejor —dijo Nahia.

—Parece que los dragones están teniendo dificultades en el oeste. Son buenas noticias —se pronunció Logan.

—Y tú, Logan, ¿cómo fue tu misión? —pidió Nahia y lo miró a los ojos con cierta timidez, por si los sentimientos regresaban.

Él le devolvió la mirada y de nuevo hubo un instante en el que sus miradas se entrelazaron. Sucedía casi de forma magnética, como si sus ojos se buscaran de forma inconsciente y cuando se encontraban no quisiesen separarse.

—Espero que fuera mejor que mi experiencia —deseó Ana.

Logan miró a Ana y la magia del momento con Nahia se disipó.

—En mi caso me tocó apoyar al rey blanco, Aiz-Zur-Tor. Tiene como objetivo la conquista del medio centro del continente. Es un área amplia que incluye el reino de Zangria al norte, el reino de Erenal más al sur, y el mar central. Todo en la parte superior de Tremia.

—Eso está justo debajo de Norghana, algo más al este —informó Nahia, que cerrando los ojos repasaba en su cabeza los mapas memorizados.

Logan asintió.

—Salimos en una Perla al este y tuvimos que recorrer un largo camino en dirección suroeste para llegar hasta el reino de Erenal. Luego nos hicieron marchar hasta llegar al reino de Zangria. La mayor parte del tiempo de la misión lo pasamos viajando de la capital de un reino a la del otro. Las dos están bajo asedio de los ejércitos del rey blanco. El rey tiene sus ejércitos divididos en dos, uno ataca Zangria y el otro Erenal. A nuestro escuadrón nos tocó atacar la capital de

Zangria.

—¿Cómo son los zangrianos? ¿Aguantarán? —preguntó Nahia interesada.

—Los zangrianos son una raza interesante. Son humanos, pero bajos y muy fornidos. Parecen feos y con mucho pelo. Y buenos luchadores, no son altos, pero sí anchos y fuertes.

—¿Entonces aguantarán? —reiteró Ana.

—Me temo que no. Sus magos no son muy poderosos y tampoco muchos en número.

—Sin magos no podrán resistir mucho tiempo el ataque de los dragones —dijo Nahia con tono decaído.

—Eso me temo. Participamos en el asedio de la capital y tomamos una de las puertas principales de acceso a la ciudad. Los zangrianos se defendieron como leones, pero contra los dragones poco podían hacer.

—Entonces Zangria caerá —dedujo Nahia.

Logan asintió.

—Muy pronto, por desgracia.

—Los dragones matarán a miles —se lamentó Ana.

Nahia y Logan no dijeron nada, pero los dos sabían que sería así.

—¿Qué nos puedes decir del reino de Erenal? —preguntó Nahia.

Logan hizo un gesto de contrariedad.

—Creo que les ocurre algo parecido. Sus magos no están pudiendo defenderse de los dragones. Creo que también caerá.

—¿Al mismo tiempo que Zangria?

—Creo que aguantarán algo más, aunque no participamos en el asedio, así que no estoy seguro. Nos dijeron que Erenal tiene un ejército poderoso y con tácticas militares avanzadas, pero no sé nada de sus magos, quizá puedan aguantar.

—Tal vez no… —Ana bajó la cabeza, se la veía alicaída.

—¿Y el mar central? —preguntó Nahia.

—Parece que lo controla una raza de piratas que no han presentado batalla. Huyen de los dragones en sus navíos. No creo que sean de ayuda para la causa.

—Vaya, malas noticias. Me había animado con lo que estaba sucediendo en el oeste —dijo Nahia.

—Es más probable que los reinos caigan a que aguanten —dijo Logan con tono de pesar—. Debemos partir de esa premisa en nuestras decisiones.

—Sí… todos caerán al final… —Ana estaba perdiendo la esperanza.

—No digas eso, Ana. Tremia conseguirá expulsar a los dragones. Nosotros les ayudaremos a conseguirlo —dijo Nahia.

—Lo veo tan difícil…

—Lo es, pero lo lograremos —aseguró Logan y se unió al sentimiento de Nahia.

Hubo un momento de silencio. Los tres se quedaron pensando lo complicado de la situación en Tremia y lo difícil que iba a resultar poder ir en contra de los dragones.

—Ya llegan —comentó Ana e hizo un gesto con la cabeza.

Capítulo 22

Nahia y Logan levantaron la mirada y observaron la planta. Dos figuras se acercaban hacia ellos. Nahia los reconoció al momento, eran Brendan, de la Escuadra Ardiente, y Logar, de la Candente. Se alegró de que hubieran decidido acudir. Con disimulo, se levantó de la mesa en la que estaba para sentarse en la del final. Aguardó a que los invitados a la reunión llegaran.

Brendan y Logar disimularon y no saludaron a Ana y Logan al pasar junto a ellos.

—Sentaos —dijo Nahia a sus compañeros de escuadrón y les hizo un gesto con la mano. Los dos asintieron y se sentaron frente a ella, que tenía la espalda contra la pared.

Ana, junto a Logan, se volvió con disimulo.

—Danos la señal cuando estés preparada —dijo muy bajito a Nahia.

—De acuerdo —esta abrió el tomo que había sobre la mesa e hizo como que lo estudiaba.

Logan y Ana miraron hacia los Exarbor.

—Bienvenidos —recibió Nahia a sus dos compañeros de escuadrón, y miró sobre sus cabezas para ver si despertaban sospechas.

Había alumnos de tercero ocupando diferentes mesas en grupos de dos, tres y algunos solitarios, pero todos estudiando. Entre ellos estaban Lily, Dafne e Ivo en una mesa y Taika solo en otra. Aiden, por supuesto, no había querido saber nada de todo aquello y estaba practicando en una de las salas de entrenamiento mágico. Los Exarbor bibliotecarios estaban ocupados con sus tomos y ayudando a los alumnos. Todo parecía normal.

—Nos complace estar aquí —dijo Brendan.

—Habíamos oído algún rumor… y queríamos hablar contigo —confesó Logar.

—¿Rumor? ¿Qué se rumorea? —Nahia enarcó una ceja y le miró fijamente.

El Felidae león miró sobre su hombro, cerciorándose de que no le oía ningún Exarbor antes de pronunciarse.

—Se rumorean muchas cosas… Peligrosas todas… Que hablas en contra de los dragones… Que quieres liberar a las razas esclavas… que quieres empezar una nueva insurrección...

Nahia inspiró.

—Todo eso se rumorea de mí, ¿eh?

—Eso y más —aseguró Logar.

—Nadie se atreve a imaginar ir en contra de los dragones, mucho menos a expresarlo. Que tú te hayas pronunciado, y en más de una ocasión arriesgando la vida, llama la atención y mucho —dijo Brendan.

—¿Por eso estáis aquí? ¿Para saber si es verdad o no?

Los dos se miraron entre sí y luego dirigieron su vista hacia Nahia.

—No estamos aquí por rumores o cotilleos, nosotros te respetamos por cómo te has

comportado siempre con nosotros y nuestras escuadras —dijo Brendan.

—También porque tu escuadra y tus amigos te respetan, y mucho —le hizo saber Logar.

—Queremos saber si el mensaje que están haciendo circular es verdadero —dijo Brendan.

—Si realmente lo crees de corazón —añadió Logar.

Nahia asintió.

—Entiendo vuestra posición. Os arriesgáis mucho solo por hablar conmigo sobre el tema. Por ello, y porque os respeto, seré directa y completamente honesta: el mensaje es verdadero. Os doy mi palabra y os pido que os unáis a la causa.

Brendan y Logar se miraron y luego miraron a Nahia.

—Te escuchamos —dijo Logar.

Ella levantó la mano derecha y Brendan y Logar aguardaron.

—Ahora —dio la señal Nahia a Ana y Logan.

Los dos se levantaron y fueron directos hasta los dos Exarbor más cercanos. Comenzaron a hacerles preguntas para distraerles y permitir que Nahia tuviera algo de tiempo para convencer a sus dos invitados.

—Escuchadme con atención porque lo que voy a contaros es de suma importancia y verdadero.

—Adelante —dijo Brendan.

Logar hizo un gesto para que continuara.

Nahia les explicó el mensaje, la causa, cuál era su sueño y cómo podían conseguirlo con armas de magia dorada capaces de matar dragones. Les explicó quién y cómo había matado al dragón que habían visto muerto en Norghana. Se lo contó todo con la esperanza de que, siendo honesta, se convencerían. Cuando terminó se quedó en silencio un momento, dejando que los dos asimilaran toda la información que les había dado.

Un momento largo de reflexión más tarde, hablaron.

—Tu sueño es uno que muchos tenemos y compartimos —afirmó Logar.

—No es mi sueño, es nuestro sueño, el de todos. Del mismo modo que esta no es mi causa, es la de todos, porque la libertad no se podrá conseguir si no luchamos todos por ella —aseguró Nahia.

Logar asintió.

—Sabias palabras.

—Si la magia dorada existe y esas armas son capaces de hacer lo que dices, entonces hay esperanza —opinó Brendan.

—Te aseguro que es así.

—Te creemos, sabemos que eres una persona honesta —afirmó Logar.

Brendan asintió.

—Te creo. Y tus palabras me llenan el corazón de esperanza. Gracias.

—Gracias a vosotros por confiar en mí.

Los dos asintieron.

—Puedes contar conmigo. Quiero luchar por la libertad, por nosotros, no por los dragones. Si hay una oportunidad, si hay una esperanza, quiero intentarlo —dijo Logar convencido.

—Gracias por unirte a nosotros. Te aseguro que hay una oportunidad. Podemos hacerlo. Este es nuestro momento —aseguró Nahia convencida.

Logar asintió.

—Estoy contigo.

—Cuenta también conmigo —dijo Brendan—. Vivir así no es realmente vivir. Si he de morir, moriré luchando, no como un esclavo derrotado por sus miedos. No quiero haber podido alzarme y no haberlo hecho por miedo.

—Así lo siento yo también —dijo Nahia—. Gracias por uniros a la causa.

—¿Qué necesitas que hagamos? —quiso saber Logar.

—Necesito que habléis con vuestras escuadras y les contéis lo que hoy os he transmitido, pero solo a aquellos en quienes confiéis. Dejad fuera a los Drakónidos, son un riesgo, y a cualquiera que esté demasiado sometido a los dragones o convencido de que no hay más destino que el de ser esclavos hasta la muerte.

—Entendido —dijo Logar.

—¿Solo a nuestras escuadras? —preguntó Brendan.

—Primero a vuestras escuadras. Luego pasaremos el mensaje a las escuadras de segundo y primero. Cada escuadra que se encargue de la suya en los tres cursos.

—Es una buena estrategia —asintió Brendan—. Pero necesitarás convencer a cada escuadra de tercero para que luego el mensaje se traslade hacia abajo.

Nahia asintió.

—No podremos convencer a todas, o eso imagino. Es el plan que tenemos por ahora, no es perfecto, pero es la forma de empezar. Una vez lo cumplamos, podremos ver qué escuadras nos quedan de cada año. Entonces pensaremos una nueva estrategia.

—Si nos descubren los dragones nos harán confesar quién nos lidera antes de matarnos —advirtió Logar.

—Lo sé. Yo moriré… pero no así el mensaje ni la causa. Ellos seguirán adelante porque habrá otros que tomen el relevo de los caídos. Si muero, si morimos, estoy segura de que otros tomarán nuestro lugar. Para ello tenemos que asegurarnos de que el mensaje cala en sus almas.

—Nos aseguraremos de que así sea —dijo Logar.

—Espero que sobrevivas, Nahia —dijo Brendan.

—Pide mejor que la causa triunfe. Si sobrevivimos o no es secundario, lo único importante es alcanzar la libertad para todos —Nahia enfatizó mucho el mensaje.

—Antes ya te tenía mucho respeto, Nacida de la Llama, ahora muchísimo más —dijo Logar.

—Eso mismo —se unió Brendan.

—Id, y tened cuidado. Necesitamos que el mensaje llegue a cuantos más, mejor.

—Nos encargamos —aseguró Brendan.

Los dos se levantaron y se marcharon.

Nahia se quedó pensando. Había tenido mucho tiempo para meditar sobre la libertad y el sacrificio que requeriría. Que iba a morir en la academia lo sabía desde el día de la ceremonia en su aldea, pero hacerlo por la libertad no le parecía tan malo y era un precio que estaba dispuesta a pagar por la libertad de todos.

Ana y Logan ya habían dejado sus maniobras distractorias para no levantar sospechas y se volvieron hacia ella en su mesa.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Ana muy interesada.

—Muy bien. Me han creído, ellos vieron al dragón muerto. No sé explicaban cómo había podido ocurrir, pero ahora lo saben. Ambos se unen a la causa —anunció Nahia, muy motivada y feliz.

—Buenas noticias —asintió Logan y por una vez su serio rostro se iluminó con una pequeña sonrisa.

—Estupendas —Ana cerró los puños con fuerza y sonrió.

—Van a contar todo lo que les he dicho a sus escuadras, a los de confianza. Ya les he advertido que no se arriesguen con los Drakónidos, y si hay algún otro del que desconfíen, que lo dejen estar. Necesitamos que el mensaje se extienda, pero debemos hacerlo con extrema precaución.

—Esa es la forma —dijo Logan y asintió.

—Vosotros haced lo mismo, después tantearemos a las escuadras de segundo y de primero. A ver si podemos transmitirles el mensaje.

—De acuerdo. Es hora de actuar —dijo Logan convencido.

—Espero que todo salga bien… —deseó Ana con la garganta atenazada.

—Tranquila, todo irá bien. Si no lo ves claro, no confíes —aconsejó Nahia.

—No arriesgues hasta verlo muy claro —dijo Logan mirándola con preocupación.

Ana asintió varias veces.

—No sé cómo no tenéis miedo. A mí me puede…

Nahia sonrió.

—¿Quién ha dicho que no lo tengamos? Yo lo tengo, y mucho. Apuesto a que Logan también.

Él asintió.

—Lo tengo, solo los locos no temen a la muerte.

—O los necios —añadió Nahia.

Ana los miró con ojos húmedos.

—Ojalá escapemos a la muerte.

Logan y Nahia se miraron. Los dos sabían que las posibilidades que tenían eran mínimas, por no decir casi inexistentes, pero seguirían adelante.

—Lo lograremos —aseguró Nahia.

Capítulo 23

Unos días más tarde Nahia estaba en clase de Talento. Zeru-Urdin-On, la poderosa dragona azul, la había vuelto a elegir para demostrar cómo debían conjurar. La tenía en medio de la clase, mientras el resto de sus compañeros observaban. Había muchos días en los que Nahia lamentaba ser una Nacida de la Llama, llamaba demasiado la atención, cosa que ella odiaba.

«Extiende las manos hacia delante, humana» dijo, la orden le llegó con un sentimiento de tranquilidad, como buscando calmarla. Esto la sorprendió, pues no era lo habitual. Los mensajes mentales siempre llegaban como órdenes implacables y urgentes. ¿Estaba aquella dragona siendo amable? Lo dudaba, tendría que averiguar qué sucedía.

Hizo como le ordenaba y Sorginbor, el Exarbor ayudante, se apartó a un lado con un movimiento bastante rápido para los de su raza. Eso no le transmitió a Nahia mucha confianza. No sabía qué pretendía con el nuevo ejercicio, pero que el Exarbor se apartara no era buena señal.

«Ahora quiero que mires tus manos un largo momento, hasta memorizar su aspecto. Luego cierra los ojos y concéntrate en esa imagen. Visualízalas en tu mente. Cuando las veas, asiente».

Aquello era de lo más extraño. La dragona le había pedido que asintiera, pero los todopoderosos señores nunca buscaban comunicación, solo enviaban órdenes. Le costó un momento sobreponerse a la sorpresa.

Miró sus manos girándolas. Luego se concentró y las visualizó en su mente. Asintió.

«Quiero que uses tu poder elemental, el fuego, de forma directa. El fuego debe salir de tus manos como si ardieran y lo proyectaran. No debes hacerlo como cuando usas garras elementales, debes crear una explosión de fuego saliendo de tus manos de forma instantánea. Concéntrate e inténtalo. Recuerda, fuego saliendo directo de tus manos».

Nahia respiró y se concentró en lograr lo que la maestra le había pedido. Pensó en una explosión surgiendo de sus dos manos extendidas. Cogió energía elemental de su dragón interior y, en lugar de crear una esfera, una garra o fauces, lo que hizo fue expulsarla hacia fuera. Abrió los ojos y vio cómo de sus manos surgía energía, pero no era fuego. Había hecho salir la energía elemental en estado puro.

«No ha estado mal, pero debes convertir tu energía elemental en fuego según la proyectas. Vuelve a intentarlo».

El fallo hizo que Nahia dudara. Se daba cuenta de que lo había hecho mal y no quería volver a errar. Repitió el ejercicio y esta vez cuando la envió, la convirtió primero en fuego. Abrió los ojos y pudo ver que de sus dos manos salían llamas intensas que alcanzaban solo un par de palmos y creaban una especie de abanico de fuego. Era impresionante.

«Muy bien. Ahora mueve las manos y dirige las llamas. Debes enviar energía para alimentarlas o morirán».

Nahia movió las manos a derecha e izquierda y luego arriba y abajo. Continuó enviando energía para que no se acabara el conjuro. Se quedó muy sorprendida. Aquella habilidad era

realmente poderosa. Las llamas, aunque cortas, eran muy intensas, tanto como el Aliento de Dragón. Podría calcinar a quien intentase acercársele. Además, notó que le costaba mucho menos conjurarlo y mantenerlo.

«Has aprendido la habilidad Manos de Fuego. Quiero que los demás aprendáis a desarrollar esta habilidad con vuestro elemento. Este es el conjuro que más se usa una vez que se domina por su sencillez para conjurar y lo eficaz que es. Pero para ello debéis aprender a hacerlo de forma instantánea. Solo con pensarlo vuestras manos deben expulsar el ataque elemental. Comenzad a practicar».

Los cinco se situaron guardando una distancia prudencial para que no ocurriera un accidente, como había hecho Sorginbor. Les llevó toda la clase, pero para cuando finalizó lo habían conseguido todos. Lo hacían mejor de lo que Nahia hubiera esperado. Sus Manos de Fuego no salían de forma instantánea todavía, había un momento de retraso entre la orden de la mente y el fuego, pero para ser el primer día le pareció un logro tremendo. Además, fue la única que lo consiguió tan rápido, al resto les llevó casi toda la clase lograr que el conjuro funcionara.

Le dio la impresión de que lograr que fuera instantáneo le iba a costar más de lo que imaginaba. Por ella ya estaba lo suficientemente bien y era lo bastante rápido, pero sabía que Zeru-Urdin-On no lo aceptaría.

Observó a sus compañeros para ver cómo eran sus conjuros. Todos tenían el mismo alcance y forma, pero le sorprendieron bastante. Las Manos de Hielo eran parecidas a las suyas de fuego, solo que congelaban todo lo que hubiera delante. Sin duda cancelarían sus Manos de Fuego de enfrentarse. Las Manos de Roca eran de lo más peculiares, salían rocas y piedras con aristas y formas punzantes y lacerantes disparadas hacia delante para destruirse al llegar al radio de alcance. Las Manos de Luz emitían una luz tan brillante que cegaban a quien estuviera enfrente. Sin duda eran magníficas para destruir cualquier conjuro de oscuridad o luchar en penumbra, pero las que eran realmente impresionantes, y que hasta le dieron algo de envidia, eran las Manos de Tormenta. De los dedos salían rayos de un color blanco azulado zigzagueando que descargaban contra lo que se toparan. El efecto era impresionante con los diez rayos descargando una y otra vez emitiendo chispazos azules. De alcanzar a una persona la matarían en un abrir y cerrar de ojos.

Al finalizar la clase todos se marcharon contentos con la nueva habilidad que habían desarrollado. Nahia no podía esperar para contárselo a su escuadra.

Aquella noche en el comedor, mientras cenaban, Nahia les narró la clase con todo detalle.

—Las Manos de Tormenta parecen increíbles —comentó Aiden, que se miraba sus manos extendidas.

—Cuidado con esas manitas que estoy delante —dijo Lily—. A ver si se te van a disparar y me hacen una quemadura en la cara.

—Yo no soy Hechicero, no tengo esa habilidad —dijo Aiden—. Y una quemadura en el rostro te daría carácter.

—Me desfiguraría, que es muy diferente —Lily se tocó las mejillas como asegurándose de que estaban perfectas—. ¡Qué desgracia si me quedasen marcas! ¡Sería mi ruina!

Aiden negó con la cabeza y puso expresión de no poder creérselo.

—Que sea instantáneo es impresionante —comentó Taika—. No creía que eso fuese posible. Siempre pasa un tiempo desde que invocamos una habilidad hasta que se produce.

—Sí, y cuanto más difícil es o más nos cuesta la habilidad, más tiempo tarda —comentó Dafne.

—Lo de instantáneo creo que solo es para los del talento de Hechicería. —Nahia se miró la Marca de Talento grabada en el dorso de su mano derecha.

—A mí me gustaría mucho tener Manos de Tormenta instantáneas —afirmó Aiden.

—Pero no eres de Hechicería, así que te toca fastidiarte y aguantarte —dijo Lily con una mueca divertida.

—Los señores dragones me han otorgado el talento de Bárbaro y no puedo estar más contento.

—Ya, y no van a equivocarse tus señores… y mucho menos tú llevarles la contraria —dijo Dafne.

—Contadme qué tal os va a vosotros en vuestras clases de talento —pidió Nahia, que quería saberlo todo sobre sus compañeros.

—A mí me va estupendamente —afirmó Aiden al momento.

—Qué raro que a ti se te de todo bien… —comentó Dafne con ironía.

—Yo no miento, se me da muy bien. Hemos aprendido la habilidad Frenesí Imparable. Es espectacular. Nos permite atacar con mayor agresividad, fuerza y velocidad. Para ello usamos nuestra energía mágica. Llegaremos a ser imparables.

—Por curiosidad… Esta habilidad solo afecta al ataque, ¿verdad? No a la defensa —preguntó Ivo.

—Sí, claro, es una habilidad de ataque, nos convierte en formidables atacantes.

—Ya, la encuentro un tanto desequilibrada. Todo ataque y nada de defensa —dijo el Tauruk —. No me parece muy bien.

—Mejor si la usas con precaución —advirtió Taika—. Quedar expuesto por atacar de forma muy agresiva es peligroso.

—Es una de las habilidades más importantes de un Bárbaro y debo usarla —dijo Aiden haciendo oídos sordos a las advertencias.

—Como de por sí no eres suficiente loquillo, van y te dan una habilidad para serlo más todavía —dijo Lily con sorna.

—Yo no soy loquillo.

—Un poco alocado te vuelves de tanto en tanto —dijo Dafne—. Y con esta nueva habilidad todavía más.

—Decid lo que queráis. Es un honor ser un Bárbaro y usaré Frenesí Imparable siempre que pueda.

—Este loquillo nos matará a todos un día, ya veréis —dijo Lily al resto.

—¿A ti como te va, Ivo? —preguntó Nahia.

—Yo no me puedo quejar —comentó él—. Sigo pasándolo mal con la parte de magia, pero los conocimientos que estoy adquiriendo son maravillosos. Me gusta mucho el Talento de Druida, más de lo que inicialmente pensaba. La parte de estudio sobre la naturaleza me parece fascinante. Últimamente paso más tiempo en la biblioteca estudiando tomos de naturaleza que

practicando magia.

—¿No deberías de hacer ambas cosas? —preguntó Nahia.

—Sí, debería, tienes razón, por una simple cuestión de equilibrio —sonrió él—. Pero a veces me sumerjo tanto en los tomos de conocimiento natural que es como si me capturaran.

—Desde luego… ¡dejarse capturar por un tomo! Eres el Tauruk más raro que he visto nunca —dijo Aiden.

—Soy Ivo —se encogió de hombros el gran Tauruk.

—¿Qué habilidad estás aprendiendo? —preguntó Taika.

—Ahora que ya sabemos curar envenenamientos, estamos aprendiendo a envenenar a otros. Todavía no me sale del todo, pero podré lanzar veneno parecido a como lo hace Nahia con sus Manos de Fuego.

—Oh, eso es muy interesante —a Nahia le gustó.

—Bueno, tú lleva siempre contigo los antídotos por si acaso —recomendó Dafne.

—Tranquila, ya sabes que a mí me gusta el equilibrio. Si voy a envenenar, también voy a curar ese envenenamiento.

—Eso es porque aparte de ser bestial eres genial —dijo Lily riendo.

Ivo soltó una profunda carcajada a la que se unieron sus compañeros. Hasta Aiden sonrió, cosa muy rara en él.

—¿Qué tal tú, Taika? ¿Te va bien? —preguntó Nahia.

—Yo creo que voy bien. Tengo ventaja sobre el resto de mis compañeros por la combinación de mi raza y magia elemental. Ser un Felidae con magia elemental de oscuridad es una combinación muy favorable para el Talento de Sombra.

—Yo diría que es la mejor combinación —comentó Dafne.

Taika asintió.

—Es posible, sí.

—¿Qué habilidad estáis desarrollando? —preguntó Aiden con interés en el gesto.

—Gran Salto Silencioso. Ya hemos dominado Crear Oscuridad, que en mi caso es muy poderoso. También Movimiento en Sigilo, de esta forma ni se nos ve ni se nos oye. Ahora estamos aprendiendo a dar un gran salto para caer sobre nuestros enemigos desde la oscuridad.

—Me gusta, un ataque sorpresa —asintió Aiden.

—Sí, al terminar el salto derribamos al oponente y queda a nuestra merced —explicó Taika.

—Muy buena habilidad —a Nahia le gustó.

—Cuando la domine os cuento.

—No creo que tú tardes mucho en dominarla, eres un portento físico —dijo Dafne.

Taika sonrió levemente.

—Gracias, no creo que lo sea tanto.

—No seas modesto, sabes que lo eres —dijo Lily y le lanzó un beso.

Taika sonrió y se puso un poco colorado.

—¿Y tú, Lily? ¿Cómo te va? —preguntó Ivo.

—Pues soy la mejor de mi clase, y con diferencia —afirmó ella, convencida. Abrió las manos y puso cara de que no podía ser de otra forma.

—Ya será menos —replicó Aiden.

—Soy la más encantadora en todos los sentidos, los físicos y los mágicos —aseguró Lily con una mueca coqueta.

—Por supuesto que lo eres, no hay nadie más encantadora y arrebatadora que tú en toda la academia —dijo Dafne.

—Gracias, compañera. Tú con lo bonitísima que eres podrías también ser encantadora y competir conmigo.

—No con mi carácter huraño —dijo Dafne arrugando la nariz.

—Sí, ahí no te voy a llevar la contraria. Ese carácter tuyo… encantador lo que se dice encantador, pues no es que sea…

—Y a mucha honra —respondió ella orgullosa de ser arisca y peleona.

—¿Qué estás aprendiendo ahora? —se interesó Taika.

—Estamos trabajando una habilidad de encantamiento impresionante que se llama Alucinación. Cuando consigues afectar la mente de otra persona con ella, haces que vea cosas que no están. Y no cualquier alucinación, se puede llegar a conseguir que vea su peor temor, su más horrenda pesadilla, es de lo más impresionante. Las personas se mueren de miedo, casi literalmente. Todavía no la domino, pero cuando lo haga voy a hacer que el cabeza roca sufra sus peores pesadillas delante de todos y en pleno día. Será divertidísimo.

Dafne soltó una carcajada.

—No le veo la gracia —se quejó Aiden—. Ni se te ocurra usar tus encantamientos sobre mí —advirtió.

—Es solo por saber cuál es tu peor pesadilla, a qué le tienes más miedo —dijo Lily—. Tengo interés por aprender…

—No le tengo miedo a nada. Soy un Drakónido, nacido para luchar. No temo a nada. Y ni se te ocurra mirarme con un encantamiento.

—Ahora sí que me pica la curiosidad —dijo Dafne.

—Dejadme tranquilo o me veré obligado a usar mi habilidad Frenesí Imparable.

Lily y Dafne sonrieron y no dijeron más. No querían que Aiden se alterara por si le daba uno de sus ataques.

—Nos faltas tú, Dafne, ¿qué nos cuentas? ¿Cómo te va? —preguntó Ivo.

Dafne resopló.

—Me va bien y mal, como siempre.

—Ya será menos —dijo Lily.

—¡Qué va! —replicó Dafne—. Las clases de Talento requieren pasar mucho tiempo en la biblioteca estudiando la fisonomía de las razas esclavas combatientes, como nos llaman los dragones a nosotros. Es necesario para que al curar tenga efecto mi magia sanadora. De lo contrario es muy genérica y no hace tanto bien. Con el castigo que tenemos que soportar cada

noche más las clases de armas estoy muerta, y apenas me da la cabeza para estudiar. Por ese lado mal.

—Sí, todos estamos un poco así —dijo Nahia.

—Nosotras más, porque estos tres no sufren en clase de armas como lo hacemos nosotras —dijo Dafne.

—Quizá no, pero sufrimos más en clase de magia —replicó Ivo y señaló su gran cabeza con cuernos.

—Por el lado de la sanación, mejor. Estoy contenta porque ya puedo sanar a una persona con bastantes afecciones y heridas. La habilidad Sanación se me da cada vez mejor. Si consiguiese estudiar algo más sería estupendo, pero estoy contenta. Nunca hubiera imaginado que podría llegar a curar una herida o una enfermedad con magia, es increíble. Puedo incluso crear una Bola de Sanación que irradia magia curativa. No es muy poderosa todavía, pero sana todo lo que no sea muy específico de una raza o grave.

—Nosotros te lo agradeceremos mucho —dijo Taika—. Seguro que necesitaremos de tus cuidados.

—Sobre todo el cabeza de granito —afirmó Lily con un gesto cómico.

—No lo creo, a mí poco me hará falta —Aiden cruzó los brazos sobre el torso.

—Así que contenta con el progreso, pero el camino será largo y arduo —comentó Dafne y sonrió. Su rostro mostró el agotamiento que sentía.

—Me alegra verte contenta y más sonriendo, es raro en ti —dijo Nahia, que también sonrió por su amiga.

—No os acostumbréis, es una excepción —respondió ella y arrugó la nariz y la frente.

El grupo sonrió ante la mueca de la Fatum.

—Hay que ir al castigo, es hora —anunció Aiden y se puso en pie.

—Oh… vaya… —se lamentó Lily.

—Sí, será mejor que vayamos —dijo Nahia.

Abandonaron el comedor y se dirigieron a las mazmorras. Nada más salir todos sintieron el cansancio que se iba acumulando y los tenía extenuados. Por desgracia, tendrían que aguantarse y cumplir con el castigo.

Capítulo 24

Dafne tiraba de la carreta por el pasillo junto a los braseros, en el subnivel segundo de las mazmorras. Ya estaba costumbrada a tirar de la carga. Pesaba y era molesto, pero al estar siempre tan cansada, lo asumía con resignación y sin pensar demasiado en ello. Llegó hasta uno de los braseros cuyo fuego estaba bajo y se puso a trabajar. Miró hacia la larga celda con barrotes que tenía enfrente, dentro había una raza de criaturas agresivas. Por lo que Oihane de los Selvari le había contado, eran los Growr.

Terminó de cargar el brasero y se adelantó. Al principio no solía hacerlo, no era partidaria de acercarse a las celdas por mera precaución. Pero como no había sucedido nada en todo el tiempo que llevaba allí abajo, y ya estaba acabando la estación y con ella el castigo, se arriesgaba más. La verdad era que le intrigaban aquellas especies, los seres y criaturas que los dragones tenían allí prisioneros. Un Growr poderoso se acercó hasta los barrotes al verla. Eran unas criaturas humanoides con un físico parecido al de un gran simio, pero más peligrosos. Tenían colmillos muy grandes que les sobresalían de la boca y las uñas de sus grandes pies y manos eran de tipo garra.

—¡Growr! —gruñó y se golpeó el poderoso torso con sus puños mostrando lo fuerte que era.

Vestía unas calzas muy primitivas con un cinturón de cuero. Sobre el torso llevaba una camisa forrada de plumas y sobre la cabeza una especie de corona también con plumas. Debía de ser algún jefe de tribu. Otros que estaban detrás vestían de forma similar, pero portaban collares en lugar de la corona.

—Ya veo por qué os llaman como lo hacen. No hace falta que te pongas todo chulito cada vez que paso, no tengo intención de pelear contigo. Eres un gorila bestial con tendencias demasiado brutas y asesinas.

El Growr prestó atención a lo que decía por lo que Dafne dedujo que, si bien parecían criaturas salvajes sin raciocinio, en realidad, no lo eran. Serían muy primitivos, pero eran inteligentes, sus vestimentas así lo indicaban. Además, si fueran animales los dragones no se molestarían en encarcelarlos, simplemente los matarían. Aquellas criaturas provenían de alguno de los mundos conquistados y eran pensantes.

El jefe la miró de arriba a abajo y dijo algo que sonó a gruñidos entrecortados incomprensibles.

—Lo siento, no te entiendo —respondió Dafne encogiéndose de hombros y abriendo los brazos para enfatizarlo. Se asombró de que le dirigiera la palabra. Por lo general gruñía a pleno pulmón y hacía gestos amenazantes dando brincos y golpeándose el pecho.

El jefe la señaló y luego le hizo gestos para que se acercara.

—¿Quieres que me acerque? No sé yo si eso es conveniente —Dafne arrugó la nariz y torció la cabeza a un lado.

El jefe volvió a insistir gesticulando. Dafne podía ver toda su poderosa musculatura, lo que la intimidaba. Sabía que la barrera de energía entre los barrotes no dejaría al Growr hacerle nada

pero, aun así… Aquella criatura era muy primitiva y salvaje e infundía mucho respeto, por no decir miedo.

—Está bien, me acercaré.

Dafne se acercó hasta casi tocar los barrotes mientras el jefe Growr la miraba con atención. El resto de la pequeña tribu también la miraba, muy atentos y en cuclillas.

—¿Qué es lo que…?

No pudo terminar la frase. El jefe saltó a por ella con sus enormes y poderosos brazos por delante. Se golpeó contra la barrera de energía y cayó de espaldas dándose un buen porrazo por la fuerza con la que había saltado hacia delante y el rechazo de los barrotes.

—Yo soy dura de mollera, pero me parece que tú lo eres todavía más.

La criatura se levantó dolorida y comenzó a gruñir. Se puso a sacudir sus brazos y a gritar a pleno pulmón. A sus gritos se unieron los de los demás. Todos se pusieron a vociferar, sacudir brazos y mostrar unos colmillos muy agresivos. Dafne no tuvo duda alguna de que, si conseguían agarrarla, la destrozarían.

—Qué mala actitud tenéis todos, desde luego… Ahí os quedáis —dijo y volvió a por su carro para continuar la ruta. Se paró frente al brasero, miró a los Growr y con su pala hizo como que apagaba el fuego. Los gritos se multiplicaron llenos de rabia.

—Os merecéis que lo apague, pero tenéis suerte, no quiero problemas con los Tergnomus. Lo dejaré encendido. ¡Salvajes, más que salvajes! —dijo y siguió pasillo abajo.

Continuó con la tarea mientras se le pasaba el susto. Fue reponiendo los braseros apagados y cargando los que comenzaban a apagarse. Pese a que había criaturas intratables como los Harpiyias y los Growr, ella se paraba a observar a las que más le sorprendían mientras hacía su ruta cada noche. Eso le ayudaba a hacer más ameno el trabajo y más llevadero el cansancio, que últimamente se había multiplicado de una forma enorme a causa de la acumulación de días sin el descanso adecuado.

Entre las criaturas prisioneras las había de diferentes tipos y algunas le llamaban mucho la atención. Unas de ellas eran los Centaurus, una raza de criaturas mitad humanoide y mitad equino. Se paró ante su celda y saludó a su líder, Gizozaldi. O al menos ese era el nombre que a ella le había parecido entender. Se habían presentado e intercambiado saludos y palabras en sus respectivas lenguas hacía ya varias semanas.

—Buenas noches —dijo Dafne levantando una mano para saludarlo.

El Centaurus se acercó hasta los barrotes y la saludó también. Le dirigió unas palabras en su lengua, pero Dafne no entendió lo que le decía. No podía creer que aquellas criaturas existieran. La parte inferior del cuerpo era la de un caballo y la superior la de un hombre, solo que tenía cuernos parecidos a los de Ivo, algo más cortos. Eran una especie inteligente y había intentado comunicarse con ellos de forma hablada, sin fortuna hasta el momento.

—¿Necesitáis una bola de sanación? —preguntó Dafne y con sus manos la representó.

Le frustraba no poder comunicarse, aunque había hecho progresos. No como con Egil, por desgracia, pero claro, Egil era un prodigio para entender y aprender cosas. El Centaurus le había explicado y mostrado que tenía varios heridos entre su gente en la celda. Debían de haber llegado no hace mucho. De dónde, no lo sabía. Había decidido ayudarlos como había hecho con los Selvari.

El Centaurus asintió y se inclinó bajando la cabeza como muestra de respeto, y seguro que también de agradecimiento. Como era tan alto, casi el doble que ella, incluso doblándose para saludar le seguía pareciendo enorme.

—Muy bien, ahora mismo te preparo una.

Gizozaldi dijo algo en su idioma que Dafne creía que era un agradecimiento. Se dispuso a crear la bola de sanación. Lo que hacía ahora era cargarlas con tanta energía sanadora como podía sin que se desestabilizara y explotara. Tenía que andarse con cuidado porque si la cargaba demasiado podría herir a alguien en lugar de sanarlo. La explosión de energía aun siendo sanadora, era una explosión de energía y dañaría a quien alcanzase.

Los Centaurus que estaban con Gizozaldi se acercaron a ver cómo creaba la bola, siempre lo hacían. Parecía interesarles mucho. Dafne no sabía si ellos tenían aquel tipo de magia. De hecho, no sabía si tenían algún tipo de magia, pero intuyó que probablemente sí. Hasta los Growr debían tenerla o a los dragones no les interesarían lo más mínimo.

Terminó de crear la bola de sanación y, usando su mente, la pasó entre los barrotes. Gizozaldi la cogió entre sus manos y luego se la entregó a los suyos para que la usaran con los heridos.

—Sigo mi ruta, no quiero retrasarme —se despidió Dafne.

Los Centaurus la despidieron entre extraños sonidos mezcla de un lenguaje agradable y relinchos.

La siguiente parada que últimamente hacía era la celda donde estaban las dos razas de criaturas que Dafne llamaba Levitantes. Eran de los más desconcertantes. No tenía duda de que procedían del mismo mundo porque tenían muchas similitudes, aunque eran razas diferentes.

Dejó el carro delante de la celda de las criaturas que había denominado los Oscuros Levitantes. No era un nombre muy original pero no se le ocurría otra forma de llamarles. Oihane no los conocía, no eran de su mundo, y tampoco los había visto más que cuando los habían llevado a las mazmorras, y solo un momento.

Se situó frente a los barrotes y los observó. Formaban en una línea y levitaban a unos cuatro palmos del suelo boca abajo, lo que la tenía totalmente anonadada. Sus cuerpos eran humanoides y no se movían, solo levitaban. Eran altos, esbeltos y no tenían cabello en una cabeza algo más ovalada que la de ella. Los ojos también eran ovalados solo que perpendiculares al óvalo que formaba la cabeza. Eran curiosísimos. Toda su piel era de un tono negro antracita, al igual que sus ojos, aunque algo más claros, y no tenían iris. Todo aquello les daba un aspecto fantasmagórico. Sus largos brazos terminaban en manos de siete dedos, igual que sus largas piernas. Vestían unas túnicas oscuras con elegantes bordados en antracita. Y si todo eso era de los más extraño, aún quedaba lo más singular: sus alas.

Dafne las observaba con extrema curiosidad porque era algo que nunca antes había visto. En lugar de tener alas de ave, o incluso como las suyas, tenían unas con forma de estrella de siete puntas. Y no solo eso, las alas vibraban. Podía ver un ligerísimo movimiento vibratorio. Con ese movimiento debían levitar.

Se acercó hasta los barrotes. No temía que la atacaran, ya que siempre estaban inmóviles levitando boca abajo con los ojos abiertos, como perdidos en el más allá. Imaginó que estarían meditando, como le gustaba hacer a Ivo, dormidos o en algún tipo de trance que les ayudaba a sobrellevar su encarcelamiento. De alguna forma, a ella le parecían grandes murciélagos que, en lugar de colgar boca abajo, levitaban boca abajo. Era raro, sí, muy raro.

Los observó por un largo momento, como hacía siempre.

—Hola, ¿qué tal estáis hoy? —preguntó.

No obtuvo ninguna reacción. Estaba convencida de que, aunque les dieran fuego, no reaccionarían. No parecían ni respirar, aunque nariz tenían, una larga y hundida.

—Sois de lo más fascinante —dijo a modo de despedida y se marchó. Sabía que no iban a reaccionar a su presencia.

Continuó con la ruta y, algo más adelante, en el lado opuesto del pasillo, se detuvo a ver a la otra raza de criaturas que tanto le interesaban. Se acercó hasta los barrotes y allí estaba la raza opuesta a los Oscuros Levitantes. Eran prácticamente iguales en cuanto a anatomía, misma cabeza y ojos ovalados, mismo cuerpo esbelto con manos y pies de siete dedos. Pero, al contrario que la raza anterior, esta tenía una piel blanquísima, albina, que brillaba con una luz tan intensa y clara que dolía en los ojos. Vestían ropajes blancos con bordados de un blanco más oscuro para resaltar. Todo en ellos eran blanco, hasta sus ojos sin iris. También levitaban, pero boca arriba.

Se acercó entrecerrando los ojos. Las alas eran también idénticas y vibraban. Apenas se notaba porque la luz que emitían no dejaba verlo y toda la celda estaba muy iluminada. Había diez de ellos. No podía saber si eran jóvenes o viejos, pero le daba la impresión de que no eran ancianos, pues sus rostros y manos eran tersas, sin ninguna arruga o marca. También estaban en trance o en algún estado parecido, probablemente para sobrevivir allí. ¿O quizá para regenerar sus heridas? Le preguntaría a Ivo, que era el que más sabía de todo el tema de meditación y cuerpos y mentes en equilibrio.

—Bueno, sigo, solo quería saludar —dijo, pero ninguno reaccionó.

Dejó atrás a los Levitantes Luminosos y continuó con su labor. Siempre había pensado que las razas de Kraido eran de lo más singulares y ahora, después de encontrarse con aquellas, ya no se lo parecían tanto. Había criaturas de lo más desconcertantes encarceladas allí abajo. Se sintió mal por ellas. Los habían arrancado de sus mundos y los habían llevado a unas mazmorras de oscuridad y sufrimiento, presos hasta que los dragones los liberasen, si es que lo hacían.

Siguió trabajando perdida en sus pensamientos y llegó hasta la celda de los Selvari. Al darse cuenta de que estaba allí, se detuvo.

—Hola Oihane, ¿cómo estáis?

La joven Selvari, que siempre la esperaba con una sonrisa, saludó con la mano.

—Estamos mucho mejor gracias a tu bondad y a tu magia. Eres una bendición de luz y sanación en medio de este mundo de penumbra y sufrimiento —dijo con tono muy agradecido.

—Me agrada poder ayudaros. El Talento de Sanadora al principio me pareció que se iba malgastar en mí, que era una equivocación, pero cada vez me va gustando más.

—¿Malgastar? ¿Por qué lo dices?

Dafne resopló.

—Yo soy más de arrear que de sanar —dijo y mostró el puño.

Oihane sonrió.

—Oh, ya entiendo. Bueno, ahora puedes hacer ambas cosas. Es algo bueno.

—Sí, cierto. Al menos algo bueno que ha surgido de tener que sufrir la academia y a los dragones.

—Esa es una muy buena actitud.

Dafne los miró y suspiró.

—No sé cómo resistís aquí abajo… —dijo muy apenada—. Yo no podría, en estas condiciones…

—Claro que podrías. Hay que sobrevivir, no se puede perder la esperanza. Hay que pensar en que un día las cosas cambiarán y seguir luchando por que ese día llegue. Nosotros lo haremos.

—Sois unos valientes y tienes toda la razón. Hay que luchar y salir de aquí. ¡Malditos dragones! —exclamó enfadada.

—Ese es el espíritu.

—Espíritu no me falta, me sobra. Siento haberme venido un poco abajo. No volverás a verme así. Hay que luchar contra esos monstruos sin alma.

—Puedes contar con nosotros para ello.

—Ten por seguro que si hay algo que pueda hacer por vosotros lo haré —aseguró Dafne, que estaba furiosa, no solo por la situación en la que se encontraban los Selvari, sino por haberse dejado vencer por un momento por la desesperanza de la situación en la que estaban.

Oihane asintió.

—Lo sé, pero no te arriesgues o los dragones te matarán. A los de Kraido no los encierran aquí, los matan.

—Aun así. Encontraré la forma de ayudaros.

—Tienes un corazón valiente, Dafne.

—Más bien gruñón y peleón, pero te agradezco el cumplido.

—¿Cuánto te queda de castigo? —se interesó Oihane y miró a Dafne con ojos algo tristes.

—Ya no me queda mucho. La estación está por terminar y una vez acabe también lo hará el castigo.

Oihane asintió.

—Echaré de menos tus visitas nocturnas. Todos nosotros lo haremos —dijo y con el brazo señaló al resto del grupo, que sonrió a Dafne.

—Yo también os echaré de menos.

—¿Seguro? Ahora podrás dormir por fin, y creo que lo necesitas. Tienes unas ojeras tan oscuras que ni con tu propia luz elemental desaparecen.

Dafne soltó una carcajada.

—Eso es vedad. El otro día me miré en un espejo y vi un monstruo de pesadilla.

Oihane rio.

—Tampoco es eso.

—Sí que lo es, pero no pasa nada, me recuperaré. Me he acostumbrado a comer solo una vez al día, algunas veces ni eso, y a dormir una minucia. No me veía capaz, pero aquí estoy, con aspecto de monstruo, pero bien. Mi compañera Lily, que está arriba, lo lleva mucho peor. Su deterioro físico y el cansancio afectan a su magnetismo personal, como lo llama ella, y está desesperada. A mí la verdad es que me da igual estar guapa o fea y que el cansancio me haga un

poco más irascible, ya lo soy de todas formas. Pero a Lily, no, ella vive para su belleza y encantadora personalidad.

—Me gustaría conocerla.

—Quién sabe, quizá un día cuando seáis libres.

—Creo que será más fácil verla aquí abajo como a ti, pero estoy contigo en que prefiero que nos conozcamos en libertad.

—Que así sea —deseó Dafne—. Antes de seguir os dejo una bola de luz y otra de sanación. Las cargaré al máximo.

—Mil gracias, eres estupenda.

—Soy respondona y de poca paciencia, pero creo que no tengo mal corazón después de todo —dijo ella casi como una confesión y se dispuso a crear las bolas.

Un rato más tarde Dafne regresaba con la tarea finalizada. Según recorría el último tramo tirando de la carreta, ahora vacía, iba pensando en su conversación con Oihane. Sintió la necesidad de encontrar la forma de ayudarles. No solo a ellos, sino a todas las criaturas y seres que estaban allí presos. No veía la forma de conseguir liberarlos, como tampoco la veía para liberar a las razas de Kraido, pero Oihane tenía razón: no podían perder la esperanza, debían seguir luchando con ese objetivo en mente. Pensó en Nahia y su llama interior, que ardía por conseguir la libertad y que parecía no agotarse nunca pese a los problemas que afrontaban y la dificultad de lo que pretendían, una dificultad que rozaba lo imposible. Aun así, Dafne abandonó las mazmorras aquella noche con el convencimiento de que tenían que luchar por la libertad de todos hasta el final.

Capítulo 25

Las noches de castigo pasaban y Nahia ya no tenía problemas con los Gryphos. La dejaban trabajar en paz, incluso el Grypho mitad halcón y mitad guepardo. De todas formas, ella siempre estaba muy atenta a cualquier posible situación porque veía que el Grypho mitad búho y mitad oso y otros la miraban como si fuera una deliciosa presa a la que devorar.

Aquella noche, cuando descendió al tercer subsuelo para trabajar, se encontró con una sorpresa. Utrek la esperaba.

—Esta noche va a haber cambio de ruta —anunció.

—¿Sí? ¿Qué ruta? —se interesó Nahia.

—Ruta uno para Burgor y para ti.

—Oh, bien —Nahia disimuló una sonrisa.

Por fin podría hablar con Garran-Zilar-Denbo, cosa que deseaba hacer hacía mucho.

—Y que conste que no lo hago porque me hayas estado aburriendo con tus peticiones de cambio de ruta, sino por necesidades logísticas. El trabajo es siempre lo primero y primordial.

—Por supuesto —dijo Nahia muy seria.

—Ahora id a trabajar. Te avisaré cuando haya nuevo cambio de ruta.

—¿No me quedo en la uno?

—¿Es que no acabo de decirte que será según necesidades de trabajo? —respondió de mal humor.

—Sí, claro, perdón.

—A trabajar, ¡vamos! —Utrek hizo un gesto con las manos para que se marchara.

Un rato más tarde Burgor y ella realizaban la ruta uno sentados en el carro en cabeza del convoy de reparto.

—¿Contenta? —preguntó Burgor con tono ácido.

—Dentro de lo que cabe, sí.

Burgor resopló.

—A ver si no te paras a charlar en esta ruta, que tenemos mucho que hacer.

—Si me paro a charlar es para que no me coman viva.

—Para mí que es porque no puedes estar calladita.

—A los Tergnomus no os comen tanto como a nosotros, los humanos. Tengo que tomar precauciones.

—Eso es porque nosotros no nos paramos a hablar con los prisioneros.

—Es porque tenéis la suerte de saber mal.

Burgor la miró con grandes ojos de ofendido.

—¡Nosotros no sabemos mal!

—Eso me han dicho —se encogió de hombros Nahia.

El Tergnomus no habló más hasta llegar a la zona de los dragones.

—Ya sabes lo que pasa aquí, si te sales del camino o si te metes en algún lío, no pienso ayudarte. Te dejaré a tu suerte —advirtió Burgor.

—Ya, como has hecho otras veces —replicó Nahia sin poder evitar que le saliera con rabia.

—No voy a jugarme la vida por ti, charlatana.

—No hace falta que lo jures. Lo sé perfectamente.

—Perfecto. Pues a trabajar, y rápido.

Los primeros dragones no representaron demasiados problemas. Burgor y ella trabajaron con rapidez para descargar la comida lo antes posible. Se aseguraron de no salirse del camino de plata para que el cinturón repulsor y el gorro funcionaran.

Se detuvieron en la siguiente cueva y descargaron con rapidez. Maniobraron y volcaron un carro completo. Burgor estaba muy nervioso, se notaba por lo rápido que iba y el sudor que le mojaba la frente. Los Tergnomus no solían sudar, lo cual era significativo. Y tampoco se apresuraban, les gustaba hacer sus tareas con precisión, tomándose todo el tiempo que necesitasen.

«Carne humana… fresca» llegó el mensaje mental a Nahia. Era un mensaje poderoso acompañado de un sentimiento de diversión. Supo de inmediato quién lo había enviado.

Un descomunal dragón rojo salió de la cueva y abriendo sus alas, tan amplias como eran, dio un salto y cayó frente a ellos guardando la distancia de seguridad.

El movimiento pilló a Burgor desprevenido y se llevó un buen susto. Se cayó de posaderas al suelo. El dragón abrió la boca y mostró sus temibles fauces. Nahia lo miró extrañada. ¿Qué iba a hacer? ¿Los iba a matar? No tuvo tiempo de conjeturar más. El dragón soltó un tremendo rugido que dejó a Burgor tendido de espaldas sin sentido.

Nahia se percató y se acercó hasta el Tergnomus. Se había desmayado del tremendo susto.

—¿Qué le has hecho, Lehen-Gorri-On?

«Nada irreversible, solo he asustado un poco al Tergnomus. ¿Sabías que si asustas lo suficiente a esas criaturas se desmayan? ¿Puedes creerlo? Es de lo más divertido».

—Pues no lo sabía… No deberías hacer eso, podrías provocarles la muerte.

«No creo. No sé por qué te preocupas tanto por uno de ellos. Son bastante molestos, y saben fatal».

—¿Sigues queriendo comerme? —preguntó Nahia más tranquila al ver que a Burgor no le pasaba nada grave.

«Por supuesto que sigo queriendo comerte. La carne humana es exquisita».

—Yo también me alegro de verte. ¿Cómo estás?

«Todo lo bien que se puede estar encerrado en unas mazmorras bajo tierra y condenado a morir aquí».

—Bien, entonces.

«Tienes chispa. Me gustas, humana».

—Entonces no me comerás.

«¿No acabo de decir que me gustas?» Lehen-Gorri-On pasó la lengua por sus afilados dientes.

Nahia resopló.

—¿Vamos a pelear otra vez?

«No, Nacida de la Llama. Garran-Zilar-Denbo quiere hablar contigo. Te espera. Yo solo he salido a saludarte».

—Siempre es un placer verte, Lehen-Gorri-On.

«Lo mismo digo, Nacida de la Llama».

—No te comas a Burgor, que me meterás en un lío —dijo según se dirigía a la cueva del gran dragón de plata.

«Tranquila, la última vez que me comí a un Tergnomus me estuvo repitiendo un mes».

Nahia negó con la cabeza y caminó con rapidez hacia la cueva. Tenía que estar de vuelta antes de que Burgor despertara, por lo que pudiera pasar. Llegó hasta la entrada y Garran-Zilar-Denbo salió a recibirla.

«Me alegra volver a verte, Nahia» envió con uno de sus potentes mensajes mentales.

A Nahia también le alegró el alma volver a ver al poderosísimo dragón primario de plata. Debería sentir miedo ante tan descomunal presencia, pero no era así. Lo observó un momento como si quisiera cerciorarse de que su recuerdo era correcto. Las más de setenta varas de largo que medía la impresionaron la primera vez que lo vio, y la volvían a impresionar ahora. La enorme cabeza de macho con cuernos y aquella mirada milenaria de ojos de plata imponían respeto y miedo. Todo su cuerpo, de color plata intenso, emitía destellos plateados debido a la poderosa magia que albergaba en su interior. Su mera presencia daba la impresión de semidios. Sin embargo, pese a estar ante el dragón más poderoso que había visto, sentía que no corría peligro. Confiaba en él, no por su imponente y majestuosa apariencia y tampoco por su innegable poder, no sabía muy bien qué era o cómo explicarlo, pero se fiaba por completo del gran dragón de plata.

—A mí sí que me alegra el alma verte, Garran-Zilar-Denbo.

«Te he estado esperando».

—Me ha sido muy difícil llegar hasta ti. Lo he intentado, pero las cosas no han salido bien arriba.

«No tienes por qué disculparte. Sé que encuentros como este son muy difíciles de conseguir».

—No sé si mañana me asignarán esta ruta… puede que no.

«Entiendo. Entonces será mejor que nos centremos en lo importante, por si no podemos repetir el encuentro».

—Sí, será lo mejor.

«Pasa al interior de mi morada, esteremos más tranquilos. Aunque no lo parezca, incluso aquí abajo hay ojos y oídos de los que debemos protegernos».

—De acuerdo —Nahia entró en la cueva, pero antes de hacerlo miró hacia donde continuaba la ruta de reparto. No encontró ningún espía.

«¿Cómo te está yendo en la academia? Cuéntame, me interesa mucho» preguntó Garran-Zilar-Denbo y rebajó la potencia de sus mensajes al ver que Nahia arrugaba la frente al recibirlos.

—¿Te interesa porque nuestros destinos están unidos?

«Nuestros destinos están entrelazados, no exactamente unidos. Puede que lleguen a estarlo más adelante, pero por ahora solo se entrelazan».

—¿Se unen y se separan? ¿Es eso? ¿Se entrecruzan?

«Eso es, veo que has estado pensando en ello desde que lo hablamos».

—Oh, lo he estado pensando muchísimo —aseguró ella asintiendo con fuerza—. No sé si lo entiendo del todo, creo que no, pero me voy haciendo una idea de lo que puede ser.

«Lo irás entendiendo mejor según los eventos que marquen tu destino se vayan produciendo».

—Y también los que marquen el tuyo.

«Eso es. Las decisiones y acciones que tomemos tendrán consecuencias en nuestros propios destinos. Como ambos se entrecruzan, también las tendrán en los del otro».

—Por eso te interesa tanto cómo me va en la academia, porque afectará a tu destino.

«Así, es. Y tengo la sensación de que será determinante, aunque de momento es solo eso, una sensación».

Nahia asintió. Más o menos lo entendía y comprendía por qué el gran dragón plateado se preocupaba por ella.

—Pues no sabría decir cómo me va. En las formaciones de magia estoy sufriendo mucho, pero en Hechicería bastante bien. En armas… fatal.

Garran-Zilar-Denbo movió la cabeza de arriba abajo asintiendo.

«Es natural. Tú tienes gran poder mágico, pero tu cuerpo no es el de un campeón de armas».

—Sí, a veces me gustaría ser dragón… que tienen ambos, poder mágico y físico.

«Quizá un día logres serlo».

Nahia miró a Garran-Zilar-Denbo con expresión de total confusión.

—¿Lograr ser un dragón? Eso es imposible.

«¿Quién te ha dicho que lo es?».

—Bueno… nadie… pero es imposible que un humano se transforme en dragón.

«¿Y si te dijera que hay una forma de lograrlo?».

—¿Una forma de que alguien como yo se convierta en un dragón? —Nahia sacudió la cabeza.

Aquello era una locura, pero los mensajes de Zilar portaban un sentimiento de veracidad.

«La hay, pero no creo que sea momento para tratarlo ahora. Llevaría un tiempo del que no disponemos».

—De acuerdo. Centrémonos en lo importante. Solo una pregunta más… al respecto…

«Adelante, Nahia, pregunta».

—Lo contrario también puede ser, ¿verdad? Quiero decir… ¿Los dragones pueden

transformarse en humanos?

«Pueden, sí, en humano y en otras criaturas y seres. Pero no todos, solo los más poderosos. Dragones como yo, milenarios y primarios».

—Oh… vaya… me dejas helada…

«Hay muchas cosas de la magia y su poder que desconoces. Ya lo irás descubriendo».

—¿Tú puedes convertirte en humano?

Garran-Zilar-Denbo levantó la cabeza y Nahia creyó ver una sonrisa en su boca, aunque siendo como era una de dragón y temible, no se podía saber.

«Puedo».

—¡Eso es increíble! ¿Por qué no lo haces? ¡Podríamos planear una fuga contigo en forma humana! —Nahia estaba muy excitada.

«Calma, pequeña Nacida de la Llama, no es tan sencillo. Para que un dragón tome la forma de otro ser se requiere de un proceso mágico muy complejo y consumir una gran fuente de poder externa, ya que la interna de un dragón no es suficiente para completar la transformación. Y aunque tuviera esa fuente, este collar que llevo al cuello no me permitiría realizar semejante proceso».

—Oh… vaya… Por un momento me he emocionado con las posibilidades.

«Es comprensible. Además, no puedo abandonar a su suerte a mis fieles».

—Te refieres a la Facción del Nuevo Mañana, ¿verdad? La formada por dragones disidentes de los cinco clanes que buscan cambiar la Senda.

«Sí a ellos. Soy su líder, son mi responsabilidad. Juntos hemos luchado por detener el derramamiento de sangre y la búsqueda de poder y dominio absolutos que rige a nuestra raza desde hace milenios. No puedo dejarlos aquí a su suerte».

—Pero habrá otros que se salvaron, ¿no? Quizá si llegas hasta ellos…

«Los hay. Y esperan mi regreso arriba, sobre la superficie. Pero no regresaré sin mis fieles».

—Entiendo. Esa lealtad a los tuyos te honra —Nahia entendía al gran dragón de plata y le pareció un ser de grandes principios.

«No te preocupes por eso ahora, lo importante en este momento es que sigas con tu destino».

—Pones mucho peso a ese supuesto destino mío. ¿Y si no es tan importante? ¿Y si no es más que un destino normal? O peor, ¿y si muero en la academia?

«Podría suceder, sí, pero creo que encontrarás la forma de sobrevivir. Lo creo porque estamos unidos y entrelazados en los hilos de un destino de gran importancia que puede cambiar no solo este mundo, sino otros muchos».

—Eso es mucho destino —Nahia hizo un gesto.

«Es lo poco que he podido captar, pero creo en su gran impacto en este y otros mundos».

—Yo no estoy tan convencida, pero lo que sí puedo asegurar es que intentaré sobrevivir y luchar por conseguir la libertad de las razas esclavas de Kraido y las de otros lugares.

«Ese objetivo, ese destino que persigues, se alinea perfectamente con lo que yo he podido entrever».

—Esperemos que viva para contarlo —dijo Nahia sin demasiadas esperanzas.

«Si no te importa, me gustaría tener una visión. Me ayudará a interpretar los movimientos en los hilos del destino según tus últimas decisiones y acciones».

—Sí, por supuesto. No hay problema —se ofreció.

Garran-Zilar-Denbo se concentró y Nahia sintió una magia poderosa que comenzaba a emanar de su cuerpo, como si la irradiara y llegase hasta ella para bañarla por completo. El poderoso dragón comenzó a emitir destellos de color plateado brillante a intervalos. Sucedía como un lento latido de un enorme corazón. Nahia estaba tranquila porque ya había tenido aquella experiencia con el gran dragón primario y sabía que no le sucedería nada.

El ritmo con el que los brillos se producían fue en aumento, al igual que el poder con el que surgían. Nahia cerró los ojos. Aun con ellos cerrados, podía sentir que los destellos aumentaban en poder y rapidez y se alejó un poco.

«Quédate, te necesito a mi lado» envió Garran-Zilar-Denbo con un sentimiento de ruego.

Nahia se detuvo y se quedó junto al gran dragón mientras los destellos se sucedían cada vez más rápido. Continuaron produciéndose hasta que el último alumbró toda la caverna. Sintió una descarga de magia poderosa.

—¿Qué has visto? —preguntó Nahia sin poder contenerse al tiempo que abría los ojos.

«He examinado los hilos del destino… en medio de una visión… utilizando todo mi poder… es la única forma en la que puedo entrever algo» envió y Nahia sintió que Garran-Zilar-Denbo estaba completamente exhausto.

Nahia asintió.

—¿Tienes buenas o malas noticias?

«Nuestros destinos se están consolidando… y también el tercero que identificamos la última vez».

—El de Lasgol y Camu.

«Sí, he vuelto a ver al humano… rubio… con el Drakoniano Superior joven… vuestros destinos se están uniendo… pero no están unidos todavía… tienes que conseguir que se unan…».

—Pensaba que ya lo había hecho. Ya somos aliados, los encontré en Tremia y ahora colaboramos en la lucha contra los dragones.

«Puede que falte algo más…».

—¿Sabes qué puede ser?

«Me temo que no he podido verlo… No sé qué puede ser…».

—Intentaré encontrar a Lasgol de nuevo.

«Hazlo. Es muy importante… es clave para tu destino y tú para el suyo…».

—De acuerdo.

«Una cosa más… he vislumbrado de forma muy leve y lejana un cuarto hilo, un destino adicional que se entrelazará a los nuestros…».

—Vaya, eso es nuevo. ¿Has podido ver quién es?

«Por desgracia no. Está todavía muy lejano… pero está… He sentido que también proviene de Tremia… y no es una sola persona… es más de uno…».

—¿Sabes cuántos?

«No es seguro, pero he visto cinco puntos de luz…».

Nahia resopló.

—No es suficiente información para localizarlos.

«Lo lamento… es cuanto he podido entrever».

—No te preocupes, estoy segura de que me los cruzaré en el camino. Estaré atenta. Cinco puntos de luz, lo recordaré.

«Muy bien… Recuerda la escama… Tiene poder que te ayudará con tu destino… con tus elecciones… te guiará».

Nahia se tocó la escama de plata en su nuca, bajo su cabello.

—La tengo presente.

«Muy bien… Ahora ve… Y ten mucho cuidado… los hilos del destino… muestran mucho peligro».

—Lo imagino. Gracias, Garran-Zilar-Denbo. Hasta que podamos volver a vernos —se despidió Nahia y se marchó.

Llegó hasta Lehen-Gorri-On.

—¿Has sido bueno?

«El Tergnomus vive, llévatelo. Y suerte».

—Gracias, la necesitaré.

Nahia cargó a Burgor en el carro, se subió y azuzó a las bestias. Se alejó pensando en todo lo que había hablado con Garran-Zilar-Denbo y las repercusiones que tendría.

Capítulo 26

Era la última noche de castigo y Nahia se sentía un poco extraña. Por un lado, quería librarse de aquel suplicio y poder dormir y descansar como era debido. Se encontraba agotada, al igual que todos sus compañeros de la Escuadra Ígnea y de la Ardiente y la Candente. Algunos lo llevaban mejor que otros, pero en general todos estaban exhaustos.

—Preparada para trabajar —dijo a Utrek a modo de saludo cuando lo vio en la estancia preparatoria de los Tergnomus.

—Ese es el espíritu. Veo que Burgor te inspira.

Nahia miró a Utrek y luego a Burgor, que se estaba preparando junto a un armario.

—Me inspira de una forma que es difícil de explicar —respondió ella con sarcasmo.

—Los Tergnomus tenemos esa capacidad innata. Inspiramos con nuestro trabajo y esfuerzo.

Nahia no pudo evitar sonreír. Lo de no captar la ironía parecía ser habitual entre los Tergnomus.

—Ya lo creo que sí.

—Hoy tenéis cambio de ruta —informó Utrek de repente.

—¿Cambio? ¿Por qué razón? —a Nahia aquello no le gustó y menos siendo la última noche.

—Por necesidades funcionales —replicó Utrek con una de sus respuestas más usadas.

—¿Qué ruta? —preguntó Burgor.

—Ruta cuatro. Maintrek está enfermo y no puede cubrirla.

Burgor arrugó la frente.

—Está bien, me encargo.

—Muy bien. ¡A trabajar se ha dicho! —se despidió Utrek.

Comenzaron el turno y Burgor condujo los carros hacia la izquierda, por una cueva por la que no habían ido antes. Nahia comenzó a preocuparse. En la ruta uno estaba a salvo por la protección de Zilar, pero en la cuatro no. Empezó a tener malos pensamientos de lo que le esperaba.

—¿Cómo es la ruta cuatro?

—Como todas las rutas, es trabajo.

—Ya, eso ya me lo imagino. ¿Pero qué tipo de prisioneros hay en ella?

—Prisioneros menores.

—Oh, menores… entonces son menos peligrosos, ¿no?

Burgor se encogió de hombros.

—Todos los prisioneros son peligrosos —afirmó y arreó a las bestias para que fueran más rápido.

—¿Entonces por qué son menores?

—Son menores en cuanto a importancia para los dragones. Y deja de hacer preguntas, me das dolor de cabeza.

—Pregunto porque tú no me avisas de nada.

—No es mi trabajo…

—Ya, ya —cortó Nahia, que ya conocía todas las respuestas del malhumorado Tergnomus.

El recorrido por la nueva ruta no era muy diferente a los anteriores que habían realizado. Las cuevas por las que pasaban eran parecidas. Lo que le resultaba raro era que nadie salía a recoger la comida cuando la descargaban.

—Hay prisioneros en esas cuevas, ¿verdad?

Burgor la miró con ojos de no poder creer la pregunta.

—Por supuesto que hay prisioneros. ¿Para qué descargamos comida?

—Eso me preguntaba yo.

—Menos preguntarse y más trabajar.

Llegaron a una zona que sorprendió a Nahia. Había hogueras a las entradas de las cuevas, era la primera vez que veía aquello. Pensó que quizá fuera por la temperatura del lugar. Pero no, la temperatura era normal, ni cálida ni fría. El ambiente era muy húmedo y lóbrego, eso sí. Había muy poca luz, solo unas antorchas a lo largo del camino de plata.

—¿Están permitidas esas hogueras? —preguntó a Burgor.

—Lo están.

—¿Qué criatura hace…? —fue a preguntar Nahia, pero se calló al ver la primera. Era un humano.

—A descargar —dijo Burgor.

Nahia se subió al segundo carro por la cola y cogió una pieza. Con todas sus fuerzas la lanzó hacia la cueva. No tenía sentido hacer volquete por una única pieza. El humano, un hombre de mediana edad, se acercó hasta la pieza y la cogió despacio para después cargarla a la espalda. Sin decir nada se volvió y se dirigió hacia su cueva.

—¿Quién es? —preguntó Nahia a Burgor extrañada.

—Un prisionero humano.

—Cuando no quieres colaborar lo bordas —le respondió irritada.

—¡Qué más da quién sea! Es un prisionero. ¡A trabajar!

—Ya he descargado.

—¿Quién te ha dicho que es una única pieza?

—Solo hay un humano… —comenzó a decir cuando vio que alrededor de la hoguera aparecían varios más. Contó diez.

—Las hay que son muy listas… —dijo Burgor de mal humor—. Descarga cuatro más.

Nahia hizo lo que le ordenaba Burgor.

—¿Quiénes son? —volvió a preguntar.

Burgor la ignoró. Viendo que el terco Tergnomus no iba a decirle nada, no preguntó más.

Continuaron con la ruta. La cosa se puso todavía más extraña en la siguiente parada. El prisionero era un Fatum, también de mediana edad. Con él estaban media docena de Fatum más, hombres y mujeres. Nahia no se explicaba por qué los dragones tenían allí abajo a humanos y Fatum.

Continuaron con la ruta y en la siguiente cueva, frente a la hoguera que ardía sin demasiada fuerza, aguardaban otra media docena de prisioneros, esta vez eran Escarlatum. Descargaron tres piezas y Nahia se quedó mirando. No pudo contenerse y preguntó.

—¿Quiénes sois?

Los prisioneros la miraron un momento y no contestaron. Recogieron las piezas y se las llevaron al interior de la cueva.

—Nada de cháchara, hay que seguir con el reparto —dijo Burgor con tono de enfado.

Nahia aguardó un momento más para ver si alguno de los Escarlatum le hablaba, pero no lo hicieron. Cogieron una de las piezas y la pusieron a asar en la hoguera. Aquello era de lo más extraño.

En la siguiente parada sucedió algo similar. Esta vez eran Felidae que, al igual que los Escarlatum, cogieron las piezas sin responder a las preguntas de Nahia. Había una decena de tigres, panteras y leones.

—Podéis hablar conmigo. ¿Qué os ha sucedido? —insistió Nahia, que quería saber por qué razón eran prisioneros.

—No te contestarán. Sigamos —dijo Burgor.

Resopló frustrada y continuó con el reparto. En la siguiente cueva, al lado del fuego, aguardaban una decena de Tauruk-Kapro. Descargaron las piezas y Nahia lo volvió a intentar.

—¿Por qué estáis aquí?

Los Tauruk-Kapro la miraron un momento y luego se llevaron las piezas. Sin perder un instante se pusieron a asar dos de ellas.

—Esto es de lo más raro… —masculló sin entender para qué tenían los dragones encarcelados a aquellos prisioneros. Eran razas esclavas. Los dragones no se molestaban en enviarlos a las mazmorras, los mataban como hacían con ellos en la academia.

Llegaron a la última cueva con hoguera antes de abandonar aquella sección de las cavernas. Esperando el reparto había varios Drakónidos. Si ya lo de tener a las otras razas esclavas allí abajo no tenía sentido, tener prisioneros a unos Drakónidos todavía menos.

—Cinco piezas —dijo Burgor.

Nahia suspiró y ayudó al Tergnomus con la maniobra de descarga. Cayeron seis.

—Recoge la pieza extra —ordenó Burgor señalándola con el dedo.

Nahia resopló. No creía que los Drakónidos fueran a atacarle, pero en aquel mundo subterráneo cualquier cosa podía suceder. Uno de ellos se adelantó y le hizo señas a Nahia para que fuera a por la pieza.

No sabía si fiarse. Observó al Drakónido un momento. Aunque en su raza era difícil saber qué edad tenían, le pareció que era mayor. Pensó en preguntarle quién era, pero viendo el éxito que había tenido y siendo un Drakónido, lo desechó.

No tenía opción así que se adelantó a recoger la pieza con cuidado, mirando al Drakónido por

si intentaba algo. Llegó hasta una de las piezas y la agarró para arrastrarla. Fue a retrasarse cuando le llegó una pregunta.

—¿Quién eres? Me resultas familiar.

Nahia levantó la vista hacia la voz. Era el Drakónido. No pudo evitar poner cara de sorpresa.

—Soy… Nahia.

—Nahia, bonito nombre. ¿Nahia qué más? —preguntó el Drakónido con voz profunda y sosegada.

—Nahia Aske.

El Drakónido se quedó pensativo. Luego sonrió.

—Ya me parecía que me resultabas familiar.

Nahia se quedó muy sorprendida por la respuesta.

—¿Acaso me conoces?

Él negó con la cabeza.

—No, a ti no te conozco. No he tenido ese placer.

—¿Entonces? ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que estáis todos aquí?

—Esas son muchas preguntas. Veo que tienes una mente inquisitiva, eso es bueno —dijo el Drakónido y volvió a sonreír.

—No entiendo qué sucede aquí.

—Lo que sucede ya no tiene importancia. Todos nosotros estamos condenados a morir aquí. Es solo cuestión de tiempo.

—Lo lamento…

—No tienes nada que lamentar, no es culpa tuya. Los que estamos aquí aceptamos nuestro destino. Lo hicimos hace ya mucho tiempo.

—¡No hables con él, vámonos! —regañó Burgor a Nahia de muy mal humor.

—Un momento, ya voy.

—¡Nada de un momento! ¡Sube al carro! —ordenó Burgor.

—Pero necesito saber…

—Haz como dice el Tergnomus. No deberías hablar conmigo, es por tu bien.

—¿Quién eres? ¿Por qué te resulto familiar?

El Drakónido sonrió.

—Soy una sombra del pasado que pronto desaparecerá. No te intereses por mí. Sigue tu camino, vive una larga vida. Intenta que sea feliz y próspera.

Nahia no sabía qué hacer. El Drakónido no respondía a sus preguntas y Burgor estaba más molesto de lo habitual.

—¡Sube al carro, ya! —gritó.

Nahia miró una última vez al Drakónido por si le decía algo más, pero éste se despidió con una inclinación de la cabeza y se volvió a la hoguera. Tuvo que resignarse y tirar de la pieza hasta el carro. Luego la cargó.

Corrió y se subió junto a Burgor, que azuzó a las bestias para salir de allí.

Por un rato no hablaron y continuaron con el recorrido. Finalmente, Nahia se decidió a preguntar.

—¿Por qué tanta insistencia en que no hablase con el Drakónido?

—Ya te he dicho que hablas demasiado. Estamos aquí para trabajar. Deja de hablar con los prisioneros o nos vas a costar la vida a los dos. A mí que mueras me da igual, es tu elección, pero yo no quiero morir por tu culpa —respondió y le lanzó una mirada de odio.

Nahia se quedó callada un momento, pensando. Algo no le terminaba de cuadrar.

—Otras veces me has dejado donde estaba sin importarte qué me pudiese pasar. ¿Por qué ahí no?

Burgor resopló disgustado.

—No hables con los prisioneros. Y punto.

La respuesta no le gustó, pero Nahia sabía que Burgor no iba a decirle nada más. Cuando se cerraba y se negaba a hablar no había nada que hacer.

Continuaron con la ruta. El tramo final transcurrió sin más incidentes. Nahia terminó la jornada con una sensación extraña en su interior. No sabía qué era, pero sentía que algo importante se le escapaba. Tuvo que resignarse y subió a la superficie para ir a dormir. En nada tendría que ir a formación y ya comenzaba a sentir la extenuación acumulada. Era como una enorme losa que le caía en la espalda y sobre la cabeza. Se daba cuenta además de que cada vez le costaba más llegar arriba. Las interminables escaleras eran un castigo adicional en cada final de turno.

Salió de las mazmorras y respiró el aire nocturno. Al menos estaba viva y lucharía por seguir estándolo y por intentar a ayudar a los prisioneros que acababa de ver. Puede que ellos no tuvieran ya esperanza, pero Nahia sí la tenía, tanto para ella como para todos los pueblos esclavos de Kraido. Un día conseguirían la libertad. Un día liberaría a aquellos pobres infelices del fondo de las mazmorras.

Capítulo 27

Habían pasado varias semanas desde el final del castigo y, pese a ello y al merecido descanso adicional, Nahia no terminaba de recuperarse y no era la única. Lily y Dafne tampoco lo conseguían del todo. El cansancio acumulado que acarreaban no parecía querer abandonarlas. Las secuelas permanecían y eso no ayudaba a su total recuperación, por no hablar del continuo esfuerzo que debían realizar en la formación de armas y el tener que suplirlo con ejercicio físico en el gimnasio para no quedarse rezagadas.

Era de noche y estaban todos en el dormitorio preparándose para ir a dormir y que sus cuerpos descansaran antes de un nuevo día de dura formación.

Sentada en su camastro, Nahia estaba perdida en sus pensamientos.

—¿Todo bien? —preguntó Lily.

—Sí… solo estoy cansada… y algo preocupada.

—Exhausto es el estado anímico normal en este lugar —bromeó Lily y sacó la lengua como si no pudiera con su alma.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Dafne. Se tumbó en su camastro y la observó.

—¿Qué le va a preocupar aquí? ¡El no morir mañana! —dijo Lily levantando los brazos con un gesto de que era obvio.

Nahia miró a la Escarlatum y asintió.

—Sí, eso también, pero estaba pensando en lo sucedido en Tremia… en Drameia.

—Sobrevivimos a la misión, por poco, pero lo conseguimos. Eso es lo que importa —dijo Lily.

Nahia suspiró.

—Sobrevivimos, pero me preocupan los que luchan allí…

—¿De nuestro lado o del otro? —preguntó Dafne enarcando una ceja.

—Del otro —reconoció Nahia. Bajó la voz y miró hacia el biombo que las separaba de los chicos.

—¿Te preocupan Lasgol, Camu y los norghanos que conociste? ¿A los que ayudamos a liberar a su compañero Gerd del campamento de guerra? —preguntó Dafne con tono de interés.

Lily sacó la cabeza por un lado del biombo para ver si los chicos estaban prestando atención a su conversación, en especial Aiden.

—¿Podemos hablar? —preguntó Nahia muy bajito.

—Sí, tranquila. Cabeza de granito duerme —asintió Lily.

—No puedo quitármelos de la cabeza, a ellos y a Egil. Tenemos que encontrar la forma de ayudarles.

—Por lo que vimos en la batalla por la capital no se defienden nada mal esos Guardabosques

—comentó Lily.

—Y Lasgol fue capaz de matar a un dragón con su arco dorado. No sé cómo lo consiguió porque ni puedo imaginármelo, pero lo hizo. Todos vimos el cadáver del gran monstruo alado —afirmó Dafne.

Nahia asintió.

—Pero no podrán aguantar así mucho tiempo. Las bajas que están sufriendo son altas. La capital será tomada y sus fuerzas caerán. Los dragones no se permiten derrotas. El rey dragón rojo es el más salvaje de todos ellos e irá en persona a arrasar la ciudad antes que sufrir una derrota.

—Las bajas de nuestro ejército son incluso mayores —recordó Lily con expresión muy apenada—. Y somos sin culpa alguna, enviados a morir al campo de batalla por ser esclavos de los dragones.

—Por la codicia y deseo desmedido de conquista de nuestros señores dragones —añadió Dafne.

—Ya, y estamos entre ellos, no lo olvidemos —añadió Lily.

—Creo que debemos ayudarnos los unos a los otros —dijo Nahia—. Estoy convencida de que, si colaboramos con Egil, Lasgol, Camu y los suyos, no solo los ayudaremos a ellos, sino también a los nuestros.

—Yo no lo veo tan claro. Si ayudamos a esos Guardabosques, lo que conseguiremos es que maten a más de los nuestros —Lily cruzó los brazos sobre el torso y arrugó la frente.

—Es una situación curiosa. Los norghanos no son los malos en esta guerra, pero si les ayudamos, ayudamos a que maten a los nuestros… —Dafne se rascó la sien y se quedó pensativa.

Nahia también lo razonó. La situación era complicada ya que ellos estaban del lado de los invasores sanguinarios, del lado del mal. Los norghanos, todo Tremia, se defendía de la invasión de los dragones, pero parte del ejército invasor eran los esclavos que los dragones sacrificaban en la guerra sin miramiento alguno. Unas pobres almas que no tenían ninguna culpa de lo que sucedía y que no merecían morir, como tampoco lo merecían los norghanos ni el resto de los habitantes de Tremia.

—Estamos en el lado equivocado, nosotros y el resto de las razas esclavas que forman parte del ejército de los dragones —Nahia resumió sus pensamientos a sus dos compañeras.

—Eso es cierto, nadie te lo discute —dijo Lily—. ¿Pero quieres que muramos nosotros y los soldados de nuestro ejército en lugar de nuestros rivales?

—Por supuesto que no quiere eso —intervino Dafne—. La cuestión es cómo evitar que mueran inocentes de ambos bandos.

Nahia asintió varias veces.

—Eso es lo que debemos intentar, que no mueran inocentes sean del bando que sean.

—Lo veo bastante complicado porque se van a enfrentar a muerte sí o sí —razonó Lily.

—No será fácil, lo sé. Podemos intentar ayudar a los inocentes de ambos bandos —dijo Dafne.

—Eso es lo que tenemos que hacer, sí. Lo que no sé es cómo —resopló Nahia con expresión

de frustración.

—Esto que pretendemos es algo muy complejo. No vamos a resolverlo de forma sencilla —dijo Dafne.

—Y será muy peligroso —añadió Lily.

—Peligro es nuestro segundo nombre —Dafne esbozó una ligera sonrisa.

—Será el tuyo, el mío es Irresistible —bromeó Lily y se echó la melena a un lado con gesto sensual.

—El mío es Gruñona —bromeó Dafne.

Nahia sonrió. Sus compañeras intentaban aliviar la situación y se lo agradecía en el alma, pero tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza que no sabía cómo resolver. Poder hablarlas con ellas, aunque no consiguieran solucionarlas, le hacía mucho bien.

—Entonces, ¿confías plenamente en los amigos de Egil? —dijo Lily tras un momento—. ¿O estás arriesgando?

—Esa es una muy buena cuestión —se unió Dafne, que se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama y movió sus alas para ajustarlas—. En Norghana, en el campamento de guerra, nos jugamos la vida por ayudarles. Sí, ya sé que fue porque buscábamos las armas doradas capaces de matar dragones y ellos las tienen pero, aun así, nos jugamos la vida. Más vale que podamos confiar en ellos. Yo en Egil confío, no hay maldad en él, no nos traicionará pese a todo lo que está sufriendo. Debería estar rabioso, furioso, frustrado y con ganas de matar a todos, y no lo está. Eso es sorprendente e indica un rasgo de carácter importante. Tiene un alma noble, de buena persona. Me fío. Del resto… no los conozco, no puedo opinar. ¿Tú qué dices, Nahia?

Esta suspiró y razonó su respuesta. Era una buena cuestión, una importante.

—Sí, confío en ellos. No me preguntes por qué, pero confío plenamente. Hemos acordado una alianza, ayudarnos mutuamente.

—Entonces te fías —dijo Dafne.

—Sí, al menos de los que he conocido hasta ahora.

—Hablas de Egil, Lasgol, el Drakoniano Superior Camu, y… ¿cómo se llamaban los otros dos Guardabosques que estaban con ellos? —preguntó Lily.

—Molak y Luca. Sí, confío en ellos. Me dieron la impresión de que eran de fiar.

—¿Qué sabes de los dos nuevos? —peguntó Dafne—. No estaban en la lista de Egil, no son de las Panteras de las Nieves que nos contó.

Nahia cerró los ojos para recordar lo que había hablado con Lasgol y sus dos acompañantes.

—No son Panteras de las Nieves, son de otro grupo similar. No recuerdo qué nombre dijeron…

—Vaya, parece que los Guardabosques en lugar de tener escuadrones tienen grupos con nombres —dijo Lily.

—No estoy segura de que sea así con todos, pero estos dos grupos existen y son compañeros y amigos de Egil, eso lo sé —dijo Nahia.

—¿Qué más sabes de ellos? —Dafne se inclinó hacia delante interesada.

—Molak es un Francotirador, parece ser que es muy bueno disparando a grandes distancias

con un arco muy grande. Por lo que entendí, puede doblar el alcance de un dragón.

—¡Vaya, eso sí que es impresionante! —exclamó Lily.

—Shhh… que despertarás a cabeza de roca —dijo Dafne llevándose el dedo índice a los labios.

—Vale, ya bajo la voz, es que me parece increíble. Eso quiere decir que el tal Molak puede atacar a un dragón desde fuera de su área de alcance. Eso es estupendo —Lily estaba imaginándolo.

—Recuerda que el dragón puede acortar distancias muy rápido —objetó Dafne para que no se alegrara demasiado.

—Sí, y destrozarte entonces, lo sé.

—Luca es un Cazador de Hombres que, por lo que entendí, es un Guardabosques que se especializa en perseguir y capturar a delincuentes, forajidos y similares.

—¿Qué son forajidos? —quiso saber Lily.

—Eso mismo pregunté yo —asintió Nahia—. Es gente que hace el mal, roba, mata y cosas similares.

—¿A otros humanos? —Dafne estaba sorprendida y su rostro así lo mostraba.

Nahia asintió.

—Su sociedad es muy diferente a la nuestra. Si uno de nosotros comete un robo o una muerte, cosa que casi nunca se da ya que vivimos bajo el yugo de los dragones y bastantes problemas tenemos como para crearnos más, los soldados Drakónidos se encargan del castigo.

—Que es la muerte, según la ley de los dragones —afirmó Lily.

—Así es. En su mundo tienen Guardabosques y soldados que se encargan de perseguir a los que hacen el mal a sus semejantes. Ellos no tienen dragones que dominan y subyugan a todos —Nahia hizo un gesto de frustración.

—No tienen… de momento —especificó Dafne.

—Nosotros tenemos que ayudarles a que eso no ocurra, a que Tremia no se convierta en Kraido —afirmó Nahia convencida.

—Sí, debemos impedirlo, aunque me parece excesivamente peligroso e improbable —Lily bajó la cabeza.

—No nos desanimemos tan rápido. No hay nada imposible —dijo Nahia con tono de esperanza.

—¿Y Lasgol? ¿Qué tipo de Guardabosques es él? —preguntó Dafne.

—Lasgol es especial. Para empezar, es como nosotros. Tiene magia, cosa que los otros Guardabosques no tienen —explicó—. Está intentando recuperarla, al igual que su memoria.

—El dragón inmortal se las robó —explicó Dafne, que conocía la historia por Egil.

—Sí, recuerdo que nos lo contasteis —asintió Lily.

—A parte de tener magia, es como cinco diferentes tipos de Guardabosques. Es un portento.

—Vaya con Lasgol… —Lily sonrió.

—Además, Lasgol y Camu parecen ser parte de mi destino, una parte muy importante por lo

que ha podido entrever Garran-Zilar-Denbo en sus visiones.

—No sé si de ese dragón me fío… —dudó Dafne.

—Yo no me fío, es un dragón después de todo —afirmó Lily y negó con la cabeza.

—Un dragón es, pero no como los demás, por eso está preso en el fondo de las mazmorras. Allí lo han enviado como castigo hasta su muerte —dijo Nahia.

—Por querer cambiar la Senda de los Dragones. Se supone que es el líder de esa facción… la Facción del Nuevo Mañana. Pero no tenemos ninguna constancia de que exista. ¿Dónde están el resto de los dragones que la forman? ¿Por qué no han intentado rescatar a su líder? No me parece muy creíble… —Dafne dudaba y cuanto más lo razonaba, más dudas tenía. Su cara así lo expresaba.

—Los dragones son dragones, son seres sin alma y malvados. A mí también me cuesta mucho creer que haya algunos que quieran ser civilizados… Me resulta totalmente antinatural, sabiendo cómo son —opinó Lily que no dudaba, sino que estaba segura de que no podían fiarse de un dragón.

—Lo sé, pero yo creo a Garran-Zilar-Denbo. Quiero pensar que ese destino que nos une es el que nos conducirá hacia la libertad. No sé cómo o cuándo, pero quiero creer que, si nos unimos nosotros, Lasgol y los suyos, y Zilar y los suyos, podremos hacer realidad ese sueño.

—Me parece mucho desear y demasiado confiar —advirtió Dafne.

—Sí, eso mismo estoy pensando yo —dijo Lily—. ¿No has pensado que todo puede ser una estratagema de ese dragón para conseguir su libertad?

—¿Garran-Zilar-Denbo? No lo creo…

—Considéralo. Te habla de un destino en conjunto, uno de libertad… él que es un dragón y está prisionero. Para mí que te está utilizando —opinó Lily.

—Razón no le falta. Se gana tu confianza, te engaña, le ayudas y luego te traiciona. Es un dragón después de todo —advirtió Dafne.

Nahia suspiró.

—Sé que queréis protegerme y os lo agradezco en el alma. También entiendo que no confiéis en un dragón que además no conocéis, pero yo he estado con él y hay algo que me lleva a creer que no me está mintiendo. No me parece que sea un engaño.

—No serías ni la primera ni la última a la que engañan —dijo Lily.

—Lo sé… lo sé…

—Tómalo como una advertencia —dijo Dafne—. No te fíes, no hay nada de malo en desconfiar y menos cuando te juegas la vida.

—Tenéis razón. Debería tener más cuidado, no confiaré a ciegas. Es un dragón después de todo.

—Eso mismo —Lily asintió con fuerza.

—En cualquier caso, sea Garran-Zilar-Denbo un aliado o me traicione, tenemos que encontrar la forma de liberar a Egil.

—Y a Oihane y los suyos —añadió Dafne.

—Rescatar a Egil y las otras criaturas de las mazmorras es una locura —dijo Lily con tono de

seria advertencia.

—Una locura que de alguna forma debemos cometer —afirmó Nahia.

—Tenemos que pensarlo bien —dijo Dafne—. No podemos dejar que mueran en las mazmorras. Ninguno saldrá vivo de ellas. Aunque sea una locura algo tenemos que hacer sabiendo la situación en la que se encuentran.

—Muy cierto. De lo contrario perderemos nuestra humanidad… —Nahia negó con la cabeza.

—Es una locura que nos costará la muerte. Los dragones nos descubrirán y nos comerán vivas —afirmó Lily con tono de estar segura de que eso ocurriría.

—No digo que no tengas razón, Lily, pero dejarlos morir allí abajo, en ese mundo de oscuridad, sin esperanza… —Nahia negaba con la cabeza.

—Yo opino igual. No merecen ese final —se unió Dafne.

—Nadie lo merece —dijo Lily—, pero nosotras no podemos rescatarles. Necesitaríamos un ejército para ello. Uno, además, que pueda matar dragones, porque de lo contrario…

Nahia y Dafne se miraron.

—Quizá no te falte razón.

—¡Claro que no me falta! —aseguró Lily.

—Hay ejércitos ahora mismo luchando contra los dragones. Y algunos como Lasgol pueden matar dragones… —razonó Nahia.

—Y querrán salvar a Egil —añadió Dafne.

—Ya sé lo que estáis pensando y es casi más locura que intentarlo nosotras —dijo Lily.

—Es muy difícil, sí. Pero si consiguiéramos traer aquí a Lasgol y los suyos, quizá pudiéramos rescatar a Egil y a los demás —dijo Dafne.

—Estáis locas —afirmó Lily—. Eso es un plan descabellado.

—Bueno, no hay por qué precipitarse. Mantengamos la idea en nuestras mentes. Igual encontramos una forma. No tiene por qué ser ahora, puede ser más adelante —razonó Nahia.

—Eso es. Busquemos la manera con calma, pero no desechemos la idea. Hay que lograr sacar a esas gentes de las mazmorras —afirmó Dafne.

—Lo dicho, estáis muy locas las dos —Lily puso cara de incredulidad.

Capítulo 28

La llegada del otoño se hacía cada vez más evidente en la academia. Las temperaturas veraniegas habían desaparecido y ahora hacía fresco todo el día. Una brisa que empujaba nubes grises amenazaba con traer vientos más fríos. Los árboles y los jardines estaban pintados de ocre y el ánimo de la Escuadra Ígnea acompañaba esas tonalidades.

Aquella mañana estaban en la Arena, les tocaba formación de armas. Llevaban semanas entrenando ataques y defensas. Urus les hacía repetirlos hasta la extenuación, sin piedad alguna. Todos eran capaces ya de realizar los movimientos sin errores y con buena habilidad. El problema era que Nahia, Dafne y Lily no conseguían terminar las clases. Iban mejorando, y cada vez se acercaban más al final, pero nunca lograban acabar.

—Hoy comenzaremos con los ejercicios por parejas —anunció Urus nada más formar.

Aquello era nuevo. Nahia se animó. Si no había que hacer un millar de repeticiones, quizá lograran terminar la clase. Entrenar por parejas era menos duro, eso lo sabían. La misma expresión de alegría que tenía la vio en Dafne y Lily.

—Entrenareis toda la clase por parejas. Uno atacará y el otro se defenderá. Luego cambiáis. Realizaréis todos los movimientos.

Esto a Nahia le gustaba mucho más. Sin duda se iba a cansar bastante menos entrenando con un compañero. Tuvo que disimular una pequeña sonrisa de alegría.

—Al final de la clase tendréis un duelo conmigo para evaluar vuestros avances.

Esto no les gustó lo más mínimo. Pensó que había escuchado mal. ¿Cómo iban a luchar en un duelo con un maestro de armas que además era un Tauruk bestial? No podía ser. Tenía que haber entendido mal. Miró a Taika y por su expresión preocupada se dio cuenta de que había oído bien.

—Poneos por parejas —ordenó.

Nahia se puso con Dafne, Lily con Ivo y Taika con Aiden.

—Uno en posición defensiva y el otro en posición ofensiva. Empezad con el primer movimiento de ataque y defensa.

Comenzaron con los movimientos. Urus iba contando las repeticiones en alto para que no perdieran el ritmo. Todos se esforzaron en hacer bien los golpes que ya tenían interiorizados y les salían casi sin necesidad de pensar. Cuando terminaron la primera ronda de ejercicios, Urus ordenó cambiar de pareja. Así fueron haciéndolo mientras transcurría la clase, hasta que llegó el momento temido.

Urus dio por finalizados los ejercicios del día. Tal y como Nahia había calculado, tanto ella como Dafne y Lily habían podido terminar gracias a los cambios de ejercicio y de pareja. Estaban exhaustas y apenas se tenían en pie, pero habían logrado llegar al final de la clase, lo cual era un hito importantísimo para ellas.

—Muy bien. Ahora os batiréis en duelo conmigo y veré el alcance de vuestro progreso —anunció Urus.

Nahia tragó saliva. Apenas se tenía en pie, no podía batirse en duelo con nadie y mucho menos con aquel maestro de armas Tauruk. Era una locura, no iba a aguantar ni un golpe. Al pensarlo se dio cuenta de que, si eso sucedía, Urus no la iba a dejar pasar la clase. Esto la desmoralizó. Se estaba esforzando mucho durante las formaciones y fuera de ellas en el gimnasio y la poca recompensa que recibía le parecía injusta. Suspiró. La vida era injusta, de eso no había duda alguna, así que tendría que seguir adelante. Esta era otra prueba colosal que tendría que superar de alguna forma. En ese momento no veía cómo podía hacerlo, pero tendría que encontrar la manera.

—Primero los más fuertes. Comenzaré contigo, Tauruk —dijo a Ivo y le hizo una seña para que se acercara—. Los demás formad un círculo a nuestro alrededor. Observad y aprended. No intervengáis en modo alguno. La concentración es imperativa en un duelo.

Ivo resopló por los grandes orificios de su bestial nariz y avanzó hasta situarse frente al maestro de armas.

—Es combate libre, pero solo puedes usar tu espada y escudo de la forma en que hemos estado practicando —explicó Urus.

Ivo asintió con la cabeza.

—Entendido.

—En posición —dijo Urus y ambos se pusieron en pose defensiva.

Urus saludó con la cabeza e Ivo devolvió el saludo.

—Comienza el combate.

Ivo no atacó, se quedó en pose defensiva a la espera del ataque del maestro, que no se hizo esperar. Con un desplazamiento rapidísimo sobre la arena, como si se deslizara sobre hielo con ambos pies, avanzó hacia Ivo y soltó un ataque combinando los movimientos uno y dos. Ivo se vio sorprendido por la velocidad del ataque y por su potencia. Bloqueó el primer golpe con su espada casi en un acto reflejo. Sintió un golpetazo en su espada que le subió por el brazo hasta el hombro. El segundo golpe lo defendió con el escudo y cuando la espada de Urus le dio, lo hizo con tanta fuerza que Ivo casi pierde la protección.

Todos observaban el combate, anonadados. Y no eran los únicos. Las otras dos escuadras también estaban realizando el mismo ejercicio. Nahia observaba el duelo y ahora era Ivo quien atacaba a una orden de Urus. Sus movimientos parecían torpes y lentos en comparación con los del maestro, pero pegaba con fuerza, eso podían escucharlo al golpear metal contra metal. Las espadas eran romas y sin filo para evitar muertes por error, incluso la de los maestros, cosa que Nahia agradecía y mucho. Aunque si te golpeaban con la espada, dolía igualmente y cabía la posibilidad de romper huesos, al igual que con el escudo, pues ambos eran de acero sólido.

Ivo lo intentó con fuerza. Golpeaba y se defendía de las terribles arremetidas de Urus intentando igualar su potencia, pero no lo conseguía. Los golpes del maestro eran mucho más fuertes. Finalmente, Urus lo desarmó con una finta de su espada y la de Ivo cayó a la arena. Urus siguió el ataque con un contundente golpe a las costillas que hizo que Ivo se doblara a un lado de dolor. Lo remató con un tajo al estómago que sonó hueco y doloroso. Nahia abrió mucho los ojos sin poder creer que el maestro le hubiera dado semejantes golpes a Ivo.

—Has caído derrotado. Tus movimientos son lentos y torpes y tu técnica mala. Debes mejorar. Puedes retirarte.

Ivo se retiró sujetándose las costillas y doblado de dolor. Su cara era de sufrimiento agudo.

—Te toca, Drakónido —dijo a Aiden y lo señaló con la espada.

Aiden se irguió y fue a enfrentarse al maestro con la confianza de la que siempre hacía gala. No tenía miedo, sus ojos brillaban de orgullo por estar allí y por enfrentarse a su maestro. Nahia tuvo que reconocer que valor tenía, visto lo que le había hecho a Ivo. Otra cosa era sentido común, ese no era el fuerte de Aiden.

Comenzó el combate y pronto se vio que iba a ir por unos derroteros muy parecidos. Aiden era algo más rápido y ágil que Ivo, pero golpeaba con menos potencia. Urus atacaba y se defendía siendo más rápido y con mucha más fuerza que el Drakónido. Aiden intentó todo lo que sabía y había aprendido hasta el momento, pero no consiguió poner en apuros a Urus, que finalmente lo derrotó con un tajo al estómago y una estocada al corazón ejecutados con tremenda fuerza y que hicieron que Aiden se quedara sin aire y se doblara de dolor.

Urus se pronunció.

—Has caído derrotado. Tus movimientos son también lentos, aunque no torpes. Tu técnica es regular. Debes mejorar. Puedes retirarte.

El siguiente fue Taika. Aquí las cosas cambiaron. El Felidae era mucho más ágil y veloz que Ivo y que Aiden, que toda la escuadra en realidad, y aunque golpeaba con menos fuerza que sus dos predecesores era más certero. Lucharon un rato y al maestro le costó algo más derrotarlo. Finalmente, alcanzó a Taika en la pierna derecha, lo que lo dejó cojo a causa del fuerte topetazo, y lo remató con un golpe de revés de escudo que lo dejó tumbado en el suelo.

—Has caído derrotado. Tus movimientos son rápidos y tus golpes certeros. Tu técnica es aceptable, pero tu potencia debería ser mayor. Debes mejorar. Puedes retirarte.

Y llegó el momento de las chicas. Nahia no se echó a temblar porque no tenía fuerzas ni para eso.

—Que se adelante la humana —pidió Urus.

Nahia intentó mantener la compostura y avanzar con la espalda recta, aunque por dentro estaba nerviosa y asustada. Los golpes que iba a recibir serían dolorosos y no había escapatoria. Bueno, sí había una, vencer a Urus, pero eso era una utopía dadas las circunstancias. Se puso frente al maestro y respiró profundamente buscando calmar sus nervios. No iba a vencer ni se iba a librar de la tunda, pero intentaría hacerlo lo mejor posible, porque tenía que pasar aquella clase si quería seguir con vida.

El combate comenzó y Nahia se puso en posición defensiva. En lugar de aguardar el primer ataque del maestro, que seguro que le iba a dejar los brazos destrozados, decidió atacar. No tenía nada que perder, ya que iba a caer derrotada de todas formas. Se desplazó hacia delante y soltó una estocada directa a la cara del enorme Tauruk. El maestro no pareció sorprenderse. Se cubrió el rostro con el escudo y la espada golpeó el metal saliendo desviada hacia arriba.

Nahia sabía que tenía un instante para seguir con un segundo movimiento de ataque antes del contraataque del maestro, así que lanzó un tajo a su muslo derecho, como él había hecho con Taika, aunque el resultado no iba a ser el mismo. Urus lo vio venir y con un fugaz movimiento descendiente de su escudo volvió a bloquear el ataque. Nahia ya esperaba fracasar, pero lo había intentado, así que se quedó contenta. Y llegó el dolor.

El contrataque de Urus fue brutal. Un terrible golpe al escudo de Nahia le dejó el brazo izquierdo inservible y provocó que se le cayera el escudo a la arena. Siguió una estocada al estómago que Nahia intentó desviar con su espada, pero no lo consiguió. Al chocar los dos

aceros su brazo sufrió un calambre y tuvo que soltar la espada, que cayó al suelo. La estocada de Urus le alcanzó en el estómago con fuerza y se dobló de dolor, un dolor intenso que la castigó tanto que cayó de rodillas.

—Has caído derrotada. Tus movimientos son bastante rápidos y tus golpes bastante certeros, pero no lo suficiente. Tu técnica es aceptable. Tu fuerza y aguante son inaceptables. Debes mejorar mucho. Puedes retirarte.

Tras un momento, Nahia consiguió erguirse muy dolorida en su cuerpo y también en su orgullo. Había caído como una débil combatiente, eso le dolió más que los golpes recibidos. Se colocó en su lugar en el círculo. No sabía si podría aguantar de pie mucho más, no le quedaban fuerzas ni para eso. Sintió que era una luchadora lamentable cuando vencida por el agotamiento tuvo que sentarse en la arena.

Después del desastroso duelo de Nahia le tocó el turno a Dafne. Se adelantó con cara de pocos amigos. Ya sabía lo que le esperaba e iba mascullando algo entre dientes. Comenzó el combate y Dafne también se lanzó al ataque con las pocas fuerzas que le quedaban. Su cara de rabia al lanzar los golpes fue claro indicativo de que no iba a dejar nada en la reserva. Lanzó un tajo al cuello que Urus bloqueó con su espada y seguido una estocada al torso que el maestro de armas paró con su escudo. Y allí se acabaron las fuerzas de Dafne. Su cara estaba lívida y sus brazos no podían con las armas, que dejó colgando a los lados.

Urus la miró con cara de extrañeza, como si aquello fuera algún ardid. No lo era. Dafne había atacado con toda la fuerza que le quedaba y ahora no podía ni con su alma. El maestro de armas no la perdonó. Con un fugaz desplazamiento hacia delante le golpeó primero en la espada y luego en el escudo con tremenda fuerza. Los brazos de Dafne no aguantaron el castigo y espada y escudo se fueron a la arena que pisaban. Un instante después, Urus golpeó a Dafne en los gemelos. Las piernas de la Fatum se fueron hacia arriba y el resto de su cuerpo hacia atrás. Cayó de espaldas contra la arena. Según yacía en el suelo exhausta y dolorida, Urus le puso la punta de la espada en el cuello.

—Atacar de la forma en que lo has hecho es de poca inteligencia. Si te vencen en el combate porque el rival es mejor que tú, que así sea. Atacar a todo o nada es de perdedores. Siempre hay que mantener la cabeza fría, aunque no haya más que una mínima probabilidad de victoria y déjame asegúrate que siempre la hay en un combate, por muy desigual que parezca al inicio. Se debe mantener la confianza en lo aprendido, en la técnica, en la habilidad en el manejo de las armas. Estar agotada no es excusa para lanzar un único ataque desesperado.

—Sí… —balbuceó ella desde el suelo con expresión de dolor.

—Has caído derrotada. Tu ataque no fue lo suficientemente rápido ni certero. Tu técnica no es aceptable. Tu fuerza y aguante son inaceptables. Debes mejorar mucho. Puedes retirarte.

A Dafne le costó levantarse del suelo. No parecía poder hacerlo. Todos la observaban sin saber si ayudarla o no. Ivo hizo ademán de hacerlo, pero de inmediato Urus lo detuvo señalándolo con la espada.

—La alumna debe levantarse por su propio pie —sentenció.

Ivo puso cara de no estar de acuerdo, pero no dijo nada. Sabía que no se podía discutir una orden a un instructor, pues el castigo era el mismo que discutir a un dragón: la muerte sin excusa válida alguna.

Finalmente, Dafne consiguió levantarse, recoger su espada y su escudo y volver al círculo.

Le tocó el turno a Lily.

Avanzó hasta situarse frente al maestro. Visto lo que había pasado con Dafne, Lily decidió usar una estrategia defensiva y no gastar sus últimas fuerzas en un ataque desesperado. Iba a perder en cualquier caso y no quería que además le cayera un rapapolvo como a Dafne. Comenzó el combate y aguardó en pose defensiva la embestida del maestro. Tenía el escudo al frente y la espada a media altura preparada para defenderse de alguna combinación de fuertes golpes. Se equivocó. Urus hizo algo que nadie esperaba. Dio un brinco enorme y cayó sobre Lily golpeando con tremenda fuerza con su escudo el de ella. De la potencia del salto, el peso de Urus y el fuerte golpe del escudo, Lily salió despedida hacia atrás como si la hubiera envestido un toro. Terminó a varios pasos de espaldas en la arena, incapaz de continuar.

Urus la observó vencida en el suelo y negó con la cabeza.

—No esperéis poder defender todo ataque con una simple pose defensiva. Como acabáis de ver, el rival puede sorprenderos con un ataque de fuerza. Puede ser uno como el que yo he ejecutado o puede ser uno similar golpeando con la espada. Puede incluso ser un ataque sin salto, de carrera, que también es muy efectivo. Esperad lo inesperado. Si alguien carga contra vosotros, bien sea a la carrera o de un salto, lo que debéis hacer es simple, apartaos a un lado con un desplazamiento lateral rápido. Luego giráis y encaráis al enemigo, y ya lo tenéis si sois lo suficientemente veloces, porque quedará expuesto.

Urus realizó los movimientos para que los vieran. Cuando terminó de explicarlo se volvió hacia Lily, que seguía tumbada de espaldas en la arena sin fuerzas para levantarse.

—Has caído derrotada. Tu defensa no fue lo suficientemente rápida. Tu técnica no es aceptable. Tu fuerza y aguante son inaceptables. Debes mejorar mucho. Puedes retirarte.

Lily se revolcó en la arena y, con mucha dificultad, consiguió gatear hasta su sitio en el círculo.

—Cada final de clase repetiremos este ejercicio. Espero por vuestro bien que vayáis mejorando. Lo que he presenciado hoy no está a la altura de lo que se espera de vosotros. Sé que lo veis como un sufrimiento, pero un día os salvará la vida en el campo de batalla, no os quepa duda.

A Nahia no le cabía duda de que lo que Urus decía era verdad. El problema era cómo superar su clase, era demasiado para ellos. En aquel momento no se imaginaba combatiendo contra el maestro y soportando el duelo. Le parecía imposible aguantar ni dos suspiros de combate contra él y eso significaba que no superaría la clase de armas.

Capítulo 29

Pasaron los días de formación de otoño. Todos se esforzaron al máximo en las tres disciplinas: armas, magia y talento. Se acercaba la prueba de medio año y ninguno quería quedarse fuera por no estar al nivel requerido por los maestros. Aiden, Ivo y Taika se esforzaban al máximo en las clases de magia y después estudiando y entrenando en la biblioteca. Nahia, Dafne y Lily lo daban todo en la clase de armas y luego en el gimnasio intentando robustecer sus cuerpos. Por fortuna todos iban lo suficientemente bien en la clase de talento, cosa que no podían ni creer.

De la misma forma que caían las hojas de los árboles, caía cada componente de la Escuadra Ígnea ante el formidable Urus en medio de la Arena en el duelo obligatorio de final de clase. Si algo marcaba las clases de armas era sudor, dolor, arena y más dolor.

—Clase finalizada —dijo Urus cuando terminó el último duelo.

Dafne, que había sido la última en combatir, se arrastró hasta su lugar en el círculo.

—Ánimo —dijo Taika en un susurro.

—El progreso que veo es satisfactorio. No estáis todos dónde deberíais —dijo Urus y miró a Nahia, Dafne y Lily—, pero es un progreso aceptable.

Aquello las sorprendió porque les había dado una paliza. Ellas lo habían intentado, pero era como golpearse contra un muro de roca.

—Podéis marchar. Clase finalizada —terminó la formación y marchó con paso sereno.

Nahia miró a Dafne y a Lily con expresión de gran sorpresa. Era la primera vez en dos estaciones que Urus les decía algo positivo.

—¿He oído bien? —susurró Lily según se daban la vuelta para irse.

—No puede haber dicho algo bueno de nosotros —Dafne negó con la cabeza con expresión de incredulidad fingida.

—Habéis oído bien. Nuestro formidable maestro de armas nos ha dicho que progresamos de forma satisfactoria —Aiden se hinchó y levantó la barbilla según encaraba el pasaje de salida por la cara sur del edificio circular.

—Algo habremos hecho bien —se encogió de hombros Ivo que, por su expresión, estaba satisfecho con lo logrado.

—Los duelos han ido muy bien —opinó Taika con tono optimista.

Dafne lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que muy bien? Hablarás por ti, porque por nosotras tres no creo.

—Taika ha aguantado por lo menos diez ataques del maestro. Toda una proeza —dijo Ivo.

—Más que aguantar, digamos que he conseguido evitar sus golpes —sonrió el aludido.

—Tienes una agilidad envidiable —reconoció Nahia.

La escuadra abandonó la Arena. Estaban destrozados por el cansancio y los golpes recibidos, pero algo más animados que de costumbre por el comentario del maestro de armas.

—Yo he aguantado más que nunca, así que estoy muy orgulloso —anunció Aiden y levantó la barbilla.

—Sí, la verdad es que hoy has estado bien —reconoció Dafne—. Has conseguido soportar ocho ataques y defensas. Todo un logro.

—Eso creo yo. Me he esforzado al máximo sin perder la cabeza, eso sí —reconoció Aiden.

—Bueno si pierdes la cabeza con Urus no hay mucho problema. Te dejará sin sentido de un golpe de escudo en los morros, así que tranquilo —dijo Lily riendo.

—Lo más probable, sí —asintió Aiden.

—Yo voy mejorando. Mis defensas aguantan bien, son los ataques los que no consigo dominar —comentó Ivo.

—Pues con esa fuerza que tienes con que impactes en cualquier parte ya vale —dijo Dafne.

—Eso intento, pero el maestro me lo impide.

—Tú sigue golpeando así de fuerte, brutote, y todo irá bien —sonrió Lily.

Cruzaron la Plaza de la Senda. Nahia iba pensando que ella lo hacía fatal, pero al menos lo intentaba con todo su ser.

—Yo me conformo con llegar al final de la clase con fuerzas suficientes para tres ataques. Es todo cuanto pido —dijo Nahia con un largo suspiro de estar exhausta.

—Ya somos dos —se unió Dafne con los ojos tan hundidos que parecía que el agotamiento se los quería tragar.

—Yo he podido lanzar cuatro hoy. No siento ni los brazos ni las piernas y creo que me voy a marear en cualquier momento, pero lo he logrado —afirmó Lily y perdió pie. Aiden, que estaba a su lado, la cogió por la cintura para que mantuviera el equilibrio.

—Vaya, qué galante para un cabeza de granito —dijo ella y le guiñó un ojo, pero se le fue la cabeza para atrás y trastabilló.

Aiden la mantuvo en pie y la ayudó a seguir caminando.

—Ya estamos casi en los barracones. No te preocupes que llegamos —dijo, aunque todavía faltaba un buen tramo.

—Aguanto… tranquilo —respondió Lily.

Aiden la sujetó mejor para que no se fuera al suelo y la alzó por la cintura.

—Vaya… me siento, volar… soy como una Fatum de los antiguos tiempos —dijo Lily. Se le iba la cabeza.

—La pobre se ha sobrepasado hoy —comentó Ivo.

—El problema es que o nos sobrepasamos en cada clase o estamos acabados —opinó Dafne, a la que su mal humor natural la mantenía en pie, pero que estaba también a punto de caer rendida.

—Es verdad, pero estamos consiguiendo progresos significativos —valoró Taika.

—¿Tú crees? —dijo Aiden y lo miró sin terminar de ver a qué se refería el tigre.

—Yo tampoco lo veo muy claro… —se unió Ivo según daban la vuelta al castillo y encaraban la plaza de armas.

—Hoy Urus nos ha dado una felicitación, y ninguno de nosotros está fallando la clase de forma catastrófica.

—Nosotras un poco sí —rebatió Nahia.

—No creas. Estáis terminando todas las clases, que es un auténtico logro viendo cómo empezasteis el año. En dos estaciones habéis mejorado mucho. Que no podáis mediros a Urus no significa que estéis fallando la formación —razonó Taika.

—¿Tú crees que… pasaremos? —preguntó Dafne con mucha duda en su tono.

—Yo creo que sí. Estáis llegando a los duelos y lo hacéis cada vez mejor —explicó el Felidae.

—Yo no soy tan optimista. Sobre vosotras, me refiero —se pronunció Aiden.

—Cabeza… de granito… —dijo Lily, a la que ya se le cerraban los ojos.

—Eres un compañero envidiable —dijo Dafne llena de sarcasmo y con expresión de estar disgustada.

—Digo lo que pienso y sabéis que estoy en lo cierto. Siempre digo la verdad.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de la clase de magia, cabeza de roca? —increpó Dafne—. Ahí no vas nada bien.

Aiden suspiró sin dejar de portar a Lily al vuelo.

—Cierto. Es posible que no pase la clase de magia —confesó con voz apagada y la barbilla se le fue contra el pecho.

Dafne y Nahia se miraron sorprendidas. Tal confesión no era normal en el Drakónido.

—¿Te encuentras bien, Aiden? —se interesó Nahia.

—Sí… por supuesto… Es solo que no soy tan optimista como Taika. Sobre todo, en magia —respondió mientras encaraban los barracones.

—Si lo analizáis bien, tampoco vamos tan mal en magia —argumentó Taika.

—¿Cómo qué no? Si Ivo, Aiden y tú vais fatal de mal —rebatió Dafne, a la que la discusión le mantenía en pie.

Ivo se había puesto a su lado por si se desvanecía. No sería la primera vez y tampoco la última.

—No es del todo correcto. Ivo y yo no somos capaces de realizar ataques mentales, pero no se espera que todos lo seamos. Se espera que todos podamos captar las auras mentales y eso lo hemos logrado.

—Hombre… visto así… pues sí —Nahia se animó.

—Y Aiden, que solo seas capaz de atacar con la mente la mitad de las veces supone una mejora desde que empezaste, cuando solo lo conseguías en uno de cada diez intentos.

—Eso es verdad… —reconoció Nahia.

—¿Tú crees que pasaremos las dos clases? ¿De verdad? —preguntó Dafne.

—Puede que no porque con los dragones y sus expectativas imposibles nunca se sabe, pero

creo que nos permitirán pasar a la segunda parte del año —dijo Taika.

—Yo creo que eres algo más que optimista —dijo Ivo, que tampoco estaba nada convencido.

—Tendremos que esperar y ver —terminó Taika con una sonrisa según llegaban a los barracones. Lily hacía rato que dormía y Dafne se desvaneció en la entrada. Ivo la sujetó y la llevó al dormitorio cargada sobre su hombro.

Nahia llegó hasta la habitación pensando que algo de razón no le faltaba a Taika. Se habían esforzado muchísimo y habían mejorado bastante, pero los dragones podían perfectamente decirles que no daban la talla. De hecho, eso era lo que pensaba que sucedería. Ella, aunque lo intentaba, no podía ser tan optimista como Taika. La única esperanza que le quedaba era que el Felidae era listo y astuto y si lo decía, parte de razón tendría.

Miró por la ventana antes de acostarse y se dio cuenta de que el otoño ya se iba para dar paso al invierno y eso significaba que en nada llegaría la prueba de mitad de año. Solo de pensarlo sufrió un escalofrío que le bajó por la espalda. Decidió ir a dormir, porque ya no podía ni pensar de lo agotada que estaba.

La última semana de formación de otoño se volvió crucial y requirió de un último esfuerzo de todos en cada una de las tres disciplinas. En la formación de magia las cosas fueron un poco mejor en los duelos mentales. Habían sufrido, pero todos habían mejorado, sobre todo Aiden y Taika. Hasta Ivo podía ahora discernir las auras de todos sus compañeros, aunque no podía atacar. Nahia no lo iba a reconocer nunca, porque era un sistema cruel y despiadado, pero Buru-Beira-Gogoa conseguía resultados con su método. Solo de pensar en ello le dio dolor de cabeza. La buena noticia era que les había dado su aprobación para poder participar en la prueba de mitad de año. Los resoplidos de alivio que habían soltado los tres chicos de la escuadra habían sido estruendosos.

Llegó el día final del otoño, con formación de armas. Fue una última clase muy en la línea de las anteriores. Todos chocaron con el muro impenetrable que era Urus y terminaron doloridos y tirados en la arena, pero algo positivo surgió de su sudor y sufrimiento.

—No ha estado mal. Mejor que las últimas clases. Es suficiente por ahora. Tenéis mi permiso para participar en la prueba de mitad de año. Marchad y descansad —despidió el maestro de armas.

Nahia, Dafne y Lily saltaron de alegría y gritaron tan fuerte que el sonido rebotó en las paredes circulares de la Arena.

—Sabía que lo lograríamos —dijo Taika.

—Eres un tigre muy inteligente —afirmó Ivo riendo.

—Me alegro de que lo hayamos conseguido —dijo Aiden.

—Si tú te alegras, cabecita de mármol, imagínate nosotras —aseguró Lily.

—Mira, hasta sonrío de oreja a oreja —dijo Dafne mostrando una gran sonrisa.

—Eso sí que es un logro —replicó Aiden.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Nahia y se fue al suelo. Se quedó sentada en la arena sin fuerzas para moverse.

Dafne y Lily gritaron vítores y un momento después, exhaustas, acompañaron a Nahia sobre la arena. Taika, Ivo y Aiden las miraron y un momento más tarde se sentaron también. Estaban todos tan cansados que permanecieron allí un buen rato. Habían conseguido superar la clase de

armas y la mejor forma de celebrarlo era descansando.

Permanecieron allí hasta la hora de la cena. El hambre pudo más que el agotamiento y todos fueron a comer algo. No hablaron demasiado, aunque en los ojos de todos había un brillo de alegría, el de haber conseguido llegar a la prueba de mitad de año. Se fueron a dormir temprano y cayeron extenuados en los catres.

A la mañana siguiente un tremendo rugido los despertó a todos. Aiden todavía ni se había terminado de preparar, lo que significaba que era muy temprano.

—¿Qué… sucede? —balbuceó Nahia con un ojo cerrado y el otro solo un poco abierto.

—No lo sé, pero algo sucede —respondió Aiden mirando por la ventana.

Un segundo rugido de dragón les dejó a todos bien claro que algo pasaba.

—Mejor nos ponemos en marcha todos y rápido —sugirió Taika.

—Yo no puedo ni levantar la cabeza del catre —se quejó Dafne.

—Pues yo no puedo ni mover mis perfectas caderas para girarme… —Lily intentaba darse la vuelta en la cama sin conseguirlo.

Nahia se sentó en su camastro. Solo ese movimiento hizo que todo el cuerpo le doliera horrores. Se sentía como si Urus le hubiera dado diez palizas, una detrás de otra.

Ivo, que se había puesto en pie, se desperezaba estirando los brazos.

—Esta no es manera de empezar el día. Deberíamos comenzar la jornada con tranquilidad, sin urgencias y gritos. Esto no es bueno para nuestras almas.

—Razón no te falta, pero no creo que sea lo que los dragones quieren —replicó Dafne masajeándose la cabeza.

Varios rugidos más, entre ellos el de Irakas-Gorri-Gaizt, dejaron muy claro que tenían que presentarse de inmediato.

—¡Nuestro líder nos llama! —clamó Aiden, que ya abría la puerta para salir.

Bajaron corriendo a formar con incertidumbre en sus corazones.

Capítulo 30

«¡Escuadrón Rojo, formad! ¡En línea! ¡Sin dilación!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt según llegaban a formar a la carrera desde los barracones.

La Escuadra Ígnea formó ante su líder a la izquierda, la Ardiente en el centro y la Candente a la derecha. Nahia miró de reojo a Brendan y a Logar. Ellos, que también andaban mirando a las otras escuadras, se dieron cuenta y saludaron con disimuladas inclinaciones de cabeza.

Luego miró a los otros escuadrones. El Escuadrón Azul de Ana estaba cerca y pudo ver la expresión en la cara de su amiga que, como casi siempre, era de estar angustiada. Le habría gustado tranquilizarla, pero ella tampoco es que estuviera muy tranquila. Tenía que reconocer que estar rodeada de sus compañeros de escuadra le proporcionaba una sensación de seguridad que la tranquilizaba bastante. Buscó a Logan y tardó poco en encontrarle, era como si sus ojos lo pudieran ubicar hasta en medio de la más cerrada oscuridad. Se fijo en su apuesto perfil y su corazón comenzó a acelerarse.

Los seis dragones líderes rugieron al unísono.

«¡Firmes todos!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Un enorme dragón rojo apareció sobrevolando el castillo. Era el coronel Lehen-Gorri-Gogor, líder de la academia. Descendió y se posó frente al castillo mirando hacia la plaza donde formaban. Un momento después otro dragón enorme y blanco apareció de la misma forma, el comandante Bigaen-Zuri-Indar, que descendió hasta situarse a la derecha del coronel. Rugieron para anunciar a todos su llegada y tener la atención de los presentes en la plaza de armas.

Tras un momento, el coronel emitió un rugido más. Iba a dirigirse a ellos.

«Hoy es el día elegido para la Prueba de Medio Año de tercer curso. No la hemos anunciado porque este año va a ser un poco diferente y requería de ciertas preparaciones. Todo está organizado ¿no es así, comandante?» preguntó al gran dragón blanco girando su cabeza hacia él.

«Sí, mi coronel, todo preparado» respondió y saludó con respeto bajando la cabeza ante su superior al mando.

A Nahia le parecía raro que no les hubieran dicho la fecha de la prueba, que por lo general anunciaban al menos unos días antes. Aquello era una sorpresa poco agradable. Miró a Dafne y Lily y puso cara de extrañeza. ¡A saber contra qué tipo de criaturas se tendrían que enfrentar para pasar la prueba! Serían de lo más difíciles de batir y sanguinarias. Lo único de lo que estaba segura era de que iban a sufrir, al igual que en las pruebas de primero y segundo.

«Como el tiempo apremia mi discurso será breve. Lleváis dos años y medio de formación en Drakoros. En esta prueba que comienza demostraréis vuestra valía. Hacedlo y estaréis en la Senda para convertiros en Brujos de Dragón. No me decepcionéis. Hacedlo bien. La prueba este año no será de combate aquí. Este año, dada la situación, será una misión de guerra en Drameia» envió junto a un fuerte sentimiento de importancia.

Nahia abrió mucho los ojos. Los enviaban a Drameia. Ella esperaba ir con la prueba final del curso, no de forma tan anticipada. Iban de vuelta a la guerra. Escuchó un par de suspiros y miró a

Dafne y Lily, las dos tenían cara de que les esperaban problemas.

«Líderes de escuadrón» envió el comandante.

Los seis rugieron a una.

«Se os ha entregado la misión a realizar a cada uno».

Los seis rugieron de nuevo.

«Marchad y cumplidla» ordenó el coronel.

No tuvieron tiempo ni de asimilarlo.

«Partimos de inmediato. Ahora os traen el equipo de campaña».

Un grupo de Tergnomus apareció desde intendencia en fila de a uno portando macutos y armas. Nahia pensó que Hiputz, el jefe Tergnomus de intendencia, debía saber que aquello iba a suceder, ya que tenían que preparar el equipamiento de todos los escuadrones. Se preguntó cuántas cosas más sabría. Les entregaron una espada larga, una daga, un escudo, una Esfera de Batalla y el macuto. Nahia estaba ya acostumbrada al peso de las armas, pero el macuto añadía una carga adicional a la que tendría que hacerse. Ya lo habían hecho el año anterior, así que no previó problemas en ese sentido.

Una vez tuvieron su equipamiento, la hilera de Tergnomus desapareció en el alargado edificio de intendencia.

«¡Escuadrón Rojo, marchamos!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Todos los escuadrones avanzaron en perfecta formación, como habían aprendido. Primero iba el Escuadrón Blanco, luego el azul, el marrón, el cristalino y por último el negro. Finalmente cerrando el grupo iba el rojo. Salieron de la academia y se dirigieron a la puerta, donde tomarían el portal para abandonar Cael-Utrum, donde estaban, el sexto reino de los dragones. A Nahia le vino a la cabeza que aquel era el único reino neutral, el único libre del liderazgo de ninguno de los cinco clanes y que se dirigirían a uno regido por el rey rojo. En su reino todo le pertenecía a él, incluyendo los humanos de la superficie que le servían.

Al ver la Perla, Nahia sintió un escalofrío, aquella era la única forma de entrar y salir de aquel reino, al menos para las razas esclavas, no para los dragones, que siempre podían descender a la superficie de Kraido volando. Frente a la Perla, a la que rodeaban las seis atalayas, esperaba el Guardian: Sarre-Urdin-Olto, el gran dragón azul. Los líderes conversaron con él y tras un breve instante la gran esfera de plata se formó sobre la Perla. Se prepararon para cruzar y todos entraron en el portal a una orden de sus líderes.

Aparecieron en una Perla que Nahia reconoció. Varios dragones surgieron sobrevolando el portal en labores de vigilancia. Nada extraño, se debía a la gran rivalidad que había entre los cinco clanes. De allí realizaron otro recorrido que ya les era familiar hasta la Gran Perla que permitía viajar a mundos lejanos. Allí se abriría el gran portal que los llevaría a Tremia.

Nahia se sentía nerviosa por volver al mundo de Egil. Se preguntó si tendría ocasión de encontrarse con Lasgol, Camu y los Guardabosques. Tendría que esperar a saber en qué consistiría su misión en lugar de impacientarse y adelantarse a los acontecimientos.

Los dragones del rey rojo los escoltaron volando sobre ellos hasta que llegaron a la Gran Perla. La encontraron rodeada de multitud de soldados humanos y también de carros con provisiones. Había dragones que volaban sobre ella y alrededor, como vigilándola. No habían abierto todavía el gran portal.

«¡Alto! ¡Mantened la formación!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt cuando estuvieron al sur de la perla.

De súbito el descomunal portal comenzó a formarse. Sobre las atalayas que la rodeaban, una docena de dragones plateados destellaban en su esfuerzo por abrir el gran portal. Les llevó un tiempo. Cuando por fin se formó la gran esfera de plata todos se quedaron maravillados por su descomunal tamaño y poder.

«Tenemos permiso para cruzar. ¡En formación! ¡Al portal!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Se dirigieron a la rampa que ascendía desde el suelo hasta la parte superior de la Perla. No sin cierto nerviosismo, todos ascendieron hasta llegar al portal y saltaron.

Se despertaron en tiendas de campaña que ya les resultaban familiares.

—Estamos en Tremia —anunció Taika.

Aiden ya estaba fuera de la tienda.

—A ver si mejoran estas pulseras de una vez. No me gusta nada este dolor de cabeza —se quejó Lily.

—No os preocupéis, os lo puedo aliviar —se ofreció Dafne.

—Eso es estupendo, gracias —dijo Nahia frotándose las sienes sin mucha suerte.

—Pues yo pediría que hicieran estas tiendas algo más altas —comentó Ivo, que al ponerse de pie dio con su cornamenta en la parte superior y rasgó la lona.

«Atención, ¡a formar!» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

—Vaya, ya nos está llamando —se lamentó Lily.

—Todos fuera, ¡a formar! —dijo Aiden con tono de urgencia.

Salieron y formaron ante su líder que los aguardaba junto a los otros cinco frente al gran glaciar con forma de castillo parcialmente derruido. Estaban en el Continente Renacido y dentro de la descomunal estructura de hielo estaba la Perla por la que habían llegado. Nahia miró a su alrededor. El campamento de invasión estaba medio desierto, con menos de medio millar de soldados y un número similar de carretas con víveres. No le sorprendió. El resto estarían atacando a los reinos de Tremia. Tres dragones sobrevolaban el glaciar en círculos, vigilando.

«Comienza la misión. Esta será una sencilla, de escolta. Cada escuadrón escoltará un convoy de cien carros de suministro. Los carros deben llegar a su destino. Nuestra misión será para Erre-Gor-Mau, el rey rojo. Esta misión será en Norghana, los otros escuadrones realizaran misiones similares para los otros reyes en los territorios de cada uno» anunció Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia miró hacia Ana y luego a Logan, ellos estarían recibiendo las mismas órdenes, así que se separarían al dejar el campamento de guerra. Deseó que les fuera bien y regresaran con vida. Irakas-Gorri-Gaizt anunciaba la misión como sencilla, pero Nahia tuvo la sensación de que no sería así.

«En marcha, nuestro convoy a proteger es el que tiene carros con runas rojas».

A la salida del campamento de guerra vieron los cinco convoyes esperando. Cada uno llevaba los carros con los colores del rey dragón al que pertenecía. Nahia y sus compañeros de escuadrón se pusieron a la cabeza del convoy rojo. Ana, Logan y el resto hicieron lo mismo.

Los líderes echaron a volar.

«Os espero en la Perla del Continente Renacido. ¡En marcha!» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Se pusieron en marcha y el convoy de carros los siguió de inmediato. Al llegar a la Perla la encontraron abierta y con una rampa para que los carros subieran. El líder negro manipuló las runas del portal y estableció el destino. Luego su escuadrón y convoy entraron. Finalmente lo hizo el dragón negro. Uno por uno, cada escuadra, su convoy y su líder fueron. Nahia vio marchar a Ana y Logan y sintió intranquilidad por lo que les pudiera pasar. Un rato después entraba ella con los suyos.

Salieron del portal y cayeron al suelo. Nahia observó el lugar y se dio cuenta de que ya lo conocía, era la Perla del norte, la de Norghana. El sitio en el que estaba situada era denominado por los Guardabosques la Madriguera, y el valle que les rodeaba, el Refugio. Así se lo habían explicado tanto Egil como Lasgol. Dentro de la Madriguera, Lasgol le había dejado el regalo de despedida la última vez que Nahia había pisado aquel lugar.

Miró a los cielos y vio a dos dragones patrullando. Volaban realizando círculos en direcciones contrarias a unos seiscientos pasos de altura. Uno era rojo y el otro azul y, a juzgar por el tamaño, eran jóvenes. Si aquellos dragones estaban allí no habría regalo en el interior de la Madriguera esta vez.

El resto del escuadrón se puso en pie y observó el lugar. Todos lo reconocieron. Brendan y Logar miraron a Nahia y le hicieron un pequeño gesto afirmativo con la cabeza.

«Desplegaos y rodead la Perla. Cubrid los carros desde esta posición» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

—Sí, apartémonos, rápido —urgió Taika.

Todos se movieron.

De pronto los carros comenzaron a aparecer. Apareció el primero y el conductor, bien enseñado, azuzó a las bestias para que siguieran su camino. Cuatro soldados iban sentados al final del carro y Nahia se percató de que debían despejar el punto de llegada. Un momento después aparecía otro. Fueron saliendo carros uno tras otro y el convoy fue formándose bajando de la colina hacia el oeste. Todos llevaban cuatro soldados que lo escoltaban. El gran convoy tenía en total cien carros y cuatrocientos soldados protegiéndolos.

Todos portaban provisiones de algún tipo: comida, armas, ropajes y similares, excepto uno, que iba en el centro, que no era como los demás. Nahia no podía despegar los ojos de él. Su parte posterior era una gran caja de plata que tenía runas de dragón grabadas en cada lado y refulgía incluso en el cielo cubierto del lugar. Nahia no sabía qué contenía, pero desde luego debía ser algo para los dragones. Le dio la impresión de que sería importante. Lo cierto era que, de serlo, los dragones no lo habían disimulado mucho, cosa que tampoco la extrañó porque no entendían el concepto del subterfugio y el disimulo. El del engaño y la traición seguro que sí.

—Esa es una cantidad monumental de provisiones —dijo Lily con un silbido cuando todo el convoy estuvo formado.

—Te sorprenderías de lo poco que duran —dijo Ivo.

—Si les echas mano tú, seguro —rio Lily y se tapó la boca para que no la oyeran.

—Ivo tiene razón. Hay que alimentar y pertrechar a miles de soldados —comentó Taika.

—Y a unos cuantos dragones —añadió Dafne.

—Cierto —asintió Nahia.

—Una invasión, y más si hay que sitiar ciudades, requiere de muchísimos suministros —

explicó Taika.

—Pues aquí van —dijo Lily.

—No os confiéis. Los norghanos no querrán que estos suministros lleguen a las tropas —advirtió Taika.

—¿Crees que atacarán el convoy? —preguntó Dafne.

—Podría ser. Yo lo haría si estuviera con ellos —dijo Taika—.

—Tiene razón. Los soldados hambrientos y debilitados no luchan bien. Además, pierden moral —comentó Ivo.

—¿Robarán los suministros? —preguntó Aiden.

—O los destruirán si no los pueden robar —imaginó Taika.

—Eso es de cobardes sin honor —afirmó Aiden.

—Estamos en guerra. No hay honor, solo supervivencia —sentenció Ivo.

—Bueno, sea como sea esto no va a ser una sencilla misión de escolta, ¿verdad? —preguntó Dafne.

—Lo es, pero con muchas posibilidades de complicarse —dijo Ivo.

—Pues qué bien… —se quejó Dafne y arrugó la nariz.

Nahia observó el amplio valle rodeado de altas montañas, todo parecía tranquilo. De entre los árboles al oeste surgió un halcón que voló a gran velocidad remontando hasta los cielos y desapareció entre las nubes. No supo por qué razón, pero Nahia recordó lo que el rey Grypho le había dicho: “nada teme más un dragón que a un Grypho que se acerca volando a gran velocidad”. Aquel halcón volaba tan rápido y maniobraba con tal soltura que para un dragón sería imposible darle alcance.

Se sintió mejor. Los dragones eran formidables, pero no podrían nunca con un halcón.

«Seguimos al convoy» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Se pusieron en marcha tras la larga hilera de carros y se dirigieron hacia el oeste, hacia la salida de valle. Nahia se quedó confundida. La salida era elevada y requería cruzar una cueva en la cima de una de las montañas.

¿Cómo iban a salir los carros de allí?

Capítulo 31

Recorrieron el valle, ya cubierto de nieve en amplias zonas. Estaban al final del otoño y en aquella región de Tremia nevaba en abundancia. Toda la cordillera que rodeaba el valle estaba teñida de blanco. No solo las puntas más altas, sino toda la montaña casi hasta sus pies. La temperatura también era fresca, pero sin llegar a ser muy fría, aunque sus ropajes les protegerían del frío.

Llegaron al final del valle y Nahia seguía con la misma pregunta en su mente: ¿cómo iban a salir los carros de allí? Entonces lo vio. Todos los conductores y soldados se bajaron de los carros al llegar al final a los pies de la alta cordillera y comenzaron a subir hacia la cueva, donde Nahia ya sabía que había una salida al otro lado, pero los carros se quedaban allí. Aquello no tenía sentido.

—Eso es de lo más rarito —comentó Lily.

—No pueden a abandonar los carros que llevan la comida ahí —afirmó Ivo, al que la escena no le gustaba en absoluto.

—No creo que hagan eso. Los soldados seguro que necesitan de esos víveres para continuar con la invasión —comentó Taika.

—Los señores dragones tendrán una estrategia pensada —afirmó Aiden.

—Ya está el cabeza de roquita con sus amados señores dragones —increpó Lily.

—Algo tienen que haber pensado —comentó Ivo—. No van a dejar los carros ahí agrupados. Igual han cavado un túnel por el que pasar.

—No veo yo ningún túnel y los conductores los han abandonado… —dijo Nahia.

—Pues si no es por tierra, tiene que ser por… aire… —razonó Taika.

Según el Felidae terminaba la frase, cuatro dragones jóvenes bajaron de los cielos y con sus garras delanteras y posteriores agarraron un carro cada uno y lo alzaron dejando a los animales de tiro colgando, sujetos por sus fuertes arneses. Los dragones se elevaron hasta librar la cordillera y descendieron por el otro lado.

—Sí, es por aire —asintió Dafne.

—¡Pero qué listo es nuestro tigre! —sonrió Lily.

Taika se encogió de hombros.

—Era lógico.

«Cruzad al otro lado de la cordillera y proteged los carros. La Escuadra Ígnea protegerá el oeste, la Ardiente el Este y la Candente el norte. Esperad hasta que los carros se pongan en marcha» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt, que volaba sobre ellos.

Así lo hicieron. Nahia pensó que si los norghanos querían atacar el convoy aquel era un buen momento. Todos los carros estaban parados y desorganizados y les llevaría un rato volver a ordenarse y formar la larga hilera. Lo meditó mejor y se dio cuenta de que pese a la situación de

ligero caos, había cuatro dragones trabajando y uno vigilando, así que necesitarían de muchos tiradores para atacar con posibilidades de éxito. Había un bosque tupido al norte y otro al este y podían estar allí escondidos.

Las tres escuadras vigilaron los alrededores atentos, pero no sucedió nada. El convoy se reorganizó y retomó el trayecto. Nahia se sintió a la vez decepcionada y aliviada. Quería que los suministros no llegaran y que el ejército de los dragones perdiese moral, pero no deseaba que los soldados que iban en los carros, humanos en su mayoría, murieran en una emboscada. Luego se dio cuenta de que ellos también podían morir y la emboscada y la idea le parecieron todavía menos apetecibles.

Unas horas más tarde, el convoy avanzaba por el camino en dirección norte. Irakas-Gorri-Gaizt les había ordenado que se dividieran. La Escuadra Ardiente iba en cabeza, la Candente en la retaguardia y la Ígnea en el centro. Su líder volaba sobre la columna de carros asegurándose de que el camino estaba despejado.

Nahia podía ver el carro de plata justo frente a ellos y claro, no podía parar de pensar en qué habría dentro.

—¿Qué crees que contiene? —preguntó a Dafne.

—No lo sé, pero esos grabados son runas de dragón. Así que algo malo, eso seguro.

—Ahora ya sabemos por qué no nos enseñan a interpretar runas de dragón en la academia, es para que no sepamos qué contienen sus cajas secretas —comentó Lily e hizo una mueca cómica.

—No andas muy desencaminada —dijo Aiden.

—¿Ah, no? —Lily le dirigió una mirada.

—No. Entre los míos se cree que las runas de dragón tienen significado propio, como si fueran un pequeño tomo, y su lenguaje es secreto. Solo lo dragones lo conocen. Esas runas lo más probable es que indiquen el contenido de lo que hay en esa caja de plata.

—Además de irresistible y encantadora, lista. ¡Es que lo tengo todo! —Lily sonrió de oreja a oreja.

—Debe ser algo importante —comentó Nahia, que sentía como si lo que hubiese dentro la llamara.

Tocó la escama en su cuello para ver si ardía, pero no lo hacía, así que no tenía nada que ver con su destino. Quizá solo fuese una sensación por la intriga que le producía.

—Igual solo contiene oro y piedras preciosas para sobornar a dirigentes y comprar mercenarios.

Aiden la miró con cara de estupor.

—Nuestros señores dragones no necesitan sobornar a dirigentes y mucho menos comprar mercenarios sin honor.

—Claro que no, cabeza de granito, las guerras se ganan solas. Tus queridos dragones llegan a un mundo, todos se rinden a sus pies y mundo conquistado. ¡Facilísimo! —dijo Dafne.

—Justo lo que está pasando aquí —añadió Lily.

—Yo no he dicho… bueno… —Aiden no supo qué contestar y miró al frente con la barbilla alta.

—No os preocupéis demasiado por esa caja. Lo importante es cumplir esta misión y salir con

vida —dijo Taika—. Todo lo demás es secundario.

—Esa es una gran verdad —convino Ivo—. Centrémonos en sobrevivir.

—Ojos abiertos y todos atentos —dijo Dafne y se centraron en el consejo del Felidae.

Continuaron dirección norte. Nahia supuso que iban a la capital, a Norghania. Seguían el mismo camino que habían realizado la última vez, pero al llegar a un cruce, con la capital ya a la vista, se desviaron hacia el oeste.

—¿No vamos a la capital? —se extrañó Dafne.

—Parece que el nuevo rumbo es noreste —dedujo Taika mirando al sol.

—¿Alguien sabe a dónde nos dirigimos? —preguntó Lily.

Nahia llevaba uno de los mapas de Egil en la bota, pero no quería sacarlo allí por si la veían los soldados.

—Más adelante lo sabremos mejor —dijo a sus compañeros.

—Lo que sí parece es que la capital no termina de caer —comentó Taika estirando el cuello para ver mejor la gran ciudad en la distancia.

—Yo solo veo columnas de humo —dijo Dafne.

Llegaron a una colina y entre los árboles pudieron ver mejor lo que sucedía en la capital. Parte de la ciudad estaba derruida y la otra parte parecía arder, las columnas de humo se alzaban a los cielos. Las murallas, sin embargo, parecían aguantar y las puertas estaban tapiadas con metal y roca.

—¿Soy yo o esa ciudad no ha caído aún? —preguntó Lily.

—No ha caído, todavía aguantan —dijo Nahia, sorprendida y emocionada por semejante logro.

—Fijaos en el campamento de guerra del rey rojo —señaló Ivo—. También veo columnas de humo.

—Cierto, parece que les han atacado —dedujo Taika.

—Yo cuento menos tropas que cuando estuvimos nosotros —dijo Dafne que ahora sí veía mejor.

—También hay menos dragones. ¡Fijaos! —señaló Nahia.

Sobre la ciudad volaban media docena de dragones que realizaban pasadas de ataque para volver a ascender a los cielos. Sobre el campamento de guerra otra media docena volaba en círculo y parecían estar vigilando la zona.

—El ataque al campamento es reciente, todavía no han conseguido apagar todos los fuegos —comentó Aiden con tono de sorpresa.

—Lo que arden son los carros de provisiones y las tiendas de almacén —se dio cuenta Ivo.

—Qué raro que sepas dónde están esas tiendas en concreto… —dijo Lily.

—Cada uno se fija en lo que se fija —se encogió de hombros Ivo con una sonrisa en la boca.

—Sí, parece un ataque sobre las provisiones —corroboró Taika.

—Pues eso no son buenas noticias para nosotros —opinó Dafne.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Aiden sin entender lo que la Fatum quería decir.

—¿Qué es lo que transportamos nosotros, cabeza de granito? —respondió ella.

—Oh, sí. Ya veo —Aiden se quedó mirando a los carros.

—Comenzamos a bajar la colina, perderemos la ciudad de vista —avisó Taika.

El convoy de carros seguía por el camino, avanzando a ritmo lento, pero continuo. Ellos debían mantener el paso, aunque se habían retrasado un poco mientras observaban la capital.

—¿Alguien ve algo más de interés? —preguntó Nahia, que miraba de puntillas.

—Se ven muchos pequeños fogonazos alrededor de los dragones cuando descienden a atacar. Los norghanos siguen defendiéndose con sus flechas explosivas —dijo Taika.

—También parece que los Magos de Hielo se esmeran, porque ahora llueve sobre los puntos en los que los dragones de fuego han atacado —comentó Ivo.

—Están apagando las llamas con magia de agua —razonó Nahia.

—Eso es.

—Bueno, parece que de momento el rey rojo no ha conseguido que la capital caiga —comentó Dafne.

—Es solo cuestión de un poco más de tiempo. No aguantarán mucho más —afirmó Aiden.

—Tú, cabecita de granito, mejor no dices nada mientras estemos aquí —aconsejó Lily.

—¿Por qué no voy a afirmar lo que pienso?

—¿Porque tu parecer no es compartido por el resto? —replicó Lily muy seria.

Aiden se encogió de hombros.

—Me guardaré mis opiniones si no son del agrado de los demás.

—Sí, mejor haz eso —dijo Dafne.

Nahia se sintió mal por Aiden, pero Lily tenía razón. Nadie de la escuadra quería oír que los dragones iban a conquistar la ciudad, ni que iban a ganar esta guerra, como el Drakónido estaba convencido de que iba a ocurrir.

El descenso se hizo más pronunciado y perdieron de vista la ciudad. A Nahia le quedó el consuelo de que los norghanos seguían aguantando, era algo realmente impresionante. Debía reconocer que Egil y los suyos eran muy duros y, además, difíciles de someter.

Continuaron la marcha por un camino amplio en dirección norte y algo al este hasta que llegó la noche. Irakas-Gorri-Gaizt ordenó encender antorchas y continuar un rato más. Finalmente se detuvieron a media noche para que las bestias de tiro descansaran y darles de beber y comer.

«Descansaremos donde estamos hasta la primera luz y luego continuaremos» envió Irakas-Gorri-Gaizt volando alrededor de ellos un par de veces. Luego descendió para posarse al frente del convoy.

—Parece que no vamos a tener un descanso como es debido —se quejó Ivo, que se sentó en el suelo tras el carro de plata.

—Eso parece. Nos toca sufrir los rigores de la campaña. Eso nos hará más fuertes —afirmó Aiden.

—De verdad que es de lo más insufrible el mini dragón sin alas —Lily levantó los brazos al cielo encapotado.

—No nos han dado tiendas para esta misión —Dafne negó con la cabeza.

—Cenemos y esperemos que el tiempo no empeore —dijo Taika.

—¿No deberíamos vigilar? —preguntó Lily mirando alrededor.

—Los soldados de los carros tienen turnos de guardia —afirmó Aiden.

—Sí, hay dos a cada lado de los carros, a veinte pasos —contó Nahia, que ya se había percatado.

—En ese caso, cenemos. Tanto andar me ha abierto el apetito —dijo Ivo, que ya buscaba la ración en su macuto.

—A ti no se te ha cerrado nunca, que es diferente —rio Lily.

Ivo se encogió de hombros y se puso a comer carne ahumada.

Cenaron, atentos, pero en calma. Según terminaban comenzó a nevar. Unos copos grandes cayeron desde un cielo negro que no permitía ver las estrellas ni la luna.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lily—. Este clima no es nada bueno para mi piel —dijo mientras se ponía la capucha.

—Esto no es nada —Aiden se sacudió unos copos de los hombros.

—Podemos dormir bajo los carros, será lo mejor —sugirió Taika.

—Sí, creo que no tenemos más opción porque empieza a nevar de verdad —Ivo tenía ambas manos abiertas y el ritmo al que caían ahora los copos era de los que anunciaba una buena nevada.

Hicieron caso de la sugerencia de Taika. Los chicos durmieron bajo el carro que tenían detrás y ellas bajo el carro de plata. Al meterse debajo, Nahia sintió un escalofrío, pero no supo si era por la nieve o por la gran caja de plata que tenía encima. El carro era igual que los otros, excepto que en lugar de víveres y suministros cargaba la extraña caja. Le intrigaba. Le costó dormirse, no tanto por la incómoda situación, sino porque su mente le llevaba a pensar sobre lo que habría dentro.

No dejó de nevar en toda la noche y al amanecer todavía caía.

—Es de día, ¡todos arriba! —les despertó Aiden, que ya estaba de pie.

Nahia abrió los ojos y vio que todo estaba cubierto de nieve. Salió de debajo del carro y se puso la capucha.

—¿Es que siempre nieva en este reino? —preguntó Lily saliendo de debajo del carro.

—Lo llaman el reino blanco, así que imagino que tenemos nieve para rato —dijo Nahia con un gesto de que les tocaba aguantar.

«¡Atención todos! ¡Nos ponemos en marcha!» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

—Toca avanzar —dijo Lily con un suspiro.

—Mientras solo nieve… —comentó Dafne.

Nahia esperaba lo mismo, y así fue la siguiente jornada de trayecto. Nevó todo el día y toda la noche, sin parar un momento, así que durmieron bajo los carros otra vez. Al amanecer se encontraron con un paisaje precioso. Miraran a donde mirasen, estaba todo blanco. Nevaba, pero muy poco, como si la tormenta quisiera darles un pequeño respiro.

—Hay que reconocer que es bonito —comentó Ivo, que observaba el paisaje encantado.

—Sobre todo los árboles. ¡Están completamente blancos! —dijo Dafne.

—Sigo diciendo que este clima es malo para la piel. Nos va a envejecer, veréis —opinó Lily, que no estaba disfrutando del paisaje níveo ni de la incesante nieve.

El tercer día de trayecto se dirigieron hacia el norte. Las montañas que veían en la distancia eran altísimas y estaban completamente blancas. La tormenta que tenían encima y que parecía seguirles fue descargando nieve y algo de aguanieve a ratos. Mientras no se empapasen no tendrían problema y de momento los ropajes aguantaban bien el clima.

Al amanecer del cuarto día de trayecto las cosas se torcieron.

Los soldados dieron la alarma con la primera luz.

—¡Alarma! —gritó un soldado.

—¡Alarma! —gritó otro, y a estos gritos siguieron varios similares.

Capítulo 32

Salieron de debajo de los carros como una exhalación y formaron en fila de a dos con los escudos alzados y las espadas desenvainadas. Miraron alrededor, pero no vieron al enemigo. Los gritos de alarma continuaban, pero no se veía a nadie atacando.

—¿Alguien ve quién nos ataca? —preguntó Nahia muy inquieta.

—No veo a nadie —Ivo, el más alto, miraba en todas las direcciones.

—No hay signos de lucha —se dio cuenta Aiden con extrañeza en su tono.

—¿Entonces? —Dafne arrugaba la nariz.

«¡Alerta! ¡Han desaparecido centinelas durante la noche!» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento mezcla de rabia y frustración. Pasó sobrevolando la columna de carros. Su enorme sombra parecía el espectro gigante de una pesadilla.

Nahia miró a los carros de enfrente y al trasero, en ellos no faltaban soldados, cada uno tenía cuatro. Luego miraron a izquierda y derecha y vieron que varios soldados algo más adelante, y también más retrasados, buscaban en lo que parecían los lugares donde habían desaparecido los centinelas.

—Vayamos a ver qué sucede —dijo Dafne a sus compañeros.

—No es prudente —sentenció Taika—. Entre los carros tenemos cobertura, a los lados del camino estamos al descubierto.

—Taika tiene razón —Ivo asintió con fuerza—. Ahí fuera no hay más que nieve y más nieve sobre terreno llano. No hay dónde protegerse.

—Además, no lo ha ordenado nuestro líder —añadió Aiden.

—Seamos sensatos —asintió Nahia, que quería saber qué pasaba, pero sabía que sus compañeros tenían razón, y más en aquella tierra donde abundaban los arqueros.

Por un largo rato los soldados buscaron a sus compañeros desaparecidos sin encontrarlos. La nieve que había caído durante toda la noche había borrado las huellas y no había forma de seguir un rastro. No muy lejos, a ambos lados del camino, se apreciaban bosques. Nahia dedujo que se los habrían llevado allí.

—¿Por qué se han llevado a los centinelas y no nos han atacado? —preguntó Lily.

—Esa es una muy buena pregunta para la que no se me ocurre una respuesta —lamentó Dafne.

—Puede ser algún tipo de juego mental —ofreció como posibilidad Ivo.

—¿Juego mental? —Aiden puso cara de que no lo entendía.

—Quieren asustarnos —explicó Taika.

—A mí no me asusta nadie, soy un Drakónido —afirmó Aiden muy tieso.

—Ya, pero a estos pobres soldados sí, cabeza de roca —dijo Lily.

—Oh… no había pensado en eso.

—Ya, pensar no es precisamente lo tuyo —respondió Dafne.

—Creo que es una táctica para intimidarnos. Además, así no corren riesgos —razonó Ivo.

—Bueno, pues tú que sabes de estas cosas de la mente, vete contándonos qué crees que hace el enemigo —pidió Lily.

—Lo intentaré, pero interpretar las acciones del enemigo no es algo sencillo —sonrió Ivo.

«¡En marcha! ¡Seguimos ruta!» envió Irakas-Gorri-Gaizt después de reconocer toda la zona y no encontrar nada.

—¿Marchamos? ¿Y los pobres infelices a los que han capturado? —Nahia no podía creerlo.

—Se los habrán llevado, dudo que sigan por aquí —dijo Taika.

—Los han matado, es lo más eficiente —afirmó Aiden convencido.

—¡Pero será cabeza de granito! —exclamó Lily que no podía creer que hubiera hecho semejante comentario.

—¡Ten compasión, Drakónido sin alma! —le reprochó Dafne.

Aiden las miró tan tranquilo.

—Estamos en guerra en territorio enemigo, es lo más probable y todos lo sabéis. Si queréis contaros cuentos de niños para sentiros mejor, allá vosotros.

Nahia sabía que Aiden tenía razón, pero no quería reconocerlo. Quería pensar que seguían con vida.

—En cualquier caso, deberíamos intentar encontrarlos.

—Esa no es la misión —corrigió Aiden.

—Aun así, es lo correcto —replicó ella.

—En la guerra rara vez se hace lo correcto —afirmó Ivo.

Y en aquella ocasión no se hizo. Continuaron la ruta hacia el norte, no sabían a dónde iban ni cuánto tiempo iban a tardar en llegar. Irakas-Gorri-Gaizt no lo había comunicado, cosa que no les extrañaba ya que les informaba solo de lo que necesitaba que hicieran, nada más.

Las siguientes tres noches no sucedió nada extraño. Nahia y la mayoría de sus compañeros apenas durmieron esperando un nuevo ataque que no llegó. Sin embargo, la cuarta noche volvieron a desparecer centinelas.

Con la primera luz del día los soldados dieron de nuevo la alarma.

«¡Todos alerta! ¡El enemigo está cerca!» envió Irakas-Gorri-Gaizt, y se dispuso a reconocer todo el terreno alrededor del convoy.

—Definitivamente están jugando con nosotros —afirmó Taika, que ponía gesto de que no le gustaba lo que sucedía.

—Es lo que pensaba —afirmó Ivo—. Nos meten miedo e intranquilidad, provocan que no durmamos. Nos cansan y desmoralizan.

—Pues con nosotros no van a poder. Lo de no dormir y estar agotados es nuestra rutina —rio Lily.

—Razón tienes, si alguien puede jugar a este juego somos nosotros —estuvo de acuerdo

Dafne.

—Es una estrategia de cobardes. Deberían dar la cara, ¡salid y luchad! —retó Aiden muy molesto.

—A ver, loquito, aquí cada uno lucha como quiere y puede —dijo Lily.

—Es deshonroso, y yo no soy ningún loquito.

—Sí que lo eres, y lo sabes —sonrió Lily.

—Espero que no los estén matando… —se lamentó Nahia.

—No hay rastros de sangre ni cadáveres. Quien lo esté haciendo es un experto en este tipo de ataques —razonó Taika.

—¿Crees que son los Guardabosques? —preguntó Ivo a Nahia.

—Podría ser, sí. Tienen Especialistas que pueden esconderse en las montañas y bosques y sobrevivir por días sin que nadie los pueda encontrar —explicó Nahia.

—Sí, Egil nos lo contó. Son expertos en camuflarse en bosques y montañas y en invierno más —añadió Dafne.

—Si son ellos no creo que los maten —opinó Nahia.

—¿No tenían también Especialistas Asesinos? —preguntó Lily.

Nahia asintió.

—Los tienen. Espero que no hayan enviado a esos.

—Sean ellos o no, Irakas-Gorri-Gaizt no los encuentra —dijo Ivo y señaló al gran dragón rojo que daba pasadas rasantes en zigzag a lo largo de la columna de carros y sus alrededores.

—Lo dicho, se camuflan con el entorno nevado y el dragón no los ve —comentó Dafne.

«¡En marcha! ¡Seguimos trayecto!» ordenó tras un rato al ver que no localizaba a los atacantes ni a los centinelas desaparecidos.

—Espero que no los maten… —Nahia se sentía fatal por no poder hacer nada por los que iban despareciendo.

Continuaron y llegaron a una aldea que estaba desierta. Si alguna vez había vivido alguien allí, hacía tiempo que se habían marchado. Eran las consecuencias de la guerra y a tener una vía principal cerca. Habían pasado próximos a otras dos aldeas, y en una de ellas habían visto gente. Parecía que habían abandonado las aldeas cercanas a las rutas por las que pasaban las tropas.

Al día siguiente Irakas-Gorri-Gaizt dio el alto.

«¡Han cortado la vía! ¡Atentos todos a un posible ataque!» envió con un sentimiento de rabia y alarma.

Seis enormes árboles habían sido cortados y yacían cruzados sobre la vía impidiendo que los carros pudieran continuar.

—Esto sí que es de emboscada de libro —dijo Taika mirando a todos los lados.

—No nos pongamos nerviosos, escudos arriba y atentos —pidió Dafne.

Por un momento todos aguardaron a ser atacados. Los soldados estaban asustados y rodeaban sus carros con movimientos que mostraban el temor que sentían. Pasó un rato y no hubo ataque. Irakas-Gorri-Gaizt descendió sobre los árboles y con sus garras los fue cogiendo y retirando del

camino hasta despejar el paso.

—Sí que están jugando con nosotros —afirmó Aiden enfadado—. Nuestro líder no debería estar haciendo eso.

—¡Que trabaje un poco! Le vendrá bien para que se le bajen los humos —dijo Lily.

—Es la primera vez que lo veo hacer algo de provecho —comentó Dafne.

Aiden despotricó en su lengua y terminó con un algo parecido a “falta de respeto”.

Los demás lo ignoraron.

Los días de trayecto fueron pasando y el extraño juego al que los norghanos estaban jugando con el convoy continuó. Cada dos o tres noches desparecían centinelas o bloqueaban el camino. Irakas-Gorri-Gaizt tuvo que emplearse en tareas de limpieza varias veces, para incredulidad de Aiden.

De súbito, en la cabeza de la columna se escucharon varias explosiones. Los soldados dieron la alarma y todos miraron hacia la procedencia del sonido.

«¡Atacan en cabeza!» envió Irakas-Gorri-Gaizt pasando sobre ellos para dirigirse al lugar.

—¿Han alcanzado a la Escuadra Ardiente? —preguntó Nahia muy angustiada.

—Me parece que sí… y al primer carro —dijo Aiden, que había salido a un lado y miraba hacia el frente.

—¡Oh, no! —Lily se llevó las manos a la cabeza.

—Yo puedo ayudarles —se ofreció Dafne mirando hacia el lugar de las explosiones.

—Quizá yo también —se unió Ivo.

—¡Vamos a ver qué ha sucedido y a ayudar! —Nahia no pudo contenerse y echó a correr.

—¡No nos han ordenado…! —la protesta de Aiden se quedó atrás.

Todos salieron corriendo excepto Aiden, que se quedó en su puesto. Al ver que los demás seguían corriendo, maldijo entre dientes y comenzó a correr él también.

Llegaron a la cabeza del convoy y se encontraron con una escena muy preocupante. Tres estudiantes de tercero estaban heridos en el suelo. Nahia reconoció al Kapro Cordelius, la Fatum Evelyn y a Elsa, la Escarlatum. Rodeándolos estaban Brendan, Lara y Draider. El humano, la Felidae pantera y el Drakónido miraban a todos lados cubriéndose con sus escudos. Tras ellos las bestias de tiro del primer carro estaban en el suelo malheridas.

—¡Cubrimos a los heridos! —dijo Nahia según llegaban.

—¡Formemos un círculo! —dijo Taika.

Se situaron rodeando a los tres caídos, que se dolían en el suelo cerrando el semicírculo que formaban los que estaban en pie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nahia.

—Hemos pisado algún tipo de trampa en el suelo —dijo Brendan mirando hacia los lados del camino.

—Se han producido explosiones elementales de fuego y tierra —explicó Draider.

—Yo he conseguido saltar a un lado al notar la explosión, pero ellos no —dijo Lara y miró hacia los heridos en el suelo.

—Voy a ver cómo están —dijo Dafne y dejando el escudo a un lado, envainó la espada y se agachó a ayudar a los heridos.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó Taika.

—A nadie —negó con la cabeza Brendan.

—Las trampas las han puesto con anterioridad. Estaban muy bien, no se veían —comentó Lara.

—No se ve nada en el suelo, está todo cubierto de nieve —corroboró Draider.

—Tienen quemaduras y laceraciones en pies y piernas de las explosiones. Voy a curarles lo mejor que pueda —dijo Dafne.

—Cura primero a mis compañeros, yo aguanto —pidió Cordelius.

—De acuerdo —aceptó ella y se puso a trabajar sobre Evelyn, que se retorcía de dolor.

Los soldados a su espalda examinaban a los dos animales de tiro. No había nada que hacer, habían muerto.

El primer carro no podría continuar.

«No hay nadie en los alrededores. Haré una segunda búsqueda» informó Irakas-Gorri-Gaizt, que pasó raseando sobre ellos.

—No creo que encuentre a nadie —dijo Taika.

—No, yo tampoco lo creo —se unió Brendan.

—Van a seguir castigándonos sin dejarse ver —opinó Lara.

En el círculo defensivo estaban tensos y miraban en todas las direcciones, pero eran conscientes de que lo más probable era que no les atacasen.

Dafne trabajó sin descanso y curó las heridas. Le llevó un buen rato y toda la columna tuvo que aguardar. Cuando terminó se puso en pie muy cansada por el uso extensivo de su magia de curación.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, pero no podrán andar en días. Las botas y pantalones les han protegido algo, pero no lo suficiente. Las cargas de esas trampas eran importantes. Es daño elemental, similar al nuestro.

—¿No podrán seguir? —preguntó Brendan con expresión de preocupación.

—Me temo que no. Las heridas necesitan de tiempo para curarse y cicatrizar bien. No podrán andar en un par de semanas —explicó Dafne.

—Sí que podremos —afirmó Cordelius intentando ponerse de pie. De inmediato se fue al suelo entre muestras de dolor.

—Tengo las plantas de los pies destrozadas —dijo Elsa.

—Yo los tobillos —secundó Evelyn.

—Tranquilos, no hagáis esfuerzos o empeoraréis las heridas —recomendó Lara.

—Eso complica la misión —comentó Draider.

—Nos ocuparemos de nuestros compañeros —aseguró Brendan.

Nahia se fijó en los tres heridos y supo que la Escuadra Ardiente había sido neutralizada: había tres heridos que requerían de sus otros tres compañeros para protegerlos e incluso caminar.

«Retirad a los heridos y el primer carro. Continuaremos avanzado» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia no podía creer que ni se interesase por el estado de los heridos de la Escuadra Ardiente. Bueno, creerlo podía, porque era un dragón, y por definición era un desalmado.

Cargaron a Cordelius, Elsa y Evelyn en el quinto carro, donde llevaban ropajes y podían ir algo cómodos. Los soldados apartaron a un lado el primer carro y repartieron lo que llevaba entre los tres siguientes. A Nahia le pareció que aquello era sobrecargarlos, pero las órdenes de Irakas-Gorri-Gaizt no se discutían.

«Escuadra Ígnea, pasáis a la cabeza. Abrid camino. ¡En marcha!» envió y realizó una pasada sobre ellos, como reforzando el mensaje.

—¡Qué bien! Nos toca ir delante pisando trampas explosivas —comentó Lily con ironía.

—No, mirad… —Taika señaló a un grupo de soldados con lanzas que se pusieron delante de ellos, a unos cien pasos.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Ivo extrañado.

Los soldados comenzaron a andar formando una línea. Antes de dar cada paso golpeaban el suelo frente a ellos con las culatas de sus lanzas para comprobar si había trampas escondidas bajo la nieve.

—Eso es muy peligroso —comentó Dafne.

—No creo que a Irakas-Gorri-Gaizt le importe demasiado —comentó Nahia.

—Nuestro líder hace lo que debe para asegurar la misión —opinó Aiden.

—Podría ir él delante pisando el suelo —sugirió Lily.

—¡Eso sería un ultraje! Nuestro líder surca los cielos, no camina en el barro y la nieve —expresó Aiden.

—Ya… ya… —Dafne puso cara de no querer oír más.

Capítulo 33

El convoy continuó su camino hacia el norte junto a bosques y lagos cubiertos de nieve. La tormenta cesó por un par de días en los que disfrutaron de buen tiempo. A lo largo de la ruta descubrieron una docena de puntos en los que habían situado trampas aunque, por desgracia, cada vez que descubrían una varios soldados resultaban malheridos. Dafne los ayudaba con su magia curativa, pero las heridas eran graves y requerían de cuidados extensos. Cargaban a los heridos en los carros posteriores y continuaban. Irakas-Gorri-Gaizt no permitía más que el tiempo justo para atenderles antes de ordenar reanudar el camino.

Dos días más tarde cruzaron un bosque enorme que estaba completamente enterrado en nieve tras una gran nevada que había caído. El camino atravesaba el bosque y daba la impresión de que entraban en un mundo diferente, uno níveo. Todo era blanco, de una tonalidad preciosa. Al llegar la noche aún no habían terminado de cruzarlo y tuvieron que dormir allí mismo, bajo los dos primeros carros. Por fortuna no nevaba y la tormenta parecía haber pasado, por lo que la temperatura no era muy baja y les permitió descansar.

De madrugada, de súbito, una docena de explosiones hizo que todos despertaran de golpe.

—¿Qué diantres pasa? —preguntó Dafne de mal humor.

Ivo se incorporó del susto y se dio con la cabeza contra el bajo del carro. Un cuerno se le quedó clavado.

—¡Será posible! —exclamó alterado.

—¡Nos atacan! —avisó Taika, que había rodado fuera.

Aiden lo imitó y salió también al camino.

«¡Nos atacan! ¡A las armas todos!» envió Irakas-Gorri-Gaizt, que estaba delante de ellos en mitad del camino. Extendió sus grandes alas y echó a volar.

Otra tanda de explosiones se escuchó más atrás.

Nahia salió de debajo del carro y pudo ver que a varias alturas de la columna había carros ardiendo.

—¡Están usando flechas explosivas de fuego! —avisó.

—¿Quién? ¡No se ve a nadie! —gritó Lily.

—¡Los muy cobardes atacan de noche y desde el cobijo de los árboles del bosque! —exclamó Aiden.

Nahia vio en ese momento cómo se producían más explosiones.

La parte central de la columna de carros ardía.

—¡No se ve a los tiradores! —exclamó Ivo estirando el cuello.

—No podremos verlos en la noche. El cielo está cubierto, solo veremos dónde detonan las flechas que tiran —dijo Taika mirando a ambos lados de los carros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lily.

—Protejamos la parte delantera del convoy —dijo Nahia, que podía ver a Brendan, Lara y Draider algo más retrasados protegiendo los carros donde estaban sus compañeros heridos.

Se escucharon nuevas explosiones, ahora en la parte posterior de la columna, y una parte de los carros comenzó a arder.

Irakas-Gorri-Gaizt realizó una pasada paralela a los transportes que ardían y lanzó su aliento de fuego hacia el bosque.

—Nuestro líder se encargará de abrasar a esos cobardes —afirmó Aiden muy seguro.

El gran dragón rojo giró al final de la columna y pasó en dirección contraria raseando y lanzando su aliento de fuego contra el bosque.

—Intentar lo va a intentar… ahora, conseguirlo, pues no se… —comentó Dafne.

—¿Cómo que no? —a Aiden el comentario le pareció casi un ultraje.

Irakas-Gorri-Gaizt pasó sobre ellos y giró para volver a pasar por el lado izquierdo de la columna de carros y rociar de fuego a unos cien pasos de ellos.

—Está atacando sin haberlos localizado —se dio cuenta Taika.

—Está intentando abrasar dos áreas paralelas a la columna, una a cada lado —razonó Ivo.

—Pero los tiradores pueden estar mucho más atrás en el bosque —razonó Nahia.

—¿Mucho más? —le preguntó Taika.

—Por lo que sé de los Guardabosques, pueden estar tirando desde trescientos pasos tranquilamente. Los blancos a alcanzar son enormes —dijo señalando el carro que tenían al lado.

—Pues nuestro líder anda un poco desviado con su aliento de fuego —comentó Lily.

—Además, con el bosque completamente cubierto de nieve dudo mucho que el aliento de fuego sea efectivo —argumentó Nahia.

—Muy cierto —dijo Taika.

«¡Escuadra Ígnea, proteged la caja de plata!» envió Irakas-Gorri-Gaizt, que ahora volaba en círculos alrededor del centro de la columna, donde estaba el carro con la caja.

—¡Vamos, rápido! —Aiden ya corría a cumplir las órdenes de su señor.

Los demás lo siguieron.

—¡Tened cuidado! —gritó Brendan cuando pasaron a su altura.

—¡Descuida! —contestó Nahia.

Llegaron hasta el centro de la columna. Más de una treintena de carros ardían y los soldados intentaban apagar los fuegos.

La sorpresa de la escuadra fue mayúscula cuando encontraron el carro de la caja de plata vacío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nahia a uno de los soldados.

—No lo sabemos… estábamos apagando los fuegos de los carros de alrededor y cuando hemos mirado la caja ya no estaba.

—¿Se la han llevado? —preguntó Dafne con expresión de no poder creerlo.

—No lo hemos visto… no sabemos… —los soldados hacían gestos de estar confundidos.

—Qué casualidad que este carro no haya sido atacado… —dijo Lily.

—De casualidad nada, esto ha sido una artimaña. El objetivo no era quemar los carros, era robar la caja —dedujo Taika mirando a su alrededor.

«¡Escuadra Ígnea, recuperad la caja! ¡Escuadra Candente, a la cabeza de la columna!» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

Varias explosiones más siguieron al mensaje a derecha e izquierda de donde estaban obligándoles a agacharse. Los animales bramaban asustados mientras los soldados intentaban liberarlos para que no murieran abrasados.

—¿Acaba de ordenarnos que recuperemos la caja? —Lily no podía creerlo.

—La han tenido que llevar al interior del bosque —opinó Nahia.

—Aquí hay huellas frescas —Taika señaló el suelo—. Van hacia el bosque, al este.

—¿Las seguimos? —preguntó Lily.

—Por supuesto, hemos recibido una orden de nuestro líder y debemos cumplirla —dijo Aiden sin dudarlo. Levantó el escudo y se dirigió hacia el bosque.

—Mejor lo seguimos antes de que lo maten —dijo Ivo.

—Está bien, vamos —Nahia sabía que no tenían otra opción, habían recibido una orden y debían cumplirla.

Entraron en el bosque siguiendo las huellas de al menos seis pares de pies. A Nahia le pareció impresionante cómo habían logrado robarles. De pronto, frente a ellos, cayó una llamarada que avanzó entre los árboles helados. Miraron hacia arriba y vieron que era Irakas-Gorri-Gaizt despejándoles el paso.

—En formación de a dos y muy atentos —pidió Taika.

—Magia en el centro —dijo Aiden.

Ivo y Aiden se pusieron delante, Nahia y Dafne en medio y Taika y Lily cerraban el grupo. Todos llevaban el escudo y la espada en la mano.

—Preparad bolas elementales —pidió Taika.

Nahia, Dafne y Lily así lo hicieron. En una mano llevaban el escudo y en la otra las bolas listas para ser utilizadas. El problema era que en medio de aquel bosque nevado y de noche no se veía nada.

El aliento de fuego de Irakas-Gorri-Gaizt pasó ahora a su izquierda, iluminando aquella zona. No se veía a ningún norghano y tampoco la caja.

—Nos detenemos —dio la orden Taika.

—¿Qué sucede? —preguntó Lily.

—He perdido el rastro… No veo más huellas —explicó Taika.

—Eso no puede ser, está todo nevado, tiene que haber huellas —razonó Ivo.

—Pero no las hay —dijo Aiden con tono de frustración mirando el suelo nevado.

Irakas-Gorri-Gaizt pasó ahora a su derecha y lanzó su aliento de fuego sobre esa zona. Nahia observó el área y vio que apenas tenía efecto en aquella tundra de nieve y hielo. Al haber viajado hacia el norte, la temperatura había descendido y en medio del bosque Nahia sentía el frío más que en el camino, resguardada como iba por los carros. El aliento de fuego del poderoso dragón rojo poco iba a conseguir allí, más que iluminar las zonas.

—Las han borrado —dijo Nahia.

—¿Es eso posible? —preguntó Lily.

—Es la única explicación viable —estuvo de acuerdo Taika.

—Si es así deben ser Guardabosques… —dedujo Dafne.

—Sí, y estamos en medio de un bosque cubierto de nieve… —Nahia miró alrededor.

—Nuestras opciones no son buenas —negó con la cabeza Dafne.

—Tenemos que seguir las órdenes. Da igual el peligro, es nuestro deber —recordó Aiden.

—¿Y hacia dónde vamos, cabeza de granito con ganas de morir? —preguntó Lily.

Aiden miró alrededor.

—No lo sé…

«Seguid hacia el este, he encontrado la caja» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

—¡Vamos, en formación! —Taika marcó el paso.

Avanzaron entre los árboles y la maleza nevada. Nahia miraba hacia el cielo, pero ahora los árboles blancos no le dejaban ver más que pequeñas porciones de una oscuridad que se colaba entre ellos. Parecían estar en un mundo de ensueño rodeados de blanco por todos lados, aunque con tintes de pesadilla.

Pisaban firme y con prudencia a cada paso que daban porque debajo de la capa de nieve podía haber ramas, raíces, rocas y otros elementos que podrían hacerles pisar mal o tropezar. Por suerte el espacio entre los árboles era suficiente y no tenían que maniobrar demasiado.

Irakas-Gorri-Gaizt lanzó su aliento sobre un área y lo mantuvo. Era el punto al que quería que fueran. Se dirigieron allí y extremaron el cuidado por si había enemigos cerca. Llegaron y, en efecto, vieron la caja medio enterrada en la nieve.

—Aquí la tenemos —dijo Lily.

—No veo a nadie alrededor pero cuidado —advirtió Taika.

—¿Cómo habrá visto la caja desde ahí arriba y enterrada en la nieve? —se preguntó Ivo.

—No la ha visto —respondió Nahia.

—¿No? ¿Entonces cómo…?

—Son las runas, emiten poder. Yo lo siento —dijo Nahia, que notaba cómo se le erizaba el bello.

Dafne se acercó hasta la caja y puso su mano sobre ella.

—Yo también lo siento. Irradia magia de dragón.

—Se te están poniendo los pelos de punta —dijo Lily.

Dafne se retrasó y su cabello volvió a su lugar.

—Malas noticias. Está abierta y no hay nada dentro —informó Taika, que miraba el interior de la caja por uno de los lados.

—No puede ser —Aiden se apresuró a comprobarlo—. ¡Vacío! —confirmó y miró alrededor.

Irakas-Gorri-Gaizt pasó sobre ellos. Pareció querer descender, pero continuó volando al ver que no había espacio por la cantidad de árboles que había por todos lados.

Aiden y Taika cogieron la caja y la levantaron para mostrarle que estaba vacía.

«¡Han robado su contenido! ¡Hay que encontrarlo!».

Taika y Aiden bajaron la caja.

—¿Ves huellas que poder seguir? —preguntó Aiden a Taika.

El Felidae se agachó y observó a su alrededor. Negó con la cabeza.

—Han enterrado la caja y han borrado sus huellas.

«Seguid hacia el norte, aún puedo sentir el poder del objeto robado» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

Se pusieron en marcha y avanzaron en formación, lentos, pero muy atentos a cada árbol y arbusto cubierto de nieve. En aquella mezcla de oscuridad y nieve parecía que en cualquier momento un enemigo fuese a aparecer de detrás de un árbol. Todos estaban muy intranquilos.

Llegaron a una cañada que avanzaba hacia el norte.

—Aquí hay huellas —avisó Taika.

—Por fin. ¡Sigámoslas! —dijo Aiden.

Continuaron por la cañada que iba hacia el norte. Irakas-Gorri-Gaizt pasó por encima también en la misma dirección. De pronto, la cañada se hizo más profunda y encontraron tramos en los que estaba cubierta de maleza y tierra hasta llegar a una zona completamente cubierta de tierra, incluso había árboles encima.

—¿Seguimos por ahí? —preguntó Lily con tono de que era peligroso.

—Las huellas indican que han huido en esa dirección, sí —dijo Taika.

—Tiene sentido, van bajo la superficie para que el dragón no pueda verlos —dijo Ivo.

—Entrar ahí es muy peligroso —Dafne también veía la situación demasiado arriesgada.

—No hay elección, tenemos que recuperar lo que han robado —dijo Aiden.

Como reforzando lo que decía el Drakónido les llegó el mensaje de su líder desde el aire.

«No paréis, continuad. Recuperad lo que han robado, es de un gran valor» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

—Seguimos —dijo Aiden.

—Con mucho cuidado —advirtió Nahia.

Entraron en la zona cubierta de la cañada. Tras un momento se dieron cuenta de que aquello se había convertido en un paso subterráneo, sobre sus cabezas había ahora tierra y raíces de árboles.

—Necesitamos luz, no veo nada —pidió Taika.

—Aiden, pasa a mi posición —dijo Dafne y se situó junto a Taika. La bola que tenía preparada en la mano comenzó a desprender luz e iluminó todo a su alrededor.

—Estupendo —agradeció Taika—. Escudos arriba. Guardamos silencio ahora. El sonido puede viajar por espacios cerrados hasta bastante lejos —dijo Taika.

Dafne asintió y siguieron avanzando por el amplio túnel de tierra. Sobre el suelo húmedo se veían pisadas que no eran difíciles de seguir. Nahia pensó que no las habían disimulado por las prisas o quizá porque no creían que los siguiesen hasta allí. Alcanzaron una zona más amplía y

que se abría en tres direcciones: una hacia el norte, otra hacia el este y la otra hacia el oeste. Un túnel seguía en cada dirección.

Taika estudió los rastros en el suelo y vio que continuaban hacia el norte. Hizo un gesto al grupo para tomar aquel pasaje y los demás asintieron. Nahia pensó que no deberían estar muy lejos. Al otro lado de aquel túnel tendría que haber una salida a la superficie.

Bajo los pies de Taika y Dafne se escuchó un "*clic*".

—Oh, no… —masculló Taika.

Dos trampas de tierra explosionaron con un tremendo estruendo y fuerza llenando el túnel de tierra, polvo y sustancias aturdidoras y cegadoras. Al estar dentro del túnel el efecto de la explosión se intensificó y rebotó contra las pardes del pasaje. Recibieron el impacto de todas las direcciones, como si los hubiera golpeado una tremenda bola de tierra tras explotar en mil pedazos. Quedaron medio sordos, completamente aturdidos y cegados. Dafne se fue al suelo. Taika sintió que la Fatum caía e intentó ayudarla, pero también perdió el equilibrio. Los oídos le pitaban y la cabeza se le iba. Nahia intentó mantenerse en pie y se dio contra Aiden.

—¡Retroceded! —gritó Taika, que luchaba por ponerse en pie y coger a Dafne con una mano.

Ivo y Lily fueron hacia atrás tambaleantes hasta la bifurcación sin poder ver nada. Eran los que menos habían sufrido el impacto de las trampas. Nahia y Aiden, medio ciegos y sordos, intentaron retroceder, pero estaban mareados y cayeron de espaldas al suelo. Comenzaron a arrastrarse. Taika consiguió coger a Dafne y tirar de ella hacia atrás.

Ivo consiguió ver algo de un ojo.

—¡Enemigos! —exclamó.

Un instante después una flecha de aire le alcanzó en el torso. Estalló e Ivo recibió una descarga en forma de rayo que lo derribó y lo dejó temblando en el suelo.

Lily pudo despejar un poco su cabeza.

—¡Ivo! —exclamó al verlo en el suelo y se dirigió a ayudarle, pero recibió otro flechazo en el torso, este de tierra. Al estallar la punta de la flecha la aturdió y ensordeció dejándola incapacitada.

Nahia no podía ver nada entre el humo y la tierra que les rodeaba. Intentó coger energía para usar su magia, pero le fue imposible. La cabeza y los oídos le martilleaban con tal fuerza que no podía concentrarse lo suficiente.

Taika y Aiden consiguieron ponerse en pie y buscaron enfrentarse a los enemigos, pero no veían nada en medio de la nube de sustancias aturdidoras y cegadoras que les rodeaban. Aiden recibió una flecha en el estómago y una tremenda descarga le hizo doblarse de dolor y caer de rodillas. Taika recibió otra de tierra en el torso y la explosión terminó por cegarlo y aturdirlo, dejándole indefenso.

No podían defenderse con sus armas y la magia era la única escapatoria en aquella situación. Por desgracia, la trampa era formidable. No podrían usar su magia, y sin ella no había forma de salir de allí.

Capítulo 34

Nahia pudo entrever una figura en el túnel al este. Apenas lo vio, pero reconoció los ropajes, eran los de un Guardabosques. Ya se imaginaba que tenían que ser ellos, así que no se sorprendió. Les habían tendido una trampa allí abajo e iban a morir a menos que pudiera convencerles de que no los mataran.

—¡Guardabosques! —gritó en el idioma norghano, como Egil le había enseñado.

Dafne se dio cuenta de lo que Nahia intentaba y se le unió.

—¡Amigos! —gritó ella desde el suelo también en norghano.

Egil les había enseñado unas pocas palabras y expresiones para usar en Norghana, precisamente por si algo así sucedía. Que Egil hubiera previsto que esto podía pasar era otra muestra de su gran intelecto.

Hubo un silencio y una voz preguntó en norghano.

—¿Guardabosques amigos?

—Sí, sí. Lasgol, Egil —dijo Dafne en voz muy alta para que la oyeran bien.

—Molak y Luca —añadió Nahia también muy alto.

Se hizo de nuevo un silencio tenso. Luego escucharon un cuchicheo y alguien salió corriendo.

Aiden se puso en pie e intentó ver algo apartando con su escudo la nube cegadora que los envolvía. Esta vez la flecha le estalló en medio de la frente. El rayo que descargó le entró en la cabeza y le bajó por el cuerpo para dejarlo sin sentido en el suelo.

—¡Aiden! —exclamó Lily.

Tenía pulso. Lily resopló aliviada. Luego buscó a Ivo por el suelo y se aseguró de que también tenía pulso.

Taika permaneció agazapado intentando recuperarse para poder atacar.

La nube de polvo cegador y aturdidor, tierra y otras sustancias se fue disipando poco a poco y Nahia comprobó que podía ver algo con un ojo y que comenzaba a recuperar la cabeza, el martilleo iba disminuyendo. Miró a derecha e izquierda. Tres tiradores vestidos completamente de blanco con capa con capucha y un pañuelo también blanco cubriéndoles la cara apuntaban con sus arcos. Eran dos mujeres y un hombre, aunque solo se les veían los ojos. Parecían seres salidos del propio bosque, como si fueran sus defensores y ellos unos intrusos a los que habían cazado.

Al cabo de un momento apareció un cuarto tirador, el que había salido corriendo. Susurró algo a su compañero y los apuntó con su arco.

—Quietos todos —dijo el otro tirador.

Eso lo entendió y Nahia tradujo. Nadie se movió. No sabían a qué estaban esperando, pero era bueno para ellos. Una vez el mareo y el aturdimiento pasara, podrían utilizar su magia. El problema era que si se daban cuenta de que la estaban usando tirarían contra ellos. Nahia pensó

en usar Manos Ardientes. Era casi instantáneo, pero los tiradores escaparían por los otros túneles y no conseguiría nada. Además, había dos más en cada túnel. Si atacaba a unos, los otros tirarían. Estaban en una posición desfavorable.

—No magia —dijo una de las mujeres.

Nahia y Dafne lo entendieron. Les dijeron a Lily y Taika que no la usaran de momento, hasta ver en qué desembocaba aquello. No sabían qué sucedía o por qué los tenían así, pero solo les quedaba esperar. Lo hicieron por un largo rato, tanto que Ivo y Aiden se recuperaron. Se quedaron en el suelo siguiendo las indicaciones de los tiradores con sus arcos.

Finalmente se escucharon pasos a la carrera y dos Guardabosques más, también vestidos de blanco, aparecieron del túnel desde el sur, por donde habían entrado ellos. Saludaron al resto con un breve gesto de la cabeza y avanzaron hacia donde la Escuadra Ígnea estaba sentada. Llevaban arcos a la espalda, pero no los sacaron. Los dos Guardabosques se quitaron la capucha y el pañuelo.

—¡Molak, Luca! —reconoció Nahia.

—Hola, Nahia —saludó Molak.

Luca sonrió y saludó con la cabeza.

Molak hizo un gesto para que se levantara del suelo.

—Amigos —dijo Nahia a Molak y luego señaló a los cuatro tiradores que seguían apuntando.

Molak miró hacia donde Nahia indicaba y asintió. Les dijo algo a los tiradores y estos bajaron las armas, pero continuaron con los arcos armados y la vista fija en ellos.

—Amigos —dijo Molak a Nahia y señaló a la escuadra.

—Sí, amigos —asintió Nahia.

Molak hizo un gesto de que entendía.

Nahia se volvió hacia los otros.

—Son amigos, no ataquéis. Los conozco.

—Son el enemigo… —dijo Aiden en voz baja.

—Son amigos, acéptalo. No hagas ninguna tontería —dijo Dafne a Aiden con tono muy serio.

—Yo le vigilo —dijo Ivo.

Molak hizo un gesto para que se pusieran todos de pie y así lo hicieron.

—¿Lasgol, Camu, Gerd? —preguntó Nahia.

Molak señaló al suelo y negó con la cabeza. Luego señaló al norte y asintió.

—Entiendo, están al norte —Nahia señaló hacia allí.

Molak asintió.

Luca señaló al grupo.

—¿Escuadra?

—Sí, Escuadra Ígnea —Nahia recordó que les había hablado de ellos—. Dafne, Fatum; Lily, Escarlatum; Taika, Felidae; Ivo, Kapro; Aiden, Drakónido —presentó ella con la mano y según los nombraba, cada uno saludó con la cabeza. Aiden hizo un pequeño gesto.

Luca presentó a los suyos.

—Zorros Blancos. Frida, Elina, Sugesen, Gonars —los cuatro se descubrieron y se quitaron el pañuelo para que pudieran verlos a una indicación de Molak.

Nahia asintió.

—Zorros Blancos —repitió tan cercano como pudo a lo que Luca le había dicho.

—Sí, Zorros Blancos.

—Como Panteras de las Nieves.

—Sí —asintió Luca.

—Panteras de las Nieves: Ingrid, Nilsa, Astrid, Lasgol, Egil, Gerd, Viggo.

—Sí —Nahia asintió, lo entendía.

—¿Ingrid, Astrid, Viggo? —preguntó Nahia.

Molak y Luca negaron con la cabeza. Luego se encogieron de hombros.

De pronto escucharon rugidos.

Era Irakas-Gorri-Gaizt. De alguna forma sus rugidos llegaban hasta allí abajo.

Nahia señaló a su escuadra y luego hacia arriba indicando que el dragón los buscaba a ellos. Se dio cuenta de que allí, bajo tierra, no les llegaban los mensajes mentales de Irakas-Gorri-Gaizt, que seguro que les estaba enviando indicaciones.

Luca asintió.

—Vosotros buscáis esto —dijo Molak y de su macuto a la espalda sacó un objeto.

En cuanto lo descubrió, Nahia sintió su poder. Todos observaron el objeto con mucho interés. Era una esfera de plata, parecía una gran perla y emanaba mucho poder.

—¿Qué es? —Nahia preguntó y luego hizo el gesto de pregunta con la cabeza.

—Magia dragón —dijo Luca.

—Poder de dragón —dijo Molak.

—Los dragones ya tienen magia y poder. ¿Para que necesitan esa perla? —preguntó Dafne.

Luca y Molak la miraron sin entender.

Dafne señaló la perla y luego se encogió de hombros.

Luca asintió y sacó de su cinturón el cuchillo de Guardabosques. Aiden se tensó, Ivo se dio cuenta y puso su gran zarpa en el hombro de su amigo.

—Tranquilo… —susurró al oído.

Luca les mostró el cuchillo y luego la palma de su mano. Se señaló a sí mismo con el cuchillo y negó con la cabeza, luego señaló a Nahia y le hizo un gesto para que se acercara. Ella accedió. Quería saber qué intentaba explicarles el Guardabosques. Luca le indicó con el cuchillo que le mostrara la palma de su mano y Nahia entendió lo que iba a hacer. No le gustó demasiado, pero se fiaba de ellos, así que se la mostró.

Luca le hizo un corte de un tajo tan fugaz que Nahia ni se enteró. La sangre comenzó a salir del corte en su palma. Luca guardó el cuchillo y cogió de la muñeca a Nahia. Puso su mano sobre la esfera que Molak tenía sobre la suya, sin tocarla.

Todos observaban extrañados. ¿Qué estaba haciendo Luca?

Una gota de sangre de Nahia cayó sobre la perla de plata y el objeto reaccionó emitiendo un destello plateado. Un momento después irradió una energía plateada sobre la mano de Nahia, que sintió un singular cosquilleo. La esfera destelló otra vez y dejó de brillar.

Luca soltó la mano de Nahia, que se miró la palma. La herida había desaparecido por completo, no había dejado ni cicatriz.

—¡Mirad! —mostró la mano al resto.

—Esa esfera tiene poder curativo —dijo Dafne.

—Mucho poder, lo siento hasta yo —comentó Ivo.

—Sí, es un objeto poderoso —asintió Taika.

—¿Lo usan los dragones para curarse? ¿Es eso lo que nos están diciendo? —preguntó Lily.

Nahia se giró hacia Luca. Señaló hacia arriba, luego a su mano y luego a la esfera.

—Sí, sanación para dragones —confirmó Luca.

—Por eso la robamos, para que no puedan sanar —dijo Molak asintiendo.

No pudieron entenderlo, pero se quedaron con lo básico. Las perlas de plata tenían poder que les permitía a los dragones sanar y puede que más cosas.

Se escuchó una explosión por el túnel al sur y los Guardabosques se inquietaron.

—Viene otra Escuadra. Acabamos de poner trampas —dijo Luca señalando a Nahia y los suyos, la entrada sur, y luego al suelo.

—Tenemos que irnos —dijo Molak. Señaló a los suyos y luego hacia el este.

Nahia señaló la perla de plata.

—¿Os la lleváis? El dragón os perseguirá, puede sentirla —advirtió Nahia a Molak y señaló hacia arriba. Luego con las manos hizo como si la perla emitiera destellos hacia arriaba, hacia el dragón.

Se escuchó otro de los tremendos rugidos de Irakas-Gorri-Gaizt.

Molak lo entendió.

—Lo sabemos, pero nos la llevamos de todas formas. No podemos permitir que sanen a los dragones heridos. Correremos el riesgo.

Nahia no lo entendió.

—Gracias, Nahia —dijo Molak y se guardó la perla en el macuto.

Nahia dedujo que se arriesgarían.

—Saluda a Egil de nuestra parte. De la de todos —dijo Luca.

Ella asintió.

—Saludar, sí.

De pronto, Frida, Elina, Sugesen y Gonars levantaron los arcos y antes de que pudieran reaccionar, tiraron. Se produjeron cuatro explosiones de tierra y todo el lugar se llenó de una nube aturdidora y cegadora.

—Al suelo, todos, han tirado al techo —dijo Taika.

Se lanzaron todos al suelo mientras sobre sus espaldas la nube lo envolvía todo.

—Serán malditos, ¡tenemos que perseguirles y recuperar la perla de plata! —dijo Aiden poniéndose en pie. De inmediato quedó aturdido y cegado.

—No creo que vayas a poder ir a ningún lado, cabecita de granito —dijo Lily—. Así que estate quietecito.

Aiden se mareó y trastabilló. Luego se tropezó con el brazo de Ivo y terminó en el suelo.

Unos momentos más tarde llegaba la Escuadra Candente con Logar a la cabeza. Los encontró en el suelo y la nube aturdidora sin terminar de disolverse.

—¿Estáis bien? —preguntó sin acercarse demasiado.

—Sí, bien con un par de heridos por trampas —dijo Dafne.

Nahia miró a Dafne y se dio cuenta de que ella y Taika estaban heridos en las piernas. No lo había visto hasta entonces.

—Nosotros también —dijo Logar y señaló a su espalda.

Balk, el humano, cargaba con un compañero y la Tauruk Valka con otro. El Fatum Beck cerraba el grupo.

—¿Los atacantes? —preguntó Logar.

—Han huido hacia el este —dijo Aiden antes de que nadie pudiera impedirlo, y señaló el pasaje.

Logar miró hacia allí y luego a sus compañeros heridos.

—Creo que es mejor retirarnos al sur. Si seguimos por ese pasaje puede haber más sorpresas.

—Opino igual —dijo Nahia.

—Dadme un momento e intentaré auxiliaros —dijo Dafne, y comenzó a aplicar su energía sanadora en sí misma.

—Tranquila, no vamos a ningún sitio —respondió Logar.

Nahia y sus compañeros aguardaron a que la nube se disipara antes de levantarse. Cuando por fin lo hicieron, Dafne ya estaba lo suficientemente bien como para ayudar al resto. El primero al que curó fue a Taika que estaba su lado.

—¿Os ha mandado el líder? —preguntó Aiden.

—Sí, como no salíais nos ha enviado a ayudaros —respondió Beck.

—Nuestro líder no va a estar nada contento con esto… —dijo Logar a Nahia en voz baja mientras Dafne ayudaba a los de su escuadra.

—Lo sé, va a tener un enfado monumental —asintió ella.

—Tres escuadras con heridos y lo que hubiera en la caja de plata, robado.

—Ya te contaré cuando estemos solos —le susurró Nahia.

El Felidae entendió que había algo interesante que contar.

—De acuerdo. Sin riesgos.

Nahia asintió.

Una vez Dafne hubo ayudado a todos los heridos, las dos escuadras se retrasaron con cuidado de no pisar más trampas. Los que estaban heridos no podían andar, así que los llevaban entre dos. En la cañada, ya al descubierto, Irakas-Gorri-Gaizt los localizó y pasó sobre ellos varias veces.

Aiden señaló al este con su espada e Irakas-Gorri-Gaizt partió en aquella dirección.

«¡Regresad con los carros y no sufráis más heridos!».

Hicieron como les ordenaron y llegaron hasta los carros. El ataque había cesado y los soldados habían conseguido apagar casi todos los fuegos. Eligieron varios carros y pusieron a los heridos en ellos. Dafne les aseguró que las heridas sanarían, que solo necesitaban algo de tiempo.

Irakas-Gorri-Gaizt no regresó hasta el amanecer, lo cual sorprendió a Nahia y a sus compañeros.

—¿Creéis que ha logrado recuperar la perla de plata? —preguntó Lily.

—Espero que no, por el bien de los Zorros Blancos —deseó Nahia.

—Deberíais desear que sí —dijo Aiden molesto.

—Y tú deberías desear la libertad de tu pueblo en lugar de ser esclavos sonrientes de los dragones. Entonces verías las cosas de otra manera —rebatió Dafne.

Aiden fue a responder, pero al ver las miradas del resto se calló. Estaba en minoría y lo sabía.

—En función de la bronca que nos caiga lo sabremos —dijo Nahia.

—Sí, nos va a caer una de las grandes como no haya recuperado la perla —Dafne sacudió la mano derecha para enfatizarlo.

—Toca aguardar y ver —se encogió de hombros Ivo.

—Al menos hemos aprendido una lección muy valiosa —comentó Taika.

—Explica eso —pidió Lily.

—Nosotros, los Brujos de Dragón, somos poderosos con nuestra magia y el conocimiento que tenemos de combate con armas de melee. Pero aquí, en los bosques, no somos rivales para los Guardabosques.

—Los bosques están llenos de trampas traicioneras y ellos tiran desde zonas cubiertas como cobardes, sin dejarse ver —dijo Aiden molesto.

—Bueno, y hay quien no aprende la lección, aunque le den en mitad de la frente —rio Lily.

—Sí, es una lección que los dragones también están sufriendo —comentó Nahia.

—Pero, aunque sean como este cabeza de roca, al final espabilarán —dijo Dafne.

—Sí, eso temo —asintió Nahia.

«¡Marchamos de inmediato!» llegó la orden mental.

Pasaron algunos días más sin ataques ni contratiempos y Nahia, que había consultado el mapa, creía saber a dónde se dirigían.

—Vamos a la ciudad amurallada de Olstran.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Dafne desde el carro.

—Es un punto de resistencia al norte de la capital. Egil me dijo que probablemente parte del ejército real norghano esté refugiado allí. Es una ciudad muy difícil de sitiar. Ha aguantado en el pasado varios asedios.

—Entonces tendrán necesidad de víveres —dijo Taika.

—Y de perlas para los dragones —añadió Dafne.

—Lo descubriremos muy pronto —dijo Taika y señaló el horizonte.

El camino comenzaba a descender y vieron con toda nitidez una ciudad amurallada sobre un altiplano. Era grande, no tanto como la capital, pero se notaba que se trataba de una urbe magna. Tal y como Egil había previsto, la estaban sitiando, y aguantaba. Se veían varios dragones volando sobre la ciudad y columnas de humo que salían de su interior. Una parte del ejército del rey dragón rojo acampaba al norte de la ciudad. Se dirigieron allí.

Por una semana descansaron en el campamento de guerra de Olstran. Durante ese tiempo no supieron nada de Irakas-Gorri-Gaizt, algo que todos agradecieron. No sabían qué pasaba, pero aquel asedio iba peor que el de la capital. Por un lado, había menos soldados y dragones atacando la ciudad, y por otro, los defensores parecían tener refuerzos. Los soldados del campamento les contaron que habían bajado chamanes del Continente Helado con enormes guerreros de piel de hielo que asistían a los soldados norghanos. De ahí que el campamento de guerra estuviera al norte de la ciudad, no podían permitir que más refuerzos entraran en ella.

—Deben de ser los Salvajes de los Hielos que nos encontramos nosotros —comentó Dafne.

—Eran tremendamente fuertes y feos —opinó Lily.

—A mí no me gustaron los larguiruchos de las jabalinas, parecían estar recubiertos de escarcha —opinó Ivo.

—Nuestros ejércitos podrán con ellos —afirmó Aiden con convencimiento.

—Los chamanes deben tener magia poderosa. Te hacen ver y hacer cosas según dicen los soldados —explicó Nahia.

—Eso es magia de encantaciones —reconoció Lily—. Me gustaría verla en acción.

Por desgracia no pudieron ver nada más. A la mañana siguiente, Irakas-Gorri-Gaizt ordenó formar a las tres escuadras y marchar.

Regresaban a la academia. La misión había finalizado.

El viaje de retorno fue largo y, por suerte, tranquilo. Regresaron con los carros vacíos, los que habían sobrevivido a los ataques, guiados por sus conductores. Los soldados que no habían desparecido se quedaron en el asedio.

No tuvieron más encontronazos con Guardabosques ni otros norghanos. Como ya estaban todos recuperados de las heridas, hicieron el viaje relativamente rápido. La única contrariedad era la presencia constante de Irakas-Gorri-Gaizt, que no se separaba de ellos.

Llegaron a la academia y se dieron cuenta de que estaban muy cansados. Habían recorrido una distancia enorme y a pie, aunque por suerte no habían tenido que lamentar heridas graves o bajas. Lo que ninguno entendió fue por qué no les había caído ningún rapapolvo de Irakas-Gorri-Gaizt, ni en el camino ni al regresar. Nahia concluyó que debía de ser porque había recuperado la perla. Eso le hizo temer por la suerte de Molak, Luca y los Zorros Blancos.

Capítulo 35

Todavía no se habían recuperado de la prueba y ya tenían que regresar a una de las clases más duras y que a ninguno le gustaba. No solo eso, sino que había llegado el invierno y con él el frío y los cielos tormentosos. A Nahia el invierno le gustaba cada vez menos, le resultaba gélido y, en aquel reino flotante entre las nubes, todavía más, tanto en lo físico como en lo emocional, pues se le apagaba tanto el cuerpo como el ánimo. Por alguna razón la nieve y los parajes helados de Norghana se le hacían mucho más agradables que los de la academia. Lo achacó a la propia academia.

Levantó la mirada. Vio las negras nubes que amenazaban tormenta y el helador viento le dio en el rostro. Olía y sentía el frío húmedo, del que llegaba hasta los huesos. Definitivamente no le gustaba el inverno allí arriba.

—Puffff… otra vez a instrucción de magia mental —se quejó Dafne resoplando disgustada.

—No es de mis favoritas —Lily cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, como previendo lo que se le venía encima.

—Y vosotras os quejáis… —Ivo suspiró y puso cara de resignación—. Yo preferiría seguir en Tremia haciendo explotar trampas elementales de los Guardabosques que ir a formación ahora.

Lily soltó una carcajada y los demás se unieron.

—Yo casi también —dijo Nahia y le dio una palmada de ánimo al gran Tauruk.

Pese a que todos eran ya capaces de captar las auras mentales e identificar cuándo estaban siendo atacados con un ataque mental, no todos conseguían lograr atacar con su mente. Ivo no podía hacerlo y de ahí que caminara hacia la clase con los hombros caídos y arrastrando los pies.

—Es una clase muy frustrante y dura, pero tenemos que pasarla. Hay que esforzarse —se pronunció Taika, que no caminaba tan ágil y ligero como siempre.

En este caso, no se debía a las heridas de la misión de mitad año, que habían cicatrizado bien, sino a que a él también le pesaban los pies camino de aquella instrucción, como si no quisieran ir.

Nahia le miró con ojos de cariño. El Felidae tampoco podía lanzar ataques mentales, pero al menos se lo tomaba algo mejor que Ivo, que ya lo daba por perdido. Tenía corazón de luchador pues ante todo era un tigre en cuerpo y alma.

—Que la magia es algo muy difícil de aprender y dominar ya lo sabemos desde el primer día de academia. Estamos en tercero, ahora es cuando se debe demostrar que somos dignos y superar las clases —se pronunció Aiden.

Para sorpresa de las chicas, que sí podían, Aiden solo lo lograba en ciertas ocasiones, si bien eran las menos. No por ello se desmoralizaba y rendía, muy al contrario, se pasaba día y noche intentando conseguirlo. Para él era una cuestión de honor. Había varios Drakónidos que ya lo habían logrado y él no podía ser menos. Nahia pensaba que, aunque todos los Drakónidos de

tercero fracasaran en ataques mentales, Aiden seguiría intentándolo hasta conseguirlo. Así era él, a testarudo y trabajador no le ganaba nadie. De ahí parte de la razón de los apodos que Dafne y Lily tan cariñosamente usaban con él. La otra parte era debida a su ciego amor por sus señores dragones, algo que el resto de la escuadra ni entendía ni compartía.

Nahia miró al cielo y recordó el viejo refrán que su abuela ya le había explicado de pequeña: "no hay más ciego que aquel que no desea ver la realidad". Aiden era el claro ejemplo de ese refrán. No importaba lo malvados, sanguinarios y destructivos que fueran los dragones, para Aiden no podían hacer nada mal y siempre tenían una razón para comportarse como lo hacían. En más de una ocasión Nahia había estado a punto de darle en la cabeza con el escudo, pero no serviría de nada. El refrán volvió a sonar en su cabeza con la voz de su querida abuela.

—Hoy conseguiré realizar todos los ataques mentales —dijo convencido el Drakónido cuando ya llegaban al edificio de magia.

—Seguro que sí, cabeza de arena compacta —le azuzó Lily con una sonrisa traviesa.

—Yo lo doy ya por imposible —confesó Ivo y se rascó la gran cocorota que tenía—. No es para mí.

Taika asintió con cara de circunstancias.

—Yo no quiero darme por vencido, pero es cierto que no creo que lo consiga. Así y todo, seguiré esforzándome.

—Vosotros dos deberíais seguir intentándolo, cabeza de mármol debería desistir. Bastantes problemas da ya… —opinó Dafne con expresión de que lo decía en serio.

—No seas así, Dafne, Aiden tiene derecho a conseguirlo, como nosotras —dijo Nahia que, aunque entendía a qué se refería Dafne y por qué lo decía, no lo veía justo.

—Derecho tiene, eso no lo niego, pero sería mejor que se quedara como está. Otra arma en su arsenal sin control no es algo que nos convenga —rebatió ella.

—Conseguiré dominar los ataques mentales como Drakónido que soy, debo lograrlo. Y no perderé el control.

—Ya, hasta el siguiente ataque —replicó Dafne.

—Seamos optimistas, quizá tarde un tiempo —dijo Ivo con tono animado.

—Mejor veamos qué nos aguarda ahí dentro hoy —dijo Lily enarcando una ceja según miraba el edificio.

—Sea lo que sea, lo superaremos —afirmó Taika con un gesto de fuerza.

—Juntos podremos —se unió Nahia.

Lo que les esperaba era Buru-Beira-Gogoa, la temible dragona que los tenía martirizados. No perdió un instante y comenzó con la lección.

«Tenéis dos formas de vencer a vuestro enemigo con un ataque mental. Una es con un ataque directo de gran intensidad, que es el que hemos estado utilizando hasta ahora. La bola de energía elemental es la forma más eficaz de ataque pues su explosión produce un efecto dañino importante y es fácil de ejecutar. Sin embargo, podéis llevar a cabo también los otros ataques elementales que conocéis de la misma manera: Garras, Fauces y Aliento elementales, pero no es tan sencillo ejecutar ni maximizar su potencia. Por eso nos centramos en bolas elementales».

A Nahia le costaba mucho menos crear la bola elemental de fuego que las otras tres

habilidades, así que entendía a lo que se refería la dragona.

«Os animo a que experimentéis, quizá a alguno de vosotros se le dé mejor un ataque que otro. No suele ser lo habitual, pero puede ocurrir. En el mundo de la magia siempre hay excepciones para todo».

Nahia se quedó pensando que le gustaría intentarlo. Tal vez lograra ser más rápida con Garra Elemental. Con Fauces Elementales seguro que no y con Aliento Elemental tampoco. Se preguntó si alguno de sus compañeros sería más letal con esos ataques… puede que Lily.

«La segunda forma de vencer a vuestro enemigo es lo que se conoce como un Ataque Mental Sostenido. Es algo que nosotros favorecemos y uno de los ataques que más utilizamos y disfrutamos. Lo que debéis hacer es atacar con vuestra energía elemental, pero en lugar de hacer que la bola elemental reviente, debéis envolver el aura mental del enemigo con ella sin que explote. Debe engullir la mente rival para que sufra los efectos de forma mantenida en el tiempo. Si es de fuego, haréis arder la mente rival, si es de agua podéis congelarla, etc. Enviaréis más y más energía sin desestabilizar y reventar la bola. Esto hará que la mente del enemigo sufra exponencialmente hasta ceder por completo. Es similar a estrangular a alguien hasta que se queda sin sentido o muera. Con este ataque lo que buscáis es dejar inconsciente o matar».

Nahia se puso nerviosa solo de escuchar que podían matar con este ataque, podía ocurrir un accidente. A aquella dragona que alguien muriera en clase le daba igual, seguro que hasta se alegraría si ocurriera. Seguro que lo interpretaba como un logro por la dureza de sus clases y modo de enseñar. Era demencial que tuvieran que pasar por todo aquel entrenamiento tan peligroso.

«Vamos a comenzar con la práctica. Para este ejercicio trabajaréis sobre Membor, mi Exarbor ayudante. Atacareis su mente y lo doblegareis utilizando las dos formas que acabo de explicaros».

A Nahia la cabeza se le fue hacia atrás por la desagradable sorpresa. No podía hablar en serio. ¿Cómo iban a atacar al pobre Membor? Eso era de lo más inhumano que había oído. Aquel Exarbor parecía tener doscientos años y su cuerpo de madera parecía descomponerse un poco con cada movimiento que hacía.

«Veo en vuestras expresiones la preocupación de dañar a Membor. Las razas inferiores en verdad lo sois y una de las razones principales es vuestra triste empatía. No debéis preocuparos por el Exarbor, Membor está preparado para esta función. No es un Exarbor cualquiera, es uno con poder, al igual que vosotros. Por sus venas también corre sangre de dragón».

Aquel anuncio dejó a Nahia pasmada. Y no solo a ella, Dafne y Lily también se miraban con expresiones de extrañeza. Un Exarbor con magia, eso quería decir que también entre las dos razas no combatientes había seres con magia. Nahia se lo había preguntado alguna vez, pero como no había visto a ningún Exarbor o Tergnomus usarla, había asumido que no tenían.

«Nacida de la Llama, da un paso adelante. Quiero ver cómo lo haces».

Nahia respiró. Aunque no le gustaba nada que la utilizaran así por ser lo que era, lo disimuló, no quería más problemas y menos con aquella dragona. Se adelantó. Membor avanzó con su habitual parsimonia hasta situarse frente a ella.

«Primer ataque. Adelante, castiga la mente del Exarbor con un ataque directo».

Nahia no quería hacer aquello, se sentía fatal por el pobre Membor. Era como dañar a un anciano.

«Antes de que hagas o digas algo que lamentarás, debes saber que el Exarbor es capaz de defenderse y también puede contratacar. Así que no te compadezcas porque puede que te venza».

De nuevo Nahia se quedó pasmada. Aquello no la tranquilizaba mucho, pero al menos no estaba atacando a un ser indefenso si es que la dragona decía la verdad, porque podía estar mintiendo.

«Doblega a tu rival. ¡Ahora!» ordenó junto con un sentimiento de victoria.

Nahia no quería hacerlo, pero si se negaba podía darse por muerta, la dragona no permitiría semejante falta de respeto a su honor. Buscó el aura mental de Membor y la encontró de inmediato. No le sorprendió que fuera de una combinación de verdes y marrones entrelazados. Llamó a su dragón interior, cogió una buena cantidad de energía y creó una bola de fuego en su mente que no maximizó en potencia ni en amplitud. No quería que ocurriera un accidente.

Lanzó su bola con la mente y vio cómo se dirigía hacia la mente del Exarbor. Impactaría y el ejercicio habría terminado. No fue el caso. La mente de Membor destelló y una barrera de energía la rodeó formando un anillo. La bola llegó hasta ella y no pudo traspasarla.

Nahia se sorprendió. Aquella barrera en forma de anillo que envolvía su aura mental y protegía su mente era sin duda mágica. El Exarbor estaba usando su sangre de dragón para defenderse. Pudo captar cómo enviaba más energía para defender su aura.

«Sigue atacando» llegó la orden.

Nahia sabía lo que tenía que hacer y envió su propia energía a la bola de fuego para ayudarla a traspasar el anillo mental defensivo. Al instante, el Exarbor envío más de la suya a defenderlo. Aquello se ponía interesante. Nahia debía tener cuidado de que la bola no explotara, pues no conseguiría traspasar el anillo defensivo y la perdería. De pronto algo extraño sucedió. Se produjo un destello marrón verduzco en el aura del Exarbor y Nahia sintió que su aura mental estaba siendo atacada. Casi sin tiempo de analizar lo que estaba pasando, de forma instintiva, envió energía a proteger su propia aura mental. Creó un anillo de energía rojo intenso y se defendió del ataque mental del Exarbor.

«Muy bien hecho. Defiéndete del contrataque».

Lo que había comenzado como algo sencillo se estaba complicando por momentos. Tenía que atacar, mantener la bola de fuego y el ataque y al mismo tiempo defenderse. Se centró en lo segundo y descubrió que Membor estaba enviando una Garra Elemental de Tierra. Si la garra atravesaba su anillo defensivo le iba a hacer mucho daño. Captaba la garra como si fuera una real, física, y era atemorizadora. Tenía tres dedos de roca con aristas afiladas y terminadas en punta clavadas en su anillo defensivo. Nahia envió más energía a reforzarlo. La garra de tierra empujaba para penetrar en su mente atravesando el anillo defensivo.

Nahia se dio cuenta de que ella también tenía que presionar, así que empujó su bola de fuego contra el anillo del Exarbor. Las llamas que salían de la bola parecían quemar la energía del anillo defensor e iba penetrando.

Hubo un momento de lucha intensa y, de pronto, a la vez, ambos ataques consiguieron derrotar las defensas. La bola de fuego de Nahia explotó en la mente de Membor al tiempo que la garra del Exarbor se clavaba en la de Nahia y la estrujaba. Esta se dobló de dolor y cayó de rodillas. Membor se meció hacia delante y hacia atrás con expresión de sufrimiento en su rostro de árbol.

«Excelente demostración de ataque y defensa mental mágicos. Como podéis apreciar pueden

producirse empates, no es lo normal, pero aquí tenéis un ejemplo. Que os sirva de lección para atacar con toda la intensidad y rapidez que podáis porque podéis terminar como la Nacida de la Llama, vencida».

Nahia sentía un dolor tremendo en la cabeza que le impedía hasta pensar. Se sentía derrotada.

«Seguiremos con los combates en cuanto mi Exarbor se recupere. Preparaos, el que pierda, sufrirá».

Tras la clase Nahia fue a la biblioteca. Aguardó en la mesa al final de la tercera planta mientras se le pasaba el dolor de cabeza. Estaba nerviosa. Seguía sintiendo que alguien la observaba cada vez que ponía un pie allí. No se podía quitar aquel sentimiento de encima. Observó la planta y todo parecía normal: alumnos de tercero estudiaban por separado o en grupos, sin hacer ruido y varios Exarbor iban con tomos de una librería a una mesa con su paso lento y cansino. Nadie la miraba a ella y, sin embargo, seguía estando intranquila.

Ana y Logan aparecieron en la planta y Nahia se sintió feliz al instante. Los dos recién llegados observaron la situación un momento y luego se decidieron a cruzar la planta. Ana iba mirando a Logan de reojo mientras él miraba al frente. Llegaron hasta donde estaba ella, pero no se sentaron a su mesa, eligieron una de al lado para disimular. Se sentaron juntos e hicieron como que estudiaban un tomo que traían.

—Tenemos que hablar de lo sucedido en la prueba —susurró Nahia.

—Sí… pero tienes reunión. Después —dijo Logan.

Ana le hizo un gesto con la cabeza, dos alumnos de tercero se acercaban a ellos.

—De acuerdo —susurró Nahia.

Las dos figuras cruzaron la planta y llegaron frente a ella. Antes de que dijeran nada, Nahia se dirigió a ellos.

—Id a pedir un tomo de magia de tercero y volved con él a estudiar.

Los dos asintieron, se dieron la vuelta y se dirigieron al Exarbor más cercano. Hablaron con él y una vez tuvieron el tomo regresaron a la mesa de Nahia. Se sentaron frente a ella y abrieron el volumen haciendo como que estudiaban.

Nahia aguardó un momento para asegurarse de que ningún Exarbor los miraba.

—Creo que ya es seguro hablar.

—Gracias por recibirnos —dijo Nielse, el Fatum de la Escuadra Granito.

Había sido compañero de la pobre Maika y Nahia había coincidido con él en las mazmorras sirviendo uno de los castigos.

—Hola Nielse, me alegró de verte otra vez. ¿Cómo llevas tu repulsión a los Serpetuss?

Nielse hizo un gesto de horror.

—Mal, pero últimamente no me han castigado a las mazmorras, así que lo llevo mejor.

Nahia sonrió y asintió.

—Mejor así.

—¿Sigue el prisionero bien? —se interesó Nielse refiriéndose a Egil sin nombrarlo.

—Sigue bien, sí. Es un gran colaborador con la causa. Debemos asegurarnos de que no le ocurre nada malo.

—Entiendo —asintió Nielse.

—Y dejadme deciros que no me tenéis que dar las gracias. Soy yo la que os las tengo que dar a vosotros a por venir a verme.

—Es un honor que nos recibas —dijo Mark, el humano de la Escuadra Piedra.

Nahia estaba muy sorprendida por que se sintieran así por hablar con ella. Después de todo eran ellos los que se arriesgaban al escucharla. Vio que Ana y Logan se levantaban para distraer a los Exarbor y decidió ser directa.

—Escuchadme, os voy a contar lo que sé, lo que he visto y lo que he vivido. Quiero que me prestéis mucha atención porque es muy importante y no puedo repetirlo. El riesgo es grande, como ya os imagináis.

Los dos asintieron.

—Adelante. Hemos venido a esto —dijo Nielse.

Nahia bajó mucho la voz y les contó todo sobre las armas doradas, la posibilidad de acabar con los dragones, la necesidad de unirse todos para luchar por la libertad y, sobre todo, la importancia de transmitir el mensaje de esperanza a todos los esclavos de Kraido. Fue honesta y directa. Cuando terminó, los dos la miraron con ojos que brillaban. Nahia quiso pensar que era el brillo de la esperanza lo que veía en ellos.

—Algo había oído, pero esto que nos cuentas es mucho más de lo que esperaba —dijo Nielse asintiendo.

—Es toda una revelación. Algo que nunca pensamos que podría suceder —afirmó Mark.

—Os aseguro que puede. Se les puede matar y, por lo tanto, se les puede derrotar.

Mark asintió también varias veces.

—Es mucho que interiorizar.

—Lo sé. Pensadlo bien, unirse a mí, a la causa, conlleva unos riesgos enormes y no hace falta que os diga el castigo de ser descubiertos.

—No serán las mazmorras… nos matarán donde estemos —afirmó Nielse.

—Así será —dijo Nahia, que no lo ocultó.

—El riesgo es grande y el castigo terrible —opinó Mark pensativo.

—Sí, pero mayor será la recompensa si conseguimos la libertad para todos —aseguró Nahia.

—Tienes toda la razón, Nahia. Cuenta conmigo. Ya vi lo que le sucedió a Maika, y a mí me pasará lo mismo. No tengo duda de eso, es solo cuestión de tiempo. Prefiero morir intentando conseguir la libertad que sirviéndoles y sin esperanza —dijo Nielse.

—Muy bien dicho —se unió Mark—. Moriremos igualmente en algún campo de batalla lejano o por el capricho de algún dragón cualquier día. Yo también prefiero hacerlo intentando lograr la libertad, al menos moriré por algo digno.

—Me llenáis el corazón de alegría. Ojalá todos fueran como vosotros —agradeció Nahia.

—Creo que cuando el mensaje llegue a más oídos habrá más como nosotros —dijo Nielse.

—Muchos más —asintió Mark.

—Espero que así sea. De momento eso es lo que necesito que hagáis. El mensaje tiene que seguir extendiéndose, llegando a cuantas más personas, mejor —pidió Nahia.

—Eso haremos —dijo Nielse.

—Con Nielse y conmigo el Escuadrón Marrón está cubierto —dijo Mark.

—Estupendo. Necesito que llevéis el mensaje al Escuadrón Marrón de segundo y de primero.

—Lo haremos, descuida —prometió Nielse.

—No arriesguéis. Si no lo veis claro, no paséis el mensaje —advirtió Nahia, que no quería que se la jugaran más de lo necesario. El peligro ya era demasiado alto.

Los dos asintieron.

—Gracias por confiar en nosotros —dijo Mark.

Nahia se sintió muy feliz de tener compañeros como aquellos. Le daban las gracias cuando ella les estaba pidiendo que arriesgaran la vida. Con ayuda la causa de la libertad saldría adelante. Tarde o temprano, pero al final se conseguiría.

Los dos se despidieron y se marcharon y Nahia se quedó pensativa. Necesitaban encontrar a alguien en las escuadras de Luz y Oscuridad. Ambas habían resultado muy tocadas por las bajas, quizá eso ayudara. Algo bueno a lo que aferrarse después de ver tanta muerte. Pensó en comentárselo a Ana y Logan. Levantó la mirada para buscarlos y se dio cuenta de que un Exarbor se dirigía directo hacia su mesa. Se quedó helada. ¿La habían descubierto? ¿Qué quería aquel Exarbor? ¿Por qué se dirigía hacia ella?

Buscó a sus amigos con la mirada y los vio entreteniendo a otros dos Exarbor. El que venía hacia ella lo hacía con su paso pausado. Nahia pensó que le iba a dar un ataque al corazón mientras veía cómo el Exarbor se acercaba. Con cada paso que daba el corazón le latía más fuerte.

Capítulo 36

El Exarbor bibliotecario llegó hasta Nahia y la miró. Tardó un momento en hablar. Ella no podía aguantar los nervios.

—El… bibliotecario jefe… quiere verte.

—Yo no hecho nada —Nahia frunció la frente.

—Yo no he dicho… que lo hayas… hecho…

—Oh, ya.

—Sube…. a ver… al bibliotecario jefe.

—¿A la quinta planta?

—Sí… a su… despacho.

Nahia lo meditó un instante. No sabía qué pasaba ni qué quería el bibliotecario jefe, pero tampoco podía negarse o terminaría en manos de los dragones.

—Está bien, ahora voy.

El Exarbor asintió y luego, volviéndose muy despacio, le indicó con el brazo las escaleras.

—¿Ahora mismo?

—Es de… muy mala educación… hacer esperar.

Aquello era extraño. El Exarbor se estaba asegurando de que ella iba de inmediato.

—Cierto. Voy —Nahia se puso en pie y se dirigió a las escaleras.

El Exarbor la siguió. Según caminaba miró a Ana y Logan de reojo, los dos la miraban de forma disimulada. Las expresiones de sus rostros eran de preocupación.

Nahia subió por las escaleras hasta la cuarta planta y se percató de que el Exarbor seguía tras ella. Había pensado meterse en una de las salas de entrenamiento mágico para pensar qué hacer, pero no iba a poder hacerlo con el Exarbor allí. Tuvo que resignarse y subir a la quinta planta. Al llegar la encontró vacía, aunque sabía que había varios Exarbor por allí.

Se dirigió a una de las tres puertas que tenía delante, la que estaba al norte, y continuó por un pasillo que tenía una veintena de puertas más a los lados. Al final del mismo estaba el despacho del bibliotecario jefe. Miró atrás y vio al Exarbor, que la observaba desde las escaleras de acceso. Ella miró la puerta del despacho, se decidió y llamó.

—Adelante —llegó la rugosa voz del bibliotecario jefe.

Nahia abrió la puerta y entró. La estancia estaba bien iluminada. Sentado en un sillón detrás de una enorme mesa de roble tallado estaba Liburex.

—No he cometido ninguna falta —afirmó Nahia, que sabía que Liburex tenía en un tomo apuntadas dos faltas graves que le costarían la vida si se las comunicaba a Irakas-Gorri-Gaizt.

El Exarbor sonrió y su piel de corteza sobre su boca se curvó.

—Nadie… ha dicho… tal cosa.

—¿No? ¿Entonces por qué estoy aquí?

—Quería… saludarte… Hace tiempo… que no nos vemos.

Aquella respuesta no la esperaba.

—¿Saludarme? ¿Por qué razón?

—Somos conocidos… me preguntaba qué tal… te va.

—Me va bien, gracias —contestó Nahia, aquella situación no le gustaba nada.

—Sí, eso… se rumorea…

—¿Se rumorea? ¿Qué se rumorea?

—Que te va bien… eres muy popular… entre los tuyos.

Ahora la situación empezaba a tener más sentido. Liburex sabía o sospechaba algo. Nahia deseó que fuera lo segundo, de ser lo primero estaría muerta.

—No tanto. Me llevo bien con mi escuadra, eso es todo.

—Y otras… escuadras… también.

—Sí, bueno, con todo mi escuadrón.

Liburex volvió a sonreír.

—Podemos… jugar a este juego… todo lo que quieras… pero es una pérdida de tiempo… para los dos.

—¿Qué juego?

—Al del despiste… No te servirá… Conozco la verdad… sobre la causa.

Nahia sintió que se le formaba un agujero enorme en el estómago. Estaba perdida. La habían descubierto.

—No sé… —intentó disimular.

—¿Te has fijado… alguna vez… en las lámparas… que alumbran la biblioteca? —cortó Liburex.

—¿Las lámparas? —Nahia intentó recordar cómo eran. Estaban allí, les daban luz, pero no terminaba de recordarlas.

—No me he fijado…

—Ya… ni tú ni nadie… Es curioso… pues es algo muy necesario para ver, leer, estudiar… y nadie se fija.

—No entiendo —Nahia hizo un gesto de contrariedad.

Liburex sonrió con su boca y labios de corteza.

—Las lámparas de la biblioteca… como las de otros muchos lugares… en esta academia… tienen una base de madera —señaló con su dedo de rama con una hoja la lámpara apagada que estaba en un extremo de su escritorio.

—Sigo sin entender…

—¿Sabes algo de la magia de los Exarbor?

Nahia no podía estar más extrañada y confundida. No tenía ni idea de qué estaba diciendo Liburex ni a dónde quería llegar con aquello.

—Eh… no. Ni idea —negó con la cabeza.

—No es algo… que os enseñen en la academia… ya que los dragones… nos consideran inservibles… para la guerra… y por lo tanto no ven necesario… enseñaros nuestra magia… que también consideran inútil… si bien no lo es en absoluto.

—No todos los Exarbor tienen magia, ¿verdad? —Nahia intentaba entender aquello.

—No, solo una pequeña parte… como ocurre con el resto de las razas… como en la tuya… la de los humanos.

—¿Qué tipo de magia es la que tenéis? ¿De naturaleza? —preguntó Nahia que, aunque sabía de la magia de Membor, intentaba ganar tiempo para entender qué estaba sucediendo allí y cómo salir con vida.

Liburex asintió con un crujido. Cuando los Exarbor se inclinaban parecía que se iban a partir.

—Sí… de naturaleza… con una conexión especial… con árboles y floresta… Déjame mostrártelo… así lo comprenderás mejor.

Liburex señaló de nuevo la lámpara y esta vez cerró los ojos. De pronto, su cuerpo emitió un destello verde. Nahia sintió que estaba usando magia. Un aura de color verde intenso rodeó todo el cuerpo del Exarbor y un momento después un hilo de energía verde surgió de su dedo y se dirigió hacia la lámpara.

Nahia observaba con interés, estaba intrigada. Por alguna razón no le daba la sensación de que la magia del bibliotecario jefe fuera peligrosa. El hilo de energía que surgía del dedo de Liburex llegó hasta la lámpara, se dirigió a la base de madera y la envolvió. De súbito, y ante la sorpresa de Nahia, la lámpara se encendió. De alguna forma, la magia de Liburex había interactuado con la base de madera y esta con la lámpara para encenderla. Un momento más tarde, la lámpara se apagó. El hilo de energía verde se desenroscó de la base y regresó al delo de Liburex.

El bibliotecario jefe abrió los ojos y la magia se disipó, así como su aura.

—¿Te ha gustado… la demostración?

—Sí, es impresionante. La magia interactúa con la madera.

—Así es. Del mismo modo… que he encendido la luz… puedo interactuar con la lámpara… para otras cosas interesantes…

Al oír aquello Nahia entendió por fin lo que había sucedido.

—Otras cosas interesantes como escuchar —afirmó.

Liburex asintió y sonrió.

—Sabía que lo entenderías… con una sencilla… demostración práctica. Eres… inteligente.

Nahia tragó saliva.

—Has estado escuchando nuestras conversaciones.

—Así es… Son de lo más interesantes…

—Eso no está nada bien, son conversaciones privadas —Nahia sentía una mezcla de rabia y frustración.

—Sobre temas… muy comprometidos… Y tengo permiso… de nuestros señores dragones… para escuchar e informar.

—¡Eres un informador de los dragones! —acusó Nahia, que sintió que la llama prendía en su estómago.

—Lo soy… de lo contrario no podría ser el… bibliotecario jefe… Los dragones quieren siervos leales… sobre todo en puestos de responsabilidad.

—Y tú eres un siervo leal —a Nahia le salió la frase de la boca como si escupiera un insulto.

—Lo soy —asintió Liburex.

—¡Entonces entrégame y que me maten! ¡No me arrepiento y nunca lo haré! —Nahia gritó y se puso en pie.

Liburex levantó su mano de madera.

—Siéntate y… mantén la calma… por favor —dijo con voz tranquila.

—Quizá debería incinerarte donde estás, por informador. Estoy segura de que arderías muy bien —amenazó Nahia furiosa.

Liburex sonrió.

—Sí, ardería mucho y rápido… Pero eso te condenaría… y que yo sepa… no he dicho todavía… que vaya a entregarte.

Aquello la dejó completamente confundida.

—¿Qué pasa aquí? ¿Me estás engañando para que no te convierta en cenizas?

—En absoluto… Si hubiera querido entregarte… lo habría hecho ya… No me arriesgaría a que me prendieras fuego.

—¿Entonces? —Nahia lo miró con la frente fruncida.

—Siéntate y te explicaré… y apaga tu furia… Nacida de la Llama… no quiero que se produzca un accidente y… me consuman las llamas.

Nahia pensó en salir de allí. Pero si había oído sus conversaciones conocía sus planes y todos los que estaban involucrados. No podía arriesgar sus vidas. Escucharía lo que tuviese que decirle, pero si no le convencía, lo incineraría. Ella caería, pero no sus amigos. Eso es lo que iba a hacer. Se sentó dejando encendida la llama en su estómago. Si la necesitaba la usaría con todo su poder y no quedarían ni las ascuas de aquel Exarbor.

—Explícate —dijo mirándole a los ojos.

—Como bibliotecario jefe… debo informar a los dragones… de cualquier palabra o acto en su contra… Como por ejemplo… el de comenzar y organizar una rebelión… que es lo que has estado haciendo…

—Pero no lo has hecho.

—No, no lo he hecho.

—¿Por qué?

—Verás… joven Nacida de la Llama… tú no eres la única… que cree en la causa de la libertad… como estás viendo cuando reclutas a otros… Los hay que desean la libertad… en todas las razas esclavas.

—No los Exarbor y los Tergnomus.

—Y ahí es… donde te equivocas… joven humana… Por supuesto que hay muchos entre… los Exarbor y los Tergnomus que desean la libertad… Los hay incluso… entre los Drakónidos…

Nahia negó con la cabeza.

—No me lo creo, nunca lo han mostrado. Son fieles sirvientes de sus señores. No apoyaron ni apoyarían nunca una rebelión, no se unieron a la Gran Insurrección.

—Algo de cierto hay en eso… pero te equivocas… Hay muchos entre las razas más serviciales que desean la libertad.

—¿Eres tú uno de ellos? —Nahia lo dijo como retándole a que contestara.

Liburex sonrió.

—Digamos que estoy… interesado… en el mejor porvenir para mi pueblo…

—Esa no es una respuesta directa.

—Yo no soy… un Exarbor directo…

—Eso ya lo estoy viendo. ¿Me vas a entregar? ¿A mí y a los míos? —Nahia sintió que la llama crecía en su interior. Si le daba una contestación errónea arderían él y medio despacho.

—No es esa mi intención… No voy a acabar con la rebelión…

Nahia lo miró a los ojos, pero no pudo concluir si decía la verdad. Sus ojos profundos no mostraban ningún sentimiento.

—En ese caso, ¿qué quieres de mí?

—Aunque te vaya a sorprender… quiero ayudarte.

—¿Por qué razón?

—Por la que ya te he comentado… quiero lo mejor para mi pueblo… Tu rebelión, de tener éxito… podría serlo… Aunque he de admitir… que las probabilidades de que tengas éxito… son casi nulas… Por ello te prestaré mi ayuda… pero desde la distancia.

Nahia torció los labios.

—Ya entiendo. Quieres ver si triunfamos, porque eso sería muy bueno para tu pueblo. Pero como no crees que lo vayamos a conseguir, no quieres arriesgarte y que los dragones te maten.

—Es una forma simple… de exponerlo… pero sí… no es errónea.

—No es muy valiente.

—Los valientes suelen vivir poco… Yo ayudo a mi pueblo… y me necesitan con vida… Muerto poco puedo hacer por ellos.

—Pero yo sí puedo morir.

—Me gusta tu espíritu… Estás consiguiendo algo que muy pocos podrían… Gestar una rebelión contra los dragones… es una hazaña impresionante… por lo cual prefiero que no mueras… Por eso estamos teniendo esta reunión…

Nahia se quedó pensativa.

—¿Cómo puedes ayudarme con la causa?

—En primer lugar… informándote de que no todos… los Exarbor, Tergnomus… ni siquiera Drakónidos… son fieles a los dragones…. Puedes… encontrar aliados entre ellos… Aliados que pueden resultarte de gran utilidad…

—Umm… puede ser, sí. ¿Cómo sé que no me vas a traicionar a mí y a los míos?

—Esa es una buena pregunta… No puedes saberlo… solo puedes desear que así sea.

—¿Y si no quiero arriesgarme? ¿Y si te calcino ahora mismo?

—Entonces morirás… y contigo morirá la rebelión… que intentas que nazca…

—Salvaré a mis amigos.

—De un peligro que quizá no existe… Porque yo no te he traicionado todavía… y conozco tus intenciones… desde hace tiempo.

—No me gustan los riesgos, y menos cuando hay personas inocentes de por medio.

—Inocentes no son… Todos se han unido a la causa por voluntad propia…. Todos saben el riesgo que corren…. Tú misma se lo has dicho a todos y cada uno de ellos… Si están contigo… es porque así lo han decidido… pese a los riesgos… En cuanto a traicionarte… cualquiera de ellos puede hacerlo antes que yo…

—No lo harían nunca —Nahia respondió ofendida.

—Te equivocas… las personas no son tan fuertes ni valientes… como crees…

—Los que se unen a mí sí lo son.

—Cometes un error al pensar eso… hay debilidad en todos… en unos más que en otros… aunque no lo veas.

Nahia se quedó pensando. Si mataba a Liburex sería su final, y quizá también el de la rebelión. La causa no estaba lo suficientemente afianzada todavía, necesitaban un poco más de tiempo para que el mensaje llegase a todos, y no solo en la academia, abajo en tierra. También necesitaba algo más de tiempo para organizar la propia estructura de los rebeldes. Ahora solo estaba ella ayudada por Ana y Logan y había muchas cosas por hacer que requerían de tiempo y cuidado.

—Me pones en una situación comprometida.

—Quien juega a juegos muy peligrosos… debe aceptar los riesgos que implican.

La verdad era que no le faltaba razón. Desde el primer momento Nahia había entendido los riesgos que implicaba intentar una rebelión para alcanzar la libertad. Sin embargo, siempre había enfocado el riesgo hacia su persona, hacia su vida. Si ella tenía que morir lo aceptaría, pero ahora se daba cuenta de que estaban en juego las vidas de Ana, Logan y del resto que se habían unido. Eso no lo había tenido en cuenta lo suficiente y, ahora, ante la decisión que debía tomar, pesaban como una montaña. Fiarse de Liburex era arriesgadísimo, lo sabía. Recordó las palabras que Zilar le había dicho en el pasado: no fiarse de nadie y menos de los Exarbor y Tergnomus. Debía tomar una decisión muy arriesgada.

—Está bien, no te mataré. Espero la misma cortesía por tu parte.

Liburex sonrió.

—Como he dicho… quiero ayudarte… matarte no me interesa… no me aporta nada ni a mí… ni a mi pueblo.

—Acepto tu ayuda. Entiendo que no querrás participar activamente en mis planes.

Liburex negó con la cabeza e hizo un crujido.

—Seré un… observador pasivo.

—Entiendo. Una pregunta, ¿escucháis por toda la academia?

—Lo hacemos, sí.

—¿Y si no quiero que me escuchéis?

—Busca un lugar… sin madera cerca.

Nahia asintió.

—Eso haré.

—Buena suerte… La vas a necesitar… Líder de la rebelión.

—Yo no soy… —Nahia se quedó callada.

Ella no se sentía ni consideraba líder de nada, mucho menos de una rebelión.

—Sí que lo eres… solo que todavía… no lo has interiorizado.

Nahia abandonó el despacho de Liburex y se cruzó con dos Exarbor que aguardaban. Pasó junto a ellos sin decirles nada, tenía mucho que pensar. Aquella reunión había sido de lo más extraña y se marchaba con un sentimiento de gran incertidumbre que le devoraba el estómago.

Capítulo 37

Al contrario que con la formación de armas y magia, Nahia disfrutaba cada vez más de la formación de talento. Tenía que reconocer que la Hechicería le gustaba. No solo eso, se le daba bien. Quizá por esa razón le gustaba. Además, la maestra, Zeru-Urdin-On, la poderosa dragona azul, no era una déspota y torturadora, sino todo lo contrario. Para su sorpresa, había encontrado una dragona que no era malvada y de corazón podrido, como lo eran casi todos los demás. La maestra de la formación de magia, por ejemplo, disfrutaba sobremanera haciéndolos sufrir. Aquella excepción a la regla le permitía estudiar y aprender de una forma mucho más agradable, llevadera y fructífera. Al menos, Nahia así lo veía. Tenía que esforzarse mucho, eso no cambiaba, pero la maestra la trataba bien, algo impensable y que la motivaba mucho.

«Nacida de la Llama, colócate en el centro. Hoy serás voluntaria de nuevo. No es que te tenga manía, tu habilidad es buena y la clase es más eficiente si no se malgastan tiempo y magia» llegó el mensaje mental de Zeru-Urdin-On.

Como siempre, iba acompañado de un sentimiento de tranquilidad, cosa que Nahia agradecía. Era chocante la diferencia entre estos mensajes mentales y los de Buru-Beira-Gogoa.

Avanzó y vio que Sorginbor, el Exarbor ayudante, aparecía con un muñeco de madera. Lo colocó a treinta pasos de Nahia que midió con cuidado. Aquello era diferente. Nahia no tenía ninguna habilidad que pudiera lanzar a treinta pasos. No elucubró y decidió esperar a ver qué le instruía la maestra dragona.

«Como veis, hoy vamos a practicar con un muñeco. El objetivo consiste en destruirlo, pero a distancia. Ya veo por vuestras expresiones que todos estáis pensando que no tenéis un conjuro de hechicería que alcance esa distancia. Eso cambia hoy. Vais a aprender un conjuro muy poderoso: Rayo Elemental. Comenzareis con una distancia de treinta pasos, pero este conjuro, cuando lo dominéis por completo, puede llegar a alcanzar a enemigos a doscientos pasos para los que sois más poderosos. Los que lo sois menos, deberíais aun así alcanzar los cien o ciento cincuenta pasos».

A Nahia aquellas distancias le parecían grandísimas. Los Brujos de Dragón no tenían magia de largo alcance, pero parecía que los bendecidos por Hechicería sí. Con este conjuro podría atacar enemigos a distancia y defenderse antes de que llegaran hasta ella. Desde luego, muy ventajoso parecía. Ahora solo necesitaba aprender a conjurarlo.

«Muy bien, Nacida de la Llama. Quiero que te centres en el muñeco. Debes crear un rayo, en tu caso de fuego, y descargar sobre él. Cuanta más carga de energía uses, mayor será el daño que inflijas. También será más complicado que el conjuro te salga bien, así que comienza con poca carga».

Nahia inspiró y dejó salir el aire. Se focalizó en el muñeco y cerró los ojos. Cogió energía de su dragón interior y la convirtió en fuego sin cargar mucha. En su mente le dio forma de rayo ardiente, abrasador, pero se empezó a descomponer. Se concentró todavía más. Tenía que contener el rayo, que no se le desestabilizara. Le costó un largo momento. Cuando finalmente estuvo estabilizado, lo descargó sobre el muñeco. Según lo hacía, abrió los ojos. Con enorme

sorpresa vio cómo un rayo de fuego caía. Se produjo una llamarada y el muñeco quedó completamente calcinado.

«La Nacida de la Llama lo ha hecho no solo bien, sino al primer intento. Estás mejorando mucho, no solo con tu magia de hechicería, sino también en tu poder como Nacida de la Llama».

Nahia estaba tan sorprendida de que le hubiera salido bien a la primera que no se lo creía. Además, había calcinado el muñeco de madera y ya no quedaban más que un montón de residuos negros en el suelo. Si había hecho aquello a un muñeco, a un humano no quería ni pensar lo que le podía pasar.

«Como habéis visto, este conjuro es muy poderoso. No es instantáneo, pero si conseguís conjurarlo en combate, acabaréis con vuestro enemigo. Es un conjuro mortal. Los enemigos que no tengan defensas mágicas morirán nueve de cada diez veces. Los que las tengan sufrirán daños importantes en sus ellas y tendrán que reforzarlas. Esto os dará ventaja para el siguiente ataque. Ahora quiero que el resto lo intentéis, cada uno con vuestro elemento».

Sorginbor trajo cinco muñecos más y los colocó a treinta pasos de ellos para que practicaran. Nahia observó al resto para ver cómo lo hacían antes de volver a intentar un ataque sobre su muñeco. Por un largo rato sus compañeros lo intentaron sin éxito, así que ella volvió a conjurar un rayo de fuego. Esta vez lo cargó más y el rayo cayó sobre el muñeco envolviéndolo en una llamarada enorme. Solo quedó un montoncito de polvo negro en el suelo.

«No lo cargues más, Nacida de la Llama, o tendremos un disgusto. Practica la distancia, no el poder del rayo».

Nahia se retrasó veinte pasos más. Como las aulas eran enormes había muchísimo espacio para practicar. Lo intentó desde una distancia de cincuenta pasos totales y se dio cuenta de que le costaba un poco más, pero igualmente lo había conseguido. El pobre Sorginbor cargó con otro muñeco para ella.

Continuaron practicando y los primeros logros llegaron. Para el final de la clase todos lo habían logrado y Nahia era capaz de acertar al muñeco a cien pasos sin problema. El rayo de hielo le pareció interesantísimo porque congelaba al enemigo donde estaba por completo; el de roca era demoledor, parecía que una estalactita aplastara al muñeco de un golpe tremendo. El de luz era interesante porque era la primera vez que Nahia veía que la luz pudiera matar. La descarga del rayo era de una intensidad tan alta que la potencia de la luz mataba al ser, no así al muñeco, que parecía quedar intacto. El que le pareció más temible sin duda fue el de tormenta, seguro que a Aiden le encantaría tenerlo. Un rayó poderosísimo como salido de una tormenta terrible descargaba sobre el enemigo y lo fulminaba. Impresionante.

Al finalizar la clase Nahia se sintió bien. Sin duda, aquella era su clase favorita. Por desgracia tendría formación de armas al día siguiente y volvería a sufrir, pero al menos, por aquel día, estaba contenta. Se iba de allí con un conjuro poderosísimo y muy útil.

De noche, en la habitación, mientras se preparaban para dormir, Nahia estaba tan contenta con la nueva habilidad que había aprendido que decidió comentarla con sus compañeros.

—Tengo que contaros lo de formación de Hechicería de hoy, porque me he quedado muy sorprendida y creo que os va a interesar.

Dafne, que estaba ya tumbada en su camastro, se incorporó y la miró con ojos de interés.

—Si tanto te ha impresionado, mejor nos lo cuentas.

—Sí, además así el cabeza de piedra dejará de hacer flexiones y abdominales un rato, me

pone nerviosa verle —dijo Lily.

—No me ves desde detrás del biombo —replicó Aiden frente a su camastro junto a la puerta, donde se ejercitaba todas las noches.

—Pero te oigo, y me creas ansiedad —replicó la Escarlatum.

—Eso es porque sabes que tú también deberías estar haciendo ejercicios físicos en lugar de estar tumbada en la cama.

—¡Claro que lo sé! ¡Y ya los he hecho en el gimnasio!

—No discutas con el cabeza de granito, no merece la pena —aconsejó Dafne.

—Y no estoy tumbada en la cama, me estoy cuidando el cutis antes de ir a dormir.

—No sé cómo alguien puede perder tanto el tiempo en cosas totalmente innecesarias —replicó Aiden y siguió con su serie de flexiones.

—¿Ves? —le dijo Dafne a Lily.

—Acercaos y os lo cuento —dijo Nahia.

Taika, Aiden e Ivo se arrimaron a escuchar. Se quedaron de pie y atentos junto al biombo.

—Hemos empezado a aprender la habilidad Rayo Elemental, cada uno con el suyo y es realmente impresionante —comentó Nahia.

—Cuéntanos —animó Taika.

Nahia les explicó en qué consistía y lo que había sucedido en clase. Cuando terminó de relatarlo, Lily silbó.

—Pues sí que es poderoso ese Rayo Elemental.

—Además de poderoso tiene un aspecto esencial —comentó Taika.

Ivo se volvió hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Sí, yo tampoco sé qué quieres decir —comentó Dafne.

Taika asintió y lo explicó.

—Lo que convierte esa habilidad en muy poderosa es su alcance. Todas nuestras habilidades de magia, las elementales, son de muy corto alcance. Esta es la primera que tiene un alcance de doscientos pasos.

—Oh… sí, muy cierto —estuvo de acuerdo Dafne—. Mi magia elemental es de proximidad. La de curación, ahora que lo pienso, funciona casi con el tacto. Debo estar tocando o casi tocando a la persona para sanarla.

—Toda mi magia elemental es de muy corto alcance y mis habilidades de Druida son de como mucho cincuenta pasos de distancia —dijo Ivo—. Aunque también pudiera ser porque yo estoy muy limitado por mi pobre dominio de la magia.

—No creo que sea eso —dijo Aiden—. Las habilidades mágicas tienen todas un alcance máximo. Las mías de Bárbaro son de distancia de combate cuerpo a cuerpo. Y en cuanto a las elementales solo la Bola Elemental tiene algo de alcance, pero no llega a cincuenta pasos y yo siempre la lanzo con la mano.

—Bola Elemental no va más allá de veinte pasos si la lanzas con la mente, eso seguro —dijo

Lily—. Las habilidades que estoy aprendiendo como Encantadora tienen un alcance de más de cien pasos, aunque no tanto como los doscientos de Nahia.

—No había pensado en ello, Taika, pero tienes toda la razón. El alcance hace que esta habilidad sea todavía más poderosa —dijo Nahia.

—Ya que estamos con el tema, ¿qué tal los demás en formación de Talento? —se interesó Lily.

—Yo mejorando mucho —comentó Ivo y una sonrisa apareció en su cara—. La magia me sigue costando, pero he hecho grandes progresos, al menos para lo torpe que soy con ella. La parte de estudios de naturaleza me gusta todavía más que antes, es todo un mundo lleno de tantas cosas maravillosas por aprender que necesitaré de tres vidas para aprenderlo todo.

—Y nosotros te deseamos que vivas por lo menos cinco —dijo Lily sonriendo.

—¿Qué habilidad estáis aprendiendo ahora? —se interesó Taika.

—Una muy compleja que no se si lograré dominar, pero lo voy a intentar. Se denomina Círculo de Enredaderas Venenosas.

—Eso suena fatal —Lily puso cara de horror.

—Consiste en crear un área circular de la que surgen fuertes enredaderas que no solo atrapan a la víctima, sino que la envenenan. Puede ser mortal, dependiendo del veneno que se aplique —explicó Ivo—. Es una combinación de varias habilidades que ya poseo, pero potenciada.

—Eso estaba pensando —comentó Taika—, porque ya puedes atrapar con enredaderas y lanzar veneno.

—Eso es —asintió Ivo.

—Me parece una habilidad muy buena y que nos ayudará —comentó Nahia—. Intenta que sea lo suficientemente grande para atrapar a un dragón —bromeó, aunque no era una broma del todo.

—¡Ja! Lo intentaré —sonrió Ivo.

—No deberíais…—comenzó a decir Aiden.

—No empieces, cabeza de piedra —dijo Dafne.

—Os arrepentiréis… —continuó Aiden.

—Cabeza de roca, a callar —sentenció Lily.

—En cualquier caso, me llevará tiempo conseguir esta habilidad, es muy difícil y requiere bastante manejo de la magia, cosa que como ya sabéis no tengo.

—Lo conseguirás, seguro —animó Nahia.

—Sin duda —reforzó también Lily.

El resto asintieron apoyando al gran Tauruk.

—Nosotros estamos mejorando nuestras habilidades de Bárbaro para ser todavía más feroces e implacables en combate. Llegaremos a ser una fuerza de ataque tan bestial y abrumadora que los enemigos saldrán corriendo —anunció Aiden.

—Eso es por lo feo que eres, no por las habilidades que estas desarrollando —rio Lily.

—Tú búrlate, pero ya verás.

—¿Qué habilidades estáis desarrollando? De ataque, imagino —preguntó Taika.

—Así es. El Bárbaro es todo ataque y nada de defensa. Hemos aprendido Rabia, que es todavía más poderoso que Frenesí. Nos da más fuerza, rapidez y nos envuelve en un estado de furia. La combinación de ambos es imparable.

—O sea que en combate vas a ser como un oso furioso y rabioso —comentó Lily.

—Cegado de rabia y furia —especificó Aiden.

—Será mejor que desarrolles tu habilidad de sanación con este cerca —dijo Lily a Dafne negando con la cabeza.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo —dijo ella asintiendo.

Aiden las ignoró.

—Ahora estamos desarrollando Rabia Mental.

—Eso tú ya… —comenzó a decir Dafne, pero Aiden continuó sin dejarla terminar.

—Es un estado en el que la mente no puede ser afectada por encantamientos como por ejemplo los de una Encantadora —miró a Lily con ojos entrecerrados.

—No fastidies. ¡Me quitas el principal aliciente que tenía para mejorar! —Lily bufó descontenta.

—Todavía no lo he logrado, pero espero hacerlo y así estaré a salvo de manipulaciones mentales externas —volvió a lanzar una mirada a Lily.

—Igual hay suerte y no lo logras —sonrió esta.

Aiden la miró con ojos de enfado.

—Lo conseguiré, siempre consigo lo que me propongo. Pero en este caso, lo haré, además, para demostrártelo y porque no quiero que puedas afectarme.

—Yo siempre te afectaré, soy irresistible y lo sabes —guiñó un ojo Lily e hizo una pose coqueta.

Aiden puso cara de horror.

—Taika, cuéntanos tú, por favor —Nahia intervino para acabar con la trifulca entre Lily y Aiden, que cada vez se enzarzaban más.

Temió que, de seguir así, terminasen en una pelea de verdad y eso había que evitarlo a toda costa. Por fortuna Dafne ya no se metía tanto con Aiden, pero a veces no podía evitarlo. La razón era que se lo había pedido a Dafne varias veces y, por fin, le estaba haciendo caso. A Lily también se lo había pedido, pero de momento no estaba teniendo suerte con la Escarlatum.

—Sí, por supuesto —asintió Taika, que también se daba cuenta del conflicto con Aiden—. Estamos aprendiendo una habilidad interesante que nos aporta un poco de ventaja en combate a media distancia, cosa de la que carecemos, ya que nuestro talento es de combate cuerpo a cuerpo.

—El mejor tipo de combate —aseguró Aiden.

—Lo hemos reforzado con Dagas Oscuras. Es una habilidad que nos permite enviar dos dagas que el enemigo no puede ver a una distancia de diez pasos.

—¿No se ven en absoluto? —se extrañó Dafne.

—Hasta el último momento.

—¿Nadie las puede ver? —preguntó Ivo.

—Nadie que no tenga algún tipo de magia de luz o adivinación.

—Ah, entonces yo podría verlas —supuso Dafne.

—Si usas tu magia de luz sí, podrías verlas.

—Es muy buena habilidad —se pronunció Aiden.

—Eso creo yo también. Nos permite tener un poco de alcance y nos ayudará en el comienzo y final de los combates —dijo Taika.

—¿Cómo vas con la habilidad? —preguntó Nahia.

—Bastante bien, no me preocupa. Sin embargo, Forma de Sombra…

—Bonito nombre. ¿En qué consiste?

—Es una habilidad muy poderosa y la última que se aprende. Permite que el cuerpo tome forma de sombra, así que no puede ser visto o dañado por ningún arma y tampoco alcanzado por ningún encantamiento o conjuro. Por supuesto en ausencia de magia de luz, que impediría la habilidad —Taika miró a Dafne.

—¡Eso es fenomenal! —exclamó Nahia.

—Pero en ese estado no podemos atacar ni usar nuestra magia.

—Ah… ya decía yo que era demasiado poderosa esa habilidad —opinó Lily.

—Todo tiene su equilibrio. No puede ser todo bueno, debe haber una contrapartida— elucubró Ivo.

—Si es así, no me termina de convencer esa habilidad tuya —dijo Aiden.

—Otra cosa es que dura poco, solo unos minutos, no se puede utilizar por horas —explicó Taika.

—Aun así, a mí me parece que tiene mucho potencial —afirmó Nahia.

—Sí, yo también le veo sus usos —dijo Lily.

—Pues yo estoy aprendiendo justo lo contrario a todas estas habilidades dañinas y de muerte —dijo Dafne.

—¿Sanación? —preguntó Taika.

—Sí, y de la buena. Después de pasar incontables horas en la biblioteca estudiando, mi magia y mis conocimientos se han fusionado. No me preguntéis cómo ha sido, porque no lo entiendo muy bien, pero lo han hecho. Esto me ha permitido dar un paso importante. He conseguido que mi sanación uno a uno sea bastante poderosa. Quiero decir, si a uno de vosotros os pasa algo que no sea excesivamente grave, podré ocuparme.

Lily aplaudió encantada.

—¡Eso es estupendo!

—Felicidades —congratuló Taika.

—Un logro admirable —dijo Ivo—. Mis habilidades de sanación no van más allá de cortes no muy profundos, golpes no muy traumáticos y envenenamientos con venenos naturales.

—Lo cual también es todo un logro —dijo Dafne a Ivo.

—¿Verdad? Sí, creo que lo es —asintió él satisfecho.

—Ahora estamos aprendiendo Sanación Múltiple —dijo Dafne—. Es muy complicado, pero le veo un potencial increíble. De lograrlo, podré curaros a todos a la vez incluso en medio de una batalla. Es una habilidad impresionante.

—¿Podrás curar a toda la escuadra a la vez? —preguntó Aiden con ojos muy grandes.

—Si consigo dominar la habilidad… No todos lo hacen, según me han dicho. Solo los que tienen mayor talento con la magia.

—Entonces seguro que lo logras —dijo Nahia.

—No estés tan segura. De momento voy fatal.

—Estoy con Nahia, si hay alguien que pueda lograrlo de tu clase de Talento, esa eres tú —dijo Lily con seguridad.

—¿A qué distancia podrás sanar a toda la escuadra? —preguntó Taika.

—Tenéis que estar cerca, a no más de tres de pasos. De lo contrario no podré llegar hasta vosotros con la habilidad.

—Es decir, cuanto más pegaditos mejor —rio Lily.

—Sí, a distancia de formación sería lo idóneo, pero un poco más abierto también debería poder, bueno, si lo consigo.

—Lo conseguirás, la magia es poderosa en ti —dijo Taika.

—Ya os contaré cuando logre algún avance.

—Sí, por favor —dijo Nahia muy interesada. Tener una sanadora que pudiera sanar a toda la escuadra en combate sería una ventaja increíble.

—¿Y tú, Lily? Nos faltan tus mejoras de Talento —preguntó Taika.

—Como ya sabéis, soy la mejor de mi clase gracias a mis encantos innatos, que a la vista están —afirmó y se giró sobre sí misma sonriendo para luego mecer su melena morena.

—También la más creída y subidita —replicó Aiden.

—Ya te gustaría a ti tener de tu brazo a esta maravilla de encanto —dijo ella, coqueta.

—Ni loco, gracias —rechazó Aiden negando con la mano.

—¿Qué estás aprendiendo ahora, Encantadora? —se interesó Dafne.

—Ya tengo dominada la habilidad Alucinación. Ha costado más de lo que esperaba, pero ya está por fin. Con ella puedo afectar la mente de otra persona y hacerle ver osas que no están en realidad. Se ven envueltos en su peor pesadilla. Estamos llevándolo al límite, el de la muerte.

—Vaya, ¿tanto terror produce? —preguntó Nahia.

—Sí, hasta el punto de que puedes morir de miedo. Si Aiden quiere podemos probarlo —sonrió.

—Sí, muy graciosa, ni se te ocurra.

Lily le guiñó un ojo al Drakónido.

—Y si esa habilidad es impresionante, lo es más la última que estamos aprendiendo, la habilidad élite —continuó explicando.

—¿Cuál es? —preguntó Ivo muy atento.

—Se llama Encantar Ser y permite encantar a una persona o ser de tal forma que pierde su

voluntad y queda bajo el control absoluto de quien le ha encantado.

—¿Le anulas la voluntad? —Nahia estaba muy impresionada.

—Sí, para ello hay que ser una Encantadora muy poderosa. No todos los de clase lo conseguirán.

—Será una habilidad muy complicada de dominar —supuso Ivo.

—Lo sé. No he dicho que lo vaya a conseguir fácilmente, solo que lo conseguiré. Me llevará muchísimo trabajo y esfuerzo, pero lo haré. Pondré el trabajo, y mi poder y encanto innato harán el resto.

—Sin duda —Dafne asintió segura de que su compañera lo conseguiría.

—¿Que alcance tiene ese encantamiento? —preguntó Taika.

—Entre ciento cincuenta y doscientos pasos. Cuanto más cercano el objetivo más posibilidades de éxito.

—Si lo estoy entendiendo bien, ¿podrías hacer que un soldado enemigo dejara de luchar? —preguntó Ivo.

—Puedo hacer algo mucho mejor que eso. Puedo hacer que ese soldado luche contra sus propios compañeros —dijo Lily con tono letal.

—Eso sí que sería digno de ver —dijo Aiden con tono de estar impresionado.

—Muy útil, sin duda —asintió Taika.

—Un poco maligno, si lo piensas… —comentó Nahia.

—Es peor que el soldado te mate a ti —rebatió Lily.

—Sí, ahí tienes razón —estuvo de acuerdo Nahia.

Capítulo 38

Nahia estaba en la biblioteca para ver a Ana y Logan. Necesitaba saber cómo les había ido en la prueba de medio año, puesto que no habían podido contárselo todavía. Aguardó sentada en la mesa del fondo que siempre utilizaban. Vio la lámpara con la base de madera sobre un saliente y se dio cuenta de que era por ahí por donde el bibliotecario jefe escuchaba. Con disimulo fue hasta la lámpara e hizo como que cogía un tomo de la estantería de al lado. Miró a ver si algún Exarbor la estaba observando, pero no era el caso. Con rapidez soltó la base de la lámpara, que estaba enroscada, quitó el círculo de madera y se lo metió en cinturón. Volvió a enroscar la base y dejó la lámpara como estaba. Luego se deshizo de la base dejándola en una estantería entre libros.

—A ver cómo nos escuchas ahora, Liburex —murmuró entre dientes.

Un rato más tarde apareció Logan. Solo de ver al guapo moreno de ojos claros ya le entraba una alegría increíble.

—Hola, me he imaginado que estarías aquí —dijo él.

—Es aquí o en el gimnasio —sonrió ella.

—Y allí estaba —sonrió de vuelta él.

Por un momento los dos se quedaron callados, mirándose a los ojos, disfrutando de la compañía mutua. Cuando sus miradas se encontraban, Nahia sentía como si todo el mundo desapareciera y solo existieran ellos dos. Se preguntó si Logan se sentiría así. Quería pensar que sí, eso sería maravilloso, significaría que había algo entre ellos, pero nada más pensarlo le entraron las dudas. Seguro que Logan no se sentía como ella. A él seguro que no le revoloteaba algo en el estómago y se le llenaba el corazón de alegría al verla a ella.

—Hola a los dos —saludó Ana.

—Hola, Ana —correspondió Logan y el momento entre ellos pasó.

—Hola —saludó Nahia también.

Ana se sentó con ellos y Nahia no pudo sino sentir que le hubiera gustado pasar algo más de tiempo a solas con Logan. Un Exarbor pasó a su lado y Nahia regresó a la realidad. Lo importante era la causa, y para eso estaban allí.

—Tenemos que hablar sobre lo sucedido en Tremia en la misión —dijo Nahia muy bajito.

—De acuerdo —asintió Logan—. Cuéntanos tú primero.

—Muy bien —Nahia lo pensó un momento organizando sus ideas y luego les relató lo sucedido en Norghana con la misión y su nuevo encuentro con sus aliados en el reino de las nieves.

—¿Zorros Blancos? —preguntó Logan.

—Sí, es otro grupo de Guardabosques como las Panteras de las Nieves de Egil y Lasgol.

—¿Y os dejaron ir? —preguntó Ana.

—Sí, pero antes nos mostraron lo que los dragones buscaban: la perla de plata.

—Veo que se estrechan los lazos con los Guardabosques —dijo Logan.

—Sí, son de plena confianza. Grandes luchadores y con honor. Son unos aliados que agradeceremos tener —aseguró Nahia.

Logan asintió.

—Vamos a necesitar todos los aliados que podamos encontrar.

—Los aliados a veces son quienes al final te traicionan —dijo Ana.

—Os aseguro que podréis confiar en ellos plenamente. Buscan lo mismo que nosotros: liberarse de los dragones.

—De acuerdo —asintió Ana, que parecía tener alguna duda todavía.

—El tema de la perla es interesante —comentó Logan—. Debe ser muy valiosa para los dragones para que tu líder la protegiera así.

—Eso creo yo también, debe tener mucho poder —razonó Nahia.

—Me pregunto si podríamos usarla nosotros… —Logan se quedó pensativo.

—No creo, han sido creadas por dragones para su uso. Nosotros no estamos a su altura mágica —Ana negó con la cabeza.

—Solo hay una forma de saberlo. Tenemos que encontrar una y ver qué podemos hacer con ella —afirmó Nahia.

—Sí, veamos si damos con una —comentó Logan—. No será fácil.

—Eso seguro —añadió Ana.

—Ahora tú, Logan, ¿cómo está el centro de Tremia? ¿Aguantan? —preguntó Nahia muy interesada.

Logan puso expresión seria y negó con la cabeza.

—Me temo que no. Esta vez fuimos primero a Zangria escoltando un convoy de más de mil carros con víveres y provisiones de todo tipo para el ejército y para los dragones. También llevábamos una caja de plata, pero no tuvimos problemas. Cuando llegamos a la capital la encontramos arrasada. Los dragones habían derrotado a las fuerzas defensoras. Zangria ha caído.

Nahia suspiró.

—¿Qué ha sido de sus ejércitos? ¿Destruidos por completo?

—Se han retirado a ciudades secundarias, pero están muy maltrechos y sus números son menores. Han perdido miles de efectivos. Los dragones están asegurando ahora lo que queda de la capital y también las zonas adyacentes. Después terminarán de tomar el reino. En mi opinión, al no tener magos poderosos, los zangrianos no tienen salvación.

—Entiendo —Nahia asintió apenada.

—Ya es solo cuestión de tiempo que el rey dragón blanco controle Zangria.

—¿Y Erenal?

—La capital ha caído también. Ha costado un poco más tomarla, pero lo inevitable ha ocurrido, los dragones son demasiado poderosos. Los magos de Erenal no han podido aguantar. Los ejércitos, lo que queda de ellos, se han replegado a otras ciudades, pero como en el caso de

Zangria, es solo cuestión de tiempo que caiga todo el reino.

—¿Y los piratas del mar central?

—Siguen rehuyendo combatir contra los dragones. Su isla base ha sido tomada y ahora navegan huyendo de los ejércitos de rey dragón blanco.

—Es decir, desastre total.

Logan asintió con pesar.

—Es lo esperado. Los reinos luchan, se resisten a la conquista, pero al final no pueden vencer a los dragones y sucumben.

—Sí, lo sé. Me entristece muchísimo —Nahia sacudía la cabeza.

—Sin las armas doradas no creo que ningún reino pueda aguantar —opinó Logan.

—Sí, por desgracia no pudimos hablar con Lasgol por si había dado con ellas. Me imagino que no, porque Molak y Luca no dijeron nada.

—¿No existen otras?

—No que ellos sepan, pero me dijo que creen que no son las armas en sí lo que mata a los dragones, sino la magia que hay en ellas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ana.

—La magia es lo que realmente importa de esas armas —aclaró Nahia.

—Magia dorada —dijo Logan.

—Eso es, magia dorada. Si encontramos esa magia podremos usarla contra los dragones.

—¿Y sabemos dónde hay ese tipo de magia? —preguntó Ana.

Nahia negó con la cabeza.

—Por desgracia no.

—Tenemos que buscarla —afirmó Logan—. Podría ser la clave de nuestra libertad.

—Sí, eso pienso yo también —asintió Nahia con fuerza.

—Quizá tengamos suerte y la encontremos —dijo Ana optimista, aunque sus ojos no decían lo mismo. Estaban muy apagados.

—Cuéntame, Ana, ¿cómo están las cosas en el oeste de Tremia? ¿Ha caído ya todo bajo el control del rey dragón azul?

—Pues veréis… Es de lo más interesante… porque contra todo pronóstico, están aguantando.

—¿Lo dices en serio? —Logan no podía creerlo.

—¿Aguantan? ¿Cómo es eso posible? —Nahia estaba extrañadísima.

—Rogdon está aguantando. La capital, Rilentor, no cae —confirmó Ana.

—Pero el castigo de los dragones habrá sido tremendo, tiene que caer —dijo Logan.

—Han aparecido dos nuevos magos que parece ser que son muy poderosos.

—¿Cómo de poderosos? —quiso saber Nahia.

—Poderosos como para herir y matar dragones —dijo Ana.

—¡No puede ser! —exclamó Logan.

—Lo es. Los soldados han retirado varios dragones muertos y hay varios más heridos.

—¿Qué magos son esos? —Nahia veía una oportunidad increíble.

—Por lo que me contaron los soldados, al principio solo había un mago poderoso que con la ayuda de otros tres defendían la ciudad, aunque estos no podían herir a los dragones. Sin embargo, han aparecido dos nuevos magos, una pareja. Un hombre castaño y una mujer rubia. Tienen una magia diferente, más poderosa, y están derrotando a los dragones.

—¿Crees que puedan tener magia dorada? —preguntó Nahia.

—Podría ser, porque es la única que puede herir a un dragón —especuló Logan.

—No lo sé, pero sea el tipo de magia que sea, es poderosa.

—¡Eso son nuevas increíbles! —dijo Nahia muy contenta.

—Ciertamente lo son —se unió Logan.

Un Exarbor los miró y se llevó el dedo en forma de rama a los labios.

Nahia se controló.

—¿Qué me dices de los Masig y de los Usik? —preguntó Nahia.

—La situación no ha cambiado mucho. Los Masig cabalgan por sus praderas y se mueven constantemente. Los dragones no tienen qué conquistar y los ejércitos del rey azul vagan por allí sin rumbo. Cuando menos lo esperan, los Masig atacan por sorpresa y huyen. Los dragones están tan enfadados que buscan tribus que arrasar. Cuando las encuentran lo hacen, pero los Masig son inteligentes y nunca están en un sitio más de un día. Al amanecer recogen sus tiendas y marchan.

—Hacen muy bien —asintió Logan.

—¿Y los Usik? —preguntó Nahia.

—Los salvajes de los bosques insondables están presentando grandes dificultades a los ejércitos del rey azul. Los regimientos que entran en los bosques desaparecen y no vuelven a ser vistos. Los dragones están quemando grandes áreas de bosques, pero no hay constancia de que estén matando salvajes. Por lo que se comenta los bosques son tan tupidos que no hay forma de ver un salvaje en ellos, y desde el cielo mucho menos.

—Son buenas noticias. Aguantan —dijo Nahia.

—Ya, pero al final los dragones arrasarán todos los bosques y tendrán que salir —razonó Logan.

—Bueno, mientras tanto, resisten —se animó Nahia.

—Esperemos que lo hagan un buen tiempo —dijo Logan.

—Ana, me has dado una alegría inmensa —dijo Nahia.

—A mí también —se unió Logan.

—Bueno, solo os cuento lo que me han dicho. Pero sí, son muy buenas noticias.

—Lo son porque ahora tenemos las armas doradas y esos dos magos, esa pareja, sean quienes sean, que pueden matar dragones —dijo Nahia.

—Debemos recabar información sobre ellos y su magia —afirmó Logan.

—Sí, ver si es magia dorada —dijo Nahia.

—Esperemos que se presente la oportunidad —dijo Ana.

—Si no se presenta, la buscaremos —afirmó Nahia.

—Ese es el espíritu —animó Logan.

Al día siguiente, para la formación de armas, tuvieron que dirigirse al edificio en lugar de a la Arena, eso no les agradó ya que tendrían que presentarse ante el dragón Beldur-Gorri-Handi y ver qué quería de ellos. Entraron en la clase junto a las otras dos escuadras que se encontraron en el pasillo. Se saludaron y hubo sonrisas, no por la clase a la que tenían que entrar, sino por verse de nuevo vivos y sin heridas graves.

«Veo que no habéis muerto en la prueba en Drameia. Eso me complace, estoy seguro de que las enseñanzas aquí recibidas tienen mucho que ver con que hayáis sobrevivido. Continuaréis conmigo hasta final de año. Sé que todos lo apreciáis y estáis orgullosos y extremadamente agradecidos por ello» envió Beldur-Gorri-Handi como saludo.

Nahia no podía creer lo engreídos que podían llegar a ser los dragones. Cada uno de los maestros se creía que los alumnos de la academia estaban vivos gracias solo a las enseñanzas impartidas en su clase y que los alumnos fueran inteligentes y hábiles no tenía nada que ver con su supervivencia.

«Hoy comenzaréis con el aprendizaje del manejo de la más noble y letal de las armas de un Brujo Dragón: la lanza. Esta arma es superior a todas y debéis aprender a manejarla como auténticos maestros. No hay adversario más temible que un Brujo de Dragón con su lanza de combate. Aprenderéis su manejo y se convertirá en vuestra mejor aliada, superando a la espada. Esto se debe principalmente a que su alcance es mayor, así como su robustez».

Lo que Nahia pensó al oír “mayor alcance” y “robustez” fue mayor peso. Era como si su mente tuviera ahora un sexto sentido para identificar ese aspecto. De detrás del dragón aparecieron los tres maestros de armas portando una lanza cada uno. Nahia, solo con verla, supo que pesaba una barbaridad, al menos para lo que ella podría soportar. Era de metal con una punta de doble filo bastante amplia y debía medir cerca de dos varas.

«Para acelerar y facilitar el aprendizaje cada escuadra seguirá con el mismo maestro de armas. Los entrenamientos tras esta primera clase se realizarán en la Arena. Es un sistema de enseñanza de lo más productivo. En breve todos podréis manejar este noble arma tan bien como la daga y la espada. No espero menos».

Lily y Dafne se miraban con expresiones de verdadera preocupación. Las dos estaban pensando lo mismo que Nahia. ¿Cómo iban a manejar semejante arma? No era para ellas, esa era un arma para Ivo o Aiden. Pero como con todo en la academia, no tenían opción. Tendrían que adaptarse y lograrlo. No había nada más que pudieran hacer.

«Maestros de armas, equipad a vuestras escuadras y comenzad con la instrucción. Quiero disfrutar de los primeros esfuerzos de los alumnos con la lanza».

Urus llegó hasta ellos.

—Tauruk, sígueme —le dijo a Ivo.

Ivo fue con Urus hasta el fondo del aula, donde en un armero contra la pared había seis lanzas de entrenamiento. Eran romas y con punta chata para evitar que se hirieran o se mataran por accidente.

—Coge la mitad.

Ivo cogió la mitad y Urus la otra. Regresaron y se las entregaron al resto de la escuadra.

En cuanto Nahia tuvo la lanza en la mano y pudo sentir su peso quiso salir corriendo de allí y no volver. Aquella lanza pesaba como la espada y la daga juntas. No es que le sorprendiera, porque ya lo esperaba, pero constatarlo la hundió en la miseria. A su lado, Dafne y Lily sopesaban las suyas con la misma expresión miserable que Nahia tenía en su rostro. La clase de armas había sido un infierno desde el primer día del primer año de academia y había continuado empeorando con el paso del tiempo y los cursos.

Aiden sopesaba la suya con expresión triunfal, como si le hubieran entregado una lanza de oro por haber sido un siervo leal de los dragones. Estaba contentísimo y radiante con su nueva arma. Taika la estudiaba con ojos llenos de curiosidad. A Ivo no parecía importarle demasiado, en sus manos era como un juguete y la estaba usando como apoyo mientras estaba de pie.

«Comenzad con la formación. Primeros movimientos básicos» ordenó el dragón y les llegó un sentimiento de impaciencia.

Urus se dirigió a ellos.

—Comenzaremos con la instrucción. Os mostraré cómo sujetar el arma a una mano y a dos. Luego practicaremos los movimientos básicos usando ambos agarres. La diferencia principal de esta arma respecto a la daga y la espada es que se utiliza para ataques de punzado, de perforación. También se puede cortar y sesgar, pero es un poco más complicado que con la daga y la espada. En cualquier caso, aprenderéis su manejo y los diferentes ataques y defensas que se pueden realizar. La lanza es el arma más preciada y quienes la dominan se ganan un respeto especial.

Nahia sabía que nunca iba a dominar aquella arma tan pesada, así que no obtendría ningún respeto especial. Tampoco es que lo quisiera. La miraba y cada vez se sentía más desesperada. Iban a sufrir de lo lindo.

Las primeras tres semanas de entrenamiento con lanza en la Arena fueron un tormento tanto para Nahia como para Dafne y Lily, aunque la Escarlatum lo aguantó mejor. Tenían problemas en todos los sentidos: la lanza era pesada y nada podían hacer al respecto más que aguantar y sufrir. Los movimientos de ataque y defensa que Urus les enseñaba no eran muy complicados. De hecho, con la lanza eran más sencillos que con la espada, aunque esto no suponía una facilidad, más bien un atenuante.

Para la cuarta semana, Nahia aguardaba con horror el día en que comenzaran los duelos al final de clase y Urus les castigara con su maestría y poderío físico. Pero estos no llegaron. El entrenamiento lo hacían de a dos, cambiando de pareja cada ciertas repeticiones de combinaciones de ataques y defensas, pero no luchaban contra Urus, lo cual todos agradecían.

Después de las clases de armas y también de las de Talento o Magia, si no tenían que ir a la biblioteca a estudiar, Nahia, Dafne y Lily se dirigían al gimnasio a seguir trabajando su fuerza. Esto las dejaba extenuadas al final del día, pero no tenían opción. Sin ir al gimnasio nunca conseguirían pasar la clase de armas. Nahia sabía que debía lograr graduarse, no solo para no morir en la academia, sino para cumplir su destino.

Cada día que pasaba estaba más convencida de que su destino era alzarse contra los dragones y luchar contra ellos. La clase de armas iba a ser un escollo muy grande para lograrlo que iba a tener que superar.

Capítulo 39

Solo con ver a Buru-Beira-Gogoa Nahia tuvo el presentimiento de que habría dolor y sufrimiento aquel día, como casi todos los días que tocaba su clase de magia. Esperaba equivocarse y que las cosas dieran un giro para mejor, pero lo dudaba. Sus compañeros, al igual que ella, estaban con el mismo temor y el ánimo algo bajo. La llegada del invierno era siempre dura a aquellas alturas y el que estaban teniendo era el peor que habían sufrido desde que habían llegado a la academia.

«Hoy os separareis en dos grupos. Los que no habéis sido capaces de dominar los ataques mentales a un lado y los que sí al otro. Los que habéis fracasado trabajaréis con Membor, quizá suceda lo inimaginable y alguno lo logre, aunque lo dudo a estas alturas del año. Id, no sois dignos de estar en mi presencia».

Ivo y Taika se fueron con la cabeza gacha y paso lento. Se unieron al resto y Membor se los llevó a un aula adyacente para que no estorbaran al gran dragón cristalino.

«Hoy aprenderéis a deshaceros de vuestros enemigos y, al mismo tiempo, a evitar que se deshagan de vosotros. Preparaos, será una experiencia dolorosa, no puede ser de otra forma. El poder del que dispondréis una vez dominéis mis enseñanzas será envidiable, muchos matarían por tenerlo. Por fortuna, vosotros seréis capaces de evitarlo con vuestra mente».

Nahia tragó saliva y miró a Lily y Dafne, las dos tenían cara de agobio. Les esperaba otra clase infernal de sufrimiento. Había dicho deshacer, ¿significaba eso matar o dejar fuera de combate? Esperaba que fuera lo segundo, pero aquella idea la inquietó mucho. Se le removió el estómago.

«Los ataques mentales que habéis estado usando crean un dolor intenso en la mente de vuestro enemigo. Cuanta más energía se añada al ataque, más poderoso será. El poder final de cada ataque depende de lo poderosos que seáis vosotros. Cuanta más energía podáis usar en un ataque, mayor el efecto en el enemigo. Lo dejaréis muy dolorido y aturdido, pero esto no es suficiente. Debéis ser capaces de inutilizarlo por completo, y después matarlo».

Eso era lo que Nahia temía. Ella no quería aprender a matar con un ataque mental, le parecía una aberración. Una cosa era lanzar una bola de fuego a alguien que podía verla venir y esquivarla y otra atacar la mente sin defensa posible.

«Solo los más poderosos de los dragones pueden matar con un ataque mental. Vosotros, seres inferiores, no podéis. Si se os había pasado por la cabeza que podríais, sois unos ilusos. No tenéis suficiente poder en vuestro interior para ello, ni sois lo suficientemente inteligentes para lograr algo así. Solo un dragón milenario de alta estirpe y poderosísimo es capaz de tal proeza. Y puede acabar no solo con seres inferiores como vosotros sino con otros dragones también. Vosotros solo podéis soñar semejante poder. Por lo tanto, os enseñaré lo más cercano a matar, que es dejar al rival sin sentido. Luego podréis rematarlo con cuchillo, espada o lanza».

Nahia se sintió un poco tonta por haber pensado que quizá fuese posible, pero pronto le nació la rabia en el estómago por los insultos y menosprecios del dragón. Solo los todopoderosos dragones podían. Ese pensamiento la encendía. Tal vez fuera así ahora, pero un día cambiaría.

Un día, un ser con magia, puede que no de este mundo, conseguiría matar a un dragón con un ataque mental más poderoso todavía que el de los dragones milenarios. ¿Por qué no? ¿Por qué era imposible? También pregonaban que eran invencibles e indestructibles, y ahora sabían que no era verdad, se les podía matar con un arma dorada. De la misma forma, un día, alguien mataría a un dragón de un ataque mental. Seguro que sí. Nahia quería vivir lo suficiente para presenciarlo.

«Comenzaremos con el ejercicio. Quiero que en cuanto sintáis que accedo a vuestra mente, intentéis rechazar el ataque. No podréis, pero veamos cuánto conseguís aguantar. La forma de resistirse es crear un anillo defensivo alrededor del aura de vuestra mente y enviar energía para repeler el ataque. Si os concentráis lo suficiente veréis la energía invasora con un color muy fuerte y una forma de ataque específica. En mi caso será de luz, pues esa es mi energía elemental. En cualquier caso, la sentiréis ajena, invasora, no tendréis dificultad en distinguirla».

No tuvieron tiempo de pensar en lo que les venía encima, Nahia sintió el ataque en su mente al momento. Una fuerza intentaba acceder a su mente y de forma contundente. Tenía que resistirse. El problema era que la fuerza con la que intentaba penetrar era tremenda. Nahia cerró los ojos y se centró en la energía de luz que rodeaba su aura mental, que era roja y anaranjada con múltiples tonalidades de ambos colores. La invasora era de luz, brillante, muy potente. La vio rodear su aura e intentar acceder. Casi de forma instintiva levantó una barrera en forma de anillo que envolvía su aura mental y protegía su mente.

La energía de luz del dragón atacó el anillo defensivo. Nahia la vio como grandes fauces intentando devorar su mente. Sintió un dolor agudo. Arrugó la frente y luchó por aguantar enviando más energía interna a luchar contra las fauces de luz. Podía sentir cómo la energía de su anillo batallaba contra la de las fauces. Era como si una boca de dragón de luz intensa intentara devorar su anillo defensivo. Había dolor, pero el anillo resistía intentando rechazar el ataque y eso era lo que le producía el sufrimiento. El choque de ambas fuerzas era lo que creaba el dolor. Eso no la acoquinó, no se daría por vencida tan fácil. Lucharía, resistiría, no dejaría que la dragona la venciera en el primer embiste.

Envió más energía a defender su aura mental. La energía invasora de las fauces consumía la suya en el anillo, la devoraba. Si no enviaba más, mucha más, la destruiría por completo y llegaría el dolor, el sufrimiento. Nahia envió una gran cantidad de su energía interior a defender su aura mental y, para su sorpresa, la mordida invasora se debilitó. Las fauces perdieron luz y se volvieron translúcidas. Eso debía ser que estaba ganando la batalla porque su anillo defensivo era ahora de apariencia casi sólida y gruesa. Además, ya no sentía dolor. Sí, estaba consiguiendo rechazar el ataque. Si no fuera porque estaba tan concentrada habría sonreído.

De súbito, las fauces de luz volvieron a su tamaño y potencia iniciales. Brillaban con mucha intensidad. La dragona había enviado energía a reforzar el ataque. Nahia maldijo para sus adentros. El ataque se intensificó y el dolor volvió a su mente. Por supuesto que aquella dragona no la iba a dejar ganar, eso era impensable, no iba a dejar que ninguno de ellos rechazara su ataque. Sería un deshonor que no aceptaría nunca. La rabia en el estómago de Nahia hizo que la llama se encendiera y envió más energía a defender su aura mental. Iba a perder y a sufrir, lo sabía, pero lucharía hasta el final y lo daría todo. No le iba a dar la satisfacción a esa dragona altiva, maligna y sin entrañas. No, de eso nada. Enviaría toda su energía a defenderse.

Apretó los puños y la mandíbula y envió otra gran cantidad de energía a luchar contra la del dragón. De nuevo, y para su sorpresa, consiguió rechazar el ataque. Las fauces de luz se debilitaron y se volvieron casi translúcidas, lo que indicaba que estaba resistiendo. Nahia se

alegró de nuevo por la pequeña victoria. Nadie le podría quitar aquellas pequeñas victorias contra la prepotente dragona.

De pronto, Nahia comenzó a sentir que se acaloraba. Se le comenzó a elevar la temperatura del cuerpo.

—Oh, no… —masculló entre dientes mientras intentaba no perder la concentración.

Podía sentir cómo su temperatura aumentaba de forma muy rápida. Todo su cuerpo comenzó a arder, como si la llama que llevaba en su interior, la que se encendía con la rabia, hubiera creado un fuego intenso en sus entrañas. El fuego se convirtió en un momento en un incendio que generaba un calor enorme hacia el exterior. Nahia reconoció los síntomas. No era solo la llama que ya había aprendido a controlar, esto era su condición… su enfermedad.

—Ahora no… no…

Su súplica no fue escuchada.

Un gran incendio se produjo en su interior y el calor insufrible se propagó a su piel. Comenzaron las palpitaciones y crecieron a un ritmo acelerado. Mientras Nahia intentaba defender su mente del ataque de la dragona, enviando más energía a su anillo protector, el pulso se le aceleró tanto que sintió que le iba a estallar el corazón. Estaba teniendo uno de sus ataques y era de los fuertes. No sabía por qué, llevaba tiempo sin un ataque y ya había empezado a creer que tenía dominada la condición que sufría. La llama interna la controlaba, pero se había precipitado al pensar que ya se había curado.

Se mareó y comenzaron las náuseas. Perdió la concentración y la dragona penetró en su mente. Sintió un dolor terrible en la cabeza que se unió a todo lo que ya sufría. Se desequilibrio y cayó de costado al suelo. Comenzó a temblar de forma compulsiva. Los calambres le azotaron en piernas y brazos y aguantó un grito de sufrimiento mientras convulsionaba en el suelo.

Sus compañeros habían caído ya, pero por la acción del ataque. Ella era la última en caer. Nahia hizo un esfuerzo tremendo por dominar la mano derecha y llevarla hasta el cuello, allí tenía el recipiente con el preparado de su abuela. Quizá porque estaba más fuerte, pero consiguió controlar la mano mejor de lo que solía hacerlo. Cogió el recipiente y le quitó la tapa. Lo tomó de un trago. Un momento después, los calambres y las convulsiones cesaron y la temperatura le fue bajando hasta volver a ser normal. Se quedó tirada en el suelo sin poder moverse. Por fortuna todos en la clase estaban en el suelo por el ataque mental y pensó que tal vez la dragona no se daría cuenta de lo que le había pasado a ella.

«Parece que la que más ha aguantado ha sido la Nacida de la Llama, pero ha pagado por su resistencia. Su cuerpo no ha soportado bien el esfuerzo realizado».

Nahia resopló en el suelo. La dragona era tan prepotente que creía que ella había provocado el ataque. Menos mal, eso la libraba de un castigo por ser débil y estar enferma.

«Ahora que ya conocéis lo que debéis hacer para protegeros, practicareis por parejas. En duelos, por supuesto. Uno ataca y el otro se defiende. Quien pierda sufrirá, así se aprende en la vida. ¡Adelante!».

Nahia terminó aquella clase destrozada, pero sin castigo. Lo que le preocupaba era que su condición se había vuelto a manifestar, y eso no era nada bueno. Ella creía que ya la dominaba, y se había equivocado. Esto la dejó muy preocupada.

Al día siguiente, las tres chicas de la Escuadra Ígnea se dirigieron al gimnasio a ejercitarse después de clase.

—Toca ganar músculo… —dijo Dafne con tono de resignación.

—Bueno, mira el lado positivo, tú misma me dijiste que el músculo es bueno para el cuerpo y la salud —dijo Lily con una sonrisa.

Dafne asintió.

—Eso es cierto, lo que ocurre es que cuesta conseguirlo.

—Cuesta sudores y mucho esfuerzo —comentó Nahia con resignación.

—Bueno, al menos a ti te renta ir al gimnasio —dijo Lily con una sonrisa pícara.

—¿A mí? —Nahia la miró sorprendida—. A la que más le cunde es a ti, que tienes más músculo que nosotras dos.

—Ay, tontina, que no me has entendido. Te viene bien porque te alegra mucho el corazón. Y si el músculo es importante para una larga vida, el corazón alegre, todavía más —dijo Lily sonriendo con pillería.

Nahia seguía sin entenderlo.

—No sé…

—Se refiere a Logan —aclaró Dafne de forma directa.

—Oh… Ah… —balbuceó Nahia y se puso colorada.

—Sí, disimula, pillina, pero las tres sabemos que a ti te encanta ir al gimnasio y no es por el esfuerzo y el sudor, sino por nuestro apuesto instructor —dijo Lily y soltó una risita.

Nahia se tropezó de lo incómoda que le resultaba la conversación y estuvo a punto de caer de bruces delante de la puerta del gimnasio.

—Logan y yo somos muy buenos amigos, eso es todo.

—Eso ya lo sabemos —dijo Dafne—. Lo que Lily insinúa tan descaradamente es que bebes los vientos por él.

—¿Yo? ¡No! —negó Nahia y sintió que se ponía muy colorada.

—¡Qué va! Por eso te pones como una llamita de colorada —acusó Lily.

—Tienes que reconocer que cuando lo ves, se te cambia la cara, se vuelve una de alegría —dijo Dafne.

—Porque… somos amigos y me alegra ver que está bien…

—Sí, disimula todo lo que quieras, pero nosotras te lo notamos. Los ojos te echan chiribitas.

—¿A mí? No…

—Sí, te echan chispas. Parece que te va a empezar a dar un ataque —dijo Dafne.

—Por nosotras no tienes que disimular, nos parece muy bien —dijo Lily—. El morenazo de ojos claros es muy guapo, aunque un poco serio para mi gusto. Sonríe poco.

—Lo importante no es el físico —opinó Dafne—. Es muy buena persona. Lleva ayudándonos desde primero y siempre está dispuesto a echar una mano. Además, es inteligente.

—Os aseguro que no estoy disimulando, somos solo amigos —insistió Nahia, que estaba abrumada por la conversación. Aunque alguna vez le habían dicho alguna pequeña cosa, sobre todo Lily, nunca habían hablado del tema de forma tan abierta.

—Quizá no se haya dado cuenta todavía de lo que le pasa —le dijo Dafne a Lily.

—Oh, se da cuenta, eso seguro. Otra cosa es que prefiera no hacer nada al respecto y mantenga sus sentimientos reprimidos —replicó Lily.

—¿Podemos dejar este tema? Me pone nerviosa —dijo Nahia.

—¿Tú por qué crees que es eso? —preguntó Lily con una sonrisa de pilla.

—Porque no estoy acostumbrada…

—Pues será mejor que te vayas acostumbrando y rápido, o tal vez otra se te adelante —dijo Dafne e hizo un gesto con la cabeza hacia el edificio.

En la puerta del gimnasio Logan hablaba con Ana.

Al verlo, y tras el comentario de Dafne, Nahia sintió de nuevo la rabia que los celos le provocaban. Se dio cuenta de lo que era y extinguió los sentimientos. Ana era su amiga, no tenía motivo para pensar mal de ella.

—Sí, esa te lo va a robar. Siempre anda merodeando —afirmó Lily.

Nahia volvió sentir que los celos le nacían en el estómago, pero no dejó que crecieran. Ana y Logan podían hablar lo que quisieran, y si había algo más entre ellos, Nahia se alegraría porque eran sus amigos.

—Nadie puede robarme a Logan porque no es mío —replicó.

—Pues será mejor que lo caces rápido o lo vas a perder —aconsejó Lily.

Dejaron la conversación y llegaron hasta la puerta del gimnasio.

—Hola a las tres —saludó Ana con una sonrisa.

—Hola, Ana —saludó Nahia con alegría. No iba a dejar que los celos ni los comentarios de sus compañeras la pusieran en contra de la buena de Ana.

—¿Entrenando? —preguntó Lily enarcando una ceja.

—Sí, la clase de lanza es demasiado para mí. Por suerte Logan me ayuda —dijo Ana.

—Logan es una bendición —corroboró Dafne.

—Solo intento ayudar a que todos pasemos las clases de armas —respondió Logan restándole importancia.

—Pues tus tres alumnas de la Escuadra Ígnea se presentan para trabajar —dijo Lily.

Logan asintió.

—Yo ya he acabado, me marcho. ¡Buena sesión! —deseó Ana a las tres y se despidió con la mano.

—Gracias, Ana —respondió Nahia.

Dafne saludó con la cabeza y Lily la miró marchar con ojos entrecerrados.

—Vamos dentro, hay que conseguir que paséis la clase de lanza —dijo Logan.

Nahia echó un ultima mirada atrás y vio a Ana, que los miraba. Pensó que si Ana y Logan terminaban juntos sería algo de lo más natural.

Luego miró a Logan, que la aguardaba en la puerta, y deseó que eso no sucediera.

Capítulo 40

Aquella mañana de formación, Beldur-Gorri-Handi anunció la siguiente fase en su entrenamiento de armas. Urus les había indicado que debían ir al edificio de armas y supieron que no sería para algo bueno, sobre todo para las chicas. Los chicos no lo estaban pasando tan mal en esta clase como ellas. Había sido así desde primero y el sufrimiento continuaba. Aunque ellos sufrían horrores en clase de magia, y ellas no. Era un consuelo de tontos porque al final todos sufrían en una clase o en la otra, nadie se libraba.

«Se acaba el invierno y llega la primavera, algo que muchos de vosotros agradecéis. Debería daros igual, pero marca el final de una estación y el comienzo de otra. Llegamos a la parte final de la clase de armas de tercer año. Estoy seguro de que todos estáis deseando conocer qué será lo último que aprenderéis este curso. Os lo desvelo: combate con lanza y escudo».

El anunció a Nahia, Dafne y Lily les sentó como si un iceberg inmenso les cayera encima. Si no podían con la lanza a solas, ¿Cómo iban a poder las dos armas a la vez? ¡Era de locos! Ellas no podrían hacerlo, era demasiado. Ya se imaginaban lo que venía. Lo mismo había sucedido con la daga y con la espada. Primero habían aprendido a usar las armas y luego a emplearlas en combinación con el escudo. Lanza y escudo pesaban demasiado para poder combatir con los dos al mismo tiempo. Los chicos se las arreglarían, pero ellas tendrían que esforzarse al máximo.

«Un Brujo de Dragón armado con lanza y escudo es un combatiente formidable, una escuadra son una fuerza a temer en el campo de batalla y un escuadrón en medio de una batalla armados con ambos y en perfecta formación sincronizada, es imparable. Destrozaríais a vuestros enemigos incluso cuando la superioridad numérica fuera aplastante. Seréis imbatibles, imparables. En eso os tenéis que convertir antes de finalizar el año».

Todos escuchaban muy atentos el mensaje Beldur-Gorri-Handi, que llegaba junto a un sentimiento de gran honra y veracidad. Aquel dragón había visto formaciones como las que mencionaba en acción y lo que les transmitía era cierto. Nahia no lo dudó, y tampoco el resto de sus compañeros. Lo que se preguntaba era si no serían igual de imbatibles e imparables usando magia en lugar de armamento, que pesaba como una montaña. Conocía la respuesta que el dragón le daría puesto que aquella era la clase de armas. Sin embargo, si se lo preguntaran a Buru-Beira-Gogoa, siendo su clase la de magia, quizá no opinara lo mismo. En cualquier caso, tenían que aprobar ambas clases, no había escapatoria, no les dejarían tomar ningún atajo.

Por fortuna les tocó de nuevo Urus como maestro de armas. Había resultado no ser tan malo como inicialmente habían supuesto al ser un Tauruk bestial. Una excepción a la regla en el mundo de los dragones donde lo bestial, por lo general, era siempre malo para todos. Urus había demostrado ser alguien válido y decente.

La primera semana entrenaron en clase, frente a Beldur-Gorri-Handi. Fue horrible. No solo no conseguían terminar las clases de lo agotadas que estaban, sino que tenían que aguantar además las amenazas y vejaciones del enorme dragón rojo. Nahia, Lily y Dafne solo podían bajar la cabeza y tragarse los insultos.

«A partir de mañana iréis a entrenar a la Arena. Veo que hay algunos que no consiguen ni

finalizar una clase, eso solo muestra lo pusilánimes que sois y la poca fuerza física y de voluntad que seres inferiores como vosotros tenéis. Sois una desgracia para vuestras razas. Más os vale entrenar con todo vuestro ser en la Arena, o no pasaréis la clase. Quien no consiga pasarla, muy a mi pesar, será expulsado. Dejadme deciros que ser expulsados en el último momento del tercer año es una sensación que no disfrutaréis».

Con aquel mensaje Beldur-Gorri-Handi los envió a la Arena. Las cosas allí no mejoraron. Urus les ordenaba hacer los ejercicios básicos una y otra vez. El problema no era la complejidad, sino el peso. Nahia, Dafne y Lily comenzaban la clase animadas y con energía, pero pasada la mitad empezaban a perder fuelle. Para el tercer cuarto ya no podían con sus almas. Lo intentaban, pero sus cuerpos no respondían.

Pasaron varias semanas y, si bien en la Arena el clima era excelente gracias a que estaban ya en primavera, Nahia comenzó a sentirse decaída. Veía muy difícil pasar aquella clase, por no decir imposible.

—Seguid practicando. ¡Ataque, veinte repeticiones! ¡Defensa, diez más! —ordenó Urus.

Nahia tenía como pareja a Taika. Como no llevaban mucho de clase, de momento aguantaba.

—Vas muy bien —animó Taika mientras desviaba el ataque de Nahia con el escudo.

—Gracias, pero pronto iré regular y luego fatal —respondió ella lanzando otro ataque con su lanza. Ya notaba el brazo derecho cargado, aunque menos que el izquierdo, con el que sujetaba el escudo.

—No te desanimes, es cuestión de tiempo que consigas la fortaleza necesaria para finalizar la clase.

—Empiezo a dudar de que lo pueda conseguir —dijo ella y volvió a atacar.

Taika se defendió del ataque con gran agilidad.

—Lo conseguirás, estoy convencido.

Nahia hizo una mueca de que ella no y continuaron practicando.

—Buena técnica —dijo Urus a Nahia—. Mantenla hasta el final de la clase.

Según Urus iba a ver cómo lo hacían Dafne e Ivo, Nahia suspiró.

—Para el final de clase no podré mantener ni la mirada alta.

—El gimnasio es la solución a este problema —dijo Taika—. Lo haces bien, es solo un poco más de músculo lo que necesitas.

—Ya voy al gimnasio y el músculo no crece.

—No me lo tomes a mal, pero vete más. Intenta ir todos los días hasta final de año —aconsejó Taika.

Nahia asintió.

—No te lo tomo a mal, gracias por el consejo. Eso es lo que haré.

—Y fuerza más tu cuerpo allí, así no te quedará duda de que has hecho todo cuanto es humanamente posible.

—De acuerdo.

Continuaron entrenando sin descanso, repitiendo los ejercicios una y otra vez. Como les solía pasar, la última parte de la clase fue demasiado y Nahia, Dafne y Lily no consiguieron

finalizarla. Acabaron sentadas en el suelo, extenuadas.

—He pensado que viendo cómo estáis y el avance que habéis conseguido, es momento de cambiar el final de cada clase —anunció Urus.

Todos lo miraron entre sorprendidos y temerosos.

—¿Qué va a cambiar? —masculló Nahia.

—Volveremos a tener duelos. Creo que eso ayudará a que mejoréis todavía más. Lo hicimos con espada y escudo y es momento de hacerlo con lanza y escudo. Os deseo buena suerte a todos.

Nahia abrió mucho los ojos.

—Oh no… —fue cuanto pudo decir.

Al día siguiente, Nahia salió por la puerta norte del gimnasio tras haber estado trabajando duro en ganar músculo. Fue hasta la fuente y se refrescó la cara. Estaba rota de cansancio. Era ya de noche y ni se había dado cuenta.

—¿Estás bien, Nahia? —preguntó Logan, que salió tras ella. Había verdadera preocupación en su voz.

—Sí, estoy bien, necesitaba parar un rato.

—Lo entiendo. Has estado trabajando muy duro hoy —dijo él y también se acercó a refrescarse en la fuente.

—No me queda más remedio, voy muy mal en formación de armas.

—Te estás esforzando muchísimo.

Nahia asintió.

—Sí, pero no es suficiente. No pasaré la clase.

—Yo soy testigo de lo mucho que trabajas y te esfuerzas. No te sientas decaída. Conseguirás la recompensa a todo el esfuerzo que estás poniendo.

—No estoy yo tan segura. Ahora mismo no veo cómo lo voy a lograr.

Logan la miró con sus claros ojos azules y Nahia pudo ver temor en ellos.

—Lo harás, estoy seguro.

Nahia sonrió.

—Tus ojos no dicen lo mismo.

Logan puso un gesto de sorpresa.

—¿También lees ojos, Nacida de la Llama? —preguntó y su siempre seria boca se torció en una diminuta sonrisa.

—Sí, es una de las habilidades como hechicera, Hijo de la Tormenta —bromeó ella.

—Así me gusta más. Arriba ese espíritu —animó él.

Nahia lo miró. Allí, bajo las estrellas, le pareció el chico más atractivo de aquel y todos los otros mundos. No solo era guapo, fuerte y ágil, sino que además era bueno, leal, honrado y tenía sentido del honor y del bien y del mal. Era excepcional. Se sintió muy afortunada de estar allí con él y tenerlo a su lado.

—Tú eres una bendición al ayudarme. No solo a mí, a Dafne y Lily también. Nunca

podremos agradecértelo lo suficiente.

Logan le restó importancia con un gesto de su mano.

—El gimnasio se me da bien. Me gusta poder ayudar. No es nada.

—Es mucho y te lo agradecemos.

—Es un placer hacerlo. Si algo se me da bien, es ayudar a otros. No quiero que nadie muera aquí.

Nahia asintió.

—¿Y a ti qué no se te da bien? Porque eres un portento físico y también mágico.

—He sido afortunado en esos aspectos, pero tengo muchos otros en los que soy un desastre. Estoy lleno de defectos.

—Ya, seguro. No te he visto ni uno desde que te conozco.

—Oh, te aseguro que los tengo, pero los escondo bien —bromeó él y Nahia, que rara vez lo había visto bromear, sintió que se le llenaba el corazón de una sensación que solo podía describir como felicidad mezclada con nerviosismo.

—Tienes que enseñármelos, así no me sentiré tan mal.

—Eso está hecho. Y tú no tienes ninguna razón por la que sentirte mal. Eres una persona fuerte, decidida y una líder nata. ¡Nuestra líder! —dijo y miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

La noche ya los cubría y las estrellas brillaban danzarinas en el firmamento primaveral. Estaban solos. Dos dragones vigilaban en las atalayas, pero estaban lejos para poder oírlo.

—¿De verdad crees que soy fuerte y buena líder?

—Lo creo de corazón.

—Lo dices para hacerme sentirme mejor porque estoy teniendo un mal día.

—Lo digo porque así lo siento.

—Te lo agradezco en el alma —dijo Nahia y le puso la mano en el brazo.

Logan la miró y esta vez sus ojos brillaron con determinación.

—Yo te seguiré hasta el final.

Aquella frase le llegó a Nahia al alma.

—¿Lo harás? ¿Por qué a mí?

Logan sonrió con dulzura.

—Porque eres mi líder.

—¿Solo por eso? —preguntó Nahia, que sentía que había algo más en el aire, entre ellos dos, y quería asegurarse.

—Y por algo más —Logan puso su mano sobre la suya.

—¿Qué más? —el corazón de Nahia latía con fuerza lleno de anticipación.

Logan acercó su cabeza a la de Nahia despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Luego sus labios tocaron los de ella. Un instante después se unieron en un beso lleno de dulzura y rebosante de amor. El beso se prolongó, perdidos los dos en la magia de aquel increíble momento lleno de sentimientos y sensaciones maravillosas para ambos.

Separaron los labios tras un largo instante y se quedaron mirándose a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada. El momento era tan increíble que temían romperlo con una palabra. Nahia se sentía tan feliz y dichosa que pensaba que se le iba a desbordar el alma. No sabía cómo había pasado aquello, ni había imaginado que podría pasar, pero allí estaban, y se habían besado. Se sentía en un sueño del que no quería despertar. Una llama se encendió en su interior, y esta no era de rabia, era algo diferente. Sintió una necesidad inmensa de abrazar a Logan, de volver a besarlo, de retenerlo con ella.

No lo pensó dos veces y lo volvió a besar llevada por aquel impulso imparable. Esta vez, llena de pasión. El beso se prolongó y ninguno de los dos quiso apartar los labios.

Una silueta salió del gimnasio.

—Oh, perdón —dijo una voz.

Nahia y Logan se separaron y se volvieron hacia la figura.

Era Ana.

Los miró con ojos de sorpresa y tristeza.

—Ana… —Logan la intentó saludar, pero antes de terminar la frase Ana se dio la vuelta y se machó corriendo.

—Ana, no te vayas… —dijo Nahia, pero ya había desaparecido en el interior del gimnasio.

Capítulo 41

Entraron en clase de magia con algo más de ánimo, ya que el día era precioso. Brillaba el sol y los aromas de la primavera llegaban de todos los lados. Además, cada vez quedaba menos para acabar el año, algo que todos deseaban más que nada: poner fin a sus días en aquella academia de sufrimiento y salir de allí. Seguramente tendrían que ir a luchar a Drameia, pero eso era mejor que seguir en la academia. El escollo de las ultimas clases de magia era importante, en especial para Aiden, Taika e Ivo, a los que peor les iba en la materia.

—Recta final de clase de magia, manteneos fuertes —intentó animar Nahia, que sabía que los chicos lo necesitaban.

—Eso, esto ya casi lo tenemos superado —se unió Lily con su encantadora sonrisa.

—Lo conseguiremos, pasaremos la clase —aseguró Aiden, pero su habitual confianza no se reflejó en el tono con el que lo dijo.

Taika e Ivo se miraron e intercambiaron un gesto de resignación. Ellos no parecían nada convencidos, ni con ánimos.

—Con nuestra ayuda lo conseguiréis, tranquilos —aseguró Dafne y les dio una palmada en la espalda a Taika e Ivo.

—Que sea lo que los dragones quieran —expresó Aiden y entró en el edificio.

La clase comenzó con un anunció de Buru-Beira-Gogoa, la gran dragona cristalina. Los observó un momento y se pronunció.

«Ha llegado el momento de que aprendáis a defenderos de los ataques mágicos que vuestros enemigos lanzarán sobre vosotros. No lo sabéis, pero en los diferentes mundos que hemos conquistado y en los que estamos conquistando hay enemigos con diferentes tipos de magia. Estos contrarios hostiles son magos, hechiceros, chamanes, brujos y similares. Además, hay criaturas que poseen magia elemental, de vida y muerte, e incluso magia negra, la más oscura y peligrosa».

Escuchar aquello parecía que estaba impresionando a las otras escuadras, pero para Nahia eran buenas noticias, muy buenas de hecho. No porque quisiera enfrentarse a todos esos tipos de enemigos, sino porque representaba una posibilidad. Ella veía a esos seres como posibles aliados, no contrarios. Si podía convencerlos para que todos se uniesen contra los dragones, podrían derrotarlos.

«Los enemigos con magia son los más peligrosos, pues hasta el más diminuto o aparentemente inofensivo puede ser muy poderoso en el ámbito de la magia. No os confiéis, nunca. No todos los enemigos mágicos parecerán tan formidables como nosotros, por ello debéis estar siempre preparados y alerta. Muy pocos de entre vosotros si alguno, será capaz de distinguir a un ser con poder de uno que no lo tiene, por lo que no me voy a molestar en enseñaros cómo hacerlo».

Nahia quería aprender, le parecía una habilidad muy valiosa. No solo para prevenir un posible ataque, sino para reconocer posibles aliados. Si podía reconocer a un ser con magia, podría

pedirle unirse a la lucha contra los dragones. La victoria pasaba por que todos se unieran, seres de todos los mundos agraviados. Esa idea le venía a la cabeza una y otra vez de modo recurrente, con más fuerza en cada ocasión. Era consciente de que aquello era más un sueño que una realidad alcanzable, pero algunos sueños podían convertirse en realidad. Al meditarlo siempre le parecía una imposibilidad por lo colosal de la tarea a llevar a cabo, pero al mismo tiempo algo en su alma le decía que era lo que debía suceder. Y para que aquello pasara, ella debía ayudar y luchar con todo su ser.

«Cuando os enfrentéis a un ser con poder mágico podéis atacar de inmediato y cogerlo desprevenido antes de que pueda levantar sus defensas contra vosotros, o podéis levantar una defensa y luego atacar. Yo os recomiendo la primera opción ya que tenéis el factor de la sorpresa de vuestra parte y muchas veces es crucial en un combate mágico. Si sois lo bastante rápidos y el enemigo no tiene defensas mágicas, venceréis. Si las tiene, estaréis en desventaja ya que un contrataque del enemigo puede mataros si estáis al descubierto. Al igual que en la lucha física, en la lucha mágica el factor sorpresa es una gran ventaja, como también lo es la preparación ante un combate».

Nahia arrugó la nariz. Aquello le sonaba a la habitual estrategia de matar primero y preguntar después. Una vez muerto el rival, se acabó el problema. Como los dragones tenían defensas mágicas innatas, les daba igual la preparación previa al combate, siempre atacaban primero. Era la ventaja de no necesitar defensas. Pensó en Camu y se preguntó si él también tendría defensas innatas. Esperaba que sí para que pudiera luchar contra los dragones. El pensar en Camu le llevó a pensar en Lasgol y se dio cuenta de que, sin quererlo, había comenzado a crear alianzas con seres con poder de otros mundos. Esto la animó mucho y tuvo que disimular una sonrisa. Solo necesitaba más aliados en Tremia y encontrar los otros mundos para crear nuevas alianzas en ellos. Esto se le antojó mucho más complicado, pero no lo iba a dar por imposible.

«Lo primero que aprenderéis es la defensa antimagia. En función de cuán poderosos seáis y lo bien que se os dé la magia, vuestra defensa será mejor o peor y podréis aguantar más o menos los ataques de vuestros enemigos. Pero todos debéis ser capaces de levantar una defensa básica. Vais a crear lo que se conoce como un campo de escamas mágico. Su función será repeler los ataques mágicos que intenten llegar a vuestro cuerpo o a vuestra mente. Esta capa de energía defensiva rechaza cualquier energía mágica que no sea la vuestra. Por ello sirve contra todo tipo de ataques de cualquier clase de criaturas mágicas».

Esto a Nahia le interesó mucho. Se preguntó si les permitiría defenderse de los ataques elementales y mentales de los propios dragones. Supuso que sí, puesto que servía para defenderse de todo tipo de magia. Esta idea le hizo sonreír por dentro. Una gran sonrisa de oreja a oreja que su rostro no mostró. No solo aprendían a luchar sino a defenderse de cualquier criatura, y eso les incluía a los dragones. Pero eran tan creídos y confiados en su absoluto dominio y su supuesta invulnerabilidad que no se daban cuenta de que las criaturas a las que estaban enseñando a luchar por ellos podían un día volverse en su contra.

«Concentraos, buscad vuestra energía de dragón y convertidla de elemental a pura. Esto es lo que más os costará. Lo que debéis hacer es enviarla sobre cada escama de vuestro uniforme. Cubrid cada escama de vuestra capa con capucha, camisa y pantalones de energía. Hacedlo una por una comenzando por los pantalones e id subiendo. A la capa con capucha dadle la vuelta, ponéosla colgando hacia delante y haced lo mismo, escama por escama. Todas deben quedar recubiertas de energía».

Nahia vio la cara de Dafne y Lily, era la misma expresión que lo que ella sentía. Esto iba a

resultar tedioso y una pesadilla. Pensó que consistiría en levantar una barrera alrededor que la rodeara, como la esfera de los portales, o una caja cuadrada que hiciera de refugio, o un muro con un techo. Cualquier cosa menos lo de las escamas.

«Comenzad, y os recuerdo a todos que debéis conseguirlo o no podréis acceder a la Prueba de Fin de Año, o lo que es lo mismo, no os graduareis. Siendo el final del tercer curso sería todo un desperdicio, pero no os equivoquéis, que sea un desperdicio no quiere decir que no os vaya a sacrificar. Lo haré sin dudarlo. Habéis tenido la ocasión de conseguirlo y no lo habéis logrado. Solo los débiles fracasan y no hay lugar para débiles entre nosotros. ¡Adelante!».

Nahia hizo como el dragón ordenaba y siguió cada indicación. Tenía una buena cantidad de energía elemental que había conseguido de su dragón interior y estaba intentando convertirla en energía defensiva.

«Sabréis que habéis convertido la energía porque se producirá un resplandor plateado. Quiero ver quién es el primero que lo logra. No me tengáis esperando demasiado, mi paciencia tiene un límite».

Nahia se esforzó todo cuanto pudo, pero no había forma de transformar su energía. Los demás tampoco estaban teniendo suerte. Pasaron las horas y llegaba el final de la clase cuando de pronto se produjo un resplandor plateado. Todos se volvieron a ver quién era, Nahia incluida. Dafne, con la cara roja del esfuerzo, la frente fruncida y la nariz arrugada lo había logrado.

«Un logro en la primera clase, casi no puedo creerlo. Una Fatum, eso no me sorprende, suelen ser las más alineadas y en contacto con su magia interior. Finalizad lo que queda de clase. Quiero un resplandor por cada día de formación, si no lo conseguís habrá castigo».

Nahia miró a Dafne y entendió por qué la Fatum había logrado transformar la energía. Ella ya sabía transformarla en energía sanadora. Le habría resultado más fácil por ello. Se alegraba mucho por Dafne y por todos, ya que aquel día al menos no habría castigo.

En la siguiente clase de magia fue Lily la que consiguió transformar la energía gracias a los consejos y ayuda de Dafne, y a que en su caso también estaba acostumbrada a hacerlo para los hechizos de Encantadora.

Nahia lo hizo en la tercera clase. Sus compañeras la ayudaron y por fin lo logró. A la cuarta y quinta clase lo consiguieron los Fatum y humanos de las otras escuadras y todo parecía ir muy bien. Excepto que de los chicos de la Escuadra Ígnea ninguno parecía obtener resultados, ni con la ayuda de sus compañeras. Aiden estaba que no se lo creía y tenía un disgusto tremendo, Taika lo asumió como un reto e Ivo se lo tomaba con filosofía, como era habitual en él.

Las clases de magia fueron pasando y llegó el día en que no hubo destello plateado y los castigos comenzaron a caer.

«Estaba yendo demasiado bien… Ya me extrañaba, pero aquí estamos, y debéis pagar por vuestro desmérito. Por si no lo sabíais, debéis pagar todos, no solo los que no lo han conseguido. La clase es una y el castigo es para todos».

Antes de que nadie pudiera reaccionar Buru-Beira-Gogoa atacó a todos con sus fauces mentales de luz. Toda la clase se fue al suelo de la agonía del ataque mental. Aquella dragona era despiadada y Nahia creía que además disfrutaba causando dolor a los demás.

Hubo dos castigos más las siguientes clases y todos sufrieron lo indecible, pero a la tercera comenzaron a aparecer destellos. Aiden lo consiguió y su alegría fue tremenda. Luego lo logró Taika y finalmente Ivo.

«Como veis, mi método de enseñanza es infalible. Un poco agónico, pero infalible. Toda la clase lo ha conseguido. Deberíais agradecérmelo todos».

Nahia, tumbada en el suelo, pensó en todo tipo de agradecimientos que le encantaría hacerle a aquella dragona malvada.

Lo siguiente en lo que tuvieron que trabajar fue en enviar energía a cada escama de sus vestimentas. A Nahia esto se le dio mejor, aunque cuando llegaba a la capa con capucha se liaba un poco, sobre todo en la capucha. Le pareció curioso cómo se adhería la energía a cada escama y formaba una capa protectora sobre ella. Las primeras veces le llevó una eternidad y se dejaba escamas, pero poco a poco fue mejorando. De pronto, se convirtió en algo casi natural y lo que les había costado hacer se fue convirtiendo en una tarea no solo sencilla sino rápida.

Dafne, Lily y Nahia pronto fueron capaces de recubrir todas sus escamas con energía en un abrir y cerrar de ojos. Nahia se percató de que su mente sabía lo que tenía que hacer y no necesitaba ser guiada una por una por cada escama, sino que las hacia todas prácticamente a la vez. Esto la dejó pasmada. Al principio había pensado que la defensa no la podrían usar nunca por todo el tiempo que costaba ejecutarla. Ahora había cambiado de opinión por completo. Dafne era la más rápida, Lily le andaba cerca y luego estaba ella, pero pronto sería tan veloz como sus compañeras.

El problema que tenían era que los chicos no lo conseguían. Aiden había avanzado algo y ya estaba trabajando en recubrir todas sus escamas, pero Taika e Ivo seguían con dificultades. No se daban por vencidos, pero estaban bastante desesperados. No era nada que no hubieran sufrido antes. Todas las clases de magia iban más o menos de la misma manera para ellos.

Tras la clase Nahia fue a la biblioteca y se sentó en la mesa de siempre al final de la planta. No sabía si Logan y Ana estarían allí, pero esperaba verlos. Lo sucedido con Logan le había dejado una sensación en medio del pecho tan intensa e increíble que por momentos olvidaba dónde estaba. Se sentía feliz, contenta, animada, excitada, alegre y mucho más, todo a la vez. Solo que aquella academia no era lugar para aquel tipo de emociones, y lo sabía.

Suspiró y pensó en Ana. Esperaba que el hecho de que se hubiera marchado al verlos besándose no fuera más que por la sorpresa. Seguro que era por eso, había sido un momento incómodo, nada más. Lo aclararían y todo seguiría como siempre. Bueno, como siempre no, porque ahora estaba lo que había sucedido entre ella y Logan. Era algo que Nahia no esperaba que fuera a suceder, pero lo había hecho y ya no se podía cambiar. Las perspectivas no las quería ni pensar. Lo mejor era ir paso a paso, con prudencia y naturalidad y dejar que lo que tuviera que suceder entre ellos dos, sucediera.

Aguardó un buen rato, pero ninguno de los dos apareció. Estarían ocupados. Un Drakónido se acercó hasta su mesa. Era Draider, de la Escuadra Ardiente.

—Hola, Nahia, ¿estudiando? —preguntó con tono amigable.

—Hola, Draider, sí nunca hay suficiente tiempo para todo —respondió ella, que había cogido un tomo de magia y lo tenía abierto para disimular.

—¿Me puedo sentar un momento?

La pregunta sorprendió a Nahia.

—Por supuesto. Siéntate —le hizo un gesto con el brazo.

Draider se sentó frente a ella.

—¿Qué tal me quedan las cicatrices de las quemaduras? —preguntó y señaló las que tenía en la cara.

—Te quedan muy bien. Te dan carácter y fiereza —sonrió Nahia, que sabía que aquellas cosas les gustaban a los Drakónidos.

—Gracias, eso creo yo también. Déjame agradecerte de nuevo tu ayuda.

—Tú hubieras hecho lo mismo. No hay nada que agradecer.

Draider se quedó pensativo un momento.

—No sé si hubiera hecho lo mismo entonces, pero sí lo haría ahora.

—Me alegro del cambio de parecer.

—Y por eso quería hablar contigo.

A Nahia aquello le pareció extraño. Instintivamente temió algo malo.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó con cautela.

—De los rumores que circulan por la academia.

Nahia enarcó una ceja.

—¿Qué rumores son esos?

Draider miró alrededor. No había más que un Exarbor a la vista y estaba algo apartado.

—Rumores de libertad…

—No sé de qué me hablas —Nahia hizo un gesto con las manos para reforzarlo.

—Tranquila, no tienes nada que temer de mí. Al contrario, tú me ayudaste y yo te quiero ayudar a ti y los tuyos.

—Sigo sin saber a qué te refieres.

Draider asintió.

—Brendan y el resto de mi escuadra están contigo, lo sé. Lo hablan en secreto, pero lo sé. No me han querido incluir. No les culpo, soy un Drakónido después de todo.

—Eso eres —asintió Nahia.

—Pero se les olvida, y a ti también, que no todos los Drakónidos somos iguales. No todos pensamos de la misma forma.

—Los que yo conozco, sí.

—Deberías conocer más entonces, ¡te sorprenderías! Hay muchos entre los nuestros que no quieren seguir sirviendo a los dragones. Quieren un futuro en libertad, con un pueblo Drakónido fuerte y orgulloso, liderado por Drakónidos, esclavos de nadie.

—No he conocido a ninguno que piense así entre los tuyos.

—Bueno, ya conoces a uno.

—Esa forma de pensar es peligrosa y puede llevarte a la muerte. Sobre todo si la confiesas de forma abierta como acabas de hacer.

—Cierto, pero creo que estoy a salvo en esta mesa hablando contigo.

—Puede ser.

—Lo que las otras razas han olvidado es que nosotros también quisimos la libertad. Nosotros

también luchamos en la Gran Insurrección.

—Y os culpan de su fracaso, de los miles y miles de muertos que hubo.

—Porque culpan al líder de la insurrección.

—Un líder que era Drakónido.

—Sí, Dramkon Udreks, Drakónido, el líder de la Gran Insurrección. A él le siguieron muchos de los nuestros. Ahí tienes la prueba de que no todos los Drakónidos quieren vivir sometidos a los dragones.

—A menos que fuera todo un gran engaño por su parte.

Draider asintió.

—Sí. El Gran Engaño lo llaman, pero no fue tal. Eso es lo que se cuenta, pero no fue un engaño. Dramkon Udreks no engañó a sus aliados. Se alzó y fracasó, pero no engañó a nadie.

—Muchos creen que sí, eso me han dicho. Es difícil creer que no fuera tal después de cómo terminó todo.

—Cierto, pero nosotros, sus seguidores, sabemos que no fue así.

—¿Seguidores?

—Hay entre nosotros quienes siguen sus enseñanzas, quienes no quieren seguir bajo el yugo de los dragones. Hay quienes queremos la libertad para los Drakónidos del mismo modo que muchos en las otras razas de Kraido.

—Me cuesta creer lo que me cuentas. Lo que sabemos y hemos visto es que la mayoría de los Drakónidos están de parte de los dragones. Quieren servir a sus señores.

Draider asintió.

—No todos. Yo soy prueba de ello.

—O dices serlo.

Draider sonrió.

—Entiendo que no me creas. No importa, solo quería acercarme y trasladarte mi apoyo y el de los que entre los míos piensan como yo.

Nahia se quedó meditando si debía o no arriesgarse. Decidió que era mejor no hacerlo, al menos por el momento.

—Te agradezco tu sinceridad. No sé por qué me lo cuentas a mí, pero te aconsejo que no lo vayas contando a otros. Te costará la vida.

Draider miró a Nahia a los ojos un momento y luego se levantó despacio.

—Gracias de nuevo —saludó con la cabeza y marchó.

Nahia se quedó pensando en la conversación con Draider. Siempre había creído que todos los Drakónidos eran como Aiden, pero parecía no ser el caso. También podía ser una trampa. ¿Habían enviado los dragones a Draider? ¿Sabían lo que sucedía? ¿Lo sospechaban? Podía ser.

La cosa se ponía peligrosa, muy peligrosa.

Capítulo 42

El comedor aquella noche estaba más silencioso de lo habitual. Se aproximaba el final del año y todos lo sentían, desde los de primero hasta los de tercero. Para todos era una época de enorme presión y angustia. Tenían que conseguir finalizar el curso y para ello debían pasar las últimas clases, que eran las peores.

La Escuadra Ígnea cenaba en su mesa. Necesitaban reponer energía después de todo el día de formación y entrenamiento. Debido al esfuerzo acumulado, y el castigo extenso a sus cuerpos y mentes, era imperativo que se alimentaran bien. Necesitaban recuperar fuerzas para el día siguiente, que sería similar.

—¿Qué tal la formación de Talento? Hoy era la última clase. ¿Tenemos buenas noticias? —preguntó Taika a sus compañeros con tono animado.

—Bueno, yo puedo contaros que en mi caso ha ido bien —adelantó Nahia—. He pasado la clase —dijo y levantó un puño cerrado celebrando el triunfo.

—En tu caso no teníamos ninguna duda, Nacida de la Llama —dijo Dafne—. Lo raro hubiera sido lo contrario.

—Nuestra llamita explosiva andante es una joya de la hechicería —expresó Lily con tono de broma y una gran sonrisa.

—Me alegra que lo hayas logrado. Es todo un honor —dijo Aiden serio.

—¿Qué has tenido que hacer para pasar la clase? —preguntó Taika.

Nahia asintió y se dispuso a explicarlo.

—Después de conseguir Rayo Elemental, la última habilidad que hemos aprendido y he tenido que demostrar hoy ha sido la habilidad de élite: Rayo de Fuego Múltiple.

—¿Cómo que múltiple? —quiso saber Dafne.

—Puedo atacar a tres enemigos a la vez.

—¿A doscientos pasos? —preguntó Taika.

—Sí, los tres. Lo he conseguido hoy en clase, por fin. Llevaba semanas intentándolo sin fortuna.

—Los momentos de crisis hacen que rindamos mucho más —dijo Ivo—. Aunque nos pasan factura, son momentos de mucho desequilibrio.

—Felicidades, ese es un conjuro de lo más letal. Mi reconocimiento —felicitó Aiden y bajó la cabeza ante Nahia como muestra de respeto.

—Gracias, no ha sido nada fácil. ¡Clase superada! —Nahia resopló fuerte y sintió un alivio tremendo recorrerle todo el cuerpo.

Los demás sonrieron al ver lo que sentía.

—¿Y tú, Aiden? ¿Qué tal? —preguntó Taika.

—He superado la formación de Talento, por supuesto —proclamó él como si lo contrario fuese impensable.

—Por supuesto —dijo Lily imitando la voz del Drakónido.

—Nadie debería tener ninguna duda. Yo siempre consigo superar todas la clases. Soy un Drakónido, nacido para ser el orgullo de nuestros señores.

—Querrás decir amos —corrigió Dafne.

—Esclavistas —añadió Lily.

Aiden las ignoró.

—He conseguido finalizar la clase con la habilidad de élite de Bárbaro.

—¿Cuál es esa? —se interesó Taika.

—La habilidad de élite es Ira. Primero desarrollamos Frenesí, luego Rabia y finalmente Ira. Hace que nuestra agresividad, fuerza, velocidad y habilidades de ataque se multipliquen por diez. Somos imparables, destrozamos todo lo que se nos ponga por delante.

—Tú ya haces eso sin necesidad de esa habilidad cuando te da uno de tus ataques, loquito —dijo Lily.

—Esta habilidad la controlo.

—¿Seguro que la controlas? —preguntó Dafne.

—Bueno, la controlo bastante. Del todo todavía no, pero lo haré.

—Fenomenal ahora nuestro loquito se va a poner frenético de forma voluntaria o accidental. Nos lo vamos a pasar en grande.

—No soy ningún loquito, y controlaré la habilidad como he dicho que haría. Yo siempre cumplo con lo que digo.

—Bueno, yo por si acaso me voy a mantener a una distancia prudencial —dijo Lily.

—Nada me agradaría más que te alejaras de mí —respondió Aiden.

—¡Ja! Ya te gustaría a ti tenerme cerquita. No has visto algo más bonito y encantador en tu vida —dijo Lily e hizo un gesto con su mano recorriendo todo su cuerpo de cabeza a pies.

Aiden negó con la cabeza y murmuró algo en su lengua.

—En definitiva, he logrado la habilidad de élite de Bárbaro y he superado la clase —anunció.

—Muy bien hecho —felicitó Ivo y le dio una palmada en la espalada. Aiden la aguantó enderezándose y fingiendo no haberla sentido.

El resto lo felicitaron, menos Lily que le sacó la lengua.

—Sigamos haciendo la ronda por la mesa —dijo Taika—. ¿Qué tal tú, Ivo?

—Pues ha sido complicado, un desequilibrio total. La parte teórica, de estudio, se me ha dado fenomenal. La de magia, como ya imagináis, no muy bien. Conseguí dominar Círculo de Enredaderas Venenosas, pero me costó horrores. Ya veréis cuando la cree, es espectacular, bueno, espectacularmente horrible, pero buena para nosotros, ya me entendéis…

—Sí, que atrapa y envenena a los enemigos. ¡Muy útil! —dijo Aiden.

—A mí me parece bastante horrorosa, sin escape y siendo envenenado… —Lily hizo un gesto de espanto.

—Pues esa está dominada. El problema vino con la habilidad Élite: Árbol de Vida.

—Esa suena bien —dijo Lily.

—Sí, pero es dificilísima. Es una habilidad que permite crear un árbol de vida que surge de la tierra. Es translúcido e irradia energía curativa. Puede curar todo tipo de males: envenenamientos, heridas de corte o punzante, enfermedades y similares. Todo lo que no sea cercano a la muerte. También hidrata y regenera el cuerpo, desparecen la sed y el cansancio. El cuerpo queda como nuevo.

—¡Qué buena habilidad! —se animó Dafne.

—Lo es, el problema está en que no la he conseguido… —Ivo suspiró.

—Vaya, cuánto lo siento… —dijo Nahia.

—Qué lástima… —corroboró Dafne.

—Entonces, ¿no has pasado la clase? —preguntó Lily con tono de preocupación.

—No he conseguido crear el Árbol de Vida, pero sí he conseguido crear Esqueje de Vida. Es la versión inicial de la habilidad. No tiene las propiedades del árbol, pero indica que finalmente se supone que conseguiré crearlo. Por ello el maestro me ha dejado pasar la clase.

—¡Menos mal! —Lily exclamó aliviada.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Nahia muy contenta por el gran Tauruk.

Todos lo felicitaron con efusividad. Tuvieron que controlarse porque uno de los dragones los miró por el escándalo que estaban formando.

—Te toca, Lily —dijo Taika.

—La más encantadora entre las Encantadoras ha conseguido la habilidad élite y pasar la clase —anunció con una sonrisa de oreja a oreja.

—No tenía ninguna duda —dijo Dafne.

—Ninguna sorpresa ahí —dijo Nahia sonriendo, muy contenta por su compañera—. Estaba segura de que ibas a conseguirlo.

—Como sabéis, estábamos aprendiendo Encantar, que ya domino a la perfección —miró a Aiden y éste le hizo un gesto de que ni lo pensara.

Lily sonrió de oreja a oreja y continuó explicando. Es parecido a lo que ha contado Nahia, nosotros hemos estado trabajando en Encantamiento Grupal, que afecta no solo a una sino a varias personas.

—¿Puedes encantar a más de una persona a la vez? —preguntó Nahia, que pensó que era un logro enorme de ser así.

—Hasta tres personas, a menos de doscientos pasos, como tú.

—Eso es estupendo —dijo Nahia.

—¿Puedes obligarles a hacer lo que tú quieras? —preguntó Ivo.

—Así es. Puedo hacer que se echen a llorar o que se maten entre ellos. Lo que prefiera.

—¿A cualquiera? —preguntó Taika y puso cara de estar sorprendido.

—Si no se protege contra mi magia, sí. Hay alguna excepción con personas de mente muy poderosa, pero de esas no existen demasiadas. La mayoría de la gente no tiene apenas mente —

rio Lily.

—Razón no te falta, de tontos está lleno el mundo —convino Dafne.

—Es una habilidad de lo más impresionante —afirmó Taika.

—El problema es que rápida no es. Tardó mucho en conjurarla, pero espero mejorar con el tiempo y poder hacerlo más velozmente —dijo Lily.

—Seguro que lo consigues —animó Nahia convencida.

—Quiero ser la Encantadora más poderosa así que sí, lo conseguiré —aseguró Lily.

Taika miró a sus compañeros y luego a sí mismo.

—Me toca. En mi caso, después de dominar Dagas Oscuras, hemos estado trabajando mucho en la habilidad de élite: Forma de Sombra.

—Sí, la que te permite tomar forma de sombra y no puedes ser visto o dañado por ningún arma y tampoco alcanzado por ningún encantamiento o conjuro —recordó Dafne.

—A menos que haya magia de luz —dijo Taika.

Dafne sonrió.

—Tranquilo, no fastidiaré tu habilidad.

—¿La has conseguido? —preguntó Ivo—. Porque llevas una eternidad intentando dominarla.

—Y pensaba que no lo iba a lograr. Iba a darme por vencido, pero hoy, el último día de clase, quizá por la presión de fallar, lo he logrado en el último momento.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Nahia.

—¡Eres un prodigio! —dijo Ivo.

—Estoy contentísima por ti —felicitó Lily.

—Quiero que me la muestres, debe ser impresionante —pidió Aiden.

—Ya veremos cuándo me vuelve a salir. No sé si sin la presión de pasar la clase lo conseguiré.

—No te preocupes, seguro que tendrás ocasión de usarla cuando un bicho enorme quiera comerte —dijo Ivo sonriendo.

Taika rio.

—Sí, en ese caso espero poder invocarla a tiempo.

—Y ya solo quedo yo —dijo Dafne cuando Taika finalizó.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Nahia, que estaba muy interesada en saber si le había ido bien.

—Yo he conseguido pasar la clase y dominar la habilidad de élite: Sanación Múltiple —anunció y una sonrisa iluminó su rostro, cosa rara en ella.

—¡Maravilloso! —exclamó Nahia.

—¡Eres la mejor! —dijo Lily.

De nuevo uno de los dos dragones miró hacia ellos y tuvieron que dejar de lado las exclamaciones y abrazos de alegría por los logros alcanzados.

—No ha sido nada sencillo, como podéis imaginar, pero al final he logrado la Sanación

Múltiple —explicó Dafne—. Es una habilidad impresionante. Podré sanaros a todos a una en la batalla, siempre y cuando no os vayáis muy lejos.

—Realmente impresionante —dijo Ivo.

—He sido una de las pocas de clase que lo han conseguido, así que os podéis imaginar lo difícil que es.

—Y lo increíble que eres —dijo Lily.

—Gracias, compañera —Dafne la saludó con la cabeza.

—Recordad, no os disperséis en la batalla o no os llegará mi magia sanadora.

—Yo voy a ir pegada a ti todo el rato —dijo Lily—. Bueno, como vamos siempre en formación —rio ella.

—Yo también procuraré estar pegadita a ti —dijo Nahia.

—Entonces parece ser que hemos superado la formación de Talento —concluyó Taika.

—Sí, todos, unos más justos que otros, pero todos —comentó Ivo con expresión de alivio.

—Una clase superada, ya estamos más cerca de graduarnos —dijo Nahia. Cerró la mano en un puño e hizo un gesto de ánimo a sus compañeros.

—Ahora nos quedan magia y armas —comentó Lily con tono de pesadumbre.

—Magia la pasaréis las tres sin problema, estoy convencido —dijo Ivo.

—Ya, pero armas… —Dafne miró a Nahia y a Lily. Las tres sabían que iban muy mal en esa formación.

—No nos desanimemos. Un logro como este debe impulsarnos a conseguir los otros dos que nos quedan —dijo Taika.

—Sí, ánimos da, pero es que uno es como una montaña de grande y yo me siento una hormiguita —dijo Lily.

—Pues yo soy grandote, pero me siento igual que tú cuando estoy en la clase de magia. La montaña me parece inalcanzable e inamovible —respondió Ivo.

—Tranquilidad, lo vamos a lograr. Somos la Escuadra Ígnea y vamos a triunfar porque somos la mejor escuadra de la academia —afirmó Aiden con total convencimiento.

Todos le miraron sorprendidos por semejante elocuencia y el poder de persuasión que intentó demostrar.

—Bueno, si lo dices así de convencido… —replicó Lily y lo miró sorprendida.

—Por supuesto que estoy convencido. Y sabéis que yo no me equivoco. Si digo que lograré algo lo lograré. Si digo que nosotros somos la mejor escuadra y lograremos superar las dos formaciones que quedan, lo haremos.

Todos se quedaron mirando a Aiden sin saber qué decir. Nunca lo habían visto así. Ni siquiera sabían que pudiera pensar así. Pero el mensaje caló en todos. Eran la mejor escuadra y conseguirían superar las tres formaciones.

Capítulo 43

Se acercaba el fin de la primavera. Los días pasaban tan rápido que ni los podían contar. Era levantarse por la mañana con la primera luz, esforzarse y sufrir al máximo durante todo el día en las clases y en la biblioteca o gimnasio, y caer rendidos en la noche para volver a repetir la misma pesadilla al día siguiente. Tan concentrados estaban en los esfuerzos por superar las clases que los días se les escapaban entre los dedos de las manos. Ninguno quería fallar en el último tramo del año. Estaban tan cerca de conseguirlo que podían sentirlo con las puntas de los dedos. Y no solo ellos, todas las escuadras trabajaban y se esforzaban más allá de sus posibilidades con el objetivo de llegar a final de curso.

Aquella mañana fueron a clase de magia algo más contentos de lo habitual, sobre todo los chicos.

—Hoy nuestros chicos van a clase más tranquilos, ¿eh? —comentó Lily con una sonrisa socarrona.

Ivo no disimuló y soltó un gran resoplido que le salió del alma.

—Por fin hemos logrado crear el campo mágico de escamas. No puedo creerlo, la verdad. Me estaba matando.

—El esfuerzo y la perseverancia por lo general conducen a conseguir los objetivos —dijo Taika, que también sonreía—. Aunque esta vez yo también tenía mis dudas. Cuando vi que lo lograba tuve que frotarme los ojos.

—Yo no tenía dudas, sabía que lo conseguiríais, solo era cuestión de tiempo —afirmó Aiden.

—Y de esfuerzo —añadió Nahia.

—Por fin lo habéis logrado, tiene mucho mérito —felicitó Dafne.

—Siendo nosotros, creo que si —dijo Taika con una sonrisa.

—Nosotras lo hemos tenido más fácil, pero porque somos espectaculares, sobre todo yo —rio Lily e hizo una pose encantadora.

La ligera alegría con la que entraron en la clase de magia desapareció con el primer anuncio de Buru-Beira-Gogoa.

«Hoy comenzaréis con el estudio de la segunda defensa mágica que un Brujo de Dragón posee: Escamas Elementales. Esta defensa, aunque es de origen mágico, en realidad tiene un fin físico. Recubrirá las escamas de vuestras vestimentas con escamas físicas del elemento con el que estáis alineados. Estas escamas, a diferencia de las mágicas, serán físicas y os defenderán de los ataques con armas, bien sean de acero, madera, o cualquier otro tipo no mágico».

Esto a Nahia le pareció muy interesante. Ya tenían una defensa mágica contra ataques mágicos y ahora iban a aprender una defensa también mágica, pero contra ataque físicos. No solo le gustaba la idea de poder defenderse, sino que les permitiría ser adversarios todavía más difíciles de derrotar. De nuevo le entró la duda de si esta nueva defensa podría ser utilizada ante los dragones. Quería pensar que sí, aunque solo fuera en parte. Cualquier cosa que les ayudara

contra ellos, por pequeña que fuera, sería bienvenida.

«De forma similar a como habéis revestido las escamas de vuestras vestimentas con energía para defenderos de los ataques mágicos, las revestiréis ahora de otra capa, esta de energía elemental, cada uno de la que es afín. Exarbor, explícales cuál es la protección que cada elemento recibe».

Membor se adelantó y, abriendo un tomo de magia de aspecto casi tan antiguo como el propio Exarbor, leyó.

—Escamas de lava dura si es de fuego… De roca si vuestra magia es de tierra… De torbellinos si es de aire… De hielo si es de agua… De diamante si es de luz… De diamante negro si es de oscuridad… Todas ellas muy duras… y difíciles de destruir por ataques físicos.

Nahia intentó visualizar en su mente cómo serían. Las de lava no se las terminaba de imaginar del todo, por lo que intuyó que tendría problemas para crearlas. Las de roca de Ivo las veía muy claras, pedazos de roca dura cubrirían las escamas. Las de torbellinos tampoco las imaginaba, se volvió con disimulo para mirar a Aiden. Él se dio cuenta y la miró con ojos de confusión. Tampoco tenía ni idea de cómo iba a lograr esa armadura de torbellinos. Las de Lily de hielo las veía sin problemas como gotas sólidas muy duras de hielo. Las de Dafne podías suponérselas, las escamas de sus vestimentas eran plateadas y al sol solían emitir destellos, por lo que cambiarlas por diamantes más brillantes era sencillo. Dafne medio sonreía. Ella también lo veía y estaba contenta, lo cual no era muy habitual. Las de diamante negro de Taika medio las imaginaba, pero no entendía cuán duras serían.

«Ya tenéis la explicación de cada elemento, es momento de poneros a trabajar. Todos debéis conseguirlo y debe ser antes de que llegue la Prueba de Fin de Año, que está ya muy cercana. No tenéis mucho tiempo, así que os aconsejo que os esforcéis al máximo. Recordad que esta protección os ayudará en la batalla contra cualquier ataque físico, por lo que es más que deseable tenerla».

—Comenzad. Si necesitáis consultar… el tomo con la teoría mágica…. avisadme —dijo Membor.

Una vez más se vieron en la tesitura de recubrir las escamas de sus vestimentas. Nahia imaginó que no sería muy diferente a lo que ya habían aprendido, así que se puso a ello. Se concentró, cogió energía de su dragón interno y sin convertirla comenzó a enviarla a una de las escamas de su pantalón.

Algo extraño e inesperado sucedió. La escama comenzó a arder. Nahia se detuvo porque empezaba a sentir el calor sobre su pierna.

A su lado una de las de Dafne empezó a brillar mucho, como si fuera un punto de luz brillantísimo. Ella la miró con expresión de que algo no iba bien. Lily se había congelado medio muslo y se lo estaba golpeando para quitarse la escarcha que lo revestía. Y si a ellas no les iba bien, a los chicos bastante peor. Ninguno de los tres había conseguido revestir ninguna de sus escamas con su energía elemental.

«Como estáis viendo, no es tan sencillo como pensabais que sería. Eso se debe a que estáis acostumbrados a utilizar vuestra energía elemental en estado puro. En este caso no se requiere de eso. Debéis manipular vuestra energía elemental para que adopte a la forma que deseáis. No debéis transformarla en otro tipo de energía, solo darle forma para que no esté en estado puro. Aprender a hacer esto os llevara un tiempo, uno que no tenéis, así que os recomiendo que cuando terminéis la clase vayáis directos a la biblioteca».

Membor les mostró el tomo abierto.

—Manipulación de energía elemental… estudiar… —dijo.

Nahia comenzó a comprender lo que debían hacer, lo que no veía muy claro era el cómo. Nunca habían intentado manipular su energía elemental, le habían dado forma como en los ataques de Garra o Fauces, pero era energía elemental pura lo que se utilizaba, al igual que en las bolas. Convertir esa energía elemental en lava dura se le antojaba muy complicado.

«Pensad en lo que debéis crear primero y concentraos. Coged una buena cantidad de vuestra energía elemental y comenzad a manipularla como si lo hicierais con vuestras manos. Tenéis que darle forma, la forma que debéis tener en la cabeza en todo momento. Manipuladla hasta lograrlo. Luego proyectadlo a una de las escamas de vuestro ropaje. El tiempo apremia».

Cuanto más nerviosos se ponían, peor les salía. Las prisas y la presión por la cercanía de la prueba no ayudaban en nada. Quizá por ello, o porque era realmente difícil manipular la energía elemental, nadie lo consiguió en la primara clase. Todos se marcharon a la biblioteca derrotados. Por fortuna, no había castigos.

Lo continuaron intentando en las siguientes clases, pero el resultado siguió siendo el mismo. Nadie podía manipular su energía elemental y convertirla en lo que debían. Nahia tenía pesadillas en las que se caía a la lava de un volcán ardiente de tanto que pensaba en lava durante el día. Sus compañeros también tenían pesadillas similares. Ivo cada vez que veía una roca se quedaba un rato mirándola, como si esperara que le confesara su secreto. Dafne iba a estudiar los diamantes incrustados en edificios y plazas, pero tampoco la ayudaba demasiado. Aiden estaba perplejo y desorientado. Por primera vez se encontraba ante algo que le habían ordenado los dragones que no tenía ningún sentido para él. No comprendía cómo crear torbellinos para sus escamas, le parecía una locura. Lily estaba algo más animada. Ella estaba acostumbrada a crear hielo, solo necesitaba controlarlo para que fuera del tamaño de una escama. Taika llevaba un pedazo de diamante negro con él a todas partes.

Varias semanas más tarde, por fin se produjo el primer éxito. Lily consiguió manipular el hielo hasta convertirlo del tamaño de una escama y adherirla a esta. Su rostro se iluminó de tal manera por la alegría que sentía que todos se dieron cuenta.

«Por fin tenemos a alguien que lo consigue. Estaba empezando a pensar que estabais todos defectuosos. La Escarlatum lo ha conseguido».

En la siguiente clase fue la propia Nahia quien lo logró. Le costó muchísimo, pero por pura testarudez consiguió manipular su energía y darle forma de lava dura. Luego la redujo al tamaño de una escama siguiendo los consejos que Lily les había dado. Nahia se puso tan contenta que estuvo a punto de gritar. En esa misma clase dos más lo lograron, ninguno de la Escuadra Ígnea, pero al menos parecía que empezaban a dominarlo.

Una clase más tarde fue Dafne la que lo consiguió. Creó un diamante de luz del tamaño de una escama, precioso, brillaba y era durísimo. Dafne sudaba del esfuerzo y estaba agotada, pero lo había logrado.

Las siguientes clases se dedicaron a trabajar en conseguir recubrir todas las escamas de sus ropajes, algo que ya sabían que les llevaría un tiempo, pero era más fácil que crear las escamas elementales.

Los chicos, por su parte, siguieron sufriendo para conseguir crear sus escamas. Todo lo que intentaban les fallaba. Sabían que no podían desesperarse, que tenían que lograrlo, pero era de lo

más frustrante. Por primera vez, Aiden estaba perdiendo la esperanza de conseguirlo, cosa que desmoralizaba todavía más a Ivo y Taika. Sin embargo, pese a todo, no se rindieron y continuaron intentándolo clase tras clase y fuera, en la biblioteca. Tenían que pasar aquella clase como fuera y unas escamas elementales no iban a echar por tierra todo lo que habían logrado. No podía fallar ahora que estaban tan cerca no solo de conseguir finalizar el tercer año, sino toda la formación en la academia y graduarse.

Tras cada clase, cuando salían derrotados, Taika siempre intentaba animarlos.

—Estamos más cerca de conseguirlo —decía cada vez.

—Un ápice más cerca, querrás decir —corregía Ivo.

—Necesitamos dar un paso de gigante, no de hormiga —respondía Aiden.

—Cada avance, por minúsculo que sea, cuenta y nos acerca al objetivo —insistía Taika.

—El objetivo está muy lejos —decía Ivo.

—Y se nos acaba el tiempo —añadía Aiden.

A Nahia, Dafne y Lily se les caía el alma al suelo al ver cómo sus compañeros eran incapaces de crear las escamas por mucho que se esforzasen.

La primavera llegaba a su fin y el verano llamaba ya a la puerta. No les quedaba tiempo. En clase de magia todos los que habían conseguido crear sus escamas elementales eran ya capaces de recubrir todo su cuerpo con ellas a excepción de manos y cara, que llevaban al descubierto. La cabeza y la espalda las cubrían la capa con capucha que ya podían recubrir por completo sin problemas.

Nahia podía hacerlo ahora con gran rapidez, en un suspiro, tras haberse dedicado las últimas clases a trabajar la velocidad. Se había percatado, además, de que cuando revestía sus ropajes con las escamas de lava solidificada podía crear otras adicionales a las escamas de su ropaje. Estaba experimentando con ello en aquella clase. Primero recubría todas las escamas plateadas de sus ropas y luego añadía otras más donde había espacio entre escamas. Se miró las piernas y tocó las escamas de lava sólida, de un color rojo negruzco apagado. Eran duras como la roca. Sin duda le protegerían del acero enemigo. Quizá también de las garras…

Dafne estaba trabajando en crear su “armadura de diamantes fulgurantes”, como ella la llamaba, tan rápido como podía. Cuando revestía todo su cuerpo con las escamas de diamante, brillaba tanto que obligaba a todos a cerrar los ojos. Era una armadura preciosa y dejaba a todos boquiabiertos. Parecía una diosa de la batalla que resplandecía con una luz cegadora. A ella le encantaba, pero le preocupaba que la fueran a ver a mil pasos de distancia con semejantes destellos. Por más que intentaba que no brillaran tanto sus diamantes, no lo conseguía. Eran diamantes de luz y no había forma de apagarlos. Desde luego para una misión nocturna o encubierta no era nada apropiada. Aunque para llevar la admiración a los aliados y cegar a los enemigos, mucho.

Lily era capaz ya de crear la armadura de escamas de hielo en un abrir y cerrar de ojos. Su dominio del hielo y la escarcha eran excepcionales. Recubría todas sus escamas con otras de hielo duro como la piedra antes de que uno pudiera siquiera darse cuenta de que eso era lo que iba a hacer. Ahora estaba practicando cómo endurecer todavía más el hielo, dándole otra capa adicional de escarcha sólida. Como ella decía, no podía permitirse que la hirieran y perder su figura irresistible.

«Tenéis una última oportunidad en la clase de hoy para lograr crear las escamas elementales.

Quien no lo consiga ahora, no pasará la clase y no participará en la Prueba de Fin de Año. Por lo tanto, no se graduará de esta ilustre academia».

El mensaje de Buru-Beira-Gogoa los dejó a todos helados. Sabían que se acababa el tiempo, pero nunca cuánto quedaba. Ahora lo sabían y los hizo temblar a todos. A los chicos porque solo tenían una última oportunidad para lograrlo y a las chicas porque temían por sus compañeros.

—Esforzaros… al máximo… última clase… —dijo Membor.

Nahia tragó saliva.

Miró a Ivo, Taika y Aiden e intentó darles ánimos con un pequeño gesto de fuerza apretando el puño. Dafne y Lily hicieron gestos similares también intentando de alguna forma ayudar. La escena se repetía en las otras dos escuadras. Los que lo habían conseguido animaban con gestos a los que no. Todos tenían las mismas caras de angustia.

Taika asintió y se puso a intentarlo de inmediato y Aiden se animó a sí mismo cerrando ambos puños. Ivo se encogió de hombros con expresión de resignación y también se centró en la tarea. Nahia sabía que lo intentarían hasta caer extenuados, ya lo habían hecho otras muchas veces. El problema era que esta era la definitiva. O lo conseguían o estarían acabados.

El día fue pasando despacio. Nahia, Dafne y Lily trabajaban en sus mejoras, pero sin demasiada concentración, ya que estaban pendientes de lo que hacían sus compañeros. Taika seguía sereno, intentándolo sin precipitarse, con tranquilidad. Aiden parecía estar peleando consigo mismo. Sus expresiones y gestos eran de batalla. Ivo parecía relajado, como era él. No se le apreciaba angustia, aunque muy probablemente la estaba experimentando e intentaba mantenerla controlada.

«Dicen que la magia, y otras habilidades de la vida, se desarrollan en momentos de gran necesidad o tensión. Creo que este es precisamente uno de esos momentos y puede ayudaros a conseguir aquello que se os escapa. Es hoy o nunca. Está en vuestra mano».

El mensaje mental dejó a Nahia más intranquila todavía. Sin embargo, no fue el caso de Aiden. Su cuerpo destelló en una mezcla de plata y blanco y una escama de torbellino se formó sobre su manga izquierda. Todos la miraron atónitos. Era como si un diminuto ciclón que giraba sobre sí mismo a gran velocidad se hubiera formado sobre la escama. Era realmente extraño y al mismo tiempo cautivador. Parecía vivo y rotaba, a diferencia de las escamas de Nahia, Dafne y Lily, que eran duras y sólidas, sin vida.

Aiden puso su dedo índice sobre el torbellino y apretó hacia dentro. No pudo llegar a la escama. El torbellino giraba con tal velocidad que no era posible hacer fuerza hacia su interior. Aiden los miró con grandes ojos, él tampoco entendía cómo era posible. Intentó presionar con la palma de su mano, pero no consiguió aplastar el torbellino. Se quedó pasmado un rato observando el fuerte y diminuto remolino de aire de color blanco.

Que Aiden lo consiguiera dio ánimos a Taika e Ivo, que hicieron un gesto positivo y lo intentaron con todavía más énfasis. Había pasado ya media clase y el tiempo se les acababa. En las otras dos escuadras habían tenido también un éxito en cada una.

A tres cuartos de clase Taika destelló en plata y negro. ¡Lo había logrado! En su torso apareció una escama de diamante negro, brillante. De la alegría, el siempre calmado y reflexivo tigre dio un brinco en el sitio.

—Nada de celebraciones… —regañó Membor.

Taika asintió al Exarbor y tocó la escama de diamante negro. La apretó con fuerza y no pudo

dañarla, era muy dura. A Nahia, que no perdía detalle, le pareció que para ser un diamante negro brillaba mucho.

Ya solo quedaba Ivo. La clase continuó y se acercaba el final. Nahia y sus compañeros ya no disimulaban, todos tenían la mirada clavada en él. El Tauruk sudaba a chorros por frente y cuello. Tenía el torso empapado. Con los ojos cerrados continuaba intentándolo, sin ceder a la frustración o la desesperanza.

Nahia estaba convencida de que justo en el último instante lo conseguiría.

Y llegó el momento final. La clase se acababa. Nahia aguantó la respiración esperando ver el destello marrón que marcaría la aparición de una escama de roca en el ropaje de Ivo. Todos lo miraban en medio de una enorme tensión.

La clase se acabó.

«Final de la clase. Los que lo habéis conseguido, pasáis la clase. Los que no, y veo que hay más de uno que no, no pasáis la clase…».

—Oh, no… no… —Nahia masculló entre dientes desesperada.

Dafne y Lily tenían caras de completo horror y Taika y Aiden de desesperación.

Y en ese momento Ivo emitió un destello marrón y en medio de su poderoso torso apareció una escama de roca.

«…el Tauruk la pasa, al límite, pero pasa. Marchad todos y practicad. Os salvará la vida. Luchad bien y conseguidnos la gloria en el campo de batalla».

Ivo resopló tan fuerte que casi derriba al viejo Membor, que tenía delante.

Todos se abalanzaron sobre él y lo abrazaron con fuerza rompiendo el protocolo, incapaces de aguantarse de la tensión vivida.

Buru-Beira-Gogoa se volvió y marchó, ignorando aquella última falta.

Capítulo 44

Al final del día, muy animada por haber conseguido pasar la clase de magia, Nahia fue a la biblioteca. Había estado tan ocupada con las últimas clases que no había visto a Logan más que en el gimnasio y siempre en compañía de Dafne y Lily, por lo que no había podido disfrutar de un momento a solas con él. Era algo que deseaba mucho, pero también sabía que lo primero era superar las clases, tanto ella como Dafne y Lily. Por ello no le había importado que no tuvieran la intimidad que deseaba para poder continuar lo que habían iniciado. Logan le lanzaba algunas miradas que Nahia interpretaba como significativas. No eran simples miradas de preocupación, había algo más en ellas, un brillo especial que ella notaba, y le gustaba.

En cuanto a Ana, no la había vuelto a ver desde el día del incidente del beso. Comenzaba a sospechar que no era por casualidad, había pasado demasiado tiempo sin que coincidieran y eso solo podía ser adrede. Ya no iba al gimnasio ni pasaba tiempo con Logan como acostumbraba a hacer. Los rehuía a los dos. Solo podía haber una razón para ello: tenía sentimientos por Logan. Nahia estaba ya segura y se sintió muy mal por su amiga. Quería hablar con ella y explicárselo, pero no le daba la oportunidad. La evitaba.

Suspiró y se acercó a la lámpara que tenía más cerca.

—Quiero hablar contigo, Liburex —susurró a la lámpara.

Luego aguardó tranquilamente.

Tras un largo momento un Exarbor bibliotecario se acercó hasta ella.

—Sígueme… por favor —pidió.

Nahia sonrió al Exarbor y lo siguió. Subieron a la quinta planta y el Exarbor la acompañó hasta el despacho del bibliotecario jefe.

—Adelante —se oyó la voz y Nahia entró.

El Exarbor se quedó esperando fuera.

—¿A qué… debo el honor? —recibió Liburex sentado cómodamente detrás de su escritorio.

—¿Siempre me estás escuchando?

—Es entretenido… y como sabes… aquí el entretenimiento es escaso.

—Aparte de que quieres saber todos y cada uno de mis movimientos.

—Eso también —reconoció Liburex con un gesto de la cabeza.

Nahia lo miró un momento. Llevaba tiempo pensando en aquello y aunque sabía que era arriesgado, no tenía muchas opciones.

—Necesito un favor.

Liburex la observó con expresión de interés en su rostro de corteza.

—Entiendo que… será algo que implica riesgo.

—Así es. De lo contrario no estaría aquí.

—Comprendo… Adelante. ¿Qué… favor es ese?

—Necesito poder acceder a las mazmorras.

Liburex se recostó en su sillón con un sonido a madera quebrada, como si se le partiera la espalda.

—Esa es una petición… ciertamente arriesgada.

—Una que estoy seguro, el bibliotecario jefe con sus contactos por toda la academia puede organizar.

—¿Quién dice que tengo… contactos… por toda la academia?

—Lo digo yo. Lo he estado pensando y he llegado a la conclusión de que desde aquí se dirige a los Exarbor.

—No a todos… los Exarbor —puntualizó Liburex.

—A los de ideas progresistas —dijo Nahia.

Liburex asintió.

—Los de ideas anticuadas… y continuistas… morirán bajo el yugo de sus amos.

—Y si hay un Exarbor como tú, también debe haber un Tergnomus con ideas y organización similares a la tuya en la academia.

—Siempre he dicho… que eres una chica no solo valiente… sino lista.

—Por lo tanto, si ese Tergnomus quisiera, podría dejarme acceder a las mazmorras.

—Esa petición es muy peligrosa… El riesgo es muy alto… Las mazmorras están vigiladas y… no tenemos el control.

—Eso lo entiendo. También imagino que es posible organizarlo.

Liburex se quedó callado y cerró los ojos.

—Veré… qué se puede hacer… es cuanto puedo prometer.

—Dijiste que me ayudarías.

—Que… intentaría ayudarte…

—Pues inténtalo hasta conseguirlo.

Liburex sonrió.

—Llevará… tiempo.

—De acuerdo —dijo Nahia y se dio la vuelta para marchar.

—Una cosa más…

—¿Sí?

—Intenta… que no te maten… en la Prueba de Fin de Año… Esto sería muy aburrido sin ti.

Nahia sonrió.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Y llegó el día de la última clase de armas. Si en la clase de magia Aiden, Taika e Ivo habían

sufrido hasta el último momento, lo mismo sucedía ahora con Nahia, Dafne y Lily. Tenían que hacerlo muy bien en su último duelo con Urus en la Arena y demostrar que dominaban la lanza y el escudo para que les permitiera pasar la clase y poder acceder así a la Prueba de Fin de Año.

Estaban llegando a la entrada de la Arena y a Nahia solo de ver el edificio se le puso la carne de gallina.

—Lo vais a conseguir, estoy convencido —dijo Aiden en un alarde de camaradería.

Las tres lo miraron un tanto extrañadas.

—¿Y ese nuevo compañerismo tuyo? —preguntó Dafne.

—Yo siempre he tenido compañerismo. Para mí es muy importante que la escuadra entera se gradúe.

—Ah, para no quedar tú mal, ya decía yo… —replicó Lily con expresión de no estar nada impresionada.

Aiden puso cara de estar ofendido.

—No es solo por eso. Por supuesto que quiero que nos graduemos todos.

—No estoy yo nada segura de eso —replicó Dafne con una mueca de incredulidad.

—¿No será verdad que dentro de ese caparazón de dragón hay un ser con corazoncito después de todo? —preguntó Lily, socarrona.

—Yo tengo un corazón de guerrero, de Drakónido.

—Ya, eso, que podemos caernos todos a un abismo que él seguiría tan tranquilo luchando por sus amos —dijo Dafne.

—Si os caéis a un abismo sería una torpeza nada digna de una Bruja de Dragón —dijo Aiden y la miró con ojos de que esperaba que eso no sucediera.

—No seáis así con Aiden, seguro que le importamos —intervino Nahia y le dio una palmada en la espalda al Drakónido.

Era cierto que Aiden, si bien muchas veces era insoportable con sus señores dragones en la boca todo el tiempo, tampoco era malo. Siempre se había portado bien con todos. Muy bien, de hecho, de forma honorable. Otra cosa era que sus opiniones y forma de pensar fueran contrarias a las del grupo.

—Nahia tiene razón. Aiden es buen compañero y solo quiere lo mejor para toda la escuadra —intervino Taika en su defensa.

—Tú siempre le defiendes —acusó Dafne a Taika.

—Y tú, Nacida de la Llama, no le defiendas que ya sabes lo cabeza de roca que es —dijo Lily.

—Yo no necesito que nadie me defienda. Pensad lo que queráis, me da igual. Yo haré lo correcto —respondió Aiden. Levantó la barbilla y entró en el edificio.

—¡Sí, harás lo que tus amos te ordenen! —gritó Dafne.

—¡Y de rodillas! —añadió Lily.

—La verdad es que sois terribles —regañó Nahia.

—Se lo merece por cabeza de granito —dijeron las dos al unísono.

—Os recuerdo a las tres que esta clase es crucial. Mejor si estáis en calma, relajadas y concentradas —sugirió Ivo con voz transcendental.

—Ivo tiene toda la razón —Nahia intentó calmarse.

Entraron y Urus ya esperaba en la zona norte, como hacía siempre. Se acercaron hasta él y formaron con respeto. Todos portaban todo su armamento encima, como el maestro de armas les exigía. Llevaban la daga a un lado de la cintura y la espada al otro, en una mano el escudo y en la otra la lanza. Así iban armados los Brujos de Dragón y así debían realizar la formación de armas. Nahia lo encontraba excesivo. Solo iban a entrenar lanza y escudo, no había necesidad de cargar con el resto de las armas, pero esa no era la opinión del Beldur-Gorri-Handi y tampoco la de Urus.

Era cierto que con el paso de la estación cada vez le pesaba menos todo el equipo. No sabía si era que ya se había acostumbrado a llevarlo, o que estaba cada vez más fuerte por todo el entrenamiento en la clase de armas y en el gimnasio. Lo más probable era que fuese una combinación de ambas cosas.

—Hoy solo realizaréis los movimientos básicos medio día, por ser la última clase. Luego tendremos los últimos duelos.

Todos se quedaron extrañados, pero agradecieron no tener que ejercitarse todo el día, sobre todo porque llegarían más descansados al duelo final.

—Este último duelo no solo pone final a esta clase, sino que determinará si pasáis el curso o no.

Este anuncio los puso nerviosos. Habían trabajado mucho y se habían esforzado lo indecible. Se la jugaban todo a un único combate, pues de no pasar la clase no irían a la Prueba de Fin de Año y no se graduarían. El gran problema era que los duelos que llevaban el último mes habían terminado realmente mal para Nahia, Dafne y Lily. Los chicos lo hacían cada vez mejor y en los últimos habían aguantado bastante bien.

—Comenzad con los ejercicios básicos por parejas —ordenó Urus.

Trabajaron los ejercicios y Nahia intentó gastar las menos fuerzas posibles y ahorrarlas para el enfrentamiento con Urus. Dafne y Lily también hicieron lo mismo. Solo tenían que golpear con un poco menos de intensidad y moverse de forma más liviana, sin forzar. Urus seguro que se dio cuenta porque se fijaba en todo, pero no dijo nada. Pareció querer darles una oportunidad.

Cuando llevaban media clase Urus dio el alto.

—Ha llegado el momento de los duelos finales —anunció.

Nahia no pudo evitar poner cara de horror.

—En círculo a mi alrededor —ordenó.

Así lo hicieron. Nahia, Dafne y Lily clavaron una rodilla y el talón de la lanza en el suelo mientras apoyaban el canto del escudo también en el suelo y el resto contra su cuerpo. Era una pose de descanso que el mismo Urus les había enseñado y que ellas no perdían oportunidad de utilizar porque así no tenían que soportar el peso de la lanza y el escudo.

El primero en ser llamado fue Ivo. Verlos a los dos uno frente al otro armados con aquellos cuerpos bestiales, impresionaba. Urus dio la señal y comenzaron el combate. Ivo había mejorado mucho su técnica. Fuerza tenía de sobra, aunque Urus tenía más de ambas. Intercambiaron ataques y defensas una quincena de veces hasta que Urus consiguió atravesar las defensas de Ivo

y le clavó la lanza en su amplio cuello. Este comenzó a toser y le costaba respirar. Tardó un momento en recuperarse. Preocupó mucho a todos, pero se encontraba bien.

—Tu técnica es aceptable. Tu fuerza y aguante son notables. Pasas la formación.

Ivo saludó a Urus inclinándose con respeto.

—Gracias, maestro.

Todos se alegraron muchísimo por él. El siguiente fue Aiden. El Drakónido no era tan fuerte como Ivo, pero su técnica era mejor. Aguantó una docena de ataques y defensas hasta que Urus le alcanzó en el estómago con un ataque fulgurante que no pudo esquivar. Se dobló de dolor.

—Tu técnica es buena. Tu fuerza y aguante son buenos. Pasas la formación.

Aiden se puso muy tieso aguantando el dolor. Luego saludó con respeto.

El sonido de metal contra metal sonaba en la Arena, ya que las otras dos escuadras también estaban con los duelos finales. Nahia se preguntó de pronto, casi como con un presentimiento, si no habría algún dragón disfrutando del espectáculo. Miró hacia las alturas. Las paredes circulares que envolvían la Arena eran altísimas y sobre ellas, efectivamente, vio a dos dragones enormes cuya presencia no era buena señal. Eran el coronel y el comandante. No sabía que hacían allí, probablemente divertirse con el espectáculo y ver cómo los maestros de armas daban a todos una lección.

Le tocó el turno a Taika. Este fue un combate muy reñido. Taika era un luchador estupendo, daba igual el arma que utilizase. Su agilidad de gran felino le daba ventaja en movimiento y pericia con el arma. De fuerza andaba algo más escaso que Ivo y Aiden, pero tenía suficiente. Este duelo se prolongó hasta veinte ataques y defensas. Urus tenía dificultades para alcanzar a Taika, que no cesaba de desplazarse con una rapidez y habilidad envidiables. Finalmente consiguió hacerlo en una pierna y luego en la otra, lo que lo ralentizó, y Urus lo remató con un golpe de escudo a la cara.

—Tu técnica es notable. Tu fuerza y aguante aceptable. Pasas la formación.

Taika, todavía algo aturdido por el golpe, saludó a Urus y se retiró.

Urus llamó a Lily. La Escarlatum fue hasta el maestro con mirada decidida. De las tres Lily era la que más fuerza y aguante tenía, así que Nahia confiaba en que, si alguna podía lograr pasar, era ella. Comenzó el duelo y Lily se manejó muy bien. Tenía buena técnica y de fuerzas parecía que iba bien. Aguantó diez intercambios hasta que Urus la derribó de un barrido con la lanza y la remató en el suelo con un golpe al torso. Lily se quedó tumbada en la Arena boca arriba con cara de sufrimiento.

—Tu técnica es buena. Tu fuerza y aguante suficientes. Pasas la formación.

Lily abrió mucho los ojos y asintió.

—Gracias… maestro —luego se arrastró hasta su sitio.

La siguiente en ser llamada fue Nahia. Miró hacia arriba, donde los dos grandes dragones observaban el espectáculo, y se prometió a sí misma que no haría el ridículo. No iba a permitir que se rieran de ella aquellos dos seres crueles y abominables. Urus dio la señal y comenzó el duelo.

Nahia aguardó atenta los ataques de Urus. No estaba tan cansada como otras veces y se veía con fuerzas para aguantar, solo necesitaba que no la alcanzara con facilidad. Urus atacó con una serie de golpes rápidos que habían estudiado y Nahia se defendió bien. Cada defensa con el

escudo le machacaba algo el brazo izquierdo, pero aguantaba. Contratacó lanzando tres ataques bastante certeros, pero Urus los desvió sin problemas. Nahia no había aguantado nunca tanto y estaba contentísima, lo estaba haciendo mejor de lo que pensaba.

Y llegó el agotamiento. De pronto, sus brazos y piernas parecieron perder toda su fuerza. Apenas podía tenerse en pie. Aguantó dos defensas más y a la tercera recibió un golpe en el estómago que la hizo doblarse de dolor. No había podido defenderse más. No tenía fuerzas. Se quedó en el suelo, vencida.

—Tu técnica es buena. Tu fuerza y aguante muy, muy justos, pero los doy por suficientes. Pasas la formación.

Nahia miró a Urus sin poder creerlo.

—Gracias… maestro… de verdad.

Urus le hizo un gesto con la lanza para que volviera a su sitio.

La última fue Dafne. La Fatum arrugó la nariz y se armó de valor. Tiraría de su carácter y nervio ariscos, porque sabía que no tenía aguante. De las tres chicas ella era la que menos músculo había conseguido desarrollar, no por entrenar menos, porque había entrenado tanto como sus dos compañeras, pero debía ser por algo fisiológico de los Fatum.

Urus dio comienzo al duelo y Dafne atacó tres veces con movimientos medidos y golpes de lanza certeros. Su técnica era tan buena como la de Nahia y Lily y lo demostró, pero al llegar las defensas enseguida se vio en problemas. Si Nahia había aguantado bastante antes de que las fuerzas la abandonaran, no fue el caso de Dafne. El escudo se le fue hacia abajo y la lanza ya no atacaba con la misma precisión. Arrugó nariz y frente, gritó y continuó atacando de pura rabia. Esto le consiguió unos cuantos ataques más hasta que Urus la desarmó de escudo y lanza con dos potentes golpes. Luego la derribó de una patada al torso.

—Tu técnica es buena. Tu fuerza y aguante no son suficientes, pero tu rabia los ha suplido y los doy por aceptables. Pasas la formación.

Dafne, de espaldas en el suelo, gritó de alegría.

—¡Sí, señor! ¡Gracias, maestro!

Urus miró a todos un largo momento y luego suspiró.

—Os he preparado tan bien como he podido. Luchad con cabeza y técnica. También con pasión y rabia. Luchad y no os rindáis. Que la muerte no os encuentre. Luchad y evadidla. Suerte a todos —dijo y se despidió con un saludo de cabeza.

Todos devolvieron el saludo y agradecieron las enseñanzas recibidas. Nahia sintió que Urus era bueno, luchando a su modo por sobrevivir. Sus enseñanzas les salvarían la vida, de eso no tenía duda. Miró a las alturas para ver si los dos monstruos seguían allí, pero ya se habían aburrido del espectáculo y habían marchado.

Nahia suspiró. Lo importante era que habían conseguido pasar todas las clases. Ahora ya solo les quedaba la Prueba de Fin de Año.

Un escalofrío le bajó por la espalda. Debían sobrevivir.

Capítulo 45

Tres días más tarde, Nahia despertó con un dolor de cabeza considerable que ya conocía, el que quedaba después de cruzar el gran portal entre mundos. Tardó un momento en que los ojos se enfocaran y supiera dónde estaba. Reconoció la lona de la tienda militar y se incorporó en el catre de campaña.

—Estamos de vuelta en Tremia, ¿verdad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, estamos en Drameia —respondió Aiden, que tenía medio cuerpo dentro de la tienda y medio fuera.

—Estamos en la Prueba de Fin de Año —dijo Dafne sujetándose la cabeza.

—Lo mejor de este dolor de cabeza es que casi no recuerdo el discursito grandilocuente y soberbio de despedida del coronel —afirmó Lily.

—¿Te refieres al honor y orgullo que es para nosotros estar aquí sirviendo a los dragones como Brujos de Dragón de tercer año? ¿A la oportunidad de gloria y conquista que tenemos ante nosotros y por la cual deberíamos estar agradecidos? —dijo Dafne.

—Con lo bien que estaba sin recordarlo… —se lamentó Nahia, a la que la ceremonia de inicio de la prueba comenzaba a volverle a la cabeza.

—Es mejor que lo recuerdes cuanto antes, es menos traumático —dijo Ivo sonriendo.

—No sé por qué os burláis. Por supuesto que es un honor y un privilegio estar aquí. Así lo deberíais sentir todos —afirmó Aiden con seriedad.

—A ti, cabecita de mármol, te guste o no, te voy a encantar para que hagas lo que yo diga, que eres insoportable —dijo Lily.

—Sí, por favor, que me empeora el dolor de cabeza —animó Dafne.

—Ni se te ocurra usar tu magia en mí —dijo Aiden y por si acaso salió de la tienda.

—¿Sabemos algo más de la misión? —preguntó Nahia.

—De momento nada —respondió Taika, que entró en la tienda—. Solo que es una misión en territorio enemigo y será peligrosa.

—Bueno, eso y que si no cumplimos la misión no nos graduamos, por supuesto —añadió Dafne con tono de ironía.

Taika asintió.

—Sí, eso también.

—¿No se ha pronunciado nuestro líder? —preguntó Lily.

—No. No está por aquí y tampoco veo a ninguno de los otros líderes —dijo Taika y volvió a salir a mirar.

—Empezamos bien, sin información y con una misión peligrosa —Dafne ya arrugaba la nariz.

—Como siempre, quieres decir —Lily hizo un gesto cómico.

—Lo importante es que estamos aquí y seguimos juntos y bien —dijo Ivo y salió de la tienda.

—A ver si podemos terminar la misión de la misma forma —deseó Nahia.

—Seguro que sí, ya veréis —animó Lily.

Descansaron un rato y, como Irakas-Gorri-Gaizt no aparecía, Nahia decidió dar una vuelta por el campamento. La parte de las tiendas militares y los carros con suministros no le interesaban. Sin embargo, el inmenso glaciar con forma de fortaleza medio derruida con la perla para viajar entre mundos por la que habían llegado, sí. Se dirigió hacia allí.

Se acercó a la entrada. Una veintena de soldados humanos hacían guardia repartidos a ambos lados de la entrada. Los guardias la miraron, pero al ver que era una Bruja de Dragón no la detuvieron y la dejaron pasar. Ella avanzó hacia el interior de la descomunal estructura de hielo.

El lugar era inmenso y cautivador. Aquel glaciar era tan grande como precioso. Nahia admiró las altas paredes de hielo de color azul y blanco y se quedó con la boca abierta. Era un lugar impresionante, emitía destellos al rebotar la luz entrante en las paredes y lo hacían casi mágico. Avanzó hasta la gran cámara central y allí sí que se quedó pasmada.

En medio de la descomunal caverna estaba la perla, de un tamaño colosal, cien veces más grande que las normales. Emitía un pulso plateado. Nahia no sabía si estaba comenzando a activarse o a desactivarse. Los destellos plateados se reflejaban contra las paredes de hielo generando una iluminación de lo más singular. Pero lo que era realmente impresionante era la perla en sí.

Delante de la gigantesca perla había un dragón plateado de tamaño mayor que el de Irakas-Gorri-Gaizt. Debía de ser un dragón de cerca de novecientos años. Viéndose cerca de aquel poderoso dragón, Nahia se sintió diminuta. Se preguntó cómo habían podido Lasgol y sus compañeros luchar contra uno incluso mayor. Allí había matado Egil al dragón inmortal antes de caer al portal que lo había llevado a Kraido. Se imaginó luchando contra aquel ser y sintió que era una proeza imposible. Lo que Egil había conseguido con la ayuda de sus amigos le parecía una hazaña increíble.

El dragón de plata se percató de que ella estaba allí, pero la ignoró. Nahia se acercó un poco más a la enorme criatura. Aquello sí que requería honor, valentía y coraje. Muchos habían caído aquel día allí, pero al final lograron su propósito. Por desgracia, su éxito no pudo mantener a los dragones fuera de Tremia. Para Nahia aquello no restaba mérito a lo conseguido. Uno debía hacer cuanto podía por el bien, aunque al final no consiguiera librar a las gentes del mal que acechaba. Cuando uno lo daba todo, nada tenía por lo que arrepentirse. Para ella Egil, Lasgol, Camu y las Panteras de las Nieves eran unos héroes que lo habían intentado todo, como ella haría por liberar a los suyos de la esclavitud de los dragones. De no conseguirlo pagaría las consecuencias, como lo había hecho Egil, que lo había perdido todo y llevaba años preso, o como Lasgol, al que le habían arrancado la memoria y la magia y estaba comenzando a recuperar ambas desde cero.

De pronto sintió que la escama en su cuello se calentaba. Algo sucedía, algo relativo a su destino. Sin saber por qué giró la cabeza hacia la izquierda. En un lateral de la pared de hielo vio varias entradas de lo que parecían cavernas adyacentes. Nahia cerró los ojos y se dejó llevar por la extraña sensación que sentía. De pronto sintió que se le nublaba la cabeza. Una bruma plateada comenzaba a formarse alrededor de su mente. Comenzó a tener una sensación que ya conocía, como si estuviera en una ensoñación y el mundo a su alrededor no fuera real, sino parte de un

sueño.

Notaba la cabeza como en una nube y la necesidad de caminar hacia el este, como si hubiera allí algún poder que la atrajera. No se resistió. Era una sensación muy extraña pero que ya había experimentado. La producía la escama de Garran-Zilar-Denbo en su nuca y tenía algo que ver con su destino, así que quería saber qué era.

Continuó caminando como perdida en una nube plateada. Abrió los ojos y se vio en una gran caverna en uno de los laterales del glaciar. No apreció nada en el interior de la cueva, estaba vacía. Sin embargo, la escama en su nuca seguía ardiendo. Miró en todas las direcciones y todo lo que pudo ver fue hielo.

Cerró de nuevo los ojos y dejó que la nube de plata volviera a envolver su mente. De nuevo sintió como si una fuerza invisible la atrajera. Se dejó llevar, o más bien dejó que su cuerpo siguiera aquella atracción entre mágica y mística. Le parecía muy extraño lo que le estaba pasando, pero aquella nube plateada en su mente ya le había enseñado una visión de Egil y ella, por lo que esperaba cualquier cosa. Su existencia era de todo menos normal y cada día se volvía más singular. De pronto sintió frío y algo sólido y se detuvo. Abrió los ojos. Estaba a un palmo de la pared de hielo en la cara norte de la caverna.

—Qué raro… no hay nada aquí… —murmuró para sí misma.

Extendió la mano y tocó la pared. Como esperaba, estaba helada, no consiguió captar nada más que frio. Dio unos pasos hacia atrás para ver mejor la pared y la observó con detenimiento. Emitía destellos azulados y blancos, como el resto del glaciar. Pensó que sería algún objeto de poder, como una perla de plata, pero no la veía. Miró hacia todas partes, pero solo vio paredes de hielo.

—No hay nada aquí… —murmuró Nahia contrariada y se llevó la mano a la escama. Constató que estaba ardiendo.

Cerró los ojos por si lo que sucedía era que iba a tener una visión y debía estar en aquel lugar en específico para recibirla. Sintió que de nuevo se le nublaba la cabeza. La bruma plateada regresaba a ella. Volvió a sentirse como en una ensoñación, como si aquella cueva de hielo no fuera real.

Entonces, una imagen borrosa comenzó a formarse en la bruma de su mente. Poco a poco la bruma dejó paso a una escena que se fue formando en el centro. La vio como en un gran espejo circular de bordes argenta. Esto ya lo había visto antes, en la visión de Egil, por lo que supo que se trataba de otra visión.

La imagen terminó de formarse. En ella vio una figura que se fueron definiendo. Era un hombre. Nahia no lo reconoció, lo que sí reconoció fueron sus vestimentas, eran las de un Guardabosques. En las manos llevaba dos cuchillos dorados. Sus ojos y cabello eran oscuros y su mirada letal. De pronto dio un salto y se encaramó a la parte posterior de un dragón subiendo por la cola con una rapidez y agilidad pasmosas. La imagen comenzó a volverse borrosa según el Guardabosques subía por la espalda en dirección a la cabeza del dragón. Un momento después la imagen se disipaba y Nahia no pudo captar nada más.

Abrió los ojos y la pared de hielo frente a ella le devolvió a la realidad.

—¿Quién eres? —murmuró—. ¿Por qué te he visto?

Se quedó pensativa sin saber qué sucedía.

Una voz le llegó a su espalda.

—Nahia, tenemos que regresar. Irakas-Gorri-Gaizt llama a formar —llegó la voz de Dafne.

Se giró hacia su compañera.

—¿Formar? Oh, de acuerdo, voy.

—¿Qué hacías aquí? —preguntó Dafne cuando Nahia estuvo a su altura.

Nahia suspiró.

—No lo sé. He tenido otra visión.

—¿De Egil? —Dafne puso cara de estar muy interesada.

—No, esta vez he visto a un Guardabosques moreno con dos cuchillos dorados.

—¿Molak o Luca?

Nahia negó con la cabeza.

—No, no sé quién era, pero he sentido algo.

—¿El qué?

—Era especial, letal.

—Espero entonces que seamos aliados y no venga a por nosotros.

—Sí, yo también.

—¿No te ha llegado la llamada a formar?

—Pues no, ¿igual por estar aquí adentro?

—O porque estabas teniendo una visión…

—Eso también puede ser —sonrió Nahia.

—Vamos, corramos o nuestro líder nos asará a la parrilla.

—A mí no puede asarme —sonrió Nahia.

—Cierto —rio Dafne.

Las dos echaron a correr y abandonaron la cueva. Irakas-Gorri-Gaizt ya aguardaba con el resto del escuadrón en formación. Corrieron cuanto pudieron hasta llegar a sus posiciones en la formación de la Escuadra Ígnea. Sus compañeros las miraron con inquietud por el retraso.

Irakas-Gorri-Gaizt les lanzó miradas de fuego.

«He recibido órdenes. Nuestra misión es la de ayudar en la toma de una ciudad fortificada de importancia estratégica por su ubicación. Se trata de una que ya conocéis: Olstran. Los norghanos están recibiendo refuerzos de sus aliados del Continente Helado en esa ciudad. Debemos tomarla y evitar que continúen recibiéndolos. Será una misión complicada, espero que estéis a la altura. No está solo en juego que paséis o no la misión y os graduéis de la academia, en esta misión os jugaréis la vida. Así que seguid mis órdenes sin duda alguna en todo momento. No me gusta tener bajas en mi escuadrón y esta es una misión en la que puede haber más de una. Espero que mi advertencia haya sido entendida».

Todos comprendían la advertencia. Habían visto la ciudad sitiada y la cantidad de bajas que estaban sufriendo las tropas del rey dragón rojo, así que sabían a dónde se dirigían. Nahia tuvo un mal presentimiento. Tomar aquella ciudad iba a ser un infierno y se jugarían la vida. No le gustó lo más mínimo.

Las expresiones de sus compañeros eran de preocupación. Miró a Brendan y Logar, en las

otras dos escuadras, y tenían la misma cara. Todos entendían que se jugaban la vida en la última misión en la academia.

«Coged el quipo, nos encontraremos en la perla del Continente Renacido, al sur. De allí iremos a la perla de Norghana. El resto del camino será a pie, como la última vez. Acompañaremos a un regimiento de infantería de dos mil soldados, esta vez sin carros de suministros, por lo que llegaremos en la mitad de tiempo. Tampoco habrá ataques de guerrilla, ya que no llevamos suministros. No espero problemas hasta la llegada a la ciudad sitiada. De todos modos, id con los ojos bien abiertos todo el camino».

Nahia pensó que su líder estaba siendo muy optimista después de lo que había pasado la última vez, aunque era cierto que no llevaban nada que los Zorros Blancos de Molak y Luca pudieran querer. Arriesgarse a atacar una columna de más de mil soldados sin nada que ganar no parecía una buena opción. Quizá Irakas-Gorri-Gaizt tuviera razón.

«¡En marcha! ¡La gloria y la conquista nos esperan!».

Nahia suspiró.

Ella no quería ni gloria ni conquista.

Capítulo 46

Irakas-Gorri-Gaizt estaba en lo cierto. No tuvieron ningún incidente armado de camino a Olstran y llegaron a la ciudad en la mitad del tiempo que habían tardado la primera vez. La columna de dos mil soldados tenía prisa por alcanzar la ciudad amurallada y los oficiales impusieron un ritmo de marcha alto.

Una de las principales razones del ritmo impuesto eran las tormentas invernales. En el norte de Norghana eran letales y les rondaron todo el trayecto, de hecho, tuvieron que esquivar varias de las duras y, aun rehuyéndolas, más de cien soldados murieron congelados. Por fortuna, Nahia podía ahora calentar a toda la escuadra sin problemas, incluso en medio de una tormenta gélida, aunque resultase complicado. Se las habían arreglado, pero aquel clima tan duro de aquella región era realmente peligroso.

Lo que Nahia no podía hacer era reducir el peso de la lanza y el escudo con el que tuvieron que marchar todo el trayecto. No fue una experiencia agradable. Caminar tantos días seguidos en pleno invierno hacia el norte de Norghana con equipamiento de guerra pesado y tormentas invernales buscando darles muerte no se lo deseaba a nadie.

Al llegar al campamento de guerra del ejército de Erre-Gor-Mau, el rey dragón rojo, pudieron comprobar que se estaban preparando para un gran ataque a Olstran, la ciudad sitiada que se resistía a caer. Era una imagen curiosa pues toda la ciudad, las casas, las torres, las murallas y los alrededores estaban completamente cubiertos de nieve y hielo. No se veía un alma, solo un paisaje cubierto de nieve y una ciudad enterrada en ella. Al estar en un altiplano tenía un aspecto casi de ensueño con bosques al norte y al este a una legua de distancia.

—¿Cuántas tropas cuentas? —preguntó Ivo a Taika cuando aguardaban en un puesto de control al norte para acceder al campamento. Podían verlo frente a ellos y detrás, en la distancia, la gran ciudad amurallada.

Nahia estiró el cuello y se puso de puntillas para ver mejor. Había cerca de tres mil tiendas de campaña a lo largo de una explanada nevada al norte de la ciudad. Como era habitual, cientos de soldados y personal de campaña se movían de un lado a otro con prisa llevando a cabo infinidad de tareas. Y detrás de las tiendas estaban los carros, contó más de mil además de un centenar que abandonaba el campamento para ir en busca de más suministros.

—Frente al campamento, formando hacia la muralla norte de la ciudad, cuento unos diez mil soldados —dijo Taika con los ojos entrecerrados.

—Yo veo además seis dragones volando y otros seis sobre la ciudad —añadió Aiden, que miraba con mucho interés el vuelo de sus señores.

—Sí, siguen castigándola sin descanso —comentó Dafne al observar cómo los dragones descendían y enviaban sus alientos elementales contra murallas, edificios y torres rompiendo con sus rugidos y ataques la imagen idílica de la ciudad nívea.

—Así acabarán con la moral del enemigo y tendrán que rendirse —opinó Aiden.

—Lo dudo mucho. Estos norghanos no se rendirían ni aunque tuviesen un dragón delante con

intención de comérselos. Atacarían con hacha y escudo entre gritos de guerra los muy brutotes —dijo Lily.

—Pues morirían —replicó Aiden.

—Ya, pero de rendirse nada —replicó de vuelta Lily.

—¿Cuántos soldados rodean la ciudad? —preguntó Ivo, que miraba con la mano puesta en los ojos como si el sol le molestara, aunque sol no había y empezaba a nevar de nuevo con bastante intensidad.

—Mil al este, mil al oeste y otros dos mil al sur —calculó Taika.

—El enemigo no tiene escapatoria. Están rodeados y sitiados, perecerán —afirmó Aiden con energía.

—Por si no te has dado cuenta, cabecita de mármol, nosotros no nos alegramos de que estén sitiando y matando norghanos.

—Habla por ti, yo estoy aquí para conseguir la misión que se nos ha encomendado y graduarme de la academia.

—Habla por todos nosotros —dijo Dafne señalando al resto de la escuadra.

—Pues yo hablo por mí y seré Brujo de Dragón, pese a vosotros. La misión consiste en tomar la ciudad y eso es lo que vamos a hacer. Que haya norghanos dentro es irrelevante. Se cumplen las órdenes y no hay nada más que hablar —dijo Aiden muy enfadado.

—¡Mirad cómo se ha puesto! Le va a dar un ataque de los suyos —dijo Lily.

—¡No me va a dar ningún ataque! —exclamó y en sus ojos apareció un brillo rozando la locura.

—Uy… que le da…. —masculló Lily.

Aiden hizo un esfuerzo enorme por calmarse y tras resoplar tres veces por la nariz miró hacia el campamento de guerra y no dijo nada más.

—La ciudad es similar a la capital, robusta y de roca, está aguantando bien —comentó Taika.

—Los norghanos construyen ciudades de granito y roca para soportar estas tormentas invernales tan letales que padecen. Lo que no sospechaban era que les iba a ayudar a aguantar la invasión de los dragones —comentó Ivo.

—Estoy seguro de que ya les ha ayudado contra otros enemigos con anterioridad, a juzgar por cómo luchan y aguantan —supuso Taika.

Nahia miró alrededor y vio que Irakas-Gorri-Gaizt estaba sobrevolando la zona y habló muy bajito.

—Lasgol me contó que los norghanos han tenido enfrentamientos con varios reinos como Zangria, Erenal y Rogdon. Incluso con los pueblos del Continente Helado. Sus ciudades siempre han aguantado los asedios.

—¿No son los pueblos del Continente Helado y los norghanos aliados? —preguntó Lily, aquello no le encajaba.

—Lo son ahora, pero en el pasado han sido enemigos irreconciliables —explicó Nahia.

—Pero cuando llega un enemigo todavía mayor y peor, hasta los enemigos irreconciliables se alían contra el nuevo —razonó Lily.

—Creo que ya eran aliados antes de la invasión, pero seguro que la amenaza de los dragones los ha unido más —opinó Nahia.

—Y por eso estamos aquí, ¿no? —preguntó Lily—. Para evitar que sigan llegando refuerzos del Continente Helado.

—Parece que cruzan el mar del norte más arriba, detrás de las grandes montañas, y luego descienden hasta esta ciudad para reabastecerse y luchar —comentó Taika—. Eso me contaron los soldados cuando estuvimos aquí en la Prueba de Mitad de Año.

«Tenéis permiso para entrar en el campamento de guerra. Los oficiales os darán tiendas. Aguardad mis órdenes» envió Irakas-Gorri-Gaizt desde las alturas.

—Menos mal, empieza a nevar con fuerza —dijo Dafne sacudiéndose la nieve de la capa y la capucha.

—Menos mal que nos han dado equipamiento de invierno —agradeció Nahia y se envolvió en la gruesa capa.

—¿Alguien sabe de qué material está hecha nuestra ropa? —preguntó Lily.

—Ni idea, pero protege del frío y pesa poco —dijo Ivo.

—Lo que no entiendo es por qué aquí tiene que ser invierno cuando en la academia era ya casi verano —se quejó Lily.

—Estamos en otro mundo —dijo Taika sonriendo.

—Y dentro de este en una región donde ahora es invierno —se encogió de hombros Ivo.

—Ya, ya, pues me parece muy mal, tendría que ser verano, sobre todo para venir aquí a luchar —opinó Lily.

—Algo de razón no te falta —dijo Taika—. No es la mejor época para asediar y tomar ciudades amuralladas en el norte de un continente.

—Cierto, las tormentas invernales y las bajas temperaturas juegan en nuestra contra —comentó Ivo.

—Solo son escollos que debemos superar y así lo haremos —afirmó Aiden.

—Cuando termines congelado en vida, escollito, ya verás qué bien vas a estar —dijo Lily.

—No es para nada la mejor época, deberían esperar a primavera para atacar —afirmó Dafne.

—Eso sería lo sensato, pero no creo que los dragones se rijan por la sensatez —Nahia negó con la cabeza.

—Los soldados han recibido orden de que la ciudad debe caer ahora para cortar la ruta de refuerzos del Continente Helado. Los dragones no quieren esperar más —relató Taika.

—Es una pésima estrategia, nada bien pensada —opinó Ivo—. Y muy poco equilibrada. El riesgo es enorme y la recompensa no es tan grande.

—No desde nuestro punto de vista, pero una victoria así es muy importante para los señores dragones —afirmó Aiden.

—Es solo una victoria más —restó importancia Dafne.

—Que puede dejar sin opciones a la capital. Los norghanos tendrán que rendirse —argumentó Aiden.

—¿Sabemos si hay alguna otra ciudad importante que resiste en Norghana? —preguntó

Nahia.

—Estocos, la llaman la capital del oeste. También resiste.

—Esa es la ciudad de Egil —recordó Nahia—. Me alegro de que siga en pie.

—Sí, sus gentes son como él, resistirá mucho tiempo —afirmó Dafne.

—Creo que hay alguna más, pero no lo sé con seguridad —Taika se encogió de hombros.

—Lo dicho, son todo sensatez —Dafne miraba hacia el cielo y negaba con la cabeza.

—Espero que los dragones sientan el rigor del tiempo y recapaciten —deseó Lily, que ya tiritaba.

—Deberían, no son inmunes al frío o al calor —supuso Taika.

—Eso me estaba preguntando yo también —comentó Nahia—. Una cosa es que tengan defensas contra la magia y que su piel de escamas sea durísima, pero son criaturas como otras, el calor y el frio les tiene que afectar.

—Es lo natural. No hay criatura inmune a la naturaleza —afirmó Ivo.

—Pues espero que se congelen vivos, por listos —expresó Lily.

—Baja la voz que te van a oír… —avisó Aiden mirando alrededor.

—¿Los soldados? ¡Si piensan igual que yo! —Lily hizo un gesto con la mano de que no le importaba que la oyeran.

—Yo tengo hambre, tanto andar me deja famélico —comentó Ivo.

—Tú naciste con espíritu famélico, que es muy diferente —dijo Lily riendo.

Entraron en el campamento de guerra y los soldados, en su mayoría humanos, se apartaron al verlos. Lo hacían con respeto, no con miedo, pues sabían que eran Brujos de Dragón e imponían. Llegaron hasta las tiendas de los oficiales y dos capitanes les atendieron. Con rapidez les asignaron tres tiendas, una para cada escuadra. Nahia se fijó en que les daban tiendas de oficiales, lo cual era todo un detalle.

Entraron en la suya y se tumbaron a descansar después de dejar todo el armamento en dos armeros que tenía al fondo. El trayecto había sido largo y el clima tan gélido que el desgaste era significativo. Ivo no perdió un momento y acabó con la última ración que le quedaba. Luego salió de la tienda en busca de la cocina de campaña para pedir algo más de comida. Regresó al rato con varias raciones. Al Tauruk no parecía afectarle que fuera hiciera un frío invernal y la temperatura estuviera bajando.

—¿Alguien quiere? He traído de sobra —ofreció.

Lily y Dafne ya dormían de lo agotadas que estaban.

—Yo te acepto una ración —dijo Aiden.

—Yo también —se unió Taika.

—Estupendo —Ivo se las pasó.

Los tres comieron con ganas.

Nahia terminó la suya y se sentía saciada, lo que tenía era un cansancio tremendo. Se tumbó y cerró los ojos mientras oía el viento helado azotar la tienda. Por fortuna tenían buenas mantas y prendas de invierno para no congelarse pero, aun así, hacía frío. Se quedó pensando en cómo se las arreglarían Lasgol y los Guardabosques en aquel entorno tan gélido. En toda aquella región, y

Norghana aún tenía más territorio hacia el norte, hacía un frío terrible. De alguna forma tuvo la sensación de que los Guardabosques estaban acostumbrados a aquel clima, a la nieve constante, el hielo y el viento gélido que congelaba cuerpo y alma. Con aquellos pensamientos, Nahia se durmió.

Despertaron al oír rugidos de dragón.

—Ya es de día —dijo Aiden saliendo de la tienda como una flecha.

—No nos ha llamado nuestro encantador líder, ¿verdad? —preguntó Lily desde debajo de dos mantas de piel de oso.

—No, todavía no —dijo Ivo—. Voy a ver qué consigo de desayuno.

—Pero si te acabas de despertar —exclamó Lily.

—Y mi estómago pide energía para mantener este cuerpo en equilibrio —respondió Ivo.

—Ya, en equilibrio… —Lily hizo un gesto con la mano, pero no salió de debajo de las mantas.

Dafne y Nahia tampoco tenían intención de levantarse a menos que fuera necesario. El desgaste del trayecto había sido mayor de lo que habían supuesto y seguían cansadas. Además, nevaba con fuerza en el exterior y aunque era bonito ver nevar, no lo era tanto al descubierto.

Pudieron reposar hasta mediodía. Se levantaron e Ivo trajo las raciones para que se alimentaran.

—Eres un encanto, Ivo —dijo Nahia.

—Lo que es un pillo. Seguro que con la excusa de ir a buscarnos raciones ha caído una para él.

Ivo se puso colorado.

—¡Cómo me conoces! —dijo riendo.

Las tres rieron. Comieron la ración y bebieron de los pellejos de agua. Salieron de la tienda y se encontraron con el campamento en plena ebullición. Había soldados y personal de apoyo corriendo por todas partes.

—¿Qué sucede? —preguntó Nahia a Taika.

—¿Vamos a atacar ya la ciudad? —preguntó Lily.

—No. Han llegado noticias de que se acerca una columna enemiga desde el norte —explicó Taika.

—¿Refuerzos para los norghanos? —preguntó Dafne.

—Eso parece, del Continente Helado —informó Taika.

—Los dragones están decidiendo el plan de acción —Aiden señaló hacia el rectángulo donde acampaban los dragones, separados del resto del ejército.

—Pues que vayan los dragones y los arrasen, ¿no? —propuso Lily.

—Parece que se mueven al amparo de la tormenta… —explicó Taika.

—¿Cómo dices? —preguntó Dafne, confusa.

Nahia tampoco lo entendió.

—¿Quiere decir que viajan bajo una tormenta? —preguntó Nahia.

Taika asintió.

—Eso es. No se sabe cómo, pero hay una gran tormenta invernal que se aproxima desde el norte. Los refuerzos viajan con ella —explicó Taika.

—Eso no puede ser —Lily puso cara de total incredulidad.

—Eso mismo he dicho yo —se unió Aiden torciendo el gesto.

—Nada puede viajar con una tormenta invernal aquí. Son mortales. Se congelarían vivos o los vientos y rayos los matarían —opinó Nahia.

—Nada puede aguantar dentro de una tormenta de invierno en esta región. Ya hemos visto la mala pinta que tienen —reiteró Dafne.

—Y hemos corrido para escaparnos de ellas —apuntó Lily.

—Pues de alguna forma parece que los pueblos del Continente Helado pueden viajar con las tormentas invernales —explicó Taika.

—Y claro, a nuestros dragones valientes no les gustan esas tormentas —comentó Lily y miró a Aiden de reojo.

—Nuestros señores dragones pueden cruzar esas tormentas sin problema —afirmó Aiden.

—Sí, ya veo cómo vuelan hacia el norte despreocupados. Oh, que están discutiendo en tierra. ¡Me pregunto por qué será! —dijo Lily con ironía.

—Parece que el frío y las tormentas sí que afectan a los dragones —explicó Taika—, o eso dicen los soldados con los que he hablado. No se adentran en las tormentas de esta región.

—Es lo que os decía. El acero y la magia poco pueden contra ellos, pero la naturaleza… —afirmó Ivo—. Si a un dragón, por muy poderoso y grande que sea, lo coge un tornado, una erupción volcánica, una tormenta gélida, una ola gigante, un huracán o similar, no creo que salga bien parado —especuló Ivo.

—Seguro que sobreviven —aseguró Aiden, que no quería dar su brazo a torcer.

—Bueno, entonces no hay problema, ahora irán a solucionarlo —dijo Lily y miró a Aiden con una sonrisa llena de ironía.

Aguardaron a ver qué sucedía y mientras esperaban el tiempo comenzó a empeorar. La nieve dio paso a vientos gélidos y lluvia helada y no tuvieron más opción que meterse en la tienda. La temperatura seguía bajando. La tormenta de la que hablaban estaba llegando desde el norte, a las espaldas del campamento. El bosque cercano ofrecía algo de resguardo, pero cuando la tormenta llegara hasta la ciudad no habría dónde refugiarse.

«Escuadrón, ¡atentos! Formad frente a vuestras tiendas» llegó el mensaje mental de Irakas-Gorri-Gaizt.

Y se acabó la paz y el descanso. Tocaba pasar a la acción.

Capítulo 47

Salieron de la tienda y formaron junto a la Escuadra Ardiente y la Candente. Irakas-Gorri-Gaizt sobrevolaba el campamento y no descendió.

«Nos ponemos en marcha en dirección norte. Hay que localizar a las fuerzas enemigas que están llegando a reforzar la ciudad. ¡Armaos! ¡Rápido!».

Lily le lanzó una mirada a Aiden con sorna.

Este levantó la barbilla, orgulloso, y la ignoró.

Entraron en la tienda y cogieron sus armas y equipamiento.

«En marcha. Yo abriré camino por el aire. La Escuadra Ígnea irá primero, luego la Ardiente y por último la Candente cerrará el grupo».

—Estupendo, nos toca ir primero —Lily puso cara de horror.

—Es un reconocimiento a nuestra excelente labor —dijo Aiden henchido.

—Mantened los ojos bien abiertos —dijo Taika.

—Y los oídos también —se unió Ivo.

Comenzaron la marcha hacia el norte. Nahia levantó la vista y lo que vio no le gustó nada. Unas nubes enormes y muy oscuras llenaban todo el firmamento en aquella dirección. Por fortuna estaban todavía lejos, la tormenta tardaría en llegar. Eso la animó un poco. Al salir del campamento de guerra recorrieron una primera legua de terreno despejado y sin demasiada nieve, por lo que se movieron bastante rápido pese al frío.

Las cosas comenzaron a ponerse más complicadas cuando entraron en el bosque y se dirigieron hacia el norte. El bosque estaba enterrado en nieve y la temperatura ya se notaba algo más baja, aunque no demasiado todavía. Sus ropajes aguantaban bien, eso era un alivio. Lo que no sabían era cuánto soportarían si continuaban bajando. Los árboles les protegían, pero avanzaban al encuentro de la tormenta. Si los dragones no querían entrar en ella, que ellos lo hicieran era de locos, iban a morir congelados. Y si en aquellos bosques había enemigos con la capacidad de aclimatarse a aquellas condiciones invernales, ellos tampoco tendrían muchas posibilidades de vencer.

—Esto no me gusta nada —dijo Dafne arrugando la frente.

—Me has leído el pensamiento —confirmó Nahia.

—Y a mí. La nieve me llega hasta las rodillas y el viento frío me corta la cara —se unió Lily.

«Avanzamos. Hay que llegar hasta la tormenta» envió Irakas-Gorri-Gaizt mientras pasaba volando sobre ellos.

Nahia, Dafne y Lily se miraron con expresiones de mucha preocupación.

Continuaron hasta cruzar el bosque y luego se desviaron al oeste y de nuevo hacia el norte, cruzando un claro cubierto de nieve. Comenzó a nevar de forma ligera, lo cual no eran malas noticias, si nevaba la temperatura se mantendría en una que podían soportar bien. Lo que temían

eran los vientos gélidos de la tormenta.

Las escuadras Ardiente y Candente los seguían en silencio. Nahia estaba segura de que estaban tan preocupados como ellos. Una cosa era enfrentarse a enemigos del norte de Norghana o el Continente Helado, y otra a una tormenta de invierno asesina. Pero no podían desobedecer la orden y tenían a Irakas-Gorri-Gaizt encima, por lo que solo tenían la opción de seguir adelante.

De pronto escucharon rugidos de dragón seguidos por cuernos de guerra de su ejército en el campamento de guerra. Todos volvieron la cabeza hacia el sur para ver qué sucedía.

—¿Qué pasa? —preguntó Dafne extrañada.

—Parece que nuestro ejército se prepara para atacar —dedujo Taika.

—¿Atacar ahora? Pero si la tormenta viene de camino —Lily puso cara de que era una locura.

—Nuestros ejércitos tomarán la ciudad antes de que la tormenta llegue —aseguró Aiden.

—Sí, seguro, por eso llevan meses sitiándola —replicó Dafne.

—Puede que Aiden no esté del todo errado —dijo Taika—. Creo que es un ataque a todo o nada, antes de que lleguen la tormenta y los refuerzos.

—Eso debe ser lo que han estado planeando los dragones en su reunión —supuso Ivo.

—Es una idea descabellada —afirmó Nahia negando con la cabeza.

—Quedarse sitiando la ciudad cuando reciba refuerzos en pleno invierno lo es todavía más. Los soldados humanos morirán de frío antes de que termine el invierno —argumentó Taika.

—Todo por no querer esperar a primavera… —Dafne resopló de frustración.

«No os detengáis. El ataque contra la ciudad ha comenzado. Seguid avanzando hacia el norte» envió Irakas.

—Parece que tenías razón, Taika —dijo Dafne.

—Habría preferido no tenerla —respondió con gesto de estar apenado.

Nahia miró hacia la ciudad y vio una docena de dragones sobrevolándola. Comenzaban a castigarla. Luego empezaría el asalto a las murallas. Se sintió mal, no solo por los norghanos que sufrirían muerte y destrucción, sino por todos los soldados humanos de Kraido que también morirían. Por desgracia todavía no tenía la forma de ayudarles. Miles de ellos estaban condenados a morir. Aquello le rompía el corazón.

Siguieron hacia el norte y tuvieron que cruzar otros dos bosques cubiertos de nieve. Les costaba avanzar, pero su líder quería que siguieran en esa dirección y así lo hicieron hasta el mediodía. No se veía un alma. Algún alce, lobos que los perseguían y pájaros de la región que no conocían. Vieron un zorro blanco precioso y Nahia pensó en Molak y en los suyos. Se preguntó si estarían por allí, camuflados. Si lo estaban, seguro que no los verían.

Siguieron avanzando hasta media tarde. Cada vez había más nieve sobre el terreno. Nahia imaginó que cuanto más al norte, más nieve encontrarían, así eran aquellas tierras. Cuando el viento soplaba del sur, y cambiaba de dirección a menudo, les llegaban los rugidos, gritos, cuernos y el estruendo de la batalla. Ya estaban atacando las murallas y puertas de la ciudad. Por otro lado, del norte, la tormenta llegaba y los primeros vientos helados comenzaron a hacerse sentir. El cielo se estaba poniendo muy oscuro.

«Atentos. La tormenta está algo más adelante. El enemigo se esconde en ella. Debemos

localizarlo e ir tras él».

—Esto se pone cada vez más raro. ¿Seguir al enemigo? —Lily hizo un gesto de no entender nada.

—¿Qué opinas, Taika? —preguntó Nahia.

—Que los dragones quieren saber cómo llegan los refuerzos a la capital.

—¿Crees que no lo saben? —Nahia se extrañó.

—Diría que no. Sospecho que no lo hacen por una de las puertas de la ciudad, ya que está sitiada y los detendrían.

—¿Entonces cómo?

—No lo sé, pero creo que estamos aquí para averiguarlo.

—Ya entiendo. Tienen una forma secreta de entrar en la ciudad —dedujo Nahia.

—Eso me parece —asintió Taika.

—Viajar al cobijo de una tormenta letal me parece de lo más impresionante —opinó Ivo, que miraba las oscuras nubes y los relámpagos que ya se apreciaban en el horizonte.

—No sé cómo lo harán, pero no será en medio —imaginó Taika.

—Delante, detrás o a los costados —supuso Ivo.

—Sí, pero eso es mucho terreno a cubrir —dijo Nahia.

«Escuadra Ígnea, al frente de la tormenta, Ardiente al este, Candente al oeste. Yo iré a la parte final. Encontrad a las fuerzas enemigas y seguidlas. Hay que descubrir cómo entran en la ciudad. En cuanto lo hagáis avisaré a los dragones y los destruiremos antes de que lleguen» ordenó y se elevó a los cielos para rodear la gran tormenta y llegar a su cola.

—Parece que nuestro líder ya lo tenía previsto —dijo Dafne.

—Le va a llevar un rato llegar a la cola de la tormenta, es enorme —comentó Ivo.

—No sé si os habéis dado cuenta, pero tenemos que ir de frente contra ella —dijo Lily con cara de horror.

—Tranquilidad, lo importante es que no nos devore —dijo Dafne.

Las escuadras Ardiente y Candente pasaron a izquierda y derecha y saludaron.

—¡Suerte! —deseó Brendan.

—¡Nos vemos! —saludó Logar.

—¡Suerte, compañeros! —deseó Nahia.

Se separaron y siguieron hacia el norte a través de una esplanada donde la nieve les llegaba por encima de las rodillas. Avanzar así con escudo y lanza era una tortura. Para hacer las cosas más difíciles, los vientos helados comenzaron a llegar con más fuerza.

—Vayamos hacia el bosque, nos protegerá —Taika señaló a su derecha.

—Sí, ya la tenemos casi encima —dijo Nahia.

Llegaron al bosque y avanzaron hasta la mitad. Se escucharon truenos y varios rayos cayeron más al este.

—No tiene sentido que sigamos adelante, aguardemos aquí a que la tormenta llegue —dijo Taika.

—Sí, no hay por qué meterse en la boca del dragón —dijo Lily.

—Aprovechemos para descansar un poco —Dafne clavó su lanza y escudo en la nieve.

La parte frontal de la tormenta los cubrió y de pronto sintieron un frío tremendo. Vientos y agua gélida les azotaban con fuerza.

—¡Esto se pone feo! —comentó Dafne al ver el cielo negro sobre los árboles.

—¿Alguien ve a algún enemigo? —preguntó Ivo mirando hacia el norte con la cara empapada y los ojos entrecerrados.

—No se ve a nadie, solo viento y agua heladas —dijo Lily.

Aguardaron un poco más y la cosa se puso peor.

—Esto es muy mala idea —dijo Dafne.

—Sí, deberíamos apartarnos del paso de la tormenta antes de que sea demasiado tarde.

—Lo del enemigo viajando bajo la tormenta no me lo creo —dijo Lily.

—No parece muy factible —Ivo estaba de acuerdo.

—Vayamos hacia la derecha, salgamos del paso —dijo Taika.

Se movieron formando una línea y protegiéndose de los vientos con el escudo. Los ropajes aguantaban, pero si seguían mojándose y la temperatura seguía descendiendo, se congelarían hasta morir.

—Me encanta este reino, el clima es espectacular —dijo Lily llena de sarcasmo.

De súbito, frente a ellos y entre la nieve apareció una patrulla de Pobladores de la Tundra del Continente Helado. Eran inconfundibles: altos y atléticos, de piel de un color blanco cristalino como recubierta de copos de nieve y hielo y el pelo que parecía de nieve congelada. No había duda de que eran del Continente helado. Iban armados con jabalinas que llevaban a la espalda y cuchillos largos a la cintura.

—¡Cuidado! ¡Escudos arriba! —pidió Taika.

Casi de manera instintiva todos levantaron los escudos y prepararon las lanzas.

Los Pobladores de la Tundra atacaron sin mediar palabra. Una decena de jabalinas cayeron sobre la escuadra y golpearon en los escudos.

—¡Formación de dos líneas! ¡Magia detrás! —llamó Taika.

En un instante, pese a la nieve y estar en medio de un bosque, se situaron y maniobraron en perfecta formación encarando al grupo de doce pobladores. Aiden, Taika e Ivo en la primera fila y Nahia, Dafne y Lily detrás. Otra decena de jabalinas buscaron sus torsos y caras y se defendieron con el escudo. A Ivo una de las lanzas le pasó rozando la cornamenta. A Aiden le alcanzó la cara y le hizo un corte.

—¡Son buenos con esas jabalinas, cuidado! —advirtió.

—¡Avancemos hacia ellos, llevan varias jabalinas y no se acercan!

—De acuerdo —dijo Nahia.

Taika marcó el ritmo y avanzaron cinco pasos. Volvieron a lanzarles las jabalinas. Una cortó a Taika en el brazo de la lanza.

—¡Se retrasan para volver a atacar desde la distancia! —dijo Aiden.

—¡Atacamos con magia, están a quince pasos! —dijo Taika.

Un momento más tarde, Nahia, Lily y Dafne tenían preparadas las Bolas Elementales.

—¡Van a tirar otra vez! —advirtió Taika y las tres bolas se dirigieron al grupo de pobladores.

Les alcanzaron de pleno según tiraban. La de fuego de Nahia explotó creando una gran llamarada y abrasando donde estaban los cuatro de la izquierda. La de hielo de Lily explotó a la derecha y dejó congelados a otros cuatro. A los del centro los alcanzó la de luz de Dafne y los dejó cegados.

—Avanzamos —dijo Taika.

Llegaron hasta los pobladores del centro que quedaban con vida e intentaron atravesarlos con sus lanzas pese a estar ciegos. No tuvieron más remedio que rematarlos. Aiden e Ivo se encargaron con sus lanzas.

—¿Veis a alguno más? —preguntó Taika.

—No, no hay más por aquí —dijo Ivo.

—Que estos viniesen son malas noticias —sospechó Dafne.

—Sí, significa que lo del ejército bajo la tormenta es cierto —concluyó Nahia.

—Pero… ¿dónde están? —preguntó Aiden.

—Sigamos hacia el este —sugirió Taika.

Todos asintieron y se pusieron en marcha. Los vientos azotaban con fuerza y un frío cada vez mayor comenzó a hacerse muy presente. Cruzaron el bosque y ante ellos se abrió una explanada. Ahora tronaba con fuerza y caían rayos tremendos.

—Crucemos hasta el otro bosque —dijo Taika observando la tormenta sobre ellos. Se dirigía al sur y ellos hacia el este para que no los aplastara con su poder.

En el descampado los vientos y la fuerte y helada lluvia los castigaron de verdad. Ivo tuvo que agarrar del brazo a Dafne para que no se la llevara. Llegaron al bosque y se protegieron, aunque no tuvieron tiempo de rehacerse.

—¡Cuidado, Salvajes del Hielo! —exclamó Nahia que reconoció a los fuertes, brutos y fieros salvajes.

Eran de piel azul y su cabello y barba eran blanquecinas como el hielo. Llevaban grandes hachas de dos cabezas en las manos. Tenían grandes cuerpos musculados y los rostros brutos, daban miedo. Estaban allí mismo, a diez pasos. Eran una docena, probablemente otra patrulla. La tormenta no parecía afectarles en lo más mínimo, pues estaban acostumbrados al frío gélido de su tierra. Se lanzaron al ataque con gritos de guerra. Iban armados con hachas enormes de aspecto rústico pero temible.

—¡Formamos línea de cinco a uno! —dijo Taika.

Al momento formaron la línea y se prepararon para la embestida. Aiden y Taika en los extremos con Ivo en el centro, Dafne y Lily a los lados del Tauruk y Nahia detrás de Ivo para usar su magia. No tenían tiempo para más y se situaron con el escudo delante, la lanza preparada y las piernas flexionadas y en pose defensiva, como Urus les había enseñado. Estaban a punto de descubrir si sus enseñanzas y todos los duelos en la Arena servirían o no.

Los primeros Salvajes llegaron a la carrera entre los árboles y la nieve. Uno enorme descargó su hacha sobre Taika. El tigre se desplazó a la derecha con un paso rapidísimo y el arma golpeó

el suelo donde él había estado. Acto seguido le clavó la lanza en el cuello al Salvaje de los Hielos con un golpe rápido y seco.

En el extremo opuesto, Aiden recibió la descarga del hacha en su escudo. El golpe fue brutal, pero Aiden aguantó con firmeza y al instante atacó con su lanza y la clavó en la ingle del Salvaje.

En el centro, Ivo respondió a la fuerza con más fuerza. Su oponente era tan grande y fuerte como él y eso le gustó. ¡Un oponente de verdad! El hacha golpeó su escudo e Ivo soltó una tremenda patada al salvaje. Le alcanzó en el estómago y lo dejó sin aire. Se dobló. Según lo hacía le golpeó con la rodilla en el rostro y lo hizo volar hacia atrás. Cayó seco de espaldas sobre la nieve.

Dafne y Lily se defendían con habilidad. Desviaban los hachazos a un lado, sin poner demasiado esfuerzo en bloquear, más en desviar, como hacían con Urus, para que sus brazos sufrieran menos. Los rivales eran enormes y muy fuertes, pero técnica no tenían, solo fuerza bruta. Dafne le clavó la lanza en la axila del brazo y el enorme Salvaje perdió el arma y se lanzó a estrangularla. Dafne insertó la lanza en el cuello y el Salvaje se fue hacia atrás agarrándose la garganta, de la que se desangraba. Moriría en momentos. Lily optó por clavarle la lanza tres veces seguidas en el corazón al Salvaje con el que luchaba. Las dos primeras no habían impedido que siguiera soltando hachazos, la tercera sí.

Los otros seis Salvajes ya llegaban hasta ellos cuando la bola de fuego maximizada de Nahia explotó a sus espaldas. La llamarada fue tan enorme y la explosión tan grande que cinco se quedaron carbonizados sobre la nieve. El sexto llegó hasta Ivo en llamas y el Tauruk lo remató de un tremendo golpe con el escudo en la cara.

—Buena bola, llamita explosiva —felicitó Lily.

—Gracias, necesito un momento para crearla, pero va muy bien.

—Es devastadora —dijo Aiden—. Gran trabajo.

—Me parece que ya los distingo —dijo Taika, que miraba hacia el interior de la tormenta.

—¿Al enemigo? —preguntó Aiden.

—Mirad, van en la parte delantera de la tormenta, como precediéndola —comentó Ivo, que también los veía.

—Escondeos, que no os vean —dijo Nahia.

Se agacharon y se cobijaron detrás de los árboles. Lo que vieron los dejó pasmados.

Varios miles de Salvajes de los Hielos y Pobladores de la Tundra avanzaban tan tranquilos bajo la tormenta, adelantándose a la parte central de esta, inmunes al frío gélido y vientos cortantes. Sus pieles y acondicionamiento al Continente Helado, donde la temperatura era todavía más gélida que en Norghana en invierno, debía protegerles. Iban lo suficientemente distanciados del vórtice de la tormenta de forma que no los engullera y los matara. Pero si esto era impresionante, lo que descubrieron a continuación lo fue todavía más.

Nahia se frotó los ojos para asegurarse de que veía bien. En medio de la fuerte lluvia gélida y los vientos cortantes que soplaban vio a un centenar de Arcanos de los Glaciares. Egil le había explicado que eran una raza del Continente Helado que poseía magia poderosa que controlaba la mente y también su entorno natural. Avanzaban con los brazos levantados y parecían estar conjurando algún tipo de magia. Nahia entrecerró lo ojos y vio que, en efecto, de sus manos subían hilos de magia azul y se adentraban en las nubes de la tormenta. De cada mano salían

varios hilos de energía azulada. Contó cientos de ellos. No sabía para qué eran, pero los Arcanos los hacían ascender hacia las nubes de la tormenta.

—¿Qué diantres hacen los magos esos? —preguntó Lily.

—Son chamanes, no magos —corrigió Nahia—. Y están usando la magia para algo.

—¿Protegerse de la tormenta? —propuso Dafne.

—Pudiera ser —opinó Taika.

Todos observaban cuando de pronto los Arcanos de los Glaciares, todos a una, movieron los brazos hacia la izquierda. Como si tiraran de las nubes, la tormenta se desvió hacia donde los chamanes movían los brazos.

—¡Por todos los cielos tormentosos de la naturaleza! —exclamó Ivo, que no podía creer lo que veía.

—¡Están dirigiendo la tormenta! —se dio cuenta Lily.

—Lo están haciendo, sí —Nahia asintió sin poder creerlo.

—¿Hacia dónde la llevan? —preguntó Aiden.

—Hacia esa depresión de ahí, entre los dos bosques —señaló Taika.

Observaron un momento y en efecto, iban hacia allí. Ellos habían salido de debajo de la tormenta con el cambio de dirección y ya no sufrían tanto el frío y los vientos.

—Menos mal que no se nos han venido encima —dijo Lily.

—Sí, mucho mejor temperatura ahora, aunque sigo helada hasta la médula —se quejó Dafne —. Este no es clima para una Fatum.

—Pues para un Escarlatum menos todavía. ¡Nosotros somos de sol y calor!

—Debemos ir tras ellos o los perderemos —dijo Aiden señalando con el dedo.

—Sí, vayamos, pero sorteando la tormenta —dijo Taika y se puso en movimiento.

Siguieron la cabeza de la tormenta desde unos quinientos pasos a un lado y vieron que pasaba por encima de la depresión, entre los dos bosques.

—Hay que entrar al bosque —dijo Aiden.

Tras cruzarlo se quedaron escondidos sin salir a la depresión. Habían entrado de nuevo en la tormenta y los vientos y el frío atacaban de nuevo.

—¿Dónde están? —preguntó Aiden confundido.

—No los veo —dijo Nahia.

—¡La tormenta se nos viene encima, y no es la parte frontal sino el centro! —gritó Dafne en medio de los fuertes vientos y la lluvia helada.

—¿Alguien los ve? —preguntó Ivo, que miraba la depresión cubierta de nieve, pero sin un alma en ella.

—¡Tienen que estar ahí! —dijo Taika.

El viento era tan fuerte que les obligaba a gritar para oírse.

—¡Se los ha tragado la nieve! —dijo Lily.

La situación se ponía muy fea, no podían quedarse allí o la tormenta se los iba a tragar.

—¡Seguidme, tengo una idea! —dijo Nahia y salió a la nieve entre los dos bosques.

—¿A dónde vas? ¡Nos verán! —gritó Dafne.

—¡No nos verán! ¡Seguidme! —Nahia se dirigió al final de la depresión y los demás la siguieron.

La tormenta estaba a punto de engullirles a su espalda.

—¡Ahí está! —exclamó Nahia y señaló.

En el punto en el que la depresión acababa, hacia el sur, y comenzaban otro bosque, descubrieron la entrada a un túnel.

Capítulo 48

—¡Por ahí se han ido! —exclamó Aiden.

—¡Ese túnel no sé ve desde la distancia! —se dio cuenta Lily, que se protegía la cara del viento y la lluvia con el antebrazo.

—¡Ni desde el cielo! ¡Es un corte en la tierra hacia dentro, hacia el bosque! —se dio cuenta Taika.

—¡No es natural, eso lo han cavado así para que no se vea! —comentó Ivo.

—¡Tenemos que entrar, la tormenta nos va a devorar! —dijo Nahia, que no se sujetaba de la fuerza con la que la empujaban las bocanadas de viento helado.

Miraron hacia atrás y vieron que llegaba la parte mortal de la tormenta. No tenían tiempo de escapar, debían meterse bajo tierra o morirían.

—¡Corred! —dijo Taika.

Salieron corriendo hacia la entrada del túnel bajo el bosque y a unos pasos vieron que la iban a bloquear desde el interior.

—¡Taponan la entrada! —avisó Dafne.

—¡Yo me encargo! —gritó Ivo y, bajando la cabeza, con la cornamenta por delante, escudo y lanza en mano, cargó contra la entrada.

Los demás siguieron la embestida del gran Tauruk.

Ivo se llevó por delante la puerta camuflada con la que estaban intentando disimular el túnel y a los cuatro Salvajes de los Hielos que la manejaban. Otros dos en las esquinas se volvieron, sorprendidos por el ataque. Taika y Aiden fueron a por ellos a la carrera, antes de que pudieran reaccionar. Taika le clavó la lanza en el corazón al Salvaje en cuanto se volvió para encararle. Aiden lanzó un ataque a su cuello, pero éste lo vio y desvió la lanza con su gran hacha. Aiden reaccionó y le golpeó en plena cara con el escudo. El Salvaje dio un paso hacia atrás mareado, pero no cayó.

Ivo recuperó su arma, se incorporó y clavó su lanza en el cuello de uno de los Salvajes que había derribado. Los otros salieron de debajo de la puerta circular de madera y se levantaron con lentitud, aturdidos por el tremendo golpe que habían recibido y el propio peso de la puerta camuflada. Nahia, Dafne y Lily llegaron corriendo y, sin dudar un instante, pese a lo enormes y brutales que eran los Salvajes de los Hielos, atacaron con sus lanzas. El combate fue breve. Antes de que los Salvajes pudieran recuperarse ya tenían varias heridas de muerte. La parte buena de atacar con la lanza era que no había que acercarse demasiado al enemigo: ataque seco punzante, retirarse tras el escudo y volver a repetir.

Aiden y Taika llegaron junto a ellas tras acabar con los otros dos Salvajes, pero ya se habían encargado.

—Buen trabajo, Ivo —dijo Nahia sonriendo.

—Nada como utilizar la cabeza —respondió él con una sonrisa.

—Muy bueno —dijo Lily sin poder evitar una carcajada.

—Veo luces en la distancia en el túnel —dijo Aiden, que se había adelantado para ver si había algún otro enemigo.

—Deben de ser las tropas que hemos estado siguiendo. Utilizan este túnel para llegar a la ciudad —razonó Taika.

—¿Crees que este túnel termina en Olstran? —preguntó Dafne.

—Casi seguro. Así es como han estado introduciendo refuerzos y suministros a la ciudad sitiada —explicó Taika.

De pronto una bocanada tremenda de viento entró por la boca del túnel y los lanzó a los seis por los aires. Golpearon el suelo con fuerza varios pasos más adentro.

—Vaya porrazo… —se quejó Lily mientras recogía su lanza y se ponía en pie.

—De los buenos —dijo Dafne recogiendo su escudo del suelo.

Por la boca del túnel entraron más vientos gélidos y notaron al instante que la temperatura descendía a un nivel ya muy peligroso de congelación y muerte.

—Tenemos la tormenta encima —dijo Ivo.

—Iba a preguntar si regresábamos, pero creo que lo descartaremos —dijo Dafne.

—Si salimos, no sobreviviremos —dijo Ivo—. La temperatura en el centro de la tormenta es muy baja, de la que causa la muerte en instantes.

—Entonces solo nos queda seguir a los refuerzos —dijo Lily.

—Que es lo que nos han ordenado —añadió Aiden, como si cualquier otra opción no fuera válida.

—Te das cuenta de que si se dan la vuelta y nos ven estamos muertos, ¿no? —dijo Lily, que señaló a las luces al fondo y luego a la entrada del túnel.

—Bueno… sí… pero nos arreglaremos —Aiden miraba en ambas direcciones, preocupado.

—A mí no me convence seguir a varios miles de nativos del Continente Helado a una ciudad llena de soldados norghanos… pero parece que es lo que nos toca —dijo Taika.

—Podemos quedarnos aquí y esperar a que pase la tormenta o el asedio —dijo Dafne.

—No es mala opción —dijo Lily.

—Tenemos que seguir al enemigo —la cara de Aiden era de incredulidad total.

—Tenemos que ir —dijo Ivo.

—¿Y eso? —preguntó Nahia.

—Vienen más refuerzos del Continente Helado —dijo Ivo, que entrecerraba lo ojos y miraba hacia el exterior.

Nahia se acercó un poco más a la puerta a mirar.

—Vienen, sí. Todavía no nos han visto. Vienen corriendo, así que mejor corremos nosotros también.

—¡Vamos! —dijo Taika y se lanzaron a la carrera.

El túnel era amplio y oscuro, pero no podían crear luz, cosa que Dafne podría hacer sin problema, por el riesgo de que los enemigos a su espalda o en frente se dieran cuenta. Nahia

corría con cuidado de no tropezar, el suelo era bastante llano y firme, pero de tierra y tenía socavones que podían provocar que pisaran mal y cayeran o se torcieran un tobillo. Miró atrás y vio que encendían antorchas para avanzar por el túnel, al igual que lo habían hecho los que iban delante. Por suerte ellos iban entre los dos grupos en una oscuridad total y ni unos ni otros podían verlos. Nahia no podía creer la situación en la que se encontraban. Salir de aquel lío con vida iba a ser muy difícil.

Caminaron tan rápido como podían, el túnel era muy largo y amplio y no parecía tener final. De pronto Ivo pisó mal y cayó de bruces. Al golpear el suelo con el escudo, la lanza y su enorme cuerpo produjo ruido.

Todos se detuvieron. Miraron al frente y detrás para ver si los habían descubierto. Todo el mundo guardó silencio, por un momento nadie respiró. Al no ver reacción en ninguno de los dos grupos se tranquilizaron. Ivo se puso en pie y recogió su escudo y su lanza.

—Ya estoy —susurró.

—Continuemos con cuidado, nos acercamos al final —susurró Taika.

Nahia percibió que llegaba más luz del frente, así que la salida estaba cerca, como Taika había deducido. Lo agradeció. Aquel túnel, aunque era amplio y alto, no le gustaba lo más mínimo y era larguísimo. Se preguntó cuántos trabajadores habrían necesitado y durante cuánto tiempo para crear semejante pasaje subterráneo. Calculó que desde donde estaba la entrada hasta la ciudad había cerca de dos leguas.

Se acercaron al final del túnel. Los refuerzos que iban en frente habían salido y no había nadie vigilando, seguramente porque venía otro grupo detrás. El pasadizo daba a una gran estancia, un sótano en penumbras en el que entraba luz del exterior por una esquina.

—Tenemos que abandonar el túnel —dijo Taika mirando hacia atrás—. Veo demasiadas antorchas siguiéndonos.

—Pero si salimos ahí afuera podemos hacerlo en medio de todos los enemigos —dijo Dafne.

—Puedo intentar mi habilidad Forma de Sombra —sugirió Taika.

—Inténtalo —animó Ivo.

—De acuerdo.

Taika se agachó junto a la salida, cerró los ojos y se concentró.

Por un momento que pareció una eternidad aguardaron, pero nada sucedió. Nahia miró atrás y vio las antorchas más cerca. Comenzó a intranquilizarse. Miró a Taika, al que veía solo medio cuerpo agazapado, y vio que no lo estaba consiguiendo. Pronto los descubrirían, no les iba a quedar más remedio que salir al descubierto. En ese momento Taika se volvió como una sombra y un segundo después desapareció en la penumbra.

—Vaya, lo ha logrado —susurró Aiden muy contento por su compañero.

—Esto me da una idea… —dijo Ivo y se volvió.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nahia.

—Voy a dejarles un regalito a esos que vienen. Entre la oscuridad no creo que lo vean.

—¿Qué regalito? —preguntó Aiden.

—Un par de círculos de enredaderas venenosas. Les retrasará y ganaremos tiempo.

—Una gran idea —felicitó Dafne.

Ivo se puso a ello, pero también le llevaría un momento. Aquellas habilidades eran difíciles de invocar.

Aguardaron otro largo instante en tensión. De súbito, Taika apareció ante ellos, bueno no Taika, una sombra en movimiento. Solo lo percibieron al ponerse a contraluz.

—Seguidme, os digo por dónde ir —susurró.

—Sabes que no te vemos, ¿verdad? —dijo Lily.

—Intentaré recordarlo —susurró la sombra en la que se había vuelto Taika.

—Ya está. Les he dejado tres sorpresitas de lo más acogedoras —murmuró Ivo.

—Vamos —dijo Taika y pasó a la estancia por la parte que no tenía luz.

Los demás le siguieron. Era un enorme sótano de piedra construido como salida del túnel. Tres escaleras de piedra muy amplias se abrían, una al frente y dos a los lados.

—Por la derecha —susurró Taika.

Subieron por la escalera y antes de llegar arriba vieron tres guardias, eran Pobladores de la Tundra. No miraban hacia ellos sino hacia el exterior. El motivo era clamoroso: en la ciudad se estaba produciendo una batalla tremenda. Les llegaban los rugidos de los dragones, las rocas al explotar por los ataques elementales o sus garras, los gritos de los soldados del ejército rojo tomando las murallas y los de los defensores impidiéndolo y lanzándolos muralla abajo, el sonido de acero contra acero, los gritos de los heridos y los que caían muertos, y otro sin fin de estruendos de una batalla brutal.

—Hay que eliminar a los guardias —dijo Taika.

—Yo me encargo —dijo Nahia y los señaló con la lanza para ayudarse.

Se concentró en los tres, cogió energía de su dragón interno e invocó Rayo de Fuego Múltiple. Tardó un momento, pero consiguió conjurarlo. Tres rayos de fuego cayeron sobre los guardias como si bajaran de los cielos y ardieron vivos en un instante. Quedaron calcinados donde estaban.

—Vaya, recuérdame no hacerte enfadar —exclamó Aiden muy impresionado.

—Menudo conjuro… —felicitó Lily.

Nahia se alegró de que el conjuro le saliera a la primera, no estaba segura de poder lograrlo.

Subieron hasta el final de las escaleras agazapados y lo que vieron al asomarse al exterior los dejó impactados. La ciudad estaba siendo atacada por todas las direcciones y se luchaba a muerte en cada torre, almena, escalera y en el centro de la misma. Sobre las murallas este, sur y oeste los soldados del rey dragón rojo luchaban contra los norghanos por controlarlas. El combate era fiero y terrible. Los gritos de los atacantes se encontraban con los de los defensores y la muerte alcanzaba a unos y a otros. Los soldados del rey dragón atacaban con lanza y escudo y los norghanos se defendían con hacha y escudo. Los atacantes eran más, pero los soldados norghanos eran tan fieros como brutos. A gritos y hachazos contundentes estaban aguantando las tres murallas. Los soldados de Kraido caían despedazados ante la brutalidad norghana. Solo se mantenían en las almenas porque tenían superioridad numérica y por el apoyo de los dragones desde el aire.

La muralla norte era otra situación muy diferente, había caído en manos de los soldados de Kraido y los dragones. La puerta estaba destrozada y por ella habían entrado dos dragones grandes, uno de fuego y otro de aire. Los diez mil soldados que habían visto formando frente al

campamento estaban ahora luchando en la zona norte de la ciudad contra los norghanos y los refuerzos que acaban de recibir del Continente Helado.

La batalla era brutal en el norte de la ciudad. Casi todas las fuerzas de ambos bandos luchaban allí. Los soldados de Kraido se enfrentaban a los norghanos, que eran brutales, pero no llegaban a los niveles de los Salvajes de los Hielos y los Pobladores de la Tundra. Los soldados de Kraido parecían la mitad en tamaño comparados a esos seres que los destrozaban a hachazos brutales con sus grandes hachas de dos cabezas o atravesados con sus jabalinas. La nieve que cubría la urbe estaba ahora manchada de sangre a lo largo y ancho de toda la ciudad amurallada.

Sobre los edificios y torres de piedra volaban los dragones y descendían a atacar donde veían que no había demasiada concentración de sus tropas. Dos dragones descendieron sobre cada muralla que todavía no estaba bajo el control de las tropas de Kraido. Al posarse sobre la muralla aplastaron enemigos y a sus propios soldados por igual, sin ningún miramiento, rugiendo y mostrando que no iban a dejar a nadie con vida. Usaron sus alientos elementales de fuego, tierra, agua y aire contra los soldados norghanos, que cayeron muertos sin posibilidad alguna de defenderse.

Nahia vio que habían salido en la zona norte de la ciudad, rodeados del combate que se estaba produciendo. La puerta norte con los dos dragones defendiéndola estaba frente a ellos, pero entre su posición y la de los dragones luchaban diez mil soldados de Kraido contra otros tantos de Norghana más sus aliados del Continente Helado. Eran un mar de cabezas, espadas, hachas y lanzas en constante movimiento entre el estrepitoso estruendo de la batalla. Los gritos de ambos bandos y los rugidos de los dragones eran espeluznantes.

—Parece que llegamos a tiempo para la gran batalla —dijo Aiden ya dispuesto a lanzarse a luchar.

—Y salimos justo en el lugar más calentito —comentó Lily con cara de estupor.

Taika perdió su encantamiento y volvió a su forma natural.

—Tenemos que movernos, pronto llegará el resto de los refuerzos por el túnel.

—Sí, ya habrán acabado con mis trampas —asintió Ivo.

—¡Atención, nos han visto! —avisó Aiden.

Un oficial norghano se había dado la vuelta y los señalaba. Ladraba órdenes a sus soldados, que se volvieron hacia ellos para atacar.

—¡Son demasiados! —gritó Dafne.

—¡Hay que buscar una posición defendible! —dijo Aiden.

—¡A esa torre, rápido! —señaló Taika.

Corrieron hacia una torre que estaba frente a ellos, en medio de una plazoleta y rodeada de una muralla baja. Debía ser algún tipo de puesto militar. La parte superior de la torre no tenía tejado, sino almena, y era rectangular. Sobre ella había varios soldados norghanos con arcos cortos tirando sobre los soldados de Kraido.

Al alcanzar la muralla Ivo se encargó de elevar a todos para que la saltaran. Luego, desde la parte superior de la muralla, Taika y Aiden alzaron a Ivo y todos pasaron al interior de la plazuela. Corrieron hacia la puerta de la torre, que estaba defendida por cuatro soldados norghanos. Lily se detuvo y los encantó mientras el resto corrían hacia ellos. Aiden llegó el primero y fue a atacar cuando vio que estaban completamente horrorizados, como en medio de

una pesadilla. Gritaban y se tiraban de los pelos y las barbas. De pronto echaron a correr, despavoridos. Aiden se volvió y miró a Lily, que sonrió. El Drakónido sacudió la cabeza y arremetió contra la puerta.

—Yo me encargo —dijo Ivo, que cargó como un toro y se llevó la puerta de madera por delante.

Dentro de la torre subieron por las escaleras y acabaron con cuatro soldados en los pisos intermedios. Al llegar arriba Ivo y Aiden despeñaron a los tiradores, que cayeron a la plazuela para no levantarse. Un momento más tarde estaban todos en la zona superior. Ivo se quedó en la escalera y puso unos cuantos de sus círculos de enredaderas venenosas. Los soldados norghanos que los perseguían llegaron hasta la plazoleta y comenzaron a subir por la muralla.

Nahia señaló hacia la batalla frente a ellos.

—¡Mirad!

Los Arcanos de los Glaciares se acercaban a la parte posterior de sus guerreros y, de inmediato, los Pobladores de la Tundra se retrasaron para rodearlos y cubrirlos. Los Arcanos comenzaron a conjurar con sus extraños cayados, moviéndolos en círculos mientras conjuraban con algún antiquísimo cántico o letanía de las profundidades de los hielos.

Tras un largo momento de estar conjurando una neblina azulada comenzó a formarse bajo los pies de los soldados de Kraido, que luchaban con todo sur ser ante los poderosos norghanos y sus aliados del hielo. La neblina fue alzándose mientras la lucha feroz continuaba. Nahia se fijó en que solo se alzaba en la zona de los soldados de Kraido, lo que le hizo sospechar que algo malo iba a ocurrir.

La niebla azul cubrió por completo a las tropas de Kraido en la zona norte y desaparecieron en ella. Nahia podía ver a todos los Arcanos de los Glaciares conjurando a la vez, moviendo sus cayados. Le pareció excepcional.

De pronto, los soldados de Kraido envueltos en la neblina azul dejaron de luchar y se quedaron con la mirada perdida. Todos tenían las pupilas y el iris azul. Estaban bajo el influjo del gran conjuro de los Arcanos.

—Creo que ya sé que va a pasar ahora —dijo Lily mirando hacia abajo, al pie de la torre desde la almena. Acababa de conjurar contra tres soldados norghanos y los había dejado encantados, horrorizados, muertos de miedo.

—¿Qué? —preguntó Nahia descargando una tremenda bola de fuego contra seis soldados norghanos que intentaban entrar en la torre por la puerta que Ivo y Aiden habían atrancado haciendo caer un par de armarios del primer piso. La impactante llamarada los alcanzó a todos y ardieron mientras corrían despavoridos.

—Acaba con tu vida —dijo Lily a otro soldado que tenía encantado y que había subido a la ventana del primer piso.

El soldado sacó un cuchillo y se lo clavó en el corazón.

—Algo así —dijo a Nahia.

—Ya veo —Nahia cambió de lateral de la torre, pues tres soldados subían por las ventanas.

Se concentró y conjuró Rayo de Fuego sobre el primero que cayó fulminado. Al segundó le lanzó una bola que lo incineró y al tercero no hizo falta alcanzarlo porque Taika le lanzó Dagas Oscuras y lo mató. En el otro lateral, Aidan e Ivo lanzaban Bolas de Tormenta y Tierra a los que

intentaban subir a la torre. Las explosiones de ambas acababan con en ellos. A ambos les costaba un poco conjurarlas, pero la torre era bastante alta y les daba tiempo.

—¡Atención, mirad! ¡Ya empieza! —dijo Lily y señaló hacia los soldados de Kraido en medio de la neblina azul.

Dejaron de luchar y comenzaron a darse la vuelta. Encararon a los dos dragones de la puerta norte y avanzaron hacia ellos.

—No irán a atacar… —preguntó Aiden ojiplático.

—Ya lo creo que sí, están encantados. Los Arcanos los controlan ahora —dijo Lily.

—Eso es impresionante —Ivo observaba anonadado.

—Lo es, asintió Nahia, que apenas podía creerlo.

Los soldados se dirigieron hacia los dos dragones, que observaron un momento. Debían estar ordenándoles que se dieran la vuelta, pero los soldados, envueltos en la neblina azul, avanzaban hacia los dragones impasibles.

Los dragones no esperaron más. Abrieron sus bocas y de ellas salió su terrible aliento. Un tremendo caudal de fuego y otro de rayos de tormenta cayó sobre los soldados, que murieron sin gritar o apartarse.

—Están encantados, ni sienten ni padecen —dijo Lily.

—Los dragones los matarán a todos —dijo Ivo, horrorizado.

Luego se dio la vuelta y soltó un golpe con el escudo en la cara a un soldado norghano que había conseguido llegar hasta la almena.

—No serán capaces de matar a su propio ejército —dijo Dafne y conjuró Curación Múltiple para sanar a toda la escuadra ahora que tenía un momento.

—Son capaces —dijo Nahia y lanzó otra bola de fuego a la base de la torre junto a la puerta calcinando a otra media docena de soldados.

En ese momento la batalla se complicó un poco más. Del mismo lugar del que habían salido ellos, Nahia vio cómo llegaba el segundo grupo de refuerzos. Un par de millares de Salvajes de los Hielos y otros tantos Arcanos de los Glaciares entraron y se dirigieron a tomar las murallas sur, este y oeste.

Nahia reconoció al momento al último pequeño grupo que entró cerrando los refuerzos.

Eran Lasgol, Gerd y Camu. Los acompañaban Ona, la pantera de las nieves, y Argi, el lobo gigante.

Capítulo 49

Nahia se acercó a la almena y llamó a Lasgol.

—¡Lasgol, aquí! —gritó.

Dejó lanza y escudo en el suelo y movió los brazos para que la viera.

En medio de la estruendosa batalla era imposible oír nada, los gritos del combate llegaban de todos lados. Lo intentó de nuevo, pero no tuvo suerte. Lasgol y sus compañeros se lanzaron al ataque contra un dragón. Se enfrentaron a un dragón rojo que bajó desde las alturas para atacar a los nuevos refuerzos que habían entrado en la ciudad. El dragón usó su aliento de fuego y abrasó a un grupo de Salvajes de los Hielos que lo atacaban. Murieron entre gritos de guerra.

Lasgol usó su arco dorado. Nahia pudo percibir un destello dorado que salía del arma. Una flecha se dirigió certera y se clavó en el ojo derecho del dragón. La bestia rugió furiosa. Gerd, el Guardabosques que era casi tan grande como Ivo, tiró contra la cabeza del dragón con flechas de tierra que explotaron al impactar con estruendo creando una nube de humo y sustancias cegadoras y aturdidoras en la cara del dragón. La bestia sacudió la cabeza para librarse del efecto nocivo y rugió de rabia.

Lasgol volvió a tirar al mismo ojo y volvió a acertar de pleno. Nahia no tenía duda de que estaba usando alguna habilidad suya para no errar. Con esa habilidad y la magia dorada del arco acababa de dejar tuerto al dragón, que volvió a rugir de rabia y dolor. Gerd volvió a tirar con rapidez y le dio en la boca. Una vez más usó una flecha de tierra y al detonar la nube cegadora y aturdidora envolvió la cabeza del dragón, que volvió a sacudir la cabeza. En un movimiento inteligente e inesperado, el dragón se cubrió la cabeza con su ala derecha y las siguientes flechas de Lasgol y Gerd chocaron contra ella. La de Lasgol le hirió, pero la de Gerd no pudo alcanzar la cabeza. El dragón contraatacó de inmediato con su aliento de fuego y una llamarada tremenda salió de su boca directa hacia el grupo de Lasgol.

—¡Oh, no! —Nahia exclamó horrorizada al verlo.

Los iba a calcinar.

La llama llegó hasta el grupo, que se mantenía muy junto con Camu en el centro, Lasgol y Ona a un lado y Gerd y Argi al otro. Por fortuna, no les alcanzó. Nahia distinguió una cúpula de energía protectora a su alrededor. La llama del aliento de fuego impactaba contra la cúpula y no podía traspasarla. Aquello era magia de Camu, sin duda. El dragón no podía traspasarla y Nahia estaba segura de que estaría enviando toda su energía para hacerlo. Camu, a su vez, enviaría energía para mantener la defensa alzada. Aprovechando la defensa mágica, Lasgol y Gerd volvieron a tirar mientras el dragón seguía intentando vencer la cúpula defensiva de Camu. La flecha de Lasgol se clavó profunda en el ojo izquierdo seguida de la de Gerd, que también le alcanzó con una flecha de fuego.

El dragón rugió de rabia. Cerró la boca apagando su aliento de fuego y movió la cabeza, como intentando ver. Dio un paso y pisó mal. Nahia se dio cuenta de que estaba ciego. Rugió de rabia y frustración e intentó escapar volando. Ona y Argi salieron corriendo y se lanzaron contra

las alas del dragón. La pantera y el lobo gigante mordieron las alas y se quedaron colgando a peso muerto. El dragón lo notó, pero no los veía para poder matarlos. Sacudió las alas para librarse de ellos, pero la mordida de ambos era espectacular y no se soltaron.

Lasgol dio unas órdenes y unos 50 Salvajes de los Hielos corrieron y, dividiéndose en dos grupos, lanzaron cuerdas con boleas y garfios a las alas del dragón para impedir que echase a volar. Esto ya lo habían hecho antes, era algún tipo de maniobra que ya conocían. El dragón con el peso en las alas no podía escapar, pero intentaba liberarse entre rugidos. Lasgol y Gerd se apresuraron y, acercándose mucho al dragón ciego, acribillaron la boca abierta del monstruo a flechas. Incapaz de escapar ni de dejar de rugir, recibió varias rondas de flechas en la boca que le llegaron hasta el cerebro. El gran dragón se desplomó de bruces, muerto.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Nahia a sus compañeros.

—Sí, y no puedo creerlo —dijo Dafne.

—Yo menos —dijo Lily.

—Han matado un dragón, eso… eso… no es posible… —Aiden estaba estupefacto.

—Impresionante despliegue de magia y habilidad —asintió Taika.

Ivo despeñó a dos soldados norghanos y se volvió.

—¡Me lo he perdido!

—No te preocupes, creo que habrá más —dijo Nahia viendo cómo Lasgol y su grupo de dirigían hacia un dragón blanco que se había posado sobre un edificio y estaba descargando su aliento de tormenta sobre los soldados norghanos en mitad de la ciudad.

—Mira al este —señaló Taika.

Nahia miró y vio a un grupo de seis Guardabosques en vestimentas níveas que atacaban a un dragón marrón en medio de una amplia plaza. Estaban empleando la misma táctica que Lasgol tirando contra los ojos del dragón con flechas elementales de tierra y fuego. El dragón medio ciego intentaba darles alcance con su aliento elemental de tormenta, pero los Guardabosques no dejaban de correr y tirar para después ocultarse entre las casas alrededor de la plaza y rápidamente volver a salir y tirar. Nahia los reconoció.

—Esos son Molak, Luca y los Zorros Blancos —dijo a sus compañeros.

—Vaya, sí que son buenos —Taika estaba impresionado por su agilidad y destreza.

—Se la juegan mucho… —se preocupó Dafne.

—No les queda otra solución enfrentándose a un dragón sin tener las armas doradas —razonó Nahia.

De pronto, un centenar de Salvajes de los Hielos aparecieron a la espalda del dragón con redes enormes que llevaban entre todos. Las lanzaron sobre el dragón mientras los Zorros Blancos lo mantenían en jaque con sus ataques. La bestia, medio cegada, no se percató hasta que fue demasiado tarde. Las redes cayeron sobre su cuerpo y aprisionaron las alas. El dragón rugió furioso e intentó liberar las alas mientras le seguían estallando flechas en la cara. El centenar de Salvajes tiró con fuerza hacia abajo y el dragón no pudo liberar las alas y echar a volar. Un momento más tarde aparecieron dos docenas de Pobladores de la Tundra. Lanzaron cuerdas a la cabeza del dragón y, tirando de ellas una vez enroscadas, consiguieron que la cabeza tocara el suelo. La mantuvieron así y los Zorros Blancos se apresuraron a terminar de cegar al dragón. Acuchillaron los dos ojos varias veces y luego se fueron a por otro dragón.

—Impresionantes estos Guardabosques norghanos —dijo Ivo.

—Lo son —convino Taika.

Nahia observó la puerta norte, donde los dos dragones estaban matando soldados de Kraido poseídos por los Arcanos de Hielo. Ahora los propios dragones estaban rodeados de la nube azulada que los engullía. Nahia sabía que las defensas mágicas innatas de los dragones les defenderían del encantamiento, pero como los Arcanos seguían conjurando todos a una, la bruma azul era ahora muy espesa y alta y no permitía ver nada. Incapaces de ver y luchar, los dos dragones echaron a volar y escaparon hacia las alturas sacudiendo la cabeza para liberar se la bruma azul.

Los soldados poseídos salieron por la puerta norte y abandonaron la ciudad, como si fueran muertos vivientes sin mente. Solo avanzaban hacia el norte.

—Los han encantado para que se vayan hacia el norte —dedujo Dafne.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Nahia a Lily.

—Por la cantidad de Arcanos que hay conjurando y toda esa bruma que cubre toda la zona norte de la ciudad, yo diría que van a seguir hasta mañana.

—Se van a pasar el campamento de guerra.

—Oh, sí, y mucho más —aseguró Lily asintiendo.

Taika, Aiden e Ivo rechazaron a los últimos norghanos que intentaban alcanzar las almenas de la torre en la que estaban.

—Despejado —dijo Taika.

Nahia sintió que un frío tremendo que le alcanzaba la espalda. Se volvió y los vientos helados de la tormenta de invierno le golpearon la cara con su gélido soplo.

—¡La tormenta! —exclamó.

Todos se volvieron hacia ella. Llegaba del noreste.

—Parece que el centro de la tormenta pasará sin tocar la ciudad —dijo Dafne.

—Menos mal —resopló Lily.

—Tampoco el campamento de guerra —dijo Aiden.

En ese momento cuatro dragones descendieron de los aires y lanzaron sus alientos elementales contra las fuerzas enemigas en el centro y norte de la ciudad. Las cuatro murallas habían caído, o más bien, los dragones no habían dejado a nadie con vida sobre ellas. Ahora se iban a centrar en el interior de la ciudad.

—Cambian de estrategia, van a arrasar la ciudad desde el aire —se dio cuenta Nahia.

—Si bajan Lasgol y los Guardabosques los van a matar, es lógico —dijo Taika.

—Y los soldados de Kraido marchan a millares hacia el norte —añadió Lily.

Los alientos de fuego provocaban explosiones con grandes llamaradas, los de tierra estallidos de piedra y roca, los de aire descargaban rayos tremendos y los de agua congelaban a quien alcanzaran hasta matarlo de frío. Los soldados norghanos y sus aliados del Continente Helado estaban en apuros. Los dragones comenzaron a dar pasadas de castigo sobre la ciudad y mataban a centenares en cada paso rasante.

De pronto la niebla azul comenzó a volverse más oscura y fue cubriendo todo cuanto

encontraba: soldados norghanos, Salvajes de los Hielos, Pobladores de la Tundra, Arcanos de los Glaciares, edificios, plazas y todo el centro y norte de la ciudad.

—Los Arcanos lo cubren todo de neblina para que los dragones no puedan ver a sus presas —dedujo Taika.

—Veo que los soldados están a cubierto en casas y edificios —dijo Ivo.

—Son listos —reconoció Lily.

—Sí, pero esto solo retrasa lo inevitable —dijo Aiden—. Los dragones harán mil pasadas si hacen falta.

—Algo de razón no le falta —dijo Lily.

De pronto un dragón pasó lanzando su aliento de fuego muy cerca de ellos.

—¡Al suelo! —avisó Taika.

Se echaron al suelo alejándose del paso del caudal de fuego, que no los alcanzó por muy poco.

—¡Que somos Brujos de Dragón, idiota! —gritó Lily al dragón, que se alejaba para regresar con otra pasada letal.

—No les importa. Van a arrasar todo, da igual quién este en la ciudad —dijo Nahia que veía las intenciones de los dragones.

El dragón rojo se acercaba en dirección contraria, esta vez su aliento iba a pasar por medio de la torre.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Taika.

—¡Abajo! —exclamó Dafne.

Corrieron escaleras abajo. El dragón golpeó la estructura y todo ardió. Pasó justo sobre la torre, de haber estado arriba los hubiera calcinado. Abajo, en las escaleras, el fuego también consiguió entrar, pero no demasiado.

—¡Mi pelo! —exclamó Lily.

Aiden lo apagó a manotazos, aunque tenía fuego en sus propios brazos.

En medio de la escalera Taika e Ivo se dolían de quemaduras en los pies y tenían las capas ardiendo. Se las quitaron y las lanzaron por una ventana.

—¿Cómo estáis? —preguntó Dafne, la única a la que las llamas no alcanzaron de alguna forma.

—Quemaduras en brazos y pies… —dijo Nahia mirando alrededor a sus compañeros. Ella tenía una quemadura fea en el brazo derecho.

—Tranquilos, dadme un momento. Puedo curaros —Dafne se concentró y un momento más tarde su energía sanadora ya recorría las quemaduras de todos. Le llevó un rato largo, pero fue capaz de curar todas las heridas.

—¡Eres la mejor del mundo! —dijo Lily contentísima.

—No eran heridas graves, menos mal —resopló Dafne.

—Vales como mil raciones —dijo Ivo.

—Ese es el mejor cumplido que me han hecho nunca —sonrió la Fatum.

—Hay que salir de esta ciudad antes de que los dragones nos maten —dijo Taika.

—De acuerdo, desatrancaremos la puerta —Ivo se puso a ello con ayuda de Aiden.

Cuando terminaron se prepararon para salir.

—Necesitamos protección contra los alientos elementales —dijo Nahia—. Tendremos que utilizar nuestras protecciones de escamas.

—¿Crees que aguantarán? —preguntó Dafne.

—Deberían, al menos si no es un ataque sostenido —dijo Nahia.

—Sí, es muy buena idea —convino Lily.

—¡A ello! —dijo Nahia.

En un momento tenía las dos protecciones de escamas encima, la de energía y la de lava dura.

Dafne y Lily no tuvieron problemas para crear el campo de escamas mágico de energía protectora antimagia ni las Escamas Elementales de diamantes y hielo.

Por desgracia no fue el mismo resultado con los chicos. Los tres estaban con los ojos cerrados, concentrados, intentando crearlas, pero no había suerte, no lo conseguían.

—Venga, chicos, seguro que podéis —dijo Lily animada.

Fuera las pasadas elementales se incrementaban y las explosiones y gritos de sufrimiento también. De pronto, Aiden lo consiguió. Sus escamas de energía y la de pequeños torbellinos recubrieron su cuerpo.

—¡Estupendo! —exclamó Lily.

Un momento más tarde lo conseguía Taika, escamas de energía y diamante negro aparecieron por todo su cuerpo.

—Mejor lo dejamos, vayamos —quiso rendirse Ivo.

—De eso nada. No nos vamos hasta que estés recubierto —dijo Dafne muy seria.

Ivo resopló y lo intentó de nuevo. Un momento más tarde, por puro empeño, lo consiguió. Su enorme cuerpo quedó recubierto de escamas de energía y luego de roca.

—Recordad que tenéis que enviar energía a las escamas para mantenerlas activas —dijo Nahia.

—De acuerdo —asintió Ivo.

—¡Vamos! —exclamó Taika y salió de la torre a la plazoleta.

Todos lo siguieron. Un dragón blanco pasó sobre ellos y descargó su aliento de tormenta. Un caudal de rayos y relámpagos les alcanzó y les golpeó con extrema intensidad. Una docena de rayos alcanzó a cada uno de ellos y los que cayeron a su alrededor levantaron una tormenta de piedras del suelo. Todos se detuvieron.

—¿Algún herido? —preguntó Dafne.

—No… estoy herido… —dijo Ivo sin poder creerlo.

—Yo… tampoco… —Aiden se palpaba el torso en el lugar donde le habían alcanzado dos rayos.

—Mis escamas casi están destruidas —dijo Nahia—, pero han aguantado. Enviad más energía antes de que perdáis las escamas.

Todos hicieron lo que Nahia les dijo y consiguieron mantener sus dos conjuros de escamas protectoras activos.

—Creo que esto responde a tu pregunta —dijo Nahia a Dafne.

—La próxima vez prefiero descubrirlo de otra forma —bromeó arrugando la nariz.

Nahia se encogió de hombros.

Salieron de la plazoleta y se dieron cuenta de que si iban hacia el centro de la ciudad entrarían en la gran bruma azul.

—No sé si esa bruma será buena para nosotros —dijo Lily.

—Mejor la evitamos.

De súbito, un dragón rugió en los cielos. Era marrón y llevaba clavadas varias flechas en la cabeza.

—¡Atención! —avisó Taika.

—Ese dragón está huyendo —dijo Dafne.

—¿De quién? —preguntó Lily.

De súbito, de entre unas casas a unos 25 pasos apareció el grupo perseguidor. Eran Lasgol, Gerd, Camu y los suyos.

—¡Lasgol! —clamó Nahia con un fuerte grito.

Esta vez Lasgol la escuchó. Se giró hacia ella y le apuntó con el arco. Gerd hizo lo mismo.

—¡Soy yo, Nahia! —por si acaso, Nahia tiró las armas al suelo y se quitó la capucha para que pudieran verla.

—Nahia —Lasgol la reconoció. Luego señaló con el arco al resto de la escuadra.

—¡Amigos! —gritó Nahia en norghano.

Lasgol los observó un instante. Luego asintió y se acercó. El resto del grupo lo siguió.

Cuando estuvo con ellos, Lasgol les hizo señas de que lo siguieran todos y los guio al interior de una casa grande de roca. Una vez dentro y a cubierto los saludó.

—Hola, Nahia —dijo con un gesto de la cabeza.

«Nosotros muy contentos encontraros» envió Camu a todos.

Dafne, Lily, Aiden, Ivo y Taika se sorprendieron de recibir el mensaje mental de Camu.

—Yo también de veros a vosotros.

«Tú no preocupar. Yo traducir a mensaje con mi habilidad Transmutar Mensaje».

—Gracias, Camu, eres un sol.

«Yo mucho sol, sí. Inteligente también, Mucho».

Nahia no pudo sino sonreír.

—Camu va a coger lo que decimos y transformarlo en un mensaje mental que reenvía a cada persona. Así nos entenderemos, lo oiréis todo como con eco —explicó a su escuadra.

—¿Cómo está Egil? —preguntó Lasgol.

—Está bien, os envía saludos. Sigue prisionero en las mazmorras, no hemos podido liberarlo todavía.

—¿Pero está bien? —preguntó Gerd preocupado.

—Sí, está bien de salud y de ánimo. Dice que sigamos luchando, que ya encontraremos la forma de liberarlo.

—A propósito de liberarme, mil gracias a todos —dijo Gerd.

—Oh, dejadme que os presente a mi escuadra. Estos son Dafne, Lily, Aiden, Ivo y Taika.

«Mucho placer conoceros todos» envió Camu que sonrió.

—Un placer —dijo Lasgol.

La escuadra saludó con breves gestos de la cabeza.

Sonaron rugidos fuera y un dragón dio una pasada fuego que cayó cerca.

—No hay mucho tiempo, tenéis que salir de aquí —dijo Lasgol.

—¿Qué sucede? —Nahia notó el tono de voz de Lasgol.

—Los Arcanos de los Glaciales van a dirigir la tormenta invernal sobre la ciudad y luego sobre el campamento de guerra. No sobrevivirá nadie.

—Oh, vaya…

—Nosotros regresaremos al túnel a protegernos —dijo Lasgol.

—Entiendo.

—Podríais quedaros conmigo…

—Eso es muy arriesgado, somos el enemigo —dijo Taika.

—Creo que podría protegeros… —dijo Lasgol.

—Son muchos a convencer… —Gerd no estaba tan convencido.

—Los norghanos nos colgarán —aseguró Aiden—, o los Salvajes azules.

—Sí, es muy arriesgado. Te lo agradezco, Lasgol, pero mejor si marchamos. Además, debemos regresar a Kraido. De lo contrario no podremos ayudar a Egil —dijo Nahia.

—Cierto. En ese caso, marchad ya. La tormenta está a punto de llegar.

—De acuerdo. Espero que podamos vernos de nuevo con más tiempo para hablar —dijo Nahia.

—Sí, lo mismo dijo —dijo Lasgol.

—Suerte —deseó Nahia.

—Suerte —devolvió el deseo Lasgol.

El grupo de Lasgol abandonó el edificio y un momento después lo hacía Nahia y su escuadra. Nada más salir del cobijo los vientos de la tormenta los sacudieron. La temperatura era gélida.

Miraron al cielo y no vieron dragones, sino una masa oscura y amenazante de nubes negras con rayos y fuertes vientos que se les venía encima. En medio de la ciudad todos corrían a buscar cobijo a las casas, aunque la mayoría iban hacia el túnel por el que ellos habían llegado.

—¡Hay que salir de aquí! —dijo Aiden y echó a correr hacia la puerta norte, que estaba despejada de soldados y neblina azul.

—¡Vamos! —todos corrieron hacia la puerta conscientes de que tenían que ganar la carrera a la tormenta.

Corrían como si les persiguiera la misma muerte.

De pronto se encontraron con grupo de soldados norghanos que corría en dirección contraria por la calle por la que ellos iban. Eran una docena.

—Oh, no —se lamentó Nahia.

—¡Yo me encargo! —gritó Aiden e invocó su habilidad de élite Ira.

Gritó como un poseso y se lanzó de cabeza contra los soldados. Golpeó con una furia desmedida dando espadazos a diestro y siniestro y, mientras golpeaba, surgieron rayos de tormenta de su cuerpo que cayeron contra los norghanos. En un abrir y cerrar de ojos los había matado a todos y el paso estaba despejado.

—Lo curaré, está herido —dijo Dafne y utilizó su magia.

Al hacerlo, Aiden volvió en sí, saliendo de su estado de frenesí.

—Estás muy loquillo —dijo Lily, que negaba con la cabeza.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Aiden y corrió hacia la puerta.

Según la cruzaban y con la tormenta en sus talones, Nahia se fijó en que los dragones se retiraban como ellos, huyendo.

Llegaron al campamento de guerra y allí vieron que habían dado orden de evacuar. Se dirigieron corriendo hacia el oeste, escapando de la tormenta.

Trotaron durante horas y por fin consiguieron ponerse a salvo.

Rotos de cansancio se sentaron sobre la nieve junto a un bosque.

—Una misión de lo más tranquilita —dijo Lily.

—Sí, hemos perdido al escuadrón, a nuestro líder y medio ejercito —dijo Dafne.

—Bueno, estamos con vida, es lo importante —dijo Nahia.

—Gran verdad —asintió Ivo.

—Ha sido horrible, hemos sido derrotados —afirmó Aiden.

—Ha sido caos más que derrota —dijo Lily.

—En cualquier caso, nosotros hemos cumplido con la misión —dijo Dafne.

—Eso es verdad —estuvo de acuerdo Taika.

—Aun así, seguro que nos cae un castigo por esto —dijo Nahia.

Nadie dijo nada, pero todos sabían que así sería.

Capítulo 50

Nahia salió de la tienda de campaña en el campamento de invasión del Continente Renacido. Habían llegado el día anterior después de un largo trayecto desde Olstran hasta la perla en el sur de Norghana, la que Lasgol y los suyos conocían como la perla sobre la Madriguera en el Refugio. Irakas-Gorri-Gaizt había abierto un portal hasta el Continente Renacido y ahora todos descansaban y se recuperaban. La misión había sido un caos total, pero no habían recibido reprimenda de su líder, por el momento.

—¿Cómo estás? —preguntó Ivo sentado en una caja delante de la tienda devorando una ración que seguro no era la primera.

—Bien… cansada, pero bien. Me siento débil por alguna razón —dijo Nahia y arrugó la frente.

—Es normal, hemos tenido mucho combate y el viaje relámpago de regreso aquí… —dijo Ivo—. Come algo, te sentirás mucho mejor.

—Sí, creo que iré a por una ración.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció él.

—No, tranquilo, me vendrá bien estirar un poco las piernas.

Ivo asintió y siguió comiendo.

—¿Cómo están Dafne y Lily? —preguntó Aiden, que llegaba hasta ellos.

—Dormidas, están agotadas —Nahia miró hacia el interior de la tienda.

—Les vendrá bien descansar, ha sido una misión difícil —asintió Aiden.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Nahia a Taika situándose junto a él. El Felidae observaba el campamento con ojos entrecerrados.

—No demasiadas. Nuestro líder y otros dragones han volado hacia el norte, detrás del gran glaciar. Deben estar conferenciando allí. Creo que estamos esperando a que regresen del resto de misiones. Imagino que no abrirán el gran portal a Kraido hasta que estemos todos.

—No es eficiente. Requiere de mucho poder abrirlo. Esperarán a que estemos todos, seguro —afirmó Aiden mirando hacia el gran glaciar.

—¿Quién ha vuelto? —se interesó Nahia.

—Los escuadrones marrón, azul y blanco, y nosotros —dijo Taika.

—Oh, voy a ver qué tal están.

—No te olvides de comer algo —insistió Taika.

Nahia asintió y dejó a sus compañeros. Quería asegurarse de que Ana y Logan habían vuelto y estaban bien. Se dirigió a las tiendas del Escuadrón Blanco y al momento reconoció a Logan de pie junto a un armero. El corazón le dio un brinco, estaba allí y parecía estar bien. Nahia resopló, llena de alivio y felicidad.

Logan conversaba con dos personas, alguien de su escuadra y alguien a quien no podía ver. Nahia rodeó unas tiendas y vio que el compañero de Logan marchaba hacia las cocinas descubriendo a la otra persona. Era Ana. Nahia sintió una gran alegría por verla sana y salva. Tenía la misma mirada de preocupación y expresión angustiada de siempre, lo que quería decir que estaba bien. Logan y ella conversaban. Al verlos juntos Nahia pensó que las cosas se habían arreglado. Seguro que Logan había hablado con Ana y todo estaba bien.

Llegó hasta ellos.

—¡Hola, Ana, Logan! ¡Qué alegría veros! —saludó muy contenta.

Los dos se volvieron hacia ella. La cara de Logan se iluminó y su seriedad desapareció. Sus ojos brillaron y una sonrisa se dibujó en su rostro. Ana la miró y su expresión pasó a una de sorpresa. Un instante después su rostro se ensombreció y no hubo sonrisa en sus labios.

—¡Nahia, estás bien! —la recibió Logan con voz de alegría.

—¡Qué bien que estés de vuelta! —dijo Ana, pero no había sentimiento de cariño en el tono y Nahia se dio cuenta.

—No estáis heridos, ¿verdad? —preguntó Nahia y los miró de arriba abajo.

—Estamos bien —aseguró Logan y la observó también con detenimiento, para confirmarlo.

—¡Qué alegría que estemos todos bien! —expresó Nahia muy contenta.

—¿Ha ido bien tu misión? —preguntó Logan.

—Bien, lo que se dice bien, yo diría que no. Ha sido una misión de lo más sorprendente y enmarañada, pero hemos hecho lo que se nos ha ordenado. Nuestro líder no nos ha gritado, así que…

—Parecido a la mía, entonces —dijo Logan.

—¿Tú, Ana? —preguntó Nahia y la miró a los ojos.

—La mía mal. Muerte y destrucción por todos lados —dijo bajando la mirada al suelo—. Los dragones han estado arrasando cuanto han encontrado. Nada puede detenerles, solo se puede huir de ellos o clavar la rodilla…

—No digas eso, por muy mal que vayan las cosas conseguiremos derrotarlos al final —dijo Nahia.

—Díselo a los miles de rogdanos, Masig y Usik que han matado sin piedad alguna —Ana negó con la cabeza—. Me voy a echar un rato, hace días que no duermo —dijo y se marchó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nahia a Logan.

—Ha presenciado los horrores de la guerra y le ha afectado mucho —respondió él.

—¿Solo eso o hay algo más? —preguntó Nahia.

—¿Algo más?

—Por… ya sabes…

—Oh, no creo —Logan negó con la cabeza.

Nahia asintió.

—La guerra es horrible y suceden cosas terribles.

—Muy cierto —asintió Logan.

De pronto dos miembros de la escuadra salieron de la tienda.

—¿Vienes, Logan?

—Sí, voy. Perdona, Nahia.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Vamos a la enfermería. Tenemos dos heridos, uno preocupante.

—Oh, lo siento.

Logan asintió.

—Espero que consigan que se recuperen los dos.

—Yo también —deseó Nahia.

—Hasta luego —se despidió él y en sus ojos había un brillo especial que Nahia captó. En los de ella seguro que también.

Vio a Logan marchar con el corazón latiendo con fuerza. Suspiró y se dirigió a por algo de comida, eso le sentaría bien. Llegó a las cocinas y le dieron una ración que devoró allí mismo. Sí, estaba más hambrienta de lo que pensaba. Pidió una segunda y casi la terminó también. Se sintió mucho mejor. Abandonó la zona de cocinas y se dirigió hacia su tienda cruzando el campamento.

Sin embargo, cuando estaba ya cerca, se desvió de forma inconsciente con la mente perdida en un millar de pensamientos: Logan, Ana, sus compañeros de escuadra, los heridos y muertos en la guerra, dragones y la necesidad de acabar con ellos… Sin darse cuenta se encontró frente a la entrada del gran glaciar.

—¿Qué… por qué…? —masculló sin saber qué le había pasado para llegar hasta allí.

Decidió entrar y ver la gran perla para comprobar si la estaban preparando ya para abrir el gran portal de regreso a Kraido. Los soldados de guardia la dejaron pasar. Esperaba encontrar varios dragones plateados trabajando en la perla, pero se equivocó. La gran cámara central estaba desierta, eso significaba que no iban a regresar de inmediato. No fue una idea que la desagradó, no tenía prisa por volver a la academia.

—¿Nahia? —preguntó una voz a su espalda.

Se volvió. Era Logan.

—Hola, Logan.

—Me ha parecido que eras tú. Te he visto cuando volvía de la enfermería.

—¿Qué tal tus compañeros?

—Vivirán los dos —resopló él y su rostro mostró un gran alivio.

—Son excelente noticias.

De súbito, Nahia sintió que la escama en su cuello se calentaba.

—Oh, oh…

—¿Qué sucede?

—Igual empiezo a comportarme raro, no te preocupes.

—¿Qué? —Logan la miró extrañado.

Nahia sintió que se le nublaba la cabeza y la bruma plateada comenzaba a formarse alrededor de su mente.

—Empieza, tú tranquilo —dijo a Logan.

—Noto poder, viene de ti, de tu… nuca —dijo Logan preocupado y extendió la mano.

Nahia comenzó a andar hacia el este. Volvía a sentirse en una ensoñación y guiada por el extraño poder que la atraía. Entró en la caverna lateral adyacente a la cámara principal del glaciar donde estaba la perla.

Logan la seguía, preocupado.

La escama en la nuca de Nahia ardía y la bruma y aquel poder la atraían. Recorrió la caverna hasta llegar a la pared de hielo en la cara norte. Tocó la pared de hielo con su mano.

—Es posible que tenga una visión ahora —advirtió a Logan.

—¿Por qué lo crees?

—Tuve una aquí hace poco, este lugar tiene algo que ver con mi destino.

—No hay nada aquí, solo una pared de hielo.

Nahia comenzó a sentirse extraña. Ya no era solo la escama en su cuello, la bruma en su cabeza y la ensoñación, ahora sentía un calor abrasador que comenzaba a subirle por todo el cuerpo. Su llama interior se había encendido, pero no por rabia, era por su condición, su enfermedad.

—Algo me pasa… me va a dar un ataque —advirtió a Logan.

—¿Qué hago? —preguntó él con grandes ojos llenos de angustia.

Nahia sentía la llama creando un tremendo incendio en su interior. El fuego se propagaba y el calor se expandían por toda su piel.

—Nada. No me toques, puedes quemarte o algo peor.

—Pero algo tengo que poder hacer. ¿Cómo te ayudo?

Nahia negó con la cabeza. Comenzaron las palpitaciones y crecieron a un ritmo acelerado. Ahora llegarían el aturdimiento y las náuseas. Su corazón latía desbocado.

Algo extraño sucedió. No se mareó. Se dio cuenta de que seguía con la cabeza en medio de aquella bruma de ensoñación y que la escama seguía ardiendo. Se estaban combinando el poder del destino con su condición. Ahora debería caer al suelo en medio de calambres tremendos y terminar convulsionando. Sintió que el terrible incendio de su interior quería salir, que iba a explotar hacia el exterior. Sintió que sería con muchísima fuerza y poder.

—¡Logan, aparta, voy a explotar! —avisó gritando.

Él dio un brinco hacia atrás.

Nahia levantó los dos brazos hacia arriba sin saber por qué y el incendio en su interior explosionó. De su cuerpo salió una llamarada tremenda hacia arriba, dirigida por los dos brazos extendidos. La poderosísima llamarada ascendió y llegó a la parte superior de la caverna. Del terrible poder que emanaba derritió el hielo y continuó ascendiendo. Hizo un agujero circular en el hielo a su paso según ascendía con una fuerza y potencias increíbles. Continuó subiendo y agujereando las capas hasta que todo el incendio salió de su cuerpo. Nahia se sintió muy débil, vacía, y se quedó de pie a punto de irse al suelo.

—¡Nahia! —exclamó Logan. Corrió y la cogió en sus brazos.

Sonó un crujido seco y Logan miró hacia arriba. Un bloque del hielo cayó sobre ellos. Logan

saltó a un lado llevándose a Nahia consigo. El bloque golpeó el lugar en el que estaban hacía un momento y se rompió en mil pedazos.

—¿Qué…? —Logan miraba desde el suelo el bloque roto y los pedazos de hielo por todos lados y frente a él vio una perla blanquecina grande que brillaba con poder. Y había algo más, un humano moreno.

Nahia señaló con el dedo.

—Esos ropajes…

Logan la ayudó a levantarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Esos ropajes… son de Guardabosques.

—¿Es un Guardabosques norghano?

—Es más que eso, es una de las Panteras de las Nieves. Ese es Viggo, el asesino que desapareció aquí, en el glaciar.

—Oh, vaya… ¿Estará vivo?

—Tiene que estarlo. De lo contrario no estaría en mi destino. Trae a Dafne, hay que revivirlo.

—Pero… ¿y tú? —se preocupó Logan.

—No te preocupes, estoy bien. Débil, pero bien. Trae a Dafne. ¡Corre!

—¿Seguro?

—Ve, por favor.

—De acuerdo —Logan se fue.

—¡Y consigue ropas de soldado!

Logan se detuvo, la miró y asintió.

Un rato más tarde Nahia y Dafne trataban de reanimar al humano. Con ellas estaban Lily y Logan.

—Vigilad la entrada, no queremos miradas indiscretas —dijo Nahia.

—Yo me encargo —dijo Logan y fue a cubrirla.

—Aplícale algo más de calor, está congelado —dijo Dafne a Nahia.

—De acuerdo —Nahia usó su habilidad, pero con muy poca llama, solo para generar calor, y fue pasando sus manos por todo el cuerpo del caído.

—No puedo creer que lo tuvieran en un bloque de hielo ahí arriba —Lily sacudía la cabeza.

—Debió ser alguna idea malvada de tortura del dragón inmortal —dedujo Nahia.

—Esas perlas tienen poder vital —dijo Dafne, que las tenía a su lado.

—Vivo está —dijo Lily y le puso dos dedos en el cuello—. Helado, pero vivo. Es atractivo el asesino este, tiene cara de pillo.

—Lily, está medio muerto, ¡quieres centrarte! —gritó Dafne.

—Conociendo la magia de agua, si lo han congelado con vida, vivirá. La magia de agua se puede usar para congelar hasta matar o para congelar con vida. Una pequeña pero notable distinción —explicó Lily.

—Entonces podré sanarlo —asintió Dafne.

—Yo creo que ya está —dijo Nahia y se sentó en el suelo.

Estaba a punto de perder el sentido de lo cansada y débil que se sentía, pero quería salvarlo antes de perder la conciencia.

—De acuerdo, me toca —Dafne puso sus manos sobre el torso del caído y comenzó a enviar energía sanadora a su cuerpo.

Nahia y Lily estaban sentadas a los costados y observaban. Por un largo rato Dafne envió energía sanadora por todo el cuerpo del chico hasta que, finalmente, se quedó vacía.

—No tengo más energía. No he captado que le pase nada malo, debería estar perfectamente después de toda la energía que le he enviado.

—Pero no despierta —dijo Nahia preocupada.

—Tengo una idea —dijo Lily y le soltó dos tortas fuertes, una en cada mejilla.

—¡Lily! —protestó Nahia.

De súbito, el caído abrió los ojos.

—¡Maldito dragón sin entrañas! —gritó y se incorporó un poco. Tenía la mirada fija al frente, perdida.

—¡Ha vuelto! —Nahia no podía creerlo.

—¡Veis! Mi técnica era la mejor —dijo Lily.

Las tres se pusieron de pie.

—Viggo, ¿te encuentras bien? —preguntó Nahia.

Viggo no pareció oírla. Miraba al frente con la mirada fija en el horizonte.

—Voy a probar con mi técnica —dijo Lily y fue a darle otro cachete.

Según la palma de la mano estaba a punto de alcanzar el rostro de Viggo, la mano izquierda de este se movió como el rayo y atrapó la muñeca de Lily impidiendo el golpe. Luego, apoyándose en ella, se levantó de un brinco fugaz y se puso en pie. Se giró hacia ellas y miró a las tres de arriba abajo.

—¿Es esto un sueño? ¿Estoy muerto y he ido a parar a algún sitio muy bueno lleno de chicas guapas y de lo más interesantes? —dijo Viggo en norghano mientras observaba a Dafne y Lily muy intrigado.

Nahia, Lily y Dafne no pudieron entenderle.

—Yo, Nahia. Amiga de Egil, Lasgol y Camu —dijo con lo poco que sabía de norghano.

—¿El sabelotodo, el rarito y el bicho? ¿Dónde están? ¿Y dónde está mi rubita belicosa?

Nahia no entendió nada.

—Debemos irnos, llegan dragones —advirtió Logan.

Se escucharon varios rugidos potentes y Viggo se agazapó.

Nahia se llevó el dedo índice a los labios y luego le señaló los ropajes de soldado en el suelo.

Viggo entendió.

Asintió y comenzó a desvestirse delante de ellas sin el más mínimo pudor.

Nahia, Dafne y Lily se giraron.
Un momento después se marcharon.

Capítulo 51

Salieron del glaciar en dos grupos. Lily, Dafne y Logan por delante, y Nahia con Viggo detrás. Al ver el campamento de guerra Viggo se detuvo, luego vio a tres dragones plateados enormes tomar tierra a su espalda para entrar en el glaciar y volvió a andar con paso rápido. Nahia podía ver por su expresión y los ojos como platos que tenía, que todo aquello le parecía una locura. No lo culpaba, para él no había pasado el tiempo. Era el día siguiente a cuando el dragón inmortal lo había encerrado en hielo.

—Yo amigo —repetía Nahia para intentar tranquilizarle.

Hubiera dado cualquier cosa por poder explicárselo todo, pero solo sabía unas pocas palabras en norghano y aquello era imposible.

Viggo miraba a todas partes. Al pasar junto a un armero, con gran rapidez y destreza, cogió dos cuchillos y se los colocó en el cinto. En el campamento había más de un millar de soldados humanos y ahora Viggo era uno más, así que no llamó la atención. Lo habrían llevado hasta la tienda de la Escuadra Ígnea, pero resultaría sospechoso, así que lo ocultaron en una tienda vacía detrás de la de ellos.

Taika, Ivo y Aiden los vieron. No dijeron nada, pero intuyeron al momento que pasaba algo.

—Ni una palabra —dijo Lily a Aiden y lo señaló con el dedo índice.

El Drakónido miró hacia otro lado.

—Venid dentro, os lo explicaré —dijo Dafne al resto y entraron en la tienda.

Nahia se fue con Viggo. No entró con él en la tienda vacía porque resultaría sospechoso, pero le indicó que esperase allí. El problema que tenían era que había que sacarlo del campamento cuanto antes. Nahia se dio cuenta de que tenía que ser rápido, al día siguiente podían regresar los escuadrones que faltaban y los enviarían de vuelta a Kraido.

Fue a ver a Logan. Tenían que idear algo.

Por un largo rato, Nahia y Logan lo pensaron.

—¿No puedes avisar a Lasgol y Camu de alguna forma para que lo rescaten?

—No, no tenemos forma, de momento.

—En ese caso creo que la mejor opción es hacerlo disimulando —dijo Logan.

—¿Disimulando?

—Sí. Verás, si le ayudamos a escapar del campamento tendrá que vagar por este continente sin poder salir de él. No hay barcos que se acerquen aquí por la guerra y no puede usar el portal por sí mismo. Además, siempre hay dragones vigilando.

—Ya… y si anda por esta región los dragones pueden verlo en uno de sus vuelos de reconocimiento.

—Eso también. Por eso creo que lo mejor son los carros —Logan señaló hacia un convoy que estaban preparando.

—¿Meterlo en un convoy hacia Norghana? —Nahia adivinó la intención de Logan.

—Eso es —asintió Logan.

—Así irá por el portal y aparecerá en su tierra.

—Y siendo un Guardabosques se las arreglará para desaparecer en los bosques.

—Esa es una muy buena idea —dijo Nahia muy animada. Sin querer, por la alegría de tener una solución le dio un beso.

Logan sonrió.

—Voy a intentar tener más buenas ideas —bromeó.

Nahia se puso roja.

—Todo el tiempo —dijo ella y le dio otro beso.

Luego disimularon. Estaban frente a la tienda de la escuadra de Logan y sus compañeros hicieron como que no habían visto nada, aunque sonreían.

Al día siguiente el plan de Logan se puso en marcha. Un convoy salía para Norghana aquella misma noche. Taika se había enterado hablando con los soldados.

Se prepararon para colocar a Viggo en el convoy. Ya solo quedaba por llegar el Escuadrón Negro y entonces tendrían que marchar. Nahia estaba preocupada. Deseó que se retrasaran o no podrían sacar a Viggo de allí. Sus deseos parecieron ser concedidos. Llegó el anochecer y el Escuadrón Negro no había aparecido todavía. Tenían al menos hasta el amanecer.

Nahia resopló aliviada.

—Tenemos que actuar.

—Preparada —dijo Lily.

—¿Seguro que puedes hacerlo?

—Puedo hacer eso y mucho más —aseguró ella.

Nahia asintió.

—¿El resto?

—Estamos contigo —dijo Dafne.

Nahia miró a cada uno de sus compañeros.

—¿Seguro que queréis involucraros?

—Seguro —dijo Taika.

—¿Tú también, Aiden? Puedes quedarte al margen.

—Si vais todos, yo también voy. Sois mi escuadra.

—Como quieras —dijo Nahia. No estaba muy convencida, pero mejor tenerlo cerca que dejarlo en el campamento con libertad para avisar a los dragones.

—Vamos entonces —dijo Nahia.

Recogieron a Viggo en su tienda. Nahia había intentado explicarle el plan lo mejor que había podido. No estaba segura de cuánto había entendido el Guardabosques, pero esperaba que fuera suficiente. En cualquier caso, sabía que era alguien especial, así que se las arreglaría.

Logan se unió a ellos al borde del campamento, en una zona con pocos guardias.

—Taika, te toca —dijo Nahia cuando estuvieron preparados.

—Me encargo —dijo Taika y un momento más tarde creó una oscuridad que lo envolvió por completo. Luego envió más y más energía y la hizo lo suficientemente grande para cubrir a todo el grupo.

Un momento más tarde abandonaban el campamento, envueltos en la negrura que los hacía invisibles en medio de la oscuridad de la noche, y se dirigieron a la perla del Continente Renacido. Cuando llegaron vieron a dos dragones que la vigilaban, así que aguardaron a una distancia prudencial detrás de unas rocas. Tocaba esperar.

El convoy de carros llegó tras unas horas. Eran unos cien carros, alineados unos detrás de otros con suministros para Norghana. Se detuvieron frente a la perla y aguardaron. Los dos dragones comenzaron a abrir el portal.

—Ha llegado el momento.

—Yo me encargo —dijo Lily y agazapada se acercó al último carro.

En la parte posterior iban dos soldados y Lily conjuró sobre ellos por un largo rato.

—Ya está. Pensarán que Viggo es su mejor amigo.

—Vale, ¿cuánto tiempo? —preguntó Nahia.

—Eso no lo sé. Les he encantado con toda mi energía. Debería durar hasta el amanecer, creo.

—Más que suficiente. Una vez en el Refugio Viggo podrá escabullirse sin problema. Conoce aquello a la perfección —dijo Nahia.

—El Refugio me va perfectamente —dijo Viggo en norghano, ya que había entendido el nombre, y les hizo un gesto que de que estaba de acuerdo.

Nahia asintió.

—Sube al carro —le hizo el gesto con la mano de correr y saltar al carro.

El convoy se ponía ya en marcha, los primeros carros entraban en el portal subiendo por una rampa.

—Gracias a todos —dijo Viggo—. No olvidaré esto, os debo una y grande.

Salió corriendo, llegó al último carro y subió de un salto. Los dos soldados lo recibieron con abrazos. Se sentó tras ellos y se escondió entre las cajas de suministros.

—¿Veis? Soy la mejor de las encantadoras —dijo Lily, orgullosa.

—Ha estado muy bien, sí —dijo Dafne.

«¿Qué significa esta traición? ¿Cómo habéis osado traicionar a los dragones? ¿Traicionarme a mí, vuestro líder?» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt lleno de furia.

Nahia abrió mucho los ojos. Los habían descubierto.

Todos se quedaron petrificados donde estaban.

De entre la oscuridad apareció Irakas-Gorri-Gaizt y avanzó hacia ellos con los ojos rojos de furia.

Al momento todos supieron que iban a morir.

«¿De verdad creías que podíais engañarme? ¿De verdad creéis que es posible levantarse contra los dragones?».

A Nahia se le cayó el alma al suelo. Iban a morir todos.

Miró a Logan, lo había condenado. Miró a sus compañeros. Todos iban a morir por su culpa, por su sueño de alcanzar la libertad. A ella no le importaba morir, pero no soportaba la idea de que ellos murieran por su culpa.

—¡Yo soy la responsable! —dijo Nahia.

«Lo sé. Sé que eres la líder de esta revuelta, la que lidera la causa» Irakas-Gorri-Gaizt la miró con ojos de fuego.

Nahia se dio cuenta de que Irakas-Gorri-Gaizt lo sabía todo.

Estaban todos perdidos.

Lily se volvió hacia Aiden.

—¡Nos has traicionado! —acusó con rabia y lágrimas en los ojos.

—¡Tenías que hacerlo, tenías que ser un fiel esclavo! —acusó también Dafne llena de rabia.

El Drakónido se mantuvo erguido.

—Yo no os he traicionado. Me duele que creáis eso.

—Tienes que haber sido tú —dijo Lily.

«No ha sido el Drakónido. Él os ha sido fiel».

Lily se quedó completamente sorprendida. Dafne puso cara de no poder creerlo.

«Muéstrate, que sepan quién los ha traicionado» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Una figura comenzó a hacerse visible detrás del dragón saliendo de la oscuridad de la noche.

Nahia la reconoció y sintió que le perforaban el torso.

—¡Ana! ¡No! —exclamó Logan.

Ana se situó junto al enorme dragón rojo.

—¿Por qué, Ana? —preguntó Nahia con los ojos húmedos y el corazón roto.

—Porque el sueño es solo eso, un sueño. Nunca seremos libres. Nunca podremos derrotar a los dragones.

—¡Pero tú creías, era por y para todos! —gritó Logan, incrédulo.

Ana negó con la cabeza.

—No, yo nunca creí. Cuando Maika murió lo supe, lo vi claro. Los dragones van a reinar por siempre y oponerse significa morir. Yo elijo vivir. No quiero morir por un sueño imposible, quiero seguir viviendo y si es a sus órdenes, que así sea.

—¿Pero todas las reuniones, nuestros planes, el mensaje? —Logan seguía son poder creerlo.

—Todo lo hice por ti, por estar contigo, por pasar tiempo a tu lado… porque te amaba. Pero tú la preferiste a ella —dijo Ana señalando a Nahia—. Siempre la quisiste a ella, no a mí, por mucho que lo intenté en vano.

—¿Por eso nos has traicionado? —Logan estaba descompuesto.

—Por eso y porque quiero vivir. Al principio no había demasiado riesgo con vuestra pequeña revolución, pero ahora el riesgo es enorme. Toda la Academia lo sabe. Los dragones os iban a descubrir y cuando lo hicieran yo caería como una de las cabecillas. Preferí vivir. Cuando me confiaste este plan, mi dulce Logan, supe que era mi oportunidad, así que acudí a vuestro líder y

le conté todo, incluyendo vuestro plan para ayudar a escapar a un norghano, un enemigo. Eso es traición y os ha cogido en el acto.

—No puedo creerlo. No lo entiendo —dijo Logan sacudiendo la cabeza.

Nahia sentía lo mismo que Logan, estaba destrozada por la traición.

—Éramos amigas —le dijo a Ana—. Confiaba en ti…

—Yo solo quería estar con Logan. Tú siempre fuiste un escollo, nada más.

Nahia sintió aquella frase como una puñalada al estómago. Siempre había pensado que Ana era una buena persona. ¡Cómo había estado tan equivocada, la había engañado por completo!

«La traición se paga con la muerte» sentenció Irakas-Gorri-Gaizt.

—Nuestra suerte está echada —dijo Ivo.

«El Tauruk está en lo cierto. Vuestra suerte está echada y la decido yo aquí y ahora».

—Si hemos de morir, hagámoslo luchando —dijo Logan y se preparó para combatir.

—Estoy con vosotros —dijo Taika y sacó su espada.

—Moriremos peleando —dijo Dafne.

—Es hora de luchar —Lily se preparó.

Nahia sabía que iban a morir, no podrían con semejante dragón, era demasiado poderoso para ellos, pero sus compañeros tenían razón.

—¡Por la libertad! —exclamó Nahia.

«Me agrada vuestro espíritu. Sabía que no me decepcionaríais» Irakas-Gorri-Gaizt abrió la boca y de ella salió su aliento de fuego. Fue tan rápido que no tuvieron tiempo de reaccionar.

Sin embargo, el fuego fue dirigido a Ana y la consumió en un instante. Murió calcinada sin siquiera darse cuenta.

Todos se quedaron de piedra, sin saber qué pensar o hacer.

«Como he dicho, la traición se paga con la muerte».

Nahia quería reaccionar, pero no podía.

«En cuanto a vosotros. Aquí, esta noche, no ha sucedido nada. ¿Está entendido?».

Ahora todos miraban a Irakas-Gorri-Gaizt sin comprender. ¿Les perdonaba la vida? ¿No iban a luchar? No lo entendían.

«Si queréis vivir responderéis uno por uno».

—No… ha sucedido nada… —dijo Aiden.

«El Drakónido es inteligente y honorable. ¡Quiero oírlo de todos!».

—No ha sucedido nada— dijo Taika.

—Esta noche no ha pasado nada —dijo Ivo.

—Nada de nada —dijo Lily.

—Nada —dijo Logan.

—No ha sucedido nada —dijo Nahia.

«Eso me ha parecido. Recordadlo si queréis vivir» envió el gran dragón rojo y se dio la vuelta.

Abrió sus enormes alas y se marchó volando.

Nahia lo contempló perderse en los cielos.

Luego miró hacia el portal y vio cómo la última carreta, la que llevaba a Viggo, entraba en el portal y desaparecía.

Capítulo 52

Nahia formaba con el Escuadrón Rojo frente al castillo junto al resto de escuadrones. Más retrasados, en medio de la plaza, formaban en dos líneas los alumnos de primer y segundo año tras sus líderes.

Era el día de la graduación de tercer año, un día que Nahia nunca pensó llegaría a vivir. Siempre había creído que no conseguiría graduarse de la Academia marcial Drakoros. Siempre había pensado que moriría antes. Sin embargo, allí estaba, contra todo pronóstico, formando con sus compañeros.

Miró a Dafne y Lily, que formaban a su lado. No podía estar más contenta y orgullosa de ellas. Habían sido unas compañeras increíbles, eran brillantes en todos los aspectos. Miró hacia atrás y vio Taika e Ivo. El Felidae y el Tauruk habían resultado ser no solo inteligentes, sino tener además un gran corazón y valentía. Por último, miró a Aiden a su espalda. Lo habían juzgado mal. El Drakónido había resultado ser fiel y honorable a su escuadra, a sus compañeros.

Nahia suspiró. Tener a sus compañeros a su alrededor siempre la tranquilizaba y le proporcionaba una sensación de seguridad que apreciaba en el alma. Habían pasado los tres días de descanso reglamentario desde el regreso de la misión en Drameia y había llegado el momento de graduarse. Nahia sentía que tenía la cabeza repleta de pensamientos de todo tipo y el corazón lleno de sentimientos encontrados. Apenas había podido dormir desde su regreso, sentía que tenía que aceptar e interiorizar todo lo sucedido y poner en orden su cabeza. Había demasiado en juego para que ella no tuviera la mente despejada.

Aún no había podido encajar la traición de Ana. Era algo tan impensable y brutal que por más que había intentado aceptarlo, no podía. Tenía el corazón roto y le dolía. Intentaba razonarlo, buscar alguna excusa para ella, una forma de entender por qué lo había hecho, pero no lo conseguía. Le parecía imposible que aquello hubiera sucedido. Sentía como si le hubieran arrancado una parte de su alma.

Sacudió la cabeza sin poder terminar de creer lo que había pasado. Habían sido amigas desde el primer día en la Academia, habían vivido la muerte de Maika y mil otras penurias allí. Todo el sufrimiento de aquellos años agónicos para poder sobrevivir y terminar así… No podía entenderlo y menos asimilarlo. Quizás había sido eso lo que había terminado por derrotarla, todas las muertes y la falta de esperanza en aquel lugar. Eso y lo de Logan. No quería pensar que lo sucedido entre Logan y ella hubiera tenido mucho peso en su decisión. En cualquier caso, había muerto y eso ya no se podía cambiar. Era terrible, pero así era el mundo de los dragones.

Miró a su líder, que estaba firme frente a ellos junto al estandarte del fuego, tan grande y poderoso como era. Lo que había acontecido con él la tenía todavía en completa incredulidad. Lo había pensado mucho y había llegado a la conclusión de que Irakas-Gorri-Gaizt debía estar del lado de Garran-Zilar-Denbo. Debía ser uno de los dragones de la Facción del Nuevo Amanecer. Nunca lo hubiera imaginado, ni siquiera ahora podía creerlo, pero no se le ocurría otra explicación. Por otro lado, aquel dragón había sido siempre terrible con ellos, con todo el escuadrón, un ser cruel y despiadado. La única explicación que encontraba a aquello era que lo

hubiera hecho para no levantar sospechas entre los otros dragones de la Academia. Era un dragón que tenía una reputación muy buena entre los suyos y eso solo se conseguía mostrándose brutal y con logros.

Lo indiscutible era que, de todos los escuadrones, el de Irakas-Gorri-Gaizt tenía el menor número de bajas. De eso Nahia sí se había dado cuenta. Ahora que intuía que pertenecía a la facción de Garran-Zilar-Denbo lo veía como un esfuerzo que el dragón hacia para salvarles la vida y lo hacía porque no levantaba sospechas ni entre su escuadrón ni entre los otros líderes. En cualquier caso, les había salvado de la traición de Ana y eso era innegable. Por si acaso, buscaría la forma de asegurarse de que en realidad era parte de la facción y de confianza. Tenía que preguntárselo a Garran-Zilar-Denbo.

Esto le llevó a pensar que al menos había aprovechado los tres días de descanso para terminar de tejer alianzas en la Academia. Necesitaba dejarlo todo atado antes de marchar. Había hablado con Liburex en la biblioteca y le había contado lo sucedido en Tremia, así como sus planes para seguir adelante con la causa. El Bibliotecario Jefe se había mostrado complacido y colaborativo. Parecía que confiaba más en ella y su propósito y se había mostrado abierto a colaborar en lo que fuera necesario, siempre salvando riesgos inaceptables. Los Exarbor eran tan inteligentes como prudentes. Nahia había intentado que le revelara quién era su homónimo entre los Tergnomus, porque esa figura debía existir en la Academia. Liburex no negó esa existencia, pero se había negado a revelar su nombre argumentando razones de seguridad. Nahia lo entendía y lo aceptaba, tarde o temprano descubriría quién era.

Su mirada se fue sin ella quererlo hasta Logan, que formaba con su escuadra. Estaba más que feliz de que él hubiera sobrevivido y se fuera a graduar con ella. Siempre supo que él sí lo conseguiría. Por alguna razón, Logan le parecía indestructible, un luchador que superaba cualquier obstáculo en su camino. Sabía que podía morir, como todos ellos, pero su mente y su corazón se negaban a creer tal posibilidad. No habían podido hablar de todo lo sucedido, pues no habían tenido oportunidad. Se habían visto y hablado, pero sin la intimidad necesaria para tratar aquellos temas y sus sentimientos. Tendrían que hacerlo con tiempo y tranquilidad en otro lugar.

Logan pareció sentir su mirada y volvió la cabeza hacia ella. Ella sonrió con dulzura y el corazón rebosante de alegría, como siempre que el moreno la miraba con aquellos ojos como el cielo en los que ella se perdía. Él devolvió la sonrisa y llevándose la mano al corazón la saludó con un leve gesto de la cabeza. Nahia sintió que la alegría la desbordaba.

De súbito los seis dragones líderes rugieron al unísono.

«¡Atención! ¡Firmes todos!» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

El coronel Lehen-Gorri-Gogor y el comandante Bigaen-Zuri-Indar salieron del castillo por la gran puerta y se situaron mirando hacia la plaza de armas para dirigirse a los escuadrones.

El Coronel, poderoso y temible, rugió.

«Hoy es un día de gloria para la Academia y para vosotros. Hoy es el día de graduación, el día en el que os convertís en Brujos y Brujas de Dragón por mérito propio. Hoy los de tercer año que habéis finalizado el curso con vida os graduáis. Es un día esperado, soñado, uno de enorme gloria y honor para los seis escuadrones que forman ante mí. Mis felicitaciones primero a los líderes de escuadrón, que un curso más han cumplido con su obligación. Unos han conseguido que se gradúen más alumnos que otros, como suele ser la, pero siempre realizando una labor impecable».

Los seis dragones líderes rugieron a una en respuesta a la felicitación.

«La Academia os agradece el buen hacer, la disciplina, el servicio y lealtad de los seis» agradeció el comandante Bigaen-Zuri-Indar.

De nuevo los seis dragones líderes rugieron a una.

«Mis felicitaciones en segundo lugar a los que hoy están ante a mí de tercer año y que han conseguido completar la formación. Os graduáis de la insigne Academia Drakoros. Es para sentir enorme orgullo y tremendo honor, pues muchos empezaron el primer curso y ni la mitad terminan el último. Lo habéis conseguido, habéis superado la formación de armas, magia y talento. Hoy es un día de celebración y orgullo, pues de esta Academia salís con el rango y las habilidades de Brujos de Dragón» envió Lehen-Gorri-Gogor junto a un sentimiento de orgullo y gloria.

«Honrad todos a los de tercer año que se gradúan. Quizás un día lo haréis vosotros también» ordenó Bigaen-Zuri-Indar.

Los alumnos de primero y segundo que formaban detrás de ellos con sus líderes de escuadrón lanzaron vítores al cielo.

—¡Sangre y gloria!

—¡Conquista y poder!

«Es momento de proceder a la entrega de las insignias de graduación» anunció Bigaen-Zuri-Indar.

Nahia estaba esperando aquel momento, no por las insignias, que le daban igual, sino por quién las traía. Aquel, su año final, no sería diferente. Alzó la mirada y los vio llegar.

De los cielos descendieron seis dragones, uno de cada color elemental. Eso no era lo que impresionaba a Nahia sino el hecho de que llevaban jinete. Los observó. Eran un humano, un Tauruk, un Drakónido, un Fatum, un Escarlatum y un Felidae vestidos con armadura pesada y portando lanza y escudo. Tomaron tierra en la gran plaza, entre los que se graduaban y los de primero y segundo, que observaban anonadados. Guardaron sus armas y se bajaron de los dragones con facilidad para dirigirse hasta los seis líderes de tercero. En las manos llevaban los cofres de plata con las insignias de graduación.

Nahia lo observaba sin perder detalle. Ni siquiera disimulaba de lo interesada que estaba. No era la única. Sus compañeros de escuadra también lo hacían.

Fueron a situarse junto al estandarte de cada escuadrón. Saludaron a cada líder con una inclinación de cabeza solemne y se volvieron hacia los alumnos que se graduaban.

Nahia no pudo sino volver a preguntarse por qué permitirían los dragones que aquellos jinetes los montaran. No tenía sentido, no había conseguido averiguarlo, pero continuaría indagando.

«Es momento de la entrega de insignia de graduación de la Academia Drakoros» anunció Bigaen-Zuri-Indar.

Cada líder fue llamando a los miembros de su escuadrón. El jinete de dragón le entregó a cada uno una insignia de plata que tenía un dragón grabado y el número 3 debajo. Nahia cogió el suyo y volvió a su sitio. Dafne, Lily, Taika, Ivo y Aiden recogieron la suya después. Nahia se sintió muy orgullosa de sus compañeros, eran los mejores. Gracias a ellos había sobrevivido y conseguido graduarse y no podría agradecérselo lo suficiente.

Una vez todos tuvieron sus insignias, los jinetes de dragón cerraron los cofres, volvieron con sus dragones y se subieron a ellos. Nahia los observaba a la espera de que echaran a volar.

Lehen-Gorri-Gogor rugió con fuerza.

«Mi enhorabuena a todos los que os habéis graduado de la Academia Drakoros como Brujos de Dragón. Mañana por la mañana abandonaréis la Academia. Habéis sido destinados a servir en la guerra en Drameia. Es un destino de importancia y estoy seguro de que traeréis honor y gloria a esta Academia con vuestro desempeño».

Los de primero y segundo volvieron a gritar vítores en su honor a la orden de sus líderes.

—¡Sangre y gloria!

—¡Conquista y poder!

Nahia miró a sus compañeros y todos intercambiaron miradas de preocupación. Ya esperaban aquel destino, era lo más lógico. Los habían enviado a aquella guerra varias veces, por lo que a ninguno sorprendió que el Coronel lo anunciara. Ir a la guerra a Tremia no eran buenas noticias, pero al menos abandonarían aquel lugar y su sufrimiento allí acabaría.

Se dio cuenta de que había sobrevivido a la Academia, se acababa de graduar y tenía su insignia. Pero había más que eso, ya no era aquella chica enclenque sin magia, sin fuerza e incapaz de defenderse que había llegado allí. Ahora era fuerte de cuerpo y mente, y podía controlar su magia. Sabía luchar con daga, espada, lanza y escudo, sabía usar su magia elemental y era una Hechicera poderosa. Los dragones no sabían lo que habían hecho y pagarían el haberle convertido en quien era. Todo lo que había aprendido, todo el poder que le habían dado, lo iba a utilizar contra ellos. Su destino era ahora uno del que no tenía duda: conseguir la libertad para los pueblos esclavos de Kraido. Lucharía por conseguirlo con todo lo que los dragones le habían enseñado y les haría pagar.

El Coronel rugió.

«Hay un último anuncio de importancia. Este año es especial. No suele ser el caso, ya que esto ocurre pocas veces, pero este año se ha dado. Tenemos candidato a Jinete de Dragón, un honor increíble solo reservado a los mejores».

El anunció cogió a todos desprevenidos. Hubo exclamaciones ahogadas y miradas de desconcierto entre los de tercer año y también de sorpresa entre los de primero y segundo que asistían a la ceremonia de graduación.

«Comandante, que se nombre al candidato a Jinete de Dragón» envió el Coronel.

El Comandante rugió.

«Del Escuadrón Rojo, Escuadra Ígnea, la humana, Nahia» anunció.

Nahia echó la cabeza atrás con grandes ojos de la enorme sorpresa del anuncio.

—¿Qué…? —masculló sin poder entender lo que estaba sucediendo.

Dafne y Lily la miraron con expresiones de gran inquietud.

—Es un honor increíble —le susurró Aiden al oído.

Taika e Ivo la miraron también, preocupados.

De pronto, el Comandante rugió una nueva vez.

«Del Escuadrón Blanco, Escuadra Torbellino, el humano, Logan» anunció.

Todavía aturdida, Nahia miró a Logan. Él sacudió la cabeza, tampoco lo esperaba y el anuncio le había dejado tan aturdido como a ella.

«Que los nombrados se acerquen a mí» ordenó Lehen-Gorri-Gogor.

Nahia y Logan se miraron, luego miraron al gran dragón rojo y avanzaron hacia él. Llegaron frente a su gigantesca presencia y se situaron a una distancia prudencial, a más de cincuenta pasos. Junto al Coronel, algo más retrasado, Bigaen-Zuri-Indar los miró fijamente. El descomunal dragón blanco parecía estar analizándolos. Comandante y Coronel se miraron y parecieron intercambiar mensajes privados entre ellos.

El Coronel se pronunció.

«Interesante… Tiene todo el sentido, una Nacida de la Llama y un Hijo de la Tormenta. Desde luego potencial tenéis y mucho. Espero que no lo desperdiciéis. Tenéis un destino diferente al de vuestros compañeros. No iréis a servir a Drameia. Mañana por la mañana iréis a Jadrakos, donde os formaréis para convertiros en Jinetes de Dragón. Es el honor más alto que existe para un Brujo de Dragón, no lo desperdiciéis. Arrodillaos y aceptad el honor que se os concede».

Nahia y Logan se arrodillaron hasta tocar con la frente el suelo.

«Los seleccionados aceptan el honor. La ceremonia de graduación de tercer año finaliza. Marchad y preparaos para servir a vuestros señores» envió el Coronel como una orden inapelable.

Los jinetes echaron a volar y un momento después se perdieron en el cielo. El Coronel y el Comandante se retiraron al interior del castillo.

«Romped filas» llegó la orden de sus líderes y un momento después se elevaron también a los cielos.

Nahia se puso en pie despacio. Estaba muy confundida. Contaba con ir con su escuadra a Tremia. ¿Qué les esperaba en Jadrakos? ¿Por qué ella? ¿Por qué Logan? Sintió un cosquilleo en la nuca, uno que comenzó a producir calor y supo que era la escama. Al cabo de un instante ardía. Aquello significaba que ir a Jadrakos y convertirse en Jinete de Dragón era parte de su destino, eso era lo que le indicaba la escama, que emitió un destello plateado. Miró alrededor, pero ya no había dragones, se habían retirado todos.

Logan la miró preocupado. Ella se dio cuenta y le hizo un gesto de ánimo con el puño. Se sentía fuerte de pronto. Saber que aquello era parte de su destino le dio fortaleza. Podría con cualquier obstáculo que les tocara por difícil y peligroso que fuera. Aquel era uno incierto y extraño, pero lo superarían.

—Lo lograremos —dijo a Logan convencida y con fuego en sus ojos.

Logan la miró y asintió.

—Estoy contigo. Siempre.

Nahia se acercó a él y lo besó.

—Juntos lo lograremos todo.

Capítulo 53

Nahia se presentó a la puerta de las mazmorras aquella noche tras la graduación. Era la última noche, al amanecer abandonaría la Academia hacia un futuro incierto como Jinete de Dragón, pero ella no quería irse sin realizar una última visita. Era algo muy arriesgado lo que intentaba hacer, sus compañeros de escuadra no estaban de acuerdo y habían intentado quitarle la idea de la cabeza, pero Nahia no había escuchado. No quería irse de aquel lugar sin hacer dos cosas que tenía pendientes.

Suspiró mientras observaba de reojo a los dos dragones negros que guardaban la puerta. Era una locura arriesgarse a morir después de haber conseguido graduarse la última noche que tenían que pasar allí, pero Nahia estaba decidida.

La puerta de la mazmorra se abrió y un viejo conocido salió a recibirla.

—No puedo creerlo. ¡Lo veo y no lo creo! —negó con la cabeza Tarcel, Tergnomus en jefe de las mazmorras.

—Ya sabes que me encanta venir por aquí —bromeó Nahia sabiendo que a Tarcel le daría un ataque de mal humor.

—¡Eres la peor alumna que esta Academia ha tenido!

—Viniendo de ti, es todo un cumplido —sonrió Nahia.

Tarcel despotricó en el idioma de los Tergnomus y luego cambió al idioma de Kraido.

—¿Cómo has podido conseguir que te castiguen hasta la última noche? Es un nuevo hito jamás logrado antes en esta Academia.

Nahia se encogió de hombros.

—Ya sabes, mi líder me odia y me ha castigado una última vez. Creo que no quiere que salga con vida de aquí.

—Estoy seguro de que el castigo es bien merecido. Algo habrás hecho, no tengo duda. Sígueme.

Nahia fue con Tarcel. Según entraba sintió una sensación poco agradable, mezcla de peligro y ansiedad. Fueron hasta Jaibor, Exarbor del registro de las mazmorras, aguardaba con sus tomos abiertos.

Levantó la vista de los tomos y miró a Nahia.

—Nahia… de la Escuadra Ígnea… Escuadrón Rojo… —reconoció.

—Hola, Jaibor, una vez más —saludó Nahia.

—Quedas registrada… Tienes un castigo de una noche… de tu líder.

—¿Qué nivel? —preguntó Tarcel.

—Subnivel tercero…

—¿El tercero otra vez? ¿Pero qué has hecho para que te envíe al tercer nivel la última noche?

—Tarcel no podía creerlo.

—Algo feo —se encogió de hombros Nahia.

—Inaudito —Tarcel gesticuló enfadado—. Vamos, te acompaño abajo.

—No hace falta, conozco bien el camino.

—¡Harás lo que te diga sin contrariarme!

Nahia ya esperaba que Tarcel enfadase al verla allí otra vez, así que se sorprendió. No insistió, no quería forzar la situación. Bastante riesgo estaba corriendo ya.

—Por supuesto, Tarcel. Adelante, te sigo.

Tarcel abrió camino. Le dio la pulsera para bajar y Nahia se la puso sin decir nada.

Descendieron hacia las profundidades de las mazmorras. A Nahia se le hizo de lo más habitual. Ni siquiera discernir a los vigilantes oscuros la atemorizaba ya de lo acostumbrada que estaba a hacer aquel recorrido.

Llegaron al tercer subnivel y Tarcel abrió la puerta con sus pesadas llaves. Entraron y se encontraron con Utrek. El Tergnomus responsable de aquel subnivel abrió mucho los ojos.

—¿Nahia? Pero… ¿qué?

—La han castigado esta última noche. Su líder de escuadrón —Tarcel negó con la cabeza.

—¿Qué habrás hecho esta vez para que te castigue la última noche en la Academia? —Utrek puso cara de no poder creerlo.

—Parece ser que tengo tendencia a hacer enfurecer a mi líder.

—Ya lo creo que la tienes, espero no volver a verte por aquí —dijo Tarcel—. Bueno, es casi seguro que no volveré a verte. O mueres esta noche o abandonas la Academia mañana por la mañana.

—Yo también me alegro mucho de haberte conoció —dijo Nahia con una sonrisa.

Tarcel hizo un gesto de enorme frustración y se marchó.

—Tarcel solo quiere que no termines muerta, es un buen Tergnomus —dijo Utrek.

Nahia asintió.

—Lo sé, lo echaré de menos.

—Y aquí estamos otra vez —dijo Utrek.

Nahia tenía controlada la situación hasta aquel momento, pero ahora era cuando las cosas se podían torcer. Necesitaba hacer una ruta en concreto y si Utrek la enviaba a otra, no conseguiría su propósito.

—Preparada para trabajar, como siempre —dijo ella.

—Antes de que me insistas en una ruta, que ya te conozco, te diré que esta noche será diferente.

A Nahia aquello no le gustó lo más mínimo. Tenía preparadas varias argumentaciones para que Utrek la dejara hacer la ruta que ella quería.

—¿Diferente… cómo?

—Esta noche, por ser tu última noche, te dejo elegir la ruta que desees hacer —dijo Utrek.

Nahia abrió mucho lo ojos.

—¿Puedo elegir?

—Puedes, pero solo una.

Nahia se quedó pensativa. Le hubiera gustado poder hacer dos rutas, pero ya imaginaba que no podría ser.

—Gracias por dejarme elegir.

—Considéralo un regalo de despedida. ¿Ruta uno, tu favorita?

Nahia lo pensó. La ruta uno era la de Garran-Zilar-Denbo. Era su favorita, sí, la menos peligrosa porque tenía la protección del gran dragón de plata. Además, le permitiría hablar con el gran dragón antes de partir, algo que de otra forma no podría hacer. Lo meditó y se decidió.

—Ruta cuatro.

Utrek la miró abriendo mucho los ojos.

—¿Seguro?

Nahia asintió.

—Sí, la cuatro.

—Muy bien, la cuatro entonces. Irás con tu compañero favorito.

—¿No podría ir sola? Conozco los túneles muy bien y puedo encargarme de los carros sin problema.

Utrek negó con la cabeza de forma taxativa.

—Eso está prohibido. Siempre tiene que ir un Tergnomus del nivel con el reparto.

—¡Burgor, con Nahia! ¡A la ruta cuatro! —gritó.

Burgor apareció de detrás de una puerta y al ver a Nahia sus ojos casi se salieron de las órbitas.

—¡Pero qué demontre…! —exclamó entrando en la estancia.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Burgor! —dijo Nahia con un tono lleno de sarcasmo.

—Yo no me alegro de verte, nada de nada.

—Ruta cuatro, en marcha —dijo Utrek.

Burgor masculló improperios y fue a prepararse. Nahia lo siguió. Cogió el cinturón repulsor y la gorra y fueron hasta los carros. Se subieron y comenzaron la ruta. Burgor le lanzaba miradas de reojo llenas de rabia.

—Hasta el último día tienes que fastidiarme —dijo cuando ya llevaban un buen rato.

—Es para que no me eches mucho de menos cuando ya no esté —dijo Nahia con tono jovial.

—No quiero morir tu última noche, así que nada de chácharas —advirtió Burgor.

—Por supuesto. Ya sabes que yo soy muy calladita y formal.

—¡Sí, ya!

Fueron realizando la ruta sin incidentes y sin hablar hasta llegar a la parte final, donde estaban las cuevas con las hogueras. Fueron descargando. Nahia no perdió de talle de los prisioneros. Descargaron frente a los humanos, luego los Fatum, después los Escarlatum, les siguieron los Felidae, los Tauruk-Kapro y finalmente los Drakónidos. Nahia no intentó hablar con ninguno de los grupos, pues sabía que no le iban a contestar, excepto uno. El Drakónido que

le había hablado la última vez era precisamente con quien quería hablar y por quien había organizado aquella última incursión en las mazmorras. Descargaron las piezas de los Drakónidos y al finalizar Nahia se dirigió a Burgor.

—Puedes seguir trayecto, yo me quedo aquí un momento —dijo.

—¡No y no! ¡Nada de quedarse! ¡Nada de hablar! —gritó muy enfadado.

Nahia lo miró muy seria y le mostró la palma de su mano.

—Sigue con los carros. Te veo dentro.

—¡Está prohibido hablar con ellos!

Sobre la palma derecha de Nahia apareció una bola de fuego ardiente.

—Continúa con los carros, no vaya a ser que tengamos un accidente de trabajo.

Burgor abrió mucho los ojos y levantó lama manos.

—¡No te atreverías…!

—Me marcho mañana, ¡claro que me atrevería! Además, que tropezaras y cayeras sobre una antorcha es un percance en el trabajo que le puede pasar a cualquiera. Lo contaré de forma muy convincente, incluso derramaré unas lágrimas.

Burgor miró la antorcha a unos pasos de él.

—Esto lo pagarás…

—No creo porque no vas a decir nada. Y si lo haces me encargaré de que sufras una visita muy desagradable.

—No quiero volver a verte nunca —dijo y se subió al carro.

—El sentimiento es mutuo. Marcha y olvídate de mí.

—¡Olvidada estás! —gritó Burgor y se marchó con los carros.

—Eso ha sido muy imprudente por tu parte —dijo el Drakónido.

—A veces hay que hacer cosas imprudentes. He venido a hablar contigo —dijo Nahia y lo señaló.

El Drakónido la miró y torció la cabeza.

—No deberías, es peligroso.

—Lo sé, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

Nahia miró a ambos lados del camino de plata y no vio a nadie. Avanzó hacia el Drakónido dejando atrás la seguridad del camino.

—Porque sigo tus pasos, Dramkon Udreks, líder de la Gran Insurrección.

El Drakónido sacudió la cabeza.

—Esto es algo que no esperaba. ¿Cómo sabes quién soy? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he deducido. Me hubiera gustado haberlo hecho antes, cuando te conocí, pero por alguna razón no lo vi entonces. Más tarde me di cuenta. Tuve una conversación muy reveladora con un Drakónido de otra escuadra de mi escuadrón y me abrió los ojos. Entonces entendí por qué había Drakónidos aquí abajo encerrados. Y no solo Drakónidos, sino humanos, Fatum, Escarlatum, Felidae y Tauruk-Kapro. Los dragones tienen aquí encerrados a los líderes de la

Gran Insurrección.

—Eren inteligente y lista, que no es lo mismo.

—Gracias. Me gustaría serlo más.

—Dices que sigues mis pasos. Explícate, por favor.

—Estoy intentando liberar a los pueblos esclavos de Kraido.

Dramkon Udreks negó con la cabeza.

—No deberías. Mira lo que me pasó a mí… Mira lo que nos pasó a nosotros —dijo y con los brazos señaló a los Drakónidos a su espalda y luego a las otras cuevas—. Si sigues nuestros pasos, terminarás como nosotros, muerta o aquí, que es lo mismo.

—Si no hacemos nada moriremos esclavos, luchando por los dragones en mundos extraños.

—Pero al menos viviréis más tiempo. Nosotros nos alzamos por millares y solo quedamos un puñado aquí encerados. Todos los demás murieron. Es lo que te espera, a ti y a los que consigas convencer para que te sigan.

Nahia sacudió la cabeza. Aquello no era lo que esperaba oír.

—Pero tú… vosotros y todos los que te siguieron tuvisteis el mismo sueño que tenemos nosotros, alcanzar la libertad.

—Lo tuvimos, sí, todos, pero no lo logramos. Es un sueño inalcanzable que condenará de nuevo a miles a morir.

—No esperaba este mensaje tan negativo. Pensaba que me alentarías, que me ayudarías.

—Y te ayudo a no cometer el mismo error que yo cometí y por el que murieron miles de todas las razas de Kraido.

—¿Fue un error o fue un engaño?

Dramkon Udreks suspiró.

—No solo me derrotaron, sino que hundieron mi nombre, mi credibilidad. Lo esperaba, los dragones son bestiales, pero también muy inteligentes. Haciendo creer que todo era un engaño se elimina la posibilidad de nuevos levantamientos.

—Entonces, ¿no fue un engaño? ¿Descubriste la forma de derrotarles?

—No fue un engaño, no. Tenía la forma, de lo contrario no habría intentado un levantamiento ni me habrían seguido los líderes de las otras razas —dijo señalando las otras cuevas.

—Tengo entendido que lo demostraste, que mataste a varios dragones frente a los líderes.

Dramkon Udreks asintió.

—Así sucedió, sí. Maté a tres dragones.

Nahia miró hacia las otras cavernas con sus fuegos encendidos y los líderes a su alrededor.

—Ellos se unieron a ti tras la demostración y preparasteis el gran alzamiento. Ellos contaron a las razas que tenías la forma de matar dragones y que, si se unían todos, los derrocaríais.

—Así fue, sí —dijo Dramkon Udreks y suspiró.

—Entonces, ¿qué sucedió? ¿Por qué fracasó el alzamiento y murieron miles? —preguntó Nahia.

—Los dragones son muy poderosos, no solo por su increíble fuerza y magia elemental,

además poseen magia de adivinación. Descubrieron nuestro plan. Lo vieron antes de que sucediera y se anticiparon. El Gran Oráculo tuvo una visión y nos detuvieron en el momento de comenzar el alzamiento.

—¿El Gran Oráculo vio lo que iba a pasar?

—Así es. Consultó los hilos del destino y descubrió que algo de gran magnitud y contrario a los dragones iba a suceder. Continuó siguiendo los hilos hasta que dio con nosotros y nos destruyó.

Aquello eran muy malas noticias. Nahia sabía por lo que había visto hacer a Garran-Zilar-Denbo que era totalmente posible vislumbrar el destino. Cambiarlo no sabía si era posible, pero parecía que sí.

—¿Cambió el destino que iba a darse?

—Lo hizo. Para ser más exactos, otro destino diferente se dio tras su intervención. O puede que se hubiera dado igual. Los destinos tienen una forma muy singular de producirse… o no.

—Pero si tenías la forma de derrotar a los dragones, aunque el Gran Oráculo lo viera, no debería haber podido detenerte… a menos que… te arrebatara esa forma.

Dramkon Udreks sonrió.

—Eres lista, eso es lo que sucedió.

—¿Qué te arrebató el Gran Oráculo?

—¿Quieres saber cómo quería hacerlo?

—Sí, necesito saber qué era.

Dramkon Udreks asintió.

—Te lo revelaré, la Sphaera Áurea.

—¿La Sphaera Áurea? ¿Qué es?

—Es una creación de los Áureos, un Arma devastadora que puede matar dragones. Los derriba de los cielos.

—¿Puede hacer eso? —Nahia hizo un gesto de no poder creerlo.

—Yo mismo lo he hecho.

—Pero… ¿cómo puede ser?

— La Sphaera Áurea irradia magia dorada de los Áureos, la única capaz de traspasar las protecciones antimagia de los dragones. Sabiendo usarla, puede emitir un pulso enorme que si alcanza a un dragón en el cielo lo derriba y si está en tierra lo deja fuera de combate.

—Increíble.

—Es un arma muy poderosa contra los dragones. Esa magia dorada en esa forma no tiene efecto alguno en otras criaturas.

—Eso es impresionante. ¿Y quiénes son los Áureos?

—Los Áureos son los enemigos mortales de los dragones. Unos seres dorados con una magia capaz de matar dragones. Llevan miles de años luchando.

—¿Dónde están?

—Nadie lo sabe, han ido desapareciendo con el paso del tiempo. No se sabe cuántos quedan

ni dónde se encuentran.

—¿Como encontraste esa la Sphaera Áurea?

—No vas a creerme si te lo digo.

—Oh, te creeré. He visto ya muchas cosas extrañas en mi corta vida.

—Me tropecé con ella, literalmente.

—¿En Kraido, en la nación de los Drakónidos?

Dramkon Udreks negó con la cabeza.

—Yo era como tú, un Brujo de Dragón. Me enviaron a luchar a un mundo lejano, uno que los dragones conquistaron y sobre el que ahora reinan. Allí tropecé con la Sphaera Áurea, en el campo de batalla. La recogí sin saber qué era. Sentí su magia, poderosa y la guardé para estudiarla. Y eso hice cuando regresé a Kraido. Aquí pasé mucho tiempo intentando interactuar con la magia de la esfera, pero no lo conseguí, es una magia diferente a la nuestra, a la de los dragones. Me llevó años, pero al final descubrí que era magia dorada y supe que tenía entre manos un arma con la que podríamos vencer y liberal a todos los pueblos.

—Y organizaste la Gran Insurrección.

—Así fue, sí. Los sentimientos de rebelión eran fuertes en mí. Había pasado por la Academia, había conquistado mundos para los dragones, había visto toda su maldad y el destino que nos aguardaba a todos y decidí rebelarme.

—Mostraste la Sphaera Áurea a los otros líderes y los convenciste.

—Lo hice, sí. La usé y maté a tres dragones. Todos se convencieron y se unieron a la insurrección.

—¿Que sucedió entonces?

—El día que nos alzamos, aquel aciago día, me arrebataron la Sphaera Áurea de las manos cuando partíamos a la lucha.

—Pero los dragones no pudieron ser.

—No fueron los dragones, fueron seis escuadrones de Brujos de Dragón. Sus líderes los enviaron a capturarme a mi casa. Yo estaba con medio centenar de Drakónidos leales cuando llegaron. Nos masacraron y luego me capturaron y me arrebataron el arma.

—Porque su magia no afecta a las razas de Kraido.

—Solo a los dragones, es un arma creada para matarlos a ellos, no a otras criaturas.

Nahia asintió. Era como las armas de las que les había hablado Egil, como el arco de Lasgol, solo que más poderosa todavía.

—Entonces no fue un engaño, fue todo verdad, pero salió mal.

—Salió muy mal. Miles murieron y los pocos que los dragones no mataron estamos aquí, esperando nuestra muerte. Por eso te ruego que no sigas mis pasos. No intentes lo que yo intenté o acabarás igual.

Nahia suspiró.

—Puede que sí o puede que mi destino sea diferente.

—Ese destino lo verá el Gran Oráculo e intervendrá y lo impedirá. Puedes estar segura.

—No digo que no, pero yo también tengo aliados que pueden vislumbrar el destino. Y aunque no tengo la Sphaera Áurea tengo armas de magia dorada y aliados que están intentando conseguir más.

—Aun así, fracasarás. No podrás contra ellos, contra los cinco reyes apoyados por el Gran Oráculo. Es un suicidio, créeme.

—¿Quién crees que tiene la Sphaera Áurea?

—Supongo que uno de los cinco reyes o el Gran Oráculo.

Nahia asintió.

—Gracias por contarme todo esto.

—No te he convencido para que no lo hagas, ¿verdad? —Dramkon Udreks preguntó con tristeza en su rostro y tono de voz.

Nahia negó con la cabeza.

—Voy a liberar a todos los pueblos esclavos y acabaré con los dragones. Ahora más que nunca que sé que no fue un engaño y es posible lograrlo.

Dramkon Udreks suspiró.

—Te deseo suerte, la necesitarás.

Nahia se dio la vuelta y se dirigió hacia el camino palteado. Se detuvo y se volvió hacia Dramkon Udreks.

—Cuando nos conocimos me reconociste.

El Drakónido asintió.

—Eres la viva imagen de tu madre.

—Conociste a mis padres entonces.

—Sí. Eran parte de los líderes de los humanos. Grandes personas, idealistas y con grandes sueños para vuestro pueblo. Siento que murieran.

Nahia asintió.

—Yo también, pero acabaré lo que ellos empezaron. Por ellos y por todos —se dio la vuelta y partió.

Capítulo 54

Nahia subía hacia la superficie un poco antes del amanecer. Había esperado hasta ese momento. Utrek no le había puesto ningún problema y se alegraba de verla con vida. Por suerte, Burgor ya se había retirado a descansar. Pasó frente a la puerta del subsuelo segundo y continuó subiendo por las escaleras. Llegó a la puerta del subsuelo primero y se detuvo frente a ella.

Aguardó.

Oyó cómo abrían la cerradura desde el interior.

Un momento más tarde un Tergnomus apareció. Era Ufrem, el Tergnomus responsable de la zona sur.

—Pasa, en silencio. Todos se han retirado ya a descansar —dijo en un susurro.

Nahia asintió y entró.

—Iré contigo, así no habrá sospechas.

—De acuerdo, y gracias.

—No me las des. Estoy contigo. Otros como yo de mi raza también lo están —aseguró el Tergnomus.

—¿Framus, el responsable de limpieza del nivel?

—No, mi jefe no —dijo Ufrem—. Tampoco Tarcel.

—Sí, eso ya me imaginaba. Es el jefe de los Tergnomus de las mazmorras. Tiene que ser leal a los dragones.

—Así es, pero en cada nivel tenemos a alguien —dijo Ufrem, que avanzaba rápido y abrió la puerta para salir a las celdas.

—Eso es me tranquiliza mucho.

—Por desgracia en puestos menores, de momento.

—Es suficiente —dijo Nahia y le puso la mano en el hombro—. Gracias.

—Siento no haber sido más amable contigo. No sabía quién eras…

—No te preocupes. Mejor así, no hemos levantado ninguna sospecha.

—Sí, eso es cierto.

—¿Puedo preguntarte si Hiputz, de Intendencia, es el líder Tergnomus?

—Puedes preguntármelo, pero no te voy a responder.

—Entiendo. ¿Tienes la información que pedí del tercer subnivel?

Ufrem asintió.

—La respuesta es sí.

Nahia resopló muy aliviada. Había enviado una pregunta a Garran-Zilar-Denbo: ¿Líder rojo, sí o no?

La respuesta era positiva. Eso quería decir que Irakas-Gorri-Gaizt estaba con ella. Se le quitó un tremendo peso de encima. Tenía la certeza de que era así, pero prefería no correr riesgos. Ahora ya lo sabía y entendía por qué no los había matado.

—Vamos, rápido. No tenemos más que un momento —apresuró Ufrem y se dirigieron a la zona sur.

Nahia reconoció la celda de Egil desde la distancia y se apresuró a llegar hasta ella y descorrer la mirilla.

—Egil, soy Nahia.

Egil se acercó hasta la mirilla.

—¡Qué alegría verte!

—La alegría me las das tú. ¿Estás bien?

—Sí, no preocupar. Estoy bien.

—Me alegro. No tenemos mucho tiempo, te voy a contar lo que ha sucedido en la Academia, en Tremia y en Norghana.

—De acuerdo, yo escucho.

Nahia le narró todo cuanto pudo deprisa y sin detenerse. Podía sentir a Ufrem a su espalda moviéndose nervioso. Cuando terminó de narrárselo todo miró a Egil, aunque con la máscara de dragón no podía ver sus expresiones.

—Yo entender todo. ¿Viggo, bien?

—Sí, hemos encontrado a tu amigo Viggo. Lo curamos y conseguimos que huyese a Norghana.

—Yo muy contento. Viggo ser especial.

—¿Especial como Lasgol y Camu?

—Otro tipo de especial. Tú ya ver.

—Entendido. Ahora te tengo que dar las malas noticias.

—Escuadra Ígnea graduar y marchar.

—Eso es. Lo siento, no sabes cuánto me rompe el corazón dejarte aquí. Dafne y Lily están también desoladas.

—No preocupar. No es mi tiempo. Ya llegará.

—Pero llevas mucho aquí encerrado, es horroroso.

—Ahora ser menos. Yo tengo esperanza por vosotros. Yo trabajar con vosotros para conseguir la libertad de todos. Eso darme esperanza.

—Eres único. No sabes lo que me gustaría encontrar la forma de liberarte. Lo hemos hablado y buscado formas, pero siempre nos encontramos con un problema que no podemos solventar.

—Salir de reino en el aire.

—Eso es. Creemos que podríamos sacarte de aquí, pero no podemos abrir un portal para que huyas y mucho menos a Tremia.

—No preocupar. Ya liberarme cuando llegue el momento.

—Eres un valiente. Te prometo que te sacaremos de aquí, tienes mi palabra. Encontraremos

la forma entre todos.

—Yo saber. Tú persona de palabra. Llegará el día, no preocupar. Yo tener tiempo. Un día tú y yo reír fuera de aquí.

Nahia sonrió, aunque sus ojos estaban húmedos y tenía un nudo en la garganta.

—Sí, sonreiremos por haber alcanzado la libertad. La tuya, la mía, la de todos.

—Triunfaremos. Descuida —aseguró Egil con tono de convencimiento.

—Hemos ideado una clave para poder identificar a los que son de los nuestros. Son una pregunta y una respuesta.

—¿Cuáles ser?

—¿Ufrem?

El Tergnomus se acercó hasta la mirilla abierta.

—¿Drakoniano Superior? —preguntó.

—Camu —respondió Egil.

—Eso es. Ufrem está con nosotros. Hay más en toda la Academia y estamos ya organizados. Hay un líder Exarbor y un líder Tergnomus que se encargan de coordinar los esfuerzos aquí y pasar información hacia la Academia y desde esta hacia el exterior.

—Red de espías.

—Eso es. Ahora queremos hacerlo abajo, en tierra, entre los líderes de las razas, cada uno en su nación. Entre los que estén con nosotros, quiero decir.

—Tener cuidado. Juego de espías ser siempre muy peligroso.

—¿Tú tienes experiencia?

Egil asintió.

—Mucha experiencia —dijo y le salió una risita.

—Eso es de lo más interesante porque nosotros no. Quizás podamos organizarlo para que dirijas desde aquí una red de espionaje. Desde luego, nadie va a sospechar de ti estando prisionero.

—Ser buena idea. Yo encargar. Hacerme llegar información.

Nahia se volvió a Ufrem.

—Lo hablaré con mi líder.

—Muy bien.

—Tenemos que marchar —urgió Ufrem.

Nahia asintió.

—Cuídate mucho Egil. Si necesitas cualquier cosa, Ufrem se encargará.

—Cuídate mucho tú también.

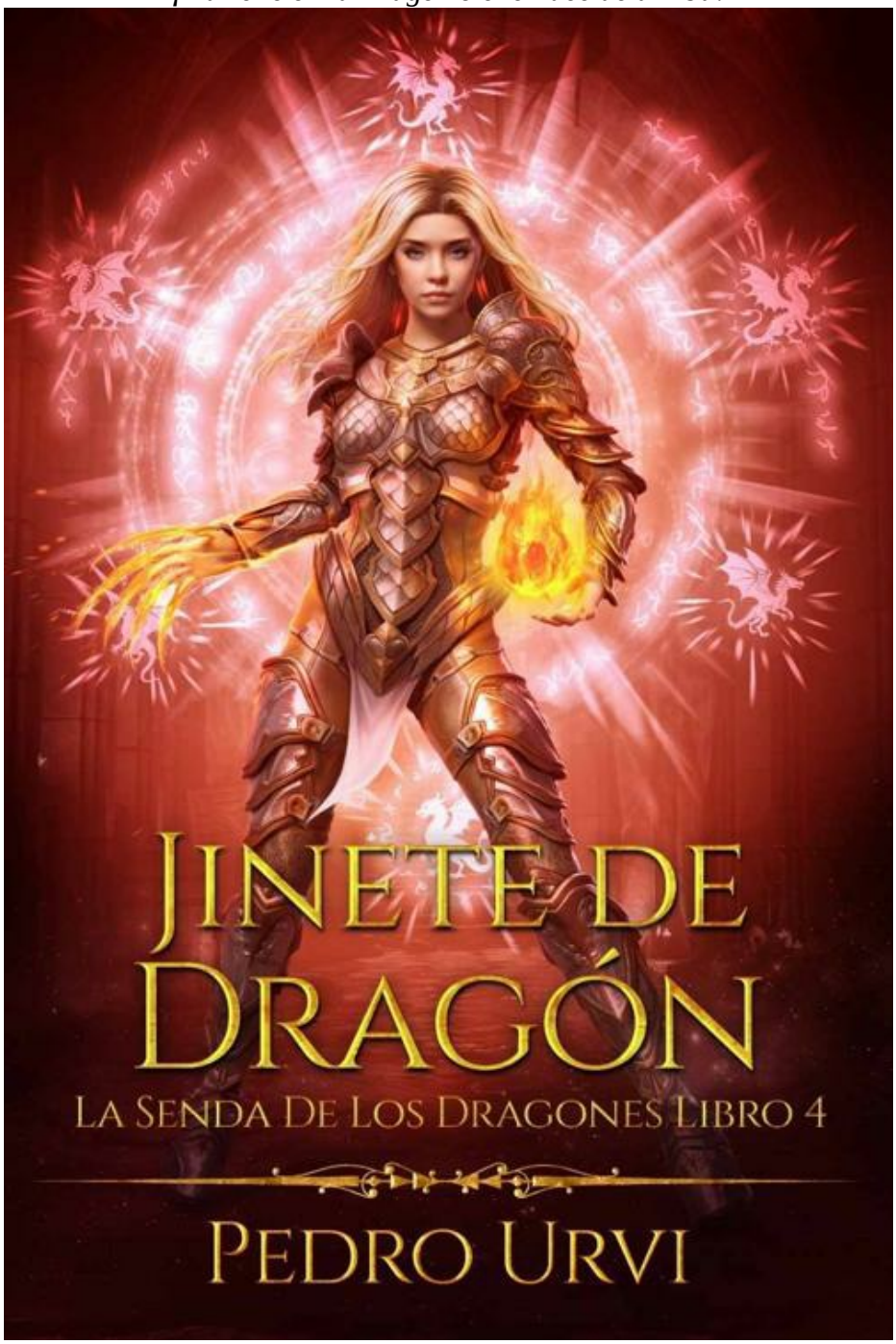
—Por la libertad —Nahia le dio la mano a través de la mirilla y Egil la estrechó con fuerza.

—Por la libertad. Lo lograremos.

La aventura continua en el siguiente libro de la saga:

Jinete de Dragón (La senda de los dragones, Libro 4)

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!



Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Pedro.

Mientras esperas a la siguiente entrega te recomiendo otras tres series mías con las que está relacionada:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Fran por toda la ayuda, muy buenas idea, y apoyo.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

[Jinete de Dragón (La senda de los dragones, Libro 4)]

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!

